ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA

Tendencias historiográficas actuales

ESCRIBIR HISTORIA HOY

akal
CIENCIAS

Akal / Universitaria / 234 / Serie Historia contemporánea

Elena Hernández Sandoica

Tendencias historiográficas actuales

Escribir historia hoy

Este libro aborda las distintas técnicas de trabajo de los historiadores, a través de los logros y las limitaciones de las diversas corrientes de investigación historiográficas que hoy se despliegan. Se realzan los asuntos de método y las preocupaciones teóricas que, a lo largo del siglo XX, han dado cuerpo a la historiografía occidental, cuya producción actual continúa obediente a enfoques propios del historicismo realista y objetivista. Ante ellos, se analiza la plena vigencia de las historias «alternativas» –la sociedad, la economía, la demografía, la sociología, las mentalidades y la antropología– y la aparición de nuevos enfoques como la historia oral, cultural, ambiental o local. La autora aborda los clásicos problemas de fundamentación epistemológica de la historia, para ofrecer una actualización de nuestros fundamentos, como un recordatorio renovado de la estructura disciplinar del oficio del historiador.

Elena Hernández Sandoica es catedrática de Historia Contemporánea en la UCM. Su línea de investigación abarca, entre otros temas, las relaciones de España y Cuba en el siglo XIX, el concepto de Estado y Nación en la España contemporánea o la historia de la Universidad. Entre sus publicaciones destacan *Los fascismos europeos* (1992), *Los caminos de la historia: cuestiones de historiografía y método* (1995) y *La guerra de Cuba (1895-1898): historia política de una derrota colonial* (1998). También ha colaborado como asesora científica para varias publicaciones de Akal.

Diseño de portada

RAG

Directora de la serie

Elena Hernández Sandoica

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Elena Hernández Sandoica, 2004

© Ediciones Akal, S. A., 2004

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

ISBN: 978-84-460-4198-6

Saber recordar y saber olvidar: en eso estriba todo.

(Carlyle)

Nunca comprendemos lo bastante.

(Bloch)

Se ve bien teniendo el ojo lleno de lo que se mira.

(Chillida)

Mi gente vive en medio de la historia, sencillamente.

(Coetzee)

No pueblan el pasado abstracciones, sino hombres y mujeres.

(Gombrich)

Suele afirmarse que las mujeres «no demuestran» las cosas de buena gana.

(Simmel)

Lo que puede ser mostrado no puede ser dicho.

(Wittgenstein)

Hacer mundos consiste en gran parte, aunque no sólo, tanto en separar como en conjuntar, y ello a veces al mismo tiempo.

(Goodman)

Agradecimientos

Al editor, por los muchos aplazamientos que este libro ha ido sufriendo por mi parte, a lo largo de su elaboración. Y, casi por lo mismo y una vez más, a Pepe.

PRIMERA PARTE

I. Los usos historiográficos actuales: una introducción crítica

Un relevante historiador español, José Antonio Maravall, aseguraba en 1958 que «para hacer historia se necesita rigurosamente tener conciencia del estado en que se halla la ciencia histórica», al tiempo que postulaba la «revisión de sus bases lógicas»[1]. Lo hacía en una década en que se recogían en la historiografía occidental cambios de forma y fondo que eran producto de dos guerras mundiales y de su fuerte impacto en la cultura y la esfera intelectual, cambios que estaban dando paso a importantes transformaciones internas en la disciplina. Las que eran hasta ahí sus reglas propias y pautas de desarrollo epistemológico, y que se resistían a ser sustituidas por principios teóricos y filosóficos en pugna, estaban a punto de ser rechazadas en toda su entidad ya en 1945, cuando estalló el conflicto y muchos de los historiadores fueron conscientes de las limitaciones, éticas y de método, del *historicismo*[2].

No todos opinaban lo mismo que Maravall –en la práctica, era un tipo de idealismo historicista veteado de experiencia historiográfica francesa, los *Annales*, lo que venía aquél a defender–, pero lo cierto es que desde entonces, tanto la toma de conciencia de los historiadores sobre la naturaleza y el fondo teóricos de la disciplina de la historia, como el intento de revisar su inspiración filosófica sustituyéndola por otra, ya fuese ésta *fenomenológica*, *neopositivista* o *materialista histórica*, no han dejado de hacer su aparición en nuestro gremio con recurrente periodicidad[3].

Los debates de inspiración y *método* en las disciplinas científicas, hablando en términos generales, en cierto modo son acumulativos, aunque a veces se diluya su memoria. Por más que las polémicas se inspiren forzosamente en una pretensión de *novedad*, en el fondo no siempre responden a planteamientos radicalmente innovadores o desconocidos. Desde la década de 1980 hasta hoy, el interés por descomponer y, a raíz de ello, reconstruir las distintas facetas de la cuestión epistemológica en historia ha ido creciendo indudablemente, y el horizonte sinuoso derivado de ahí, muy evolucionado metodológicamente, es objeto creciente de nuestra atención como colectivo profesional. El de los historiadores es así un colectivo inscrito en un marco más amplio, el de las ciencias sociales en confluencia con las humanidades.

Los fundamentos de la *historia* (sería mejor que la llamásemos, para clarificar, *historiografía*, aunque este término no sea tan rotundo ni, por supuesto, evocador como aquél)[4] se han ido haciendo más dispares y complejos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Al contacto poliédrico con las ciencias sociales,

sus fronteras se han ido desplazando y abriendo sucesivamente, dejando que penetren en la historia disciplinas limítrofes, con sus procedimientos desiguales y sus técnicas varias. A diferencia de lo que sucedía hace cincuenta años, ya casi nadie se atreve hoy a sostener en medios académicos que, para ser historiador, nos baste con aplicar el *sentido común*.

La complejidad resultante y esa apertura hacia otros saberes, agudizadas por momentos, han dado pie a la aparición y consolidación de direcciones historiográficas francamente distintas entre sí. No todas esas direcciones son *nuevas*, o no lo son radicalmente, pero coinciden en el celo por lograr la primacía *interior*, y siempre aspiran a lograr una legitimación científica *externa* de alcance general y duradero, incluso cuando remiten a posiciones y problemas descartados en la disciplina de que proceden, por el triunfo posterior de otras corrientes y otras tendencias.

De estudiar detalladamente esas transformaciones y esas *nuevas direcciones* se ocupa la denominada *historia de la historiografía*. Es decir, la reflexión y análisis sobre la *escritura* de la historia y las estrategias retóricas y cognitivas seguidas por sus *autores*, en suma la realización de la *obra histórica*. Es aquél un tipo de saber que ha ido fraguándose poco a poco como «subdisciplina» particular en diversos contextos académicos occidentales[5], aunque haya todavía muchos lugares y tradiciones culturales donde no haya conseguido un estatuto autónomo, concreto y específico.

Cuando es así, esa «*historia de la historia*» (como a veces se nombra) se cultiva y mantiene como una forma más, ciertamente importante, de *historia intelectual*. Además de los países anglosajones, destaca en este aspecto la atención con que se han contemplado siempre estas cuestiones en la vecina Italia[6]. En el caso español, además de las consideraciones pioneras de José María Jover[7] a estos aspectos, subrayaré la especial dedicación de Juan José Carreras[8], un buen conocedor del historicismo alemán y en general de las historiografías germanas. Mas sólo muy recientemente se implica en el debate historiográfico un número creciente de historiadores, un hecho posiblemente en relación con el quebranto de las certezas metodológicas que gobernaban hasta principios de la década de 1970 las ciencias sociales, y que se manifiesta ya como tendencia general.

Con todo, la reflexión sobre *lo escrito* –sus peculiaridades retóricas y sus doctrinas, sus enseñanzas políticas y morales, sus formas cambiantes de expresión– siempre ha formado parte del pensamiento sobre la *historia* misma. En la segunda mitad del siglo XX, como un tipo de estudios bien cuidado, llegaría a convertirse en uno de los núcleos fundamentales de la llamada *historia intelectual*[9].

Ésta, aunque le dedicaremos en su apartado correspondiente atención específica, podemos definirla de momento como un *modo de hacer historia* del pensamiento y la cultura que, a base de integrar en el análisis de la obra textual detalladas precisiones *de contexto,* y de conceder especial atención al entorno social de los pensadores y sus creaciones[10], consiguió mejorar sensiblemente la preexistente *historia de las ideas*[11]. La cual, a su vez, venía siendo practicada con más o menos éxito desde que la fundara en Norteamérica, en los años cuarenta del siglo XX, Arthur Lovejoy como una especialización alternativa a la clásica historia *política* y también distinta a la emergente historia *social*, con la cual competía[12]. La *historia intelectual,* en fin, un subgénero que cultivó en España por ejemplo Vicente Cacho[13], contiene también la historia del pensamiento histórico, y concede un papel central a la aportación de los historiadores, con especial receptividad hacia su pensamiento y su práctica *políticos*[14] y la incidencia de sus escritos y sus actuaciones en la sociedad[15].

* * * * *

Sin embargo, este libro al que ahora doy comienzo no es una historia de la historiografía, ni siquiera de la escritura contemporánea o *coetánea* de la historia. Y no lo es, no sólo por la excesiva amplitud temática y cronológica de lo que sería en su caso el ámbito potencial a tratar[16], sino porque entre las formas varias de abordar ese intento, cabría la tentación de acabar reduciendo a una serie de datos encasillados la rica variedad, la densidad fructífera, de los diversos modos de acercarse al oficio que existen hoy.

A pesar de que los historiadores de nuestros días compartamos muchos factores comunes, sobre todo las *técnicas* de trabajo, toda una serie de corrientes diversas han ido apareciendo en nuestra disciplina a lo largo del último siglo y medio, y no se han desvanecido o fundido, sino todo lo contario. El pensamiento historiográfico, visto en perspectiva, conforma así un *continuum* de encuentros y desencuentros, de recuperaciones y rechazos de ideas variadas sobre el paso del *tiempo*, sobre la *vida* en (y desde) el *presente*, y sobre la *acción del individuo en sociedad,* además de un conjunto de aplicaciones e incorporaciones de *préstamos* teórico-metodológicos de origen epistémico diverso.

En este libro se presentarán los logros y las limitaciones de algunos de esos *modos posibles* de hacer historia. Dentro de un marco contextualizador y, por lo tanto, crítico, se hablará aquí de perspectivas y corrientes historiográficas que unas veces serán realmente *recientes* y otras, simplemente, se mantendrán *actuales*. He intentado ordenar el campo de las corrientes de investigación que hoy se despliegan de manera que la delimitación no resultara ficticia, y tratando de incitar a la consulta directa de las fuentes. Daré noticia de los desarrollos más divulgados y abordaré desde su óptica los clásicos problemas de fundamentación

epistemológica de la historia, con lo que trato de ofrecer una actualización de nuestros fundamentos disciplinares, como un recordatorio renovado de la estructura del oficio.

Al procurar esa especie de radiografía de sus rasgos constitutivos, haré hincapié en los asuntos de *método* y en las preocupaciones *teóricas* que, a lo largo del siglo XX, han dado cuerpo a la historiografía occidental[17]. Aspiro a proporcionar de esta manera alguna que otra clave sobre las modificaciones y recurrencias más notorias del discurso histórico en el último cuarto de siglo, pero no es mi intención amplificar los ecos y los efectos de los cambios últimos, apostar en redondo por las últimas modas.

Si bien se mira, seguramente el 50 por 100, o incluso más, de la producción historiográfica actual vista en su conjunto, continúa obediente a enfoques propios del historicismo *realista* y *objetivista,* muy arraigados en la práctica convencional. Y aunque la investigación empírica proporcione un innegable *aumento* del *conocimiento* en historia (un incremento de la *ciencia normal,* que diría Kuhn), lo cierto es que ésta, por sí sola, ni sugiere direcciones y métodos nuevos ni se plantea los límites de la *interpretación* historiográfica. Posiblemente, no han pretendido nunca sus cultivadores hacerse idea somera de cuál es en su disciplina la situación. [Cosa distinta es, me apresuro a advertirlo, que a veces se elabore lo que se denomina «estados de la cuestión», un paso previo obligatorio al arranque de una investigación cualquiera, y en tantas ocasiones resumen inconexo de opiniones, y no razonamiento argumentado de las interpretaciones existentes del asunto a tratar.]

De la misma manera que el inglés Geoffrey Barraclough reparaba en esta circunstancia a finales de los años setenta, puede afirmarse hoy que «las nuevas corrientes en el estudio y la investigación histórica sólo se pueden apreciar correctamente cuando se ven en el contexto más amplio del desarrollo de la teoría y la práctica histórica desde finales del siglo XIX». Porque, aunque las nuevas corrientes tomen con frecuencia la forma de una reacción *extrema* contra todo lo existente, y por más que se caractericen por «el repudio general de las ideas básicas de la generación anterior»[18], lo cierto es que una especie de *guadianización* periódica de las inspiraciones clásicas de la historiografía (digamos claro que son las que provienen del historicismo) las hace aflorar pujantes cada cierto tiempo. Y hoy esas inspiraciones están bien presentes entre nosotros, como iré tratando de hacer ver.

En momentos en los que que prosperaba aquello que von Neurath denominó la *ciencia unificada,* Barraclough pretendía valorar la «reacción» de los innovadores frente al tipo de historia que había prevalecido hasta 1945 (*positivismo historicista* e *idealismo* diltheyano, juntamente). Fueron orientaciones

derrotadas por la intención contraria, *cientifista* y *monista,* en un combate que duraría tres décadas de experimentos y discusiones ininterrumpidos. A partir de 1980 nos enfrentamos, sin embargo, a una mezcla de inspiraciones variadas, donde se ha hecho fuerte de nuevo (aunque ya «contaminado») precisamente el horizonte historicista que prevalecía antes de 1945, bajo todas sus formas y posibilidades. Mezclado con elementos teóricos y filosóficos de varia procedencia (sobre todo de impostación *experiencial* e *interaccional*), formará un combinado de tendencias en el que no siempre resulta fácil detectar, escondido tras su fragmentaria apariencia, qué es lo realmente *nuevo* y qué es en cambio *viejo,* aunque esto a su vez no halle dificultad para pasar por nuevo.

Dada la cantidad de ramificaciones que presenta la situación –vista a lo largo de siglo y medio de evolución que, en su conjunto, dura–, ocioso es ya decir que tanto la bibliografía seleccionada al final del volumen como la que figura a pie de página (que he optado por no incluir en esa otra relación) serán de utilidad para el lector. En particular, el apéndice bibliográfico que incluyo al final del texto ha sido pensado para servir a una reconstrucción crítico-historiográfica de la aportación española en la historiografía contemporánea, con sus matices y peculiaridades.

* * * * *

Nadie osaría quitarle la razón al francés Fernand Braudel cuando, al final de su vida, hacía notar que «el oficio de historiador ha[bía] cambiado tan profundamente durante este medio siglo [1930-1980] que las imágenes y problemas del pasado se ha[bía]n modificado en sí mismos de arriba abajo»[19]. Se han cumplido, a esta hora, más de dos décadas desde aquellas palabras, décadas a su vez llenas de novedades, algunas de las cuales (la mayoría quizá) disgustarían, sin duda, al propio Braudel si tuviera ocasión de verlas y escucharlas[20]. Los cambios no han cesado de sucederse desde entonces, y las configuraciones *sociohistoriográficas* que el gran historiador estructuralista francés vislumbraba expandidas y triunfantes, y que él mismo contribuyó a hacer más nítidas y a solidificar, hoy se hallan sin embargo borrosas, o se han desvirtuado.

Al contrario de lo que el *estructuralismo* braudeliano pretendía, es hoy difícil convenir en una definición unívoca del género historiográfico. Ello es debido, como ya dijimos, a la riqueza de modos y maneras de ser historiador que conviven dentro de esa etiqueta. Variedades que se cobijan y que crecen bajo la –más que soportable– levedad de las confrontaciones y polémicas que solemos sostener los historiadores, empeñados en una operación que, de momento, marca el triunfo de la *pluralidad,* tan evidente como desequilibrada.

La historia es hoy poliédrica, en efecto, debido a los distintos ingredientes que en ella toman parte; y es altamente *variada*, tanto en los elementos *empíricos* que la vertebran, como en cuanto a la diversidad de sus horizontes *teóricos* y filosóficos. Aunque sean difusos y casi nunca los hagamos explícitos, estos lineamientos son siempre *referentes* o inspiradores de la obra concreta realizada por unos y por otros. Mas la pluralidad y variedad de resultados es debida, ante todo, a la influencia de las *ciencias sociales* y sus recursos metodológicos propios.

En la práctica, el vehículo material de la transformación disciplinar de la historia (su motor, muchas veces) ha sido la paulatina incorporación y adaptación de contingentes amplios de historiadores a parámetros *científico-sociales,* en el intento de hacer de la historia una *ciencia social*. En los fértiles años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, Johan Huizinga –historiador *intuitivo* él a su vez, diltheyano– reconocía no obstante que las cambiantes circunstancias generales exigían hacer, de ahí en adelante, *otro tipo* de historia: «Nuestra civilización es la primera que tiene como pasado el pasado del mundo, nuestra historia es la primera que es historia *mundial*»[21], escribió. Puesto que el historicismo tenía también un método *científico* (aunque fuese *idiográfico* y no *nomotético,* es decir, encargado de «lo particular»), adviértanse las notas de orden político y moral en su propuesta, hecha en 1936, junto a los «cientifistas»: «No podemos sacrificar la demanda de certezas científicas sin perjudicar la conciencia de nuestra civilización. Las representaciones del pasado míticas y de ficción pueden tener valores literarios», pero «no son historia». La historia nueva (ya no parcial y fragmentada, de ámbito reducido y concreto, sino referida a procesos de alcance *general*), no podía ser pues de otra índole que *«científico-social»*.

Una pulsión tan fuerte, compartida por muchos, acarreó en la historia cambios de orientación y enfoque, los mismos que las ciencias sociales irían experimentando[22]. Y llevó aparejado el desplazamiento, siquiera fuese temporal, de la *autorrepresentación historicista* que, hasta aquel mismo punto, constituía algo así como la «esencia» misma del historiador.

La imagen de la tarea historiográfica que había solidificado el historicismo (la percepción de *historia* como *pasado*, en exclusiva) beneficiaba sobre todo a quienes la practicaban, pero no trascendía socialmente, se dice entonces. El historiador, tras la autoexploración que también suponía mirar hacia los *otros* y hacia *atrás,* partiendo de la *experiencia* propia, estaría en condiciones de conocer mejor el mundo en que vivía y *ser un instrumento* de mejora social, además de un individuo más completo y *humano*[23]. Junto a esta creencia, y sin contradecirla, no bastándoles a muchos historiadores la vertiente humanista, política y moral, de esa inquietud reciente, habría de ser el prurito *cientifista* (la necesidad de

adaptarse a profundos cambios suscitados en las humanidades por la incidencia de las ciencias sociales) el que llevó, en un plazo muy corto, a variar de dirección.

El giro sociocientífico de la historiografía, visible en vísperas de la segunda contienda, tendría pues que esperar, puesto que sólo una vez cancelada estuvieron los historiadores, como comunidad científica, en condiciones de desechar las teorías y planteamientos heredados del periodo de entreguerras. En él se habían hecho explícitos todos y cada uno de los incipientes virajes. La guerra, sin embargo, aplazó todavía la renovación, y fue realmente la década de los cincuenta la que hubo de presenciar en toda Europa, y más aún en los Estados Unidos, un cambio sustancial.

En especial, Alemania occidental constituyó un escenario privilegiado para el despliegue creativo de una «historia científica y social» auspiciada por una pérdida extrema de confianza en el historicismo, que aparecía como una filosofía de la historia fallida[24], algo muy comprensible no sólo por sus limitaciones filosóficas, sino también por la impotencia mostrada para evitar el horror del nazismo y el holocausto. Fueron los historiadores alemanes, en efecto, quienes proporcionaron durante mucho tiempo los instrumentos más cortantes para la crítica *antihistoricista,* y quienes más pugnaron por la sustitución de sus principios epistemológicos y su modo de hacer. La relación de muchos de los autores alemanes con sus compatriotas que fueron al exilio a los Estados Unidos iba a ser desde entonces (como lo fue también el continuo ir y venir a la cantera de las ciencias sociales, en busca de estrategias adecuadas al nuevo marco) una constante fija[25].

Carl Schorske recogió los efectos de este proceso que de ahí arranca en una alocución leída en 1988: «Sostengo que la historia ha incorporado en su propio cuerpo la automatización de las disciplinas académicas. Por consiguiente, la historia está haciendo proliferar una variedad de subculturas. Su tradición universalista, agotada en gran medida, no puede crear un esquema macroscópico de grandes periodos. En su lugar, aborda una materia vastamente expandida de forma microscópica. En consecuencia, ha aumentado exponencialmente la necesidad de distintas disciplinas extrahistóricas, de nuevas alianzas»[26]. Ni la *«historia política»* ni la *«historia cultural»,* que habían mantenido un duro combate a lo largo del siglo XIX –en especial en la Europa central–, escaparían entonces al cambio de horizontes que anunciaba orgullosa la *«historia social»*. Se inició así una transformación importante que no ha cesado aún, y que consistía en que el tejido de la historia se esponjaría sin más límites que los de las propias disciplinas que la informasen. Es ésa la principal razón por la que sus contornos se han hecho más difusos, lábiles e inseguros.

* * * * *

Un capítulo decisivo de aquel género de modificaciones que propició Braudel corrió a cargo de la imponente escuela francesa de historiografía que él mismo representó, y que se conoce por *Escuela de los Annales*. Pero ni todos los factores que conforman en la posguerra el giro socioeconómico y estructural de la historiografía proceden de esa escuela, ni a ella corresponde en exclusiva el total remozamiento del oficio y la mejora de sus procedimientos. En modo alguno se deben tan sólo a los franceses la inyección vigorosa, y la agitación creadora, que exigen atender al estudio científico de *lo social* con nuevas reglas de método. Como si se tratara del fin de un ciclo, en 1954 moría el alemán Friedrich Meinecke[27], el último gran maestro del *neoidealismo* en historia, y un año después es nuestro filósofo, también central en el pensamiento historicista, José Ortega y Gasset[28]. La guerra «había roto el encanto historicista»[29], pero el combate contra su preeminencia fue una tarea abordada desde diversos escenarios.

Los *annalistas* franceses se destacaron por su obsesión *metódica*, por plantear *preguntas* de modo original, por un esfuerzo inusual de difusión de la *nueva* manera de hacer historia, por la brillantez de sus respuestas. Nadie les ha superado en dinamismo para el manejo de *fuentes* muy diversas, resintiéndose a cambio la claridad conceptual de su instrumentación. Han apurado a fondo los recursos internos de la historiografía y han abierto importantes discusiones con otras disciplinas[30]. Los *Annales,* al contrario de lo que pretendían el *realismo* y el *objetivismo* historicistas (*viejos* procedimientos, formas consideradas obsoletas por la historia social)[31], defienden que los documentos no hablan por sí solos. Su combate es así, una batalla antirrealista y antiobjetivista pero, en cambio, no le plantan cara al *subjetivismo* (otra vertiente del historicismo, diferente), al sostener que es el historiador quien se encarga de devolver la vida a las huellas que restan del pasado y que, además, lo hace dentro de unos *límites*[32] que impone su condición política y moral.

La responsabilidad cívica que exhibirían los primeros *Annales* venía acompañada de un corolario práctico, pues una vez establecidos los contenidos y los nuevos *objetos,* la investigación histórica exigía dominar unas técnicas y unos métodos algo más complicados que los convencionales. Combatieron así el canon de la heurística clásica, la que fijó la mezcla de *historicismo* objetivista y realismo *positivista* que da su tono al siglo XIX. En denodada lucha contra aquél, la corporación francesa de los historiadores impondría su enfoque innovador, y elevó otro canon, a su vez decisivo para la transformación de la historiografía actual.

Con todo, la inquietud por hallar una fundamentación teórica suficiente de la disciplina (interrogar al texto de modo *inteligente,* y conocer aquello que a partir

de él, y a través suyo, *más importa* saber), la vamos a encontrar en muy distintos tipos de historiadores, y en marcos muy diversos y heterogéneos. Historiadores de orientación distinta y hasta contradictoria con los *Annales,* como el inglés R. G. Collingwood, de indiscutible aptitud filosófica y evocación poética[33], pensadores de altura intelectual y excepcional calidad literaria, contribuyen a insuflar nueva vida al modelo *interpretativo* de Dilthey, aquel que pretendía *revivir* el pasado y cuya adecuación a las «explicaciones psicológicas» de la acción individual ha vuelto a hacerlo *nuevo,* y a rehabilitarlo, hace bien poco[34]. Otros, como el también inglés –y tradicionalista– Geoffrey R. Elton, radicalmente opuesto a que los historiadores adoptemos hábitos de trabajo propios de los científicos sociales, antes inusuales, reconoce que gracias a los sociólogos la historia se plantea «nuevas preguntas», y que ello ha permitido discutir, por fortuna, muchas de las «más seguras conclusiones»[35].

Así escribía Collingwood en 1939, preocupado por la inquietud –ésa es la *pregunta*– que mueve a los actores a actuar (y por cómo «adentrarse» en su motivación usando la *intuición,* cómo indagar en la *experiencia* histórica): «Empecé por observar» –relataría en su *Autobiografía,* de 1939– «que no se puede saber lo que un hombre quiere decir por el simple estudio de sus declaraciones orales o escritas, aunque haya hablado o escrito con perfecto dominio de la lengua y con una intención perfectamente veraz. A fin de encontrar su *significado,* hay que saber también cuál fue la pregunta (una pregunta planteada en su propio espíritu y que él supone en el lector también) a la cual quiso dar respuesta lo dicho o escrito»[36]. En fin, unos y otros, independientemente de su elección metodológica, tratarían de atender a la pregunta básica: *¿Qué tipo de conocimiento proporciona la historia?* Con mayor o menor grado de coherencia, pretendieron saber cuáles serían los medios más adecuados para llegar a él.

En sus respuestas pueden seguirse varias maneras, más o menos sutiles, de responder a la elección dicotómica entre la *explicación* y la *comprensión*. Parece éste nuestro eterno problema, aún no resuelto –aunque dulcificado– para la mayoría de los historiadores. En sus respuestas se contienen también los diferentes modos de contrastar la validez de métodos concretos, diversos entre sí. Porque no todos los historiadores, ni mucho menos, fueron tan optimistas como para entender que, gracias al triunfo rotundo de la *cuantificación,* las técnicas y métodos «científicos» se extenderían por fin a todo tipo de materias de estudio, incluido el campo de la historia. En el colmo de la felicidad hubo quien llegó a pensar que no existía «una frontera clara entre lo que puede llamarse *histórico* y lo que puede llamarse *científico*»[37].

* * * * *

A sabiendas de que no puede discernirse en muchos casos entre teoría y método con toda claridad[38], podría objetárseme que elegirlos como hilo conductor del recorrido que, en estas páginas, le propongo al lector por los productos de la historiografía más reciente, además de exigirle una firme renuncia a la pasividad, no siempre garantiza conocer lo más útil de esas realizaciones. Además, no goza hoy de fama el término de *método,* una vez que se hundió el *monismo* científico, vapuleado por manifiestos de voluntad «antimetodológica» (es decir, *anticientifistas* y antipopperianos), como el de Feyerabend[39].

En general, la presión metodológica parece haber disminuido hoy efectivamente por el deseo, extendido desde los años ochenta hasta aquí, de escapar a un tipo de pensamiento orientado en exceso al ejercicio de la *racionalidad* occidental. Combinada en su día con el éxito del *cuantitativismo* y el *marxismo,* esos tres ingredientes han retrocedido después también ante la ironía de cuantos «humanistas» eluden su presión sin más bagaje cómplice que el viejo *historicismo,* acaso moteado de algunas notas de innovación formal. Librarse del rigor es, de este modo, prioridad absoluta, y algunos la administran con saber de iniciado. Supongo yo a mi vez, contra esta tendencia, que no siempre se entienden de manera correcta, en su intención y en sus implicaciones cognitivas, las presuntas recetas *anticientíficas* que nos fueron legadas.

Ernst H. Gombrich, el eminente historiador del arte, osaba, por ejemplo, responder a fines de los ochenta, con un guiño malévolo, a la indagación tópica sobre la metodología a emplear. A un interlocutor que esperaba impaciente el secreto de su fórmula, le decía secamente que él no necesitaba *ningún método,* pues se valía del «sentido común». Reconocía en cambio (y no hay contradicción) que «el talento del historiador consiste en encontrar *preguntas*», asuntos a los que responder[40]. En cualquier caso, fue siempre grande el interés de Gombrich por divulgar *los métodos* (claro está que *en plural*) de su maestro «indirecto», Aby Warburg. Como es sabido era éste discípulo de Lamprecht, y contribuyó a los estudios culturales de su época como correspondía a la moda *socio-científica* del momento: es decir, proponiendo bases *psicológicas* para la interpretación de movimientos y estilos artísticos. A sus reglas concretas obedecería siempre[41], por más que el propio Gombrich pusiera buen cuidado en no ser engullido en el sumidero del subjetivismo y la libre interpretación[42].

Sea como fuere, lo cierto es que a lo largo del pasado siglo XX muchos historiadores, y muy buenos, dedicarían horas de su esfuerzo –y mucha preocupación– a buscar *otros* métodos. Métodos albergados en las ciencias sociales, desarrollados en el seno de ellas, y obedientes por tanto a sus enfoques teóricos, diversos entre sí. Trataban de este modo de eludir la esquemática y rigidez del oficio de historiador, la metodología *convencional positivista*,

historicista o una mezcla de ambas. Mostraban una alternativa historiográfica *generacional*, sin duda poderosa, aun a pesar de que aún el *método histórico* –que así se le llamaba comúnmente a aquella mezcla de inspiraciones clásicas– no daba muestras alarmantes de mala salud, y tardaría en hacerlo.

De hecho, superando los recelos que suscitó a fines del siglo XIX y principios del XX (cuando se le acusaba «de pasividad esteticista y de erudición desprovista de vida», la dura crítica que *contra los historiadores* –y no contra la historia, como suele decirse–, inauguraría Nietzsche)[43], aquel «método histórico» se había remozado y afianzado. Inyectado de vitalismo e irracionalismo, sus practicantes estaban encontrando un éxito profesional indudable, al menos en los países en que la historia cuenta con trayectoria sólida. Tenían además nutridos apoyos sociopolíticos y plataformas académicas de importancia y valor[44]. En consecuencia, los *usos* y *posibilidades* de la historia *historicista* no estaban ni cognitiva ni socialmente agotados cuando fue emprendida la batalla contra ellos, porque además, por si algo faltaba, aquel indiscutible «placer de lo concreto» que origina la combinación de historicismo y positivismo gozaba del beneplácito de una mayoría lectora[45]. La minoría de vocación filosófica idealista, en tanto, le daba vueltas al núcleo duro de la historiografía y proponía su refundación epistemológica sobre bases nuevas. Conviene por lo tanto preguntarse el porqué de aquella vehemencia arrebatada *sociocientífica,* la razón del entusiasmo colectivo con que muchos otros historiadores se aprestan a afrontar el *cambio* historiográfico, un cambio que iba a producirse en distinta dirección a la que el diltheyanismo pretendía.

* * * * *

Es fácil entrever, y se comprueba con frecuencia en confidencias, prolegómenos y declaraciones, que los pioneros del proceder innovador científico-social en historiografía, a finales del siglo XIX y a comienzos del XX (ya sea en Norteamérica, en Francia o en los Países Bajos), se sentían atraídos por los principios operativos y por los resultados de investigación que componían por entonces el repertorio básico de los *economistas* y los *sociólogos*. Pero no sólo la economía y la sociología –ciencias en expansión– suscitaban envidias. Los historiadores estaban deslumbrados también por los avances de la psicología, en especial por las propuestas de la emergente *psicología social,* por más difusas e inocentes que éstas fuesen. Resulta evidente que eligieron sus métodos tomándolos indistintamente de esas tres disciplinas, en detrimento del bagaje común historicista que, al menos en sus aspectos técnicos menos sofisticados, enseguida estuvieron dispuestos a abandonar.

¿Se trataba de renunciar a la herencia recibida de manos de *filólogos, folcloristas, numismáticos* y *arquéologos,* en su día inventores de los

procedimientos que habían nutrido en exclusiva, hasta aquel mismo punto, su inspiración como creadores de *memoria histórica*...? En parte sí, pero nunca del todo. De hecho, durante toda la primera mitad del siglo XX la historia se alimentó todavía de las diatribas teóricas y de las polémicas de método de finales del siglo XIX, polémicas distintas en cada uno de los países, pero todas ellas circulando sin interrupción y comunicándose entre sí. Y que nos han dejado desde entonces sobre el tapete una serie de pautas de actuación, de reglas básicas que los historiadores seguimos exigiéndonos a nosotros mismos todavía, en la práctica[46].

En Alemania Ranke, en Francia Michelet o Fustel de Coulanges, en Inglaterra Gardiner o Stubbs, eran no obstante releídos a la luz nueva que alumbraría el debate más importante antes de la Gran Guerra y de la revolución de 1917; es decir, a la sombra de los resultados e inquietudes, ya momentáneos o ya más duraderos, de la confrontación que se vería abierta entre *positivismo* (de Comte a Buckle) e *idealismo* (Droysen, Rickert y Windelband en particular). Ambos trasfondos filosóficos habían llegado a estabilizar su negociación interna para acordar cuál fuera la función práctica de la historiografía. En el plano teórico, se aceptaba aquella diferencia entre *naturaleza* y *espíritu* que hacía de la historia un saber *especial* («die Welt als Natur» era distinto así del «Welt als Geschichte», el mundo *como* naturaleza y el mundo *como* historia), y de ahí procedía un saber específico al que se llegaba por los procedimientos *intuitivos* que privilegiaban la *experiencia*.

Esto era en la *teoría*, claro está. Pero en la *práctica,* la metodología más extendida partía del supuesto positivista de que la historia cumple dos misiones principales: el descubrimiento de *hechos nuevos* y la eliminación de *errores* por medio de la *crítica* histórica, la cual a su vez parte de métodos filológicos. La proliferación de manuales de *método* que, en historia, contempla el final del siglo XIX y el arranque del XX[47] trataba de resolver, de manera sintética, esa disparidad consustancial entre teoría y práctica, y creía hacerlo a base de proporcionar consejos directos de iniciación al manejo de fuentes, de reglas para la recogida del material y de modelos para contribuir a mejorar el no tan limitado repertorio de formas aceptables de presentación de resultados.

Si se repara en ello juntamente, se verá hasta qué punto los resultados finales de un texto histórico dependían así de la «capacidad» –literaria, intuitiva, imaginativa– del historiador, sin que ello excluya nunca el elemental respeto a las normas del oficio. La manera insuficiente por la que se tratará de brindar coherencia a esa tarea desde el empirismo, va a hacerse transparente en declaraciones como ésta: «Ninguna convicción es final para siempre, no existen verdades eternas en historia, lo cual no es decir [...] que la opinión de un hombre

es tan buena como la de otro. Esto puede chocar a los practicantes de otras artes como insatisfactorio, y ciertamente tiende a no complacer a aquellos historiadores que persiguen la quimera de la certidumbre científica o que desean usar la historia para la creación de una ciencia de la conducta y la experiencia humanas. Es decir, no satisface a quienes no deberían ser historiadores»[48]. Así se expresa todavía el susodicho Elton, haciendo acaso de la necesidad virtud.

Como era fácil prever, la nueva opción metódica que irá imponiéndose en las décadas centrales del siglo XX a imitación de las ciencias sociales –y que puede calificarse en su conjunto de alternativa *científico-social*–, entró en conflicto en más de una ocasión con los sectores tradicionales de la, ya para entonces próspera, profesión de historiador. No sólo porque éstos representaban intereses institucionales o «de escuela» que, lógicamente, no iban a darse por vencidos al primer asalto, sino también porque las nuevas propuestas amenazaban con reabrir las heridas epistemológicas del origen. El rechazo se manifestó pronto, pero no habría muchos casos en que los defensores del tipo de análisis que iba a llamarse ya entonces *nueva historia,* de modo sistemático o genérico, se retiraran sin librar batalla. Fueron pocas, con todo, las circunstancias y las ocasiones en que su nuevo instrumental (de origen estadístico o sociológico) quedara en el camino sin ensayar.

En conclusión, podemos convenir en que aunque la búsqueda de lo *verdadero* y de lo *cierto* por parte de los historiadores puede datarse tiempo atrás, en el Renacimiento, y en que esa búsqueda impone ya un principio, bien evidente, de *modernidad*[49], es más prudente sin embargo considerar que la historiografía *científica,* convertida ya en la disciplina de la *historia* que hoy reconocemos como tal, nació hace unos ciento setenta años aproximadamente.

Desde entonces hasta casi hoy mismo, la conformación de la historia como disciplina ha pugnado por reforzar su *estatuto científico*[50]. Y lo ha hecho normalmente en confrontación con los científicos sociales (que son quienes más nos han discutido tal estatuto, claro está), pero también en discusión con epistemólogos y filósofos, quienes a veces han tratado de simplificar en exceso ese mismo estatuto[51]. Como tal disciplina académica, la historiografía erudita se ocuparía en principio del estudio de *lo particular*. Se afianzó sobre el escrupuloso tratamiento de las fuentes *escritas* y prosperó con un método propio *(crítico-filológico)* de depuración y autentificación documental. Un método que en muchas de sus pautas y reglas específicas perdura como parte de un patrimonio irrenunciable.

Hay que advertir que no todo eran ventajas en aquella posición blindada. El propio historiador del arte que antes invocamos, Ernst H. Gombrich, lo vería bien: «Me parece que la fuerza y debilidad de la erudición está en que se ocupa de

lo particular, no de lo general. De su fuerza deriva la posibilidad de comprobación, negada a las proposiciones generales de la ciencia (excepto las matemáticas), pero paga esta fuerza con el carácter aleatorio de sus pruebas... ¿Qué caso tiene demostrar algo que nadie quiere saber?»[52].

Poco a poco, de esta manera, irían adentrándose en la profesión todo tipo de inquietudes *sociales* y científicas, en el doble sentido de que los historiadores aspiraban a construir un tipo de historia cuyo objeto era *de naturaleza social,* y de que a la resultante querrían convertirla en una *ciencia de la sociedad* sujeta a reglas, eficaz y práctica. De ese deseo se han derivado ejercicios de acercamiento a la sociología muy activos, que volveré a mencionar al ocuparnos de la *historia social,* más en su calidad de *alternativa* global a la historia política que presentada propiamente como un subgénero.

En relación a ese interés por encontrar nuevos objetos de conocimiento de carácter eminentemente *social* (tanto en la variedad *socio-económica* como en la *socio-psicológica*), y como legado de una ampliación del repertorio técnico e instrumental acumulado a lo largo de décadas, resulta así que los historiadores de principios del tercer milenio utilizamos con normalidad todo tipo de fuentes disponibles, ya sean de naturaleza *escrita, visual, oral, icónica* o *iconográfica*[53]. Y no sólo de carácter público u oficial sino también, y cada día más, de carácter privado, personal. Las describe el sociólogo Ken Plummer con toda precisión: «El mundo está abarrotado de documentos personales. La gente lleva diarios, envía cartas, hace fotos, escribe informes, relata biografías, garabatea pintadas, publica sus memorias, escribe cartas a los periódicos, deja notas de suicidio, escribe frases en las tumbas, filma películas, dibuja cuadros, hace música e intenta consignar sus sueños personales». Efectivamente, «todas estas expresiones de la vida personal son lanzadas al mundo a millones, y pueden ser de interés para cualquiera que se preocupe de buscarlas»[54].

Con ellas, y a partir de ellas, las diversas escuelas históricas occidentales han puesto a prueba, a lo largo del siglo XX, todo tipo de *métodos* y técnicas posibles, recorriendo un camino de ida y vuelta entre las orientaciones de tipo *causal-explicativo* y las *comprensivo-simbólicas,* las cuales son en este momento las que más tienden a predominar. La incidencia de los *usos del método* ha sido grande en esta trayectoria, hasta tal punto que hay quien opina, como Aron Gurevich[55], que más que un campo de especialización propio o historia *sectorial,* la historia *medieval* (después de la atención prestada por los *Annales* hacia las actitudes mentales, las emociones o las ideas latentes en los seres humanos), es más bien una «cantera de exploración teórico-metodológica», o un *procedimiento* operativo, que un corte cronológico o una *edad* particular.

Independientemente de cuál sea nuestra idea de la ciencia, y, aún más, de qué deba entenderse con propiedad por *ciencia* en la actualidad, lo cierto es que, a la hora presente, los historiadores eludimos el responder al desafío de la *causalidad* que la base científica lleva, en principio, anejo. Es decir, nos resulta factible el renunciar ocasionalmente a investigar, sobre la base del razonamiento causal, *el origen y las motivaciones* (el porqué) de los sucesos, acontecimientos o procesos humanos. En cambio, nos importa indagar acerca de los valores *simbólicos* que contienen las fuentes y establecer el posible repertorio de sus *significados,* trabajar a propósito de las intenciones *ocultas* que *representan* y, en fin, ofrecer más o menos afortunadas *interpretaciones* sobre sus usos y elementos *no explícitos*. Tomando en cuenta el *contexto* para dar vida al *texto*, nos aplicamos a ello con tanto afán, y con tanta pasión, como hace tan sólo un par de décadas nos importaba a la mayoría de nosotros agotar hasta el máximo el potencial de *explicación* causal[56].

La variedad de fuentes empleadas en historiografía, y la diversidad de tratamientos disponibles, lejos de aparecer como una rareza (como *maneras* particulares *de hacer historia* añejas o estrambóticas), es ya exponente de aquello que, en la profesión, viene a resultar *normal*. La situación se ha expandido y se ha hecho contagiosa en todos los países y en todos los contextos de la historiografía, desbordando la perspectiva europeo-occidental[57]. Bien sea con un talante ecléctico, de inspiración teórica heterogénea, o bien haga el historiador algún uso discreto, selectivo y formal de los estrictos procedimientos de otras disciplinas (lo que es menos frecuente), lo importante es que la comunidad científica de los historiadores se ha apropiado de esos procedimientos y los ha hecho suyos, explotando el repertorio de fuentes más diverso. Y ha logrado de paso, con esta postura abierta a múltiples influjos, coleccionar un catálogo amplio de distintas *maneras* de ser historiador[58].

Los *préstamos,* incrustados en la rejilla previa de los métodos «propios» de la historiografía (eso que antes llamé patrimonio heredado del *positivismo historicista*), han ido desestructurando y recodificando poco a poco las formas de la historia, incluyendo también muchas de las aportaciones del *marxismo*. En ciertas historiografías nacionales o locales, la incidencia de aquél resultaría francamente importante, al menos durante dos o tres décadas[59]. Una variada gama de textos y de estudios, lograda por competencia interna de enfoques y posturas[60], acepta hoy con gusto la oportunidad de convivir en paz, en el seno de una historiografía plural y mixta. Es una invitación a tomar parte en el juego de la *subespecialización,* que contempla ventajas derivadas de la proliferación de *historias sectoriales* y de la apertura de campos particulares de estudio histórico

abiertos a la *cotidianeidad*[61], así como del aumento de la *escala* de observación (el microanálisis)[62], una elección que viene siendo cada vez más frecuente.

* * * * *

Ralentizado o desaparecido en nuestro tiempo el empuje anterior del materialismo histórico, son muy pocas las veces que en los mercados científicos se arriesga el debate radical, en orden a una jerarquización de las distintas *interpretaciones* existentes[63]. Atendiendo a razones políticas o ideológicas más que epistemológicas, se consigue a lo sumo que alguna de esas interpretaciones –normalmente poco compleja o sofisticada– incida en círculos más amplios, de heterogéneo público, a base de insistir en sus recursos de tipo estético y formal. (En cierto modo, el auge reciente de la novela histórica podría enlazarse con el «retorno» de la historia política en sus vertientes «clásicas»[64].) O, simplemente, se emplean reclamos de oportunidad que sirven a la práctica política existente y a las estrategias comerciales, mas no a la ciencia. Las andanadas contra la *posmodernidad* a la manera de Lawrence Stone, por más que se hayan reproducido soberbiamente intactas por muchos historiadores, no entran de hecho en el problema abierto por la crisis de métodos, a mi modo de ver. O lo hacen tan sólo de manera circunstancial y, para mi decepción, en exceso concreta.

La opinión de los historiadores a propósito de qué cosa sea una «fuente histórica» y cuál pueda ser la materia apropiada para basar en ella su pensamiento y su especulación, ha variado muy sensiblemente a lo largo del siglo XX. En la extensión inmensa del concepto de *fuente*, en la flexibilización irreversible de sus usos y posibilidades prácticas, han ido participando todas y cada una de las escuelas, corrientes y tendencias existentes en la historiografía actual, especialmente aquellas que con más fuerza y brío entablaron en su día la batalla contra el historicismo. Actualmente, la creciente familiaridad de los historiadores con las *fuentes orales* –las únicas creadas o *construidas* directamente por voluntad del historiador, y destinadas a su uso directo e inmediato, aunque no excluyan el uso de terceros– es, muy posiblemente, uno de los indicios más claros y seguros de la honda transformación en que estamos inmersos, una transformación a la que se ha llegado por el sendero doble que alterna el discurrir entre antropología y sociología[65].

Son cambios continuados y que se orientan hacia consideraciones de perspectivas nuevas y sus particulares aplicaciones metodológicas. De un lado, se introduce la fuerza de lo *instantáneo* y de lo *efímero* (un asunto planteado básicamente por el uso de la fotografía como fuente)[66]. De otro, se manifiesta la progresiva percepción de cómo influye la *experiencia* propia de los historiadores en el análisis histórico, cómo resulta que aquélla es una parte sustantiva de éste.

[Lo mismo, por otra parte, que había sucedido en la antropología.] Ambas direcciones se muestran como transformaciones decisivas, imparables quizá a medida que avanza el compromiso de los historiadores con las *nuevas tendencias de las ciencias sociales,* un terreno privilegiado, ellas mismas, de aquella novedosa exploración.

Los fundamentos filosóficos y ontológicos (y por tanto las *teorías*) de las ciencias sociales han ido variando de manera sensible, como es notorio, desde su constitución hasta hoy, y también lo ha hecho a su vez la historia[67]. A veces adoptan esos cambios una *apariencia* extremadamente aleatoria y *sin un orden fijo* o predeterminado, dos características desconcertantes que en la década de los años noventa del siglo XX han venido a presentarse en todo su apogeo. Y que complican mucho, qué duda cabe, una posible ordenación de resultados.

Desde la *antropología* postestructural, lo mismo que desde una *sociología* cualitativa y fenomenológica, ambas duramente enfrentadas a las formas «clásicas» (es decir, aristotélico-tomistas) del concepto de *verdad,* han acabado por llegar a la historiografía influjos y reflejos de filosofías *antiobjetivistas,* enfoques *fenomenológicos, experienciales* e *interaccionales* cuya existencia y cultivo no son, ni mucho menos, en verdad recientes. Sucede, sin embargo, que en la historiografía logran presencia tan sólo hace unas décadas, y que ello es debido –insisto en este punto– más a las influencias antedichas de las evoluciones de las ciencias sociales que a una evolución independiente, aislada, de la historiografía misma. Aquella *autonomía* relativa que conoció el historiador del siglo XIX no se produce ya.

Influencias de las ciencias sociales, en fin, que si no de forma totalmente directa –llegando a deshacer el núcleo duro del quehacer historiográfico *normal*–, sí han impactado en amplios sectores de ese mismo quehacer, modificando visiblemente su forma de proceder en unos casos, y creando nuevas posibilidades de intervención en otros. La presión ejercida desde el marco teórico de la antropología es responsable, seguramente, de los cambios y novedades de mayor entidad y trascendencia[68]. Y, columpiada en ellos, aparece también la «tentación escéptica», que unas veces aflora bien visible en algunos escritos y otras se halla camuflada, a la espera de mejor ocasión, poniendo en duda los usos *públicos* de la historiografía, el tradicional papel *político* del historiador[69]. En las historiografías más proclives al juego interdisciplinar, ese escepticismo (que normalmente no llega a nihilismo) ha sido obviamente más temprano. Queda así revisable por esa causa, ante su avance cierto, una afirmación rotunda como la de Edward H. Carr, tan comúnmente calificada de optimista por muchos ya en el momento de su formulación: «La convicción de que provenimos de alguna parte está estrechamente vinculada a la creencia de que vamos a algún lado. Una

sociedad que ha perdido la fe en su capacidad de progresar en el futuro dejará pronto de ocuparse de su propio progreso en el pasado»[70].

Las que hoy predominan en nuestra escritura de la historia son, a su vez, formas de pensamiento *constructivistas* e *interaccionales,* que en todas sus variedades, pero en especial en la que se califica de *interaccionismo simbólico* (y que se ocupa de la asignación de significados) afirman o suponen que la *realidad* que tratamos de conocer no es una *cosa dada,* ofrecida de antemano al actor social y de una vez por todas, sino por el contrario una permanente *construcción* que nos implica en el proceso del conocimiento. Y en la que, por lo tanto, participamos de modo muy activo los propios historiadores con nuestros textos y con nuestros gestos, con nuestros sentimientos y con nuestras palabras, con nuestra clase, la raza y el género[71] como factores inseparables de esa *realidad,* actuando constantemente sobre ella y contribuyendo a la fijación de los significados de todos y cada uno de nuestros discursos profesionales. No se trataría ya, por lo tanto, de aceptar la presencia del historiador como *sujeto* de conocimiento *inscrito* en el *objeto* a historiar, únicamente, sino también de permitir la explosión expansiva de una concreta proyección, eminentemente política, de *presente,* en el *autor*. La dimensión *de género,* en tales perspectivas, desarrolla hasta el máximo su carácter transversal, su función transgresora, y se presenta a veces como una radical alternativa a todo lo existente, a todo lo que hay[72].

En resumidas cuentas, ¿vendría a derivarse de todo lo anterior que la historia no podría ser considerada ya –o acaso nunca hubiera debido considerársela– una *ciencia,* y ni siquiera, como se había creído por un tiempo, una ciencia blanda, una *ciencia social*? De una manera u otra, todo este libro tratará de incurrir, central o periféricamente, en este asunto, tratando de ofrecer algún tipo de respuesta a esa inquietud extendida entre los estudiosos de la historia, aunque no siempre la hagamos explícita.

* * * * *

Es cierto que, como nos recuerda Schorske, el siglo XX ha sacudido a fondo el orden jerárquico de las disciplinas. Y que, «por primera vez en su larga vida, Clío juega al juego de las citas con sus propias reglas». Parece que la historia «ha perdido la ilusión de ser una reina», algo que constituyó en ella aspiración fugaz –y sobre todo en Francia, tras la Segunda Guerra Mundial–, pero eso no parece haberla desanimado. Porque tampoco se halla ahora al servicio, como en tiempos pretéritos, de la teología o del derecho, y ni siquiera se ve ya encadenada a la filosofía sirviendo a sus designios (*ancilla philosophiae,* se la llamó en el siglo XIX). A decir verdad, la historia «elige ahora libremente sus propios compañeros»[73].

Al tratarse de *historia,* en cualquier caso, nos referimos siempre en nuestra época a un modo de conocimiento heterogéneo, que trata tanto *lo particular* como *lo social;* que permanece ligado a la consideración del *tiempo* y de los *cambios* que introduce en la vida de los seres humanos y que, salvo en planteamientos muy personales, carece de fundamentación teleológica.

Y un saber, finalmente, que no puede considerarse como una forma cerrada y unívoca de conocer los procesos *sociales* en su doble dimensión *espacial* y *temporal,* sino como una especie de laboratorio permanente de *experimentación* en ese ámbito, de sus alcances y posibilidades. Para muchos de los historiadores, entre los que me cuento, la historia es hoy un saber de orientación teórica *plural* y de naturaleza epistemológica combinada e *inestable*, *compleja* y por lo tanto complicada. Podríamos pensar con George Boas, para consolarnos del desconcierto que produce asumirlo, que «la razón de que nuestra era parezca más confusa que el pasado es que sabemos más de ella»[74], y también aplicarlo a este asunto de la naturaleza de la historia.

Pero lo cierto es que las cosas se han movido tanto en la historiografía que hay quien cree que ya no volverá a ser unitaria, sino que está condenada a seguir siendo fragmentaria y heterogénea. Si no es fácil creer que, a corto plazo, la historia vuelva a encontrar una unidad palpable, ésa sería también la característica formal emergente, cuando no ya la nota dominante en nuestras disciplinas colindantes.

Sobre este argumento, la *variedad* y *pluralidad* de la historiografía actual, que son notas a mi modo de ver compatibles con un estatuto disciplinar formalmente compacto y apenas discutido, trataré de articular la información sobre *escuelas* y *métodos* en la historia reciente, ciñéndome tan solo al ámbito occidental. Y dentro de éste elegiré, obviamente, nada más que aquellas escuelas, corrientes o problemas que incidan en nuestros contextos propios, los que se alberguen en la historiografía realizada, en las tres últimas décadas aproximadamente, en el medio español.

Para orientarse mejor en el doble tejido, institucional y epistemológico, en que se desarrolla la batalla por la transformación de la historiografía, quizá sería útil ofrecer al lector algún tipo de teoría historiográfica *en particular,* como una especie de fundamentación básica de la materia. Pido disculpas por no ofrecerla, ni depurar al máximo otras precisiones de conceptualización. Para facilitar su despliegue como posible texto docente, haré alusión empero a otras maneras de hacer historia que no son siempre las que se hallan actualmente en vigor, aunque ignore muchas de sus características concretas y específicas como escuelas *nacionales* o como aportación extraordinaria[75], a *forjar la nación*[76].

Para amortiguar los desajustes en mi interpretación de todo ese proceso –frente a cualquier otra que el lector tenga adquirida o sospeche acertada–, queda siempre el recurso de acudir directamente a la obra de los historiadores en cuestión. Nada podrá suplir, por más que lo intentemos, el contacto inmediato con la propia lectura de sus obras. Y en ese trato cercano a los autores, sin otra mediación ni refracción que la que se derive del encuentro, hallará el lector su recompensa.

Serán escasas mis referencias a problemas que no preocupen directamente a los contemporaneístas, pues ésa es mi especialización. No hace falta aclarar que los enfoques y corrientes emergentes de mayor ambición teórica actúan, obviamente, como una *alternativa general* al consenso mayoritario existente en la profesión en un momento dado. Y que, al imponerse, revisten por supuesto un alcance globalizador, recubriendo el total de la disciplina (el campo entero de la *historia,* en este caso) y adentrándose invasivamente por sus pliegues.

En consecuencia, la metodología y conceptualización *nuevas* (o rescatadas de ensayos precedentes) son susceptibles de aplicación también al análisis de *otros* procesos sociales y otras corrientes culturales en cualquier tiempo y en cualquier lugar. Dando, pues, por sentado que no hay ya, a esta hora, un solo tipo de historia o *historiografía,* y considerando que son precisamente *todas* sus variantes, vistas como un conjunto, las que le otorgan a la disciplina histórica su específica naturaleza y entidad, el hilo conductor de este libro lo formarán las aportaciones de origen exógeno al género inicial que han ido incorporándose a su discurso específico.

Atenderé con especial cuidado a las influencias de *método* y *concepto*, y no sólo de objeto (o lo que vulgarmente solemos llamar «tema»). Escogeré *corrientes* y *enfoques de interpretación* «operativos» en nuestra historiografía, y privilegiaré las que sobre la historia contemporánea influyan más. Afrontaré, en fin, aquellos *modos de conocimiento y aproximación intelectual al pasado* que, independientemente de cuáles sean sus raíces y su edad, cuáles sus disciplinas informantes o cuál su originaria tradición nacional, se hallan entre nosotros funcionando y son utilizados actualmente por los historiadores. No es preciso insistir en aclarar, en consecuencia, que por *tendencias actuales* no entenderé tan solo las novísimas o más recientes modas, las últimas variantes y corrientes que son *alternativa radical*. Dicho lo cual, confesaré que son por fuerza las novedades últimas las que gobiernan (desde el propio margen movible que conforma el *presente*) los resultados de esta elaboración.

Merecerá la pena dar noticia de ellas con tal de conseguir una impresión menos mediatizada por juicios de valor. Así podemos ponderar mejor cuál es su desafío real ante versiones *clásicas* de la historiografía, entendiendo por éstas

prácticamente todas las que *no* se abren a perspectivas posmodernas. Es cierto, sin embargo, que analizar las novedades últimas a fondo exige en nuestro campo una incursión algo más detenida por lindes *filosóficos, antropológicos y lingüísticos* que aclaren las formulaciones de carácter *simbólico* que sólo de pasada me atrevo a comentar. Estas últimas son, a su vez, notas definitorias en el sustrato historicista en expansión (*neohistoricismo,* se ha venido a llamar) que se presenta a veces con indisimuladas aspiraciones hegemónicas, y que continúa la renovada *historia cultural*[77].

No siendo mi intención atender únicamente a esas últimas novedades (máxime cuando algunas *no lo son* realmente, o al menos no creo yo que lo sean, o que lo sean *tanto* como otros han creído a su vez), debería tomarse este ensayo como un conjunto de instrucciones *activas* para la relectura *permanente* y el análisis crítico de la obra historiográfica. Ejercer la «crítica historiográfica» es tarea obligada para el historiador, seguramente. Y es tarea que practicamos todos, aun de modo inconsciente, bien ejerzamos como autores –como *creadores* de un texto– o como *receptores* ocasionales de textos de terceros, en calidad de lector.

La indagación a través de las notas distintivas propias del *discurso* historiográfico y las virtualidades de sus *métodos* –sus logros ciertos o sus aporías–, no conduce por fuerza al estudioso de la historia ni a la disolución vertiginosa del conocimiento positivo, ni mucho menos a la desmovilización ideológica, como a veces se ha dicho. No creo que sea éste un modo de inducirlo al relativismo cognitivo ni a la apatía política, una manera de fomentar la indiferencia ante los problemas de su tiempo o de inducirlo a la desconexión moral de los conflictos del tejido social. Otras razones serán las responsables, en todo caso, de las respuestas éticas de cada cual, de la conducta de unos y de otros en moral y política. Sí reconozco, en cambio, como bien fundado el temor de que ciertas influencias socio-científicas recientes (que son *experienciales* y *subjetivistas,* además de *democráticas* en su sentido prístino, es decir: abierta y manifiestamente antijerárquicas o antielitistas), puedan contribuir sustancialmente a difuminar, e incluso a diluir, aquella identidad *tradicional* de la historia, la que, al menos desde los tiempos del eminente Leopold von Ranke, se reconoce como depositada en la «política» (*política* entendida, a su vez, como el patrimonio de unos pocos). Eso se viene abajo, sin duda alguna, pero las cosas son así, y no de otra manera.

* * * * *

La historia se halla inmersa en un proceso de transformación que, con un término de gran circulación (no del todo satisfactorio a mi juicio), ha sido definido como giro *antropológico* o giro *cultural.* Tal sacudida, llegada desde la antropología social y cultural que aspiró a convertirse en reina de las ciencias

sociales en los años ochenta –y que desde entonces lo invade todo con ánimo envolvente–, ha venido a hacer de la materia historiográfica, así inyectada, algo más deseable e interesante para muchos, en especial los jóvenes y, casi sin duda, las mujeres en general. Y la ha revalorizado en ambientes intelectuales diversos, potenciándola como objeto de estudio, interés y discusión. La polémica se ha vigorizado y se ha hecho más constante en la medida en que aquel mismo *giro* no ha sabido escapar a la confrontación con quienes, partidarios de las ciencias sociales en sus maneras «clásicas» *(estructurales y cuantitativistas)*, se rebelan ante este *otro* «cambio» (individualista y cualitativista), cuyos efectos están, en buena parte, todavía por ver[78].

Esa misma energía lanzada a su interior convierte a la historiografía en algo más inseguro y frágil, un tipo de saber ya menos protegido en sus fronteras, más vulnerable. Con todo, es muy posible que agrandemos los riesgos que entraña esta compleja situación si nos empeñamos en seguir abordándola *como un todo indiviso*[79]. En cualquier caso, no nos haremos cargo de la complejidad si elegimos una de sus facetas, en exclusiva, pero ignoramos o despreciamos el resto. Mi propuesta, por tanto, para mejor seguir los recorridos que propongo al lector, es que la veamos como una perspectiva si no *interdisciplinar* en términos exactos (es decir, superadora de artificiales divisiones entre las disciplinas humanas y sociales), sí al menos como un modo de *pensar sobre los seres humanos en el tiempo,* que cuenta con posibilidades limitadas (pero sin duda *ciertas*) de alcance general[80]. Y que explota esas posibilidades con recursos *distintos,* pero de resultados entre sí *comparables* y a su vez transferibles a otras disciplinas, atravesando en varias direcciones las fronteras del *sistema* de las ciencias humanas, y, consecuentemente, discutiendo reglas impuestas por la convención.

En muchas partes de este libro voy a hacer repetidas alusiones a la facies *simbólica* y *cualitativista* que ha ido adoptando hasta hoy, en amplias oleadas sucesivas, el discurso *científico-social*[81]. En su conjunto, constituye un cambio bien visible, especialmente si el discurso viene a ser abordado en toda su trayectoria y extensión. Sus nuevas formas de acercamiento al objeto a estudiar, bastante más complejas que las tradicionales, exigen ensayar procedimientos teóricos que se derivan de la *sociología interaccionista* y de la *antropología interpretativa,* y piden que llevemos adelante impostaciones técnicas bien diferentes de las acostumbradas[82].

Mientras predominó en la sociología el intento de identificación entre ciencias físico-naturales y ciencias sociales que caracterizó básicamente a las décadas de 1950 y 1960, las cuestiones relativas a la «interpretación» –como recuerdan Giddens y Turner– se reprimieron, en dos aspectos: «Por un lado, la ciencia

natural no se consideraba una empresa interpretativa en ningún sentido fundamental, pues se suponía que su objetivo fundamental era la formulación de leyes o sistemas de leyes; por otro, el significado de las teorías o conceptos se consideraba directamente vinculado a las observaciones empíricas. Desde este punto de vista, las ciencias sociales eran esencialmente no interpretativas, incluso aunque su objeto gire en torno a procesos interpretativos de la cultura y la comunicación. En consecuencia, la noción de *Verstehen* –comprensión del significado– recibió escasa atención, tanto por parte de autores que escribían con una inspiración claramente filosófica como por parte de la mayoría de los científicos sociales. En los casos en que se consideraba relevante el *Verstehen,* sólo lo era en la medida en que se utilizaba para generar teorías o hipótesis contrastables. La comprensión empática de los puntos de vista o sentimientos de los demás, se pensaba, puede ayudar al observador sociológico a explicar sus conductas, pero estas explicaciones siempre tenían que formularse en términos "operacionales", o al menos en términos de descripciones de rasgos observables de conductas contrastables. El *Verstehen* se entendía simplemente como un fenómeno "psicológico" que depende de una comprensión necesariamente intuitiva y no fiable de la conciencia de los demás»[83].

A partir de mediados de los años setenta, y desde entonces hasta ahora con ritmo incrementado, ha tenido lugar por el contrario en las ciencias sociales una expansión de la consideración *interpretativa,* que halla su fundamento final en la espectacular evolución de la filosofía de la ciencia. La historia no ha sido ajena, ni mucho menos, a estas transformaciones de la sociología o la antropología, que incorporan tradiciones de pensamiento que permanecían marginadas. Por encima de estas reflexiones sobre el pensamiento historiográfico actual que ahora comienzo sobrevolará la idea de que, en sus variantes extremas, la más nueva de las historiografías que existen actualmente sitúa su punto de partida en la demolición del *realismo ontológico* y las filosofías *objetivistas*. Lo cual no es, claro está, estrictamente nuevo[84].

Sucede, sin embargo, que en aquella otra conjunción realista-objetivista descansaban los supuestos fundantes de la *práctica* dominante en historiografía, hasta hace poco sólo raramente discutidos o puestos en entredicho. Los enfoques recientes postulan, por el contrario, su sustitución por bases filosóficas que son *subjetivistas,* o que al menos contienen planteamientos (nodales o difusos) de indudable naturaleza *antiobjetivista*. En el camino intermedio entre aquellos enfoques y estos otros, aparece además todo un rescate posible, a favor de las ciencias sociales, del potencial heurístico de lo que se denomina *intersubjetividad*[85].

He procurado no sucumbir a la tentación *posmoderna*, tratando de dar prioridad aquí a la información que avale mi argumento principal: aquel de la *pluralidad* de enfoques y procedimientos que hoy forman el tejido de la historiografía. A pesar de esa pluralidad, y al menos de momento –quiero repetirlo–, tenemos *una sola* (aunque *mixta*) disciplina de la historia, con la cual nos vemos obligados a operar. A pesar igualmente de esa creciente variedad, y no obstante la mezcla permanente de *novedades* y de *recurrencias* de enfoques y de métodos preexistentes, en el conjunto de variantes hoy a disposición de los historiadores (y en sus inspiraciones previas, asimismo) hay un *sentido único,* una razón profunda que los une entre sí, y les otorga cohesión y fuerza. Más fuerza acaso, y más unión interna, de lo que se podría sospechar.

Posiblemente, tal armazón o esqueleto unitario siga estando constituido todavía por lo que el historiador de la antigüedad francés Paul Veyne reconoció como un *«afán de inteligibilidad»,* refiriéndose con esa expresión a la especie de lucha agónica sostenida por los historiadores para manejar las evidencias dispersas, y hasta contradictorias, sirviéndose de moldes, de *conceptos* útiles, ahormando las susodichas evidencias con *ideas-fuerza* capaces de servir, de modo sistemático o permanente, al investigador. Lo cual quiere decir, de una manera u otra, elevar la capacidad de la historia como una *vía de conocimiento,* lograr su adecuación a la exigencia metódica de acercamiento a la «verdad» (y el distinto concepto de verdad que se emplee por los historiadores tendrá que ver, entonces, con los procedimientos y los resultados).

Hoy ya, salvo excepciones, nadie pretende horizontes holísticos para ese acercamiento a la realidad histórica que muchos pretendemos, pero no es cierto que los historiadores renuncien a perseguirla tan resignada y fácilmente como a veces se dice. Si el historiador comparte un planteamiento pragmatista, por poner un ejemplo frecuente hoy en día, sostendrá que sólo entendidos en sus contextos culturales respectivos cobran sentido términos como los de «verdad», «virtud», «conocimiento» y «moralidad», con lo cual cree que no hay una sola posibilidad de iluminarlos e interpretarlos, pero no dirá en cambio que no se pueda hacerlo.

Si la propia filosofía se *historiza*, o se convierte en un producto *sociocultural,* nada puede extrañar que sufran comparativamente de incertidumbre los historiadores, pero ése no es el problema. A falta de un único camino para llegar a la verdad, y dada la variedad de perspectivas para hacerse cargo de su oscurecimiento inevitable (después de Nietzsche, Foucault o Derrida), sería precisamente la comparecencia de aquel afán de *inteligibilidad* la que, paradójicamente, produciría en nuestro campo, en una sacudida inesperada, esa serie de plegamientos de *historia intelectual* que, si se quiere, son las corrientes historiográficas actuales. En algunas de ellas hay ciertamente rasgos de

posmodernidad, pero pocas responden en su integridad a aquellos elementos que, normalmente, se invoca para reconocerla.

Si tomamos un caso particular, el del tan alabado como denostado Simon Schama, lo que nos encontramos es, implícita o explícitamente, un alegato contra la historia fragmentaria y multicultural que ha ido predominando desde hace dos décadas o tres en los Estados Unidos. Su propuesta se afirma contra lo *micro* (que identifica simplificadamente con lo «local»), frente al abandono de la *imaginación histórica* a la manera en que la practicaba Collingwood. De paso, chocado por el dominio del imperativo político de «no ofender» *(sic),* se yergue contra el precepto de no lastimar los intereses de las minorías, de no estorbar sus operaciones de afianzamiento no ya de *una* memoria, sino de *las memorias,* en plural.

No hace falta ir muy lejos para observar en ese alegato la vuelta de un historicismo idealista *convencional*, con ribetes de modas posteriores desde luego, pero que no es tan solo una excentricidad, sino que, bien al contrario, representa una corriente filosófica rescatada e inscrita en el contexto de aquella más extensa, ahora recuperada, antigua idea de la *historicidad*[86]. Lo que más odia Schama, al decir suyo –neorromántico y conservador al fin–, es «la falta de emoción en la escritura de la historia», la proliferación de textos de historia áridos e insulsos, incapaces de «estimular la imaginación»[87]. Y el carácter igualatorio, el rasero a la baja, que cree ver en los sistemas de enseñanza, poco dados a *revivir* el pasado *recreando* e *instruyendo,* podríamos decir: «A medida que en las escuelas y facultades la historia vaya tomando la forma de un álbum de recortes de documentación y de insulsas devociones, su capacidad para medir la imaginación se perderá».

Acusado a su vez de *inventar* la realidad, lo que Schama representa es, sin embargo, una forma posible (y no demasiado nueva) de reacción frente a una situación historiográfica en la que una «erudita formidable» como Gertrude Himmelfarb, parecía descomponerse frente a la progresiva desaparición de las notas a pie de página en los libros de historia. Una historiografía en la que un colectivo importante de historiadores había abandonado la *interpretación* y la *subjetividad,* empeñándose en cambio en defender a capa y espada la *objetividad,* resultante final obligada del acúmulo empírico. Invocando a «los maestros» por el contrario, aquellos para quienes «la historia no era un lugar remoto y fúnebre» sino «un mundo que hablaba en voz alta y con urgencia a nuestros propios intereses», Schama apuesta por devolver a la historia su «inmediatez dramática», un puro gesto de idealismo historicista. La primera medida, y la más urgente, sería liberarla del corsé de las ciencias sociales, puesto que «la historia no es

necesario que se disculpe por lo que es en realidad: el estudio del pasado en todo su magnífico desorden»[88].

Un recorrido más largo en el pasado, yendo hacia atrás, nos mostraría que desde antiguo ha habido (aunque no *tantas* ciertamente como hoy) maneras bien distintas de emprender nuestro oficio. Formas variadas de relacionar lo *particular* con lo *general* y lo *regular* con lo *esporádico* o *aleatorio,* todas ellas sujetas a la inscripción del *tiempo* en el discurso *histórico* (esa tarea que bien puede entenderse nuestra «jaula de hierro»), a la dialéctica entre *pasado, presente* y *futuro* que teje nuestros enfoques sobre los individuos y las sociedades. Son maneras diversas de pisar el umbral de la *memoria,* de extraerle su fruto y ordenar su cultivo, un asunto que nunca ha escapado a la historiografía, y que constituye un *topos* del historicismo desde su primera formulación. Pero a partir de cierto punto –lo cual lamenta Schama todavía–, en la historiografía se pretendió emplear los métodos «científicos», como en todas las ciencias humanas y sociales que los comparten y los reconsideran, deslumbradas con el proceso mismo de *recordar* y sus efectos prácticos. La relación *exclusiva* entre «historia» y «memoria» quedaría así rota, multiplicada como en caleidoscopio, y diluida en fin.

En cambio, en otro tiempo –a juicio de los nostálgicos más afortunado–, aquella ligazón entre *Clío* y su madre, la fértil *Mnemosine*, era siempre apreciada (pues nunca era masiva) en manos de rapsodas y cronistas. Sería por lo tanto, el urgente rescate de la *imaginación histórica* individual, siempre en razón de las cualidades *comprensivas* de cada historiador, el modo que autores como Schama proponen para recuperar esa naturaleza.

A pesar de la diversidad de acercamientos que hoy observamos, es preciso recordar que ha habido desde el siglo XIX (y hoy se ha revitalizado al hilo de las últimas reacomodaciones del campo historiográfico) una manera muy apreciada, y bien representativa, de *hacer historia,* que es obviamente la «*historia política*». Constituye el tipo de discurso historiográfico (un subgénero más bien) que algunos consideran como la *historia* por antonomasia, su esencia identitaria, su facies principal. Y a muchos les parece, por esa misma solidez nuclear y esa orgullosa seguridad con que se nos presenta *rescatada*, que siempre estuvo ahí, vestida y conformada de parecida guisa a como la legaron quienes la construyeron. Pero esa forma «política» de hacer historia –no insisto mucho en ello, por sabido– se hará mayoritaria solamente en la segunda mitad del siglo XIX, cuando su narrativa, acomodada al uso de las fuentes (aspirando a ser *ciencia*) se alejó rigurosa de la novela y el relato ficticio, por propia voluntad. Deja entonces el historiador, al marco del realismo literario, un legado precioso: el de *narrar* la historia de la *gente corriente,* sirviéndose para ello de la imaginación.

Cuando la historia pide la herencia abandonada –se encargó de ello la ambiciosa y radiante *«historia social»*–, estaba ya avanzado el siglo XX. Con otros requisitos, adoptaba otras maneras de organizar los *hechos* y otras formas de hacer. La historia sin embargo, para los diltheyanos como Collingwood (y Schama es uno de ellos), encierra claves para saber con alto grado de certeza «qué *es* el hombre», y por eso se propone como una forma «indispensable del autoconocimiento humano». El estado *adulto* –Horacio *dixit,* y otros le hicieron caso– implica *historia,* y a la vez es *conciencia* de ella. Al contrario, la gente «*sin historia*» nunca es capaz de inscribirse en el *tiempo,* nunca puede –merced a la experiencia, la experiencia *vivida*– dejar a un lado la preexistente mentalidad infantil. En esta perspectiva ética y cognitiva (que insisto en que *no es nueva*), «la misión de la historia» consistiría siempre en «iluminar la condición humana a partir de los testigos de la memoria».

¿Qué diferencia habría, por lo tanto, entre las verdades que nos son reveladas por la literatura y las verdades contenidas en la propia historia…?[89] ¿No serían éstas de rango superior a las que puedan encerrarse en las leyes sociales? Mimando el *relato* historiográfico construido a partir de *evidencias,* pero también de *indicios* y de *suposiciones intuitivas* (verosímiles, claro, aunque *no demostradas* ni aún demostrables), esa postura nos hablará otra vez de *narrativa* y no ya de explicación[90].

Lo que hoy se denomina *«nuevas corrientes»* en la historiografía es, visto así, el retorno de una relación que quedó frustrada en el momento en que algo se vino abajo, cuando se llevó a cabo *la ruptura* original de los historiadores con el relato «imaginativo» que antes les capturaba, y que perdió vigor a cambio de la hipóstasis de una *creación* propia de la modernidad, del confiar en la *objetividad* como valor supremo[91]. Tratar de rescatar la conexión perdida ha ido dejando rastros de historicismo entre los aluviones del influjo más fuerte, el que ejercen aún corrientes sociocientíficas, las cuales desbancaron en su día al *relato imaginativo*. Los esfuerzos por la recuperación historicista han ido cuajando de modo lento, o se han abierto paso magmáticamente, pero antes o después se habrán hecho visibles aprovechando la repentina falla del estructuralismo, y merced al abandono del *pensamiento fuerte,* como una forma de recuperar en la historiografía espacios usurpados.

A través de esa falla han aflorado y van serpenteando procederes que preexistían en la sociología y la antropología, o que obedecían a líneas de pensamiento filosófico previas al triunfo rotundo de la moda estructural tras la Segunda Guerra Mundial. Principios y procedimientos que, a su vez, se benefician ahora del declive (podría ser que temporal) del *realismo ontológico*. Y que, por el

momento, se contentan con rellenar los huecos que han ido apareciendo, aquí y allá, en el desplazamiento de las seguridades que lo nutrían.

La reciente explosión de la historiografía en varias direcciones ha venido a incidir en la acelerada quiebra de los *usos realistas* del término *«verdad»*. Y más que un *nihilismo,* o que un escepticismo radical de tipo historiográfico (lo que nos llevaría a los historiadores a ser, con gusto o con pesar, posmodernos de veras), lo que se muestra con toda contundencia son las repercusiones derivadas del éxito alcanzado por otras acepciones y usos filosóficos del término *verdad*[92], entre ellas sin duda las que proceden de las filosofías del lenguaje[93].

Efectos que, aun no rápidos, juegan a aparecer por las esquinas y a entrar por la ventana, palpables por doquier, con trayectorias claras, especialmente en los Estados Unidos, donde *relativismo* y *escepticismo* han ido a confluir, trayendo consecuencias morales y políticas al escenario[94]. Muy en concreto, se percibe un rechazo generalizado del concepto de *objetividad* según quedó fijado por el positivismo filosófico: «Nosotras redefinimos la objetividad histórica –escriben Appleby, Hunt y Jacob, tres historiadoras situadas entre el análisis político y el cultural– como una relación interactiva entre un sujeto investigador y un objeto externo. La validez, en esta definición, proviene más de la definición que de la prueba, a pesar de que sin prueba no hay escrito histórico que valga»[95].

Vivimos en un mundo en el que los medios de comunicación de masas y el deslumbramiento *de* y *por* la imagen han intervenido poderosamente sobre las nociones de *tiempo* y *realidad*. Para Ilya Prigogyne, «leer la historia del universo como historia de un tiempo autónomo, o de una autonomía creciente del tiempo es [...] una de las tentaciones interesantes de la ciencia contemporánea». No se trata ya, pues, de la «aceleración» y el «desmigajamiento» que, como tantos otros, lamenta el francés Rioux[96], sino de la expansión evidente y rotunda de otras maneras –teóricas y prácticas, pero no *académicas*–, de enfrentarse a la consideración del tiempo. *Maneras* cuya fundamentación científica y filosófica podrá ser todavía difusa o indeterminada pero no inaprensible[97].

Andreas Huyssen, por ejemplo, relaciona estas cosas con el reciente culto a la *memoria*, algo que tendría que ver con el doble fenómeno de *aceleración* del tiempo y de *compresión* del espacio que viene impuesto, en las ciudades, por la vida actual, generando angustia por todo cuanto desaparece *(del todo)* de nuestras vidas, por lo que se borra de ellas para *siempre*... La persecución a ultranza de la *memoria* en la mayoría de las sociedades (de la memoria de lo *particular,* de lo *propio* y *pequeño* en especial), su cristalización desde hace unas décadas, sería como el antídoto, como una especie de cerco defensivo contra el sentimiento de *pérdida* irreparable al que nos llevan, irremediablemente, tiempo

y espacio[98]. Otros lo relacionan, y no es incompatible, con los procesos de construcción de la *ciudadanía*[99].

Hay, además, una serie de *formas* y de procedimientos que permiten a los individuos acercarse intelectualmente, aunque sea a través de mecánicas de «conocimiento vulgar» y de actuaciones de la vida cotidiana (el cine, o los juegos electrónicos muy en particular), a las nociones de «pasado» y secuencia histórica, a veces bajo ropajes historicistas y heorrománticos que, sin embargo, no siempre responden a los mismos criterios de verdad. [En cualquier caso, son esas inspiraciones de naturaleza diferente a las que, de usual, utilizamos los historiadores.]

Dada la trascendencia del fenómeno, no trivializar ni pervertir sus *contenidos* metodológicos y sus procedimientos de *aplicación* exige conceder una atención extensa, aunque naturalmente selectiva, a tradiciones de pensamiento no siempre periféricas ni minoritarias, aunque no sean (o no hayan sido hasta aquí) las dominantes entre nosotros. Porque ellas son las que inspiran y sustentan –seguramente más a través de circuitos de la vida diaria que directamente a partir de los textos de historiadores y científicos sociales–, el brusco desafío innovador que ha venido a sacudir de nuevo a la historia.

[1] J. A. MARAVALL (1958), *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, p. 24.

[2] G. BARRACLOUGH (1981 [1978]), «Historia», en M. Freedman, S. J. de Laet y G. Barraclough, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, 2, Madrid, Tecnos/Unesco, pp. 293-567.

[3] Entre las más recientes e ilustrativas síntesis, F. R. ANKERSMIT (2001), *Historical Representation*, Stanford University Press; P. JOYCE (ed.) (2002), *Social in Question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres/Nueva York, Routledge.

[4] J. ARÓSTEGUI (2001), *La investigación histórica. Teoría y práctica*, Barcelona, Crítica [2.ª ed. corregida y aumentada].

[5] I. PEIRÓ y G. PASAMAR (2002), *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal. También A. NIÑO (1986), «La historia de la historiografía, una disciplina en construcción», *Hispania* XLVI/163, pp. 395-417; I. PEIRÓ (1997), «La historia de la historiografía en España: una literatura sin objeto», *Ayer* 26, pp. 129-137 y (1998), «La historiografía académica en la España del siglo XIX», *Memoria y civilización* 1, pp. 165-196; G. PASAMAR (1998), «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica, 1880-1980», *Hispania* LVIII/1, n.º 198, pp. 13-48.

[6] Véase la revista *Storia della Storiografia* para una aproximación de interés general; y específicamente, A. CARACCIOLO *et al.* (1993), *La historiografía italiana contemporánea*, Buenos Aires, Biblos; *La storiografia italiana degli ultimi vent'anni*, a cura di L. DA ROSA, vol. 3 «Edad Contemporánea», Bari, Laterza, 1986-1989.

[7] Véase la «Introducción» de J. M. JOVER (1974) a *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, pp. 9-152. Para la situación en los años setenta, J. J. CARRERAS *et al.* (1976), *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, Rioduero.

[8] Recopilación reciente en J. J. CARRERAS ARES (2000), *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons.

[9] R. A. SKOTHEIM (1966), *American Intellectual History and Historians*, Princeton. Una excelente muestra en C. E. SCHORSKE (1998), *Thinking with History. Explorations in the passage to Modernism*, Nueva Jersey, Princeton University Press [ed. cast.: «La historia y el estudio de la cultura», en *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001].

[10] Interesantes consideraciones en C. E. Schorske, *ibid.*, pp. 355-376.

[11] V. BROWN (2002), «On Some Problems with Weak Intentionalism for Intellectual History», *History and Theory* 41/2, pp. 198-208.

[12] A. O. LOVEJOY fundó el importante *Journal of the History of Ideas* en 1940. Allí incluyó su manifiesto «Reflections on the History of Ideas» (1, pp. 3-23). En ese mismo ámbito destaca la figura de George Boas, con quien había fundado Lovejoy en 1923 un «Club de Historia de las Ideas» ligado a la Universidad Johns Hopkins.

[13] Desde (1962), *La Institución Libre de Enseñanza. Orígenes y etapa universitaria*, Madrid, Rialp, hasta el póstumo (1998), *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva.

[14] M. C. LEMON (1995), *The Discipline of History and the History of Thought*, Londres/Nueva York, Routledge; F. GILBERT (1971), «Intellectual History: Its Aims and Methods», *Daedalus. Historical Studies Today*, invierno 71, pp. 80-97.

[15] F. TESSITORE (1990), *Storiografia e storia della cultura*, Bolonia, Il Mulino. La historia «de los intelectuales» participa de esta proyección política también: J. CASASSAS (coord.) (1999), *Els intel.lectuals i el poder a Catalunya (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic.

[16] G. BOURDÉ y H. MARTÍN (1992), *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal; G. PASAMAR (2000), *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis; E. MITRE (1997), *Historia y pensamiento histórico. Estudio y antología*, Madrid, Cátedra; VV.AA. (comp. E. TORRES CUEVAS) (1996), *La historia y el oficio de historiador*, La Habana, Imagen Contemporánea; y C. AGUIRRE ROJAS (1999), *Itinerarios de la historiografía del siglo XX. De los diferentes marxismos a los varios «Annales»*, La Habana, CIDCC Juan Marinello.

[17] Planteamientos básicos en E. MORADIELLOS (1992), *Las caras de Clío. Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Oviedo, Universidad de Oviedo [otro texto del mismo título, citado más abajo, reelabora éste] y (1994), *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI. Muy útiles P. LAMBERT y PH. SCHOFIELD (eds.) (2003), *Making History. An Introduction to the Practices of History*, Nueva York, Routledge; M. HOWELL y W. PRVENIER (2001), *From Reliable Sources. An Introduction to Historical Methods*, Ithaca, Cornell University Press; M. BENTLEY (ed.) (2002), *Companion to Historiography*, Nueva York, Routledge; LL. KRAMER y S. MAZA (eds.) (2002), *A Companion to Western Historical Thought*, Blackwell Publishers; M. HUGHES-WARRINGTON (2000), *Fifty Key Thinkers on History*, Londres/Nueva York, Routledge.

[18] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 346.

[19] F. BRAUDEL (1986), *L'identité de la France*, París, Arthaud.

[20] L. E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES (1996), «La historia, de las estructuras a lo heterogéneo», en E. González (coord.), *Historia y universidad. Homenaje a Lorenzo Mario Luna*, México, UNAM, pp. 203-226.

[21] J. HUIZINGA (1936 [reimp. 1963]), «A Definition of the Concept of History», en R. Klibansky y H.-J. Paton (eds.), *Philosophy and History. Essays presented to Ernst Cassirer,* Nueva York, pp. 1-10.

[22] En castellano el mejor texto es el brevísimo de G. G. IGGERS (1998), *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books. Además, véase A. PROST (2001), *Doce lecciones sobre la historia,* Madrid, Cátedra; J. J. CARRERAS («Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia») y G. NOIRIEL

(«Historia: por una reflexión pragmatista»), en M. C. Romeo e I. Saz (eds.) (2002), *El siglo XX. Historiografía e historia,* Valencia, PUV, pp. 77-84 y 11-28; E. HERNÁNDEZ SANDOICA (1995), *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis.

[23] G. G. IGGERS (ed.) (1985), «Introduction» a *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945,* Leamington Spa, pp. 1-48.

[24] J. RÜSEN (1994), «Continuity, Innovation, and Self-Reflection in Late Historicism: Theodor Schieder (1908-1984)», en H. Lehmann y J. Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 353-388.

[25] G. G. Iggers, *The German…*, cit., p. 27. También, W. J. MOMMSEN (1971), *Die Geschichtswissenschaft jenseits des Historismus*, Düsseldorf, Droste Verlag; J. HERBST (1965), *The German Historical School in American Scholarship. A Study in the Transfer of Culture*, Ithaca/Nueva York, Cornell University Press.

[26] C. E. Schorske, *Pensar con la historia,* cit., p. 373.

[27] F. MEINECKE (1983 [1936]), *El historicismo y su génesis,* México, FCE.

[28] J. ORTEGA Y GASSET (1960), *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee,* Madrid, Revista de Occidente.

[29] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 313.

[30] J. REVEL (1995), «Histoire et sciences sociales: une confrontation instable», en *Passés Recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, *Autrement* 150/151 (enero), pp. 69-81.

[31] El más asequible, sin duda, P. BURKE (1993), *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales*, Barcelona, Gedisa.

[32] C. E. QUILLEN (1998), «Crossing the Line: Limits and Desire in Historical Interpretation», *History and Theory* 37/1 (febrero), pp. 40-68.

[33] W. H. DRAY y W. J. VAN DER DUSSEN (eds.) (2001), *The Principles of History. And Other Writings in Philosophy of History,* by R. G. Collingwood, Oxford, Oxford University Press.

[34] K. R. STUEBER (2002), «The Psychological Basis of Historical Explanation: Reenactment, Simulation, and the Fusion of Horizons», *History and Theory* 41/1 (febrero), pp. 25-42.

[35] G. R. ELTON (1967), *The Practice of History,* Londres, Methuen, pp. 23-24.

[36] R. G. COLLINGWOOD (1953 [1939]), *Autobiografía,* México, FCE, p. 39.

[37] G. KITSON CLARK (1967), *The Critical Historian,* Nueva York, Basic Books, pp. 21 ss.

[38] Con frecuencia se lamenta la ausencia de reflexión teórica en la historia, algo considerado en cambio inofensivo –y hasta *normal*– por una parte amplia de la profesión. Reflexiones sobre ello desde la historia antigua, en M. I. FINLEY (1985), *Ancient History: Evidence and Models,* Londres, Chatto & Windus; G. BRAVO (1998), «Limitaciones y condicionamientos de la reflexión historiográfica española», *Hispania* LVIII/1, n.º 198, pp. 49-64.

[39] P. K. FEYERABEND (1974), *Contra el método,* Barcelona, Ariel.

[40] E. H. GOMBRICH entrevistado por D. ERIBON (1992), *Lo que nos cuentan las imágenes,* Madrid, Debate.

[41] E. H. GOMBRICH (1992 [1970]), *Aby Warburg. Una biografía intelectual*, Madrid, Alianza Editorial y (1991), «La ambivalencia de la tradición clásica. La psicología cultural de Aby Warburg (1866-1929)», en *Tributos. Versión cultural de nuestras tradiciones,* México, FCE, pp. 117-137. Véase también U. RAULFF

(1991), «Parallel gelesen: Die Schriften von Aby Warburg und Marc Bloch zwischen 1914 und 1924», en von H. Bredekamp *et al.* (eds.), *Aby Warburg. Akten des internationalen Symposions Hamburg 1990,* Weinheim, pp. 167-178 y P. SCHMIDT (1989), *Aby Warburg und die Ikonologie*, Wiesbaden.

[42] «Debo confesar –escribiría en otra ocasión– que ni siquiera cuando me trasladé al Instituto Warburg encontré el mejor de los mundos posibles. Me atrajo mucho el novedoso mundo de la iconología, el casar textos con imágenes, pero, aunque lo disfruté mucho, el ámbito que ofrece al subjetivismo desenfrenado, descubrí también, pone en peligro nuestro contacto con las realidades históricas.» (E. H. GOMBRICH (1991 [1984]), *Tributos. Versión cultural de nuestras tradiciones,* México, FCE, p. 14).

[43] J. J. CARRERAS ARES (1981), «El historicismo alemán», en VV.AA., *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara,* vol. II, Madrid, UIMP, pp. 627-642.

[44] T. NIPPERDEY (1976), «Historismus und Historismuskritik heute», en *Gesellschaft, Kultur, Theorie. Gesammelte Aufsätze zur neueren Geschichte,* Gotinga, pp. 59-76. Un texto de época, él mismo historicista, en K. HEUSSI (1932), *Die Krise der Historismus*, Tubinga.

[45] O. G. OEXLE (1986), «Historismus. Überlegungen zur Geschichte des Phänomens und des Begriffs», *Braunschweigische Wissenschaftliche Gesellschaft,* pp. 119-155.

[46] Por ejemplo, G. KUPPURAM y K. KUMUDAMANÍ (2002), *Methods of Historical Research,* Nueva Delhi, Sundeep Prakashan.

[47] E. BERNHEIM (1889), *Lehrbuch der Historischen Methode,* Leipzig; o CH. V. LANGLOIS y CH. SEIGNOBOS (1898), *Introduction aux études historiques,* París. Pervive el modelo unos cincuenta años: así, por ejemplo, en L. HALPHEN (1948), *Introduction à l'histoire,* París, PUF.

[48] R. W. FOGEL y G. R. ELTON (1989), *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la historia,* México, FCE, pp. 162-163.

[49] G. GIARRIZZO (1999), *La scienza della Storia. Interpreti e problemi,* a cura di F. Tessitore, Nápoles, Liguori editore.

[50] TH. L. HASKELL (2000), *Objectivity is not Neutrality. Explanatory Schemes in History,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[51] M. J. ZEMLIN (1988), *Geschichte zwischen Theorie und Theoria. Untersuchungen zur Geschichtphilosophie Rankes,* Würzburg, Königshausen & Neumann; J. MERAN (1985), *Theorien in der Geschichtswissenschaft. Die Diskussion über die Wissenschaftlichkeit der Geschichte,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.

[52] E. H. Gombrich, *Tributos*, cit., p. 17.

[53] J. LE GOFF, R. CHARTIER y J. REVEL (dirs.) (1978), *La nouvelle histoire,* París, Retz.

[54] K. PLUMMER (1989 [1983]), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista,* Madrid, Siglo XXI, p. 15.

[55] A. GUREVICH (1990), «Marc Bloch and Historical Anthropology», en *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales,* París, EHESS, pp. 404-418.

[56] K. G. FABER (1971), *Theorie der Geschichtswissenschaft,* Munich, C. H. Beck.

[57] R. RÉMOND (dir.) (1988), *Être historien aujourd'hui,* París, Unesco.

[58] J. LE GOFF (1974), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard y P. BURKE (ed.) (1993), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial. Más específico, E. FANO (ed.) (1991), *Una e indivisible. Tendenze attuali della storiografia statiunitense,* Florencia, Ponte alle Grazie.

[59] Para España, J. FONTANA (1982), *Historia: análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica y (1992), *La Historia después del fin de la historia,* Barcelona, Crítica; y E. SEBASTIÁ (1999 [1966]), *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibáñez. Proletariado y burguesía,* Valencia, Fundación Instituto Historia Social y (2001 [1971]), *La revolución burguesa. La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en el País Valenciano* [prefacio de J. Paniagua y estudio preliminar de J. A. Piqueras], Valencia, Fundación Instituto Historia Social. También la mayor parte de los textos recogidos por P. SÁNCHEZ LEÓN y J. IZQUIERDO (comps.) (2000), *Clásicos de historia social de España. Una selección crítica,* Valencia, Instituto Historia Social. Para la influencia de M. Tuñón, véase J. L. DE LA GRANJA, A. REIG y R. MIRALLES (eds.) (1999), *Tuñón de Lara y la historiografía española,* Madrid, Siglo XXI.

[60] La naturaleza cortés y caballerosa de la confrontación teórico-metodológica en R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los caminos al pasado?,* cit.

[61] H. HAROOTURIAN (2000), *History's Disquiet. Modernity, Cultural Practice, and the Question of Everyday Life,* Nueva York, Columbia University Press.

[62] J. A. AMATO (2002), *Rethinking Home. A Case for Writing Local History,* University of California Press.

[63] Entre nosotros, en esta línea, E. MORADIELLOS (2002), *Las caras de Clío. Una introducción a la historia,* Madrid, Alianza Editorial.

[64] Para otro tipo de consideraciones, relativas al gusto del público francés por los libros de historia, P. ARIÈS, (1986 [1954]), *Le temps de l'histoire,* París, Seuil, 1986, pp. 49-50: «Dans ce goût pour la littérature historique, il faut reconnaître le signe plus ou moins net de la grande particularité du xxe siècle: l'homme ne se concoit plus comme un individu libre, autonome, indépendant d'un monde qu'il influence sans le déterminer. Il prend conscience de lui dans l'Histoire, il se sent solidaire de la chaîne des temps et ne peut se concevoir isolé de la continuité des âges antérieurs. Il a la curiosité de l'Histoire comme d'un prolongement de lui-même, d'une partie de son être [...]. A aucun autre moment de la durée, l'humanité n'a éprouvé un sentiment analogue. Chaque génération, ou chaque série de générations avait, au contraire, hâte d'oublier les particularités des âges qui les précédaient».

[65] Entre la abundantísima producción, L. NIETHAMMER (ed.) (1980), *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis. Die Praxis der «Oral History»,* Frankfurt y –como una aplicación empírica importante– del mismo autor (1986), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll», Faschismuserfahrung im Ruhrgebiet*, Berlín/Bonn, Dietz. En español, importa seguir el curso de la revista *Historia y Fuente Oral* (desde hace un tiempo, *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* Barcelona).

[66] P. DUBOIS (1994), *El acto fotográfico,* Barcelona, Paidós; R. BARTHES (1992), *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía,* Barcelona, Paidós; J. AUMONT (1992), *La imagen,* Barcelona, Paidós; J. FONTCUBERTA (1997), *El beso de Judas. Fotografía y verdad,* Barcelona, Gustavo Gili.

[67] I. HACKING (2002), *Historical Ontology,* Harvard University Press.

[68] Recorridos generales, muy útiles, en A. BARNARD (2000), *History and Theory in Anthropology,* Cambridge, Cambridge University Press, y T. INGOLD (ed.) (1996), *Key Debates in Anthropology,* Nueva York, Routledge. Pero sobre todo, veáse B. M. KNAUF, *Genealogies for the Present in Cultural Anthropology,* Nueva York, Routledge, 1996.

[69] D. DAMAMME y M. C. LAVABRE (2000), «Les historiens dans l'espace public», en *Expertises historiennes*, *Sociétés contemporaines* 39, pp. 5-21.

[70] E. H. CARR (1966 [1961]), *¿Qué es la historia?,* Barcelona, Seix Barral, p. 179.

[71] La perspectiva es mucho más evidente en la antropología, donde llega a plantearse la cuestión de la *experiencia autobiográfica* del investigador en toda su profundidad. Véase, por ejemplo, J. OKELY y H.

CALLAWAY (eds.) (1992), *Anthropology & Autobiography,* Londres/Nueva York, Routledge. Y allí, en especial, J. OKELY, «Anthropology and autobiography: participatory experience and embodied knowledge», pp. 1-28 y A. P. COHEN, «Self-conscious autobiography», pp. 221-241.

[72] En el texto de la nota anterior, véase el trabajo de H. CALLAWAY, «Ethnography and experience. Gender implications in fieldworks and texts», pp. 29-49. También, entre otros muchos títulos, M. F. BELENKY *et al.* (1986), *Women's Ways of Knowing: The Developement of Self, Voice and Mind,* Nueva York, Basic Books.

[73] C. E. Schorske, *Pensar con la historia,* cit., p. 375.

[74] G. BOAS (1962), *The Heaven of Invention,* Baltimore, p. 16.

[75] M. HUGHES-WARRINGTON (2000), *Fifty Key Thinkers on History,* Londres/Nueva York, Routledge. En español, menos sistemático y mucho más desigual, J. E. RUIZ-DOMÈNEC (2000), *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI,* Barcelona, Península.

[76] Entre la gran variedad de estudios recientes, R. SOUTHARD (1994), *Droysen and The Prussian School of History,* Lexington, The University Press of Kentucky.

[77] Muestra de algunos de esos planteamientos en I. OLÁBARRI y F. J. CASPISTEGUI (eds.) (1996), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad,* Madrid, Editorial Complutense. Un repaso a la situación reciente en España, en E. HERNÁNDEZ SANDOICA (2001), «La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década», *Cercles. Revista d'història cultural,* Barcelona, 4, pp. 57-91.

[78] E. HERNÁNDEZ SANDOICA y A. LANGA (eds.) (en prensa), *El giro historiográfico. (Entre historia política e historia cultural),* Madrid, Abada Editores.

[79] G. STRAUSS (1994), «El dilema de la historia popular», *Taller d'Historia* 4, Valencia, pp. 81-90. Véase también el «Comentario» al mismo de W. BEIK, *ibid.,* pp. 91-94.

[80] Quizá fuera útil retener el «principio de los niveles temporales» de Fraser, a propósito de la naturaleza del *tiempo*. Éste, «que suele entenderse como un aspecto aparentemente homogéneo y universal de la naturaleza, es de hecho una jerarquía de temporalidades dinámica, evolutiva y sin límites fijos», J. T. FRASER (21981), «Toward an integrated understanding of time», en J. T. Fraser (ed.), *The Voices of Time,* Amherst, University of Massachussets Press, pp. XXV-XLIX.

[81] Un manual muy completo en P. ALASUUTARI (1995), *Researching Culture: Qualitative Method and Cultural Studies,* Londres, Saage Publications.

[82] Un buen acercamiento al horizonte sociológico en general en C. MARLETTI (1991), *Fra sistematica e storia. Saggio sulle idee dei sociologi,* Milán, Franco Angeli.

[83] A. GIDDENS y J. H. TURNER (1990 [1987]), «Introducción» a J. H. Turner *et al.*, *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 10-11.

[84] Exploraciones e intentos anteriores, en H. W. HERDINGER (1969), *Subjektivität und Geschichtswissenschaft. Grundzüge einer Historik,* Berlín.

[85] Por ejemplo, R. PRUS (1996), *Symbolic Interaction and Ethnographic Research. Intersubjectivity and the Study of Human Lived Experience,* Albany, State University of New York Press.

[86] D. D. ROBERTS (1995), *Nothing but history. Reconstruction and Extremity after Metaphysics,* Berkeley, University of California Press.

[87] S. SCHAMA (2002), «Clío tiene un problema», en *Confesiones y encargos. Ensayos de arte,* Barcelona, Atalaya-Península, pp. 168-178, cit. 169. [El texto original en *The New York Times Magazine,* 8 de septiembre de 1991.]

[88] S. Schama, *ibid.,* p. 172.

[89] F. R. ANKERSMIT, «La verdad en la literatura y en la historia», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural,* cit., pp. 49-67.

[90] S. Schama, «Clío tiene un problema», cit., pp. 173-174. En cualquier caso, dice, ya no podremos *(ni deberemos)* escribir igual que los bostonianos [Bancroft, Prescott, Parkman]. Considerando a Peter Gay como uno de los mejores prosistas en historia, cree que «la actual generación de historiadores debe encontrar su propia voz, igual que todas las que la han precedido» (*ibid.,* p. 177).

[91] E. DEEDS ERMARTH (2001), «Agency in the discursive Condition», *History and Theory* 40/4 (diciembre), pp. 34-58.

[92] R. L. KIRKHAM (41997), *Theories of Truth. A Critical Introduction,* Cambridge Mass./Londres, MIT Press.

[93] D. DAVIDSON (1990 [1984]), *De la verdad y de la interpretación. Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje,* Barcelona, Gedisa.

[94] Una respuesta no tradicionalista en historiografía: J. APPLEBY, L. HUNT y M. JACOB (1998 [1994]), *La verdad sobre la historia,* Buenos Aires, Editorial Andrés Bello.

[95] *Ibid.,* p. 243.

[96] I. PRIGOGYNE (1991 [1988]), *El nacimiento del tiempo,* Barcelona, Tusquets, p. 29; J. P. RIOUX (1993), «La déesse mémoire», *Le Monde,* supl. 18 de marzo de 1993, p. II.

[97] Relaciones entre mecanismos de tipo económico (transformaciones del capitalismo postindustrial) y de orden cultural, se desarrollan en *posmarxistas* como D. HARVEY (1990), *The Condition of Postmodernity,* Cambridge Mass., Blackwell.

[98] A. HUYSSEN (2002), *En busca del futuro perdido,* México, FCE, y (2002), *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo,* Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

[99] L. E. HEIN y M. SELDEN (eds.) (2000), *Censoring History. Citizenship and Memory in Japan, Germany, and the United States*, M. E. Sharpe, por ejemplo.

II. Sobre la «ciencia de la historia» y la historiografía contemporánea

Estrategias y discursos en historia

La proliferación de *interpretaciones* distintas, e incluso el debate mismo sobre epistemología (la inquietud por discutir *qué* tipo de conocimiento nos ofrece la *historia*, cuál sea su *naturaleza* como disciplina y cuáles son sus *límites*), hallan su origen, si es que se acepta el punto de partida que acabo de exponer en el capítulo anterior, en un acercamiento renovado de los historiadores a las ciencias sociales. En líneas generales, ese acercamiento se produce para interesarse por los específicos procedimientos *técnicos* de dichas ciencias (más que por conocer la *teoría* que sustenta esos mismos procedimientos), o bien para discutir una hipotética *jerarquía,* o superioridad relativa, entre unos y otros métodos. Y siempre supone la importación de *conceptos:* «La historia no cesa de pedir a las disciplinas vecinas conceptos en préstamo», ha escrito Antoine Prost. «Por tanto, no intentaremos elaborar la lista de los conceptos, dado que está indefinidamente abierta»[1]. Importa más, sin embargo, subrayar que esa irrupción siempre tiene lugar a partir de un prurito de curiosidad *científica*. Lo cual equivale a decir que los historiadores que de tal modo operan exhiben formalmente una clara intención *racionalizadora*. Su voluntad, entonces, no es estrictamente *literaria* y *narrativa,* sino que se encamina a la superación de *lo particular* y lo concreto, haciendo manifiesta una necesidad «científica», un interés sistemático por la *generalización*.

No hay que confundir esa tendencia a entender de procesos generales con ningún tipo de propensión a las *filosofías de la historia*. Antes bien, al contrario, son contados los historiadores que aspiran a desarrollar un componente filosófico en su obra, y pocos los que muestran un excesivo apetito de abstracción. No obstante, la discusión de fondo a que conduce esa divisoria (qué historia *hacer,* si literaria o cientifista) tiene que ver, naturalmente, con las grandes ideas sobre la ciencia y sobre la historia misma que han ido circulando en Occidente, desde el comienzo mismo de la modernidad.

De tales experiencias se origina, en diversos espacios culturales, un proceso de innovación disciplinar *sociocientífica* del territorio del historiador que, en paralelo al que conforma y constituye otras materias del mismo campo de conocimiento (en su conjunto, las denominadas ciencias «humanas» y «sociales»), dará aspecto concreto a todos y cada uno de los capítulos de la variada historiografía europeo-occidental, a las experiencias norteamericanas y a cuantas, de todas ellas, pudieran derivarse a lo largo del siglo XX[2]. Tal

innovación generalizada habría de producirse, en un principio, sin afectar más que en temas y métodos al tejido «clásico» de la que entonces comenzó a llamarse *historia historicista,* una especie de aglutinación de *rankeanos, positivistas* e *idealistas* (de fundamentación kantiana predominantemente), cuyos abundantes defensores mostrarán todo género de resistencias frente a aquella otra penetración.

Sin que enumeremos los debates o polémicas recientes más conocidos, dominados por un radicalismo neoconservador, hay que reconocer que muchos de sus elementos fundacionales, muchas de las pautas *clásicas* de aquel conglomerado, siguen vigentes hoy, albergadas en la disciplina que llamamos «historia», aunque no lo parezca a simple vista. Y ello es así por más que una de sus virtudes eminentes, la de contribuir a establecer la jerarquía de orden moral basada en el ajuste a la verdad de un proceder político determinado, se haya desvanecido. El historiador Peter Burke nos advirtió del carácter perverso que, en ciertos casos, contiene la acumulación indiferenciada de perspectivas y valoraciones que hoy nos significa: «Lo interesante, y al mismo tiempo perturbador, en el debate en torno a Hitler –como en muchos otros debates históricos de los últimos años– es que ya no se atiene a las reglas. Se ha roto el consenso tradicional sobre lo que constituye una buena explicación histórica. ¿Se trata de una fase pasajera, que será reemplazada por una nueva conformidad, o es el carácter que adoptarán en el futuro los debates históricos?»[3].

Pero pudiera ser que, volviendo hacia atrás, encontráramos elementos –más familiares de lo que suponemos– en muchas de las *nuevas* aproximaciones que en historia se emprenden actualmente. Por ello el *historicismo*, y la multiplicidad de enfoques *positivo-historicistas* existentes de hecho, aunque no vayan a hallar aquí un lugar proporcional a su peso real en la práctica global de la historiografía, han de ser subrayados como cruciales en la generación de los problemas concretos y en su resolución provisional. Bien sea en calidad de *centro* difusor de una determinada producción histórica o bien como su *referencia* de contraste. Últimamente, también porque sostienen una especie de acercamiento «humanizado» constante al objeto a estudiar, en el que a veces cabría la tentación de avenirse al *«todo vale»* (en un remedo insospechado del anarquismo metodológico de Feyerabend)[4] si no fuera porque son las reglas mismas del historicismo, ya olvidadas casi como propedéutica pero supervivientes en la práctica, las que deciden qué es lo que vale exactamente en nuestra disciplina, y qué otra cosa no.

* * * * *

El medievalista Georges Duby solía decir que el oficio de historiador nos exige «apertura»; apertura de miras, de intereses y de curiosidad intelectuales, una

capacidad considerable para adentrarse por los senderos de «la variedad». Un buen puñado de historiadores, de cuya huella duradera en el oficio no puede caber duda, han ido dando muestra sucesivamente de poseer esa misma apertura de horizontes, y de exhibir las suficientes inquietudes para poner en marcha métodos de trabajo diferentes y ofrecer resultados seductores. El trabajo de los historiadores –interesante en sí mismo, pero no incólume ni fijo para siempre, sino sujeto al desgaste del *tiempo,* a las limitaciones del contexto ideológico y al pago, inaplazable, de su factura crítica– viene a ser prolongado por quienes los invocan como «clásicos». Raro sería que estos mismos clásicos –por más que ello parezca paradoja– dejen de ser partícipes activos, integrados en textos posteriores, de aquello que en la historiografía suele considerarse *innovación*.

Comenzaremos, pues, por recordar cómo se abrió, hace casi cien años la brecha original de la historiografía actual; cómo fue que se dio el resquebrajamiento en las seguridades y certezas que cementaban su *comunidad científica,* bien fuese como entidad establecida y autorreconocida, o aún en formación. Y cómo es que afloró, a través de esa falla, un plano de contacto, constante y permanente, entre la historia y las ciencias sociales[5].

La transformación no fue cosa de un día. Porque, al margen de la escuela francesa de los *Annales* y de ciertos espacios historiográficos anglosajones (no todos «académicos», sino más bien ligados, algunos de ellos, a la vida política y social de los trabajadores), resulta que hasta la segunda mitad del siglo XX no habría de cuajar el propósito de *innovación total* de la historiografía. Entre tanto, perviviría la imagen clásica del oficio, un estereotipo memorístico y reducido a los *datos,* una imagen de nuestro saber que se conserva aún de puertas hacia afuera. El campo fronterizo se abriría en historia después de la Segunda Guerra Mundial, con perspectivas nuevas. Dentro de sus límites, la confluencia de proyectos y de enfoques distintos, las líneas de trabajo de inspiración diversa y efectos asimétricos, han sido por sistema las causantes del *cambio* y la *diversidad* que ahora poseemos. Para algunos de nosotros, ambas notas representan un incuestionable capital, una fortuna; para otros, sin embargo, una carga incómoda.

Fue en los años sesenta, muy especialmente, cuando se hizo visible el incremento del gesto *cientifista*. Hasta el punto de que los historiadores más arriesgados aspiraron a la constitución de un saber social *único,* un tipo de disciplina «sociocientífica» inyectada de «tiempo», que integrase a la ciencia social con la historiografía en un solo proyecto[6]. En cierto modo, la perspectiva sociológica llamada *sociología histórica,* en su fase primera –años cincuenta y principios de los sesenta– se presentaba ya como una alternativa que se iba preparando en el interior de la historia, ante la cual pretendía presentarse como *otra* (y desde luego *mejor*) opción *explicativa*. Venía dotada entonces de un

horizonte holístico, una misión de *generalización* englobadora, que sin embargo la ciencia social vigente no concedía a la historia, la cual debería a su vez seguir ocupándose de lo *particular,* y sólo de ello. Pero se entendía que la historia podría ofrecer a los sociólogos históricos (y de hecho lo hacía) materiales *empíricos,* bases de datos depuradas y de hechos contrastados. Serían ellos, lógicamente, quienes los sometieran a *comparación* y *conceptualización*.

Recogiendo el sentir imperante en su propia disciplina, así escribía el sociólogo norteamericano Lewis Coser a principios de los años sesenta, en párrafos que figuran al frente de su ensayo pionero sobre *sociología de los intelectuales:* «Este libro debe leerse como un esfuerzo de sociología histórica, no como historiografía. El sociólogo no puede aspirar jamás a rivalizar con el historiador, quien puede invocar la rica textura y la diversidad de la experiencia histórica. Sólo puede esperar que, a través de la construcción de ciertos tipos generalizados, pueda comparar fructíferamente las tendencias que trascienden el dominio de la especificidad histórica»[7]. Pocos historiadores se atreverían a desmentir entonces esa división del trabajo convencionalmente impuesta. Pero conviene recordar también que la preocupación intelectual por conocer las *propiedades* comunes que rigen la conducta de los individuos –o los procesos y los hechos humanos–, el afán por *saber*, desde las modificaciones que imprime el flujo del tiempo, acerca de todo aquello que trasciende la condición *individual* de lo concreto y lo *particular,* no es sin embargo algo desconocido en las ciencias humanas cuando los toma la sociología histórica.

Ni tampoco cuando lleguen a aflorar en la historiografía finalmente, serán del todo en ella novedad absoluta. No van a serlo siquiera, realmente, en aquella modalidad de historia que puede rotularse como *«contemporánea»* estrictamente, o mejor aún como historia *reciente* (es decir, la que es *coetánea* a nosotros, aquella que trata de superar las viejas aporías del positivismo a través de las aportaciones de la *experiencia* propia). Sino que esa tendencia *generalizadora* viene de atrás, y es ya anterior al auge del positivismo científico. De cuando en cuando, esa tensión ha ido aflorando a lo largo de la historia del pensamiento occidental bajo diversas formas.

* * * * *

Hubo en efecto una *historia teórica* o *filosófica* en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX, la cual venía compuesta de un ramillete desigual de ideas o corrientes *especulativas, comparativas* y *conjeturales*. En alguna de sus formas de expresión se ha querido rastrear, bastante tiempo después, el nacimiento de otras formas nuevas de *historia social;* formas que, finalmente, se verían triunfantes en los años sesenta y setenta del siglo XX, en especial en Alemania, y algunas de las cuales están aún hoy vigentes. Por ejemplo, en la

escuela *estadística alemana* han situado algunos observadores la base fundacional de una futura *ciencia de la sociedad* de aspiración holística y totalizadora. Su ensayo de cuantificación y análisis social, fuertemente impregnado de teoría, habría quedado oculto por un tiempo, debido a los ataques que habría de recibir desde la perspectiva histórica rankeana, que a su vez se pretendía *ateórica,* sin serlo, claro está. Y podría ser visto, de modo razonable, como una especie de adelanto del perfil historiográfico *cuantitativo* cuya definición fue completada por el marxismo, acomodándolo a sus propias instrucciones teóricas[8].

Sin embargo, es bien cierto también que *lo particular,* incluso lo considerado *excepcional,* será durante siglos el asunto *propio* de la historiografía, entendido como un objeto *distintivo* y *distinto* (y para la mayoría, indiscutible) al que debe el historiador prestar su atención. De una manera u otra, ese objeto privilegiado debería seguir siéndolo, por encima de la pretensión de los *filósofos,* que aspiraban en cambio a llegar a entender *lo general* en la actuación de los grupos humanos, en la vida de los pueblos. De hecho, una vez conseguida la fijación de esos principios por Ranke, serían defendidos vivamente por muchos de los practicantes de la historia, que los antepondrían a cualquier otro objeto posible como un emblema tópico, e irrenunciable, de su identidad. Pero si bien los más mediocres entre esos mismos practicantes vivirán aquella dicotomía entre lo *general* y lo *particular* sin conflictos teóricos, como una discreta toma de posición ante el oficio y sus recursos prácticos, hay sin embargo casos en los que la respuesta a ese dilema es bien compleja, y no supone siempre una mera reacción.

Ése es seguramente el caso del francés Philippe Ariès, cuya importante aportación concreta (su *historia de la infancia,* o la iniciación del tema de las *actitudes colectivas ante la muerte*) se acompañó también de una madura reflexión autobiográfica, publicada en los años cincuenta del siglo XX, acerca de su experiencia como historiador. En ella reconstruye su rechazo a los métodos que entrañaban un alto grado de generalización, ya fuesen éstos los del *historicismo conservador* –así denomina el modo de hacer *«clásico»,* el que se ocupa de los «grandes hombres» y su obra política–, ya fuese en cambio el proceder del *materialismo histórico*9[9].

Las claves sobre las que se inventó la *profesión de historiador* fueron sólidas y fuertes, nada improvisadas. Leopold von Ranke había renegado, con convincente fundamento para su época, de cualquier especulación filosófica que no fuese *realista* y *objetivista*[10]. Relatar los hechos históricos *«tal como realmente sucedieron»* –nada más, pero tampoco nada *menos*– fue su preocupación fundamental, una aspiración de hondo arraigo y fuerza persuasiva. Y que, a pesar

de su finura y elegancia formales, sirvió directamente a la política oficial. La fundamentación metodológica rankeana, que seguiría sirviendo de código de actuación a un colectivo amplio de los historiadores, a modo de *creencia* y actitud ético-intelectual, será por mucho tiempo una perfecta coartada para exhibir, como es frecuente entre quienes nos dedicamos a la historia, un estilo cognitivo ahormado en el realismo objetivista, al estilo antes mayoritario y hoy todavía resistente.

Nunca se trataría de una idea de *objetividad* kantianamente pura, porque el *presentismo* y el *idealismo historicista* difusos son además, paradójicamente, nuestras otras dos ideas-fuerza como colectividad. Y, por lo menos desde la década de 1980, tampoco nos cuesta mucho aceptar que aquella eliminación de la *subjetividad,* directa y completa, que con su envidiable fe en nuestra capacidad para aislar *lo objetivo* en nuestro estudio Ranke pretendía, es seguramente para el ser humano algo imposible de lograr[11].

Ranke sostuvo que al historiador no le es lícito trascender la literalidad de sus fuentes documentales, que no puede revestirlas de ropajes importados de fuera, de adornos y extrapolaciones traídos a los *hechos* desde el exterior de la *realidad* histórica. Que hay una realidad, y una *verdad*, a las que el investigador puede acceder *directamente* a través de los documentos. Llevan a aquéllas las fuentes escritas y de carácter público, los *mejores* depósitos de realidad posibles, los más *auténticos,* los más *exactos* y los más *duraderos*[12]. En suma, Leopold von Ranke, el fundador de la escuela *científica* de historia, quería hacer ver que la serie de regularidades que pretendían encontrar en los hechos *sociales* (y por lo tanto *históricos*) algunos pensadores o *filósofos* ilustrados, como Goethe[13], Wilhelm Humboldt[14] o el propio Rousseau, y que éstos consideraban coincidencias dotadas de una *ley* interior de pertenencia *común,* no poseían el menor sentido ni justificación de cara al ejercicio historiográfico. En buena parte, pues, debían ser descartadas, por su inseguridad y su carácter ambiguo.

En 1821 había escrito Humboldt: «Lo sucedido es sólo parcialmente visible en el mundo de lo sensitivo; el resto tiene además que ser intuido, inferido, adivinado». Y aunque parezca extraño oír algo así (tan propio de corrientes historicistas posteriores) traído ahora, siglo y medio después de abrirse esa frontera sólida que trazaría Ranke, cabría preguntarse si no informa su modo de sentir al menos una parte del rechazo que hoy se experimenta, cuando se ponen peros a los desmanes de la «imaginación» que unos cuantos practican. [Ocurre, sin embargo, que los etiquetamos como *posmodernos*...]

Sea como fuere, lo cierto es que, a partir de la aceptación generalizada de unos límites, los que Ranke marcó, no parecía lícito a los historiadores ni siquiera asumir lo que Max Weber llamaría después *«generalizaciones empíricas»*[15]. De

este modo y manera, *lo histórico* debería ser apresado exclusivamente sobre la trama de *lo individual,* y quedaría *expresado en el tiempo desde el presente* mismo. Lo histórico sería algo, por tanto, eminentemente localizado y circunscrito, todo aquello que se mostrara *irreductible* en su concreta especificidad. Ésa es la idea que *todo* el historicismo alemán, de una manera u otra, conseguirá imponer, y que alcanza después en Droysen, una generación más tarde y con una fuerte proyección idealista, un resultado de más coherencia[16].

Si Ranke quiso estudiar los actos eminentes de los individuos eminentes, y hacerlo como ejemplificación de *«los hechos mismos en su comprensibilidad humana, en su unidad y en su plenitud»*[17], su discípulo J. G. Droysen (que hallaba demasiado frío el modo de hacer historia de su maestro, en exceso impasible ante los acontecimientos del presente, y veía desmesurada su «neutralidad») publicaría en 1858 un texto decisivo, el *Grundriss der Historik,* fundamental desde el punto de vista de los métodos[18].

Rechazaba Droysen el *monismo* de manera tajante y absoluta, porque entendía que se trataba de abordar realidades diferentes cuando se discutía la cuestión del método en las diversas disciplinas, y negaba su presunta validez general: una de aquellas realidades, aseguraba, era de orden *natural*; la otra, de tipo *ético*[19]. Frente al pensamiento ilustrado y romántico anterior, que quedaba contundentemente refutado por tal separación, esta otra forma diferenciada de acercarse al conocimiento representaba el intento de considerar la historia «como producto de la obra finita de los hombres», siendo en este caso la historicidad como «el horizonte temporal dentro del cual el hombre vive y procede a la construcción de su propio mundo de relaciones»[20].

Se trata, por lo tanto, de un *proyecto de liberación progresiva de la herencia romántica,* al tiempo que de un esfuerzo filosófico de primer orden (sobre todo en la formulación final que le dio después Dilthey) por legitimar el conocimiento histórico como una forma *específica* de saber, claramente distinta de los procedimientos gnoscitivos de las ciencias físico-naturales. En aquella segunda mitad del siglo XIX, otros autores también tratarían de aplicar criterios taxonómicos a la conformación especializada de las diversas disciplinas humanas y sociales (la sociología y la psicología en particular). Y para esa clasificación, lo mismo que había ocurrido un siglo atrás con las ciencias físico-naturales, apreciarían válidos tres tipos de elementos: la *forma,* el *contenido* y el *objeto*.

El austríaco Wilhelm Windelband, en el marco ambiental de la filosofía de los valores, y ya a finales del siglo XIX[21], clasificó a la historia entre las ciencias *idiográficas* (aquellas que prestaban una atención precisa a «lo específico» y «lo particular»), distintas a su vez de las ciencias *nomotéticas* (las que operaban sobre regularidades, y que por eso estaban obligadas a la formulación de *leyes*

para su desarrollo). En tanto que estas últimas se orientaban, de manera dual, a la detección de esas mismas leyes tanto como al perfeccionamiento de su formulación –conseguir la *simplificación* y *generalización* de las regularidades estudiadas–, las ciencias humanas afinarían su instrumental en cambio (un utillaje metodológico *particular*) en el análisis de aquello que no habría de repetirse, de lo esporádico y único, lo irreductible, lo azaroso o casual. La historia no se hallaba, por lo tanto, entre aquellas disciplinas que indagaban las leyes, tal cosa parecía clara en esa taxonomía. Pero sí en cambio se encontraba la sociología, que había sido ideada por sus fundadores (Auguste Comte y otros) como un proyecto general *científico*, a la manera en que entendía el concepto «ciencia» el triunfante «positivismo científico». No evitaba la sociología enmarcarse bajo el extenso paraguas del monismo teórico-metodológico, y en parte razonaba desde ahí su superioridad sobre la historia[22]. Tenía la convicción de poder operar –y obtener resultados generales– con la misma plantilla que las ciencias de la naturaleza.

La brecha abierta entre el terreno de la historia y el de la sociología se amplió con la profundización idealista debida a Wilhelm Dilthey, quien formuló aquella separación como un axioma. Con esa delimitación, la historia aparecía como materia abierta, rica y compleja, de dominante *psicologista* y *espiritualista*. Para Dilthey la historia es un «encuentro» *(Zusammenhang)* entre las experiencias individuales y las instituciones que vienen del pasado. Todo es el resultado del papel desempeñado por los hombres, de sus intenciones, depositadas lentamente a través de los años y las generaciones, decantadas por el *espíritu objetivo,* un concepto que tomaría de Hegel pero al que variaría por completo de significación.

Su temor es que tal «espíritu» (es decir, la suma de las instituciones, del lenguaje, los gestos y las disposiciones) llegue a quedarse «mudo», es decir, que no sepa el historiador aplicarle la herramienta de la *comprensión*. Experiencia vivida *(Erlebnis)*[23] y comprensión *(hermenéutica)* son las dos caras de la misma moneda, puesto que el significado de nuestra vida sólo lo proporciona la segunda, la hermenéutica, y, a la vez, sólo con el ensanchamiento de la primera, la experiencia vivida, consigue el ser humano su plenitud. Tal era el horizonte que proponía Dilthey en la antepenúltima década del siglo XIX, con su método particular para ir elaborando un repertorio *humanista* de «ciencias del espíritu» que otorgaba el lugar principal a la historia, en manifiesta oposición a Kant o los neokantianos[24].

Dilthey propugna como hecho irrebatible el que las ciencias morales y políticas constituyen una *totalidad*, marcada de modo significativo e inevitable por la pertenencia del sujeto cognoscente al mismo «mundo humano» que, a su vez, constituye el objeto de la investigación: «El individuo es, al mismo tiempo, un

elemento en las acciones recíprocas de la sociedad, un punto de encuentro de los diversos sistemas de estas acciones recíprocas, que reacciona a sus influencias con voluntad y obrar conscientes, y por otra parte inteligencia que intuye y busca»[25]. De hecho, en su *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883) quiso fundamentar este otro tipo de saberes del mismo modo que Kant había fundamentado las ciencias de la naturaleza, es decir, sin tener que recurrir a la metafísica.

Su configuración, que no niega la posibilidad de relacionar un tipo de saber con otro, habría de gozar de una fortuna duradera, especialmente cuando se acogió al mismo esquema el inglés R. G. Collingwood. Los escritos de éste hallaron eco internacional a pesar de la inestabilidad y emotividad –la labilidad poética, incluso– de su *modo de sentir* historiográfico[26]. Para Collingwood la historia era *reenactment* (literalmente «representación», o «recreación» del pasado). Entender algo históricamente, «comprenderlo», equivalía a «revivirlo», es decir, a hacerlo *presente, reactualizarlo*. Otra cosa entrañaba carencia, pues venía a ser tan solo «describir». Contra los historiadores descriptivistas, que habían proliferado a lo largo de la primera mitad del siglo XX y que entonces abundaban todavía, elaboró por tanto su idea de la historia[27]. El abanico de posiciones *internas* al oficio de historiador quedó determinado, en lo esencial, por una mezcla de proporciones variadas de *idealismo* y de *positivismo historiográfico*.

A la mayoría de sus practicantes vino a enfrentárseles sin embargo el experimento historiográfico francés de los *Annales*. Pero el *método histórico* –en esencia, un proceder de tipo *crítico-filológico*– seguirían compartiéndolo, frente a cualquier otra posibilidad existente, la mayoría de las familias de historiadores existentes[28]. Nada autoriza sin embargo a tachar al conjunto de la profesión, organizada en torno a ese *método* histórico *específico* y *propio* –aunque tejido de fibras diferentes– de malvivir aquejado de autismo, o de practicar la reclusión. Ni siquiera su práctica empírica puede despacharse, tranquilamente, bajo la acusación de ceder prisionera de procedimientos obsoletos (como a veces seguimos sosteniendo todavía, reproduciendo sin contraste alguno las críticas al positivismo historicista procedentes de los «padres fundadores» de la escuela de los *Annales*). Ni siquiera sería cierta del todo esa presunta decadencia del método que se les imputaba, cuando los propios *«annalistes»* entraron en escena.

Hay historiadores franceses del cambio de siglo como los eminentes Langlois y Seignobos, que a principios del siglo XX imaginaban orgullosos que no tardaría mucho en llegar el día en el que *«gracias a la organización del trabajo»* emprendida, los documentos *todos* –la totalidad de las fuentes disponibles– estarían por completo localizados, compulsados y clasificados. A partir de tal identificación y ordenación seriada quedarían, con carácter definitivo,

«establecidos todos los hechos cuya huella no se haya borrado». Tal se suponía. Sólo con llegar hasta el *presente* de modo sistemático, recorriendo la cronología hasta el día exacto en que se decidiera poner cierre a la compilación, ya dispondrían los historiadores de un *corpus* documental *completo* y fijado.

La fe metodológica era tan firme, en cuanto a los recursos de que dispondrían los historiadores, como satisfactoria era la previsión sobre la masa documental y empírica con que habría de contarse. En contra de lo que pudiera suponerse –según los mismos Langlois y Seignobos–, tal hecho no supondría el *fin de la historia* como disciplina, sino el arranque de su transformación epistemológica. A partir del conjunto de datos disponibles, quedaría establecido un conglomerado *científico-social* cada día más pleno y perfeccionado, pero acotable en sus secuencias, y uniforme: «Ese día –escribieron ambos, en su famoso manual de introducción– estará constituida la historia, pero no estará fijada, sino que seguirá modificándose a medida que el estudio directo de las sociedades actuales, haciéndose más científico, haga comprender mejor los fenómenos sociales y su evolución. Porque las ideas nuevas que se adquirirán sin duda de la naturaleza, de las causas, de la importancia relativa de los hechos sociales, seguirá transformando la imagen que nos formamos de las sociedades y de los acontecimientos del pasado»[29].

En Inglaterra, la *Cambridge Modern History,* una empresa internacional que dirigía lord Acton, nacía ya a principios del siglo XX con la doble intención de sellar los logros conseguidos a lo largo del siglo XIX (salvando el abismo entre *idealismo* y *positivismo*) y de abrirse al futuro, de «trazar planes e idear para el siglo siguiente», como podía leerse en su preámbulo. La historia era una «ciencia progresiva» –eso creía lord Acton–, y pronto se llegaría, a su entender, a la etapa de la «historia última», la definitiva, porque una vez que fueran abriéndose los archivos europeos, «toda la información» debería quedar a disposición de los historiadores, y «todos los problemas» se podrían «resolver». Garantizada así la crítica histórica, sería posible incrementar el conocimiento del pasado hasta el punto de objetivarlo al máximo, y dejar fuera la subjetividad. Sería entonces factible, según su propio ejemplo, relatar la batalla de Waterloo de modo que dejara satisfechos, por igual, «a franceses e ingleses, alemanes y holandeses»[30].

A pesar del notabilísimo incremento de los conocimientos empíricos en aquel último cuarto de siglo, tales esperanzas de *resolución de los problemas* no se habrían de cumplir. Antes bien al contrario. Otras intervenciones sobre la naturaleza y debilidades del conocimiento histórico habían sido hechas, entre tanto, desde la atalaya de la sociología alemana: Georg Simmel y Max Weber, muy en particular. En su obra *Problemas de la filosofía de la Historia* (1892), criticando duramente el realismo rankeano, planteaba el sociólogo Simmel la

cuestión fundamental de cómo la materia de la historia *«inmediatamente vivida»* engendra el sistema teórico al que damos el nombre de «*historia*», también. El hecho histórico sería a su entender, debido precisamente a aquello, un hecho necesariamente «*psicológico*». De manera que si la historiografía pretendía ser otra cosa que «un espectáculo de marionetas», era preciso que pasara a ser una *«historia de los procesos psíquicos»*[31].

No es de extrañar que haya quien reivindique, en consecuencia, la influencia directa del sociólogo Simmel sobre el historiador francés Marc Bloch, el cual también creyó (al menos durante un tiempo) en la naturaleza psíquica de los fenómenos sociales[32]. Ni que una vez diluida la *«gran teoría»* sociológica –éste es el calificativo por el que se conoce al enfoque parsoniano, el *funcionalismo estructural*–, se haya apreciado el trabajo del alemán Simmel muy positivamente, como un precursor temprano de tendencias hoy vivas, como un inspirador de las corrientes *microsociológicas* y de trasfondo fenomenológico, por una parte, y por otra de los supuestos del *interaccionismo simbólico*[33].

Su influencia sobre Max Weber, a este y otros respectos –hay quien lo cree su *maestro* en verdad–, quedó al fin desbordada por el mayor componente teórico y el superior afán «regulador» del propio Weber. A éste, la mayoría de los sociólogos contemporáneos le han considerado (a pesar de lo disperso de su obra) crucial en su reflexión sobre la relación existente entre el significado de la *historia* y los procesos de *generalización*. Pero, sea como fuere, ambos sociólogos tienen que ver con procesos de *cambio* en la historiografía. Y no, seguramente, en una sola o rectilínea dirección.

La reflexión weberiana acerca de las condiciones del conocimiento científico, una cuestión abordada en un texto de 1904 por vez primera *(«La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales»),* y luego en su celebrada conferencia sobre la profesión del científico en 1919, supone una propuesta de clasificación de las ciencias humanas y sociales en el ámbito de la *comprensión*. Ello tendrá que ver, directamente, con su idea del mundo como una realidad *inacabada*, como algo en perpetua *movilidad* y cambio. No habría así nunca, de manera obligada, una historia *completa* que pudiera intentarse; ni habría indagación de la causalidad *real* que no pasara por la confección de patrones *irreales,* de «tipos ideales» elaborados con el objetivo inmediato de llegar a esa «comprensión»[34].

La selección en las ciencias sociales se hace –siempre según Max Weber– de acuerdo con un marco de *valores* preciso, en función de un *esquema* de percepción del mundo que permanece inscrito en el interior de los sujetos sociales de manera distintiva y particular. *Valores* que son de carácter moral, religioso, político o estético, y con arreglo a los cuales cobran forma, de hecho, las

interpretaciones. Éstas, relacionadas entre sí unas con otras, serán inseparables a su vez del «marco» de valores general. La tarea del historiador se dirige, por tanto, prioritariamente a tratar de integrar los hechos procedentes de la *realidad* en un específico sistema de valores, acentuando aquellas *relaciones* que a los individuos les resultan *significativas*.

Lejos de desprenderse la veracidad de la materia misma de la historiografía –de *«hablar por sí solas»* las fuentes disponibles, como creía Ranke–, y de ser con su fuerza objetivista las evidencias capaces de *«anular al propio yo»,* en este otro contexto de pensamiento *subjetivista* (procedente también de la filosofía alemana) será, por el contrario, el propio *autor* de la investigación el que conforme el *punto de partida* al cual remite, cerrando el círculo, su propia percepción e *interpretación*.

La *elección* que deciden los actores sociales resulta clave en la teoría de la historia weberiana, como también lo es la noción de *presente* y, finalmente (en lo que Weber se acerca también a Durkheim) el concepto de *representación*: «Son intereses materiales e ideales –escribe Weber en sus *Estudios de sociología de las religiones,* en 1920–, y no ideas, los que informan directamente las acciones humanas. Pero las "concepciones del mundo" que deben su existencia a "ideas", han desempeñado muy a menudo un papel de acicate, y han determinado las vías por las cuales el dinamismo de los intereses ha impulsado a estas acciones»[35]. Alineándose contra el monismo, mas sin caer en la dualidad, de la *filosofía de los valores* de Rickert tomará Weber la idea de que la distinción entre ciencia natural y ciencias histórico-sociales es una diferencia de *método,* que no de objeto o de procedimiento psicológico. Y ello le llevará a atacar la propia práctica de la historiografía, que trataba de aferrarse a la visión romántica que defendía, en virtud de una pretendida autonomía, la diferencia de *objeto* o de procedimiento *psicológico* también.

Con todo, Weber no permanece inmóvil en el seno de aquella misma *filosofía de los valores* que en Rickert proporcionaba validez al conocimiento histórico *por sí mismo,* por su inserción inmanente en los propios valores, sino que aspira a fundamentar la validez científica del conocimiento histórico dotándolo de validez *explicativo-causal*. Si en las ciencias físico-naturales un fenómeno resulta explicado en el marco de un sistema de *leyes,* susceptible de expresar bajo formulación matemática su relación con otros fenómenos, en las ciencias histórico-sociales en cambio, dice Weber, un fenómeno resultaría *explicado* si es posible enmarcarlo en el complejo de fenómenos que lo producen en su fisonomía individual. Sin mostrarse incompatible con la *comprensión* –que él mismo teoriza–, la *causalidad* es, en Max Weber, el principio explicativo que garantiza la investigación.

* * * * *

El reparto de horizontes epistemológicos entre la historia y la sociología durante el primer tercio del siglo XX, al que contribuye la conocida decisión de Ranke de poner cada disciplina en su lugar, con sus metodologías correspondientes, sirvió para la ordenación normativa de materias científicas, y ayudó a poner en marcha las convenciones institucionales y académicas vigentes desde entonces.

Es cierto, como se ha lamentado tantas veces, que la historiografía nunca tuvo sus *reglas de método* a la manera en que las ensayara un importante sociólogo francés, Émile Durkheim (*Las reglas del método sociológico,* 1895). Pero a finales del siglo XIX había ya un discurso historiográfico «moderno» del todo conformado, caracterizado como *positivista-histórico,* y que en muchos casos es deudor intelectual del *idealismo historicista*.

Por lo demás, puede que ese tipo de saber no estuviera en realidad tan alejado, en su horizonte general de curiosidad, de otras disciplinas colindantes. Al menos no lo estaría tanto, seguramente, como después iba a hacerse creer, al emprenderse en Francia la batalla contra el positivismo historiográfico para sustituirlo por *otros* positivismos procedentes de las ciencias sociales y, de paso, emprender así el relevo *generacional* y la sustitución de los patrones dominantes en historia. De este modo se introducirían en la disciplina notables modificaciones de estilo y pensamiento que habrían de hacerse extensivas después[36].

Precedió al cambio de sensibilidad en esa dirección «científico-social» (cambio que logró en Francia, con los *Annales*, sus más tempranos y abundantes frutos) la sensación, extendida, de que la historiografía había entrado en una especie de túnel sin final. La abundancia de producción era notable, pero cundían las dudas sobre la orientación de los trabajos, sobre su finalidad y oportunidad, y a pesar del voluntarismo de unos cuantos, resultaba más difícil de lo previsto el emprender la síntesis de resultados, el escribir compendios históricos capaces de hallar una significación *coherente* para aquella «reunión completa de los pequeños hechos de la historia humana». Eso era exactamente en lo que se había ido convirtiendo la historiografía, un repertorio de hechos dispersos, fragmentario por fuerza a base de practicar –sin más ni más– con el método de que se disponía[37]. Es en ese clima de desconcierto, y a veces de désanimo, en el que cuajarán las nuevas instrucciones *epistemológicas* y *socio-científicas,* explícitamente dirigidas contra el «árido profesionalismo», y la «pedante persecución en pos de lo insignificante»[38], en que se había convertido la exploración histórica, tan saludable, por otra parte, en cuanto a la cantidad de producción.

Tales consideraciones críticas tardaron décadas en verse como un hallazgo positivo. Con su búsqueda de un fundamento metodológico adecuado para la disciplina de la historia, Droysen habría logrado cierto tipo de teorizaciones que lograron un éxito indudable[39]. Un fundamento que completó Dilthey con su fusión, plena de evocaciones vitalistas, entre *«historicismo», «positivismo»* y *«hermenéutica»*. La distinción rotunda de la historiografía frente al resto de las ciencias del espíritu, su identificación excluyente y exclusiva, era tarea grata.

Siendo el objeto el mismo en la historia que en las ciencias sociales, como el propio Dilthey había reconocido, la historia tenderá a comprender *intuitivamente* los fenómenos en la *individualidad* que les es propia *(«lo universal, intuido en lo particular»)*. En cambio, disciplinas generalizantes como la psicología y la antropología (es decir, la «ciencia de los sistemas de cultura» y la que se ocupa de la «organización externa de la sociedad»), tratarían de descubrir la *uniformidad* del mundo humano utilizando métodos *comparativos,* y *abstrayendo* a partir de esa misma singularidad[40].

A base de este tipo de consideraciones, algo más tarde, y en perspectivas teóricas ya más complejas y de mayor sofisticación, se planteará entre las *Geisteswissenschaften* (las «ciencias del espíritu») y las *Sozialwissenschaften* («ciencias sociales») una dicotomía. Una paradoja que algunos querrán convertir en insuperable –y casi lo consiguieron, durante un tiempo– después de hacerla objeto de una serie de discusiones, prácticamente interminables, que pretendían hacer inconciliable la *comprensión* con la *explicación*[41].

Pero por el momento, a finales del siglo XIX y principios del XX, se trataba de algo menos elaborado y más genérico. De la fundamentación psicologicista que proponía Dilthey para la disciplina de la historia (y de su papel como *referente constante* para el resto de las ciencias humanas y sociales), se derivaba aquella oposición principal que es fácil retener: la *comprensión histórica* sería la tarea esencial de las *ciencias del espíritu,* en oposición al esfuerzo de *explicación causal* que quedaría reservado a las ciencias de la naturaleza.

Sin dejar de lado la crítica de fuentes, el método de Droysen había hecho de la *interpretación* su punto fuerte. Se trataba de «agarrar» intuitivamente[42], con la máxima capacidad posible de evocación y fuerza, todo cuanto aparece delante del observador, tomándolo *«como expresión de aquello que se quiere expresar»*[43]. En la versión marcadamente psicologicista de Wilhelm Dilthey, acomodada a las *modas* científicas del momento (y precisamente por ello también *antimetafísica*), eje de un sistema de pensamiento que no llegó a formular completo (nunca publicó el segundo tomo de la *Introducción a las ciencias del espíritu*), éstas «constituyen un proceso por medio del cual conocemos la vida psíquica con la ayuda de signos sensibles que son su manifestación». En esa perspectiva,

resultaba fundamental la distinción entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu», las unas ocupándose de lo *eternamente repetido* y del descubrimiento de los principios generales o *leyes* que rigen esas constantes; las otras, centradas en *lo único,* además del *espíritu* y el *cambio*.

Rechazando seguir la influencia de Hegel en el pensamiento histórico, había insistido Dilthey en que la *historicidad* no es una proyección del espíritu absoluto o la razón universal que irían desplegándose en una sucesión gradual o a través de sucesivos momentos, en relación dialéctica, como en cambio los hegelianos entendían. Aun concediendo que la historia es *«movimiento»* –y en cierto sentido *«progreso»*–, ello no implicaría sin embargo asumir que existe una fuerza interna que los guía. La «historicidad» sería (tan solo eso) la condición de *inteligibilidad* inherente a la propia historia, inseparable de ella. Es decir, la posibilidad de que *todos* y *cada uno* de sus componentes posean un *significado*.

En consecuencia, el *sentido* de la historia no habría de buscarse en ningún tipo de principio absoluto, trascendente o inmanente. Sino que resultaría del propio análisis de su *estructura* misma, habría que buscarlo en aquello que *«subsiste siempre»,* en las *conexiones dinámicas,* en la formulación de los *valores* y en el orden interno de la estructura de la *vida individual.* En todo aquello, en fin, que comparten los individuos vistos en su conjunto: «Estamos abiertos a la posibilidad de que sentido y significado surjan solamente en el hombre y su historia. Pero no en el hombre singular, sino en el hombre histórico, puesto que el hombre es un ser histórico»[44]. Tratando de aclarar qué entiende por *experiencia,* por fin, Wilhelm Dilthey tendió las guías de un saber empírico, naturalmente la historia, situado en el centro de las «ciencias del espíritu». Un saber que –siguiendo las pautas del historicismo refundado– se organiza y construye por procedimientos de carácter *inductivo,* con fuertes componentes de *intuición*.

Puesto que objeto y sujeto del conocimiento historiográfico son la misma cosa, las categorías de la comprensión histórica vendrían a ser las mismas que las de la *experiencia*. Experiencia en la que participan tres componentes: *representación, sentimiento* y *voluntad,* los fundamentos mismos de la psique[45]. Una parte de esa experiencia no sería posible apresarla a través de la lógica de los acontecimientos, porque –como reconoce el propio Dilthey– esa parte remite, lisa y llanamente, a un componente *irracional.* Alguien fuertemente influido por este planteamiento, el español José Ortega y Gasset, escribiría en el prólogo a su edición española, ya a mediados de la década de 1950 y poco antes de morir: «En los datos aparecen los hechos históricos, pero los hechos históricos no son la ciencia histórica. Los hechos no son nunca ciencia, sino empiria. La ciencia es teoría, y esta consiste precisamente en una famosa guerra contra los hechos, en

un esfuerzo para lograr que los hechos dejen de ser simples hechos, encerrado cada uno dentro de sí mismo, aislado de los demás, abrupto. El hecho es lo irracional, lo ininteligible»[46].

No obstante, Dilthey siempre mantuvo un especial empeño por conseguir «sentir la historia como una forma de conocimiento más "racional" de lo que hasta entonces había sido»[47], como recuerda incluso el propio Ortega. Es decir, por convertirla en una *ciencia,* con una fundamentación metodológica tan sólida como específica y diferenciada, que hiciera a la historia distinta a las demás.

En esa construcción intervendrán refranes, máximas, incluso estereotipos acerca del carácter de los individuos y los pueblos, de sus valores y de sus pasiones. La historia es un saber que *«se rectifica y ensancha»* al trascender la experiencia *individual* desde la que ha surgido, haciéndose así válido, pero nunca podrá llegar al umbral de las *generalizaciones* sistemáticas (aunque haya de partir forzosamente de ellas). Y es un saber que por su propia naturaleza y carácter referencial, *móvil* y trascendente, va cambiando a lo largo de la *propia* vida, un saber que no puede evitar incluir en su forma y su fondo la *subjetividad*.

En esta fórmula ingeniosa para *pensar lo histórico* que es el historicismo diltheyano, y que pretendía venir a resolver los problemas metodológicos de la disciplina histórica de una vez por todas, se insiste mucho en la *toma de conciencia epistemológica*. Un problema que trata de resolverse a través del supuesto de que los conocimientos de las ciencias humanas dependen de la situación *existencial* del sujeto cognoscente. Pero esto implica arrostrar, naturalmente, otro tipo de problemas a su vez.

Un conocimiento de la realidad que no implique un *juicio* de tipo *práctico* sigue siendo imposible para Dilthey. El *individuo*, objeto principal del conocimiento historiográfico, apenas puede ser aprehendido de manera total, en su aislamiento de los demás. Es precisamente la simétrica *condición humana* del observador (el *historiador* como ser humano, y su intervención sobre *otro* ser humano) la que hace posible sin embargo acercarnos al conocimiento de los individuos, incluso en lo que se refiere al pasado, y siempre en la medida –no mensurable ni definida *a priori*– en que nos sea dado felizmente entrar en él. ¿Podría entonces –y ésa es la pregunta– llegarse hasta un conocimiento *objetivo* de la realidad, si sólo la experiencia *subjetiva* del investigador es el camino por el que transitar, si *todo* dependía de esa misma *experiencia*...? Las críticas tomaron, precisamente entonces, esta inevitable dirección. ¿Cómo salir de esta aporía, pues?

Dilthey no era insensible a las dificultades que entrañaba partir «*del conocimiento de una unidad psíquica aislada*» para llegar a alguna conclusión válida. Si es cierto que las situaciones «se multiplican por la gran diversidad y

singularidad de estas unidades, tales como cooperan en la sociedad, por la complicación de las condiciones naturales a que están ligadas, por la suma de las interacciones que se realiza en la sucesión de muchas generaciones…», ello no nos permite «deducir directamente de la naturaleza humana, tal como la conocemos hoy, la situación de épocas anteriores, o inferir la situación actual de un tipo general de naturaleza humana». Eso estaba claro.

Tales dificultades quedarían no obstante *compensadas* –haciendo acaso de la necesidad virtud– por la *afinidad empática* de sujeto y objeto, «por el hecho de que yo mismo, que vivo y me conozco desde dentro de mí, soy un elemento de ese cuerpo social, y de que los demás elementos son análogos a mí y, por consiguiente, igualmente comprensibles para mí en su interioridad»[48]. Al contrario que sus detractores, que consideraban inaceptable esta ingerencia (la implicación *intuitiva* del historiador en el proceso de investigación *científica*), Dilthey muestra orgulloso las bases de su hallazgo: «Yo comprendo la vida de la sociedad. El individuo es, por una parte, un elemento en las interacciones de la sociedad, un punto de interferencia de los distintos sistemas de esas interacciones, que reacciona con una orientación volitiva y una acción consciente a las influencias de ellas, y al mismo tiempo es la inteligencia que contempla e investiga todo esto. El juego de las causas eficientes inanimadas para nosotros es sustituido aquí por el de las representaciones, los sentimientos y los motivos. Y la singularidad, la riqueza en el juego de las interacciones que aquí se manifiestan, son ilimitadas».

La seriación *reproductora* que Dilthey presupone como condición del *comprender* tiene todavía otros límites. Partiendo de que el ser humano no comprende, de hecho, sino aquello que es capaz de considerar *posible* en función de sus propias experiencias, puesto que el individuo no *entiende* sino aquello que es capaz de inscribir en aquellas estructuras que ligan el mundo exterior con la *conciencia* del individuo, resultaría así que comprenden precisamente a través de la *acción,* por medio del *hacer* o *actuar*[49]. En diversos lugares de este libro volverá a formularse esta importante cuestión, puesto que ha vuelto a ser incorporada en lugar preferente a muchos de los tópicos de la historiografía actual.

* * * * *

La historia afrontó entonces, a partir de aquel punto, el reto de emprender la diferenciación metodológica de su contenido, tanto del marco de las ciencias de la naturaleza como de las propias ciencias sociales que la contorneaban, negando la pertinencia de cualquier tipo de monismo. Las «ciencias humanas» (y la historia entre ellas, pero diferenciándose unas y otras a su vez) formarán sus *conceptos* de «otra» manera, de una forma «distinta» y «diferente» a la de las disciplinas

generalizantes, las «ciencias de la naturaleza». Tal aseveración, tan frecuente en la primera mitad del siglo XX y después prolongada en comunidades historiográficas bien significativas, en el fondo minaba la simplificada convicción por la que la comunidad científica de los historiadores había sellado el pacto entre *idealismo* y *positivismo,* ese doble tejido que imbuía su práctica corriente y la fundamentaba.

A raíz de ese aserto ya parecía difícil sostenerse, con la franca altivez con que lo había hecho J. B. Bury[50], que *«la historia es una ciencia, ni más ni menos»*. Después de Rickert, y de sus seguidores idealistas, los *hechos* de la historia no aparecían ya como *hechos* de orden natural, sino que eran *«una serie de juicios aceptados»,* y la misma existencia de la *verdad* en historia quedaba en entredicho. Lo que la generación anterior había aceptado sin demasiada dificultad, resultaba de nuevo un problema epistemológico no resuelto[51].

El problema central residirá con todo, al menos para algunos, en el *plano moral* sobre el que la historia haya de ir constituyéndose como un género de conocimiento propio y una forma de expresión peculiar: «Lo que fue», observa Droysen, «no nos interesa porque fue, sino porque en cierto sentido *es todavía,* porque sigue actuando aún, inserto en el contexto general de las cosas que llamamos el mundo histórico, esto es, ético». Sólo la comprensión estaría capacitada para adentrarse en ese mundo ético de los seres humanos, en su *veracidad* e *intencionalidad.*

Esto también lo proponía Max Weber, recordémoslo, aunque por distintas razones y sin menguar la fuerza de la explicación. El historicista Maravall –profundamente influido por Ortega, aunque también relacionado con la historia francesa de las *mentalidades*– lo expresará con toda claridad: «Yo siempre he tenido una gran afición, una gran preocupación por ese tema del hombre actuando sobre el mundo, el hombre haciendo la realidad, el hombre transformando la realidad»[52]. La cuestión filosófica fundamental era, por tanto, ésta: si el mundo histórico podía ser accesible *intuitivamente* a la *comprensión* en la misma forma que creía Dilthey, o si por el contrario había que asumir, como había dicho Kant en relación con el mundo físico, que la realidad íntima de las cosas nunca podría llegar a conocerse. Para muchos de los filósofos e historiadores que rechazan de plano el historicismo, ésta será la razón fundamental del fracaso de Windelband y Rickert, de Simmel o de Dilthey, y después, todavía de Troeltsch o de Meinecke.

Si la escuela alemana de historia *historicista* anterior a Dilthey había logrado preservarse del *relativismo,* ello se había debido a su confianza casi total en un concepto *metafísico* de *realidad,* pero éste se había desvanecido ya con Dilthey. Viene a ser paradójico el que fuera precisamente Dilthey, con su propósito de

proporcionar a la historia una base filosófica *no ambigua* y una fundamentación teórico-metodológica propia y *actualizada,* quien más contribuyera a debilitar las bases, hasta ahí relativamente estables, de la historiografía.

El *subjetivismo* venía ahora, pues, acompañado del *relativismo,* que se materializaría además en una mayor fragmentación aún de los objetos a estudiar. Lo *particular* y lo *individual* alcanzaron de hecho tal predominio que prácticamente eliminaron del campo de la historia, al menos por un tiempo, la generalización[53]. Pero también hicieron reverdecer el *gusto por el pasado,* considerado en sí mismo y sin otra finalidad que la satisfacción curiosa. Henri Marrou expresa con claridad esta tensión, al recordar cuánta sabiduría «se oculta en la famosa frase de Hamlet a Horacio: *"There are more things in heaven and hearth"*». Porque «hay más cosas en el hombre y en la vida, mayor complejidad en las riquezas del pasado, tal como realmente ha sido vivido», que no pueden ser abarcadas ni por teorías, ni por modelos, ni por referencias tan solo al presente[54]. Lo difícil era saber cómo llegar a ellos.

En la tradición inaugurada por Lamprecht, Ernst H. Gombrich detectará también las limitaciones de método del historicismo, y lo hará refiriéndose a su campo propio, la historia *cultural:* «Nunca se insistirá bastante en que en el arte, al igual que en la vida, la "comprensión" es siempre cuestión de grado, y que ni nuestra participación en lo que es universalmente humano, ni nuestra preparación intelectual, nos ponen a salvo de las malas interpretaciones, ya que incluso nuestra correcta interpretación emocional de una reacción humana será determinada finalmente por aquella misma "lógica de situaciones" que debe guiar nuestra evaluación de los asuntos sociales». A pesar de puntualizaciones y cautelas, el método de las ciencias humanas será la *comprensión,* y no otro cualquiera.

Porque no se trata –añade Gombrich– de valoraciones aleatorias, sino de que «mientras comprendamos las acciones humanas basándonos en el principio de la racionalidad, en lo que fue considerado como el mejor camino para llegar a una meta particular, la clave para la comprensión de las reacciones humanas es nuestra propia respuesta a situaciones comparables»[55]. Eduard Spranger[56] extrema por su parte el carácter empírico e intransferible de ese saber directo e *intuitivo,* de esa capacidad de conocer –estrictamente *histórica*– para la cual tendrían los individuos una especie de «sentido» propio y particular. A pesar de esto, todavía concede Spranger a la historiografía cierta capacidad de generalización, de *extensión* cognitiva desde las intuiciones particulares del historiador a objetos generales. Mas ello, hay que advertirlo, quedaría reservado a autores muy concretos, a ciertos individuos «especiales», u hombres *(sic)* «de excepción», dotados de una particular capacidad para saber sedimentar la

experiencia ajena en el contexto de la suya propia. Hombres que formarían de este modo, con su doble sapiencia (la propia y la del mundo), una especie de «historia interna» *de la vida,* un saber superior.

Para Ortega y Gasset, ya finalmente, el encadenamiento de experiencias y saberes pasados era del mismo tipo: «Cuando un hombre que lo sea plenamente halla ante sí la huella profunda que otra vida humana ha dejado, sacude eléctricamente su alma una fraterna convulsión, a un tiempo deleitosa y dolorida», había escrito en 1922[57]. Las insuficiencias del historicismo, sin embargo, quedaron asumidas como tales, incluso por sus últimos cultivadores, Troeltsch o Meinecke. Los cuales tratarían de aminorar las consecuencias prácticas (*morales,* por lo tanto) del relativismo que entrañaba el enfoque. Si todos los valores se hallaban finalmente determinados por la *situación histórica* en que se desarrollaban, hay que reconocer que no sería fácil eludir las proyecciones nihilistas, lo mismo que hoy sucede con la llamada «posmodernidad».

A finales de los años setenta del siglo XX, cuando era aún fuerte el orgullo por la historia «científica», el balance sobre el historicismo emitido por Geoffrey Barraclough no podía ser más duro: «Poca gente hoy, volviendo los ojos al periodo de entreguerras, podría negar que el historicismo empobreció seriamente el mundo histórico al rechazar las grandes cuestiones teóricas que tenía que arrostrar la humanidad como temas legítimos del estudio histórico. El culto a la historia atomizada, el culto al pasado "por su interés" [en sí] cortó el hilo entre la historia y la vida. La negación de la posibilidad de generalizar la experiencia pasada y el énfasis en la singularidad de los acontecimientos rompió su conexión tanto con la ciencia como con la filosofía»[58]. Con una expresión de los años cincuenta –esta vez del francés Pierre Leon–, bien expresiva de la firmeza con que se apoyaba el cambio de dirección en orden a ir consiguiendo generalizaciones, se sentencia brevemente su condena: «Cuanto más intentemos sondear el significado *de* lo particular, más desprovisto aparece todo de un significado *en* particular»[59].

* * * * *

Retrocediendo ahora, trataremos de revisar una parte de lo expuesto hasta aquí. Recordemos que, en efecto, a principios del siglo XX la historia tenía un método diferenciado y bien reconocible desde fuera, un proceder instrumental practicable por conjuntos o escuelas nacionales de historiadores, y que era usualmente seguido como estrategia propia de un gremio en expansión[60]. Un método que, como ya dijimos, era de origen *filológico* y se veía aplicado a objetos de investigación de filiación *político-diplomática,* normalmente; todo ello

enmarcado en un contexto filosófico *realista* y *objetivista,* si bien este marco teórico por lo general no se hacía explícito.

Desde el idealismo diltheyano o desde la teoría inspirada por Simmel o por Weber, en ocasiones la historia ofrecía una oportunidad de inflexión práctica para los conceptos de *experiencia* y de *comprensión*. En cualquier caso, implicaba una reflexión sobre el *tiempo,* hecha desde el *presente*: «El conocimiento histórico –escribió Maravall ya a mediados de los años setenta, recogiendo ese poso clásico– opera sobre el presente; y éste es, a su vez, el que lleva al historiador a interpretar el pasado». De manera que, al escribir historia, de algún modo, se *hace también presente*, se incide sobre él[61].

No obstante, estas premisas del idealismo historicista, por atractivas y duraderas que fueran (lo son de hecho, pues resisten encriptadas permanentemente en la profesión y vuelven a surgir periódicamente), no serían las únicas que conformaran el crecimiento impresionante de la historiografía a lo largo del siglo XX, ni mucho menos. El poder de atracción de las *ciencias sociales* (en Europa, en Francia o Alemania, además de los Estados Unidos) sería tan grande y duradero, el gancho *cientifista* se mostró tan eficaz como acicate de la renovación epistemológica, que ello llevó a muchos historiadores a sucumbir productivamente ante su influjo, ya fuese en calidad de grupo o escuela diferenciados, o bien por deseo notorio de conseguir una cierta demarcación individual.

Nació así lo que después llamaríamos el enfoque *sociohistórico,* y lo hizo por contacto con otros planteamientos *sociocientíficos* de distinta entidad y orientación filosófica. No pocos historiadores desde entonces –insiste en ello Raymond Aron–, hallan más interesantes las preguntas, «que son sociológicas» –como advirtió Paul Veyne–, que las respuestas, «que [sólo] son empíricas»[62]. Otros a su vez, y precisamente debido al éxito *político* de una revolución que estaría basada en principios *económicos* del análisis social (como fue la revolución bolchevique), se rendirán a la sugestión de la ciencia económica a partir de 1917. Al mismo tiempo, el *marxismo* hallaría en la historiografía por entonces carta de naturaleza (que no todavía un influjo fuerte), por las mismas razones.

Conviene insistir, aun a riesgo de ser reiterativos, en que ni siquiera los historiadores que se autodenominan, todavía hoy, *tradicionales,* han eludido del todo la doble búsqueda (*respuestas* desde luego, pero también *preguntas*), que asoma en una definición de la disciplina como es ésta, relativamente reciente: «La historia es la reconstrucción problemática, incompleta, crítica y relativa de lo que ya no es», de algo que ya no existe, pero que sin embargo *puede* ser[63]. Como vía de forzar el acuerdo entre la historia y la sociología, con el acento puesto en el

método llamado de la *«comprensión»,* Max Weber propuso en su momento que los historiadores aceptaran incluir en su horizonte *generalizaciones empíricas*, e introdujo una forma de *explicación* que era a su vez eminentemente *comprensiva.* Una forma que, como ya advertimos, tardará en ser apreciada, no ya tanto en la sociología misma –aunque también en ésta–, sino en la propia historia. Pero que, una vez que ingresó rutilante en esta última, ya no volvió a salir.

Fue de hecho el camino que siguieron, ya después de 1945, los no infrecuentes *neoweberianos* (tanto en la historia como en la sociología), que renovaron ambas disciplinas. Para formular las preguntas y encontrar las respuestas, se utilizará a Weber casi siempre junto a otras perspectivas teóricas, bien referidas al gran marco de la escuela *estructural-funcionalista* o bien en combinación con la teoría de la historia aquella de Marx. A Weber, por su parte, le había llevado hasta aquella posición su dura opinión crítica hacia los modos descriptivos y triviales (*no sociológicos,* en definitiva) de acercarse al pasado que, a finales del siglo XIX y principios del XX, imperaban en la historiografía[64].

Aunque resulte paradójico, el seguimiento de sus instrucciones corresponde a una época en la que los historiadores ya habían hecho su travesía del desierto en pos de la *cientificidad,* y parecían haberse olvidado de las implicaciones *políticas* y *morales* del discurso histórico. Ése era su triunfo en verdad, que arrojó a la cuneta a otros autores, –nada infrecuentes en el periodo de entreguerras, en especial en la fría Inglaterra–, que afirmaban estudiar el pasado «por simple interés», sin buscar en él ninguna utilidad «práctica»[65].

La cuestión ética y moral no era irrelevante. Friedrich Meinecke había llegado a justificar la «aparente inmoralidad del egoísmo de Estado» argumentando que «no puede ser inmoral nada que provenga del carácter individual, íntimo de un ser»[66]. Y de ahí a concluir que la función del historiador debería reducirse a descubrir los condicionamientos históricos de las acciones de los individuos, sin más valoración o jerarquía, no había más que un paso. Otra vez resurgía, de este modo, el asunto del servicio al poder de los historiadores, de su contribución a sostener el orden establecido y a la conformación, en una u otra dirección, de la nación. ¿Qué diferenciaría, desde esta perspectiva, a la historia de una *mitología,* aunque sofisticada…?

Algunas respuestas tratarán de ofrecer entonces quienes, de un modo u otro, aspirarían a refundar la historia, a darle un contenido denso (más conceptual) y un nivel superior de generalización. Deslumbrados por el creciente instrumental heurístico de las ciencias sociales, conscientes de la «fragilidad» y la «escasez» de información sobre los individuos verdaderamente dotada de *sentido* (o si se quiere, de naturaleza *relevante*), que parecía ofrecer la «historia historicista»,

ciertos historiadores pretenderán restar (*algo* de) vaguedad e indeterminación a su conocimiento del mundo social y cultural. Un mundo al que entonces tratarán de hacer más *racional,* más *claro* y *ordenado,* a pesar del reconocimiento inevitable de su *complejidad* creciente (lo que el sociólogo Niklas Luhmann llamará, algo después, el «aumento de diferenciación» de las sociedades contemporáneas)[67]. Frente a la *contingencia,* que la historia tradicional rankeana reclamaba como principio encadenante de los acontecimientos, la metodología *sistemática* de las ciencias sociales –*positivista* y todo, aunque renovada– les iba a parecer a estos «nuevos» historiadores algo envidiable, una forma de buscar la *verdad* que parecía instalada en un orden *racional* superior.

Duró un tiempo el reflejo *cientifista,* y a veces ofreció productos magníficos. Durante unas cuantas décadas, se mantuvo vigente en la propia Francia de los «Annales» esa idea favorable a la superioridad de los enfoques de Durkheim. Más tarde, el sociólogo Aron denunciaba molesto *«alguna huella de racionalización utópica»*[68] en el espacio que, metafóricamente, quedaba abierto *«entre el reino y las tinieblas»*. Como buen historicista que era, sabía que a pesar de lo que pudiera parecer en un principio, conseguir en las ciencias sociales la *objetividad* preceptuada por el trasfondo filosófico kantiano no era, tampoco, fácil[69].

Mas como nada impedía aún, en las décadas de 1950 y 1960, distinguir netamente entre *hecho* y *ficción*[70]*,* se considerarían superiores a los que entonces imperaban en la historiografía los modos y procedimientos de la sociología, valorados como una forma privilegiada, más *racional,* de buscar la *verdad*. Y, entre otros, se pusieron en práctica los métodos «funcionalistas»[71]. De acuerdo con sus pautas volvería a *pensarse* el estatuto epistemológico de la historiografía, una cuestión después exacerbada al tropezarse la nueva historiografía con quienes procuraban, desesperadamente, la *unidad* de las ciencias sociales. Es lo que se definió como un intento de construir una *ciencia social unificada*.

Por otra parte, tanto el racionalismo materialista como el neopositivismo epistemológico iban a optar, desde la plataforma de la *filosofía de la ciencia* (o también incluso desde la *filosofía de la historia*), por reforzar la más estrecha de las dos opciones abiertas tiempo atrás. Es decir, los popperianos muy especialmente (y sobre todo Carl Hempel) se adentrarían de nuevo por el sendero, lleno de espinas, del *monismo metodológico*. Y tratarían de probar su convicción de que la historia podría someterse, también ella, a las exigencias de las ciencias físicas y experimentales[72]. Una opción que hoy puede parecernos sin salida, o ser considerada como un esfuerzo inútil, algo a *contracorriente*[73]. Pero que durante unas décadas (las centrales del siglo XX, cuando se consolidó universalmente como gremio científico la historiografía), concitó mucha

especulación filosófica y levantó mucha discusión[74]. Y que no sólo se redujo al plano de la *teoría,* puesto que a través de estrategias metodológicas *cuantitativistas* (de cálculos estadísticos y estrategias de probabilidad) trataría de orientar, e inspiró realmente, mucha ciencia *normal.* Es decir, produjo un cúmulo importante de la investigación «realizada» en historia[75].

De paso, esa postura permitió que, entre los espejismos de *explicación* total de los hechos históricos que fueron apareciendo entretanto, cuajara el germen de una aplazada decepción y se sedimentara el poso de un creciente rechazo a las derivaciones especulativas y teóricas que aquel ambicioso planteamiento llevaba aparejadas. Un rechazo que iba a hacerse presente incluso entre aquellos que, en verdad, resultarían ser los más animosos institucionalizadores de aquellas subdisciplinas (o *historias sectoriales*) que eran consideradas más firmes y seguras, entre ellas la historia *económica* muy en particular[76].

Negando la autonomía relativa de las disciplinas y discutiendo la legitimidad de la diversidad metodológica, ciertos filósofos como Edmund Husserl y Ernst Cassirer (desde la fenomenología y la hermenéutica) o pensadores estructuralistas como Ferdinand de Saussure, Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault[77] o Jean Piaget, se entregarían también –además de los positivistas lógicos que encabezaba Popper, y en permanente discusión con éstos– a buscar una fundamentación epistemológica *común* a todas las ciencias humanas[78]. Para ciertos autores, la historia ocuparía en la *totalidad* (de esa supuesta unidad epistemológica existente) un importante lugar central[79].

La filosofía de la historia prosperó extensamente en los años sesenta y setenta del siglo XX, guiada así por la fuerza rectora de unas cuantas preguntas esenciales que el auge *in extenso* de la *filosofía de la ciencia* estaba contribuyendo a renovar[80]. La inclinación por presentar la historia como una *forma de conocimiento* con sus características *propias* (pero capaz de sostener la comparación con «otras formas» de llegar a la verdad), la inquietud por desvelar la naturaleza *del pasado* y de la *evidencia histórica,* el esfuerzo por hallar las fronteras internas, y por tender pasarelas de enlace entre los mecanismos enfrentados de la *explicación y* la *comprensión*[81]*,* todas esas cuestiones recibieron entonces un impulso fuerte. No sólo en el interior del dinámico mercado académico y científico anglosajón (aunque sobre todo en él)[82], sino también, y volcándose con especial atención en las aplicaciones empíricas que se hallaban entonces en curso, en el caso alemán.

Bajo las *leyes de cobertura* (o *modelos nomológicos*) que formuló el filósofo neopositivista Carl Hempel, algunos historiadores pretendieron mostrar, como pudiera hacer cualquier científico, que un determinado «acontecimiento» no se produciría por azar, sino que por el contrario podía ser esperado y previsto (más

exactamente, *predicho*) en función de antecedentes o condiciones simultáneas. La diferencia entre un «esbozo de explicación» histórica y una explicación científica «ideal» se hallaría solamente, para Hempel, en la falta de *precisión* de las *condiciones* esbozadas, mas no en su forma *lógica*. No habría que buscar por tanto en la historiografía una vía de conocimiento *propia* y *particular,* como sabemos pretendía el *historicismo*. No podía existir en modo alguno esa vía, en verdad.

Aún más, según Hempel si bien es cierto que la mayoría de las explicaciones ofrecidas por los historiadores no incluyen ciertamente la enunciación explícita de las *regularidades* generales que suponen, ello se debe tan sólo al hecho de que las hipótesis universales están a menudo estrechamente relacionadas con la *psicología social* o *individual*, por una parte (en cuyo caso no se mencionan, porque se consideran de todos conocidas), y a que, por otro lado, formular las hipótesis con precisión, fiándose tan sólo de la evidencia empírica, resulta ser difícil en extremo. De ahí que los historiadores ofrezcamos como resultado de nuestras indagaciones tan sólo pistas, *esbozos* –con diverso grado y nivel de definición de los procesos reales–, *explanation sketchs*[83]. Pero tal condicionamiento o limitación no supondrían merma alguna en la capacidad de persuasión de la historiografía, no estorbada en absoluto por su limitación explicativa[84].

Inclinándose en cambio por la *hermenéutica* como vía precisa de la historia, pero con distinta intención a la de los propios hermeneutas, el filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn pretendía a su vez, a finales de los años cincuenta, dejar zanjada la cuestión: «Si la historia es explicativa», venía a decir Kuhn, «no lo es porque sus narraciones caigan bajo leyes generales. Lo es más bien porque el lector que dice “Ahora sé qué sucedió” está diciendo simultáneamente “Ahora tiene sentido”, ahora lo entiendo. Lo que antes era para mí una mera lista de hechos, se ajusta a un patrón reconocible»[85]. En cierto modo, Kuhn unía así también *explicación* y *significación*. La posterior influencia del pragmatismo norteamericano fue sin embargo restando capacidad de convicción y fuerza aglutinante a las formulaciones unitarias en epistemología.

Tal como hoy aparecen configuradas las diversas disciplinas, existe por el contrario una sensibilidad creciente hacia el denominado *individualismo metodológico,* lo cual quiere decir que, en términos generales, el análisis histórico busca mejor el ofrecer razón acerca de los fundamentos últimos de la *particularidad* que el encontrar la clave de los aspectos *compartidos*[86]. Y lo hace con independencia de que esa «confusión de géneros», que con tanto éxito describió el antropólogo Clifford Geertz para referirse a la disolución de los

límites «clásicos» entre las disciplinas, siga dando sus frutos sincopadamente, en una especie de ritual perpetuo de acción y reacción.

La indagación sobre las *causas*, hay que reconocerlo sin ambages, ha resultado de todo punto esencial para el avance de la disciplina de la historia. En términos generales, y sin prejuicios provenientes de un vacío y retórico «humanismo», no puede caber duda de que esto ha sido así. Y casi nadie se atreverá, si es que habla sinceramente, a negar la importancia del más completo de sus legados: el que remite a las aportaciones, tan numerosas, de la cuantificación[87]. Porque lo *cuantitativo* y lo *cualitativo,* más bien que enfrentarse en muchas de las tendencias nuevas, han ido conviniendo variadas formas de acuerdo y de consenso, hasta llegar a formar un *continuum*.

Dos o tres décadas después del auge del debate neopositivista, ha hecho mella con fuerza la noción –en algunos contextos casi podría decirse que es ya central o dominante incluso–, contraria a aquel principio de la *explicación causal*. Hoy tiende a invadir de nuevo el primer plano de la historiografía ese otro modo de conocimiento, *intuitivo* y *experiencial,* que Droysen y Dilthey habían convertido en historiográfico, después de reclamarlo a la psicología. Y vuelve la expansión de aquel principio cognitivo que Simmel relacionó estrechamente con la percepción del tiempo, la *historicidad*[88]. Incluso se contornean modos de exploración que Karl Jaspers encerró en su «filosofía de la existencia» y en su acepción –poética y antropológica– de *«lo comprensivo»*[89]. A través de la intuición, según Jaspers, «un fenómeno histórico y concreto se presenta como una metáfora y simboliza el eterno retorno, lo cual hace que sea insustituible y radicalmente diferente de cualquier generalidad»[90]. El esfuerzo de delimitación de unos y otros influjos va a producir con todo, desde mediados de los años sesenta, situaciones complejas. No sólo se trató de recoger efectos positivos, sino que también hubo reflejos reactivos, y no siempre puede hablarse en este aspecto de movimientos creadores.

Como era previsible, el exceso *cientifista* dio pie a la multiplicación y revitalización del discurso *idealista* como reacción, un retroceso patente incluso en historiadores de relevancia social muy encumbrada y eco mediático de excepción, que no siempre debieron percatarse del riesgo externo que su actitud entrañaba. Lo que en principio debía ser un debate sofisticado, pocas veces alcanzó ese nivel, y en cambio acarreó una especie de inmunidad y resistencia extensa a la teoría, pues reforzó una manera gris de abordar el oficio, despreocupada en cuanto a sus implicaciones cognitivas. Junto el rechazo al cientifismo marxista –ya fuese simultáneo o posterior– se amplificó la capacidad de colectivos amplios de historiadores para instalarse cómodamente tras la barrera de la tradición *positivista-empírica*. Desde ahí se enfrentarían, con

lamentable éxito, a lo que consideran injerencias de los filósofos y los epistemólogos. Para muchos, sería ésa la manera más adecuada, sobre todo en momentos de expansión de conflictos teóricos, de responder a la pregunta clásica de *¿Qué es la historia?* Había otros tantos, sin embargo, que estaban respondiendo por entonces, sencillamente, que *historia* era igual a *ciencia social.*

* * * * *

Desestimar las modificaciones venidas a la historia desde las ciencias sociales pocas veces se convirtió en una opción de grupo o una elección de escuela. Más frecuente es encontrar voces aisladas que se quejan de una *tradición* rota, que claman por la vuelta de la historia *verdadera* y sin «experimentos». Los que gustaron de llamarse *«historiadores tradicionales»* llevaron su etiqueta con orgullo, como cuestión de estilo, si llega el caso reivindicando para la historia un supuesto carácter *ateórico,* y obviando los aspectos especulativos que, sin embargo, cualquier operación intelectual conlleva por sencilla y transparente que la materia empírica pudiera parecer[91].

Poco a poco fue imponiéndose la sensación de que se carecía de argumentos fuertes y poderosos con que contraatacar lo que otros creían las «ventajas» llegadas desde la *sociología,* y mucho menos parecía posible discutir los «aciertos» de la ciencia *económica* y la *politología.* En realidad, es fácil acordar con Chartier que «los efectos de la doble revolución de la historia, estructuralista y *galileana,* no han sido pobres», porque «gracias a ella la disciplina se alejó de una mera cartografía de particularidades y de un simple inventario»[92]. Aceptar mantenerse en plano de igualdad con las ciencias sociales no será, sin embargo, cosa del todo fácil para los historiadores, pues se tropiezan continuamente con el afán invasivo de una sociología sin complejos, que hasta hace bien poco parecía crecer más cada día[93].

La expansión de la sociología se hizo a pesar de su desacuerdo teórico manifiesto, pues existen en ella varios enfoques en competencia interna, y su historia refleja una coexistencia conflictiva entre *paradigmas.* Pese a sus reconocidas dificultades, la sociología, con su prepotencia secular frente a la historia, nunca llegaría a renegar de su naturaleza *teórica* y generalizadora como una de sus claves de superioridad. En conclusión, podríamos decir que, oscilando cíclica y tentativamente entre dos polos, los que definen las nociones fundamentales de *demostración*[94] y *explicación*[95] por una parte, y de *comprensión*[96], *intuición* y *empatía* por otra, las ciencias sociales han realizado una larga trayectoria que al final las ha reconducido hacia la historia, con la que no han dejado nunca de concurrir, no obstante.

En los últimos tiempos, dominan las corrientes que potencian la comprensión y la intuición. Pero esto ni lo resuelve todo ni elimina las *otras* perspectivas; porque buscando conciliar «estructura» y «acción», y unir lo «micro» con lo «macro», el conjunto completo de las ciencias sociales (y las ciencias humanas junto a ellas, como un modo específico sujeto a sus vaivenes de episteme y contexto) ha saltado ya el límite del siglo XX, y han entrado de lleno en el XXI[97]. Ha sido una aventura apasionante, en la que no han faltado los malentendidos ni las respuestas de escaso alcance, pero en cuyo trayecto se han producido también avances de entidad superior y obras científicas de extraordinaria calidad, perdurables. En el seno de esa corriente de saber sobre los individuos y las sociedades ha crecido la historiografía como una disciplina de personalidad escindida. Escisión que, en la práctica, conduce a separar la producción concreta de los historiadores en espacios contiguos y vasos comunicantes, pero no intercambiables[98].

La acumulación de evidencias empíricas contrastadas, a estas alturas muy grande ya, se ha ido produciendo en el interior de la disciplina de la historia a partir de ciertas constantes y preocupaciones dominantes, en función de retos y de guías diferentes y recursos propios de cada tiempo y cada espacio concretos, fácilmente reconocibles como específicos de cada «situación», y siempre en deuda con el *milieu* cultural y filosófico de cada época. Consecuencia de todo ello es la extensión impresionante de eso que los franceses llaman, con la expresión de Le Roy-Ladurie que alcanzó tanto éxito, el *territorio del historiador*. Las vías de esa expansión son diversas y complejas, están sujetas a continuo debate y a opiniones variadas, pero el proceso en sí es fácil de entender.

En el diálogo recurrente con las ciencias sociales, como producto de sus aplicaciones, se ha ido poblando de construcciones y ensanchando su término aquel *territorio* nuestro, sin que ya sea posible pensar más límites que los propios de las evoluciones internas de las disciplinas. La sociología, la antropología, la crítica literaria y la lingüística (hoy las materias más influyentes) y, antes de ellas, la psicología, la economía –con la estadística–, la geografía, el derecho y la ciencia política, han modificado profundamente la naturaleza de lo que se ha dado en llamar *discurso histórico*. Lo que hay es irreversible, aunque es posible que un cambio epistemológico *real* tarde en aparecer. Vista como un proceso, mirando hacia atrás, la permanente conexión entre historia y ciencias sociales obedece a un esfuerzo consciente de los historiadores –no todos, claro está, pero sí muchos de ellos– por mejorar la capacidad cognitiva de sus recursos, y por asegurar la fiabilidad y duración de los resultados de su investigación, incrementando la *validez* de sus escritos. Por eso apuestan por reforzar su *inteligibilidad,* preferentemente por medio de procedimientos explicativos. De paso, concurren al mercado científico con el valor añadido de aportar *novedad* y *sistematicidad*.

De un modo u otro, esa actitud cientifista supuso un renacer. Algo similar ya había existido antes, en siglos anteriores, aproximaciones filosóficas y no, obviamente, científico-sociales. El renacer demuestra la reaparición del interés de los historiadores por extender sus percepciones y conclusiones sobre la acción humana individual a contextos más amplios, a situaciones de tipo general extrayendo consecuencias *teóricas*. Así se trascendía el historicismo, contraviniendo la restricción de mantenerse en el terreno de *lo particular*.

Todo proyecto de *cientifización* del campo de la historia tiene que ver con esta circunstancia elemental. Excepto quizá lo referido al materialismo histórico, puesto que ahí la base filosófica (la *teoría de la historia* que contiene el marxismo) resulta ser un punto de partida distinto y primordial y se antepone a toda consideración de orden metodológico. Las formas y maneras en que se manifiestan aquellos cambios tienen que ver con razones de tipo epistemológico, pues hay un mestizaje entre las disciplinas que es inherente a los desarrollos científicos y a su circulación. Parece que la innovación científica se produce en las fronteras de unas ciencias con otras[99]. En el caso específico de la historia, es imposible ignorar los impulsos que proceden también de sus usos *políticos,* acaso inevitables.

Lo que podemos entender como peripecias de escuela son de este modo, a veces, juegos de hegemonía y de poder, movimientos internos a la propia profesión y manifestaciones del deseo de reducir la fuerte dependencia y el carácter subalterno que determinados colectivos experimentan en el marco de sus respectivos contextos «nacionales» de producción de la materia histórica[100]. Los casos más estudiados hasta ahora serían aquéllos vinculados, desde finales del siglo XVIII, a la conformación del Estado-nación, en beneficio de unas cuantas elites[101]. [Siendo éste un aspecto colateral a nuestro hilo conductor, no hemos de entrar en él, a pesar del interés que suele despertar ponderar el *valor* de los textos históricos y analizar aquella *función*, notoriamente política, de los historiadores, y puesto que ello tiene amplios desarrollos también en nuestra propia historiografía, la española[102].]

Me interesa dejar sentado en cambio que, a los efectos prácticos, todo ese movimiento complejísimo de ida y vuelta a las ciencias sociales, ese dejarse seducir por sus brillantes resultados y por las técnicas y métodos que los hacían posibles (no tanto, desde luego, por las teorías que subyacen en ellos), incidirá en el hecho material de que se amplíen las *fuentes* para el historiador de un modo extraordinario y decisivo. A partir de ahí se extenderá con agilidad, como el despliegue de un abanico, el nuevo repertorio de las fuentes de que dispone la historiografía, acrecentado a un ritmo espectacular.

Aquéllas ya no son sólo fuentes *escritas,* ni de intencionalidad explícita y declarada (aunque éstas no dejarán tampoco de aumentar). Hay países concretos, como Alemania, en los que los historiadores *del presente* han sido tan eficaces a la hora de convencer a las empresas privadas –por citar un caso especialmente útil– de la necesidad de conservar sus archivos, y de ponerlos a disposición del usuario, que se ofrece una masa verderamente ingente de información para consultar. [Con el consiguiente problema de la dificultad creciente que, para los archiveros, conlleva el decidir qué puede ser objeto de conservación y qué, en cambio, no.]

Con todo, una importante intervención en la ampliación del inventario completo de las fuentes corresponde en especial a la historia *de las mentalidades,* que alguien consideró un «deseo» de *antropología histórica* más que un subgénero historiográfico propiamente dicho. A través suyo, pasarán a engrosar el repertorio documental todo tipo de fuentes *icónicas* o *visuales,* y alguna de carácter sonoro también[103]. Con la presentación socioantropológica, por otra parte, irrumpirán con fuerza en la historiografía las fuentes *orales*. Las cuales, aunque al principio despertaron suspicacias por refrescar el problema candente de la «objetividad» y la «subjetividad» (es decir, por hacer *evidente* ese problema), consiguen poco a poco eludir la sospecha, o al menos logran situarse en el mismo plano de fiabilidad que las fuentes escritas.

Mediará en el éxito de estas últimas, además, la conveniente adecuación de su empleo masivo a la investigación de procesos recientes. Pero también el que, a la vez, respondan y potencien aquel vector sociocultural y político que nos parece más importante en la historiografía actual: la *democratización* del género historiográfico, es decir, su construcción a partir de la creencia corriente de que una vida vale objetivamente tanto como cualquier otra, y que ese valor radical la hace *intrínsecamente* digna de ser contada, de ser *historiada*, e incluso de hallarse en condiciones, ella misma, de tomar parte en su *historización*. Esa manera de ver las cosas «nueva» se relaciona –indudable e inevitablemente– con aquella incorporación masiva del testimonio oral a la *historia del presente* que, en la actualidad, viene practicándose.

A lo largo del siglo XX, en conclusión, las nuevas fuentes han ido viéndose crecer en potencial y diversificación, mostrando al investigador su variada naturaleza y sus múltiples funciones[104]. Nos permiten ensayar usos distintos y aplicaciones no siempre coincidentes, variables según los enfoques y las teorías diversos que, tomados en préstamo, solemos los historiadores aceptar indistintos, con un talante ecléctico. Un trato tan benévolo, apenas excluyente de unas formas frente a otras, nos sirve para esconder –o para no hacer manifiesta– la casi inevitable incompatibilidad que, en su origen, separa a unos instrumentos metodológicos de

otros. Mayor apego, mayor fidelidad a sus enfoques *teóricos,* impediría muy probablemente la conjunción en un solo trabajo de unas fuentes con otras, lo que es común hacer, en cambio, en nuestro oficio.

Pocos de entre nosotros, a esta hora, niegan la atribución de *fuente historiográfica* a elementos diversos, soportes muy distintos, depósitos de *símbolos y signos* de muy distinta especie, y de muy heterogénea capacidad de expresión. Los cuales responden de manera *diversa* a las preguntas-marco del historiador, y forman un repertorio que se incrementa aún constantemente, y del que no están ajenos los toques de «anticuario» o de coleccionista: «Archiven, archiven, que siempre quedará algo», tal es el consejo práctico de Pierre Nora.

De una manera u otra, todos aquellos *textos*, o huellas textuales, refunden el *pasado,* del que forman un resto (una pista *que habla*), con el *presente,* en el que se rescatan. Y lo hacen en función de unas expectativas de *futuro* que, como todo ser humano, posee el historiador y de las que inevitablemente derivan sus acciones.

Historia y ciencias sociales

La opinión que han tenido los *científicos sociales* (sociólogos, economistas o antropólogos) de la historia como disciplina académica no ha sido por lo general complaciente o benévola, quizá siquiera justa[105]. La delimitación de las disciplinas estaba en la raíz de un enfrentamiento artificial, como ya vimos antes, de manera que la capacidad teórica y de generalización de las ciencias sociales, frente a las poseídas por la historia, siempre habrían de ser apreciadas como de rango superior. El modo de operar *convencional* de los historiadores, que los sociólogos suelen interpretar como un acúmulo de datos imponente, muy meritorio pero nada más, merecería apenas la vaga admiración de unos cuantos, por la supuesta retentiva de hechos y de fechas; una admiración que crece, en todo caso, si la información proporcionada por el trabajo historiográfico se acomoda al marco comparativo y generalizador en el que los propios sociólogos se habrían encargado de hacerla encajar.

Los modos de *hacer historia* distintos al positivismo historicista y empirista no parecen, en cambio que lleguen a influir de manera sensible en remover tales prejuicios. En el origen de esa *falta de convergencia* hay, pues, razones de orden epistemológico. Pero también suponen distintos recorridos de *historia intelectual* que nos obligarían a un moroso despiece de los autores más significativos y de sus puntos fuertes.

Tendré en cuenta tan sólo aquel reparto disciplinar, que nos recuerda Ernst Gellner, en el que los sociólogos dejaron «la sucesión de los acontecimientos en el tiempo a los historiadores, algunos de los cuales, a su vez, estuvieron dispuestos a

abandonar en manos de los sociólogos el análisis de las características estructurales de los sistemas sociales»[106]. Ni unos ni otros, en su mayoría, consideraron como una merma aquella artificial separación. Sólo alguna excepción anticipó la que más adelante vino a ser una exitosa relación.

Con el auge de la corriente estructuralista en la década de los sesenta, hubo más de un científico social que atacó fuertemente no sólo el modo en que nos conducíamos los historiadores frente a la información sobre el pasado, sino el propio objeto de nuestro estudio. El francés Lévi-Strauss, la figura emblemática de la antropología estructural, descartó la importancia del cómputo del tiempo historiográfico (el tiempo *corto,* que diría Braudel), de manera que ni siquiera aquel viejo principio *humanista* (la historia como enseñanza básica para un *vivir* mejor, o más «humanamente») quedaría preservado de la demolición: «Suprimir al azar diez o veinte siglos de historia no afectaría de manera sensible a nuestro conocimiento de la naturaleza humana. La única pérdida irreparable sería la de las obras de arte que esos siglos vieron nacer»[107]. Así escribió.

Más arriba indicamos sin embargo cómo, ya la altura de 1904, el sociólogo Max Weber había recomendado a los historiadores incrementar su interés conceptual y teórico, exaltando las mejores cualidades de la sociología frente a la historia y denunciando el déficit de precisión conceptual que nos caracteriza como gremio: «Todo examen atento de los elementos conceptuales de la exposición histórica muestra que el historiador, tan pronto como intenta sobrepasar la mera comprobación de unas relaciones concretas para determinar el significado cultural de un proceso individual por sencillo que sea –esto es, para caracterizarlo–, trabaja y tiene que trabajar con unos conceptos que, por regla general, sólo pueden determinarse de forma precisa y unívoca a través de tipos ideales»[108].

La concreción en lo particular que el historiador defiende no anulaba por tanto, para el sociólogo alemán, la idea de generalización, pues lo importante es, siempre, la *comprensión* de los *significados* de las acciones humanas. En la tarea práctica de los historiadores, en sus publicaciones, no hallaba sin embargo acreditada Weber aquella aplicación: «El lenguaje que utiliza el historiador contiene cientos de palabras que comportan cuadros mentales imprecisos, entresacados de la necesidad de la expresión, cuyo significado sólo se siente de forma sugestiva, sin haberlo pensado con claridad». Lamenta, con razón, que «en numerosísimos casos, sobre todo en el campo de la historia política descriptiva, el carácter impreciso de su contenido no favorece seguramente la claridad de la exposición».

Sin embargo, en la perspectiva hermenéutica que Weber propugnaba, común en el ambiente cultural de su tiempo, «cuanto más clara conciencia se quiere tener

del carácter significativo de un fenómeno cultural, más imperiosa se hace la necesidad de trabajar con unos conceptos claros, que no estuvieran determinados de forma particular, sino general»[109].

Si bien esos consejos tardarían años en ser seguidos, otros hallazgos de la sociología inspirarán, dos o o tres décadas más tarde, la tarea historiográfica. En su discurso de toma de posesión en el Collège de France, a mediados de los años setenta, el historiador de la antigüedad Paul Veyne aseguraba que «la historia da forma a sus materiales recurriendo a otra ciencia, la sociología». Lo cual pretendía ya Durkheim a finales del siglo XIX[110]. Esa aproximación no significaba, sin embargo, abolición de límites entre las disciplinas. A la altura de 1975, aún parecía «fácil distinguir la historia de la sociología» como disciplina, pero con gran frecuencia sería en cambio imposible «distinguir un libro de historia y un libro de sociología» (es decir, separar su *escritura*). Esa misma imposibilidad de diferenciación en cuanto a estilo, conceptos y métodos, era la que, a juicio de Paul Veyne, permitía a su vez «reconocer una buena monografía histórica»[111].

Se percibía todavía fuerte la estrecha relación entre historia y ciencias sociales que alcanzó su apogeo años atrás. De ese encuentro, sustentado en la confianza en la cientificidad de la historia y evidenciado a través del cultivo de las técnicas cuantitativas (aunque no sólo de ellas), se había derivado una honda transformación de la naturaleza de la historiografía: «Los historiadores de todas las ramas y campos –escribe G. Barraclough– se habían dado cuenta de la importancia de los datos estadísticos y cuantificables». Pero no se trataba sólo de la fuerza imponente de los números, sino de algo más amplio y duradero, que tocaba de lleno el corazón del pensamiento historicista, y que de momento lo hacía inviable: «Lo que los historiadores descubrieron en las ciencias sociales –prosigue Barraclough– fue una serie de nuevos conceptos y una diversidad de nuevas perspectivas a las que estaban deseando acercarse, a causa de la deficiencia de sus métodos tradicionales propios. Si estos conceptos provenían de la sociología, la antropología o la economía, era una consideración secundaria. Lo importante era explorar la posibilidad que le ofrecían de añadir una nueva dimensión a su trabajo»[112].

Las cosas han evolucionado en varias direcciones desde mediados de los años setenta. En una especie de *hacer* y *deshacer* constante[113], con reiterados *discursos* nuevos sobre nuevos *objetos*, con el debate sobre la *racionalidad,* con los proyectos llenos de indicios *subjetivos,* la historia ha devenido *plural* y *divergente,* recuperando como *valores* positivos, casi sin darse cuenta, muchos de los supuestos del viejo historicismo, difusos y emotivos[114]. No extraña que haya, entonces, quien de todo esto retenga sólo su corolario más exterior,

reduciéndose a denunciar la permanente confusión de identidades entre géneros, disciplinas y métodos, entre ideas *fuertes* y principios *blandos,* entre literatura y ciencia social... Y que, temiendo enfrentarse a una profesión ya no tan definida como antes, afectada de progresiva fragmentación en cuanto a resultados y conclusiones, acabe simplemente lamentando la brecha abierta en su interior.

La mayoría de los historiadores, sin embargo, apenas concebiríamos nuestra tarea actual (la práctica docente de la historia o el ejercicio escrito de la investigación) al margen de los préstamos y de las influencias que han venido a inscribirse en nuestra disciplina como cosa ya *propia,* imprescindible. Ya sea desde la *economía* o el *derecho,* de la *psicología,* de la *ciencia social* o la *antropología,* de la *lingüística,* la *ecología* o la *semiótica,* el mayor atractivo de toda *nueva* historiografía reside en la diversidad de los objetos y en la variedad de los métodos empleados.

Una *pluralidad* lograda no sin dificultades, pero que ha ido creando una costumbre de sedimentación y que ya forma parte íntegra de nuestra tradición, aunque muchos aportes sean bien recientes. No siempre, sin embargo, los cambios sucedidos en la historiografía, y la valoración o *recepción* de esas transformaciones por los *otros* científicos sociales, han conseguido hallar correspondencia justa[115]. Les es más fácil mantener la creencia de que la historia no se ha movido un ápice del punto en el que el historicismo la situó. Muy al contrario, estando ya avanzada la importación de *préstamos* y de *influencias* por la historiografía, la década de los ochenta abre un proceso que, de alguna manera, concedía a los historiadores la razón.

Contempla esa década la *historización* de aquellas mismas disciplinas de donde venían los préstamos, presionadas hasta poco antes por la gravidez del estructuralismo, y alguna de las cuales, como la antropología, se habían comportado hasta ahí de manera *ahistórica* («antihistoricista» o «antihistorizante», mejor). A partir de ahí en cambio, la sociología refuerza sus enfoques *cualitativos* y prima sus estrategias de *comparación,* mientras que la antropología desarrolla aquel giro *interpretativo* que debería llevarla a cambiar, de raíz, el paradigma o tendencia dominante.

En definitiva, en las ciencias sociales se ha reintroducido el *tiempo*, la temporalidad, pero también la interpretación en detrimento de la explicación causal, primando los recursos de inspiración *simbólica*. Incluso habrá antropólogos, como el posmoderno James Clifford, que invocarán a Dilthey como referente principal de una nueva hermenéutica antropológica que se abre paso[116]. Hasta llegar ahí, y en el camino andado, queda una buena parte del combativo intento del materialismo histórico por superar, desde la propia

historiografía, las vaguedades propias del sociólogo y su usual mecánica generalizadora, poco ajustada a los hechos concretos[117].

* * * * *

Las disciplinas o *saberes científicos* son resultado del modo por el que las diferentes comunidades académicas han ido definiendo históricamente los confines de su identidad. E incluyen el estado actual de la labor conjunta de maestros y discípulos («escuelas») a lo largo del tiempo, con criterios tan específicos como controvertidos de inclusión o exclusión. Aunque sólo el análisis pormenorizado de las prácticas científicas permite superar la disyunción entre los enfoques filosóficos y los sociológicos de las disciplinas, hoy parecen predominar las perspectivas que ayudan a entender, también, la ciencia como una actividad «cultural», es decir, abordable de modo antropológico[118].

Pensamos, en buena parte, a través de *conceptos*. Que, entendidos como procedimientos y como resultado de las cadenas de *generalización*, son las herramientas de intelección que, en el nuestro propio, se han querido importar de campos más dados a la abstracción, como formas codificadas de pensamiento más habituadas a tareas metódicas y sistemáticas de conceptualización[119]. Los conceptos se inscriben, a su vez, en *teorías* –como recuerda J. Aróstegui–, esas tramas extensas de inserción de *evidencias,* diferentes en su naturaleza y relevancia, mas siempre con capacidad para agrupar a aquéllas y para trascenderlas[120]. «La capacidad explicativa de las teorías que construimos –ha escrito E. O. Wright– depende en gran medida de la coherencia de los conceptos que desarrollamos en su seno. Cuando los conceptos se construyen con laxitud y se definen imprecisamente, entonces es mucho más difícil que el conocimiento teórico generado tenga un carácter acumulativo. La capacidad para aprender, tanto de nuestros éxitos explicativos como de nuestros fracasos, depende crucialmente de la claridad y la coherencia de las categorías básicas utilizadas en dichas explicaciones. Esto no implica que no podamos empezar a estudiar el mundo empíricamente y construir explicaciones teóricas generales hasta no tener un inventario completamente coherente de conceptos; pero sí implica que el elemento crítico del avance de nuestra capacidad de construcción teórica es la elaboración de nuestros conceptos básicos»[121].

Procedimientos y soluciones, por lo tanto, que aspiran a reducir al máximo la *particularidad* y la *contingencia,* para organizar un campo sistemático (es decir, no disperso) de conocimientos. Se trataría, en principio, de conseguir una ciencia que estudie la experiencia *histórica* según patrones básicos de *recurrencia* y *regularidad* que puedan ser compartidos y transmisibles, sin excluir lo significativo y lo simbólico.

Si definimos la historia así de extensamente, seguiría ésta afincada muy cerca de otras disciplinas como la sociología, la antropología, la psicología social o la economía, pero también tendría contactos con saberes más nuevos, la semiótica desde luego, pero también la antropología lingüística o cualquier tipo de enfoque etnocultural. En algún momento pareció que habría de cuajar, en el terreno práctico, la sugerencia aquélla del estructuralista francés Jean Piaget en cuanto a que «las ciencias humanas no se limitan a mantener entre sí un conjunto de relaciones interdisciplinares», sino que están «insertas en un circuito o red general» que las engloba a todas. Delimitar dominios sería entonces, más bien, «cuestión de abstracción» que de jerarquía[122], siendo que «todos los aspectos están presentes en todas partes». Aun habiéndose constituido históricamente los dominios del saber como disciplinas diferentes –dice el propio Piaget–, lo habrían hecho «por medio de intercambios que, en realidad, consisten en recombinaciones constructivas», constantemente abiertas. Nunca quedan por tanto fijadas las fronteras de un saber, nunca *se cierra* éste definitivamente. Por su parte, en el triedro epistemológico que Foucault delimita (la biología, la economía y la lingüística) resultaría que las ciencias humanas no ocuparían ninguno de los lados en especial, sino que quedarían albergadas en los espacios desiguales que se abren entre aquéllas, en los intersticios de la demarcación[123].

Si exceptuamos la etapa de la euforia positivista, a finales del siglo XIX y principios del XX, no hay ninguna entre las ciencias humanas (y sociales) que no se haya encontrado en permanente crisis de identidad, «no en el sentido de que pudieran peligrar sus respectivas autonomías académicas, que generalmente van a mantenerse de manera mecánica, sino en el más estrictamente metodológico»[124]. Desde los años ochenta del siglo XX hasta hoy mismo, sin embargo, la inestabilidad se ha hecho más acusada, afectando de manera directa tanto al concepto *unitario* de la historia como al problema mismo de la realidad, y en especial de la cognoscibilidad de la realidad *pasada*. En el intervalo, especialmente entre 1945 y finales de los años setenta, se sitúa un periodo diferente: aquel en que triunfaron los análisis y procedimientos sistemáticos, especialmente los cuantitativos; pero también los orientados a la comparación.

De todos esos juegos ha ido quedando poso en la historiografía, ideas fuertes, trazas de escuela, discusiones que marcan lineamientos. Queda aún por ejemplo, y a pesar del eclipse relativo de las técnicas de cuantificación (y del oscurecimiento de las seguridades cientifistas que le daban vigor excepcional), la percepción de que toda *generalización* tiene un carácter *cuantitativo* inherente, inscrito en ella. Y la advertencia de que, como ya recordaba Barraclough al final de la época dorada de tales planteamientos, «aunque no sean conscientes de ello, los historiadores que utilizan términos como “típico”, “representativo”,

“significativo” o “extenso”, están haciendo relaciones cuantitativas vagas e indefinidas, presenten o no gráficos para justificar sus afirmaciones». Los resultados generales alcanzados por la cuantificación, su fuerza y su presencia en las historiografías concretas, dependerían «de la medida en que los historiadores est[uvieran] dispuestos a utilizar los informes cuantitativos relativamente precisos, en sustitución de los imprecisos que solían usar»[125].

Naturalmente que no resulta fácil acomodarse de un día para otro a la perspectiva cambiante: de lo *objetivo* a lo *subjetivo,* y de la *cuantificación* al *significado*. La labilidad en los límites, el continuo ejercicio de intercambio entre unas disciplinas y las de su entorno, conduce a posiciones cognitivas que no permiten fijar cómodamente ni *todas* las certezas de carácter empírico ni los supuestos teóricos y metodológicos más convenientes[126]. El caso de la historia no ha sido el único en experimentar cambios, a veces desconcertantes, pero no excepcionales. Puesto que para la mayoría se trata de un proceso conflictivo y desorientador, sólo una pequeña parte de los historiadores acude al debate epistemológico, mientras que el resto permanece oculto en la tramoya de la *historicidad* y se refugia en la *narración* como estrategia descriptiva (que no conceptual), privilegiándola como su forma *propia* de expresión[127].

Un fondo *neohistoricista* e *interpretativo* va impregnando por tanto, a partir de la influencia cada vez mayor de la crítica literaria y la hermenéutica antropológica, las nuevas direcciones en la historiografía. De una manera u otra, las corrientes y tendencias más novedosas que hemos de desmenuzar en la tercera parte de este libro, presentan sus influjos. Sin permanecer quieta, la historiografía ha ido multiplicando en el último medio siglo su base de afinidades y alternancias, escogiendo diversas vías particulares de afirmación o desintegración, frente a todo aquello que había ido adquiriendo, aquí o allá, de las ciencias sociales. La inserción en la compleja trama de la epistemología, su institucionalización a lo largo del siglo XX, obedecen en la historiografía a estrategias no de deslindamiento y de repliegue, sino bien al contrario, de ampliación sin límites.

Estrategias que, al menos desde fuera, es muy difícil ver como simétricas o combinadas, pero que vienen siempre a converger. El campo normativo de nuestra disciplina ha sufrido unas veces triunfales expansiones, y otras (menos frecuentes) amputaciones, operaciones de reducción. La suerte de unos u otros productos científicos (las *innovaciones* historiográficas) ha corrido pareja con esa zigzagueante trayectoria que dibuja el conjunto de subdisciplinas que llamamos «historias sectoriales, subgéneros precisos –algunos de los cuales, como la *demografía histórica* o la *historia económica,* han luchado por emanciparse, consiguiéndolo–». Lo cual no significa, en modo alguno, que todo acabe ahí y no

siga tratando de cumplirse la natural tendencia a la expansión, interpretada como un signo indudable del potencial de estímulo que los cambios contienen[128].

Desde la disciplina, contemplada como un todo, hay que reconocer que el resultado ha sido desigual, e *internamente* competitivo además, de modo que se ha obstaculizado desde dentro el llegar a una configuración uniforme. El resultado es también *externamente* contradictorio, tanto en cuanto al *significado* general de la materia histórica (las controversias, inacabables, sobre cuál ha de ser el papel formativo de la historia y sobre qué tipo de historia impulsar), como en lo que respecta a sus desarrollos *empíricos* concretos, no siempre compatibles entre sí[129]. La síntesis se impone, sin embargo.

Dice Ricoeur en *Tiempo y narración* –texto redactado en los años ochenta– que aquellos dos vocablos que conocíamos en perpetuo conflicto *(explicación* y *comprensión)* le resultan ya inútiles. Vocabulario antiguo y obsoleto, propone revisarlos, sustituyéndolos por los de *explicación nomológica* y *explicación por captación*. La comprensión, que indica relación de pertenencia, «precede a la explicación, la acompaña, la cierra y [...] la envuelve». Pero a la vez «la explicación desarrolla la comprensión analíticamente»[130]. La tensión entre ambas, a juicio de Ricoeur, constituye «la más importante dialéctica». Y la más oculta también, puesto que es la «que impera entre la experiencia de la pertenencia en general, y el poder que nos abre el espacio del pensamiento especulativo»[131]. Tanto la *explicación* como la *comprensión* componen para él, juntas e inseparables, el proceso más amplio de la *interpretación,* que viene a resultar «un modo de discurso que opera en la intersección de dos dominios, el metafórico y el especulativo», algo que, por un lado, «busca la claridad del concepto» y, por otro, «espera preservar el dinamismo de significación que el concepto sujeta y restringe»[132].

Eso que vagamente puede llamarse *lo social,* se capta en nuestro tiempo –parece que *especialmente* en él– sometido a un estado de gran *fluidez*. Resultaría imposible circunscribirlo al espacio o ámbito cerrado de una determinada materia o disciplina. Una razón concreta, esta que acabo de invocar, para volver a dar cuenta de la «historización» de las ciencias sociales, lo mismo que de la colindante «confusión de géneros», como dijera Geertz. *Confusión,* mezcolanza, falta de entidad propia, propiedades en virtud de las cuales cabría convenir con Balandier que, al contrario de lo que hemos venido aceptando hasta aquí, «la división de las disciplinas» en dos tipos, unas «interesadas en el pasado *(historia)* y en el imperio de la tradición *(etnología* y *antropología)*», y otras ocupadas «en lo actual (*sociología* y otras ciencias del presente), pierde cada vez más razón de ser» y, al fin, carece de todo fundamento. Sin excepciones, «cada una de ellas se

encuentra con las otras cuando percibe el devenir, cuando aclara el "archivo" a través de "lo actual", y viceversa»[133].

Hace ya tiempo que, en contra de lo que creía el neopositivismo popperiano, la epistemología se inclinó por pensar que «en las ciencias sociales no hay nada semejante a la casi unanimidad que se encuentra comúnmente en las ciencias naturales, en cuanto a cuáles son los hechos establecidos, cuáles son las explicaciones razonablemente satisfactorias (si las hay) de los hechos afirmados, y cuáles son los procedimientos válidos de una investigación bien fundada»[134]. Sobre la *multiparadigmaticidad* y la desavenencia empírica están fundadas, pues, las múltiples corrientes de las ciencias sociales, los enfoques teóricos diversos, y al parecer no hay otra perspectiva que la de seguir en una constante heterogeneidad.

Ahora bien, con la historiografía no sólo se trata ya de la inexistencia de un acuerdo teórico *globalizador* y unitario, que sería una característica compartida con la sociología o la antropología[135], sino que hay una mayor discrepancia aún en cuanto a cuáles *son* (y cuáles *deben ser*) los *hechos establecidos* que hay que considerar fundamentales. Opiniones dispares y desacuerdos empíricos son (¡todavía?) entre nosotros grandes, y no parecen las diatribas encaminarse a su cancelación, puesto que la constante importación de objetivos y métodos diversos de las ciencias sociales añade sistemáticamente divergencias a la propia selección de los hechos[136]. A esto se une la incidencia fortísima en la historiografía, y en su capacidad de *renovación* original (es decir, «creativa»), de los planteamientos denominados *«micro»,* con la incorporación de técnicas y métodos de muy distinta inspiración teórica a los que antes predominaron (estructurales y holísticos). Traen por tanto consigo debates de orientación distinta.

Ciertamente que los procedimientos para acercarse hasta los *microfundamentos* de un proceso cualquiera no son privativos del campo elástico de la historiografía. Lo mismo las ciencias físico-naturales que las biomédicas, además de las ciencias sociales que tanto nos influyen, mantienen desde hace tiempo diversas tradiciones teóricas y metodológicas que tienden a ser de tipo *«micro»*. Enfoques que han resultado en algunos contextos de una inmensa atracción, al margen de su pureza teórica y su importancia objetiva. Son tradiciones que, en las ciencias sociales, acaban casi siempre remitiendo al sujeto individual *concreto* y a las bases y mecanismos psicológicos de la *acción*[137].

Lo importante y lo nuevo es ahora, sin embargo, su expansión progresiva tras el declive de las visiones *macroestructurales* en los años ochenta. Una expansión que ha logrado agrandarse en el marco de los intercambios entre disciplinas y contando con los amplios poderes de la divulgación. En cualquier caso, no está superada en la historiografía, a pesar de cuanto llevamos dicho, la tarea implícita

en la definición de «ciencia» del físico Albert Einstein. *Ciencia* sería «el esfuerzo para hacer que la caótica diversidad de nuestra experiencia sensorial corresponda de forma lógica a un sistema uniforme de pensamiento, al relacionar las experiencias individuales con la estructura teórica»[138]. El resto de las experiencias cognitivas, seguramente no menos importantes, quedarán reservadas al espacio de la *poética*.

* * * * *

Tal como las acabamos de presentar, debería quedar claro que las disciplinas científico-sociales se han ido revistiendo progresivamente de *complejidad*, instándose entre sí las unas a las otras a intercambiar conceptos; migrando éstos de un lado a otro, de forma clandestina más de una vez, contraviniendo incluso su sentido original[139]. A veces animan peripecias filosóficas nuevas esos intercambios, como la que soporta Hayden White o la que conduce a Richard Rorty. Así, una radical propuesta de «sustitución» de los muy populares maestros *introductores* al estudio de la historia en el mercado británico E. H. Carr y G. R. Elton, por otros dos autores considerados como *plenamente posmodernos* (los mencionados Rorty y White), fue hecha por Keith Jenkins en 1995, argumentando su relevancia actual, la mayor pertinencia de sus postulados para los problemas que hoy se debaten en la historiografía, hallándose a su juicio los otros desplazados[140].

La defensa de la *narratividad* como procedimiento cognitivo, la afirmación del carácter literario del texto histórico –características de la posmodernidad–, se han hecho explícitas por más de un autor en la última década. Alun Munslow, por ejemplo, apoya principalmente en Foucault y White su tremendo alegato: «El pasado ni se descubre ni se encuentra» por el historiador; sino que viene a ser «creado y representado» por éste, «como un texto, que a su vez es consumido por el lector»[141].

Por su parte, Frank Ankersmit, después de haber leído textos historiográficos a la luz de la filosofía analítica del lenguaje[142], no sólo abogará a favor de *la verdad en la literatura* («el simple hecho de que se use el lenguaje, ya sea en la historia o en la novela –o en cualquier otro sitio–, es suficiente para otorgarle una categoría ontológica»), sino que tratará de mostrar que incluso existen verdades *diferentes* en los distintos tipos de novela. Una elaboración ésta de *historia cultural,* en consecuencia, basada a su vez en Hayden White[143]. Al fin y al cabo, su conocida *Metahistory* se presentaba como «un relato del desarrollo del pensamiento histórico durante un periodo específico de su evolución», el siglo XIX, y como «una teoría general de la estructura de ese modo de pensamiento que se llama *histórico*»[144]. Y, no en vano tampoco, se trataba de una obra que se

abre con estas emblemáticas palabras de Gaston Bachelard, en su *Psicoanálisis del fuego:* «Sólo se puede estudiar lo que antes se ha soñado».

Clamar contra la irrupción y el avance de *otros* (que no siempre *nuevos*) fundamentos epistemológicos, quejarse de las crisis y *reordenamientos* constantes de la historia, lamentar la emergencia de discusiones que, al final, vienen a quedar en tablas, o exhibirse en defensa de una idea patrimonial de la «verdad» es, las más de las veces, nuestro modo común de darnos por enterados de los cambios en curso en la historiografía[145]. Pero, al margen de esto –y de algún guiño perturbador, como el de Simon Schama que evoqué al principio–, apenas han sucedido cosas que sean, realmente, de gravedad *específica* para nuestro particular manejo del término *verdad*[146]. Podría decirse en cambio que la crítica al *relativismo* de Hayden White (en Norteamérica, y en Alemania u Holanda acaso, o allá donde ha existido algo más que una confusa algarabía) ha conllevado la añadida virtud de aglutinar a un gremio fragmentado, dándole cohesión y consistencia práctica, aglutinándolo en su común rechazo[147].

Lo sucedido en las dos últimas décadas en historiografía está más cerca ahora, en mi opinión, del juicio emitido por Morin a principios de los años ochenta cuando, refiriéndose a la situación general del espacio *científico,* nos ofrecía indicios de que los cambios acaecidos algo más tarde en nuestra profesión no diferían del marco general: «La misión casi "vital" de la ciencia –escribirá en *El método*– era eliminar la incertidumbre, la indeterminación, la imprecisión, la confusión», es decir, «desambigüizar el mundo», hacerlo claro para «controlarlo». Ese supuesto de la denominada «ciencia clásica», reducir a elementos *simples* lo *complejo,* desaparece en cambio en nuestro tiempo.

Arrancamos del tiempo en que Morin escribe: «Debemos darnos cuenta de que este conocimiento unido a la "conquista de la naturaleza" también produce ceguera y muerte [...] [y] que todos los avances de nuestra ciencia desembocan desde ahora irrevocablemente en lo complejo» y estamos, sin embargo, mal preparados para esa tarea de indagar lo complejo, porque «hemos educado toda nuestra inteligencia en la ignorancia de la complejidad» cuando no en su rechazo: «En la complejidad desfallece y sucumbe nuestra inteligencia»[148].

Al consumarse la inversión de aquella tendencia antigua a la racionalización *simplificadora*, una vez aceptada esa otra oleada de *«rehistorización»* (la invasión de la *temporalidad* y del *contexto*, la intromisión de la *hermenéutica* y la *textualidad*), pareció darse la razón a los historiadores que siempre habían militado cerca de la sociología, animándolos a proseguir, en beneficio mutuo, su ya incipiente sólida relación[149]. Y ello encendió la luz de un renovado acuerdo: eludiendo los límites de escuela y academia, «con la recuperación de la dimensión temporal como parte integrante de la teoría social», aumentan cuantos creen que

historia y sociología ya no eran «distinguibles entre sí desde el punto de vista metodológico»[150].

Muchos otros tardarían, sin embargo, en sentir esa similaridad –o ni siquiera sienten aún curiosidad por ella–, y miran con desconfianza a quienes les ofrecen al parecer *mejores* soluciones para los enigmas principales de la investigación. El *significado,* la *causalidad* y la *intencionalidad* son las cuestiones básicas que informan, sofisticadas ahora más que nunca, el apetito de inteligibilidad. Otros muchos comenzarían a considerar la posibilidad de que *otras* disciplinas les ofrecieran pautas más seguras que la historia a la hora de resolver los problemas de análisis que plantea el *sujeto individual* (en su acción particular tanto como de grupo), e incluso que quizá sirvieran esas pautas para definir la *especificidad* de los comportamientos.

Si bien no puede hablarse de homogeneidad o simultaneidad en el proceso entero, ahí queda recogido el trayecto completo de nuestra profesión, un viaje de ida y vuelta a las ciencias sociales para importar la *inteligibilidad* –la opinión de Paul Veyne o de Raymond Aron–. Se trata de una búsqueda, en cualquier caso, de más *conocimiento*. Sólo los pragmatistas, con su particular concepto de «verdad» (aquello que *interesa* a cada uno, aquello que es *bueno* para el actor social o que le favorece es, también, *verdadero*), han querido cambiar las reglas de este juego.

El trayecto ha abocado al reconocimiento de la historicidad en las ciencias sociales. Lo cual implica, en términos complejos, no sólo *tiempo*, mas también *individuo*. (Si bien, es evidente, *el individuo viviendo en sociedad,* expuesto al cambio y recogido en él[151].) Pero también refuerza la sospecha de hasta qué punto podrán perpetuarse en la historiografía las discusiones clásicas acerca del valor de la *teoría* y de la disyuntiva entre *explicación* y *comprensión,* siempre que no convenzan a sus practicantes aquellos términos (integradores, pero de inconfundible calidad hermenéutica) en que Ricoeur plantea la cuestión.

Subsisten, por lo tanto, muchas preguntas: «No es sorprendente –escribe Geoffrey Hawthorn– que hayan sido tan persistentes y acaloradas las disputas acerca de uno u otro modelo de explicación e interpretación en la historia y en las ciencias sociales. El debate ha girado en torno a tres problemas que están frecuentemente conectados y a menudo confundidos: acerca de cómo es el mundo, acerca de cómo los humanos se relacionan con el resto del mundo, y acerca de cómo se deben registrar, describir y explicar algunas o todas las partes de este mundo. Tampoco es sorprendente que algunos de los protagonistas hayan tratado [...] de sugerir soluciones a cada uno de los problemas que resulten suficientes como para permitirle al historiador o científico social activo evitar los pantanos filosóficos y continuar con sus investigaciones. Su intención es admirable. Pero no se pueden hacer desaparecer tan fácilmente ni las preguntas

que originan los debates, ni las preguntas ulteriores que éstos, a su vez, engendran»[152]. Unas y otros, pues, están ahí.

Historia, semiótica, semántica y lingüística

«Todo diálogo con el mundo, con lo real, con los demás, con nosotros mismos», escribió Edgar Morin, «pasa por la mediación de nuestras palabras, enunciados, ideas, teorías e incluso mitos, y no podemos soñar con desembarazarnos de ellos»[153]. Por su parte, Gombrich recordó que «entre las necesidades del espíritu, la posesión del lenguaje es la primera y la más importante», pues «sin formar compuestos que unan nuestra experiencia sensorial con nuestra vida emocional no podríamos comunicar nuestros sentimientos a otros, ni a nosotros mismos»[154]. Para Berger y Luckmann, sociólogos de *la vida cotidiana,* «el lenguaje construye enormes edificios de representación simbólica que parecen dominar la realidad de la vida cotidiana como gigantescas presencias de otro mundo», y «es capaz no sólo de construir símbolos sumamente abstraídos de la experiencia cotidiana, sino también de "recuperar" esos símbolos y presentarlos como elementos obviamente reales en la vida cotidiana». De manera que «el simbolismo y el lenguaje simbólico llegan a ser constituyentes esenciales de la realidad de la vida cotidiana y de la aprehensión que tiene de esta realidad el sentido común»[155].

Las citas anteriores, una muestra tan sólo, nos permiten introducir la importancia dada en la actualidad, tanto por los filósofos como por los científicos sociales, a las cuestiones que tienen que ver con el lenguaje y su valor simbólico en el conjunto de la vida social, y no sólo ya en sus aspectos literarios o artísticos, aunque, por descontado, también en éstos. Además, pensadores como Jürgen Habermas –de notable influencia en las décadas últimas–, enfocan el conjunto de las ciencias sociales desde el lenguaje, tratando de construir desde ese punto una teoría de la comunicación[156]. A partir de éste, es casi un axioma que el estudio del proceso y el contenido de los procesos de comunicación (desde el nivel interpersonal al internacional) ha de ser la base de todo conocimiento sociocientífico.

La retórica, reavivada desde los años setenta del siglo XX, despojada de su antigua equiparación con la elocuencia, y situada ahora entre la pragmática y las aproximaciones interaccionales, se ha constituido en parte integrante de una teoría general de la comunicación[157]. La semiótica, por último, disciplina en la que sólo destacaré ahora los nombres importantes de Umberto Eco[158] y Th. A. Sebeok[159], y que se propone estudiar tanto la capacidad expresiva y simbolizadora de los textos como la transformación que éstos experimentan en (y por) sus *intérpretes* (la semiosis), ha mostrado de hecho que, como el crítico

literario catalán J. M. Castellet escribió, hace ya casi medio siglo, había llegado al fin «la hora del lector»[160].

Signos, mensaje, comunicación, lenguaje son los términos clave, que acaban remitiendo siempre a procesos de *comprensión* e *interpretación* de la acción humana. Pero los usos reales y concretos de las palabras, suele decirse a la manera de Wittgenstein y entablando batalla con el estructuralismo –de donde sin embargo viene la teorización lingüística mayor–, sólo pueden ser comprendidos en sus *contextos* propios: el lenguaje es siempre poseído por *alguien en concreto* y es emitido en una *situación dada*[161].

Las versiones más optimistas de la *hermenéutica,* sin embargo, irán dejando paso a una serie de limitaciones y reducciones según avance el juego en esta dirección. Para el Gadamer más tardío incluso –el que sigue, en América, a su revelador encuentro con Derrida–, no se trataría ya de que el *comprender* pueda encontrar siempre palabras para *aquello que procura captar* (lo que era, hasta ahí, el principio esencial de su propia construcción hermenéutica), sino de que, por contra, «nunca podemos decir totalmente lo que quisiéramos decir», nunca llegamos a lograrlo de pleno[162].

La antropología y la lingüística estructurales establecieron que la capacidad para *simbolizar* define a toda forma de lenguaje: «Sonidos y gestos coordinados producen formas a través de las cuales el mundo es dicho, mostrado», y en este sentido «lo simbólico es coextensivo al lenguaje». Como *condición* de toda *comunicación* que es, «lo simbólico pone de relieve una realidad antropológica esencial, pero tan general que apenas resulta operativa para el análisis de los fenómenos sociales»[163].

La perspectiva *microanalítica* que trata de superar esos defectos, entiende, sin embargo, que el juego de los seres humanos con los signos es producto de una actitud intelectual perfectamente controlable, y no la expresión de una específica *mentalidad*[164]. «Los enunciados son jerarquizados por quienes los profieren. Las figuras retóricas pertenecen a sistemas de argumentación que muestran, verifican y contestan; coexisten con otros tipos de propósitos, estableciendo cada uno de ellos una distancia específica con lo que quieren significar. Conviene considerarlos como técnicas de comunicación y de relación entre el fondo y la forma, de los pensamientos con sus soportes de trasmisión». En cualquier caso, «lo simbólico es un medio de comunicación, un tropo a situar en un juego de enunciados»[165].

Quienes, por último, como el pragmatista Richard Rorty, han popularizado el término «giro lingüístico» como forma de crítica a los filósofos del lenguaje[166] –mostrando al tiempo la absoluta necesidad de tenerlos en cuenta–, o quienes,

como el semiólogo Umberto Eco, se acercan al gran público, han contribuido sustancialmente a poner en circulación términos y modos de aproximación que resultan hoy ineludibles. Y han preparado o enriquecido el sustrato sobre el que crecen en las ciencias sociales las diferentes especulaciones sobre *retórica, argumentación* y *narración*. De una manera u otra, todas esas especulaciones remiten –querámoslo o no– a la filosofía. En la cual parece haberse producido una neta cesura entre la *causa* y el *significado*[167].

Pero antes de seguir avanzando hacia lo que parece preocupar a muchos de nosotros los historiadores (las propuestas *metahistóricas* de Hayden White han conseguido un lugar principal), advertiré, recogiendo al filósofo español Sergio Sevilla, que el *«giro retórico»* que representa White (quien no consideraría la obra histórica como *ficción,* sino como *mediación*) no constituye sin embargo en realidad «una versión nueva y sofisticada del asalto a la razón», puesto que aquél «no niega la legitimidad del problema epistemológico de la validez»[168].

Sin embargo no ha resultado fácil en la historiografía comenzar a discutir sin recelo sobre esa cuestión del lenguaje (mejor *lenguajes,* en plural) en relación al sujeto humano a lo largo del tiempo[169]. Pero quienes lo han hecho han ganado bastante, sin duda, en clarificación respecto a la naturaleza de su tarea: «Sólo si reconocemos el irreductible carácter semiótico de nuestra práctica histórica –asegura Gabrielle Spiegel– podemos responder al desafío que la semiótica ha planteado a la historiografía tradicional».

Porque, bien entendido, «una concepción semiótica del lenguaje no le compromete a uno a creer en el carácter intransitivamente autorreflexivo de *todos* los actos y artefactos lingüísticos», ni tampoco «obliga a abandonar nuestro esfuerzo por enriquecer nuestra comprensión del pasado como algo más que un complejo de estrategias discursivas»[170]. Lo que nos queda del pasado, *mediaciones* entre los seres que lo habitaron y el espacio exterior, son muchas veces textos *letrados,* si no directamente *literarios*. Es a ellos a los que accedemos cuando tratamos de llegar a ese pasado. No accedemos por tanto al *pasado mismo,* que quedará velado, entorpecido o distanciado por esa mediación. Al estudiar historia, como concluye Spiegel, «lo que estudiamos son las prácticas mediadoras de épocas pasadas que, entonces como ahora, construían todo *ser* y toda *conciencia*».

Las apreciaciones de esta medievalista, propias de la década de 1990, no son del todo nuevas en el momento en que son formuladas, pero tienen que ver con un contexto en permanente evolución. A principios de los años setenta, cuando era bien palpable la incidencia directa de la sociología y la economía sobre el discurso histórico[171], sabemos que se eludía el contacto directo con la antropología: salvo excepciones, antropología e historia se rechazaban mutuamente. Era aún

grande también el retraso en conectar con la moderna lingüística, la ciencia que venía a competir con la filología (a su vez ésta era relegada por los historiadores, a quienes parecía estorbar ya), y sólo algunos autores, desde el marxismo, volvían otra vez sobre el asunto crucial de la relación entre *lenguaje* e *ideología*[172].

Sólo unos pocos, ya sea en Alemania, la Unión Soviética o los Estados Unidos, trataban de intensificar relaciones en esta dirección, trabajando en lo que en ciertos casos se llamaría *historia conceptual*[173] y en otros seguiría en el marco de la *historia de las ideas*. Veinte años más tarde de que se emprendieran grandes proyectos y empresas colectivas, la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte* en su versión germana) se presenta como una encrucijada en la que podrían acabar convergiendo la historia política, la historia del lenguaje y la historia intelectual[174].

De indudable raigambre diltheyana y experiencial, la *historia de los conceptos* evoluciona, sin embargo, en las direcciones en que ha ido marcando las líneas principales la atención al lenguaje, tanto en forma diacrónica como sincrónica. Pocock y Skinner[175], por ejemplo, son algunos de quienes la cultivan en el ámbito anglosajón. Por lo demás, siempre hubo algún tipo de conexión entre ciertos historiadores y los planteamientos epistemológicos, con sus derivaciones prácticas, de la filosofía del lenguaje, y sus resultados a esta hora no son de despreciar. Con todo, lo mismo hoy que hace treinta años, puede decirse que los historiadores conocen de la lingüística, seguramente, «la aplicación que de ella se ha hecho a los discursos y a sus diversos elementos, al vocabulario esencialmente»[176], en tanto que la sintaxis nos sigue siendo ajena.

* * * * *

Desde su aparición como relato de hechos sucedidos, en la Grecia antigua, la historia ha aspirado a una *literaturización*, a convertirse en un género narrativo preciso aunque abierto y flexible, sujeto a las reglas comunes de la persuasión y la comunicación[177]. Una parte importante de esas reglas las establece la *narratividad,* representada por la dualidad de voces o protagonistas que hay en Herodoto: el *narrador* y el *historiador,* el *testimonio* que proporciona la fuente oral y quien recoge ese mismo testimonio para dejar constancia a la posteridad. Otra parte de las reglas concierne a la *regularidad,* al carácter *repetitivo* y *comparable* (desde Tucídides) de los acontecimientos narrados, el cual proporciona a la historia su valor ejemplar, sus propiedades de moral y enseñanza, y el cual además, le otorga una posible dimensión *teórica,* de búsqueda acumulativa de enseñanzas futuras, explicaciones y regularidades[178]. Ésa es «la doble faz de Clío» desde su nacimiento[179].

Adoptando versiones repetitivas, cíclicas, de los hechos narrados, que se orientaban invariablemente a detectar el progreso o, por el contrario, la degeneración de los regímenes –o de los individuos–, esa visión del género historiográfico se prolongó de hecho hasta el Renacimiento. Maquiavelo, en *El Príncipe,* aprovecha ese importante hilo conductor y lo recrea, haciéndolo más práctico. El «saber de las cosas pasadas» –diría allí–, la instrucción de la vida y la experiencia que la historia «antigua» contenía, no sólo es «propedéutica», sino también, y no en menor medida, resulta ser *política* y aspira a ser «moral».

Perturbado y quebrado el recorrido *crítico-diplomático*[180] que siguió a esa primera configuración de la historia por las falsificaciones medievales y el pirronismo del siglo XVII, la *invención* (la ficción) reaparece, y no en lugar secundario, en la narrativa histórica. Sin nada que estorbase la indefinición –la confusión deliberada– en los límites respectivos de la «verdad» y la fabulación, el pirronismo, burdo adelanto de intentos posteriores de discusión de la *verdad histórica*[181], no tardó en provocar la reacción refleja –inscrita en las corrientes filosóficas iluministas– que supuso la historia *conjetural* o *filosófica,* a la manera de un Voltaire o de un Gibbon: «Quisiera descubrir –escribe Voltaire en sus *Essais*– cómo era entonces la sociedad de los hombres, cómo se vivía en el interior de las familias, cuáles eran las artes cultivadas, mejor que repetir tantos combates, funestos objetos de la historia y lugares comunes de la maldad humana».

La historia filosófica, esta que acabamos de esbozar, chocaría después con la historia llamada *erudita,* que no quiso tomar en cuenta aquellas «invenciones» de la historia «conjetural» a no ser para polemizar con ella[182]. Frente a sus construcciones especulativas, poco fundadas en la materia empírica, la escuela crítica de Mabillon (los monjes de Saint-Maur), al modo del romano Tito Livio, traerá un tipo de relato *secuencial* y de orientación *explicativa* y *causal,* en el que «los hechos se originen naturalmente unos de otros». Para entonces se había perdido aquel carácter inaugural (literario) de la historia como género. A medida que avanzaba, sin embargo, la pulsión *científica*[183], iría haciéndose más evidente la progresiva diferenciación de géneros entre *historia* y *literatura,* en especial –y dentro de ésta– la *novela*. La cual se alza, a partir de ahí, con el monopolio popular de la «evocación» y la «imaginación» de un pasado plagado de evidencias confusas, aunque operativas y eficientes desde el punto de vista colectivo, *míticas* y poéticas.

Con todo, a pesar de su esfuerzo por hacerse acreedora de *cientificidad* (bien a través de su vertiente estadística y comparativa, o ya mediante una escrupulosa tarea heurística, de crítica y depuración de fuentes), la historia parece con gran frecuencia seguir *cercana* a la literatura. O, al menos, su escritura resulta

inseparable del lenguaje *común* con el que se relatan las *experiencias* humanas, tanto si son «verdaderas» como «de ficción», ya sean «de excepción» o «cotidianas».

Carente, pues, de una terminología científica particular y propia (como en cambio sí poseen las ciencias sociales que le son próximas), «la historia es el menos técnico de todos los estudios», como decía el inglés Freeman en 1886. Por eso siguió experimentando una tensión extrema –una exigencia que los demás *saberes* no tienen que cumplir–, entre el *rigor* (la ciencia) y la *belleza* (la estética): «Ninguno de nosotros descubrió a Rembrandt sin ayuda», como recuerda Gombrich[184], pero apenas se nos dice cómo escribir sobre él. Cercana a la literatura como ningún otro saber, como ya viera Freeman, la vecindad entre ambos discursos (el literario y el histórico) obliga al historiador a dispensar a sus lectores un *plus* retórico, un suplemento estético[185]. Flaca ventaja pues, ya que el «que escribe de geometría no necesita gracia de estilo alguna»[186], pero la historia –escribió J. Le Goff–, «como cualquier tipo de ciencia, está íntimamente ligada a sus recursos expresivos»[187].

Por su parte, el filósofo pragmatista norteamericano Dewey había visto en todo *juicio* acerca de los acontecimientos (he ahí su concepto de historia) dos vertientes o aspectos: uno *espacial,* que daría lugar a la «descripción», y otro *temporal,* que sería el origen de la «narración». En la historiografía habría de prevalecer a su juicio el aspecto *narrativo,* puesto que la *continuidad* temporal comportaría una organización de los acontecimientos orientada necesariamente con un claro *sentido* y *dirección*.

Los historiadores tradicionales, en la polémica con los *cientifistas* sostenida décadas después, esgrimirían que el relato histórico era un sustitutivo (es claro que legítimo) de la prueba de la demostración, prueba que no podría aportarse sino a través de un uso –no sólo *razonado* sino *razonable*– de las fuentes: «La historia apunta a explicaciones que se aproximan a una verdad inverificable, y ellas mismas se encuentran sujetas al cambio continuo, que es el hecho indisputable acerca de la historia. Las propias explicaciones históricas forman una parte de la historia contada. Las normas de prueba aceptable en historia, por lo tanto, son las normas de probabilidad controladas por el experto conocimiento de la evidencia, y el relato histórico es en sí mismo lo más cercano a una prueba que el historiador puede obtener o proferir. Convence en la medida en que persuade a otros capaces de juzgar que él ha trabajado honradamente, y que la historia que narra tiene sentido a la luz de las fuentes disponibles, iluminadas por una cautelosa comprensión de las personas y sus probabilidades»[188].

En esa dirección, el filósofo Arthur C. Danto[189] elaboró una reflexión general que conduce, prácticamente, hacia el umbral mismo de la hermenéutica: «Nos

leemos unos a otros como libros; aprendemos unos de otros como una segunda lengua». Y, por eso, «justamente debido a este modelo comprendemos el pasado de los hombres». La *narración* contendría, de este modo, en sí misma implícita la *explicación,* pero debería aceptarse que la *comprensión* de las acciones no depende de leyes, sino del conocimiento *contextual*[190].

Michel Foucault inspira una identificación textual y contextual de la escritura de la historia[191] que se prolongará después en varias direcciones por otros muchos, ya sea incorporando la ideas puestas en juego por Hayden White[192], o mediante otros procederes, siempre dependientes de una fundamentación y alcance hermenéuticos[193]. A finales de 1989, un editorial de la revista *Annales* que fue muy comentado[194], reconocía la trascendencia general de los cambios que se estaban produciendo en relación con la filosofía de la ciencia, al parecer en vías de imponerse: «Como todo discurso científico –puede leerse allí–, la historia no produce sino comentarios, modelos de inteligibilidad». En lo que se refiere a los métodos a utilizar, desde estas perspectivas que implican la consideración de la historiografía como una indiscutible *ciencia de la interpretación*[195], resulta necesario prestar una atención particular al papel que desempeña el observador (analista y hermeneuta al tiempo), así como a los instrumentos que éste emplea en la elaboración del análisis o formación del juicio.

Al alcanzarse este punto, y desde él hasta hoy mismo, las posiciones de los historiadores han evolucionado a favor de la *hermenéutica* de modo decidido, y se han multiplicado las defensas de la capacidad cognitiva de la *narración*. Bien sea como contexto natural de producción de significados, o bien como estructura ontológica[196], la narración no es ya considerada por autores que, antes desapercibidos, se han hecho muy influyentes (Paul Ricoeur[197] o Michel de Certeau[198]) como una mera estructura lógica y temporal de los textos históricos[199], sino como una de las *condiciones fundamentales de la existencia humana*[200]; además de ser, naturalmente, la forma por excelencia de la «comprensión» y la herramienta que, en general, interpreta el lenguaje como una «forma de comunicación» en donde el receptor tiene un papel crucial. Porque es bien cierto que, «como lectores, tenemos que llegar a una conceptualización del texto como una posibilidad que, aunque no es real, afecta, cuestiona, y aún puede negar valores, juicios y visiones enteras del mundo real que llevamos como equipaje ideológico al empezar la lectura». Y porque «reflexionar sobre la experiencia de lectura del texto literario trae consigo el impulso, casi irresistible, de compartir la reflexión con otros»[201].

* * * * *

Las consecuencias inmediatas de algunas de estas posiciones teóricas, convertidas actualmente en grandes focos de atracción de especialistas de

diversos ámbitos, han sido detectadas con claridad por el microhistoriador Carlo Ginzburg, cuya preocupación esencial es reducir la *ambigüedad* derivada de la lectura de las fuentes, procurar elegir para ellas la *mejor* de esas lecturas y más adecuada de las interpretaciones plausibles[202]. A él me remito por el momento para dejar planteada una cuestión sobre la que después, por fuerza, he de volver: «Para muchos historiadores –escribió Ginzburg a principios de la década de 1990–, la noción de prueba está pasada de moda; así como la de verdad, a la cual está ligada por un vínculo histórico (y por lo tanto no necesario) muy fuerte. Las razones de esta devaluación son muchas, y no todas de orden intelectual. Una de ellas es, ciertamente, la exagerada fortuna que ha alcanzado a ambos lados del Atlántico, en Francia y en los Estados Unidos, el término "representación"»[203].

Entiende el propio Ginzburg que «el uso que del mismo se hace acaba creando, en muchos casos, alrededor del historiador un muro infranqueable. La fuente histórica tiende a ser examinada exclusivamente en tanto que fuente de sí misma (según el modo en que ha sido construida), y no de aquello de lo que se habla. Por decirlo con otras palabras, se analizan las fuentes (escritas, en imágenes, etc.) en tanto que testimonios de "representaciones" sociales; pero, al mismo tiempo, se rechaza como una imperdonable ingenuidad positivista la posibilidad de analizar las relaciones existentes entre estos testimonios y la realidad por ellos designada o representada».

La crítica de Ginzburg a esa situación queda así formulada: «Estas relaciones nunca son obvias: definirlas en términos de representación sí que sería ingenuo. Sabemos perfectamente que todo testimonio está construido según un código determinado: alcanzar la realidad histórica (o la realidad) es por definición imposible. Pero inferir de ello la incognoscibilidad de la realidad significa caer en una forma de escepticismo perezosamente radical, que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial, y contradictoria desde el punto de vista lógico. Como es bien sabido, la elección fundamental del escéptico no es sometida a la duda metódica que declara profesar»[204].

La *semiótica* en tanto, disgregando los textos[205], y el *análisis del discurso,* tratando de reconstruirlos a su vez[206], asumen la tarea de *leer los signos* presentes en las fuentes, en todas cuantas fuentes usa (o puede usar) el historiador y, antes que él, el sociólogo y el psicólogo social, pero también el historiador del arte[207]. Con todo, hay que reconocer que «el concepto de significado es tan abrumadoramente complejo como todos los que padecen las atenciones de la filosofía», pues «tan diversos y en apariencia heterogéneos son los sentidos, usos y significados de las palabras *significar* y *significado* que incluso se ha puesto en duda la integridad misma del "concepto de significado"»[208].

En una perspectiva relacional, como es frecuente hallar en los enfoques más extendidos hoy en las ciencias sociales, la atención se dirige hacia el momento *interactivo,* más que hacia el individuo propiamente dicho. Configuramos el significado y lo reelaboramos a medida que nos relacionamos e involucramos con otros, de modo que el significado es, siempre, *social*. Dicho de otra manera: nuestras acciones nunca son independientes, y adquieren su inteligibilidad en virtud de la implicación con los *otros*.

Enfocando los procesos de comunicación como una parte intrínseca de todo tipo de interacción social, desde las interpersonales a las internacionales, los actores sociales –viene a decirse– existen en función de esos mismos procesos de comunicación, y sólo a través de ellos se manifiestan y se desarrollan, se *construyen*. La *antropología lingüística,* que trabaja sobre una base etnográfica, estudia de este modo «la producción de relatos de las estructuras lingüísticas tal como aparecen en el seno de grupos humanos en un tiempo y espacio determinados». Esto significa que, quienes de tal se ocupan, «ven a los sujetos de su estudio, esto es, a los hablantes, en primer lugar y sobre todo, como actores sociales, es decir, como miembros de comunidades, singulares y atractivamente complejas, cada una de las cuales está articulada como un conjunto de instituciones sociales, y a través de una red de expectativas, creencias y valores morales no necesariamente superpuestos, pero sí entrecruzados»[209]. Las palabras mismas son, pues, acciones, y como tales acciones se convierten en unidades de análisis para el investigador.

Conviene todavía aclarar, como hace Alessandro Duranti, que «lo que distingue a los antropólogos lingüísticos de otros estudiosos del lenguaje no es sólo el interés por el uso del lenguaje» –perspectiva que comparten, entre otros, dialectólogos y sociolingüistas–, «sino su visión del lenguaje como un conjunto de estrategias simbólicas que forman parte del tejido social y de la representación individual de mundos posibles o reales». Ello les permite «abordar de manera innovadora algunos de los temas y asuntos que constituyen el núcleo de la investigación antropológica, como las políticas de la representación, la constitución de la autoridad, la legitimación del poder y de las bases culturales del racismo y del conflicto étnico, el proceso de socialización, la construcción cultural de la persona (o del individuo), las políticas de la emoción, la relación entre la acción ritual y las formas de control social, el dominio específico del conocimiento y la cognición, el hecho artístico y las políticas de consumo estético, el contacto cultural y el cambio social».

El *análisis del contenido,* a su vez, inscrito en perspectivas que pueden ser complejas y sofisticadas, parte de la estadística en su modo de hacer, aunque haya también modos cualitativos de operar, y así se reconoce. Tomado de las ciencias

sociales, en especial de la sociología[210], el análisis del discurso llegó también –aunque en menor medida– a la historiografía, para ocuparse de la investigación cuantitativa y *sistemática* de las palabras, ideas o temas que se repiten en un texto concreto o series de textos. En fin, la convergencia de la *teoría crítica* contemporánea y los ordenadores, con sus nuevos soportes y algunas de sus posibilidades para el análisis historiográfico, han ofrecido ese modo de clasificación tipológica que es en definitiva el *«hipertexto»*[211].

Desbordando todo este horizonte, queda a las puertas de la historiografía alguna de las últimas corrientes epistemológicas, como podría ser el enfoque *fractal*. Su inserción en las ciencias sociales (las cuales han desplegado abundantemente, en las décadas inmediatamente anteriores a la nuestra, el potencial completo de la cuantificación) va abriéndose camino no sin dificultad, pero apuntando nítida[212]. Para la historia, que en este punto –como en otros muchos– camina todavía más despacio, las cosas no han hecho posiblemente más que empezar en esta dirección[213]. Podría encajar aquí también la nueva física esbozada por Ilya Prigogine, que inicia una reconsideración del *tiempo* (el tiempo como «flecha») contra la idea prevaleciente en la mecánica clásica, en parte recogiendo la manera en que el asunto fue planteado en la filosofía de Bergson[214]. Asociando esa flecha del tiempo con la inestabilidad dinámica, entiende aquel autor que la coherencia y estabilidad macroscópicas son sólo el resultado, la apariencia visible, de la inestabilidad dinámica existente en el nivel microscópico. De ahí que pueda decirse que el orden (exterior) surge del caos (interno), lo cual convierte al mundo en algo mucho más complejo, caótico e inestable de lo que, ingenuamente habíamos creído.

En el replanteamiento de conceptos que exige el marco teórico, el de *tiempo* tendría un lugar principal. Concebido como «nuestra dimensión existencial fundamental», resultaría que hechos en apariencia insignificantes podrían cambiar la marcha de la historia, tal como antiguos planteamientos en historiografía pretendían: la «nariz de Cleopatra» tendría su justificación aquí, por fin. *Paradoja,* de nuevo, ésta del tiempo. Mas siempre paradoja *creadora,* llegada por sorpresa y capaz de transformar, con movimientos mínimos y casi imperceptibles, la *realidad*. «Lo real es discontinuo», afirmó por su parte Alain Robbe-Grillet. Es decir, «formado por elementos únicos, yuxtapuestos sin razón, y tanto más difíciles de retener por cuanto surgen de modo sin cesar imprevisto, fuera de propósito, aleatorio»[215]. Pero el mundo social –contraargumenta en su posición *estructuralista* y *constructivista* Pierre Bourdieu– contiene, en él inscritas y *precodificadas,* «todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del yo».

No son las de Bourdieu o las de Giddens sin embargo, ni las de quienes piensen como cualquiera de ellos, las visiones sincréticas del mundo que van prevaleciendo en las ciencias humanas y sociales del cambio del milenio, a pesar de su indudable preeminencia anterior. Volviendo, pues, hasta los precursores del pensamiento *débil,* recordemos que Simmel sostenía que «para el ojo adecuadamente educado, cualquier punto particular irradia la belleza total, el significado total del mundo en su conjunto». Desde esta perspectiva, «el fin de nuestros pensamientos es descubrir lo que de inmutable y fidedigno hay tras las apariencias efímeras y la corriente de los acontecimientos»[216] y transmitirlo a los demás.

* * * * *

La relación estrecha de la *lingüística* con las ciencias sociales, en general, se había estratificado y sedimentado a través del *estructuralismo:* Saussure, Trubetzkoy, Jakobson –deudores a su vez de la revolución en la filosofía del lenguaje que, desbordando las preocupaciones ilustradas[217], desencadena L. Wittgenstein– forjan la conexión[218]. De ahí arrancará el esfuerzo de Quentin Skinner, que combina elementos de la teoría de los *actos del habla* procedentes de Austin, de Strawson y de Searle[219], propugnando una interpretación de los significados del lenguaje eminentemente *contextual.* Según la misma, nuestra comprensión de un texto dependerá de la capacidad para desentrañar su fuerza ilocucionaria, y ésta se hallará siempre en relación con el entero universo en el que actúa.

Para Noam Chomsky, en cambio, la búsqueda de las *leyes fundamentales* que rigen las actuaciones verbales (pues su enfoque es decididamente estructural) exigiría una recomposición fundamental de las ciencias sociales, construidas sobre malentendidos en parte sustancial[220]. «La conclusión más espectacular que extrae Chomsky de su trabajo en lingüística es que sus resultados reivindican las afirmaciones de los filósofos racionalistas del siglo XVII», como recuerda John Searle –Descartes, Leibniz y otros–, «de que hay ideas innatas en la mente. Los racionalistas afirman que el conocimiento que los seres humanos poseen no se deriva de la experiencia, sino que es anterior a toda experiencia y determina la forma del conocimiento que puede obtenerse a través de la experiencia». Para los empiristas, en cambio, todo el conocimiento viene de la experiencia. «En sus momentos de mayor brusquedad, Chomsky afirma haber refutado a los empiristas y reivindicado a los racionalistas.»[221]

En paralelo, Claude Lévi-Strauss, en Francia, realizaría una trasposición formal del método de la lingüística a la antropología, que centrará en hallar los elementos de *significación* forzosamente integrados en *sistemas,* cuya naturaleza se explicita a través de unas determinadas *relaciones*[222]. En su obra *La pensée*

sauvage, Lévi-Strauss considera que la explicación científica no consiste, como podría pensarse, en la reducción de lo complejo a lo simple, sino en sustituir por una complejidad más inteligible otra que lo es menos. [Recuérdese, en este punto, lo dicho a propósito de este asunto por E. Morin.]

Importa, por lo tanto, al investigador llegar a conocer aquellas *relaciones* más que los sistemas mismos, una vez que «detrás de los sistemas concretos, geográficamente localizados, y evolucionando a través del tiempo, se encuentran relaciones más sencillas que aquéllos, y que permiten todas las transiciones y todas las adaptaciones»[223]. En cualquier caso, más que la empiria, importaría siempre la construcción de *modelos* operativos para captar la realidad[224].

De esta manera, el historiador que venga a ser captado por el estructuralismo debe afrontar un tratamiento del *acontecimiento* de orden *diferencial,* reintroducirlo en su dimensión más profunda de *significación* y de *correspondencia simbólica,* cuyas discontinuidades con el nivel de *apariencia* habrán de ser salvadas gracias al esfuerzo de objetivación que corresponde, como tarea propia, al mismo investigador. El elemento *dado* se convierte en *signo* dentro de un *sistema de relaciones simbólicamente elaborado,* cargándose así de los *significados* que la propia estructura le confiere: «Toda imagen es polisémica –opinó Roland Barthes–, toda imagen implica, subyacente a sus significantes, una cadena flotante de significados, de la que el lector se permite seleccionar unos determinados e ignorar todos los demás»[225].

El estructuralismo contaba con haber derrotado definitivamente a la retórica mediante la imposición de unas categorías anónimas, y a base de contrarrestar el tiempo lineal de la narración con su concepto de temporalidad (la *longue durée*, en el caso de la escuela francesa)[226]. Pero este intento de desbaratamiento del *relato en historiografía* no ha conseguido prosperar más que por corto tiempo, y no lo ha conseguido aún en todo lugar. Ha logrado, eso sí, introducir reflexiones –y muchas dudas– en torno a eso que François Furet llamó «épistemologie de l'émiettement», del *desmigajamiento*[227]. Los *Annales*, considerados como «*algo más que una revista y menos que una doctrina*» –como él mismo dijera–, habían contribuido extensamente a conseguir la multiplicación de objetivos y métodos. En palabras de un «annalista» como el propio Furet, que se volvió extraordinariamente crítico con la escuela de la que procedía, después de haber sido un entusiasta historiador *serial*, la cuestión es ésta: «En lugar de facilitar la unidad intelectual, los préstamos tomados por la historia a las ciencias sociales no hacen sino añadir diversidad a la disciplina, dándole una elasticidad casi infinita en sus curiosidades, así como la posibilidad de un eclecticismo metodológico que no constituye garantía automática de incremento alguno de conocimiento»[228]. De hecho, los préstamos ni siquiera habían propiciado –eso era acaso lo peor–,

una indagación sobre el *lenguaje de la historiografía* que permitiera, al fin, procurar la unidad.

En su conjunto, nos ofrece esta perspectiva contundente una toma de posiciones firme contra el historicismo, pero también contra el funcionalismo, el formalismo, el empirismo neopositivista y el pragmatismo, en general[229]. Libraría una extensa y larguísima batalla en cierto modo prolongada por esa «nueva antropología» que mira hacia los textos con gran preocupación. Clifford Geertz, el antropólogo más citado y difundido fuera del gremio estricto al que pertenece, insistía sin embargo todavía en la relación estrecha que existe entre «significados» culturales y contextos relacionales[230]. «¿Qué es la historia, a fin de cuentas?» –se pregunta el ensayista y crítico Greil Marcus– «¿Simplemente una cuestión de acontecimientos», o también «el resultado de algunos momentos que parecen no dejar nada detrás, nada excepto el misterio de espectrales relaciones entre personas separadas por una gran distancia espacial y temporal, pero que de algún modo hablan el mismo lenguaje?»[231].

De una manera u otra, una importante vía de conexión entre la historiografía y la lingüística ha sido aportada por la denominada *posmodernidad*[232], y por sus formulaciones propias en cuanto a la filosofía del lenguaje y la textualidad[233]. Husserl y Wittgenstein constituyen los patrones filosóficos de las escuelas del *significado,* de *la recepción* y *la representación*[234], una corriente avivada en Francia por el historiador de la cultura Roger Chartier.

Nadie osa ya, prácticamente, prescindir del *lector*. Es éste el que «consume», «recrea» y «redacta» nuevamente el texto, al hacerlo confluir con otros de su propia *experiencia,* tanto *vivida* directamente –esa experiencia– como científica y literaria[235]. Cada nuevo lector construye un nuevo texto, y «los nuevos significados de esos textos nuevos», escribe D. F. McKenzie, «son una función de su nueva forma»[236]. Como había escrito Borges, «el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio». El mejor *descodificador* de un texto dado sería, finalmente, aquel lector que atinase a lograr el mayor grado de conciliación posible entre *su* propio horizonte y el que va contenido *en el texto mismo.*

En cualquier caso, la hermenéutica da por descontado, como dice Gadamer, que «los textos hablan». Y al investigador le corresponde *leer* y *descifrar*[237]. La importancia creciente de la filosofía hermenéutica, su refrescada capacidad de seducción, han contribuido al éxito de toda una gama amplia de posiciones que se alinean a favor de sus postulados en la propia disciplina de la historia. El mismo Gadamer expresa con acierto esa atracción: «Cuando uno quiere contribuir a la reflexión como un historiador que filosofa, es enviado a los orígenes de la cultura, es decir, a los hechos básicos, como son la palabra y el lenguaje»[238].

La pendiente puede conducir hacia la hipóstasis de la textualidad, y como ironiza el filósofo neopragmatista Richard Rorty, si «en el siglo pasado [por el XIX] hubo filósofos que mantenían que todo cuanto había eran ideas», lo cierto es que en el XX «hay autores que escriben como si no hubiera otra cosa que textos». Entre esos autores identifica a los críticos literarios Paul de Man y Harold Bloom, o a los filósofos Derrida y Foucault. Pero también al historiador Hayden White y al antropólogo Paul Rabinow[239]. Para Rorty, tales autores serían una adaptación de los idealistas propios del XIX a nuestra época, sus «descendientes espirituales». Porque, si «no hay nada fuera del texto» –como sostiene también el francés Jacques Derrida–, ello constituye una propuesta para incitar a abandonar la idea de verdad como *correspondencia,* la del lenguaje como *descripción* o la de literatura como *imitación*. Si no es alcanzable el desvelamiento *real* de la verdad, nada puede extrañarnos el intento de desembarazarse de la idea de lenguaje como conato de representación de algo que *no es* lingüístico, estrictamente. Por su parte, lo cierto es que Derrida «anda buscando –son palabras de Rorty– una manera de decir algo del lenguaje que no traiga consigo la idea de "signo", "representación" o "suplemento". Su solución apela a nociones como *huella*»[240].

Sin embargo, no es ninguna de éstas en Europa, me atrevo a suponer, la posición mayoritaria entre los historiadores; pero eso no quiere decir que el apunte no ofrezca direcciones de alarma o interés. Reinhart Koselleck, por ejemplo –constructor de una *historia de los conceptos* que no quiere estorbar de lleno a la *Sozialgeschichte* alemana–[241], conviene en advertir que «sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos», y sostiene que las «experiencias que se adquieren desde ellos no se podrían interpretar sin lenguaje». Pero advierte también que «ni los acontecimientos ni las experiencias se agotan en su articulación lingüística», pues «en cada acontecimiento entran a formar parte numerosos factores extralingüísticos, y hay estratos de experiencia que se sustraen a la comprobación lingüística. La mayoría de las condiciones extralingüísticas de todos los sucesos, los datos, instituciones y modos de comportamiento naturales y materiales, quedan remitidos a la mediación lingüística para ser eficaces. Pero no se funden con ella»[242].

Con todo, queda patente en esta última perspectiva un fuerte peso del marco estructural. De hecho, a principios de los años noventa detectaba Peter Schöttler una tendencia en la *Begriffsgeschichte,* o historia de los conceptos, «que va más allá de trazar la genealogía de conceptos individuales y tiende al estudio sistemático del lenguaje o, mejor aún, del discurso»[243].

La conexión estrecha entre filosofía y lingüística ha servido de telón de fondo a este viraje de atención al lenguaje, el más decisivo hasta ahora de la reciente

historiografía. Su estrecha relación con la denominada «crítica literaria» *(literary criticism),* con cuyos cultivadores suelen convivir mucho más íntimamente los historiadores norteamericanos que lo que viene a ser normal en las universidades europeas, ha contribuido a sellar la dependencia[244]. La respuesta de los descontentos, en contrapartida, no se ha hecho esperar[245]. Pero, como Raphael Samuel vio de modo certero, las cosas no han ido realmente demasiado más lejos, si nos fijamos no en unas excepciones (o en un contexto de producción concreto, el norteamericano) y si, en cambio, pensamos en la mayoría de la profesión. En el fondo, seguramente «la tendencia deconstruccionista del pensamiento contemporáneo es mucho menos iconoclasta de lo que parece»[246], y no ha logrado aún despejar en la mayoría de los historiadores su confianza, incluso matizada, en que se hallan (en que nos hallamos) siempre *a punto* de alcanzar la *verdad*.

No valdría engañarse, por lo tanto, con la esperanza (o el temor, en su caso) de encontrar procederes realmente radicales en masa. Tampoco aquí podría, a ciencia cierta, sostenerse que todo lo aparecido sea por completo, radicalmente, *nuevo*[247]. Pero sí hay ciertamente un interés creciente en la historiografía por los textos y su *naturaleza,* interés que vendría manifiesto en la insistencia de ciertos historiadores en resaltar la *discontinuidad* (o incluso la fragmentariedad) y la *transitoriedad* de los procesos, a la busca de claves metadisciplinares[248]. Rasgos de esa inquietud, acaso trasladada mediante el reconocimiento de que existe en las fuentes una irresistible *opacidad*[249]*,* no son ni mucho menos –insisto en ello– del todo nuevos: «En la realidad misma –escribió Simmel en 1900–, las cosas no duran un periodo de tiempo: en virtud de la desazón con que se ofrecen en todo momento a la aplicación de una ley, todas las formas se disuelven en el momento preciso en que surgen; viven, por así decir, exclusivamente gracias a su destrucción; toda consolidación de una forma en objeto duradero –por poco que dure– es una interpretación incompleta que no puede seguir el movimiento de la realidad a su propio ritmo»[250].

Desde una constelación emergente como es esta a la que nos estamos refiriendo, profundamente revolucionada en sus bases filosóficas y lingüísticas, es desde donde precisa enfocarse la controvertida cuestión de la «vuelta de la *narración*» a la historiografía[251]. «Nuestra tarea más básica como historiadores –vuelvo a citar a Spiegel– es inducir a esas fragmentadas narrativas internas [...] a emerger de sus silencios. En el análisis final, ¿qué es el pasado sino una experiencia otrora material, ahora silenciada, que sobrevive únicamente como signo, y como signo que atrae hacia sí cadenas de interpretaciones opuestas que se ciernen sobre su presencia ausente, y que compiten por la posesión de las reliquias, intentando imprimir huellas de significado al cuerpo de los muertos?»[252]

Volviendo ahora a Koselleck, éste asegura algo que, en todo este conjunto de perspectivas, se manifiesta como fundamental: «Que se consideren o no los factores lingüísticos es decisivo para el tipo y la reproducción de la historia pasada. Ya a causa de esta elección previa, ningún informe sobre el pasado puede comprender todo lo que fue o sucedió en otro tiempo. Dicho de forma general: lenguaje e historia permanecen remitidos mutamente sin llegar a coincidir»[253]. Conviene tener en cuenta, por tanto, siempre, que detrás de toda teoría del lenguaje se encuentra algún tipo de reflexión sobre el *sujeto*.

Ya se vea el lenguaje en términos de representación «conceptual» (es decir, como instrumento para representar el pensamiento, a la manera de Chomsky y la gramática generativa), o bien se subraye el carácter «comunicativo» del lenguaje (como piensan otros muchos, después de Benveniste), siempre hay una teoría del sujeto detrás de las especulaciones sobre el lenguaje. Hoy se potencia, es claro, indagar en la experiencia individual de los sujetos y su carácter único e irrepetible, su irreductibilidad[254]. La víctima estruendosa de todo este proceso de desmoronamiento *postestructuralista* es, por supuesto, el sujeto *social*[255].

A principios de los años noventa recordaba Gabrielle Spiegel, citando a Nancy Partner, cómo hasta poco antes la escritura de la historia dependía de un concepto del lenguaje que «afirma[ba] sin vacilar la realidad externa del mundo, su inteligibilidad en forma de ideas, conceptos, fenómenos u otras formas mentales y una conexión directa entre lo mental y los signos verbales»[256]. Sin embargo, «el postestructuralismo ha hecho añicos esta presunción de la relación entre las palabras y las cosas, el lenguaje y la realidad extralingüística», considerando que el lenguaje constituye «la auténtica estructura de la vida mental» y que «el metalenguaje nunca puede permanecer fuera de sí mismo para observar una realidad externa». El lenguaje es intransitivo, sólo se explica a sí mismo, y ello conlleva la puesta en cuestión de la capacidad de la historia para «explicar» realidades. La noción del *pasado* como objeto posible de investigación queda, así, negada de raíz.

De la lingüística ha llegado a la historiografía en última instancia un reto decisivo, el que viene denominado como *giro lingüístico* («linguistic turn»). Sus practicantes más radicales consideran el lenguaje como un sistema cerrado de signos, de cuyas relaciones se deriva el *significado*. La construcción del *sentido* aparece por tanto, en una perspectiva que es fuertemente determinista, desligada de toda *intencionalidad* del sujeto, o de todo *control subjetivo,* al encontrarse asignada a un funcionamiento del lenguaje que es automático e impersonal. La *realidad,* entonces, queda constituida *por* y *en* el lenguaje, en él va contenida y formalizada –es, si así se prefiere, «construida»– a través de su uso, y, por lo

tanto, no puede ser *pensada,* a partir de ese convencimiento básico, como si fuese una referencia *objetiva,* exterior al discurso[257].

Cosa distinta, sin embargo, es sostener que la realidad se *expresa* a través del lenguaje (de los *lenguajes,* vale mejor decir), y nunca puede hacerlo de ninguna otra manera. Quienes tal cosa afirman no encontrarán obstáculo en seguir manejando el concepto de *«mediación»* puesto en circulación por la Escuela de Frankfurt (Theodor Adorno), y que había definido el inglés Raymond Williams como «una conexión o intervención indirecta entre formas separadas de actos»[258]. Gabrielle Spiegel, que también utiliza el concepto, afirma que «esta definición sirve tanto para la operación de mediación en el pasado (por ejemplo, cuando está incorporada en un discurso que se abre entre un mundo social y la conciencia literaria o discursiva de su propia naturaleza), como para los análisis históricos que asumimos de ese mundo, permitiéndonos a los historiadores abarcar la experiencia histórica a través de la experiencia lingüística, ya sea literaria o documental, por la que llegamos a conocer y comprender el pasado». Pero, a su vez, «el aspecto crítico de la noción clásica de mediación es que mantiene analíticamente separados los fenómenos duales que al mismo tiempo intenta relacionar, y que funciona, por tanto, como un término medio que se interpone *entre* dos ámbitos de investigación desiguales, aunque analíticamente relacionables».

Sin embargo, un uso más reciente *(constructivista)* del concepto de *mediación* insistiría en que «más que funcionar como un término medio que relaciona dos órdenes fenoménicos disgregados de los que se mantiene aparte, la mediación es intrínseca a la existencia y funcionamiento de la realidad que ella produce activamente». De esta manera, «al estudiar la historia, lo que estudiamos son las prácticas mediatizadoras de épocas pasadas (discursos, en efecto, vistos desde hoy) que, entonces como ahora, construyeron *todo ser* y *conciencia*. Además, la naturaleza operativa de tales discursos –preservada así y a nuestra disposición sólo en textos de naturaleza de literato, aunque no precisamente literaria– impide nuestro acceso a cualquier realidad que no sean los códigos inscritos en tales textos».

Bien sea con un concepto u otro de *mediación,* el lenguaje es por definición el que hace de intermediario entre el mundo que habitamos y nuestro conocimiento de él. Pero una de las características del *linguistic turn* ha sido, en cambio, remplazar la noción clásica de mediación por otra más opaca, socavando la confianza en la capacidad instrumental del lenguaje para transmitir información sobre ese mundo[259]. De una manera u otra, en cualquier caso, el lenguaje se erige en objeto prioritario de indagación.

Eludirlo, argumentan quienes en él reparan, no vale sino para añadir confusión, pues la elusión nunca producirá conocimiento: «Mientras ocurre y después de suceder –vuelve a decir Koselleck–, cualquier historia es algo diferente a lo que nos puede proporcionar su articulación lingüística. Pero ese algo diferente sólo puede hacerse cognoscible por medio del lenguaje». Tendríamos así, forzosamente, que a pesar de que «la reflexión sobre el lenguaje histórico, sobre los actos lingüísticos que ayudan a fundar los acontecimientos o que constituyen una narración histórica, no pueden reclamar una prioridad objetiva frente a las historias a las que ayuda a tematizar», lo cierto es que «a la reflexión lingüística le corresponde una prioridad teórica, además de metodológica, frente a todos los sucesos y frente a la historia». Puesto que (y aquí estaría la clave de tal preeminencia) «las condiciones y factores extralingüísticos que entran a formar parte de la historia *solo se pueden comprender lingüísticamente*»[260].

No obstante, son muchos los que también sostienen, ponderando el contexto social y político en el que los textos son producidos, que «el lenguaje mismo adquiere significado y autoridad sólo en marcos sociales e históricos específicos», y que «si bien las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales estructuran el lenguaje»[261]. En esta posición, para alguien como Spiegel, «sólo reconociendo el carácter irreductiblemente semiótico de nuestra práctica histórica podemos responder al desafío que la semiótica le ha planteado a la historiografía tradicional. Pero una concepción semiótica del lenguaje no nos compromete a una creencia en el carácter intransitivamente autorreflexivo de *todos* los actos y artefactos lingüísticos [...], y al admitir la fuerza de las concepciones semióticas del lenguaje, no tenemos que aceptar necesariamente el giro derridadiano que la deconstrucción sitúa sobre él»[262].

Desde la perspectiva más radicalizada resulta, sin embargo, que las operaciones historiográficas (incluso las mejor fundadas) se hallarían de hecho sin objeto, no tendrían verdaderamente ninguna razón de ser. Ni servirá la distinción formal entre *texto* y *contexto,* ni habrá expresión *simbólica* remitida a una genérica *realidad social,* ni se separará el *discurso* de las supuestas *prácticas* que lo contienen. La historia, reconocida como una *fiction-making operation* por Hayden White, no sería ya más que una manera de conocimiento no más «verdadera» que lo es la literatura.

Sería así totalmente impertinente tratar de diferenciar las obras diversas de los historiadores por sus criterios epistemológicos o por sus fundamentos de cientificidad. Ninguno de sus tipos de *relato* posibles podría, en definitiva, proporcionar cantidades mayores de *verdad* que otro, ninguna de las reconstrucciones historiográficas serviría a otro objeto que el de la propia *literalidad*. En opinión de White, los únicos principios de diferenciación operan

en función de las propiedades *formales* de los discursos historiográficos, y en torno a ellas se organiza su jerarquización en diferentes categorías o subgéneros[263]. Otras fórmulas de escepticismo *débil* –más débil que el de White–, de vocación lingüística y semiótica también, atentas a las implicaciones de la construcción simbólica y la fragmentación, tienen su punto de arranque en la hermenéutica que proponía Geertz. Ya no interesaría «arreglar este enredo», sino tan solo saber qué «significa este fermento»[264].

Compartiendo un escepticismo ya antiguo respecto a cualquier procedimiento gnoseológico de inspiración estrictamente cientifista, algunos filósofos *modernistas* de principios del XX, en Centroeuropa, depositaban en la experiencia estética –o llanamente en la experiencia «individual», la *lección de la vida*– una extraordinaria confianza en cuanto a su validez cognoscitiva. La ciencia contemporánea, según Georg Simmel[265], se halla «siempre en el camino hacia la unidad absoluta de la concepción del mundo, pero nunca puede alcanzarla; independientemente del punto del que parta, siempre requiere un salto desde ese punto a otro modo de pensamiento –de carácter religioso, moral o estético– para ampliar e integrar la naturaleza inevitablemente fragmentaria de sus resultados en una unidad completa».

La vía *intuitiva* en cambio[266] llega al grado más alto de conocimiento, manteniendo en su centro los indicios de una espontánea *significación* que aspira (aun a pesar de su fragmentariedad) a ser significativamente completa: *«Cada momento de la vida* –escribe Simmel– *es la totalidad de la vida»*[267]. Aun así, la unidad del estudio no radica en una supuesta globalidad de la percepción, sino en «la posibilidad de encontrar en cada uno de los detalles de la vida la totalidad de su significado»[268].

Con todo este bagaje de elementos, no necesariamente compatibles entre sí –atendiendo al rigor filosófico–, se forjarán las *muy nuevas* preguntas a las que se obligan a responder quienes se adentran por el extenso campo de las nuevas corrientes de la historiografía. Una nueva extensión que engloba por completo la hermenéutica, reconstruyendo *lo viejo* para, con ingredientes muy sofisticados, convertirlo en *novísimo* o, al menos, presentarlo como tal[269]. La hermenéutica de Ricoeur (que recoge a Heidegger y Gadamer, mas separándose de ellos en muchos aspectos) no desprecia el análisis de textos, sino que al contrario, lo sitúa en el punto de partida, como clave hermenéutica que es. Así, la *«comprensión»* es comprensión de la existencia, en la forma casi dialéctica de conexión entre la *«pertenencia»* (una especie de «realidad vivida») y la *«distancia»* (la «puesta entre paréntesis»). Y la *«interpretación»* no es, del mismo modo, la inserción de una subjetividad en un contexto objetivo, ni el producto de una inmersión (empática o simpática) que permita entender las acciones ajenas, sino que se

dirige a recobrar (poner *al descubierto*) el mundo mismo, a destapar la realidad desvelando sus significados[270].

Rescatando el concepto diltheyano de *«Zusammenhang des Lebens»* (el encadenamiento o conexión de una vida con su entorno), apuesta finalmente Paul Ricoeur[271] por indagar los rasgos, entre sí combinados, de *permanencia* y *cambio*: es el *relato,* precisamente, el que «lleva a cabo su *mediación* en este punto»[272]. A su vez, recogiendo literalmente a Dilthey, escribe Gadamer que «como las letras de una palabra, la vida y la historia poseen un significado»[273], y él mismo destaca el carácter innovador de su propuesta, la ruptura que abría en la hermenéutica tradicional. Prácticamente ahí se encuentra hoy el debate sin embargo, donde lo dejó Dilthey, aunque venga investido de una sofisticación y una complejidad incomparables. Ayuda, obviamente, tener esto en cuenta a la hora de enfrentarse al empeño de quienes como el francés Ricoeur se aplican a mostrar la superioridad de la hermenéutica sobre cualquiera de los enfoques que tratan del lenguaje y, a su vez, la adecuación de aquella a nuestro objeto[274].

Nuevos enfoques y nuevos lenguajes

Quienes trataban de oponerse a que prosperara la relación entre historia y ciencias sociales pudieron resistir en sus bastiones, pero no consiguieron evitar que la disciplina de la historia se transformara en profundidad. Entendida como un campo *intelectual* específico, la historiografía cuenta hoy con un repertorio muy amplio de posibilidades, de modos variados de ejercer el oficio. Esa variedad acarrea conflictos y dificultades de identidad disciplinar, pero éstos no han sido suficientes para desgarrarla y romperla en pedazos. Cosa distinta es que del cruce con alguna ciencia social se hayan derivado *subdisciplinas,* como la *demografía histórica,* con forma propia y diferenciada, por ejemplo, y una tradición académica fructífera[275].

La variedad que ofrece el campo de la historia obedece en gran parte a su interés y curiosidad por acercarse a las materias colindantes. Pero se ha visto multiplicada a lo largo del tiempo por las variaciones internas que las otras materias han ido sufriendo hasta llegar aquí. De hecho, transformaciones o tendencias que no han sido infrecuentes a lo largo del desarrollo histórico y disciplinar de las ciencias sociales se presentan ahora, desde hace un par de décadas, con mucha fuerza en nuestro campo propio.

La «crisis de identidad» de la que se ha venido hablando en los últimos años, un tanto malinterpretada por no tener en cuenta su procedencia *americana* (y las especificidades de este contexto frente a los del continente europeo), puede seguirse en la revista *History and Theory* desde 1961 en adelante[276]. Allí tienen cabida especialistas de otras disciplinas (pues los editores han querido mirar

desde éstas la evolución de la nuestra propia), que junto a distintos historiadores han ido tratando de explorar la aplicación de métodos y el sensible viraje de los enfoques[277]. No hemos de registrar aquí la línea continua de ese trayecto, ni me complace acoger la preocupación de los historiadores tradicionales por salirles al paso (entre otras cosas por ser tan dependiente esa actitud, cuando aparece entre nosotros, de exageradas influencias externas) para «reconstruir» de manera unitaria el campo de la *ciencia histórica,* bien sea volviendo a Ranke y restableciendo el *canon* nacional, o bien rescatando la añeja *historia de las ideas* sin ingredientes de tipo social.

Por el momento, es escasa la atención prestada al esfuerzo teórico para hacer frente a la *deconstrucción* y la defensa de la *narratividad,* proceso insuficientemente representado en nuestra disciplina. Discutir con fortuna el *giro lingüístico* exige más recursos, probablemente, de los que todavía están a nuestra disposición[278]. Tampoco está en mi ánimo el tratar de conciliar –con razón o sin ella– una parte de las corrientes últimas y hallazgos más recientes, los menos conflictivos, con lo que resta aún vivo del materialismo histórico. Planteado este último de un modo militante, acaso no tendría sentido la operación[279]. Pero por más que sea amplio actualmente el capítulo de *fuentes,* y variado el modo de proceder a su manipulación, no serán infinitas las respuestas que es aceptable (e incluso *lícito*) exigirle a un historiador. No todo vale, efectivamente, al atacar el catálogo de temas y preguntas planteados, por cambiante que sea éste y por heterogéneo. En lo que se conoce como *círculo hermenéutico* (es decir, el total de las respuestas historiográficas que es plausible ofrecer) queda encerrado finalmente el repertorio disponible.

El concepto de *verdad* es el principio esencial que se halla en tela de juicio en la mayoría de los supuestos cognitivos nuevos, con el avance cierto de enfoques *norealistas* y *antiobjetivistas,* en especial aquellos que, bajo la etiqueta de «deconstruccionismo», haría relativamente populares el francés Jacques Derrida. Pero también prosperan las aproximaciones filosóficas de orden «pragmatista», aquellas que resuelven que es *verdadero* tan sólo aquello que «mejor sirva para orientarnos», lo que «mejor se adapte a la vida [corriente] y mejor se combine con el conjunto de las demandas de la experiencia, sin omitir nada»[280].

La secuencia, ya larga, de contactos diversos se ha traducido en el contagio o en la importación de muchas de las modas, de los debates internos y los problemas teóricos que han afectado al resto de disciplinas, aquellos que conforman su específico modo de enfrentarse al *cambio* y la *innovación*. Entender lo acaecido con la antropología (su *giro posmoderno,* su progresiva inclinación *escéptica* y el hecho de que plantee, de modo radical, el peso *subjetivo* del etnógrafo en la operación básica, la *observación*), dar cuenta suficiente de sus peripecias y su

afán genuino por depurar al máximo el modo de transmitir sus resultados prácticos a través del lenguaje y la *textualidad,* todo eso es primordial para tratar de situar lo que aquí nos importa.

No todas las acepciones filosóficas del término *posmoderno,* por otra parte, ni todos los sistemas de pensamiento a que remite la crítica global de la deconstrucción afrontan el concepto de *verdad* de la misma manera[281]. Sólo en la *«negación* de *todo lo anterior»* se reconoce, en fin, la trayectoria errática de aquella flecha que Nietzsche disparara. Representa por tanto la posmodernidad una quiebra ontológica que avanza desigual, pero implacablemente[282], y que incide de lleno en la actitud concreta de cuantos pensadores científico-sociales se confiesan náufragos frente al conocimiento que practican: «Toma cuerpo la idea de que no hay hechos, sino interpretaciones», advierte Balandier. Y cunde la sospecha de que la sempiterna, casi instintiva, pretensión de alcanzar la verdad es, para más de uno, «una especie de abuso»[283].

* * * * *

«El retorno de la literatura –escribía David Harlan en 1989– ha sumido a los estudios históricos en una extendida crisis epistemológica. Ha cuestionado nuestra creencia en un pasado inmóvil y determinable, ha comprometido la posibilidad de la representación histórica y ha socavado nuestra habilidad para ubicarnos a nosotros mismos en el tiempo»[284]. Harlan quería expresar, al decir esto, cómo la renovada conexión entre literatura e historia que arraigaba en los denominados *Cultural Studies* estadounidenses había permitido se aflojaran los lazos de la tensión científica que, en las décadas previas, habían dominado[285]. Pero la conexión entre *literatura* y *antropología* es previa al acercamiento entre crítica literaria e historia, y los «estudios culturales» deben mucho también, como es sabido, en su constitución formal, en su alcance y perspectivas, a las diversas acepciones antropológicas del concepto de *cultura.*

Habiendo arrancado de la antropología esa oleada o tendencia *interpretativa* que pone en cuestión la verdad del científico[286], se hace también más ancha cada día la franja de sus cultivadores instalados en el campo de la historia (especialmente en Norteamérica), y cada día más investigadores quedan contagiados por el escepticismo, mayor parece ser el número de los ganados por el empeño *desmitificador:* «Ni la experiencia ni la actividad interpretativa del investigador científico se pueden considerar inocentes», escribe James Clifford[287], uno más de quienes se aplican a mostrar, con sus objetos de investigación, cuánta razón puedan encerrar sus palabras. Radical en sus planteamientos, «la antropología interpretativa –escribe Clifford–, al mirar a las culturas como ensamblados de textos unidos, vaga y a veces contradictoriamente, y al subrayar la *poiesis* inventiva que opera en todas las representaciones

colectivas, ha contribuido significativamente a la desfamiliarización de la autoridad etnográfica».

Importa percatarse de hasta qué punto parten estos autores de un planteamiento *construccionista* de la realidad. Son muchos, en efecto, los antropólogos y etnógrafos que hace más de dos décadas aparecían ya dispuestos a sumergirse en un abismo escéptico y concebir su disciplina «no como la experiencia y la interpretación de "otra" realidad circunscrita, sino más bien como una *negociación constructiva* que involucra por lo menos a dos (y habitualmente a más) sujetos *conscientes* y políticamente *significantes*»[288]. Con todo, ni siquiera en la propia antropología faltan del todo los reflejos y las respuestas *no nihilistas*, los movimientos dirigidos a conseguir fijar la contextualización y asegurar la estabilización de la disciplina, a pesar de la proliferación de situaciones en las que, por el contrario, se reproduce el discurso etnográfico propiamente *posmoderno*. [Pero ni siquiera los no nihilistas, hay que reconocerlo, renuncian a prestar atención a la entidad *retórica* de ese discurso, e incluso privilegian su valoración y llegan a anteponerla a otros supuestos[289].]

Por lo demás, sin contar con un orden inequívoco y firme que avale la existencia de *una verdad* tan solo, serían el *desorden* y la *inestabilidad* de los conocimientos los que vinieran a hacer de la realidad algo «ineluctablemente plural», de perfil mixtilíneo. Sin una clara distinción entre lo *verdadero* y lo *falso* (como diría Giovanni Vattimo siguiendo a Nietzsche), sin divisorias entre la *realidad* y la *ficción,* no sorprende ya tanto escuchar los ecos de Paul Veyne cuando afirmaba que la verdad no es aprehensible en sí misma, y que las acciones de los seres humanos no son ni *verdaderas* ni *falsas,* en principio, sino tan solo simplemente *existentes,* como reclama el pragmatismo a su vez.

Ideas como éstas no son, en modo alguno, radicalmente nuevas, hay que insistir en ello. Fue Nietzsche, en su día, quien popularizó las que entonces sonaban como más radicales, y que conducían a un ajuste de cuentas *moral* con el pasado[290], pero no obvió tampoco las implicaciones gnoseológicas, tocando directamente la validez del conocimiento científico positivista, que rotundamente, iba a negar. La mayor fortuna de unas interpretaciones *sobre otras* –habrían de admitir, años después, filósofos de la ciencia como Lakatos o Feyerabend– no depende tan solo de su validez intrínseca, sino también de otro tipo de elementos cruzados. Elementos que son de índole extracientífica (cultural y política, ideológica y social), y que a veces se revelan determinantes para la imposición, en un medio concreto, de una *verdad científica*[291]. Hay incluso epistemólogos, que, tomando del propio Nietzsche su ejemplo provocador, creen que «también la física es tan sólo una interpretación y una adaptación (al modo de ser humano) del mundo, y no una explicación del mundo». [Decir que se referirían a una

explicación permanente, estable y uniforme, facilitaría las cosas.] La *percepción* de la *realidad* como *verdad,* viene a decirse, es engañosa: «En cuanto que se asienta en la fe en los sentidos –es Nietzsche quien se expresa–, [la física] es tenida por más, y durante largo tiempo aún ha de ser tenida por más, es decir, por una explicación. Tiene de su parte la vista y el tacto, la evidencia y la tangibilidad, circunstancia ésta que fascina, persuade, convence en una época fundamentalmente plebeya como es la nuestra, que se ajusta instintivamente al canon establecido por el sensualismo, siempre popular respecto a la verdad. ¿Qué es evidente? ¿Qué "explica"? Sólo lo que es visible y tangible…»[292]. Pero nada justificaría esa ilusión.

En este tipo de apreciaciones, recuperadas para la especulación filosófica y epistemológica desde mediados de la década de 1960 en adelante, el primer plano corresponde al poder político e ideológico, factor privilegiado en una valoración coherente con la politización de la epistemología que acompañó a los movimientos socioculturales de 1968. Se supone en general, y ahí podría seguirse también la pista ancha del *pragmatismo,* que en el mundo de las ideas y de la ciencia sólo aflorarían como *verdaderas* las intervenciones hegemónicas de aquellos que mejor consiguieran, ya sea social o académicamente, imponer su criterio con *más* facilidad: «El éxito ideológico se consigue –advierte una estudiosa del derecho, Minow– cuando sólo se consideran ideologías las opiniones contrarias. Lo que prevalezca será la verdad»[293].

De ser esto así, ¿debería ceder en retirada, la búsqueda de conocimiento *histórico,* más aún que otras formas de pensar…? Hay quien así lo cree apoyándose en aquellos argumentos, aun en minoría. Para algunos, por contra, la ocultación evidente de la *verdad histórica* (que existiría en cualquier caso), junto a la fragmentariedad y el carácter «no metafísico» del conocimiento, podrían convertirse en cambio en el más poderoso y eficaz incentivo para profundizar en el rastreo de las huellas de *verdad* existentes. «Recordar que todo es histórico» –ha escrito Pierre Bourdieu– «significa devolver a la historia, y a la sociedad, lo que se ha atribuido a una trascendencia o a un sujeto trascendental»[294]. Por lo cual *pensar históricamente,* más que mostrar (y «enseñar») hechos históricos de diverso tipo, sería en consecuencia la forma de «buscar» y rastrear en el pasado la génesis de los problemas del presente, presentando batalla a todo esencialismo, a toda construcción de lo político y social –de las instituciones y del pensamiento– que no tuviera en cuenta su auténtica condición temporal y espacial, su condición *natural* de creación histórica[295]. Después del interés despertado por un fenomenólogo (husserliano además) como es el francés Paul Ricoeur[296], resulta hoy también imposible ignorar que en la historiografía efectivamente

realizada confluyen las *configuraciones contextuales* de cada autor, en las que sentimientos e ideología no dejan de ser un elemento importante.

Nothing but history, nada sin historia, nada fuera de ella... No es éste por casualidad el eslogan más repetido, acaso el más sintético para aludir a este triunfo explosivo de la *historicidad* que supone a su vez inyectar *relativismo*. Y hay quien entiende que las instrucciones para poner en práctica esta nueva mecánica se contienen ya en Croce, en Nietzsche y en Heidegger, estrellas hoy reavivadas en un firmamento *historicista*, *fenomenológico* y *experiencial*[297].

Contra la falta de patrones claros para la reconstrucción del campo historiográfico –cosa que algún observador echa de menos–, podría aducirse todavía que la *incertidumbre,* que en el antecitado sistema filosófico de Edgar Morin sería la tumba del conocimiento artificial y simplificador, tendría por el contrario a este respecto la ventaja de constituir el *«desintoxicante del conocimiento complejo»*. Un punto de partida, por lo tanto, para encajar en el nuevo orden las certezas que existen *todavía*; certezas que serían, en cualquier caso, «fragmentarias, temporales, circunstanciales, subteóricas, pragmáticas y secundarias», pero ya no «fundamentales» y, por ende, «incapaces para siempre de apaciguar la sed infinita del entendimiento»[298].

Prácticamente toda la filosofía del siglo XX que hoy sigue activa ha venido moviéndose entre dos polos básicos. Uno de ellos, doble a su vez, acoge los enfoques *fenomenológico-hermenéuticos* (con Husserl y Heidegger)[299], en tanto que el otro (muy fuerte en Norteamérica pero no tanto ya fuera de allí) es conocido como *pragmático-lingüístico* y debe mucho a Wittgenstein y sus *Investigaciones filosóficas*[300]. De ahí arranca a su vez una tradición mixta, la del *giro hermenéutico-pragmático,* muy vigorosa en los propios Estados Unidos, y desde ahí extendida a Europa.

Las preocupaciones fundamentales en epistemología, combinando ambas inspiraciones o tendencias, vienen a ser de estos dos tipos básicamente. Y su incidencia en la historiografía obedece a esa doble conjunción, aun con aplicación empírica muy mezclada. Una de esas perspectivas se refiere esencialmente a la *forma* del lenguaje, en tanto que la otra insiste en mostrar el carácter *contextual* de los fenómenos, «contextualidad» que el propio lenguaje contribuiría a determinar[301] y que hay que interpretar laxamente en el sentido de que es imprescindible aceptar la contingencia del *fondo históricamente condicionado,* el *entorno* formado por el *mundo de la vida*[302].

La *experiencia vivida* como una realidad «intersubjetiva» estaba, de un modo u otro, ya en Dilthey, en Simmel o en Max Weber –recordémoslo–, pero también, con otras implicaciones, había hecho su aparición en Wilhelm Wundt o en la

filosofía pragmatista de G. Herbert Mead. Y de esas fuentes directas, y sobre todo de sus derivados posteriores, tomamos hoy los historiadores un concepto, el de «experiencia» (y de *experiencia vivida* muy en particular), que se ha reintroducido en las ciencias sociales y pugna por saltar a primer plano también en la historiografía, como invitado principal a todo planteamiento en el que la *vida* misma de los individuos, sean éstos los que fueren, constituya el objeto general. De su mano resurgen los antiguos conceptos de *memoria, recuerdo* y *olvido,* trilogía de nuevo inseparable (ya explícita o implícita) en el quehacer historiográfico actual. La historia no es posible, *«ni siquiera concebible»,* como expresa Koselleck, sin «*un dato antropológico previo*»[303].

Vista desde este ángulo –que acerca a este historiador «de los conceptos» alemán a San Agustín–, la *experiencia* será un «pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados». En la *experiencia* se fusionan, pues, «tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya estar presentes en el saber». Las implicaciones prácticas son obviamente, directas e inmediatas: por ejemplo, introducir este concepto de historia en la enseñanza, para Jörn Rüsen, podría sustituir la vieja dicotomía entre *historia universal* e *historia nacional,* y contribuiría sustancialmente a «comprender las actuales condiciones de vida y a desarrollar perspectivas de futuro en la práctica vital conforme a la experiencia»[304].

Aun centrado en un objeto evidentemente *micro* (una *vida* humana), se considera en esta perspectiva que la experiencia de un individuo en particular encierra también *algo* que procede *«de la experiencia ajena»,* la cual es transmitida por medio de *«generaciones o instituciones»*. Mas, sin embargo, «toda experiencia salta por encima de los tiempos, no crea continuidad en el sentido de una elaboración aditiva del pasado». Lo que hacen las experiencias es superponerse, impregnarse unas de otras, comunicarse constantemente entre sí manteniéndose vivas –y por tanto *actuales*– merced a la inherente «proyección de futuro» que las guía. Tal proyección se despliega en lo que la aproximación fenomenológica del alemán Koselleck denomina el *horizonte de expectativa*. La «experiencia» y la «expectativa» mantienen entre sí una relación que es asimétrica: «Cuanto menor sea el contenido de la experiencia, tanto mayor será la expectativa que se deriva de él»[305].

Planteado como trasfondo filosófico de la nueva historia social en Alemania (la que se llama *historia de la vida cotidiana*), este horizonte realmente «nuevo» –pues no llega a tres décadas su instalación en la historiografía, después de haberlo hecho en las ciencias sociales– debe muchísimo en su divulgación práctica al ejercicio de la *historia oral* y al esfuerzo por aplicar diferentes nociones de las

ciencias sociales en su formulación cualitativa reciente[306]. Y éste es hoy sin duda un reto de naturaleza teórico-metodológica para abordar el estudio de la historia que muy posiblemente siga siendo en el futuro de importancia esencial[307].

Constituye, en suma, una perspectiva que acabará centrando en la *subjetividad,* tanto heurística como hermenéuticamente, la exploración a realizar. Así presenta la investigadora Kathryn Kish Sklar la evolución de su proceso de trabajo, en una explícita revaloración positiva de lo subjetivo y experiencial: «El primer estrato lo pusieron las preguntas no relacionadas con la biografía. El siguiente abordó la biografía con un enfoque tomado de las ciencias sociales. El último reconocía la existencia de una relación personal entre la autora y su tema de estudio. Cada uno quedó condicionado por la etapa precedente, por invisible que resulte bajo la estrategia actual»[308]. El tercer paso, el intersubjetivo, será a su entender el decisivo y fundamental desde el punto de vista cognitivo.

* * * * *

Parte de la complejidad y multiplicidad de posibilidades de que hoy disfrutamos –o en su caso *sufrimos*– los historiadores tiene que ver de hecho con que no renunciamos tan fácilmente a hacernos cargo de la tarea *científica* y no nos resignamos a dejar inconclusa aquella búsqueda, sin condiciones, de la *inteligibilidad* de los procesos y las actuaciones, una inquietud que es inherente a todo pensamiento. En relación con esto, el viejo Herodoto ha vuelto a ser alguien mucho más próximo a nuestra tarea y nuestro oficio en las últimas décadas.

En términos generales, la situación en el plano material se traduce en el sostenimiento de la historia *comparada* y de carácter *sociologizante* e interpretativo, cada día más aceptada[309], progresivamente influida a su vez por la antropología y la preocupación textual. Es ésta una tendencia estable en la mayoría de las historiografías nacionales, allá donde se mire, y que a veces aparece reforzada por cómputos cuantitativos ya muy sofisticados, puesto que han ido mejorando sensiblemente las técnicas ensayadas en los años setenta[310].

No hay en la historia en el momento actual nada más decisivo, a mi modo de ver, que esa influencia –no tan reciente ya– de las corrientes de la antropología de signo *no estructuralista* y *no objetivizante*. Y esa influencia se manifiesta muy en especial, pero no únicamente, a través de las *fuentes orales*, en cuya aplicación creciente apenas hay que insistir. A su través, con ellas en portada o como banderín, ha ido penetrando la densa realidad de las corrientes básicas de la fenomenología, implementada en una atribución multipolar de objetos y temáticas favorecidos por el éxito previo de la *historia social,* y que se ajustan

como un guante a aquella perspectiva filosófica, la experiencial. Como telón de fondo, aparece la *democratización* del sujeto a historiar que hoy se impone con fuerza, de manera masiva. Dicho en pocas palabras, se trata de la mezcla y la fusión de la *history* con la *story* (todo tipo de *stories* imaginables, sin distinción jerárquica), una tendencia evidente, de indudable legitimidad política y moral que, sin embargo, pulveriza la historia de carácter ejemplarizante y jibariza a sus clásicos.

Es en este sentido en el que resultan acaso irreversibles –al menos lo serán por un tiempo– aquellas *complejidad* y *confusión* del campo historiográfico a que me referí antes; eso que otros estiman el «desmigajamiento» de la materia histórica. De no aceptarse la idea de que la historia sea, a estas alturas, una especie de mosaico o de *puzzle,* de heterogéneas y desiguales piezas, sería urgente proceder a una refundación epistemológica. Pero ¿sobre qué bases…? Posiblemente sólo se halle trabado, en estos mismos momentos, el armazón que rodea al triunfante concepto de *experiencia,* precisamente. Sin ánimo de exagerar los riesgos, de poco serviría el tratar de ocultar la irrupción reiterada en nuestra disciplina y nuestro oficio del fantasma que tanto nos asusta, la *subjetividad*. Las rasgaduras que ha sufrido el realismo (y en especial el realismo objetivista, practicado por muchos todavía) muestran ya despachados, para afrontar su uso de manera inmediata, *discursos* del mañana… Esto es seguramente algo más serio que una inclinación frívola de los más exquisitos o los más diletantes por las nuevas tendencias, algo más incisivo y exigente que una pose superficial[311].

Esos discursos se encuadran todos, prácticamente, en la doble dirección indicada: el *giro interpretativo* o *hermenéutico* y la corona que rodea al *giro pragmático,* ligada a una reflexión sobre la acción[312]. En caso de cuajar, algunos resultados podrían permitirnos hablar de aquella «revolución historiográfica» largamente anunciada –mas nunca decretada o finalmente vista–. Pero sus cauces no serían ya obviamente los esperados en las décadas de 1960 y 1970, que organizados en torno a la *estructura* deseaban los autores de *Annales,* sus principales propagandistas, sino que mostrarían el triunfo aplazado de la *experiencia* y del *yo* filosóficos.

Como adelanto de los desarrollos pormenorizados que haré más adelante, me limito ahora a recordar una vez más la innegable *historización* del campo general de las ciencias humanas y sociales que se halla en curso desde hace un par de décadas, y en la cual ha sido determinante la opción neohistoricista de la crítica literaria[313]. La perspectiva tiene que ver con el declive del estructuralismo, y ha ido trastornando supuestos arraigados en la sociología y la economía muy en particular, relegando a un segundo plano los ingredientes *antihistoricistas* que a tales disciplinas eran básicos, y que dejan así en cambio de serlo en virtud de un

embate fortísimo del pensamiento *histórico* (entendiendo por ello la introducción del *tiempo,* la secuencia *cronológica,* pero también de la *interpretación,* el *contexto* sociocultural y el marco *político*)[314].

Como otra característica reciente, ha sido contundente el triunfo de las *escalas ampliadas,* el éxito creciente de los enfoques *micro* como aproximación fundamental, aunque no exclusiva. Cabría así relacionar este extremo tanto con las últimas corrientes *microparticulares* de la historiografía, las que atienden a buscar los microfundamentos de la acción humana, como con aquellas otras que se autorreconocen en teorías del *continuum* objetivo/subjetivo, y que a su vez tratarán de incorporarse enfoques *metateóricos* de la sociología[315].

Más indudable aún resulta el éxito de la perspectiva *interrelacional* (que se combina a veces con enfoques de carácter sistémico) y que supone la consideración –cada día más extendida– de que los actores de la vida social son *puntos* en una *red* de encuentros y de interacciones que se multiplican y complican incesantemente. A veces, esas redes se abordan en su naturaleza cargada de *poder* y *poderes,* como diría Foucault, constituyendo tramas en que los individuos, como elementos particularizados e *individualizados* de la vida social, lejos de ser absorbidos por un magma amorfo, hallan *visibilidad* particular.

Finalmente, diremos que ha triunfado también extensamente la proyección *de género,* en sus varias y no siempre convergentes perspectivas, en cruces combinados de elementos y teorías feministas de distinta incidencia. Las más interesantes desde el punto de vista filosófico, y también las que más han influido en la conformación interdisciplinar de los *estudios culturales,* son muy posiblemente las radicales y deconstruccionistas, firmes y contundentes al poner en jaque las formas y procedimientos convencionales y comunes del *pensar histórico*[316] y, al mismo tiempo, el propio *status* del *conocimiento científico,* su pertinencia tal como está constituido, y su viabilidad.

A esta hora, toda la producción historiográfica que reviste interés trata seguramente, como el conjunto entero de las ciencias sociales, acerca de la relación de lo *macro* con lo *micro*, de lo *general* con lo *particular,* de lo *fijo* con el *cambio*. Y las más nuevas teorías de la acción refuerzan el carácter indeterminado, incluso parcialmente azaroso, de estas combinaciones[317]. Aunque varíen sus proporciones respectivas, y aunque los autores eviten aludir explícitamente a uno de los polos, la tensión se mantiene fija ahí. Debido al fuerte peso alcanzado por la *historia oral*, resultan atractivos los ejercicios, cada vez más decididos y rotundos, que se realizan en historiografía a partir de la *intersubjetividad* y la *experiencia*.

La *tradición hermenéutica* ha vuelto a asomarse poderosa al territorio del historiador. Por nuesta parte hemos puesto mucho interés en avanzarlo en las páginas previas. Descifrar los textos, indagar sobre su *construcción* y la lectura de los *significados* que comportan, han pasado a sustituir, en gran manera, a aquella obsesión por alcanzar grados satisfactorios de *cientificidad* que imperó en la historiografía hasta finales de los años setenta. Hoy la reflexión sobre la *explicación histórica* remite a la «cultura», ambiguamente, y a sus contenidos[318]. Se invoca a veces como argumento, como hemos visto más arriba, que si la propia física llegó hace tiempo a la conclusión de que la subjetividad está implicada en el objeto científico, poco sería lo que nosotros los historiadores pudiéramos perder, a nuestra vez, en caso de aceptar tal principio y de ponerlo en práctica.

Por otra parte, el *retorno del acontecimiento* que la «historia del presente» reclama (y en el que, más que del hecho histórico en sí mismo, su *percepción,* su significación en el plano *simbólico*), encuentra en la filosofía de Ricoeur una clasificación triangular, representada en tres facies. Habría así unos acontecimientos *infrasignificados*, otros *suprasignificados* y, en el centro del espacio que se abre entre ellos, mediante el trabajo del historiador se situarían las *investigaciones de sentido*. A la primera de tales categorías corresponde el «acontecimiento» tal como lo entendía el positivismo (la cadena de eventos que conformaban los «hechos» y cuyo establecimiento riguroso sigue formando parte de la tarea histórica). Después vendría la previsión o búsqueda de «regularidades», y finalmente, coronando el conjunto, el establecimiento de los *«significados»,* la *interpretación* elegida entre las varias que se ofrecen como posibles de su relación interna y su incidencia en un determinado conjunto social o la construcción de *identidades*.

Entre la *hermenéutica* y los variados *interaccionismos*, en resumidas cuentas, se abre hoy el abanico de opciones mayoritario en la ciencia de la historia, habiéndose generalizado direcciones (con el *lenguaje* y la *comunicación simbólica*) que hasta hace poco permanecían subordinadas, empañadas por tendencias antagónicas en Europa, o que se reducían a contextos y ámbitos muy localizados, a su vez, en Norteamérica[319]. Es imposible no tomar nota de cuánto debe en cambio su actual predominio a la irradiación expansiva de las tendencias que dominan en el principal foco cultural del presente, los Estados Unidos, que han venido a ser exportadores constantes de *novedades* desde aquel lado del Atlántico a este otro.

A su luz, e inscritas en el *potpourri* de prácticas diversas que es en efecto el *nuevo historicismo* (el cual permite, y hasta facilita, la inserción de proyecciones teóricas variadas –preexistentes– en su tejido laxo, válidas siempre que no olviden la dimensión *textual*), aquella abundancia y diversidad de fuentes historiográficas a que nos hemos referido tantas veces cobra otra dimensión. «Mentiras» y «secretos», llegado el caso, serán leídas como *construcciones* y como *negociaciones,* respectivamente, en la comunicación social y la formulación de la experiencia[320]. Puede decirse, si bien se mira, que *toda* fuente disponible queda pendiente así de tratarse de nuevo, de insertarse en el *texto* en distinta posición o de generar constantemente *otros textos,* cada vez que la emplea un historiador. Todas las fuentes se nos darían, desde este ángulo, para ser *releídas,* en una especie de ejercicio *a contrario* de la historia existente, como *política* de desmitificación inagotable que exigiría el taller de Penélope.

Resulta incuestionable que esta panoplia de posibilidades que permite la hermenéutica del nuevo historicismo, con tres puntales básicos –el *texto,* la *política* y el *contexto,* los tres en permanente *circulación*–, reclama e incorpora términos nuevos, nuevos lenguajes y usos distintos de los conceptos, renovados a fondo para una *nueva historia* cultural.

Los lenguajes varían no sólo en cuanto dependientes de esa misma conceptualización (en la que se *rescatan* y recuperan influencias diversas) y en cuanto a su aplicación al estudio concreto de las distintas *prácticas* culturales, de sus *representaciones* y sus «artefactos» específicos[321]. Estrechan además su conexión con las trastiendas filosóficas, en líneas de pensamiento que albergan los cambios más recientes. Y ello sucede imperceptiblemente, una vez que para su uso no es obligatorio (lo mismo que en las perspectivas convencionales de la investigación histórica) el comenzar exponiendo cuáles son, en las nuevas tendencias, las pautas metodológicas y los referentes teóricos.

* * * * *

Resulta ahora obligado tratar de definir, aunque sea incompleta y vagamente, cuál es, en esta situación de multiplicidad evidente y de complejidad aceptada por muchos, mi posición aproximada ante el proceso histórico y su tratamiento en la historiografía. De abajo arriba, debería empezar por la antigua cuestión del *naturalismo*. Obviamente, tras lo escrito hasta aquí, no he de insistir en que no reconozco plena validez para acercarse al hecho humano al arsenal metodológico que la filosofía ilustrada y la *modernidad* positivista idearon para las ciencias físico-naturales. Y en que tampoco comparto el esfuerzo monista que la filosofía analítica, que dominó el terreno de la epistemología tras la Segunda Guerra Mundial, intentó completar. Desconfío de la virtualidad del método *hipotético-deductivo* en su adecuación a supuestos teóricos que no siempre permiten un encaje automático. Y además creo que, tanto si lo confesamos como si no, siguen pesando fuertemente en la comunidad científica de los historiadores ideas como las que desarrollara Collingwood en cuanto a «la imaginación histórica», por ejemplo[322]. Sin que eso signifique, sin embargo, aceptar sus connotaciones ideológicas, ni menos aún las de Dilthey o Droysen.

Este género de aseveraciones me sitúa posiblemente en los renglones de un *historicismo* cada día más generalizado en su fórmula «neo», por lo que trataré de mostrar que, con razón sobrada, también se trata de un historicismo *realmente* «renovado»[323]. Acabar compartiendo algunos de los supuestos básicos del *New Historicism,* como hemos ido viendo, implica reconocer lo rentable que ha sido, para la reflexión interna y para la producción *normal* en nuestra disciplina, el uso de los préstamos tomados de otras ciencias, la incorporación de sus enfoques y metodologías a la tarea del historiador. La insistencia de algunos de nosotros en reducir a un solo procedimiento técnico –a una sola vía *metodológica*– las formas de elaborar la *racionalidad* que posee el ser humano, independientemente de cuáles puedan ser sus objetivos específicos y sus resultados, ha servido a la conformación *científica* de la historia desde el punto de vista de la especulación en general, también es preciso decirlo. No entro aquí, sin embargo, a la manera apasionadamente radical de un Isaiah Berlin o, desde otro horizonte, un Zygmunt Bauman, a ponderar el *racionalismo* desde un punto de vista político y moral, aunque no evito compartir sus miedos y recelos[324].

En cambio no asumo los temores que expresó, por ejemplo, el historiador inglés Lawrence Stone ante los «inventos» metodológicos nuevos, ni su propio rechazo –o más recientemente el de Simon Schama– al uso de lo que llaman vocabulario *técnico,* a la escritura de los historiadores presuntamente «corrompida» por las ciencias sociales, una prosa que estaría, a su decir, contaminada innecesariamente de pedantes jergas y absurdos latiguillos. ¿Acaso no es posible

desplegar en la historiografía, compartidos o alternantes, estilos diferentes?, me pregunto a mi vez[325].

El historicismo *renovado* del que me siento próxima, en términos globales, valora positivamente y aprecia toda forma existente de historiografía que no sea meramente descriptiva y lineal. Aunque *elige,* naturalmente, ciertas opciones e interpretaciones dentro de esos modelos, discrimina entre preferencias ideológicas y políticas y establece una jerarquización de resultados o prioridad en función de criterios diversos, como pueden ser el interés general del objeto escogido, su atracción teórica y su modo de resolución (que es no sólo lógica, sino también estética). Prospera en este marco la impresión, *ecléctica* en sí misma, de que se ha impuesto en historiografía (como en otras materias) no ya la altiva búsqueda de la *unidad* –ni aun menos el esfuerzo imposible por mantener lo *viejo*–, sino esa otra especie de epistemología que Gaston Bachelard llamó un «pluralismo coherente»[326].

Lo mismo que, hacia los años veinte del siglo pasado, resultaba difícil obviar la fuerza del historicismo (que incluso a aquellos historiadores que se creían meramente empíricos se les colaba por la ventana), hoy resulta expandida y sugerente la *visión hermenéutica*. Una apreciación que va calando en las ciencias sociales, permitiendo la recuperación de aquella estela de pensamiento que inaugurara Nietzsche.

Sin embargo, no ha resultado fácil para muchos pensadores a lo largo del siglo XX aceptar el principio nietzscheano de que accedemos a la *realidad* (o fragmentos de ella), mediante un juego sucesivo de representaciones e interpretaciones, es decir, a través de *imágenes* de esa realidad originadas en una serie de *centros de fuerza*. Y que éstos, a su vez, resultan ser *configuraciones* de duración relativa, es decir, más o menos efímeras[327]. Pero si esta inquietud y esa pregunta conducen derechas a un escepticismo nihilista más que a una confrontación radical, lo que ahora predomina en la historiografía, sin embargo, y en el conjunto de las ciencias sociales, es un tejido elástico, más aceptable para la mayoría, por más que no sea fácil de resolver la antinomia entre lo *macro* y lo *micro*.

En palabras del sociólogo Randall Collins, ésta vendría a ser la pregunta principal: «¿Cómo es posible que los actores sociales *interaccionen* entre sí según esquemas *estructurales* (es decir, constantes), manteniendo no obstante una *libertad de elección* y *contingencia* de comportamientos?»[328]. Responder remite siempre a perspectivas teóricas –aunque obedezcan a inspiración distinta a la de hace dos décadas– a propósito del *cambio social* y la *acción humana*[329]. Desvanecidos, o al menos matizados, los grandes paradigmas (estructuralismo, funcionalismo o marxismo) que oscurecían el lazo social entre los individuos –la

relación micro–, tales interrogaciones permiten insuflar nueva teoría a la historia, y reconfigurar su diálogo permanente con la filosofía. Muy pocos historiadores, en términos globales, han querido opinar[330]. La reflexión sobre el *tiempo* y la *verdad histórica* por parte de nosotros los historiadores, salvo excepciones, es tarea inaugural.

Puesto que no siempre se lleva a cabo ese diálogo en la práctica, puede ser útil tener en cuenta una posición «de espera» o *stand by,* como la de la historiadora *cultural* norteamericana Lynn Hunt, quien opina que merecería la pena presentar la historia en estas condiciones, y sin perjuicio grave, como una *práctica ética y política* asentada en discursos diferentes en lugar de como un solo tipo, o una forma exclusiva, de conocimiento particular. Hunt, *neohistoricista* (y por ello receptiva al valor cognitivo de la narración y las estrategias retóricas), definía la historia, muy a finales de los años ochenta, como «una tensión constante entre relatos que ya se han explicado y relatos que tienen que contarse». Y añadía que «en este sentido, es más útil pensar en la historia como una práctica ética y política que como una epistemología que posea un *status* epistemológico definido»[331].

Ello nos llevaría a convenir, finalmente, que en la intrincada estructura que, de hecho, es la *narración historiográfica* (compuesta de *información, persuasión* e *ideas sobre el mundo*), se asientan posiblemente diversas «verdades» (esto es, un conjunto limitado de interpretaciones *posibles*), cuyo valor final vendrá determinado en parte sustancial por la calidad de la práctica empírica, hallándose en su base la correcta instrumentación de las evidencias[332]. Pero también dependerá de una segura dosis de capacidad *persuasiva* que posee sin duda una raíz estética, y no tan sólo lógica. De ahí también el interés renovado por acercarse a la *verdad* de la literatura con un instrumental más depurado[333].

Defendiendo finalmente las técnicas deconstructivistas (pero sin abrazarlas en exclusiva), afirma Gabrielle Spiegel que aquéllas han demostrado ser «poderosas herramientas de análisis para desvelar y desmantelar las formas en las que los textos constituyen elaboradas mistificaciones ideológicas, ante las que lo más propio es mantenerse suspicaz», y que los mismos textos «inevitablemente delatan con su fracturación del significado una vez que hemos aprendido a leerlos deconstructivamente». Asimismo, que «la deconstrucción nos ha enseñado a considerar los silencios dentro del lenguaje, a explorar lo no dicho así como lo expresado, a comprender la fuerza constructiva del silencio en el modelado de los textos que leemos». Con todo, advierte que «la aceptación de una visión semióticamente fundada del lenguaje y de los modos deconstructivos de la lectura [...] no nos impele a abandonar el esfuerzo por enriquecer nuestra comprensión del pasado como algo más que un complejo de estrategias y acontecimientos

discursivos». Ahí quedan por lo tanto Searle y Austin, Malinowski o Wittgenstein, cerrando entre sí círculos para el historiador.

Por más que sea difícil la tarea, no es ya excepcional el abordar posturas y enfoques como los feministas y relacionales que se ocupan del género. Son pocos ciertamente quienes deseen la marcha atrás en este recorrido –algo imposible acaso–, volviendo a «los supuestos seguros y humanísticos de la historiografía del siglo XIX», aquella que, con Ranke, operaría con la intuición para desentrañar las peculiaridades de los «grandes hombres» o los Estados. Ésta es la interrogante que, como desafío, propone Spiegel: «En resumidas cuentas, ¿qué es el pasado sino a la vez una existencia material, ahora silenciada, existente únicamente como signo y en condición de tal, atrayendo hacia sí cadenas de interpretaciones conflictivas que revolotean sobre su presencia ausente y compiten por la posesión de las reliquias, pretendiendo inscribir trazos de significado sobre los cuerpos de los muertos?»[334].

[1] A. PROST (2001 [1996]), *Doce lecciones sobre la historia,* Madrid, Cátedra/Universitat de València, p. 146.

[2] J. FREUND (1975), *Las teorías de las ciencias humanas,* Barcelona, Península.

[3] P. BURKE (1991), «Obertura» a *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, p. 34.

[4] Merece contrastarse con su autobiografía: P. FÉYERABEND (1995), *Matando el tiempo,* Madrid, Debate.

[5] L. GOTTSCHALK (dir.) (1963), *Generalization in the Writing of History,* Chicago, Chicago University Press. También J. DEVOTO (1992), *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea,* Buenos Aires, Biblos.

[6] H. U. WEHLER (1973), *Geschichte als historische Sozialwissenschaft,* Frankfurt; R. VIERHAUS (1973), «Geschichtswissenschaft und Soziologie», en G. Schulz (ed.), *Geschichte heute. Positionen – Tendenzen – Probleme,* Gotinga, pp. 69-83; W. SCHULZE (1974), *Soziologie und Geschichtswissenschaft. Einführung in die Probleme der Kooperation beider Wissenschaften,* Munich.

[7] L. A. COSER (1969 [1961]), *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo,* México, FCE, p. 15.

[8] J. J. CARRERAS (1992), «Ventura del positivismo», *Idearium* 1, pp. 13-21. Y, en general, (2003), *Seis lecciones sobre historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

[9] Contra éste arremete muy especialmente, invocando cómo influye en nuestras elecciones teóricas la ideología política, y aquéllas a la vez en el trabajo histórico. (P. ARIÈS (1986 [1954]), *Le temps de l'histoire,* reedición en París, Seuil, con prefacio de R. Chartier, pp. 44-68.)

[10] R. VIERHAUS (1977), «Rankes Begriff der historischen Objektivität», en R. Koselleck *et al.* (eds.), *Objektivität und Parteilichkeit, Theorie der Geschichte,* vol. 1, Munich, pp. 63-76.

[11] Una síntesis lúcida de los problemas en R. CHARTIER, «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural,* cit., pp. 19-33.

[12] M. J. ZEMLIN (1988), *Geschichte zwischen Theorie und Theoria. Untersuchungen zur Geschichtsphilsophie Rankes,* Würzburg, Königshausen + Neumann. (En especial el capítulo «Rankes Kritik an Hegel», pp. 223 ss.) También L. KRIEGER (1977), *Ranke: The Meaning of History,* Chicago, University of Chicago Press.

[13] F. MEINECKE (1983 [1936]), *El historicismo y su génesis,* cap. X, México, FCE.

[14] W. HUMBOLDT (1980 [1821]), «Sobre la tarea del historiógrafo», en *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* J. A. Ortega Medina (ed.), México, UNAM, p. 95.

[15] F. RINGER (2002), «Max Weber on Causal Analysis, Interpretation, and Comparison», *History and Theory* 41/2 (mayo), pp. 163-178.

[16] A. WITTKAU (1994), *Historismus. Zur Geschichte des Begriffs und des Problems,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht; H. SCHNÄDELBACH (1974), *Geschichtsphilosophie nach Hegel. Die Probleme der Historismus,* Friburgo.

[17] J. RÜSSEN (1990), «Rethorics and Aesthetics of History. Leopold von Ranke», *History and Theory* 29, pp. 190-204; C. DEVULDER (1993), *L'histoire en Allemagne au XIXe siècle. Vers une épistemologie de l'histoire,* París, Méridiens Klinsieck.

[18] El «manifiesto» metodológico anterior al del propio DROYSEN (*Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber,* Leipzig, 1824) pertenecía precisamente a Ranke, y era un apéndice a la *Historia de los pueblos latinos y germánicos,* su obra principal.

[19] J. RÜSEN (1969), *Begriffene Geschichte. Genesis und Begründung der Geschichtstheorie J. G. Droysens,* Padeborn.

[20] P. ROSSI (1994), *Lo storicismo tedesco contemporaneo,* Milán, Edizioni di Comunità, p. XVII.

[21] W. WINDELBAND (1894), *Geschichte und Naturwissenschaft,* Strassburger Rektoratsrede, Viena.

[22] El positivismo *científico* (y en su seno, con notables especificidades, el positivismo *historiográfico*) es distinto del positivismo *filosófico,* que *no* es *monista* (es decir, no cree que haya un sólo método válido para todas las ciencias) sino todo lo contrario. Más vale, en consecuencia, utilizar *historicismo positivista,* aunque haya que matizar en su interior posturas diferentes.

[23] J. ARTHOS (www.janushead.org/3-1/jarthos.cfm), «To Be Alive When Something Happens: Retrieving Dilthey's Erlebnis».

[24] W. DILTHEY (1883), *Einleitung in die Geisteswissenschaften* [trad. Madrid, Revista de Occidente, 1956] y G. G. IGGERS (1968), *The German Conception of History: The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present,* Middletown Conn., Wesleyan University Press.

[25] W. DILTHEY (1990), *Gesammelte Schriften*, vol. V, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, p. 63. Además, H. P. RICKMAN (1979), *Wilhelm Dilthey: Pioneer of the Human Sciences*, Berkeley, University of California Press; M. ERMARTH (1978), *Wilhelm Dilthey: The Critique of Historical Reason,* Chicago, University of Chicago Press; R. A. MAKKREEL (1992), *Dilthey: Philosopher of the Human Studies,* Princeton, Princeton University Press.

[26] R. G. COLLINGWOOD (131987), *Idea de la Historia,* México, FCE. Véase, además, L. J. GOLDSTEIN (1996), *The What and the Why of History. Philosophical Essays,* Leiden/Nueva York/Colonia, especialmente cap. III (pp. 271-348).

[27] Una discusión crítica y matizada, en W. H. DRAY (1995), *History as Re-Enactment. R. G. Collingwood's Idea of History,* Oxford, Clarendon Press.

[28] P. ROSSI (1994 [1956]), *Lo storicismo tedesco contemporáneo,* Milán, Edizioni di Comunità; J. J. CARRERAS, «El historicismo alemán», en VV.AA. (1981), *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara),* vol. II, Madrid, UIMP, pp. 627-642.

[29] V. LANGLOIS y CH. SEIGNOBOS (1965 [1898]), *Introducción a los estudios históricos,* La Habana, cit. por J. J. Carreras, «Ventura del positivismo», cit., p. 17, n. 12.

[30] Lord ACTON (1906), *Lectures on Modern History,* Londres, Macmillan & Co. Véase también L. KOCHAN (1954), *Acton on History,* Londres, Deutsch.

[31] G. SIMMEL (1922 [1892]), *Die Probleme der Geschichtsphilosophie. Eine erkenntnistheoretische Studie,* Munich-Leipzig, en R. ARON (1969), *La philosophie critique de l'histoire. Essai sur une théorie allemande de l'histoire,* París.

[32] O. G. OEXLE (1990), «Marc Bloch et la critique de la raison historique», enH. Atsma y A. Burguière (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui,* París, EHESS, pp. 419-434.

[33] Entre las ediciones recientes, G. SIMMEL (2002), *Cuestiones fundamentales de sociología,* Barcelona, Gedisa, y (2002), *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos,* Barcelona, Península [mucho mejor el título original en alemán: *Cultura filosófica*].

[34] M. WEBER (41973), *Gesammelte Aufsätze zur Wissenshchaftlehre,* J. Winkelmann (comp.), Tubinga.

[35] M. WEBER (1978), *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie,* 3 vols., Tubinga.

[36] F. SIMIAND (1903), «Méthode historique et sciences sociales», *Revue de Synthèse* (reed. en *Annales* XV (1960), pp. 83-109).

[37] J. B. BURY (1930), *Selected Essays,* H. W. V. Temperley (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, p. 17.

[38] F. M. POWICKE (1955), *Modern Historians and the Study of History. Essays and Papers,* Londres, p. 192.

[39] J. G. DROYSEN (1983 [1858]), *Historica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la Historia,* Barcelona. Sobre la *«Historik»* de Droysen, véase H. WHITE (1992), *El contenido de la forma,* Barcelona, Paidós, pp. 103-122. También J. RÜSEN (1982), «Bemerkungen zu Droysens Typologie der Geschichtsschreibung», en R. Koselleck, H. Lutz, J. Rüsen (eds.), *Formen der Geschichtsschreibung, Theorie der Geschichte* 4, pp. 192-200.

[40] R. ARON (1973), *Methodologie de l'histoire et des sciences humaines,* París.

[41] Para un intento de superación de esta oposición a través de la nueva hermenéutica, M. RIEDEL (1978), *Verstehen oder Erklären? Zur Theorie und Geschichte der hermeneutischen Wissenschaften*, Stuttgart; F. M. WIMMER (1978), *Verstehen, Beschreiben, Erklären. Zur Problematik geschichtlicher Ereignisse*, Freiburg; L. ROUTILA (1979), «Teleologie und das Problem der historischen Erklärungen. Eine phänomenologische Entwurf», en B. Waldenfelds *et al.* (ed.), *Phänomenologie und Marxismus*, vol. 4, Frankfurt, pp. 169-196. Y, también, K. O. APEL (1979), *Die Erklären: Verstehen-Kontroverse in transzendentalpragmatischer Sicht,* Frankfurt.

[42] Este verbo *(greiffen)* y el término que designa el «concepto» *(Begriff)* tienen la misma raíz en alemán.

[43] J. TOPOLSKI (1981), «Lo storico e le fonti: tentativo di una caratterizazione dinamica delle fonti storiche», en *La storiografia contemporanea,* Roma, Editori Riuniti, pp. 37-62.

[44] W. Dilthey, *Gesammelte Schriften,* cit., vol. VII, p. 291.

[45] H. JOHACH (1986), «Wilhelm Dilthey: Die Struktur der geschichtlichen Erfahrung», en J. Speck (ed.), *Grundprobleme der grossen Philosophen. Philosophie der Neuzeit,* IV, Gotinga, pp. 52-90.

[46] W. DILTHEY (1956 [1883]), *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia* [ed. cast. Julián Marías. Prólogo (inconcluso) de José Ortega y

Gasset, Madrid, Revista de Occidente, p. 23].

[47] J. ORTEGA Y GASSET, *Prólogo,* cit., p. 17.

[48] W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu,* cit., pp. 84-85.

[49] J. ORTEGA Y GASSET escribió en 1933 «Guillermo Dilthey y la idea de la vida», en *Obras completas,* vol. VI, Madrid, Revista de Occidente, 1947, pp. 165-213; L. BROGOWSKI (1997), *Dilthey. Conscience et histoire,* París, PUF. Para la conexión con la idea de historia en Vico, H. P. RICKMAN (1969), «Vico and Diltheys Methodology», en VV.AA., *Giambattista Vico: An International Symposium,* Baltimore, The Johns Hopkins Press, pp. 447-456.

[50] La controversia entre Bury y Trevelyan puede verse escogida y resumida en C. H. WILLIAMS (1938), *The Modern Historian,* Londres, Nelson.

[51] F. STERN (ed.) (1956), *The varieties of History from Voltaire to the Present,* Cleveland-Nueva York, Meridian Books, pp. 22 ss.

[52] Entrevista con C. IGLESIAS (1983), cit. en M. Espadas (1988), «La dimensión internacional de la obra de J. A. Maravall», en VV.AA., *Homenaje a José Antonio Maravall, 1911-1986,* Valencia, Generalitat, p. 229.

[53] I. S. KON (1968), *Der Positivismus in der Soziologie. Geschichtlicher Abriss* [trad. del ruso], Berlín, Akademie Verlag.

[54] H. I. MARROU (1961), «Comment comprendre le métier d'historien», en *L'histoire et ses méthodes,* París, Encyclopédie de la Pléiade, p. 1529.

[55] E. H. GOMBRICH (1999 [1973]), «La historia del arte y las ciencias sociales», en *Ideales e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia y el arte,* Madrid, Debate, p. 159.

[56] E. SPRANGER (1949), *La experiencia de la vida,* Buenos Aires, Calpe.

[57] J. ORTEGA Y GASSET (1922), «Para un museo romántico», en *Obras completas,* vol. II, cit.

[58] G. Barraclough, «Historia», cit., pp. 310-311.

[59] P. LEON (1955), «The terror of history», cit. Barraclough, *ibid*.

[60] Para el caso español, G. PASAMAR (1998), «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica (1880-1980)», *Hispania* LVIII/1, pp. 13-48. Y también la *«Presentación»* de J. Aróstegui al *dossier Historiografía española y reflexión historiográfica,* pp. 9-12, del que forma parte el texto de Pasamar. Para cuestiones de tipo formal y general, P. GAY (1974), *Style in History,* Nueva York, Basic Books.

[61] J. A. MARAVALL (1975), «La universalidad de la Historia», en P. Laín Entralgo (dir.), *Historia Universal de la Medicina,* t. VII, Barcelona, Salvat, p. 6.

[62] P. VEYNE (1976), *L'inventaire des différences,* París, Seuil, p. 61.

[63] P. LEPAPE (1993), «La fin des "quinze glorieuses"», suplemento *Pour comprendre l'histoire, Le Monde,* 18 de marzo de 1993, p. III.

[64] F. K. RINGER (1998), *Max Weber's Methodology. The Unification of the Cultural and Social Sciences,* Boston, Harvard University Press. Muestra de esfuerzos posteriores, en H. U. WEHLER (ed.) (1984), *Geschichte und Soziologie,* Königstein, Athenäeum Verlag, con textos de H. P. Dreitzel, N. Elias, H. Freyer, C. W. Mills, Ch. Tilly, S. M. Lipset, W. J. Cahnman y A. Boskoff, F. Braudel, H. Stuart Hughes, A. Briggs, Th. C. Cochran, W. O. Aydelotte, Th. Schieder, J. Kocka y E. J. Hobsbawm.

[65] Citando al medievalista T. F. Tout, en G. Barraclough, «Historia», cit., p. 304.

[66] F. MEINECKE (61922), *Weltbürgertum und Nationalstaat,* Munich, p. 22.

[67] N. LUHMANN (1990), *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría,* Barcelona, Paidós. Véase también el *Dossier Luhmann* en los *Cahiers Internationaux de Sociologie,* vol. LXXXIX (1990), pp. 377-398.

[68] R. ARON (1989), *Estudios sociológicos,* Madrid, Espasa-Calpe.

[69] R. FRANCK (ed.) (1994), *L'explication causale dans les sciences humaines,* París, Vrin.

[70] T. L. HASKELL (1998), *Objectivity is not Neutrality. Explanatory Schemes in History*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[71] P. RIDDER (1972), «Historischer Funktionalismus», *Zeitschrift für Soziologie* 1, pp. 333-352.

[72] L. P. PERRY (1967), «The Covering Law Theory of Historical Explanation», en W. Burston y D. Thompson (eds.), *Studies in the Nature and Teaching of History,* Londres.

[73] G. POSCH (ed.) (1981), *Kausalität. Neue Texte,* Stuttgart.

[74] P. H. NOWELL-SMITH (1970), «Historical Explanation», en E. Kiefer *et al.* (eds.), *Mind, Science, and History,* Albany, pp. 213-233; R. MARTIN (1977), *Historical Explanation,* Ithaca.

[75] I. R. PRICE (1969), «Recent QuantitativeWork in History. A Survey of Main Trends», *History and Theory* 9, pp. 1-13; M. LEVY-LEBOYER (1969), «La "New Economic History"», *Annales. E.S.C.* 24, pp. 1035-1069.

[76] C. P. KINDLEBERGER (1990), *Historical Economics. Art or Science?,* Herts.

[77] P. SLOTERDIJK (1972), *M. Foucaults strukturale Theorie der Geschichte, PhJb* 79, pp. 161-184.

[78] K. POPPER (1962 [1934]), *La lógica de la investigación científica,* Madrid, Tecnos; C. G. HEMPEL (1942), «The Functions of the General Laws in History» y (1963), «Reasons and Covering Laws in Historical Explanation», ambos reproducidos en P. Gardiner (ed.), *Philosophy of History,* Oxford, Oxford University Press. La consideración de la objetividad histórica como distinta a la de las ciencias naturales, en C. G. HEMPEL (1988), *La explicación científica. Estudios sobre filosofía de la ciencia,* Barcelona, Paidós.

[79] J. WALCH (1990), *Historiographie structurale,* París, Masson; R. MACKSEY y E. DONATO (comps.) (1970), *The Languages of Criticism and the Sciences of Man*: *The Structuralist Controversy,* Baltimore.

[80] G. BAKKER y L. CLARK (1994 [1988]), *La explicación. Una introducción a la filosofía de la ciencia,* México, FCE.

[81] M. W. WARTOFSKY (1973), *Introducción a la filosofía de la ciencia,* Madrid, Alianza (especialmente vol. 2); G. H. von WRIGTH (1979 [1971]), *Explicación y comprensión,* Madrid, Alianza; J. HINTIKKA, A. MACINTYRE, P. WINCH *et al.* (1980), *Ensayos sobre explicación y comprensión. Contribuciones a la filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Madrid, Alianza; D. H. RUBEN (1993), *Explanation,* Oxford, Oxford University Press.

[82] En discusión con las opciones a favor de la *ciencia natural* y el *sentido común*, y argumentando a favor de la especificidad del *conocimiento histórico,* L. J. GOLDSTEIN (1996), *The What and the Why of History. Philosophical Essays,* Leiden/Nueva York/Colonia, E. J. Brill, colección de ensayos realizados, en esta perspectiva, entre 1962 y 1990.

[83] Una corrección, en dirección probabilística, de las «leyes de cobertura» *(covering laws),* en P. GARDINER (1961 [1952]), *La naturaleza de la explicación histórica,* México, UNAM. Modelos de explicación funcionales o genéticos, en E. NAGEL (1961), *The Structure of Science,* Indianápolis, Hackett Pub. Co. Separando los conceptos de *explicación histórica* y *explicación científica*, W. H. DRAY (1957), *Laws and Explanation in History,* Londres, Oxford University Press.

[84] J. A. COFFA (1993), «Hempel's Ambigüity», en D. H. Ruben (ed.), *Explanation,* Nueva York, Oxford University Press, pp. 56-77.

[85] Más recientemente, interesa la consulta de T. S. KUHN (1977), «The Relations between History and the Philosophy of Science», en *The Essential Tension,* Chicago, University of Chicago Press, pp. 17-18.

[86] Una propuesta de «reconstrucción» desde el pragmatismo como fondo teórico, puede verse en S. HAACKS (1994), *Evidence and Inquiry. Towards Reconstruction in Epistemology,* Oxford, Blackwell.

[87] P. D. MCCLELLAND (1975), *Causal Explanation and Model Building in History, Economics, and the New Economic History,* Ithaca, Cornell University Press. También, entre otros muchos títulos posibles, N. RASHEVSKY (1968), *Looking at History Through Mathematics,* Cambridge Mass.; V. R. LORWIN y J. M. PRICE (eds.) (1972), *The Dimension of the Past. Materials, Problems, and Opportunities for Quantitative Work in History,* Nueva York; K. H. JARAUSCH (ed.) (1972), *Quantifizierung in der Geschichtswissesnschaft,* Düsseldorf.

[88] G. SIMMEL (1916), *Das Problem der historischen Zeit,* «Philosophische Vorträge der Kantgesellschaft» 12.

[89] K. JASPERS (1958 [1938]), *Filosofía de la existencia*, Madrid; J. HABERMAS (1980), «The Hermeneutic Claim to Universality», en J. Bleicher (ed.), *Contemporary Hermeneutics*, Londres, Routledge & Kegan Paul; P. RABINOW y W. M. SULLIVAN (eds.) (1972), *Interpretive Social Science: A Reader,* Berkeley, University of California Press.

[90] K. JASPERS (1984), «Cómo escribir una historia de la filosofía concebida bajo el signo de la universalidad», en VV.AA., *Historia y diversidad de las culturas,* Barcelona, El Serbal/UNESCO, p. 48.

[91] Sobre la «inseparabilidad» entre hecho y teoría, entre hecho e *interpretación*, H. PUTNAM (1999 [1992]), *El pragmatismo. Un debate abierto,* Barcelona, Gedisa.

[92] R. Chartier, «La historia hoy en día...», cit., p. 20. «Galileano» es el modo de referirse C. GINZBURG a la cuantificación, en (1986), «Spie. Radici di un paradigma indiziario», *Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia,* Turín, Einaudi [ed. cast. en Barcelona, Gedisa].

[93] P. BESNARD (1984), «L'imperialisme sociologique face à l'histoire», *Journées annuelles de la Société Française de Sociologie* 6, Lille.

[94] Sobre los diversos significados del término, véase L. VEGA REÑÓN (1990), *La trama de la demostración,* Madrid, Alianza.

[95] A. TUDOR (1982), *Beyond Empiricism. Philosophy of Science in Sociology,* Londres/Boston/Melborune, Routledge & Kegan Paul (especialmente caps. 5 y 6, sobre *explicación* y *demostración*).

[96] Polemizando, I. BERLIN (1966 [1960]), «The Concept of Scientific History», reimpreso en W. H. Dray (ed.), *Philosophical Analysis and History* Nueva York, Harper and Row; (1969), «Historical Inevitabily», en *Four Essays on Liberty,* Londres, London University Press [ed. cast.: Madrid, Alianza, 1988].

[97] Dos aproximaciones útiles, de diversa entidad, pueden seguirse en E. GELLNER (1992 [1973]), *Causa e significato nelle scienze sociali,* Milán, Mursia Editore y A. GURRUTXAGA (1996), *La perplejidad sociológica,* Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

[98] R. F. ATKINSON (1978), *Knowledge and Explanation in History,* Londres, Macmillan.

[99] M. DOGAN y R. PAHRE (1991), *L'innovation dans les sciences sociales. La marginalité creátrice*, París, PUF.

[100] Algo que es bien visible en los *Annales*. Véase en particular O. DUMOULIN (1990), «Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle à l'époque de Marc Bloch», en *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et Sciences sociales*. Textes réunis et présentés par H. Atsma et A. Burguière, París, EHESS, pp. 77-106.

[101] Buena parte de la obra del historiógrafo G. G. Iggers, elaborada con especial referencia a Alemania, contempla estos desarrollos. Véase su propio texto, y en general todo el volumen, en S. BERGER, M. DONOVAN y K. PASSMORE (eds.) (1999), *Writing National Histories. Western Europe since 1800,* Londres/Nueva York.

[102] Entre otros, C. FORCADELL (ed.) (1998), *Nacionalismo e Historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico; J. S. PÉREZ GARZÓN *et al.* (2000), *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica y J. ÁLVAREZ JUNCO (2001), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid, Taurus.

[103] Una síntesis en G. FRANCO (1998), *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna,* Sevilla, Mergablum.

[104] Por ejemplo, P. BURKE (2001), *Eyewitnessing: The Uses of Images as Historical Evidence,* Ithaca, Cornell University Press.

[105] Así lo recordaba P. LASLETT en 1972: «Algunas consideraciones sociológicas sobre el trabajo del historiador», en VV.AA. (1974), *El método histórico. Sus posibilidades y límites. I. Conversaciones Internacionales de Historia*, Pamplona, Eunsa, pp. 15-31.

[106] E. GELLNER (1984), «El rango científico de las ciencias sociales», *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 36/4, pp. 600-620.

[107] C. LÉVI-STRAUSS (1994), *Mirar, escuchar, leer,* Madrid, Siruela, p. 128.

[108] S. KRACAUER (1977 [1923]), «Die Wissenschaftkrisis. Zu den grundsätzlichen Schriften Max Webers und Ernst Troeltsch», en *Das Ornament der Masse,* Frankfurt am Main. También, P. ROSSI (1986), «Max Weber und die Methodologie der Geschichts– und Sozialwissenschaften», en J. Kocka (ed.), *Max Weber, der Historiker,* Gotinga, pp. 28-50. Del propio J. KOCKA, «Max Webers Bedeutung für die Geschichtswissenschaft», *ibid.,* pp. 13-27.

[109] El mismo objetivo se propondrán después sociólogos como, por ejemplo, CH. TILLY (1976), «Clio und Minerva», en H. U. Wehler (ed.), *Geschichte und Soziologie,* Colonia, Neuen Wissenschaftlichen Bibliothek, pp. 97-131 [hay reedición en Athenäeum, 1984] y (1981), *As Sociology Meets History,* Orlando, Academic Press.

[110] P. Veyne, *L'inventaire des différences,* cit., p. 8.

[111] *Ibid.,* p. 55.

[112] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 353.

[113] Ése es el subtítulo precisamente de una revista portuguesa de historia que nació, en 1988, atenta a las novedades en teoría y método (*Penélope. Fazer e desfazer història,* Lisboa, Quetzal).

[114] Una buena introducción en A. MARWICK (2001), *The New Nature of History. Knowledge, Evidence, Language,* Hampshire, Palgrave.

[115] C. WRIGHT MILLS, «Vom Nutzen der Geschichte für die Sozialwissenschaften», en J. Kocka (ed.), *Soziologie und Geschichte…,* cit. *supra,* pp. 85-96.

[116] J. CLIFFORD, *Dilemas de la cultura…,* cit., p. 55.

[117] Es más díficil hoy que en 1971 aceptar el balance optimista de Eric Hobsbawm sobre la superioridad del marxismo frente a la teoría social: «Ni la sociología ni la antropología social, por muy útiles que sean en

determinados momentos, nos sirven hoy de guía», escribió. [E. J. HOBSBAWM (1991 [1971]), «De la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social* 10, p. 12].

[118] J. ROUSE (1996), *Engaging Science. How to Understand Its Practices Philosophically*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.

[119] Para la historia desde la ciencia cognitiva, A. RIVIÈRE (1994), «The cognitive construction of history», en M. Carretero y J. F. Voss (eds.), *Cognitive and instructional processes in history and the social sciences,* Hillsdale, Lawrence Eribaum. Interesa la reflexión del físico Fodor sobre las diversas «*malas maneras*» posibles de aplicar su *teoría de los conceptos,* equivocadamente: J. A. FODOR (1998), *Concepts. Where Cognitive Science Went Wrong,* Oxford, Oxford University Press.

[120] J. ARÓSTEGUI (22001 [1995]), *La investigación histórica. Teoría y método,* Barcelona, Crítica. Véase también L. B. CEBIK (1978), *Concepts, Events, and History,* Washington.

[121] E. O. WRIGHT (1989), «Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases», en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales,* Madrid, Alianza Editorial, p. 21.

[122] J. PIAGET, W. J. M. MACKENZIE, P. F. LAZARSFELD *et al.* (1973), *Tendencias de la investigación en ciencias sociales,* Madrid, Alianza Editorial/UNESCO. Un planteamiento más complejo, y la demanda de una teoría *transdisciplinar*, en E. MORIN (1974 [1973]), *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología,* Barcelona, Kairós; (1978-1992), *El método,* 4 vols., Madrid, Cátedra.

[123] M. FOUCAULT (1968 [1966]), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas,* México, Siglo XXI; (1970 [1969]), *La arqueología del saber,* México, Siglo XXI. También F. SÁNCHEZ VÁZQUEZ (1987), *Foucault y los historiadores. Análisis de una coexistencia intelectual,* Cádiz, Universidad de Cádiz.

[124] F. VALLESPÍN (1993), «El pensamiento en la historia: aspectos metodológicos», en J. Riezu y A. Robles (eds.), *Historia y pensamiento político. Identidad y perspectivas de la historia de las ideas políticas,* Granada, Universidad de Granada, p. 163.

[125] G. Barraclough, «Historia», cit., pp. 366-367.

[126] Ahí radica la necesidad de renovar periódicamente los textos de metodología. Entre los que han nutrido la formación como historiadores de los lectores en español, está C. M. RAMA (21968), *Teoría de la historia. Introducción a los estudios históricos,* Madrid, Tecnos. En los años setenta, sin embargo, los más utilizados fueron obras de Cardoso y Pérez Brignoli, Fontana o Topolsky.

[127] J. J. CARRERAS (1993), «Teoría y narración en la historia», en P. Ruiz Torres (ed.), *«La historiografía», Ayer* 12, pp. 17-28.

[128] En perspectiva didáctica, W. T. R. PRYCE (1994), *From Family History to Community History*, Cambridge, The Open University; M. DRAKE (ed.) (1994), *Time, Family and Community: Perspectives on Family and Community History*, Oxford, Blackwell/The Open University.

[129] R. ARON (1996), *Lecciones sobre la historia (Cursos del Collège de France),* México, FCE, 1996.

[130] P. RICOEUR (1987), «Explanation and Understanding: On Some Remarkable Connections among the Theory of the Text, Theory of Action, and Theory of History», en Ch. E. Reagan y D. Stewart (comps.), *The Philosophy of Paul Ricoeur,* Boston, Beacon Press; (1987), *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico,* 3 vols., Madrid, Cristiandad; y (1989), *Ideología y utopía* (comp. G. H. Taylor), Barcelona, Gedisa.

[131] P. RICOEUR (1977), *The Rule of Metaphor,* Toronto, University of Toronto Press, p. 313.

[132] *Ibid.,* p. 303.

[133] G. BALANDIER (1990), *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento,* Barcelona, Gedisa, p. 231.

[134] E. ÁNGEL (1968 [1961]), *La estructura de la ciencia,* Barcelona, Paidós, p. 405.

[135] G. ALEXANDER (1990), «La centralidad de los clásicos», en A. Giddens, J. Turner *et al., La teoría social hoy,* Madrid, Alianza, pp. 22-80.

[136] Sobre las situaciones de coexistencia de diferentes perspectivas de investigación con contenidos plurales, I. LAKATOS (1981), *Matemáticas, ciencia y epistemología,* Madrid, Alianza Editorial.

[137] L. E. ALONSO (1998), *La mirada cualitativa en sociología,* Madrid, Fundamentos.

[138] O. F. ANDERLE (1958), «Teoretische Geschichte», *Historische Zeitschrift* CLXXXV, pp. 1-54.

[139] E. MORIN (1994), «Sur la transdisciplinarité», *Turbulences* 1 [reproducido en VV. AA. (1997), *Guerre et paix entre les sciences. Disciplinarité, inter et transdisciplinarité. La Revue du MAUSS* 10, París, La Découverte, pp. 21-29].

[140] K. JENKINS (1995), *On «What is History?». From Carr and Elton to Rorty and White,* Londres, Routledge. A favor de la aceptación plena del posmodernismo en historiografía, A. MUNSLOW (1997), *Deconstructing History,* Londres/Nueva York, Routledge, y también P. JOYCE y C. KELLY (1991), «History and Postmodernism», *Past & Present* 133, pp. 204-213. Y del mismo Jenkins puede verse también su libro anterior (1991), *Re-Thinking History,* Londres, Routledge.

[141] A. Munslow, *Deconstructing History,* cit., p. 178.

[142] F. R. ANKERSMIT (1983), *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language,* La Haya.

[143] F. R. ANKERSMIT (1990), «Reply to Professor Zagorin», *History and Theory* 29, pp. 275-296; y, sobre todo, «La verdad en la literatura y en la historia», cit., pp. 49-68. Cita en p. 53.

[144] H. WHITE (1992 [1973]), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, FCE, p. 13.

[145] Como muestra, L. STONE (1991), «History and Post-Modernism», *Past & Present* 131, pp. 217-218; (1992), «History and Post-Modernism», *ibid.,* 135, pp. 189-194; (1992), «Dry heat, cool reason. Historians under siege in England and France», *TLS,* 31 de enero de 1992, pp. 3 ss.; G. ELTON (1991), *Return to Essentials,* Cambridge, Cambridge University Press.

[146] Un intento de refutación de White y de Ankersmitt, criticados por su *relativismo*, en C. LORENZ (1994), «Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for "Internal Realism"», *History and Theory* 33/3. También, y anteriormente, D. CARR (1986), *Time, Narrative, and History,* Indianápolis, Indiana University Press.

[147] Véase W. KANSTEINER (1993), «Hayden White's Critique of the Writing of History», *History and Theory* 32/3, pp. 273-295.

[148] E. MORIN (1983), *El método. II. La vida de la vida,* Madrid, Cátedra, pp. 452-453.

[149] Por ejemplo, M. PÉREZ LEDESMA (1993), «"Cuando lleguen los días de la cólera". (Movimientos sociales, teoría e historia)», en M. Montanari *et al., Problemas actuales de la historia. III Jornadas de Estudios Históricos,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 141-187.

[150] A. GIDDENS (1979), *Central Problems in Social Theory,* Londres, Macmillan, p. 8.

[151] A. GIDDENS (1995), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea,* Barcelona, Península.

[152] G. HAWTHORN (1995 [1991]), «Explicación, comprensión y teoría», en *Mundos plausibles,* Cambridge, Cambridge University Press, p. 246.

[153] E. MORIN (1992), *El método. IV. Las ideas,* Madrid, Cátedra, p. 249.

[154] E. H. GOMBRICH, *Tributos,* cit., pp. 74-75.

[155] P. BERBER y TH. LUCKMANN (101991), *La construcción social de la realidad,* Buenos Aires, Amorrortu, p. 59.

[156] J. HABERMAS [1981], *Teoría de la acción comunicativa*. Véase también A. GIDDENS (1988), «¿Razón sin revolución? La *Theorie des kommunikativen Handelns* de Habermas», en A. Giddens *et al., Habermas y la modernidad,* Madrid, Cátedra, pp. 153-192.

[157] H. F. PLETT (ed.) (2002 [1977]), *Retórica. Posturas críticas sobre el estado de la investigación*, Madrid, Visor.

[158] U. ECO, *La obra abierta* (21979 [1962]), Barcelona, Ariel y, sobre todo, (1995 [1992]), *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge, Cambridge University Press, que incluye textos de otros autores: S. Collini, R. Rorty, J. Culler y C. Brooke-Rose. La distancia entre una y otra de las dos obras de Umberto Eco citadas la expresa claramente Stefan Collini, en su contribución a la segunda de ellas: «Eco fue uno de los teóricos más influyentes que llamó la atención durante las décadas de 1960 y 1970 sobre el papel del lector en el "proceso" de producción de sentido; sin embargo, en sus obras más recientes, ha expresado cierto malestar por el modo en que algunas de las principales corrientes del pensamiento crítico contemporáneo, en especial ese estilo de crítica estadounidense inspirada en Derrida que se autodenomina "desconstrucción" y asociado ante todo a la obra de Paul de Man y J. Hillis Miller, le parecen permitir al lector un flujo ilimitado e incomprobable de "lecturas"» (p. 9).

[159] Entre otras, T. A. SEBEOK (1985), *Contributions to the Doctrine of Signs,* Lanham, University Press of America; (1991), *Semiotics in the United States: The View from the Center,* Bloomington, Indiana University Press; y (1996 [1994]), *Signos: una introducción a la semiótica,* Barcelona, Paidós.

[160] J. M. CASTELLET (1957), *La hora del lector,* Barcelona, Seix Barral.

[161] G. A. MILLER (1951), *Language and Communication,* Nueva York, McGraw Hill y *The Psychology of Communication: Seven Essays,* Nueva York, Basic Books, 1967.

[162] H. G. GADAMER (1993), *Europa und die Oikumene,* cit. en J. Grondin (2000), *Hans-Georg Gadamer. Una biografía,* Barcelona, Herder, p. 433.

[163] A. BENSA (1996), «De la micro-histoire vers une anthropologie critique», enJ. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit. *infra,* p. 66.

[164] G. E. R. LLOYD (1994), *Pour en finir avec les méntalités,* París, La Découverte.

[165] A. Bensa, «De la micro-histoire…», cit., p. 67.

[166] R. RORTY (1990 [1967]), *El giro lingüístico,* Barcelona, Paidós.

[167] Para la situación previa y la actual, véanse respectivamente E. GELLNER (1973), *Cause and Meaning in the Social Sciences,* Londres, Routledge & Kegan Paul, y M. A. CABRERA (2001), «Historia y teoría de la sociedad: del giro culturalista al giro lingüístico», en C. Forcadell e I. Peiró (eds.), *Lecturas de la historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 255-272.

[168] S. SEVILLA (2000), *Crítica, historia y política,* Valencia, Frónesis, p. 141.

[169] R. T. VANN (1998), «The Reception of Hayden White», *History and Theory* 37/2 (mayo), pp. 143-161.

[170] G. M. SPIEGEL (1993), «Huellas de significado. La literatura histórica en la era del posmodernismo», *El País,* suplemento literario *Babelia*, 29 de julio de 1993, p. 5.

[171] J. PICÓ (2003), *Los años dorados de la sociología (1945-1975),* Madrid, Alianza Editorial.

[172] J. B. THOMPSON (1986-1987), «Lenguaje e ideología», *Zona Abierta* 41/42, pp. 159-181.

[173] R. KOSELLECK (1971), «Wozu noch Historie?», *Historische Zeitschrift* CCXII, pp. 1-18.

[174] I. HAMPSHER-MONK, K. TILMANS y F. VAN VREE (eds.) (1998), *History of Concepts. Comparative Perspectives,* Amsterdam, Amsterdam University Press.

[175] J. G. A. POCOCK (1962), «The History of Political Thougth: a methodological enquiry», en *Politics, Philosophy, and Society,* ser. 2, Oxford; Q. SKINNER (1969), «Meaning und Understanding in the History of Ideas», *History and Theory* 8, reimpreso en J. Tully (ed.) (1988), *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics,* Cambridge.

[176] J. C. CHEVALIER (1974), «La langue. Linguistique et histoire», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'histoire*. III. *Nouveaux objets,* París, Gallimard, p. 104.

[177] Un seguimiento espléndido de todo cuanto se menciona a partir de aquí, en J. J. Carreras, *Seis lecciones sobre historia,* cit. *supra.*

[178] E. KESSLER (1982), «Der rethorische Modell der Historiographie», en R. Koselleck, H. Lutz y J. Rüssen (eds.), *Formen der Geschichtschreibung,* Munich, pp. 37-83.

[179] CH. O. CARBONELL (1981), *L'historiographie,* París, PUF. También J. LE GOFF (1977), *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso,* Barcelona, Paidós.

[180] E. FUETER (1970 [1936]), *Storia della storiografia moderna,* Milán-Nápoles, Ricciardi; J. MAZZOLENI (1970), *Paleografia e diplomatica,* Nápoles, Libreria Scientifica Editrice, p. 209, con relación de «normas para establecer» la autenticidad de los documentos.

[181] S. SCHAMA (1993 [1991]), *Certezas absolutas, especulaciones sin garantía,* Barcelona, Anagrama.

[182] A. MABLY (1783), *De la maniére d'écrire l'histoire* [reed. en *De l'étude de l'histoire,* París, Fayard, 1988].

[183] S. GUARRACINO (1990), *Storia: i discorsi sul metodo,* Florencia, La Nuova Italia Editrice; G. P. GOOCH (1954), *History and Historians in the XIXth. Century,* Londres/Nueva York/Toronto.

[184] E. H. GOMBRICH, *Tributos,* cit, p. 87.

[185] Véase T. M. CONLEY (1994), *Rhetoric in the European Tradition,* Chicago, The University of Chicago Press. En otro orden de cosas, J. C. BERMEJO (1990), «La historia, entre la razón y la retórica», *Hispania* 174, pp. 237-276.

[186] E. A. FREEMAN (1886), *The Methods of Historical Studies,* Londres, Macmillan.

[187] J. LE GOFF y E. MAIELLO (1988), *Entrevista sobre la historia,* Valencia, Alfons el Magnanim, p. 16.

[188] G. R. Elton, en R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los caminos…?,* cit., pp. 160-161.

[189] A. C. DANTO (1989 [1965]), *Historia y narración. Ensayo de filosofía analítica de la Historia,* Barcelona, Paidós.

[190] L. O. MINK (1987), *Historical Understanding,* Ithaca, Cornell University Press; F. R. ANKERSMIT (1998), «Danto on Representation, Identity, and Indiscernibles», *History and Theory* 37/4 (diciembre), pp. 44-70.

[191] M. FOUCAULT (1991 [1977]), «What is an Author?», en Ch. Mujerki y M. M. Schudson (eds.), *Rethinking Popular Culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies,* Berkeley, University of California Press, pp. 446-464; H. L. DREYFUS y P. RABINOW (1982), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics,* Chicago; T. J. ARMSTRONG (1992), *Michel Foucault, philosopher,* Nueva York, Routledge.

[192] H. WHITE (1973), *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore/Londres, The Johns Hopkins University Press [trad. en FCE, 1992]; (1987), *The Content of the Form. Narrative Discurse and Historical Representation,* Baltimore/Londres [trad. en Paidós, 1993]; y (1984), «The Question of the Narrative in Contemporary Historical Theory», *History and Theory* 33, pp. 1-33.

[193] Por ejemplo, J. RANCIÈRE (1992), *Les mots de l'Histoire. Essai de poétique du savoir,* París, Seuil. (Se propone también la identificación del «conjunto de procedimientos literarios mediante los cuales un discurso [historiográfico, en este caso] se sustrae a la literatura, se otorga un estatuto de ciencia y lo reviste de significados».) O bien PH. CARRARD (1992), *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier,* Baltimore/Londres, The Johns Hopkins University Press.

[194] «Tentons l'expérience», *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations,* núms. 44/46, pp. 1320-1321.

[195] A. BURGUIÈRE (1990), «De la compréhension en Histoire», *Annales. E. S. C.* 45, pp. 125 ss.; E. D. HIRSCH (1976), *Validity in Interpretation,* New Haven, Conn.

[196] J. C. BERMEJO (1990), «La historia, entre la razón y la retórica», *Hispania* L/1, 174, pp. 237-276.

[197] P. RICOEUR (1987 [1983/1985]), *Tiempo y narración,* 3 vols., Madrid, Cristiandad.

[198] M. DE CERTEAU (1975), *L'écriture de l'Histoire,* París, Gallimard.

[199] L. O. MINK (1978), «Narrative form as a cognitive instrument», *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding,* Madison, pp. 130-149.

[200] R. C. COLLINGWOOD (1953), *Autobiografía,* México, FCE y (1970), *Ensayos sobre la filosofía de la historia,* Barcelona, Seix Barral; A. SINGER (1993), *The Subject as Action. Transformation and Totality in Narrative Aesthetics,* Ann Arbor, The University of Michigan Press.

[201] M. J. VALDÉS (2000), «En torno a la filosofía y la teoría literaria de Paul Ricoeur», en *Con Paul Ricoeur: indagaciones hermenéuticas,* Caracas, Monte Ávila, p. 67.

[202] C. Ginzburg (1989), «De A. Warburg a E. H. Gombrich. Notas sobre un problema de método», en *Mitos, emblemas...,* cit., pp. 38 ss.

[203] Véase a propósito E. WRIGHT (ed.) (1993), *New Representationalism*: *Essays in the Philosophy of Perception,* Aldershot/Brookfield, Avebury; J. HALDANE y C. WRIGHT (eds.) (1993), *Reality, Representation and Projection,* Nueva York, Oxford University Press.

[204] C. GINZBURG (1993), *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri,* Barcelona, Anaya & Mario Muchnik, pp. 22-23.

[205] J. LISZKA (1996), *A General Introduction to the Semiotic of Charles S. Peirce,* Bloomington, Indiana University Press.

[206] R. ROBIN y J. GUILHAMOU (1989), *El discurso como objeto de la historia,* Buenos Aires, Hachette. Un buen resumen crítico de esos problemas en la historiografía europea-occidental, en P. SCHÖTTLER (1995),

«Los historiadores y el análisis del discurso», *Taller d'història* 6, pp. 73-88.

[207] E. PANOFSKY (1979), *El significado en las artes visuales,* Madrid, Alianza Editorial; E. H. GOMBRICH (1983), *Imágenes simbólicas,* Madrid, Alianza Editorial, y (1980), *El sentido del orden,* Barcelona, Gustavo Gili; A. FRUTIGER (1985), *Signos, símbolos, marcas y señales,* Barcelona, Gustavo Gili.

[208] D. W. STAMPE (1981 [1974]), «Hacia una gramática de significado», en G. Harman *et al., Sobre Noam Chomsky. Ensayos críticos,* Madrid, Alianza Editorial, p. 286.

[209] A. DURANTI (2000 [1997]), *Antropología lingüística,* Cambridge, Cambridge University Press, p. 21, y 22 para la siguiente.

[210] O. R. HOLSTI (21968), «Content Analysis», en G. Lindzey y E. Anderson (eds.), *The Handbook of Social Psychology,* II, Cambridge, Addison-Wesley, pp. 597-692; K. KRIPPENDORF (1980), *Content Analysis. An Introduction to Its Methodology,* Beverly Hills, Ca., Sage; E. AMATURO (1993), *Messagio, simbolo, communicazione. Introduzione all'analisi del contenuto,* Roma, La Nuova Italia Científica.

[211] A. RODRÍGUEZ DE LAS HERAS (1991), *Navegar por la información,* Madrid y M. P. DÍAZ BARRADO (1997), *Topología del discurso contemporáneo,* Cáceres, Universidad de Extremadura.

[212] P. FRANKHAUSER (1997), «L'approche fractale. Un nouvel outil de réflexion dans l'analyse spatiale des agglomérations urbaines», *Population* 4, pp. 1005-1040. Se recuerda allí que la teoría no se limita a introducir métodos de medición espacial, sino que obliga a «comprender la organización del espacio humanizado» no al modo homogéneo de la geometría euclidiana, sino según un reparto jerarquizado de elementos, que se comportan en el espacio según un orden interno, no siempre visible debido a la existencia de factores aleatorios.

[213] M. SHERMER (1995), «Exorcising Laplace's Demon: Chaos and Antichaos, History and Metahistory», *History and Theory* 34/1, pp. 59-83.

[214] I. PRIGOGINE (1991), *El nacimiento del tiempo,* Barcelona, Tusquets, y (1999), *Las leyes del caos,* Barcelona, Crítica.

[215] A. ROBBE-GRILLET (1984), *Le miroir qui revient,* París, Minuit, p. 208.

[216] G. SIMMEL (1986), «Kant und Goethe», en *El individuo y la libertad, ensayos de crítica de la cultura,* Barcelona, Península, p. 204.

[217] J. TRABANT (ed.) (1995), *Sprache Denken. Positionen aktueller Sprachphilosophie,* Frankurt am Main, Fischer Verlag.

[218] C. MORHMAN *et al.* (eds.) (1963), *Trends in Modern Linguistics,* Utrecht, Spectrum; Z. S. HARRIS (1951), *Methods in Structural Linguistics,* Chicago, Chicago University Press; T. A. SEBEOK (1975), *The Historiography of Linguistics, Currents Trends of Linguistics,* núm.13.

[219] J. SEARLE (1986 [1969]), *Actos de habla,* Madrid, Cátedra y (1995 [1976]), «Una taxonomía de los actos ilocucionarios», en *La búsqueda del significado,* Madrid, Tecnos, pp. 449-476.

[220] G. HARMAN, J. J. KATZ, W. V. QUINE *et al.* (1981 [1974]), *Sobre Noam Chomsky: Ensayos críticos,* Madrid, Alianza Editorial.

[221] J. SEARLE, «La revolución chomskyana en la lingüística», en *ibid.*, pp. 33-34; N. CHOMSKY (1974 [1957]), *Estructuras sintácticas,* México, Siglo XXI; J. LYONS (1974 [1970]), *Chomsky,* Barcelona, Grijalbo.

[222] J. A. BOON (1972), *From Symbolism to Structuralism. Lévi-Strauss in A Literary Tradition,* Oxford, Basil Blackwell & Mott; J. STURROK (1979), *Structuralism and Since. From Lévi-Strauss to Derrida,* Oxford, Oxford University Press.

[223] C. LÉVI-STRAUSS (1947), *Les formes éleméntales du parentée,* París, p. 181. También M. MARC-LIPIANSKY (1973), *Le structuralisme de Lévi-Strauss,* París, Payot; T. MELEGHY (1993), «Der Strukturalismus: Claude Lévi-Strauss», en J. Morel *et al.*, *Soziologische Theorie,* vol. 3, pp. 131 ss.

[224] J. VIET (1970), *Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales,* Buenos Aires, Amorrortu; (1965), «La notion de structure», *Revue Internationale de Philosophie,* núms. 73-74; (1966), «Structuralism», *Yale French Studies,* núms. 36-37; (1976), «Structuralisme, idéologie et méthode», *Ésprit*, núm. 360.

[225] R. BARTHES (21992), *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces,* Barcelona, Paidós, p. 35.

[226] F. DOSSE (1991/1992), *L'histoire du structuralisme,* 2 vols., París, La Découverte.

[227] F. FURET (1981), «En marge des Annales. Histoire et sciences sociales», *Le Débat* 17, pp. 111-126.

[228] *Ibid.,* pp. 114-115.

[229] Véase R. SAMUEL (1992), «La lectura de los signos», *Historia contemporánea* 7, pp. 51-74. Fundamental para el trasfondo filosófico de estos aspectos es el *reader* K. BAYNES *et al.* (eds.) (1987), *After Philosophy End or Transformation?,* Cambridge Mass./Londres, The MIT Press. (Incluye textos de Apel, Blumemberg, Davidson, Derrida, Dummett, Foucault, Gadamer, Habermas, Lyotard, McIntyre, Putnam, Ricoeur, Rorty y Taylor).

[230] C. GEERTZ (1989), *El antropólogo como autor,* Barcelona, Paidós; (1972), «Deep Play: Notes on the Balinese Cockfight», *Daedalus* 101, Harvard, reprod. en CH. MUJERKI y M. SCHUDSON (1991), *Rethinking Popular Culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies,* Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, pp. 239-277.

[231] G. MARCUS (1993), *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX,* Barcelona, Anagrama, p. 13.

[232] C. NORRIS (1993), *The Truth about Postmodernism,* Oxford, Blackwell; P. M. ROSENAU (1992), *Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads, and Intrusions,* New Jersey, Princeton University Press.

[233] S. SEVILLA (1993), «Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración», en P. Ruiz Torres (ed.), *La historiografía*, *Ayer* 12, pp. 29-46.

[234] E. D. ERMATH (1992), *Sequel to History. Postmodernism and the Crisis of Representational Time,* New Jersey, Princeton University Press.

[235] S. R. SULEIMAN e I. CROSMAN (eds.) (1980), *The Reader in the Text,* Nueva Jersey, Princeton; J. P. TOMPKINS (ed.) (1980), *Reader-Reponse Criticism,* Baltimore.

[236] D. F. MCKENZIE (1986), *Bibliography and the Sociology of Texts*, Londres, The British Library. También W. ISER (1978), *The Act of Reading*, Londres y H. BLUMENBERG (1981), *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt, Suhrkamp; G. LEVI (1989), «Retorica e storia», en G. Starace, *Le storie, la storia*, Venecia.

[237] Una perspectiva sugerente en G. BOTTIROLI (1993), *Retórica. L'intelligenza figurale nell'arte e nella filosofia,* Turín, Bollati Boringhieri editore.

[238] H. G. GADAMER (1993), *Elogio de la teoría,* Barcelona, Península, p. 9.

[239] R. RORTY (1996 [1982]), *Consecuencias del pragmatismo,* Madrid, Tecnos, p. 217.

[240] *Ibid.,* p. 171.

[241] L. HÖLSCHER, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos *(Begriffsgeschichte)*», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural,* cit., pp. 69-81.

[242] R. KOSELLECK (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós, p. 287.

[243] P. SCHÖTTLER (1995), «Los historiadores y el análisis del discurso», *Taller d'història* 6, pp. 73-88.

[244] Véase *The Johns Hopkins Guide to Literary Theory and Criticism* (1993), Baltimore, The Johns Hopkins University Press, donde puede encontrarse información tanto sobre la *teoría de los arquetipos* o la *teoría de la recepción,* por ejemplo, como sobre Barthes, Ricoeur o White. Importa destacar el papel de Paul de Man en toda esta tendencia. Entre otros textos, véase E. S. BURT (ed.) (1992), *Romanticism and Contemporary Criticism. The Gauss Seminar and Other Papers,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[245] L. STONE (1991), «History and Post-modernism», *Past and Present* 131 [versión española en *Taller d'historia* 1 (1993), p. 59] y (1992), «Dry heat, cool reason. Historians under siege in England and France», *Times Literary Supplement,* 31 de enero de 1992, pp. 3 ss.; G. HIMMELFARB (1992), «Telling it as you like it. Post-modernist history and the flight from fact», *Times Literary Supplement,* 16 de octubre de 1992, pp. 12-15. Siguiendo muy de cerca los movimientos desencadenados por Stone, A. MORALES MOYA (1992), «Historia y posmodernidad», *Ayer* 6, pp. 15-38 y E. MORADIELLOS (1993), «Últimas corrientes en historia», *Historia Social* 16, pp. 97-113. *«Moderadamente optimista ante el futuro»,* de persistir las nuevas corrientes, se muestra finalmente el propio STONE (1995), «The future of history», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* vol. I, Santiago de Compostela, pp. 177-189.

[246] R. Samuel, «La lectura de los signos», cit., p. 68.

[247] D. FRISBY (1992), *Fragmentos de la modernidad,* Madrid, Visor (sobre la *fragmentariedad* del pensamiento de Benjamin, Simmel y Kracauer); M. BERMAN (1982), *All That the Solid Melts Into Air* (trad. en Siglo XXI), sobre Marx, Baudelaire, etc. Y, sobre todo, W. BENJAMIN, *Passagenwerk* (trad. en Taurus, *Iluminaciones. 2*) a propósito de esa «desagregación espontánea» de la experiencia que había descrito F. TÖNNIES en 1895: «Considérations sur l'histoire moderne», *Annales de l'Institut Internationale de Sociologie* 1, p. 246. El referente filósofico fundamental es, no obstante, Nietzsche. [Véase a propósito G. VATTIMO (1992), *Introduzione a Nietzsche*, Roma/Bari, Laterza.]

[248] G. GUNN (1987), *The Culture of Criticism and the Criticism of Culture,* Nueva York/Oxford, Oxford University Press (especialmente el cap. 6: «The Humanities and Theirs Discontents: Mikhail Bajtin and the Recovery of Alterity»).

[249] R. CHARTIER (1998), *Au bord de la falaise: l'histoire entre certitudes et inquiétude,* París.

[250] G. SIMMEL, *Filosofía del dinero*, 1900, cit. en D. Frisby, *Fragmentos...,* cit. p. 163. Véase también K. H. WOFF (ed.) (1959), *Essay in Sociology, Philosophy and Aesthetics by Georg Simmel et al.,* Ohio.

[251] A. DANTO (1984), *Historia y narración,* Barcelona, Paidós.

SEGUNDA PARTE

III. Transformaciones de la disciplina histórica en el siglo XX. Historias «sectoriales» e historias«alternativas»

La historia social. La demografía histórica

En las páginas anteriores he mostrado mi idea respecto al nacimiento de la *«historia social»,* entendida de manera genérica. En mi interpretación de las transformaciones de la *ciencia histórica* a lo largo del siglo XX ocupa un lugar central, como ha podido verse, la idea de que el deslumbramiento ejercido por las seguridades y certezas metodológicas ofrecidas por la ciencia social irían despertando el afán mimético de los historiadores. Quienes aprovecharon las ventajas ofrecidas por los métodos de trabajo de la sociología[1] y otras ciencias sociales (psicología y economía) frente a las técnicas elementales del *positivismo* historiográfico y la intuición *historicista* –que se mostraba insegura y abierta–, jugarían con ventaja en las estrategias y resultados del *cambio* historiográfico.

Es ésta la tensión que se halla en la raíz del acercamiento pionero de algunos historiadores (más o menos aislados, más o menos triunfantes) a las disciplinas limítrofes que se ocupan también, como la propia historia, del sujeto humano; es el cordón umbilical que nutre aquel producto intelectual –de impostación *científica, ética* y *política*– que hoy conocemos como *«historia social»*[2].

La *historia social* constituye un campo de estudio, como escribió hace años Julián Casanova, «que se ha desarrollado con enorme celeridad en las últimas décadas», y en el que «las orientaciones teóricas son tan diversas –a menudo tan vagas y poco claras–», y en el que «las peculiaridades nacionales [son] tan importantes»[3], que es difícil decir cosas que sirvan para todas ellas. Si a eso se añade que los replanteamientos más recientes de la historia social son a veces tan drásticos y autocensores, nada puede extrañar que cualquier afirmación de aspiración sintética pueda ser refutada o discutida. Me limitaré en las páginas que siguen, en consecuencia, a proporcionar a los lectores algunas de las pautas de su constitución disciplinar, haciendo hincapié en sus estrategias metodológicas, de acuerdo con el argumento principal que he seguido hasta aquí (que la *historia social* pretendía convertirse en una alternativa global a la historia *política,* y que en parte importante lo consiguió).

Ello supone acercarse a *tendencias* que han ido conformando tradiciones y escuelas diferentes en el estudio histórico de *lo social.* Estuvieron especialmente deslumbrados por la superioridad explicativa de las ciencias sociales aquellos que propusieron la ruptura frente a la convención académica a principios de siglo,

encabezados por los franceses Marc Bloch y Lucien Febvre[4]. Desde la década de 1910 en adelante, primero en la dinámica Estrasburgo[5] y después en el París de la Sorbona[6], ellos anduvieron reclamando una completa recomposición del campo historiográfico. Eran buenos conocedores de las derivas sociocientíficas más recientes de los países limítrofes, las de Alemania muy en especial[7], y querían adaptarlas al giro intelectual que sentían brotar en la propia Francia, soñando situarse al frente de aquél. Aspiraban a renovar su campo disciplinar, y pensaron que podrían atreverse a construir, con la ayuda de las ciencias sociales (la economía y la psicología social, además de la versátil sociología durkheimiana), una *historia total.* No iban a ver fruto, sin embargo, hasta muy poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, en la que Bloch fue fusilado por los nazis. Después de aquella fecha, los éxitos del *estilo* y *procedimiento* de «hacer historia» que Bloch y Febvre querían imponer estaban asegurados y prosperarían largo tiempo[8].

Pero no todo lo que habría de cambiar la historiografía, a partir de ahí, obedeció a su innegable esfuerzo singular. Aun antes de ellos, su compatriota Henri Berr se había caracterizado por una fuerte reacción contra el historicismo alemán, criticando severamente la importancia que esta corriente otorgaba a *lo individual.* En su opinión, la historia debía ser el punto de coordinación interdisciplinar para el estudio de la sociedad, y no otra cosa, y la *Revue de Synthèse historique* (que él mismo había fundado en 1911) sería el lugar de encuentro, el ámbito de convergencia de una operación múltiple, polifacética, de *exploración social*[9]. Sus propios manifiestos a propósito del lugar que la historia ocupaba en el conjunto de las ciencias sociales están en el origen de las ideas que luego difundió *Annales*. Sobre esa perspectiva de renovación disciplinar que propició una editorial, Armand Colin[10], y que creó una escuela, la de *Annales,* la historia no podría contentarse con ser un relato de hechos y una manera práctica pero imprecisa de verificarlos. Es cierto que el historiador no podía recomponer el pasado con *toda exactitud* y en su *totalidad* –se acabará reconociendo–, pero al menos debería hacer *inteligible* todo aquello de él que se pudiera conocer.

Contaba con una serie de disciplinas en su entorno, las ciencias sociales, que deberían contribuir a la inteligencia de los procesos sociales *en el tiempo* en calidad de herramientas *(outillage)* a la vez que de fuente de inspiración teórica, como una especie de cantera de *preguntas*. No todas esas disciplinas, sin embargo, habían adoptado aún la forma definida con que hoy las conocemos. La *psico-antropología,* por ejemplo, emergente en París durante los años veinte, luchaba entonces contra la absorción que pretendía la sociología durkheimiana. Bloch tomará las dos vertientes que la componen *(psicología* y *antropología)*

para escribir sus *Reyes taumaturgos* (1924), un libro de importancia excepcional, a modo de una lección práctica de su propuesta de renovación de la historiografía.

Aun cuidando con mimo la recepción de aquella doble influencia novedosa (psicología social y etnología), Bloch sacaba también para su intento todo el partido posible a la *ciencia social* por excelencia, la *sociología*. Con la *economía* ordenaría a su vez los datos de otro libro, quince años posterior y también un clásico, *La sociedad feudal* (1939)[11]. A pesar de que la historia *total* resultó ser un objetivo excesivamente ambicioso como para alcanzarse, sus seguidores hallarían razones para sentirse orgullosos de la elección. A comienzos de los años sesenta, Fernand Braudel expresaba su satisfacción por el hecho de que «todas las ciencias del hombre, comprendida la historia, están contaminadas unas por otras», de manera que «hablan, o pueden hablar, el mismo idioma»[12].

Quedaba, sin embargo, la tarea de convencer al medio profesional de que adoptasen el giro pretendido, pero también esta tarea la coronó el éxito. En el brillante porvenir institucional de la escuela de los *Annales* resultaría clave su modo peculiar de abordar la tentativa *interdisciplinar*. Tomaron de las ciencias sociales en expansión –la geografía, la demografía, la sociología, la economía, la psicología– una serie de préstamos *formales*, de hallazgos *conceptuales* y de *técnicas* de exploración (reconducidas *cuantitativamente* a partir de la posguerra)[13], y construyeron con todo ello un supuesto de actuación *práctico,* altamente operativo, sucedáneo de una teoría historiográfica *propia*.

Inventaron quizá una *pseudoteoría* historiográfica, como les ha sido aplaudido o criticado, en la medida en que no aspiraban a la detección de leyes o generalizaciones fuertes[14], donde la *novedad* venía representada por el intento de alcanzar una definición satisfactoria del *tiempo histórico* y hacer explícita la función del *presente*[15]. Y, si bien no era ésta la primera ocasión en que los historiadores se aproximaban a esa doble dimensión (de hecho, toda historiografía aborda ese problema)[16], lo que es incuestionable es el que el modo de hacerlo de la Escuela de los *Annales* lograría un impacto desconocido y una gran proyección. Se alabarían aun desnaturalizadas, no sólo en otros contextos sino en los suyos propios, porque es bien cierto que al hablar de la *longue durée* (la larga duración), por poner el ejemplo más rotundo, ni siquiera el propio Braudel seguiría sus fronteras de delimitación conceptual tal como él mismo las había fijado[17]. Sin embargo, lo importante es que en esa escuela se hablaría más que nunca del *tiempo histórico* («le temps de l'historien») y de las connotaciones de *presente* que hay siempre en toda historia, sea la que sea[18].

Aquella ausencia de teoría propia lejos de convertirse en un problema para organizar la historia sobre un nuevo esqueleto *científico-social,* iba a facilitar a medio plazo su auge y expansión[19]. Porque permitía continuar defendiendo,

aun transformadas, las señas de identidad profesional del historiador, y recuperaba del historicismo todo cuanto podía absorber sin riesgo, revistiéndolo de un ropaje de estreno. El *nuevo* historiador, forjado en el crisol de las ciencias sociales, debería mantenerse siempre alerta para no ser engullido por éstas, pero a la vez «sabría» que precisamente de las ciencias sociales procede su superior capacidad para enfrentarse a las tendencias *viejas*[20].

Medio siglo después de aquel esfuerzo, la mayoría de los historiadores acepta de buen grado su inscripción en el ámbito de las ciencias sociales, al margen de que la historia siga viniendo inscrita, en los programas y proyectos científicos, dentro del ámbito de las «humanidades», muchas veces sin más. Pero por otra parte los historiadores gustamos de hacer explícita nuestra identidad *propia,* admitiendo que el uso de las técnicas y métodos que compartimos con otras disciplinas representa algo *diferente,* ajustado a las necesidades específicas de nuestro objeto y a su particular demarcación. Admitimos no obstante, muchas veces, que lo que se ha conseguido indiscutiblemente con tanto esfuerzo y a lo largo de un siglo, es plantear a la historia nuevas *preguntas,* aunque las respuestas *convincentes* tarden más en venir.

El éxito de los *Annales* no evitaba con todo el desconcierto: «Hay una crisis general de las ciencias del hombre», escribirá Braudel en uno de sus textos más emblemáticos, siendo que «todas ellas se encuentran abrumadas por sus propios progresos, aunque sólo sea debido a la acumulación de nuevos conocimientos y a la necesidad de un trabajo colectivo cuya organización inteligente está todavía por establecer; directa o indirectamente, todas se ven afectadas, lo quieran o no, por los progresos de las más ágiles de entre ellas, al mismo tiempo que continúan bregando con un humanismo retrógrado e insidioso, incapaz de servirles ya de marco. A todas ellas, con mayor o menor lucidez, les preocupa el lugar a ocupar en el conjunto monstruoso de las antiguas y recientes investigaciones, cuya necesaria convergencia se vislumbra hoy»[21]. La ordenación del total ya existente cuando así se expresaba no era, por cierto, fácil.

El *cuantitativismo,* pero también el *estructuralismo* –su concepto de historia lenta, casi «inmóvil»–, serían los instrumentos de perfección teórica y metodológica que entrevió y puso en práctica Braudel[22]. El historiador tendría que ampliar el marco del conocimiento general, profundizando en él y extendiéndolo en un esfuerzo máximo por construir una especie de fresco, que debería desbordar tanto los límites de su disciplina como las fronteras de *lo nacional,* de manera que los resultados pudieran hacerse extensivos a otras sociedades y lugares, *comparándolos*[23]. Ése era ya el objetivo de Marc Bloch, su idea ambiciosa respecto a la labor historiográfica, aspiración que se

acomodaba bien a la oleada sociologizante que, por entonces, estaba haciendo del comparativismo una estrategia de investigación universal[24].

Como se ve, era una idea muy distinta en principio a la imperante en el historicismo positivista, que seguía permitiendo o incluso fomentando objetos bien pequeños de investigación, cuya validez de interpretación se agotaba en sí misma y cuyo carácter *representativo* no se hacía trascender. Pero aquella ambición de metodologías generalizadoras dañaba en cambio, presuntamente, la eficacia y el placer de la lectura. El *receptor* del texto, el lector, se resentía de la evidente pérdida de interés del historiador por encantarle con su narración –por hacerlo su cómplice–, sufría del abandono y dejadez del autor frente a un antiguo compromiso, el de «enseñar deleitando».

Uno de los aspectos más criticados a la *nueva historia*, conceptualizante y de base numérica (y la crítica vale incluso para el propio Marc Bloch), es su pesadez y vaguedad narrativas. Sería esta característica inherente a sus objetivos, y una parte del precio a pagar por conseguirlos. Bloch quería, en efecto, que lo conocieran como un historiador «comparativista» –según le escribió a E. Gilson en diciembre de 1933–, mejor que como «medievalista»[25]. Pero la estrategia *comparada* en historiografía no favorece seguramente la tersura y viveza del relato, salvo que se sacrifique por completo la precisión o se mutile penosamente la información que sostiene el conjunto.

El resultado de la estrategia *sociocientífica* seguida por Bloch era, no obstante, sorprendente para la época. Su manejo de la pluma producía unos efectos muy distintos a los que se esperaban del género histórico: «Para llevar a cabo su trabajo –escribe su biógrafa Carole Fink–, Bloch experimentaba la necesidad de todo tipo de saberes: lenguas, geografía, derecho, teología o ciencias, así como de la historia nacional de una media docena de países. Expresándose en un estilo a veces insuficientemente disciplinado, a menudo en exceso alusivo y considerado demasiado erudito, su pensamiento, alimentado de un conocimiento difícilmente delimitable, se clavaba como un rayo fulgurante, capaz de despertar en el lector estupefacto la nostalgia de un relato más familiar, y de una interpretación más tradicional»[26].

Con todo, y desde la perspectiva actual que concede una nueva atención a las palabras (al *texto* y al *discurso*), si bien no puede ignorarse aquel coste indudable en cuanto a la facilidad de lectura, hay que reconocerle en cambio a Bloch que hiciera una exploración tan cuidadosa de la evolución del lenguaje, su interés evidente por la *historia* de los conceptos y las palabras. Al fin y al cabo, eran las pautas del método filológico las que formaban aún la nervadura de sus investigaciones sobre la servidumbre en la Edad Media, aunque la explicación final en su relato fuera ya de orden socioeconómico[27].

El conjunto de resultados colectivos ofrecido por la escuela francesa, exportados a partir de los años cincuenta, llama todavía hoy la atención. Tomando en préstamo de la antropología, de la psicología social o de la sociología conceptos tales como el de *mentalidad* (llegado desde la etnología de Lévy-Bruhl)[28] o de *memoria histórica* (tomado del sociólogo durkheimiano Maurice Halbwachs), aquella «nueva historiografía social» mereció una fortuna excepcional entre otros colectivos limítrofes, y desbordó con éxito las fronteras francesas. Llamaría la atención de *otros* científicos sociales ese modo de hacer, el riesgo afrontado en esa operación historiográfica inusual, y la harán objeto de su atención crítica, aceptando incluirla en su discusión conceptual y teórica.

Por supuesto, la experiencia de historia social con el sello francés halló reflejo, y a veces muy potente, en otras historiografías nacionales, donde ha contribuido poderosamente a mover las aguas de la disciplina en situaciones de estancamiento[29]. Fuera de Francia, esta *nueva historia* (que se dirá a sí misma «nueva» periódicamente y nunca parecía dispuesta a envejecer) se convertiría pronto en distintivo profesional de movimientos *permanentemente* aspirantes a una renovación, y que no eludían el debate teórico y metodológico, unas veces en combinación con el marxismo y otras, las más frecuentes, en competencia con él. Temas como el de la «revolución industrial» en Inglaterra y los cambios socioeconómicos que la precedieron se renuevan así profundamente en la encrucijada de los años sesenta y setenta[30].

Además de servir de patrón para la introducción de temas o de líneas de investigación nuevos, la escuela francesa de los *Annales* sería con frecuencia fuente de inspiración para quienes aspiraran a forjar una alternativa epistemológica a la historia convencional[31]. Esa alternativa radical, a la que se otorga una base etnológica o antropologizante, hasta hoy no se ha visto sin embargo cumplida[32], o al menos no lo ha hecho en los términos y por los vericuetos por los que deseaba encaminarla el esfuerzo francés. Los *Annales* no tienen en su haber –aunque alguna vez han dicho sus seguidores que la habían encontrado– una epistemología distinta a la de la historia anterior, ni consiguen la erradicación práctica (y no sólo verbal) de los procedimientos empíricos utilizados convencionalmente por los historiadores. Pero ello no muestra, a mi modo de ver, más que lo resistente que es en realidad el tejido disciplinar *positivista-empírico* de la historia, conformado por las modulaciones del historicismo. La impostación *realista* dominante que sostiene *Annales,* con sus implicaciones sustantivas sobre la idea de *objetividad,* se deberá al filósofo neokantiano Renouvier[33], por otra parte.

Michel de Certeau consideró, a principios de la década de 1990, que la *ruptura* a través de los *Annales* era bien visible, y que se acreditaba en el creciente interés

de la historiografía por el estudio de las *representaciones*. A su través, la ciencia de la historia («una ciencia sin medios para serlo») superaría la fractura entre *sujeto* y *objeto* y anularía el abismo entre *presente* y *pasado*. Las impostaciones prácticas de ese concepto de «representación» –de indudables resonancias intuitivas y subjetivistas, aunque no nietzscheanas–, un concepto que aplica, por ejemplo, Roger Chartier en confluencia con el de «práctica» para reconstruir la *historia cultural* (lo veremos con detenimiento más abajo), aún no ha multiplicado sin embargo sus frutos como para poder hablar de un cambio epistemológico sustantivo, a pesar de lo interesante de sus acercamientos transversales[34] y del importante referente que fue, durante un tiempo, Michel Foucault[35].

Nada de ello es extraño. Porque, si a las décadas que se abren entre 1940 y 1970 nos remitimos, tampoco predominan en ellas los influjos no realistas y antiobjetivistas, casi del todo ausentes en los esfuerzos historiográficos simultáneos que, también a favor de construir una *historia social,* fueron acometidos en Inglaterra o los Estados Unidos, y por supuesto no aparecen tampoco en los intentos y realizaciones debidos al marxismo. El fuerte influjo del pragmatismo y el empirismo norteamericanos en la historiografía –tal como hoy tienden a ir predominando–, y la fuerza creciente de los *interaccionismos* (especialmente del apodado *simbólico*) son, por lo general, bastante posteriores. Y desde luego, mucho más extraordinaria es aún la inspiración *subjetivista* y *fenomenológica*, vista en su conjunto. Hasta ese punto, pues, dominan el objetivismo realista y el positivismo empírico, en general.

Pero el caso es que, interesando a la opinión y el mercado científicos como ningún otro modelo historiográfico, rozando a veces comportamientos excluyentes en el seno del gremio (la prepotencia metodológica de la «Escuela» francesa admite pocas dudas), fue precisamente bajo el efecto deslumbrante y seductor de los *Annales* como irían tomando forma algunas de las polémicas más interesantes (las más aireadas también) que se han desarrollado en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX. Discusiones siempre entreveradas del apetito de triunfo de unas corrientes de investigación sobre las más antiguas, y de unos enfoques teóricos sobre otros[36].

Si dejamos aparte su carácter *político* coyuntural (su relación con los cambios de los años sesenta y setenta)[37], tales polémicas remiten a la abolición de límites en la ampliación de objetos de investigación en historia (y al repertorio ampliado de nuevas *fuentes*) características de la *historia social*. Siendo que bajo un rótulo como éste conviven aproximaciones de inspiración diversa, es clara sin embargo la apuesta innovadora de la escuela francesa: lo mismo en cuanto al tipo de conocimiento a que finalmente aspira que en las demostraciones, tan

numerosas, de su notorio afán por coronar la rueda de las ciencias sociales situándose en su cúspide, como quería Braudel[38].

* * * * *

Hay sin embargo otra forma, de origen bien distinto, de acercarse a la aparición de la *historia social*, y tiene que ver con el sentido más restringido que el término adoptó durante un tiempo. Identificada con la *historia del movimiento obrero*, fue por extensión *historia del proletariado*, historia de las *clases trabajadoras* o las *clases subalternas* y en parte, finalmente, *historia del trabajo*[39]. Su concepto principal, el de *clase social*, ha ido evolucionando en el interior de los enfoques del marxismo –pero no sólo en ellos–, sin dejar de mantenerse como uno de los tópicos centrales, si no el más importante en las identidades colectivas[40]. La primera formulación consistente de una *teoría de las clases sociales* está en los textos de Karl Marx, que en el primer capítulo del *Manifiesto Comunista* dice que toda la historia es «una historia de la lucha de clases», una confrontación perpetua (unas veces explícita y otras soterrada) entre opresores y oprimidos[41]. Con dos clases protagonistas en cada periodo (y las demás desempeñando un papel subalterno), siempre acabará saliendo de cada confrontación una de ellas triunfante y la otra derrotada. Así, la *burguesía* (un concepto central en la teoría marxista)[42] habría triunfado recientemente sobre la *aristocracia,* y así el *proletariado* derrotaría algún día a aquella otra, dando lugar al nacimiento de una nueva estructura social[43].

Los años sesenta y setenta fueron testigos de polémicas intensas acerca de la validez de este concepto de clase social que los marxistas defendían con mayor o menor grado de ortodoxia. En especial, el marxismo *estructuralista* reafirmará los ejes de discusión en que se habían apostado, en la posguerra, una serie de círculos diversos de historiadores que seguirán las ideas de Marx, aunque apenas mantengan contacto con la historiografía oficial soviética[44]. Es Inglaterra el ámbito más interesante para seguir el hilo historiográfico del materialismo histórico[45]. De allí surgió, con el correr del tiempo, una variante apta para el giro *sociocultural* que, en los años sesenta y sobre todo setenta, comienza a hacer virar los centros de atención de los historiadores, desplazándolos desde la economía (y en su caso la sociología) hacia otras disciplinas, la antropología social[46] pero también la lingüística, y en algún caso la semiótica.

Esa variante, la más difundida acaso y la que se mantiene más fértil con el paso del tiempo (también quizá la que más han ido apreciando progresivamente tanto sociólogos como antropólogos)[47], es la que encarna Edward Palmer Thompson, de quien es obligado hacer mención, entre otras cosas, por su renovación del concepto de clase. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) E. P.

Thompson aplicará su gran capacidad para reintroducir, sin descuidar la impostación teórica, la *historia* (como tiempo y particularidad) en el análisis[48].

La clase no *es* o *existe*, dice Thompson, sino que *se hace*, deviene, se construye *(making, happening)*, es decir, existe y *continúa* por un periodo de tiempo[49]. Eliminando la cosificación del hecho social, que no sólo el estructuralismo sino también la sociología durkeimiana representan, Thompson hace perder su esencia íntima al marxismo (quizá) cuando trata de demostrar, con un despliegue abrumador de empiria, que la clase social –cualquiera que ésta sea– no sólo no *es* una realidad *estática*, sino que tampoco constituye el resultado de unas *relaciones de producción* determinadas. La clase es para él, por el contrario, una *relación* («cultural», «histórica», puesto que los dos calificativos remiten al mismo contexto), forjada a través de *experiencias* comunes de hombres y mujeres bien reales, concretos. De esas experiencias, unas son forjadas por ellos mismos, otras vendrán en cambio heredadas de quienes les preceden, pero todas son *sentidas* por igual como el sustrato de una *identidad* propia, y en torno a esa identidad articulan sus particulares *intereses,* distintos a su vez a los de otros aquellos hombres y mujeres.

En su aplicación a Inglaterra, matiza Thompson una de las generalizaciones fundamentales de la teoría marxista (el proletariado como una clase creada por la industrialización), y, sostiene, que la *identidad* de clase obrera, antes que por los nuevos obreros de fábrica, fue construida por los partícipes de los viejos oficios, por artesanos que precedieron a la industria. Y que precisamente la creación de esa *experiencia* se debió a los impactos negativos que en sus vidas (tanto en el terreno económico como político y cultural) entrañó el cambio en la producción. De ellos se nutriría, ciertamente, la primera sindicación[50].

La segunda mitad de los años setenta y el principio de los ochenta serán el escenario de la resolución a favor de los planteamientos empiricistas (sin embargo antes criticados) de una polémica, en buena medida interna al marxismo, en torno al peso de la *teoría* en historia social. De una manera u otra, ello conllevará una profunda revisión de la historia social como inseparablemente ligada a la militancia socialista[51]. Y en parte, se resolverá no reduciendo la importancia de la teoría, aminorándola, sino cambiando unos referentes por otros, yendo a productos de síntesis a veces, en especial la doble aproximación a Marx y a Weber que ocupa escenarios distintos, tanto en Europa como en Norteamérica[52].

En Alemania la prevalencia del historicismo hará que después de 1945 apenas puedan percibirse otras corrientes que aquella poderosa tendencia, fuerte hasta el comienzo de los años sesenta, en que se hace presente la corriente de interpretación sociocientífica: de «historicismo *retenido* política y moralmente»

calificó a esta época el historiador Ernst Schulin. La resistencia a desaparecer del historicismo no evitará, con todo, que polémicas de antes de la guerra, como la que sostuvo Lamprecht en torno a la historia cultural, o esfuerzos de radical oposición como el que protagonizó Eckart Kehr a finales de los años veinte y principios de los treinta basándose en el análisis de clase, quedaran relegados a un segundo plano. Las «novedades» iban a tardar años en darse a conocer y lo harían sólo cuando, por fin, logra imponerse la *historia social* en Alemania[53].

En el momento de su irrupción, tiene ésta que ver con Marx, pero también con el doble papel desempeñado por la obra de Weber en la fundamentación de la democracia alemana después de la Segunda Guerra Mundial, y con su influencia general en las ciencias sociales54[54]. Max Weber es igualmente el punto de unión entre la historia y las ciencias sociales, habiendo sido admitido en Alemania incluso por los historiadores más convencionales, que matizan su ingenuismo empírico con aportes conceptuales y un cierto equilibrio teórico influjo de la sociología weberiana. Una *Gesellschaftgeschichte,* más convencional, y una *kritische Sozialgeschichte* (historia social crítica), prendada a su vez de la comparación y del papel esencial de la teoría en la historia, habrían de marcar entre sí considerables distancias[55]. La aportación de Weber, contribuyendo a desvanecer la fe convencional en la comunión de ideas que propugnaba el historicismo y en que las fuentes tenían un carácter directo y verdadero, resulta en la historia social *crítica* fundamental, abriendo las investigaciones germánicas en historia social a una relación estrecha entre economía, política y cultura (frecuentemente en perspectiva *comparada*), una aproximación que, hasta entonces, apenas se había ofrecido desde la historiografía y que exacerba su propensión al debate político y moral.

Por otra parte, el interés que Weber despierta en la ciencia social de los años sesenta y setenta (incluso en Francia, un país dominado por la sociología durkheimiana), tiene que ver sin duda con un cansancio grande del empirismo que dominó hasta ahí la teoría y la práctica sociológicas. Por eso, no carece de interés la pregunta que se hace el historiador alemán Theodor Schieder cuando se interroga acerca de cuál debería ser el límite en la importación de préstamos de las ciencias sociales, y evalúa su peso en la renovación historiográfica. Ahí quedaría la conclusión de Kocka: «A través de la comparación, la historia se abre hacia sus disciplinas colindantes de carácter sistemático. Y viceversa, la comparación remite a los sociólogos, politólogos, y etnólogos a la historia. La comparación histórica se muestra como un campo de encuentro para representantes de distintas líneas de investigación, un espacio para la investigación interdisciplinar. La apertura de las ciencias sociales forma parte del orden del día. La comparación allana el camino para lograr este objetivo»[56].

La relación estrecha entre historia y sociología irá adelante (así como también con la filosofía, especialmente Habermas) y será bien fructífera, al menos hasta que a principios de los años ochenta la escuela estructural de historiografía alemana, *Sozialgeschichte o escuela de Bielefeld,* se viera obligada a hacer frente a una doble presión: la del retorno de la narratividad tradicional (Thomas Nipperdey y Jörn Rüssen, por ejemplo, que proporcionan argumentos teóricos para volver a ella) con la renovación de las aproximaciones hermenéuticas, y la ofensiva derivada de la *Alltagsgeschichte* o «historia de la vida cotidiana», presentada en principio como una variante radical (y muy probablemente de inspiración neohistoricista) de la *historia oral,* que vendrá a propugnar el valor central de la inmediatez y «lo vivido», y que renuncia a mantener como foto fija una teoría de fondo en historiografía. Hans Medick, desde Gotinga, iniciaba con la estrategia de *lo cotidiano* una ofensiva que no tardaría en prosperar, y a la que desde la historia *social-estructural* se le respondió pronto con energía[57].

* * * * *

La *historia social* había nacido, pues, de acuerdo con lo anterior, ligada estrechamente al marxismo y la sociología, pero también a la antropología social y cultural, además de a la ciencia de la economía. Se conforma así como un discurso inseparable del avance del pensamiento *científico* y de la búsqueda sistemática de conceptos, de *regularidades* que permitan ordenar y jerarquizar la multiplicidad[58]. Por eso sus cultivadores (sobre todo los del periodo de posguerra y hasta mediados de los años sesenta) se entregarían al *cuantitativismo* con afán, como harían también los seguidores de cualquier otra variante científico-social en los momentos de auge del énfasis *nomotético*.

La búsqueda de regularidades sometidas al gobierno del número, sería la mejor forma de sistematizar la variedad inmensa de los datos «sociales» (es decir, *generales* sobre los individuos) proporcionados por la experiencia sensible. En una perspectiva a medio plazo y vista en su conjunto, la apuesta de los historiadores de la *Escuela de Annales* sería producto de una llamada urgente a recuperar el ideal de *exactitud* e interés *general* (es decir, los elementos *científicos*) que muchos historiadores (excepto los marxistas, que sin embargo no son muy numerosos hasta después de la Segunda Guerra Mundial) abandonaron cuando, entre finales del siglo XIX y principios del XX, se dejaron llevar por las constantes fragmentaciones que devenían del ejercicio práctico del historicismo, una vez que éste parecía entregado, como tarea directa al servicio del poder, a la elaboración de *«memorias colectivas»* de signo distinto y diversa entidad[59].

No sólo surgió, por tanto, la *historia social* para seguir los pasos de la nueva ideología socialista en los dos últimos siglos –como a veces se sostiene aún–, con el objeto de narrar los conflictos laborales y las huelgas políticas, a modo de una

narrativa conscientemente ideologizada que debería describir, acaso teleológicamente, el desarrollo del movimiento obrero[60]. [Aunque bien es verdad que éste iba a ser un capítulo importante, en muchos países, de la historia social, y aunque fue ésa la acepción más extendida del término.] Pero en ningún modo pueden considerarse independientes ambas derivaciones, puesto que el *cientifismo* de la ideología marxista y socialista reforzó también –sobre todo en sus versiones mejor resueltas– la tensión general hacia una historia *exacta* y *verdadera,* una historia que debería ser *global* y nunca podría aparecer parcial o fragmentaria (como sí lo era en cambio, y acusadamente, la historia practicada desde el historicismo).

Así pues, sería incorrecto aislar un asunto del otro, separar la inspiración *sociopolítica* de clase de aquella otra, científicamente *sociologizante,* que definen la *historia social*. En la vaga identificación entre «masa» y «sociedad» que forma parte del vocabulario sociopolítico del siglo XX reside parte de aquel equívoco metonímico que duró mucho tiempo y que confunde dos productos historiográficos de variada entidad, pero de conexiones indudables.

Una vez afirmada la trayectoria doble de la historia social, insistiré en la divisoria metodológica que establece las diferencias. La corriente *sociologizante* tiene que ver con el afán de encontrarle elementos *comunes* a los procesos, con la constante aspiración de los seres humanos a tropezarse con indicadores *reiterados* de los hechos constitutivos de la *realidad* social. Ya en 1894, en su discurso ante la *American Historical Association,* observaba Henry Adams que, lo mismo que sucedía en las ciencias naturales, «cuatro de cada cinco estudiosos serios de la historia» habían sentido alguna vez, a lo largo de su trabajo, que se hallaban «al borde de una magna generalización»[61]. La búsqueda de *constantes*, el interés por trascender lo único y lo particular, lo concreto y específico en la acción humana, estaba por lo tanto en el ambiente en aquellos momentos, lo mismo que lo había estado también bajo el Renacimiento o la Ilustración.

Ése interés por la *generalización* se había considerado antes en algún momento inherente a la tarea del historiador, lo mismo que ocurría ahora con otras disciplinas. Incluso se habían llevado a cabo ciertos experimentos sobre datos empíricos. En el caso de que se hubieran producido *coincidencias* –si existían indicios de resultados positivos probables–, albergaría el historiador la esperanza de entrar en colaboración con la sociología para mejorar sus técnicas de exploración, sin que eso implicara nunca, sin embargo la aparición de un deseo consciente de fusionar objetos. En cualquier caso, las monografías resultantes de ese impulso se reconocerían, con razón, como formando parte de una historia «nueva», lo cual quería decir –inexcusablemente– «historia social»[62].

Toda *historia social* es justamente, en su origen y modos, una historia *nueva*. Lo es frente a la que existía y dominaba entonces, la historicista y positivista, es decir: la que hacían los demás. Es el caso de la *Nouvelle Histoire* en el caso francés y de la *New History* (*social* también) en el estadounidense. Por contraposición, y en exacta correspondencia, toda historia *política* (centrada en los personajes de excepción y su relación con el Estado) pasaría entonces a ser considerada «vieja» (más en sus temas, en sus *objetos* y en sus *objetivos,* que en sus procedimientos, que por lo general apenas se critican). Y *viejo* sería entonces, por lo tanto, el escribir historia sin ocuparse del *nuevo* sujeto colectivo, el sujeto *social*[63].

Todos los *nuevos* historiadores, tanto en Europa como en América, y tanto si se ocupaban de la *clase* y el partido como si la categorización social aparecía lábil, ambigua e imprecisa, querrían hacer la historia de la «gente corriente», ocuparse de la *ordinary people*. Sin más complicación ni armadura teórica aparente, carecía una proclama de ese tipo de innovación teórica específica, a pesar de haberse tomado esa decisión de *estilo* y ese cambio de objeto *(de lo individual a lo colectivo)* partiendo del general deslumbramiento, ya referido, por la teoría y métodos de las ciencias sociales. La aplicación de los principios metodológicos derivados, aunque vagos, no se demora. Los historiadores sociales pasarán enseguida, con toda su energía, a ampliar el inventario de las nuevas fuentes, a ponerlas en orden y a comenzar su explotación masiva con el nuevo instrumental.

Esas fuentes estaban constituidas, en buena parte, por *series estadísticas*, montones de datos de tipo general (no del todo simétricos), que en América versaban especialmente sobre emigrantes y sobre granjeros. Con ellos se dio origen a un nuevo tipo de historia *nacional* de facies *socioeconómica*, si bien para alguno de los historiadores que la practicaron, ya en los albores del siglo XX, esa revolucionaria historia estaba destinada, sin embargo a retratar «los hábitos y las emociones del más oscuro de los individuos»[64]. No sólo en nuestra Europa, por lo tanto, se andaba por entonces rechazando investigar lo *excepcional* y ocasional. Al igual que Henri Berr, otros también reclamarían adentrarse en el universo de lo general y *cotidiano*.

Pero las precisiones metodológicas no suponían todavía (en las dos décadas primeras del siglo XX) ningún intento convincente de definición. Ni siquiera proporcionaban reglas propedéuticas a propósito de qué cosa *debía ser* en su conjunto, opuesta a la ya existente, la nueva *historia social*. La situación permanecería ambigua e inestable hasta que el inglés G. M. Trevelyan[65], en los años cuarenta, hizo fortuna con la definición más sencilla posible, casi como si fuera una consigna o un aserto didáctico elemental. La historia social era la que dejaba fuera la política: *«History with the politics left out»*[66].

Cuestión fundamental será, a partir de ahí, el despliegue sistemático de aquella perspectiva historiográfica que se llama *«social»*. El caso más representativo en la Europa continental es el de los *Annales,* cuya iniciación y antecedentes antes de la Segunda Guerra Mundial ya hemos comentado. Con fuentes adecuadas –cada vez más extensas–, con métodos tomados de las ciencias sociales (a las que decididamente se quería emular), pretendiendo que la historia compitiera con ellas con plena garantía y que las rodeara triunfalmente, se emprendía el trabajo. Pero no siempre había un plan sistemático. Lo que sí hubo en cambio fue una proclamación, en voz muy alta, de aquello que la historia *no debía* ni ya podía *ser*.

La *historia historizante* fue denostada así por quienes proponían una *historia-sistema*. Historia que debería quedar articulada en torno al (mal llamado) *método hipotético-deductivo*: es decir, el cerco de las «preguntas» que preceden a la investigación y la adelantan[67]. Si bien, lo mismo que en cualquier planteamiento historicista, esa historia-sistema estaría orientada, según ya vimos antes, en función del *presente*[68]. Bloch se había contentado con aceptar propuestas sobre la entidad de lo «social» tan vagas y generalizadoras como la de Fustel de Coulanges en el siglo XIX: «La historia no es una acumulación de todo tipo de hechos que hayan ocurrido en el pasado; es la ciencia de las comunidades humanas». Las instrucciones y consejos que el mismo Bloch dispensa en su *Apología a favor de la historia* –emotivo despliegue–, no pasarían de materializarse en una serie de apuntes poco estructurados que no verían la luz hasta la tardía fecha de 1949, años después de la muerte de Bloch.

Lucien Febvre tampoco fue más preciso en la definición. El de «*social*», escribe, es «uno de aquellos adjetivos a los que se le han dado tantas significaciones a lo largo del tiempo que, al final, no quieren decir nada»[69]. Sin embargo, fue muy bien acogida su manera animosa de ofrecer la propuesta de un *combate* perpetuo por la innovación y el compromiso. La historia, a su entender, debería ocuparse de «la reconstrucción de las sociedades y los seres humanos de antaño». Reconstrucción que debería hacerse «por hombres, y para hombres, comprometidos en la malla de relaciones humanas de hoy en día»[70]. Las nociones de *pasado* y *presente* estarán de este modo en permanente conexión. No existiendo el pasado en sí mismo –como sostiene Febvre–, es el historiador el que *«lo hace nacer»*.

Esta perspectiva pondrá término a la tarea principal de muchos historiadores hasta entonces, la identificación acumulativa de los actores del pasado como en una especie de catálogo o archivo de personajes rescatados, operación empirista. Quedaba ahí cancelada esa especie de localización inacabable, la agotadora clasificación, uno tras otro, de los muertos «resucitados» y sus minucias; terminaba, por fin, lo que Bloch llamaría *«coleccionar cadáveres»*. Y comenzaba

en cambio la búsqueda científica, que aquella vez iba a ser *de verdad,* no como habían creído Leopold von Ranke o Wilhelm Dilthey, cada uno a su modo mas desbordando el paradigma *positivista* general[71].

Al contrario que los múltiples seguidores de Ranke, los *nuevos* historiadores de lo social eran conscientes de que debían «construir» su propio objeto como objeto *científico*. Y sabían que lo hacían *«a partir de las solicitaciones del presente»*[72]. [Esta determinación del presente, insisto en ello, recuerda más al historicismo de Benedetto Croce que a cualquier otro enfoque o inspiración: «Toda verdadera historia –escribió Croce en 1916– es historia contemporánea»[73].] Las fuentes, se diría triunfalmente, *no se imponían* ya entre las huellas múltiples del pasado, no imponían *de facto* su *verdad* explícita, pues no había nada que pudiera considerarse tal «verdad» en términos absolutos. El *nuevo* historiador podría sentirse liberado de la opresión del método «tradicional», sería libre por fin para forjar, con esas *nuevas* fuentes, su discurso *nuevo*, ajustado al momento en que vivía.

Precisamente el presente aquel (los años veinte y treinta, llenos de novedades y cambios trascendentes en la política y en el pensamiento occidentales) comportó el auge de dos potentes disciplinas en el campo científico: la *psicología*, por un lado, y la *economía,* por otro. Hasta decantarse claramente por esta última, y optar por las técnicas de cuantificación –las más idóneas–, los *padres fundadores* de la Escuela de los *Annales* (fundada la revista en 1929, después lleva el subtítulo *«Economies. Sociétés. Civilizations»*)[74] se instalarían, tanto Bloch como Febvre, a medio camino entre aquellas dos, la economía y la psicología[75].

La delimitación disciplinar fundamental se hizo, no obstante, frente al campo limítrofe de la sociología, que era la disciplina entonces más potente. Al sociólogo se le reservaría lo *estático*, el análisis de un *conjunto social* determinado en un momento dado, en tanto que al historiador le correspondería el estudio transversal de esa sociedad *a lo largo del tiempo*. La historia –dice Bloch finalmente (1949), en su *Apologie pour l'histoire*– no es solo *«science des hommes»,* sino que es ciencia de los hombres *a lo largo del tiempo*. Salirse del presente, colocar el pasado en su contexto, no sólo serviría para entender ese mismo presente (la aspiración irrenunciable de los *Annales*), sino que además constituiría la única forma de lograr aprehender el *flujo entero de los procesos* sociales[76].

Esta especie de *plaidoyer* renovador de la historiografía iba a tener un éxito exterior inesperado. Pero, visto desde hoy el esfuerzo de sus protagonistas, se trata de un éxito bien comprensible. A mediados de la década de 1950 las tendencias *francesas* eran la moda última en historiografía, «lo más innovador». En sus dos formas, ya sea la *socioeconómica* o la *sociocultural,* fue bien acogida

en Italia, donde todavía se invoca su atracción a finales de los años setenta en los manifiestos fundacionales de la *microhistoria*[77], y donde contribuyó sustancialmente a matizar la hegemonía del historicismo de Croce. A su manera, penetró levemente en Alemania[78], dando también algunos frutos iniciales en Inglaterra, por ejemplo a través de Michael M. Postan[79] (que, en una circulación de influencias ejemplarmente rápida, influiría a su vez sobre el medievalismo francés), y finalmente dio lugar a un debate importante en *Past and Present* entre 1976 y 1982, el denominado «debate Brenner», que abordaba las sociedades campesinas en su *totalidad,* con un componente teórico importante del marxismo[80].

En 1964, orientado a la construcción de una *demografía histórica* susceptible de iniciar la comparación de resultados (con autores como Laslett y Wrigley), se fundaría el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure[81], el cual marca el arranque efectivo de la demografía histórica inglesa[82] y sitúa la aparición de ese capítulo de investigación multidisciplinar que vino a rotularse como *historia de la familia*[83], casi siempre en conexión con las tendencias socioculturales que amparan los *Annales*. En España aquella *nueva* historia fue presentada vigorosamente a mediados de los años cincuenta por el catalán Jaume Vicens Vives, y en sus aplicaciones cuantitativas, lo mismo que en su general difusión, destacaría pronto el modernista Antonio Eiras Roel[84].

El auge, en la propia Francia, de esta importante trayectoria de escuela se inició ya a finales de los años cuarenta, con la potente obra de Fernand Braudel *El Mediterráneo y el mundo mediterráno en la época de Felipe II* (1949). El mismo Braudel publicará una década más tarde, en 1958, sus textos clave sobre el *tiempo histórico* y la *duración*. Charles Morazé, el propio Braudel, Pierre Chaunu o Ernest Labrousse, entre otros autores también mundialmente reconocidos, formularán entonces sus extensos proyectos de historiografía socioeconómica (principalmente sobre la Edad Moderna y en segunda instancia la medieval, situados siempre en el *tiempo largo*). Los presentaban al medio académico como la manera más seria y contundente –casi siempre *cuantitativa*– de combatir la «historia circunstancial» o *de acontecimientos;* como el modo mejor de escapar al opresivo cerco del «episodio irrelevante», aquello que los hombres de *Annales* habían dado en llamar *«histoire historisante»*. [Valga decir que ésta no habrá nunca de desaparecer del todo del universo historiográfico, y que en parte se refugia en la historia contemporánea, al menos en lo que se refiere a Francia.]

Al sumársele al deslumbramiento de los números (las largas *series* estadísticas, que tanto juego dieron) el hechizo teórico del *estructuralismo,* que entró en *Annales* a principios de los años cincuenta[85], hizo cristalizar en la historia

francesa una nueva situación. De ella resultarían varios *modelos* de investigación, alguno incluso procedente de las matemáticas, que deberían regir toda la confección en historia social. Ello valía tanto para intentar desvelar aspectos materiales (las estructuras socioeconómicas, demográficas o socioculturales, en sentido antropológico) como para la investigación centrada en los comportamientos colectivos, la que daría lugar –sin que hubiera ruptura entre ambas elecciones– a la llamada *historia de las mentalidades*.

Dos vías principales, por lo tanto, se perfilan así. Una, la que acabó llamándose *historia de las civilizaciones* por el propio Braudel, elaborada a partir de conceptos *económico-sociales* («capas de historia *lenta*», el discurrir «*semiinmóvil*» prisionero de un «tiempo detenido»)[86]. Y otra modalidad, la susodicha de las *mentalidades,* que viene a ser un conjunto diverso de temas y propuestas de orden psicológico y sociocultural concebidos también (en eso no hubo duda en un principio) como «prisiones de *larga* duración». [Si bien sólo a la altura de 1965, en un coloquio sostenido en Saint-Cloud, se definió el objeto de la historia de *mentalités,* en esta línea, como el análisis y evolución de las *resistencias al cambio*. Allí mismo se afirmó taxativamente, por varios de los participantes en la reunión científica, que «toda historia» era «historia social»[87].]

En cualquier caso, tanto en la perspectiva de las *mentalidades* como en la versión de «Annales» de índole *económico-social,* el sujeto individual quedaba no solamente oscurecido frente al sujeto colectivo, al grupo, sino fácilmente inmerso en un conjunto indiferenciado y amorfo, diluido en él. Y la escala de observación, por supuesto, tendía a ser reducida eligiéndose proyecciones *macro:* «La historia es –según Jean Walch– el conocimiento *en el tiempo* de la humanidad, o de una sociedad particular en el seno de la humanidad»[88]. Como estrategia operativa para dotar de movilidad a los análisis se acudirá básicamente a la *comparación,* como deseaba Bloch[89]. Una comparación que, sin embargo, se aplica usualmente sobre objetos de análisis más reducidos, a escala *regional*. Esta escala será elegida por razones de manejabilidad de la información, que siempre es amplia y extensa, con largas series de datos obtenidos a partir de fuentes de archivo municipales o parroquiales. El procedimiento tenía un marco previo en la regionalización del estudio de la *geografía,* una corriente de indagación espacio-temporal, agraria sobre todo, diseñada en Francia desde los tiempos de Vidal de la Blache.

El *materialismo histórico,* una vez instalado sobre una guía teórico-metodológica de tipo *macro* (exacerbada en ciertas combinaciones de marxismo y estructuralismo, muy típicas del caso francés), reforzó aquella tendencia *comparativa* (implícita o explícita), cuando no se avino sencillamente a

«secuestrar» a los sujetos individuales, que así dejarían de existir como materia de análisis histórico: «El sujeto de la historia –escribieron Louis Althusser y Étienne Balibar– es inencontrable, puesto que el verdadero sujeto de toda historia parcial es la combinación bajo cuya dependencia están los elementos y su relación, es decir, algo que no es un sujeto»[90].

Tanto en los historiadores instalados en el «sótano» (los que se ocupaban de la *infraestructura*, hablando en términos marxistas), como los que, antes o después, subieron a la «buhardilla» para ocuparse de las *mentalidades* (como se ha dicho metafóricamente), la marca inconfundible de los *Annales* está en las ricas series de documentación (de tipo público casi siempre, y uniforme) que nutre sus esfuerzos, así como en un interés muy marcado por insertar los resultados en la dinámica de *larga duración*. Igualmente, es propio de esta corriente el protagonizar debates, desde esa preocupación por el tratamiento formal de las series estadísticas, con la *historia de la familia* en Gran Bretaña o la *New Economic History* nacida en los Estados Unidos; debates que no pueden ser pasados por alto por lo rentable de sus métodos y su horizonte teórico, y que son siempre destacables por la abundancia de los resultados obtenidos[91].

Hay que insistir en que ese tipo de historia, que en los extremos se pretende *inmóvil,* no se limita restrictivamente al campo económico, o mejor dicho, al estudio de la fundamentación, los procesos y ritmos económicos de las sociedades. Sino que, poco a poco, iría tratando de alcanzar el primer objetivo declarado de Bloch y Fevbre, reforzado después por las tendencias propias del estructuralismo. Esto es: la escuela de los *Annales* perseguirá proporcionar *«explicaciones integradas»* de los diferentes «*niveles*», para ir cubriendo paulatinamente el espectro de una historia *totalizadora* que los englobe todos, una especie de pantalla que cubra el fresco entero de la sociedad.

Un tipo este de explicación histórica «científica» destinado por tanto, en cualquier circunstancia, a dar cuenta de la estructura *global* de los procesos históricos. Definiendo a partir de esa idea nociones operativas e instrumentos de análisis como los de *estructura* y *coyuntura*[92], los historiadores del «tiempo largo» avanzarán visiblemente en el proyecto de cientificización de la historiografía. Y en ese intento se verán reforzados por la historia marxista, que coincidía en la etiqueta de conceptualización básica, aunque no estuviera exactamente de acuerdo en los contenidos. Para ambos marcos metodológicos, no obstante, el concepto de *estructura social* incluye *«lo normal»* (es decir, todo lo que se ajusta a la estructura) y *«lo patológico»* o «desviado» (lo que no se ajusta). Y, sin embargo, no estaba del todo claro en el marco teórico de *Annales* cómo gobernar esa doble presencia interna, esa relación: «Las cuestiones de por qué regla objetiva podemos justificar el rechazo de una serie de hechos históricos por

ser «patológicos» y en qué fase del proceso de cambio histórico lo «patológico» se hace «normal» y lo «normal» se hace «patológico», son preguntas cuyas respuestas no están en absoluto claras», comentaría a su vez un perspicaz observador[93].

A pesar de sus precauciones, igualmente, y de repetir de continuo su alegato *anti-evenemencial* (contrario al predominio del «acontecimiento» en el análisis), los estructuralistas de *Annales* acabarían después por ceder a la entrada tiempo y, aun de modo vergonzante, dieron cabida a aquel «acontecimiento» que trataban de sortear, vinculándolo a hechos políticos de gran magnitud. Mientras tanto, dejaron a los marxistas más complacientes con las complejas reglas del juego de la escuela (una mezcla de marxismo y *«annalisme»,* como es el caso de Michel Vovelle) la tarea de perfilar conceptos y matizar su aplicación, especialmente en lo que hace al término de *coyuntura*. Asuntos como la *protesta social* y los *movimientos revolucionarios* (por excelencia el hecho inaugural de la *revolución* de 1789 en Francia) constituirían así un modo combinado de irrumpir, desde el marco global de los *Annales,* en el campo de la *contemporaneidad,* que en la década de 1980 alcanzó su apogeo al hilo de las conmemoraciones centenarias. Su territorio preferido había sido hasta allí la *edad media,* y luego la *moderna,* tiempos que los historiadores de la escuela de *Annales* habían elegido para operar con sus mecanismos generalizadores socioeconómicos, antropológicos o sociopsicológicos, manteniéndose al margen del «acontecimiento».

Bajo el dominio de la *estructura* emergerá, a su vez, toda una trayectoria historiográfica de *historia urbana* y de *historia rural*. Ninguna de las dos, por descontado, ha dejado de hallarse permanentemente en conexión con un fuerte cultivo de la historia de las *mentalidades*. Al contrario, ésta constituirá un campo excepcional para contrastar resultados y elaborar los *tópicos* y temáticas dominantes, aprovechando el fermento antropológico que emana de la potente oposición binaria entre dos elementos que, siguiendo las instrucciones de la antropología *realista* y el *folclore,* se estimaban como una especie de *constante* cultural, la *cultura de elites* y la *cultura popular,* siempre móviles y permeables en sus fronteras[94].

La proliferación de fuentes diferentes (protocolos, testamentarías, inventarios, contratos), combinadas con restos, huellas o indicios procedentes de la *cultura material* (lo que se conocía como «etnohistoria»), llevó ya a mediados de los setenta a una subdivisión en ramas de la genérica temática *social,* prácticamente obligada por la proliferación de fuentes. [Sin que esa dispersión supusiera todavía, sin embargo, la aparición de ningún tipo de conciencia de crisis entre los historiadores ligados a la «escuela francesa». El sentimiento de pérdida, de desconcierto general, surgió después, ya avanzada la década de 1980[95].]

Por el contrario, esa subdivisión en campos o especializaciones (verdaderas «historias sectoriales», emergentes o ya consolidadas a finales de los años ochenta), inspiró al parecer un alto grado de satisfacción: «Los estudios históricos conocen, desde hace siglo y medio –escribía Jean Walch–, una extensión cuantitativa y una transformación cualitativa tal, que nos encontramos en presencia de una verdadera *mutación de la conciencia histórica*». Tanto, que creía posible poner en paralelo esa mutación con los cambios sufridos anteriormente por la física. Al fin y al cabo, venía a decir Walch, Einstein había sustituido la imagen newtoniana del universo físico «por un universo sin referente absoluto, en el que todo depende de la situación del observador, y en el cual todas las estructuras (espacio, tiempo, materia, energía, aceleración, velocidad) se hallan ligadas entre sí por lazos que se expresan a través de funciones matemáticas precisas»[96]. Lo que existía, de hecho, era una panoplia amplia de elecciones temáticas para el historiador.

Había surgido así, en su versión francesa (pronto en contacto con la inglesa también), la historia de la *familia*[97], que en las aproximaciones iniciales era una especie de pariente cercana –y bien opulenta– de la demografía histórica, si bien enseguida se fusiona con ella y se convierte en uno de sus centros principales de debate[98]. Pero también, en sucesiones y encadenamientos mutuos, no siempre fácilmente separables de aquella subespecialización privilegiada de la historia social que es, en origen, la demografía histórica[99], habían surgido en ese mismo contexto historiográfico la historia del *amor* y la *sexualidad*[100], la del *matrimonio*[101], la *anticoncepción* y el *celibato*[102], las *pasiones*[103] o, muy especialmente desplegadas, la historia de la *infancia*[104] y de la *vida privada*[105]. Todas esas vertientes apuntan a su vez, casi de modo necesario, a la iniciación de una *historia de las mujeres* (a la que le dedicaremos atención específica después) que, en el contexto francés de los *Annales* y al contrario que otras variantes, apenas va impregnada de teoría –al menos en principio–, si bien hace constantes guiños al vocabulario y a los conceptos de las ciencias sociales, de donde toma repetidos préstamos.

Al mismo tiempo casi que las anteriores, harían su aparición también la historia de las *actitudes ante la muerte*[106], *ante la religión cristiana*[107] y *ante la política*[108]. Pero también la historia del *clima* y la de la *cocina,* la del *libro* y la del *inconsciente,* la del *cuerpo* y la de la *juventud,* que enlazan a su vez con la de la *educación* y el *ocio,* el *deporte* y las *diversiones*... Todas esas facetas se irán nutriendo –en francés, en inglés o italiano, también en alemán, español o portugués, aunque más lentamente– de títulos y esfuerzos[109].

Las metodologías empleadas, lo resumiré brevemente, fueron primero de orden estadístico y demográfico, para pasar de modo imperceptible –y casi sin

transición– a las antropológicas, a lo largo de la década de los setenta. «De modo general –se escribe entonces– el enfoque etnográfico no contradice, sino que completa, el análisis histórico clásico, al menos cuando se trata de sociedades occidentales»[110]. El modo básico de formular entonces las preguntas, casi ya de seguro que con una respuesta implícita escondida, puede ser el que sigue: «¿Cómo es que se ha pasado –se interroga en voz alta Philippe Ariès–, sin duda durante la alta Edad Media, del matrimonio con derecho al repudio (al menos de la mujer) a un matrimonio indisoluble?»[111]. Al autor, obviamente, no le vale una respuesta «simple» como era la convencional de ligar esa costumbre a la fuerza del cristianismo occidental (conexión vaporosa e inexacta, «lo que primero viene a nuestras mentes»), sino que buceando en la historia de las *prácticas* culturales, no ya tanto en la de las *ideas,* quiere formar hipótesis más concretas y sólidas, relacionadas con cambios producidos en la *vida material* cuya comprobación habría que intentar. Reconstruir, en su alcance general, la *historia del campesinado* era casi una opción obligatoria, una vez emprendida aquella senda.

El público lector pareció reaccionar muy favorablemente a esa elección temática *ruralizante,* al sesgo antropológico y –más quizá todavía– a la idealización nostálgica y bucólica que muchas veces se desprendía de ella[112]. «Desde hace unos decenios –escribe Goulemot a principios de los años ochenta, al presentar el texto autobiográfico de un campesino del siglo XVIII–, la historiografía francesa [...] intenta reencontrar una palabra ausente de la historia: la de esos millones de campesinos entregados al trabajo, al hambre, a la muerte precoz y, ahora ya, en el archivo heredado, condenados al silencio»[113]. Ese rescate iría pues ligado, de manera muy íntima, al intento permanente de los *Annales* por «hacer hablar» a las fuentes históricas; sería una forma de apurarlas a fondo y arrancarles masivamente aquello que, hasta entonces, no habían concedido. Precisamente porque los historiadores no habían preparado todavía las preguntas precisas, ignorantes de los procedimientos adecuados. Tales preguntas –no es necesario insistir en ello– se relacionan forzosamente con las preocupaciones del *presente*.

Al comenzar su introducción a una *historia de la sexualidad,* opinaba Jean-Louis Flandrin, alineado a favor de estrategias de «larga duración», que «en realidad, no somos libres de rechazar nuestra herencia, la tenemos pegada a la piel». Más claramente aún: «Cuando oigo hablar de la sexualidad a sociólogos, psicólogos, psicoanalistas, sexólogos, periodistas... y a muchos historiadores, tengo la impresión de que olvidan estas evidencias; de que al negar al pasado la atención que merece, nos impiden liberarnos de él»[114]. Por su parte Jean Delumeau, autor de un texto sobre la confesión y el perdón, elaborado básicamente a partir de breviarios, escribiría: «He pretendido volver a situar unos

debates que fueron vivos entre benevolencia y exigencia, entre apertura y cierre, entre moral de la comprensión y rigidez elitista [...]. La dificultad y el interés de la empresa histórica aquí intentada consisten, por tanto, en leer esos documentos en el segundo grado para adivinar en ellos, entre líneas, tanto el comportamiento real de los confesores como las reacciones de los cristianos normales sometidos a la obligación de la confesión. ¿Cómo fue vivida de forma concreta esa coacción? He aquí la pregunta básica que ordena todo este libro. Añadiré que esa pregunta debería dominar cualquier reflexión actual sobre el sacramento del perdón»[115]. Muchos ejemplos más, acaso innecesarios, nos podrían servir para la ratificación de estas connotaciones *presentistas,* tan comunes a la historiografía, que los *Annales* no sabrían eludir.

* * * * *

La cuestión de la *demografía histórica* o «historia de la población» merece que nos detengamos en ella, precisamente debido a su espectacular desarrollo, y a que en buena medida engloba, y de ella se derivan, parte de las temáticas enunciadas más arriba como corrientes nuevas de investigación. Cierto es que el interés por el estudio de la población se remontaba al siglo XIX, si bien entonces se estudiaba más como una condición dada, o un parámetro, y no como una materia para el análisis crítico o un punto de exploración metodológica central. Bastaba con acumular gráficas de nacimientos y muertes, y elaborar a partir de ellas estimaciones a escala nacional[116].

La *nueva* demografía histórica, sin embargo, prefiriría presentarse como «el estudio numérico de la sociedad a través del tiempo», de manera que su empeño consiste en «rescatar los hechos que se relacionen con la contabilización de las personas, su propensión a nacer, a casarse, a morir, su disposición en familias, pueblos, ciudades, regiones, clases, etc., de la forma más precisa, y remontándose lo más atrás posible». De la intensa recopilación de información de esta índole se derivaría la constitución de la «anatomía de la estructura social». La historia de la sociedad reduciría así, con el desarrollo de la demografía histórica, su desesperante ambigüedad, su imprecisión e inestabilidad falaces. Un buen conjunto de realizaciones y estudios sistemáticos, en perspectiva *macro*, estuvieron muy pronto disponibles y entraron en los circuitos académicos del intercambio científico internacional y contribuyeron a desarrollar la mecánica de la comparación[117].

Siguió la práctica de un *microanálisis* intensivo, tal como la aplicó en los años sesenta el demógrafo Louis Henry[118] y como enseguida Wrigley trasladó a Inglaterra[119]. Su técnica, denominada «de la reconstrucción de familias», conduce a una clasificación *nominativa* (y no ya *agregativa,* como hace la «historia serial») de toda la información disponible para una familia concreta

acerca de sus nacimientos, muertes o matrimonios. Reducida la escala a un pueblo o ciudad, una vez que se han reconstruido los elementos básicos de una familia determinada[120], es posible investigar la fertilidad[121] y la mortalidad[122], detalladamente y en profundidad.

Lejos de separarse en ese punto, ambas perspectivas –la *macro* y la *micro*– se enzarzan desde entonces en discusiones y comparaciones sistemáticas, que contribuyen activamente a una temprana «normalización» de la demografía histórica. Pues vienen a dotarla de estatuto científico y entidad académica, trascendiendo los respectivos marcos nacionales[123] y consiguiendo un buen nivel de acuerdo teórico y empírico hasta aquí[124]. De efectividad impresionante, por su exacta manera de operar y sus prolongaciones en otros ámbitos sociocientíficos (la familia es también, en cualquier cultura, además de núcleo de reproducción biológica una célula de actividad económica), a este proceder metodológico de la *reconstrucción de familias* –tan diverso de aquel otro que marcaban las líneas iniciales de la escuela francesa–, se llegará sin dar un salto en el vacío ni un corte abrupto.

Pues, en buena medida, el cambio de escala se adopta por seguir manteniendo a toda costa el prurito de *cientificidad* para la disciplina de la historia, por mejorar su adecuación a una reconstrucción *lo más exacta posible* de la *verdad*. Se trata siempre de una *historia social,* y dentro de ella, se elige el modo de *mostrar,* con números, las bases mismas de una sociedad. [Con todo, advertiremos que un giro *cualitativo* muy notable, de alcance general, se ha producido también en la demografía histórica en las dos últimas décadas, aunque éste no sea el momento de tratarlo.]

Volviendo a su conformación como subgénero con identidad propia, hay que decir aún que a medida que la demografía histórica empiece a distinguirse como una especie de *historia sectorial,* y que su contribución a la historia *socioestructural* vaya siendo más importante, irá haciéndose evidente su carácter pujantemente alternativo (como aproximación *democrática*) a cualquier tipo de historia tradicional o *elitista*. No se trata ya tanto de una historia *de masas* sino *de poblaciones,* como la definió Krysztof Pomian, quien advertía que, al fomentar su cultivo, no pretendía «excluir de la historia a quienes ocupan posiciones privilegiadas en las jerarquías del poder, del saber o de la riqueza», sino de llevar a esos grupos *pequeños,* junto a las *masas,* «a su justo lugar: el de las pequeñas minorías que aprovechan condiciones excepcionales»[125].

Ligada, en resumen, estrechamente al cuantitativismo incluso en su sustrato axiológico, uno de los problemas esenciales que implica residía, en opinión de algunos de sus críticos –entre ellos Marczewski o Pierre Vilar–, en la exclusión del acontecimiento *significativo* y la ausencia de consideración del hecho

singular. Ligando la especificidad de *lo histórico* a la recuperación *global* de la verdad, el método cliométrico en su estado puro –ya fuese en sus aplicaciones demográficas o en otras cualesquiera– resultaba por fuerza insuficiente, puesto que podría explicar el funcionamiento «normal» de una sociedad, desde luego, pero no las discontinuidades mayores que resultan de los cambios *cualitativos,* ni menos aún el proceso por el que un tipo de sociedad deja lugar a otro.

Al rechazar las «variables exógenas» en sus cómputos, la cliometría no llegaría nunca a abarcar la *complejidad* y la variedad. Y dejaría en fin entregado a explicaciones subalternas o complementarias, el análisis de «la totalidad compleja de lo humano y lo histórico»[126]. La cuestión acerca del estatuto de la historiografía y del tipo de historia preferible, entonces, el asunto de cuál sería la historia más *fiable* y *veraz,* queda reabiertos en torno a las limitaciones intrínsecas del cuantitativismo, un motivo de debate periódico en el que incluso los propios *analistas* dudaron entre seguir manteniendo la frialdad de los números u optar por la conocida imprecisión del resto de las técnicas convencionales en la investigación histórica[127].

* * * * *

Llegados a este punto, es obligado preguntarse otra vez tanto por la razón como por las limitaciones del éxito de *Annales*. Bien mirado, lo que Bloch y Febvre pusieron en circulación no era un planteamiento ni un tratamiento de *lo histórico* estrictamente nuevo, como no lo eran tampoco sus vivaces ataques a la *«historia historizante»,* a la que con tanta ferocidad acusaron de inanidad, inoperancia y métodos primitivos, inseguros y aleatorios. Como ya recordamos, Henri Berr había enunciado un cuerpo de doctrina historiográfico prácticamente idéntico, una generación antes que los «padres fundadores»[128]. La importancia del esfuerzo de la Escuela de los *Annales*, podríamos decir, reside en la materialización práctica de una nueva concepción del trabajo del historiador, en cómo lograrían *demostrar* los miembros de esa escuela que, en efecto, se podía realizar historia abundante y atractiva, competitiva incluso, con tales presupuestos. Su fortuna consistiría en *mostrar,* a través de las muchísimas fuentes exploradas y de las miles de páginas escritas, *cómo* había que hacer esa historia realmente, y no solo imaginarla.

Era aquél un cambio de *práctica* metodológica fundamental, que posiblemente describieron mejor que nadie aquellos partícipes de la estrategia académica de los *Annales* que, a la vez, se sentían deudores del marxismo. Ése es el caso, muy influyente en nuestro propio país, del modernista Pierre Vilar[129]. [Si bien la manifestación más sistemática del esqueleto metodológico francés en estado puro la supone, recordémoslo una vez más, la obra magna de Fernand Braudel[130], donde hallaría acomodo aquel difícil concepto de «longue durée», o *larga*

duración, que representa una peculiar –aunque total– asunción del estructuralismo por parte del historiador[131].]

Recordemos aún que el hecho de no disponer de una teoría (propia) de la historia no sólo no habría perjudicado a la escuela francesa –que seguiría insistiendo durante muchos años en llamarse «nueva», aun no siéndolo ya–, sino que por el contrario le iba a permitir acomodarse a distintas fórmulas o combinaciones, con inspiraciones teóricas o filosóficas diversas, suavemente introducidas por el eclipse del *cuantitativismo* a partir de la segunda mitad de los años setenta, y en especial por la derrota del *estructuralismo,* que, después de un éxito arrollador, sucumbirá por fin espectacularmente.

El notable impacto metódico de las ciencias sociales en la historiografía no se reducía a la pujante Francia y a sus círculos de irradiación, ni mucho menos constituía algo excepcional. Circulaba un flujo similar en los Estados Unidos, donde irían desplegándose recursos en estrecha y constante vigilancia de enfoques teóricos y metodologías sociocientíficas. [Después veremos, con más detenimiento, algo sobre el diálogo con la sociología, y cómo de ahí procede un esfuerzo importante de renovación metodológica que concilia a Marx con Weber y se sirve de ambos[132].] La historia en Francia era, no obstante, mucho más poderosa en los medios académicos y científicos que en otros países, ya fuesen éstos europeos o no. Y su enfoque sobre sí misma, firme en las posiciones de poder adquiridas, la hacía presente en todo tipo de escenarios públicos, pero también la volvía más inflexible de cara al futuro.

Lo cierto es que la estrategia *comparativista*, vista ya a medio plazo, se convirtió en una vía progresiva de la «historización» de las ciencias sociales, como producto resultante de una confrontación disciplinar polémica que, si no manejó armas iguales, sí estuvo siempre dispuesta al pacto y la negociación[133]. Incluso se procedió a la relectura de aquellos *clásicos* que convenían a esa misma estrategia de acuerdos/desacuerdos entre la historia y las ciencias sociales, para legitimar opciones y proveer salidas[134].

La posición más firme, la más sólida –y no sólo historiográficamente sino también desde la óptica de los sociólogos–, la que no eludió riesgos tanto teórica como metodológicamente, se tomó en la Alemania occidental[135]. Allí, la escuela de la *Sozialgeschichte* (o de Bielefeld) significó, entre los años 1960 y 1980 aproximadamente, el apogeo de un historiografía socioestructural basada en el marxismo, pero con un aporte importantísimo de la sociología weberiana y un estrecho contacto con la filosofía de Habermas y la sociología coetánea (la *teoría de sistemas* de Niklas Luhmann, por ejemplo, también profesor en Bielefeld) [136]. A veces, aquella escuela histórica desarrolla algún descubrimiento conceptual anterior –como es el caso de Werner Conze respecto a Otto Brunner–

[137] sin dejar de discutir, implícita o explícitamente, con el historicismo y la historia del pensamiento alemanes. Cosa lógica, si bien se mira, una vez que por *historia cultural* se entendía en Alemania *toda* la historia. De hecho, el historicismo había seguido siendo una tendencia académica fuerte en la posguerra y los años cincuenta, por más desacreditado como filosofía de la historia, como modo de abordar la realidad, que pudiera observarse desde el exterior.

La lucha en campo abierto contra la *empatía* y la *intuición,* contra la *evocación* descriptiva y no sistemática del *pasado* (contra lo que alguien llamó en fin, maliciosamente, «el museo de viejas reverberaciones»)[138], concitará el esfuerzo de la «escuela de Bielefeld». En su mecánica de trabajo *racionalista* y *racionalizador* pretenderá a su vez, en cierto modo, conseguir otra «refundación» de la historiografía, es decir, dotarla de textura y procedimientos más adecuados a las tareas nuevas por realizar –bajo la guerra fría y de ahí en adelante–, remozando los métodos y las funciones del viejo oficio de historiador.

Cuando en 1977 apareció la primera edición de un manual importante, una especie de nueva *Historik* que suscribía Jürgen Kocka, hubo quien comparó la disputa teórica y metodológica que este libro abría con lo que, a finales del siglo XIX, se conoció como *«Lamprechtstreit»,* la disputa en torno a la naturaleza de la historia más importante hasta ahí. Como recordaba el propio Kocka en 1986, «a mediados de los años setenta se trataba de la relación entre interés y concepto, entre praxis político-social y ciencia, entre norma y análisis; en el centro del debate se hallaban la objetividad, el compromiso y el partidismo de la ciencia». Partía de la diferencia que en Alemania separaba a los historiadores de la *Sozialgeschichte,* más teóricos y comprometidos, de los menos seguros metodológicamente (y fragmentarios) que daban cuerpo a la *Gesellschaftgeschichte,* para tratar de definir «qué es lo que debiera ser historia social», si bien «una disciplina parcial, limitada a la investigación de un campo parcial de la realidad histórica situada entre la economía y la política, o un enfoque amplio –quizá superior–, para la investigación de la historia en general». Y no excusaba volver, una vez tras otra, sobre la relación entre teoría y empiria, volviendo a plantear la conexión entre historia y ciencias sociales[139].

Pero antes, la escuela de *historia social* fundada en los años cincuenta se ocuparía, más en concreto, de los procesos de tecnificación y racionalización capitalista. Werner Conze, Hans-Ulrich Wehler, el propio Jürgen Kocka o, inscrito ahí con matices, Reinhart Koselleck (que incorpora la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos)[140] son miembros destacados de esa denominada *Sozialgeschichte,* un grupo de un interés teórico y una capacidad de sistematización excepcionales, que se expandió afuera de Alemania hasta iniciada

la década de los ochenta[141] y que facilitó después, con su influencia directa, una progresiva flexibilización de la historiografía germano-oriental[142].

Importa destacar que, sobre una base *estructural* perfilada de modo *problemático* (término del que gustan), este grupo de historiadores se plantea el *conflicto* que, en las ciencias sociales, opone *individuo* y *sociedad, estructura* y *acontecimiento,* una vez que –como reconoce Kocka– «una separación neta entre estructuras y no-estructuras (acontecimientos, decisiones, actitudes) en la historia, tanto teórico-conceptualmente como en la práctica del trabajo histórico, es extraordinariamente difícil y problemática». Tiempo después, y desde el rescate del acontecimiento *cotidiano* que comportará a su vez la *Alltagsgeschichte,* los componentes del «taller de historia berlinés» apostarán sin embargo por una reconsideración privilegiada de aquél[143].

Reinhart Koselleck había introducido por su parte una acepción de «acontecimiento» que, desde su impostación fenomenológica, contribuye a tender puentes entre unas perspectivas teóricas y sus opuestas. Siguiendo a Koselleck, «se puede entender por *acontecimiento* el *contexto de sucesos que es experimentado* por los contemporáneos como *unidad de sentido* dentro del marco de sucesión cronológica de un antes y un después, y en cuanto tal puede ser *«narrado»* por el historiador con categorías de sucesión cronológica». Los acontecimientos se caracterizarían, pues, «porque *no sobrepasan el espacio cronológicamente registrable de la experiencia* de los participantes», porque «son causados o padecidos por sujetos (personas) determinables, y porque están condicionados por estructuras, pero sin ser plenamente deducibles de ellas».

Esto conduce, a su vez, a entender las *estructuras* como «contextos (no necesariamente experimentables como unidades de sentido) o hechos dados previamente, que, por lo que respecta a su temporalidad, no son aborbidos en la estricta sucesión de acontecimientos experimentados, y que van más allá del espacio temporal de experiencia de los contemporáneos». Por ello las estructuras no podrían ser *narradas,* «si lo constitutivo del narrar es el encuadramiento en un marco categorial del antes y el después», de manera que «son supraindividuales y no pueden ser reducidas a personas singulares, y rara vez a grupos exactamente determinables; se anticipan a los acontecimientos de manera diferente a la que ocurre en un sentido cronológico del antes; se funden con los acontecimientos, y por eso son captables en parte en los acontecimientos», mas «no del todo», sino «como sus articulaciones»[144].

Cientifista y radical-liberal[145], marxista, weberiana y estructuralista, la *historia de la sociedad* «a la alemana» vino a ser contestada duramente, ya en la década de 1980, por la *Alltagsgeschichte,* la «historia de la vida cotidiana». Ésta supone a su vez, tanto política como metodológicamente (siempre pensando *en,* y

desde, Alemania y su particular historia)[146], un grado más de radicalización, que la lleva a implicarse activamente en la búsqueda política de *lo particular* e *identitario*[147].

Coincide esta otra sensibilidad generacional con quienes, desde la literatura, habían pedido una implicación de los historiadores alemanes en el análisis de su propio pasado no fría ni distante. Christa Wolf, por ejemplo, en su autorreflexión sobre la infancia (su *propia* infancia), habló de una urgente *«necesidad del interés participativo»* para hacer frente al desmoronamiento de valores y los efectos morales y políticos de la partición. La profunda inmmersión en la «memoria» de los *tiempos recientes* que, a través de la historia oral y la *experiencia vivida*, encarnan y representan las estrategias de la *Alltagsgeschichte,* pone al descubierto en toda su extensión y crueldad el asunto central de la «culpa» y la participación de los alemanes en el nazismo y en el holocausto[148]. Organizada su producción, a veces, en «talleres de historia» (pero no a la manera de los *History Workshops* ingleses, que conectaban con el laborismo y el movimiento obrero, sino de modo más desestructurado y abierto, en correspondencia con las formas mixtilíneas de la movilización social en la segunda mitad de los ochenta y principios de los noventa), los *Geschichteswerkstätten* alemanes se ocupan, en el marco más amplio e informal de los nuevos movimientos sociales, de estudiar los apoyos al nacional-socialismo y de la dolorida reconstrucción, en Alemania, de una memoria política y cultural realmente democrática[149]. Después de 1989, estos historiadores se han hecho cargo también de la historia *interna* del estalinismo[150].

Pero no sólo a esta vertiente *política,* en toda la extensión de la palabra, se abre la *«historia de la vida cotidiana»* –una de las formas posibles de la historia social–, sino a una serie de principios teórico-metodológicos que implican el rescate del historicismo en buena parte, una connotación de la que han sido acusados sus cultivadores[151], abriéndose así otra polémica más[152]. Alegan los defensores de este otro giro *no estructural* estar luchando contra *lo impersonal* de la historiografía que les precedía, contra el tremendo peso de las estructuras en el análisis histórico-social. Rechazan, pues, el aspirar a una teoría estricta que les sirva de horma, pero que los limite.

En su alegato a favor de la *Sozialgeschichte,* entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta, Kocka había sostenido que era «más difícil, pero intelectualmente más atractivo, indagar las motivaciones, actitudes, decisiones y acciones reconocibles en las fuentes, en busca de sus condiciones estructurales, que no hacerlo». Pero, tal como iba comportándose una parte notable del entorno académico, le parecía «más importante que la recomendación de no olvidar la historia de los acontecimientos» (como le hacían a él y sus compañeros de

escuela), «el sostener el valor de la *teoría* para la construcción de una historia *estructural*». Creía que «en la historiografía germano-occidental, con sus viejas tradiciones historicistas en modo alguno inoperantes», no había ningún peligro, realmente, de llegarse a una hipertrofia histórico-estructural. Veía, por el contrario, aletear el retorno del historicismo[153]. Y tenía razón.

* * * * *

A finales de la década de 1970, y debido al éxito alcanzado por la historia social en su conjunto, Barraclough encerraba la situación internacional con optimismo cauto, convencido de que podía pasarse a la necesaria *refundación* de la ciencia histórica: «La nueva generación, equipada con un conocimiento más profundo de la ciencia fundamental, es mucho más propensa que sus predecesores a pensar en categorías científicas; y este cambio de actitud y de acercamiento es lo que ha producido una nueva atmósfera, más que la aplicación de un conocimiento y unas técnicas científicas específicas. El cambio consiste en que los historiadores –o, sería más exacto decir, un creciente número de historiadores– están preparados para formular preguntas científicas sobre hechos históricos; que han decidido que los datos históricos son tan competentes como (por ejemplo) los datos del estudio científico de la botánica»[154].

Era el año de 1978, exactamente, cuando Geoffrey Barraclough se expresaba así, en un largo y bien meditado informe que le encargó la UNESCO. Sólo tres años antes, sin embargo, Emmanuel Le Roy Ladurie había impreso un giro copernicano a su obra, y sin decir en momento alguno que renunciara a la historia *total* (que él mismo había reclamado en 1966, en su aplaudido libro *Les paysans du Languedoc*), conseguía un éxito de público y crítica espectacular con su «historia de una pequeña aldea», la desde entonces bien famosa *Montaillou,* estudiada además en el plazo *corto*. Su autor había dejado a un lado la economía política y la demografía, que lo inspiraban antes, para entrar en el ámbito de la antropología.

Parecía hallarse así correspondiendo, como otros muchos, al desplazamiento de los antropólogos, que habían ido optando por objetos empíricos de investigación que, nadando contra corriente, los situaban en el terreno propio de los historiadores[155]. Pero, por otra parte, no hacía Le Roy más que cumplir con los tres tiempos –los tres *niveles*– que ideó Braudel: el tiempo largo, el de duración media y el tiempo corto. El historiador, que se había convertido, décadas antes, en «el espectador de un devenir en el que el hombre había dejado de ser el centro», tendrá ahora libertad para enfocarlo más de cerca, a pequeña escala. Todavía, no obstante, en Le Roy Ladurie ese acercamiento tendría lugar con un objetivo claro, de rango superior: que al agitar la superficie de la historia, donde está instalado el individuo, se haga visible «el fondo», que aparezcan la estructura y el entramado

de manera que pueda verse la *totalidad.* Renovado y todo, se trata todavía de un proyecto de resurrección *integral* del pasado que no renuncia a los principios doctrinales de escuela.

No todos los observadores respiraron sin embargo tranquilos. Y comenzaron las críticas y las acusaciones de renuncia al proyecto inicial. Contra la incipiente alarma de que estaba produciéndose un *desmigajamiento,* los historiadores L. Valensi y N. Wachtel, ya a mediados de los años setenta, reaccionaban vivamente: «Estallido aparente, autonomía artificial: la inteligencia de cada sector reenvía constantemente al otro. La edad tardía en el matrimonio o la anticoncepción no son solamente hechos demográficos, sino también culturales. La especialización en ramas diferentes, el descubrimiento de nuevos objetos, la seducción de las disciplinas vecinas no amenazan de fragmentación al territorio del historiador: éste, al contrario, amplía sus fronteras y sigue anexionando nuevas demarcaciones. Pero si las perspectivas de futuro reenvían constantemente las unas a las otras, este juego de espejos es por esencia indefinido. La noción de historia total ha evolucionado, ella misma, a lo largo de nuestras migraciones, sin dejar de seguir representando un modelo ideal, en el horizonte de una búsqueda que siempre permanece inacabada»[156].

El refuerzo contextual para esa convergencia entre dos disciplinas –*historia* y *ciencia social*– sólo produjo efecto a partir de la década de 1970, tanto en los medios académicos de los Estados Unidos como en algún que otro lugar de Europa occidental. Entre tanto, identificada con la «historia social» –la historia de sujeto grupal o colectivo– y con la preocupación sociocientífica, la que quiso llamarse *«Nueva Historia»* (con todos sus estilos y sus tipos posibles, con todas sus variedades y sus zonas de fricción) se fue haciendo fuerte y consiguió adeptos. Superó antes o después a esa *otra* historia, la tradicional, que se ceñía obsesivamente a la *política,* y en algunos países alcanzó a transformarla con hondura. La hizo variar de estilo y de intereses, la acercó a sus perspectivas y objetivos, y trasladó hasta ella sus enfoques teóricos y metodológicos.

Resulta, en consecuencia, francamente difícil tratar siquiera de delimitar dónde empieza lo «nuevo» y dónde acaba lo «viejo», estrictamente hablando, en la historiografía hecha a partir de ahí, una cuestión del todo procedente, si de lo que hablamos es de *historia social.* Sólo una prospección a la vez minuciosa y cómplice, y que evite además el sectarismo, ayudará al lector a valorar el cúmulo de resultados[157]. Quizá tenga razón Gadamer cuando dice que «lo nuevo es precisamente aquello que lleva mucho tiempo preparándose»[158]. Mas tratar de probarlo nos llevaría ahora de nuevo al fondo.

* * * * *

Tras un siglo de desarrollo continuado de la *historia social,* los asuntos tratados y las perspectivas adoptadas han ido siendo muchos y muy variados. Si atendemos al campo de la historia social francesa (volcado hacia las *mentalidades* sobre la base extensa de la demografía histórica, a la cual tanto contribuyó a su vez), podría comprobarse fácilmente con qué abundancia, y con qué finura analítica y exactitud –otras veces más bien con qué capacidad de seducción–, se han ido desbrozando la vida del *trabajo,* de la *familia,* las etapas o *edades de la vida,* la *educación* y las *prácticas culturales,* la *muerte* o la *sexualidad*. La escuela francesa, con frecuencia acusada de hacer una historia social que atendía no tanto a las diferencias *sociales* como a las *regionales*, muestra de esta manera su estrecha dependencia de la geografía, que la marca en origen, y con frecuencia anuncia la deuda etnológica que acabará por contraer[159]. Algún autor muy influido por sus procedimientos, como Peter Burke, logrará éxitos de acomodación y de divulgación sin precedentes[160].

Ya sea en Centroeuropa o en Norteamérica, la tendencia es la misma. Desde la *sociología histórica* o desde la *antropología* se lanzan desafíos a la historia social, y los historiadores no dejan nunca de recoger el guante. Casi siempre plantean cuestiones de fondo, yendo al asunto de las metodologías y el enfoque teórico, así como a las *ideas* o prejuicios que los informan. [Véase, por ejemplo, la relectura desde el concepto de *parentesco* que, de la historia de la familia que en la práctica se hace, propone Joan Bestard[161].] En otras historiografías, sin embargo, ha dominado el tipo de historia *social/socialista* acostumbrada ya en las primeras décadas del siglo XX, con mejoras metodológicas e incluso a veces cierta sofisticación.

Innegablemente, una crisis político-social como la que supone el derrumbe del socialismo en los países del Este salpicó a la historiografía marxista[162], pero más se percibe, en términos globales, la erosión de la idea de *progreso* lineal, esa *idea* raíz que otorgaba sentido a la acción colectiva de los seres humanos, encaminándola en una dirección precisa y uniforme: «Ocurre –escribe Tulio Halperin Donghi– que sabemos demasiado acerca del pasado como para no advertir cuánto de él es preciso dejar de lado para hacer posible su reducción a momento preparatorio de la historia en curso»[163]. Desmantelado a su vez el horizonte ambicioso de la *historia total*[164], nada puede extrañar que todas las formas que había ido adoptando en este tiempo la historia social aspiren a seguir conservando, a pesar de lo ambiguo, la etiqueta[165]. Algunas, sin embargo, se han amparado en su nuevo referente antropológico, y prefieren autodenominarse *historia cultural*. Con todo, ni siquiera es posible aventurarse aún en visiones sintéticas, sospechosos de ambición excesiva, sobre cómo abordar por la historiografía el problema del «cambio social»[166].

Lo que resulta más complicado, después de esta andadura, es encontrar una definición satisfactoria de *historia social.* Aquellos que en 1971 consideraba Raymond Aron como elementos constitutivos de la *realidad social,* vinieron a expandirse como *objeto de historia:* «La realidad social –escribía entonces el sociólogo francés– está constituida por opiniones o maneras de pensar, según el vocabulario de los durkheimianos, por nuestras experiencias vividas, por los sentidos que atribuimos a las cosas y a nuestras relaciones con los demás, según el vocabulario de Max Weber o de los existencialistas». El problema, ligado a esa expansión, estriba en conocer «qué relaciones se establecen entre los sentidos vividos por los actores y los sentidos que el observador, contemporáneo o retrospectivo, historiador o sociólogo, pone en lugar de los sentidos vividos»[167].

Otros intentos de definición (veremos sólo alguno) no superan siquiera la adición o el contraste. Al decir del historiador de la cultura Peter Burke, por ejemplo, *historia social* sería «la historia de las relaciones sociales, la historia de la estructura social, la historia de la vida diaria, la historia de la vida privada, la historia de las solidaridades sociales y los conflictos sociales, la historia de las clases sociales, la historia de los grupos sociales...»[168]. Alguna temática más, todavía, podría quizá añadirse. Pero si recogemos, como es frecuente hacer, la síntesis de Natalie Zemon Davis en 1990[169], que en principio miraba, desde Estados Unidos, las oleadas de «novedad» que arribaban a Europa occidental, habría que prestar atención a los nuevos conceptos en avance, definidos como *determinantes* del retroceso de los anteriores. A saber: la *«narración»* frente a la *«comprensión»,* el *«significado»* frente a la *«explicación»*[170], la historia *«literario-antropológica»* (que otros preferirán llamar, sencillamente, «cultural») frente a la «historia *económico-social*». Con independencia de que aceptemos o no la simplificación binaria que Zemon Davis establece, o que asociemos simplemente «comprensión» y «significado», es cierto que han ido produciéndose cambios notables.

El estado de la situación estadounidense a finales de los años ochenta lo recogía a su vez, no sin cierta ironía, la muy conservadora Gertrud Himmelfarb. Resulta ilustrador rememorarlo ahora, transcurrida década y media: «La *nueva* historia, entonces, es más *vieja* de lo que pudiera pensarse, y la *vieja,* no tan por completo anticuada. Pero lo que es indiscutiblemente *nuevo* es el triunfo de la *nueva.* En el conjunto de la profesión histórica, la *nueva* historia es en estos momentos la *nueva ortodoxia.* Ello no supone decir que la *vieja* historia no se cultiva ya. Historia política, constitucional, diplomática, militar e intelectual continúa escribiéndose por algunos eminentes historiadores *seniors,* e incluso la emprenden algunos jóvenes. (Aunque más a menudo la *vieja* historia aparece reescrita a la luz de la *nueva*. De manera que la historia política es cuantificada y

sociologizada, y la historia intelectual –el estudio de las ideas– se convierte en historia de las mentalidades –o estudio de los comportamientos y actitudes populares). Pero la *vieja* historia, si no totalmente suprimida, sí ha sido desplazada ampliamente. Lo que antes estaba en el centro de la profesión, ahora se halla en la periferia. Lo que en otro tiempo definía a la historia, ahora es una nota a pie de página»[171]. Podía entenderse incluso que ciertas *revisiones* del concepto de historia, epistemológicamente moderadas pero sociologizantes, habrían ido contribuyendo a establecer la nueva configuración[172].

Sólo tres años separan estos dos estados de la cuestión –el de Himmelfarb y el de Davis–, que muestran dos facetas, dos periodos del mismo proceso: en Himmelfarb, el repudio de la consagración del modelo *científico-social*; en su colega más joven, el éxito del «estilo» *antropológico* o *cultural* (más que «giro» propiamente dicho). Precisamente justo a finales de los años ochenta se había expandido ya la nueva desazón; cadía día se hacía más profunda la duda acerca de la conveniencia de seguir sosteniendo el proyecto de *cientifización* general de la historiografía según las pautas hasta entonces sabidas. Se afirmaba la necesidad de la *historia social*, pero el triunfo de los enfoques cualitativos e interpretativos en la antropología (y el peso de esta última sobre la propia historia de objeto *colectivo*), así como la incidencia de los enfoques lingüísticos y semióticos, habían desplazado unas tendencias que dejan paso a otros y creado nuevos problemas, con los que había habido que cargar a hombros. Lo que algunos profesionales (muchos quizá) iban a percibir como una *crisis*, era en verdad un notable cambio de rumbo, un desplazamiento de *foco* que continúa hasta hoy.

Pero conviene que reparemos todavía en algo. Treinta años atrás, a mediados de los años cincuenta, habían proliferado igualmente diagnósticos críticos, muy pesimistas, sobre el rumbo adoptado por la historia[173]. Un malestar que, si no clausurado, sí fue acallado en parte con el proyecto de *modernización* y *democratización* de la disciplina que, en todas las modalidades que ensayó, conllevaba la historia social. Sin invocar aquellos descontentos, pero en cierta medida recuperando el mismo espíritu que los guiaba (*una* oleada de historicismo entonces, y *otra* seguramente ahora), la historiografía volvería en los ochenta a renegar de los caminos emprendidos, y recibía los golpes, formidables, de una embestida de doble procedencia. Veamos cuál.

Un frente del ataque procedía del dilatado fondo del oficio (a su frente, los historiadores «conservadores» o *tradicionales,* por usar su propia expresión); el otro, era más bien un amasijo de influencias diversas con un punto en común: toda su inspiración era *no explicativa*, *no cientifista*, aunque no llegara a ser decididamente hermenéutica. Se les puso apresuradamente una etiqueta que, por lo general, sus propios practicantes no iban a rechazar: la de *posmodernos*. A

finales de los años setenta aún el único peligro real que amenazaba el horizonte, con un carácter general, procedía del primero de esos dos frentes: «Ha llegado el momento de confesar –escribió Barraclough casi al final de aquel ensayo largo sobre nuevas corrientes que he venido citando– que la tendencia predominante entre los historiadores (algunos críticos dirían que su enfermedad profesional típica) es el conservadurismo. Por el momento, la resistencia al cambio es tan fuerte, si no más, como las fuerzas que impulsan el cambio»[174].

Cabría preguntarse, a nuestra vez, ya transcurrido casi un cuarto de siglo desde entonces, si sigue siendo válida la consideración del historiador inglés, y en caso afirmativo, volver a ponderar su peso verdadero en relación con la furibunda crítica *anti-posmoderna* prodigada en la primera mitad de los años noventa. Quizá podría, a su través, clarificarse alguna confusión, no digo ya disiparse algún miedo. Posiblemente muchos historiadores convendrían ahora en aceptar, después de haberla rechazado durante años para el oficio nuestro, la definición de *ciencia social,* que a principios del siglo XX, ofreció Max Weber. Sería aquélla, en fin, la disciplina que pretende *comprender* «la peculiaridad de la vida que nos rodea y en la que nos hallamos inmersos [...], el contexto y el significado cultural de sus distintas manifestaciones en su forma actual, y las causas de que históricamente se haya producido precisamente así, y no de otra manera»[175]. El alemán R. König, en su *Soziologie,* había reservado para la sociología la identificación con la «ciencia social del presente», para dejar a la historia, implícitamente, el resto del recorrido por hacer.

Pero el historiador que tales instrucciones acate, tendrá que reconocer seguramente que para ello hace falta (parece incuestionable) disponer de *teoría* o enfoque filosófico (al menos de un trasfondo) y, a su lado, desplegar un arsenal teórico-metodológico que permita proceder sistemáticamente al *análisis* y a la *interpretación*[176]. Parte de ese arsenal ha ido llegando a la historiografía, en las últimas décadas, de la mano del concepto de *experiencia*. Un concepto difícil, porque son variados sus referentes filosóficos y sus fuentes de inspiración. De alcance, ciertamente, fenomenológico más veces subyacente que explícito, en la mayoría de sus usos recientes, el de *experiencia* (que tanto se prodiga, como el de *identidad*) es, sin embargo, un concepto de tipo *relacional* y/o *constructivista,* y no siempre estrictamente fenomenológico.

La experiencia, en principio, es algo predominantemente individual, un conocimiento *directo* de lo atingente y particular al individuo, de lo singular y propio, de lo que *no es* necesariamente *universal*. Situarse en ese punto de mira impide, casi tajantemente, hacer lecturas substanciales (es decir, *esencialistas*) y *deterministas* (o estructurales) de esta expresión. Experimentos sociológicos como el de la *etnometodología* por ejemplo (una fenomenología de delimitado

objeto social y centrada en la conversación)[177], han venido desde hace unas cuantas décadas a radicalizar la puesta en cuestión de los presupuestos epistemológicos convencionales. Su metodología específica, basada en el lenguaje conversacional, lleva a aquellos que se definen como *etnometodólogos* a describir las experiencias cotidianas, a detectar los varios procedimientos de *interpretación* que empleamos, día a día, para tratar de aprehender la realidad, para hacernos con ella de manera *intuitiva*. La *etnometodología* es, de esta manera, el método por excelencia de la *intuición* intelectual y de la *descripción* de lo inferido.

La falta de identidad colectiva (y de homogeneidad) de las *experiencias* vividas por los sujetos que intervienen en un acto cualquiera de la vida social no impide, sin embargo, en esta perspectiva sociológica, la posibilidad de que se llegue a un efectivo conocimiento *intersubjetivo*. Éste será siempre fluido y cambiante, siempre se encontrará en reconstrucción, siempre será *inestable*. La inestabilidad del conocimiento conseguido en esa reconstrucción[178], lo mismo que el carácter *constructivista* (continuamente *renegociado*) del orden social, es otro de los puntos fuertes, e inexcusables, de la corriente general de la sociología cualitativa denominada *interaccionismo,* en la que halla cabida todo lo anterior. Con unos supuestos o con otros, la mezcla de horizontes entre las disciplinas sociales para abordar el conocimiento, *desde* la experiencia y *a través* de ella, es desde luego una realidad indiscutible hoy.

El estudioso de estas cuestiones, para tener una visión más completa y exacta, hará mejor en enfrentarse a las distintas estrategias y sus productos concretos –la investigación realizada– como «conjuntos de praxis cognitivas», y no ya tanto como disciplinas aisladas entre sí. Porque unas veces adoptarán aquellos mismos productos la forma de «investigación histórica», y otras, las más quizá, seguirán siendo muestras de «investigación sociológica, antropológica, politológica, etc.»[179]. [Por más interesante que sea este aspecto último, la *transdisciplinariedad,* sólo más tarde, en otra parte de este texto, habremos de otorgarle atención de nuevo.]

Por el momento, volviendo a lo que más resalta en la *historia social* en general, recordaremos que aquel impulso decidido hacia la «reintroducción del tiempo» en las ciencias sociales, junto con la atención creciente a los «significados», arranca ya del sociólogo Max Weber, aunque el éxito de esta estrategia se logre muchos años después de morir él. Fue Weber, en efecto, quien más certera y complejamente (hay, sin embargo, quien concede a Simmel más densidad) «propuso soluciones diferentes a la relación problemática entre lo singular y lo general, y entre la acción humana con sentido y la estructura de la sociedad».

Soluciones parciales, pero fructíferas, como resume Santos Juliá, «de las que emergería una específica relación entre historia y ciencia social»[180]. Porque las aproximaciones *simbólicas* en la historia social tienen, por fuerza, un contenido extenso, de modo que la atribución de *significados* a las acciones de los individuos tiene que estar en conexión con el lugar que ocupan éstos en las redes sociales. Así es sin duda para Pierre Bourdieu, un autor cuya obra iría aligerando de modo progresivo su estructuralismo inicial: «Una práctica, un objeto o un discurso nunca es [en sí mismo y por sí mismo] distinguido o vulgar, noble o común», sino que puede serlo solamente «en su relación con otros objetos, otras prácticas y otros discursos»[181]. La relación entre lo *individual* y lo *social* se articula en Bourdieu a través de un concepto, el de *habitus*, importado a su vez de la filosofía, que ha sido bien acogido y, normalmente, mal empleado[182]. Como mecanismo de estructuración de la *experiencia,* siempre actuante y siempre colectivo, el *habitus* sirve sistemáticamente sirve a una función social de *integración*.

Como una forma de mantener su carácter autónomo frente a la antropología (pero no necesariamente frente a la sociología cualitativa), la historia social sigue afinando conceptos como *diferenciación social* y *estructuración*[183]. Con estos instrumentos se intenta realizar –como recuerda Giovanni Levi desde la microhistoria– «una lectura, lo más formal posible, de acciones, conductas, estructuras sociales, roles y relaciones» que implican permanencia de la movilidad. En otras palabras, «aunque las costumbres y la utilización de símbolos son siempre polisémicos, asumen, no obstante, connotaciones más precisas a partir de diferenciaciones sociales, móviles y dinámicas». Así, «los individuos crean constantemente su propia identidad, y los grupos se definen de acuerdo con conflictos y solidaridades que, sin embargo, no pueden ser asumidas *a priori,* sino que derivan de la dinámica que constituye el objeto de análisis»[184].

Poco tiene que ver, en cualquier caso, un planteamiento de este género con la *demostración,* al menos entendida al modo matemático, tal como quería una parte de la historia social en sus comienzos. Y poco queda, por mucho que se busque, de los rigores de la *determinación* estructural, aunque obviamente no se elimine nunca del todo su presencia[185]. Al fin y al cabo, Wittgenstein escribió que «lo que puede ser mostrado no puede ser dicho», y Karl Jaspers dijo a su vez que, aun sin ser indiferente para ampliar el campo de los conocimientos exactos, «lo que puede demostrarse correctamente es indiferente para nuestra existencia»[186]. Años después, al menos una parte de los historiadores parece ser de la misma opinión.

Yendo ya a concluir, parece cierto que sumadas las últimas aplicaciones científico-sociales hechas desde el terreno de la historia a otra serie de

modalidades, preexistentes, de la historia *social* y la historia *política,* coexisten actualmente formas muy diferentes de escribir la historia. No hay nada parecido a una sola dirección y a un enfoque teórico dominante, sino que cada vez se manifiesta más abiertamente el eclecticismo de la mayoría o, si se quiere, la convivencia de modos bien distintos[187]. Ni siquiera existe un horizonte normativo que haya logrado un consenso suficiente –mucho menos la hegemonía plena– dentro del gremio. Como escribe Ignacio Olábarri: «Concepciones del mundo, tradiciones intelectuales, escuelas de pensamiento, generaciones, son algunos de los instrumentos que habría que emplear para llegar a una teoría de los cambios historiográficos que tuviera en cuenta, al mismo tiempo, la coexistencia durante largos periodos de tiempo de tipos de historia alejados o incluso confrontados entre sí, que estuviera más acorde con la naturaleza específica del modo y del progreso del conocer propio de las ciencias humanas y sociales»[188].

Sea como fuere, en esta situación –se acepte o no con gusto aquella concurrencia de intereses y estilos–, poco riesgo conlleva el aplaudir a la sesuda Himmelfarb al confesar sus preferencias por la «calidad» como criterio de clasificación, anteponiendo el predicado *bueno* a cualquier género de taxonomías o subgéneros: «¿Quién puede rechazar el reclamo de una historia buena?», exclama G. Himmelfarb en 1989. «¿Quién puede negar que hay mucho malo en la vieja, y mucho bueno en la nueva? ¿Quién puede ser tan poco cortés como para revivir viejas disputas y resistirse a la llamada a un acercamiento?»[189].

Con todo, no puede dejar de incluirse aquí una breve mención de la reacción de los historiadores *sociales* –en su sentido más clásico y estricto– frente al avance de las perspectivas antropológicas o *culturales*. Kocka, por ejemplo, reivindicó la historia «como ilustración», como un «recurso para un saber aprovechable, en interés de la comprensión racional entre distintas identidades», como una reserva, en fin, «de la conciencia de posibilidades existentes» y una «base de la crítica». Por ello, como resume Jesús Millán, seguirá prefiendo el concepto de *sociedad* al de *cultura,* pues el primero «dirige la mirada a la cohesión y al conflicto», en tanto que el segundo prefiere dirigir la mirada a las asociaciones de tipo integracionista. Y además, porque «el concepto de sociedad suscita la cuestión de aquellos recursos, desigualdades y relaciones de poder que en su momento no se hicieron manifiestos a través de la comunicación, que no estaban reforzados de manera simbólica y que, posiblemente, no se hacían presentes a los actores contemporáneos»[190].

La cuestión no es, por lo tanto, fácil de resolver. No todo está zanjado. En el conjunto amplio de enfoques y de formas de entender y considerar la historia que tenemos hoy, en ese ramillete de sofisticadas metodologías para el cultivo de la

historia social[191], con aproximaciones literarias que hacen de la *narratividad* un modo de *explicación por captación,* se genera un ambiente en el que las necesarias discrepancias se muestran unas veces con brusquedad apasionada, y otras, las más, con discreta elegancia.

La historia económica

A principios de los años sesenta del siglo XX un importante historiador de la economía, Alexander Gerschenkron, animado por el inmenso éxito alcanzado entre la profesión por el carácter científico de la historia, y satisfecho del peso tan enorme que en ese éxito habían alcanzado el *análisis* de los *procesos económicos* y la *cuantificación,* definía la investigación histórica como la que consiste, esencialmente, «en aplicar al material empírico varios conjuntos de generalizaciones empíricamente derivadas, y en verificar la exactitud del resultado obtenido, en la esperanza de que se pueden encontrar ciertas uniformidades, ciertas situaciones típicas y ciertas relaciones típicas entre factores individuales en estas situaciones»[192].

Esta definición, quizá impensable sólo una década antes, refleja y sintetiza hasta qué punto las ciencias sociales y sus enfoques principales se apropiaron del flujo histórico, lo hicieron suyo y lo domeñaron, y así dieron lugar a una configuración filosófica y epistemológica en la que los historiadores se alejaban a pasos agigantados del historicismo, la corriente que hasta la Segunda Guerra Mundial constituyó su trasfondo habitual. Del devenir logrado por la *historia económica,* y de los éxitos del *cuantitativismo,* procedían muchas de las seguridades que la historiografía, en su conjunto, estimó poseer. Su repercusión sobre las estrategias adoptadas por la historia social fue, pues, muy grande.

La nueva situación implicaba un rechazo de la *descripción* y la *narrativa* clásicas y, en cambio, contenía una fuerte adhesión a la *teoría*. A qué tipo de teoría, o a cuáles de sus principios en concreto, era un asunto que seguiría estando abierto siempre, sujeto a permanente discusión, y es precisamente el aspecto sobre el que voy a elaborar una parte importante de este capítulo. Baste por el momento con decir que, de entre todas las *técnicas* disponibles en las ciencias sociales, cuantitativas o cualitativas (y la sociología norteamericana tenía ya construida una importante tradición de este tipo, cercana a veces a la antropología), fueron las de la *cuantificación* aquellas que los historiadores impostaron más rápida y satisfactoriamente.

Acostumbrada a ir de la mano de la *historia social,* la *historia económica* contaba en su haber con un amplio bagaje de relaciones interdisciplinares, establecidas con la sociología primero y con la antropología después. En términos generales, cuanto más teórica y cuantitativa se ha mostrado la historia económica,

más compleja se haría su relación con otras disciplinas, incluida la propia *historia social*[193]. Una importante *antropología económica* ha marcado evoluciones muy notables en el conjunto de la materia en las últimas décadas, orientándose también de lo *«macro»* a lo *«micro»*. Y una reciente *antropologización* de la teoría económica, en paralelo, resulta hoy indicio de aquel giro (o perspectiva) *cultural* que, como ocurre en otras ciencias sociales, en la económica se presenta también.

Pero, en un principio, la historia económica se había relacionado, y muy estrechamente, con la historia del *derecho* y la historia de las *instituciones,* y no en vano uno de sus temas centrales era el de la *propiedad*. [Alguno de los virajes recientes en la disciplina se ocupa de expandir de nuevo esta perspectiva.] Por otra parte, la *sociología económica,* entendida como una «explicación de los fenómenos económicos a través de conceptos de la teoría social»[194], ha experimentado un amplio discurrir en las últimas décadas, con mayor auge en los años noventa, un tanto obstaculizado, sin embargo, por la falta de un paradigma claro en sociología[195]. Estudios sobre los *clásicos* de la sociología que se ocuparon de temas económicos (Weber y Durkheim muy en particular)[196] han venido a sumarse, todavía, a trabajos más generales sobre las relaciones entre economía y sociedad[197], sobre la sociología de la vida económica[198], o sobre todo tipo de interconexiones entre ambas disciplinas, la economía y la sociología[199]. Sin embargo, son los análisis de redes *(Network analysis)* los que, expandiéndose desde aquélla[200], han ido desplazando otros enfoques y metodologías, reproduciendo recientemente esta perspectiva *relacional*[201].

Desde hace unos veinticinco años, por lo tanto, la manera convencional de interrelacionarse las diversas subdisciplinas *económico-sociales* ha ido variando de signo, y también de intensidad[202]. Las evoluciones se sincronizan unas y otras, al ritmo de los enfoques dominantes en ellas y siguiendo sus propias secuencias, pero esa relación varía y reaparece según respondan los historiadores a una u otra de las tres posiciones básicas existentes en la historia económica: la *formalista* (o *neoclásica*), la *sustantivista* y la *estructuralista* (la cual, a su vez, acoge a la mayoría de los marxistas practicantes de la historia económica).

La posición «neoclásica» –que arranca de un texto emblemático, *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith– define la *lógica* económica, a partir del modelo del capitalismo industrial, como una *elección* de validez universal entre alternativas, orientada a maximizar los beneficios en un contexto de escasez de recursos. La teoría económica «sustantivista», mucho más reciente, le debe a Karl Polanyi (*La gran transformación,* 1944)[203] el énfasis depositado en la *cultura,* que gobierna a su vez toda lógica económica a lo largo de la historia.

La *racionalidad* económica propia de la sociedad capitalista, viene a decir Polanyi –o Thorstein Veblen, que le precede en esa dirección–[204], no es *universal* como creen los neoclásicos, sino, bien al contrario, *particular,* producto de un contexto social y cultural: es decir, en última instancia *histórico* y contingente, no necesario e inevitable. Frente a la imposición del mercado capitalista y su lógica –concebidos por los neoclásicos como *naturales,* constantes y fijos–, en la versión *antropológica* de la teoría económica que elaboró Polanyi se hace hincapié en que las sociedades preindustriales (ya sea sin mercado o con él) inscriben su actividad económica en un contexto de relaciones sociales mucho más amplio y *significativo,* en el que el cálculo económico ocupa sólo un lugar subordinado.

En pleno contraste con los neoclásicos, los partidarios de esta *antropología económica* defienden el carácter *histórico* de la economía de mercado y la existencia de una distinción crucial entre sociedades *con* mercado o *sin* él. El dominio del mercado, en su teoría, sólo se ubicaría en el siglo XIX. Conceptos que, tanto en la perspectiva neoclásica como en la marxista, resultaban centrales, como el de *disminución de la tasa de ganancia* o el de *racionalidad económica,* quedan sustituidos por otros radicalmente opuestos, como son los de *reciprocidad* (intercambio obligatorio de regalos), *redistribución* (concentración en la autoridad central de los flujos económicos) o *«householding»,* un término vago que indica el carácter autocontenido de la producción y el consumo en una unidad familiar como característica de la agricultura campesina de *subsistencia*[205].

Los esquemas utilizados por *neoclásicos* y *estructuralistas,* en consecuencia, sólo podrían explicar una parte, y minúscula además, de la historia económica de la humanidad en sus miles de años de existencia, inapropiados para las sociedades antiguas, pero también para el siglo XX. Es precisamente en esta perspectiva en la que se insertan, como derivaciones indirectas, muchos de los estudios socioeconómicos de fundamentación *microanalítica* que se han ido produciendo a partir de la década de 1970, pero sobre todo en la siguiente (el de Giovanni Levi muy en particular)[206]. Por eso considero que, en el contexto de las tendencias últimas en historiografía, es esta posición posiblemente la de más interés.

Los *estructuralistas* a su vez, bien sea en la versión influida por George H. Mead o en la que inspira Marx, ponen el acento en las *relaciones sociales,* cuya constante *interacción de redes* crea las precondiciones que otorgan dirección y *significado* a las acciones individuales. La mayoría de las sociedades –para alguien como Granovetter, por ejemplo[207]– contienen estructuras de ambos tipos: *mercado* y *no mercado,* y sus relaciones proporcionan la base para una

identidad social cuyo interés puede ser calculado. Sujetas al *cambio* histórico también, las relaciones económicas no dejarían, sin embargo, de compartir principios esenciales *comunes,* fijos y permanentes.

Pero no todas las posibilidades de una *historia económica,* si hiciéramos un breve recorrido por la disciplina, se agotarían ahí. Podríamos situar su origen, como tal perspectiva o enfoque general, en el marco de una más amplia historia *intelectual* (últimamente revalorizada), como hace Crosby, y considerar entonces a la historia económica como producto de la gran mutación mental o espiritual que, arrancando desde fines de la Edad Media y el Renacimiento, comenzaría, en aquel mismo punto, a sustituir en el pensamiento occidental la valoración *cualitativa* de las cosas por su *medición cuantitativa.* Es decir, la historia económica (entendida como un «modo de análisis» de la realidad) sería una consecuencia, visible a medio plazo, de aquel giro esencial en la manera de ver el mundo que habría de resultar imprescindible para que prosperaran los instrumentos técnicos y científicos que propiciaron, a su vez, la expansión de los europeos por el globo[208]. Un hecho histórico decisivo, éste de la expansión colonial, del cual los cambios en la economía son vistos de este modo como sustrato *cultural.*

Yendo de nuevo al contexto específico de la institucionalización disciplinar, podemos considerar una versión primera de la historia económica, un adelanto ya de especialización sectorial, aquel cultivo sistemático de la *estadística* como una «ciencia de la Administración» que halló forma académica en la Ilustración alemana[209]. Con la esperanza de llegar a poner orden en la increíble masa de datos acumulada *por* y *para* el Estado, en la idea de servirse ágilmente del cúmulo de «números» producidos por la vida política y social, se reforzó la vertiente *teórica* de las series de datos, en un intento de imprimirles una dirección *racionalizadora* y *explicativa*. Esa primera aplicación de la historia económica tiene también, no conviene olvidarlo, una gran confianza en el potencial *moral* de la *planificación* económica llevada desde el Estado, y se apoya en el poder social de las ideas de *reforma*[210].

Aunque fue muy temprana la introducción de la historia económica en algunas universidades europeas, de modo que absorbió la dedicación de algunos de los historiadores más relevantes en el periodo intersecular del XIX al XX (Dopsch, Simiand, Pirenne), sólo su entronque con la *historia social* (su institucionalización en cátedras como *«Historia económica y social de...»*) la haría popular y dominante, al menos en lo que se refiere a las más potentes escuelas occidentales, que sentaron entonces las bases de la legitimación académica y profesional que dura hasta el periodo de entreguerras. Ciertos historicistas, como Gabriel Monod –fundador en Francia de la *Revue*

Historique–, habían abogado por una estrecha colaboración metodológica entre economía e historia, reconociendo la existencia de mayores dosis de *verdad* [que en la historia política] «en los movimientos de las instituciones, de las condiciones económicas y sociales, que son la parte verdaderamente interesante y permanente de la evolución humana, la que puede ser analizada con cierta certidumbre y, en cierta medida, ser remitida a leyes»[211].

Tras la Segunda Guerra Mundial, bajo la influencia de poderosas razones derivadas de la fuerza de la vida económica y de la evidente mundialización de la economía, la disciplina se institucionalizará con facilidad. Hasta la denominada «crisis del petróleo» a principios de la década de 1970, cuesta encontrar oposición académica a su ascenso, o detectar retrocesos circunstanciales de este saber en alza. Remontada esa crisis, se asiste así a un nuevo auge de las (cada vez más sofisticadas y técnicamente complejas) disciplinas económicas, que se repliegan a partir de ahí en un breve pero bien armado abanico de teorías[212]. Los desarrollos históricos –que ceden no obstante en importancia relativa– se obligan a permanecer ceñidos al repertorio teórico existente, esta vez por pura necesidad[213]. La *historia* económica, de esta manera, exhibirá siempre en su trama los hilos de la *teoría,* obedeciendo a ella de manera ajustada en cuanto a las interpretaciones que contiene y en cuanto al ordenamiento y jerarquía de la masa empírica[214].

Ha ido quedando así fuera del discurso científico aceptado por los especialistas aquella vaga *historia de la economía* que, especulativa o descriptiva, no optaba por ningún fondo teórico preciso y utilizaba los mecanismos que en cada sociedad gobiernan los procesos de la vida material como un simple telón de fondo para «representar, más o menos personalizado y vivo, el drama de la acción humana»[215]. La historia *serial* francesa, una de las orientaciones cuantitativistas más productivas de la historiografía a mediados del siglo XX, había sabido sacar mucho partido a una vocación de ese tipo[216], contribuyendo a la obtención de largas series de datos homogéneos. Pero, a juicio de los nuevos historiadores de la economía, poco más.

Con todo, no sólo de esa perspectiva historiográfica crucial proceden, obviamente, las grandes cantidades de datos tratados por procedimientos estadísticos cada vez más depurados y fiables: la cuantificación ha sido una estrategia de investigación especialmente cultivada en el mundo intelectual anglosajón[217]. La *demografía histórica,* la *historia de los intercambios comerciales* o la *historia agraria*[218] muy en particular, han florecido en todos los contextos historiográficos a que alcanza su influencia, a veces combinándose con otros procedimientos de análisis que vienen de la historia de las *ideas* o del

pensamiento económico[219]. Han prosperado en Francia, en Inglaterra y los Estados Unidos, en un marco estable y bien articulado.

Para la historia de los procesos de *industrialización*[220] ha sido fundamental el aporte inicial de la teoría *keynesiana,* con sus conceptos clave de «crecimiento» y «desarrollo». W. W. Rostow y A. Gerschenkron proporcionaron *modelos* de análisis muy difundidos también para el estudio del Tercer Mundo. Una eminente aportación empírica ha sido el resultado práctico más evidente de esta proliferación de estudios y monografías cuya proyección en historia social, para el periodo contemporáneo, es indudable. Ya en 1926 se había iniciado el debate sobre el «nivel de vida» y las condiciones laborales de los trabajadores a raíz de la «revolución industrial»: el conservador John Clapham arremetió contra la crítica fabiana y socialista al proceso industrial, que arrancaba de los Hammond y los Webb y llegaba hasta Toynbee. Los *optimistas* compitieron ventajosamente con los *pesimistas,* y en el debate se utilizó todo tipo de recursos, inclinándose la balanza progresivamente del lado del cuantitativismo.

No sólo sería la ideología motor suplementario del análisis, sino que las perspectivas *comparadas* siguieron reclamando atención. Como muestra –pues otra cosa es imposible aquí–, citaré los esfuerzos del alemán Harmut Kaelble, un autor empeñado en trazar un fresco comparativo amplio sobre la industrialización europea del XIX, y cuyo polo de atracción consiste en responder a la *correlación* entre industria y desigualdad social. Su análisis revisa, en consecuencia, los sistemas educativo y de salud pública, pero también la relación compleja entre las dos categorías laborales más importantes: «cuellos azules» y «cuellos blancos». El concepto de *aristocracia obrera,* tan atendido por historiadores del marxismo inglés como E. J. Hobsbawm, se incluye también ahí[221].

La historia económica francesa, al hallarse por mucho tiempo inscrita dentro de la historia social, facilitó la división en *tiempos* del proceso histórico y acostumbró a los historiadores generalistas (historiadores *tout court*) a pensar en términos cuantitativos, cuando no directamente a creer que toda historia, para ser certera, debía ser una *«historia serial»* construida sobre *listas de datos homogéneos,* aplicables a un conjunto social determinado, una clase o un grupo.

Concebida paradójicamente como una forma *humanista* de acercarse a los datos económicos de la existencia, la historia serial trataría de integrar en el análisis datos sobre la *vida* de las masas, información sobre la multitud de pequeños elementos de la sociedad que permanecían oscuros, de hombres y mujeres sin rostro. Procurando convertirse en la sólida base de la *historia total,* los historiadores franceses de la economía prefirieron así no tratar la economía, lo que sí sucedía en cambio en los contextos académicos angloamericanos, como un

campo *aparte* de las ciencias humanas y sociales. Ello al menos hasta finales de la década de 1970, en que triunfó –tambien en Francia– la *New Economic History,* una tendencia nueva, segregadora, con un enfoque teórico alternativo al que hasta allí se había tenido por esencial[222].

* * * * *

Una primera *historia de la población,* compartida entre la geografía humana y la demografía histórica –que también puede ser de perfecto encaje en las realizaciones de la *historia económica* hecha en Francia–, se ocupó sobre todo de lo que se denomina *transición demográfica,* es decir, el proceso histórico en el que una sociedad pasaría de tener un comportamiento demográfico con altas tasas de natalidad y mortalidad a contemplar su drástico descenso[223]. Dentro del marco *regional* de los estudios (que viene exigido por el cómputo detallado y la construcción de las series de datos), se abordó la relación entre los movimientos de las poblaciones y los recursos dados, así como el estudio de las perturbaciones accidentales del equilibrio de la población.

Conceptos con ella relacionados, como el de *fecundidad,* reclamaron inmediata atención[224]. Y surgieron de forma dependiente, entroncando enseguida con la vecina historia de las mentalidades[225], una *historia de la alimentación*[226] y otra de las *enfermedades* y las *epidemias*[227], las *hambrunas*, etc. En conjunto, se ofrece una variedad rica y dispersa de posibilidades relacionadas entre sí. A la historia del *clima*[228], y a la de la *salud* y sus perturbaciones[229], con una importante derivación hacia la historia de la *infancia*[230] y otra hacia la historia de las *mujeres*[231], se llegó de ese modo de inmediato, trabajando en la misma dirección.

En general, trascendiendo el uso descriptivo de las estadísticas (lo que hasta entonces solía ser común), los historiadores económicos de los años sesenta comenzarían a aplicar los métodos y técnicas econométricos para seguir las curvas de *natalidad* y de *mortalidad,* así como las de *fertilidad* y *migraciones* según las pautas de la nueva demografía[232], pero también se abrieron a estudiar la reproducción biológica y social a través de la *familia* y sus cambios en el espacio y en el tiempo[233]. De la sociología y la psicología social tomarán principios básicos de *explicación causal,* para atender a la expresión diferencial de *actitudes* y *comportamientos* que históricamente experimentan las poblaciones[234]. Y de la ciencia política, por último, procederán los métodos para el seguimiento de las variaciones *electorales* en la sociedad liberal y sus, más o menos perfeccionadas, prácticas democráticas. En todos esos métodos (que poseen una muy superior carga teórica a lo acostumbrado hasta allí), y a diferencia de los anteriores usos descriptivos de la cuantificación, se hallan implícitos *modelos* diversos, más o menos desarrollados y complejos, de la *acción*

social y del *comportamiento* humano, los cuales confieren finalmente contexto y sentido a las refinadas metodologías empleadas[235].

Las discusiones en torno a las hipótesis y los marcos teóricos, constantes y sofisticadas, en ningún caso podrían ser ignoradas por los historiadores a la hora de utilizar sus instrumentos de exploración y análisis. Ni tampoco cuando decidan qué es aquello que van finalmente a estudiar, de entre un abanico amplio de posibilidades. En el punto de encuentro entre la *demografía histórica* y la *historia del trabajo* (femenino e infantil sobre todo)[236] se sitúan muchos de los hallazgos, tanto conceptuales como empíricos, que marcarán en las décadas de 1970 y 1980 la renovación de la historiografía.

El auge del *marxismo,* por su parte, habría de proporcionar un nuevo empuje al proceso, que en algunos países conserva aún una representación fuerte en el conjunto de la producción historiográfica. Los historiadores marxistas de los años sesenta y setenta se situaron muchas veces en la primera línea de defensa de los factores económicos en cualquier género de explicación histórica, un modo de pensar *lo histórico* que está en la base misma de algunas de las variedades comunes de la «historia social». En la mayor parte de los casos, lo hicieron sobre la base teórica proporcionada directamente por la obra de Marx. «Trabajar hacia afuera y hacia arriba, a partir del proceso de producción social y su ámbito concreto», es el consejo práctico que proporciona Hobsbawm, por ejemplo, partiendo de la teoría marxista. Es decir: ocuparse de la base económica de la producción, primero; de la estructura social, entrando en su análisis y su función después, y de la innovación cultural por último, sin olvidar nunca la relación directa de esta última con la fundamentación material[237].

A su vez, la tendencia predominantemente *cientifista* de la historiografía a lo largo del siglo XX, sobre todo entre *ca*. 1945 y 1968, quedó extraordinariamente reforzada por el auge de la historia económica[238]. Se trata de un efecto que no puede atribuirse en su totalidad al marxismo, aunque también éste contribuya a aquél, sino que debe directamente mucho –como ya se avanzó en el segundo capítulo– a los esfuerzos de la filosofía analítica de los años sesenta (Hempel, Gardiner, etc.)[239]. Con todo, la razón de importancia más masiva para sopesar su proyección general si nos situamos en una evolución interna a las estrategias de la propia disciplina, estriba, muy posiblemente, en el éxito alcanzado –primero en Norteamérica y después en el mundo entero– por la *cliometría* como estrategia de investigación.

* * * * *

Como ya recordamos, hasta mediados de los años cincuenta los datos cuantitativos que toda historia económica utilizaba procedían casi por completo

de la estadística oficial, y aparecían reorganizados de acuerdo con los temas que había que tratar. La confección de listas de precios por los primeros historiadores los llevaría a crear sus propias series[240]. Sus reconstrucciones dieron paso enseguida a una más exacta acomodación a los conceptos a la la teoría económica. Y de este modo quedó abierto el camino a la *«New Economic History»,* una *nueva* historia más –pero de diferentes características a las variantes de tipo social salvo en su aspiración al *cientifismo*–, que habría que impostar con técnicas *cliométricas,* es decir, aplicando la medición al objeto histórico. Autores como A. H. Conrad, J. R. Meyer, L. E. Davis, J. R. Hughes (que fue quien la bautizó en 1960) y T. McDougal[241] e, inmediatamente después, R. W. Fogel y L. Engerman[242], desplegaron una batería de preguntas susceptibles de ser respondidas por procedimientos *hipotético-deductivos,* cuyas respuestas obedecerían directamente a la teoría económica. Como ha venido a resaltarse a veces, inspira a los cliómetras la convicción de que sólo el dominio pleno de la teoría posibilitaría distinguir correctamente entre lo *regular* y lo *irregular,* entre lo *esperado* y lo *inesperado*.

Ésa es precisamente una de las características fundamentales de la *New Economic History,* el «énfasis puesto en la medición y el reconocimiento de la estrecha relación que se da entre medición y teoría», como pronto expuso Robert W. Fogel. Poner el acento en el segundo de los componentes resultaba decisivo, ya que la medición sola –como también recuerda Barraclough al enfrentarse al cúmulo de historia económica *sin* teoría existente[243]–, «si no va acompañada de un proceso estadístico y de un análisis cuantitativo sistemático, probablemente no acaba siendo más que una forma narrativa de diferente tipo».

La insistencia en seguir métodos hipotético-deductivos que guía a la *New Economic History* (el análisis de regresión, las tablas *input-output,* o la distribución hipergeométrica) y la práctica de la formulación *contrafactual* que en ocasiones se emplea sirven, antes que nada, a la ponderación de las innovaciones de tipo tecnológico (la introducción del ferrocarril o la fabricación de acero), pero asimismo se aplican al estudio de las instituciones económicas, la banca en especial[244].

La *cuantificación* sin teoría precisa, se insiste repetidamente en ello, implica en cambio un tipo de historia que, al sustituir las palabras por gráficos y ofrecer mayor nivel de precisión que la tradicional, daría *apariencia* de exactitud y de veracidad, pero sólo eso. Es decir, engañaría respecto a aquello que solemos considerar como *nuevo* en historiografía (la *precisión* e *interés general* que son característicos de las ciencias sociales), sin merecer de veras la calificación de *historia científica*. Prácticamente todas las historiografías nacionales seguirán el consejo aquí recogido, y ya a finales de los años setenta puede observarse

claramente el giro en España, también[245]. La teoría elegida será la teoría *neoclásica*, y la interpretación de resultados se llevará hasta un esquema circular, en el que no caben sorpresas o hallazgos azarosos y en el que queda fuera el *hecho contingente*.

Los datos son, como en ningún otro esfuerzo historiográfico realizado hasta aquí, las *pruebas de la demostración* que pide la teoría, y el método *(hipotético-deductivo)* la única forma lícita de llevar adelante esa demostración. La década de 1970, y todavía una parte importante de la de los ochenta, están llenas de declaraciones a propósito de la depurada cientificidad de enfoque conseguida: la *Nueva Historia Económica* (NEH en sus siglas en inglés) era, sin duda, la opción historiográfica mejor preparada para responder a preguntas *relevantes*[246]. [La aspiración al principio de «relevancia» –es preciso tenerlo siempre en cuenta– es una nota común, e irrenunciable, en todas las ciencias sociales en la medida en que se ocupan de lo «general».]

Desde la perspectiva del *neopositivismo* científico que los cliómetras compartían, su pretensión era justificada, y al menos en apariencia también la satisfacción que experimentaban: «Los historiadores cuyos puntos de vista están ahora sometidos a revisión –escriben Fogel y Engerman en *Tiempo en la cruz* (1974), un libro decisivo sobre la esclavitud, al proponer ciertas correcciones a resultados anteriores–, eran investigadores conscientes y cuidadosos, sumamente inteligentes y perspicaces; [que] intentaron describir la historia del Sur como realmente era. La explicación de [sus] extravíos no debe buscarse en sus inclinaciones personales o en otras particularidades de su comportamiento –aun cuando en algunos casos las inclinaciones hayan sido un factor importante–, sino en gran medida en algunos problemas metodológicos generales y, en particular, en el papel de las matemáticas y de la estadística en el análisis histórico. Algunas de las revisiones más efectivas del nuevo trabajo dependen de cuestiones matemáticas que, a pesar de su oscuridad, son vitales para una descripción e interpretación correctas de la economía esclavista»[247].

Sin embargo, desde el mismo ángulo de la ultracorrección metodológica a que aspiraban, no cabe duda de que esta posición entraña un reforzamiento del deductivismo positivista. Se aboga explícitamente por la *explicación,* la *demostración* y la *verificación*[248], en un encaje perfecto con los planteamientos popperianos respecto a la naturaleza del conocimiento científico. Los *modelos matemáticos* utilizados constituyen de hecho el mejor sustituto posible de la verificación empírica a la que, obviamente, no puede aspirarse en la historiografía[249]. Algunos de sus críticos la llamaron «econometría retrospectiva», y el calificativo prosperó por igual entre familias diversas de historiadores[250].

Con el tiempo, ese afán de exactitud metodológica y el orgullo exhibido por ir consiguiéndola, merced al uso de refinadas técnicas y de una progresiva matematización, van a repercutir en un alejamiento entre los historiadores económicos y el resto de la profesión. Los *cliómetras* de la *New Economic History* y sus derivados inmediatos son, en buena medida, los responsables del uso de lenguajes diferentes, que por lo general no poseemos en cambio el resto del oficio, ni parecemos dispuestos a aprender. Curiosamente, el aspecto más cuestionado de la metodología cuantitativista por excelencia que esta escuela representa, no ha sido el de su estricta vinculación a una base teórica que puede ser discutible, sino esa «incomprensible» (y para muchos hermética) presentación formal de hipótesis y resultados, la ignorancia forzosa a la que el lenguaje algorítmico nos condena a una amplia parte de la profesión, la mayoría no especializada.

Una expresa fobia ante las matemáticas, cuando no una más vaga y general «hostilidad antitecnológica»[251], han contribuido a nutrir el sustrato de los debates sobre la naturaleza de la historia económica iniciados hace una década, presentándolos como parte de una contraofensiva de las *humanidades* ante la versión triunfante de (precisamente) aquello que la historia *no debería* ser, un debate que viene utilizando normalmente argumentos más emocionales que racionales. A esa ofensiva responde, desde dentro de la propia escuela cliométrica, un refuerzo del antagonismo –no menos emotivamente recibido– que ahorra el más mínimo esfuerzo de persuasión. [Así puede comprobarse en el texto, antes citado, en el que Fogel y Elton se interrogan sobre *«cuál de los caminos al pasado»* escoger, sin que el combate arroje otra cosa que tablas.]

La principal aportación de la *New Economic History* a la consolidación de la historiografía como «ciencia» estribaría en la eliminación de la *intuición,* en la drástica reducción de las interpretaciones *subjetivas* y de los juicios *impresionistas* que, de otro modo, son tan frecuentes en el discurso histórico. Con la *econometría*, la historia económica dejaba de ser aquella especie de *narración cuantificada* que venía a suplir, como podía, la falta de información sobre hechos y procesos diversos. Pasaba en cambio a ser la búsqueda *sistemática* de respuestas a preguntas muy *concretas,* específicas; preguntas que no podría ya el historiador elaborar a su intuitivo arbitrio dejándose llevar de su *imaginación,* sino que venían inscritas *de antemano* en la teoría, correspondiéndole y obedientes a ella.

La cuestión es empero que sus resultados, siendo como eran *ciencia*, no tenían prevista su divulgación, y sólo se dirigían a un público *especializado* muy reducido, desentendiéndose del resto: «Muchos cliométricos –escribió el inglés Elton– desean concentrarse en la producción de enunciados empíricamente

avalados acerca del pasado que posean pertinencia directa con los problemas y las preocupaciones de los días presentes. Muchos tienen la esperanza de que, estudiando el pasado, puedan descubrir generalizaciones garantizadas sobre el comportamiento humano, que tienen fuerza en el presente y que continuarán teniéndola en el futuro. La mayoría de los cliométricos cree que el público apropiado para semejantes obras no es aquel que lee historias por placer, sino los que son capaces de estimar y evaluar los frutos de las labores científicas; no un público numeroso, sino un reducido grupo de especialistas muy preparados»[252].

Y es que, a partir de la década de 1950, en la de 1960 y aun en parte importante de los años setenta, la *historia como ciencia* es sobre todo un vertebrador de relación interna entre todos aquellos historiadores que están interesados en los mecanismos de *explicación* y *demostración* en las ciencias sociales, un engranaje en el que hallarían un puesto privilegiado los historiadores económicos[253]. Al comenzar los años setenta, el interés por potenciar la cuantificación se había convertido en un hecho aceptado y extendido en la historiografía. Con independencia de que se siguieran o no las pautas teóricas que acompañaban a los productos más rigurosos (los más *puros* también) de esta historia *económica nueva,* la fuerza imponente de los números, por sí misma, ganaba adeptos cada día, marcaba la tensión en las corrientes y problemas historiográficos más candentes, o bien simplemente se convertía en «costumbre», en una *práctica* corriente de la investigación, aunque no respondiera a problemas específicos para los que fuera imprescindible interesarse por la cuantificación.

H. Boehme, en el 7.° Congreso Internacional de Historia Económica en 1978, exponía satisfecho que, habiéndose servido la historia económica desde sus orígenes de forma coherente, a diferencia de la historia general, de las categorías analíticas elaboradas en la economía (un «sistema cerrado de teoremas»), los frutos obtenidos de ese proceder la conducían derecha, «de una forma cada vez más decisiva, a las nociones analíticas de la demostración propias de las ciencias teóricas». Por lo cual, cada vez «se confia[ba] menos en el método hermenéutico, en la comprensión extraída de la exposición de las relaciones materiales». Ésa era su impresión. Y más claramente aún: «Cada vez se margina más, cuando no se elimina simplemente, la interpretación de los motivos de las personas actuantes a partir de la descripción de resultados de los acontecimientos individuales que configuran el perfil de las épocas. Los datos de la historia factual política han perdido con toda evidencia, frente al atractivo del esquema fundamentado en un modelo teórico, su carácter provocador de la curiosidad científica. El marco más estrecho de la econometría aplicada promete, frente al marco más universalista

de la investigación historica general, mayor precisión, y sobre todo mayor comprobabilidad [sic] intersubjetiva; por tanto, mayor *"objetividad"*»[254].

La relación estrecha entre *cuantitativismo* y *estructuralismo* fue también uno de los elementos coadyuvantes al éxito alcanzado, no en este caso ya por la cliometría, sino muy posiblemente por el total de la historia económica. Eso que el microhistoriador Carlo Ginzburg llamaría después, alejándose de él, el «paradigma galileano»[255], tenía, por su certeza sistemática y por su orden preciso, grandes probabilidades de triunfar. Porque, a pesar de que el uso del lenguaje matemático en boca de los historiadores solía ser algo menos sofisticado que el procedente de las ciencias sociales, ahí estaban la *medición* de fenómenos (ahorrándole vaguedad e indeterminación en sus apreciaciones al historiador) y la *construcción de series* contundentes, amparadas en la exactitud del tratamiento estadístico, para formular con un rigor desconocido antes, las «relaciones estructurales» subyacentes a la *realidad*.

Esas *relaciones estructurales* –y ninguna otra cosa al margen de ellas o por encima de ellas– habrían de convertirse en el objeto mismo de la historiografía, sustituyendo o solapando al sujeto humano. Suponiendo al mundo escrito en lenguaje matemático, la misión del historiógrafo consistiría en descifrar las leyes que rigen su orden interior. Es ahí donde cobra sentido aquella admonición presuntuosa –hoy pura arqueología– del medievalista francés E. Le Roy Ladurie, cuando dijo aquello de que *«el historiador del futuro será programador de ordenadores, o no será»*. Era el suyo un desafío, una apuesta fuerte por suprimir radicalmente la vaguedad y la multiplicidad inerte de las lecturas.

La especialización, que ha ido delimitando con el tiempo el campo respectivo de las subdisciplinas, ha permitido la bifurcación de los caminos –sus cruces en variadas direcciones–, y ha aflojado sin duda la presión anterior del cuantitativismo (y especialmente la que procede de la historia económica) sobre el conjunto de los especialistas. A veces se ha diluido esa dirección, incluso hasta borrar su rastro por completo. Pero el esfuerzo de *normalización* metodológica y la *tensión* teórica que los practicantes de la historia económica han sabido imprimir sobre el trabajo de los historiadores *en general,* son efectos notables y duraderos que conviene valorar en su debido peso, y no minimizar.

Muy pocos, sin embargo, sostenían que fueran excluyentes entre sí las técnicas cualitativas y las cuantitativas, al menos en las investigaciones emprendidas desde la estricta profesión de historiador, no sin embargo en las ofrecidas por quienes profesaban en las facultades de Económicas. En las de Letras, con gran frecuencia y como precaución metodológica, se aconsejaba que *precediera* la exploración cuantitativa a la incorporación de *otras* variables, aquellas no sujetas a medición. Si alguna objeción ponía Lawrence Stone a los cliómetras –además

del problema de la escala–, aún a principios de los años ochenta, es que muchos de ellos (que no todos, decía) tendían a «ignorar u omitir toda prueba que no pueda cuantificarse», en tanto que, a su juicio, «de la combinación de datos estadísticos con material literario, y de cualquier otra índole posible», era de donde con más probabilidad surgía la verdad[256].

En su conjunto, y aun a pesar de las diversidades y las debilidades que puedan objetarse a este preciso modo de operar, lo cierto es que –como reconocía alguien no practicante de la cliometría, de nuevo Barraclough– la aspiración *generalizadora* del cuantitativismo había ampliado, decisivamente, el campo de visión del historiador, abriéndole puertas que parecían cerradas. Y le había proporcionado, sobre todo, *nuevos métodos*. «Es inconcebible –escribe– que en el futuro la historia económica o la historia demográfica procedan de otra forma que no sea sobre la base del análisis cuantitativo; y es probable que los métodos cuantitativos, debido a su confirmada utilidad, influencien cada vez más el trabajo de los historiadores en otros terrenos». [A medio plazo, el pronóstico no parece cumplirse, sin embargo. Aquel asunto al que se refería Barraclough, el de extender la cuantificación a otros objetos de investigación que no fueran estrictamente de historia económica, aparecía entonces como de relevancia extraordinaria e importancia extrema, aunque hoy, separada ya prácticamente la historia económica del resto de «las historias» existentes, y casi sin diálogo real con ellas, haya perdido indudable interés.]

Insistiendo en que la historia económica y la demografía histórica habían aportado pruebas convincentes del valor de la cuantificación como instrumento de análisis histórico, reconocía el inglés que quedaba aún por ver «hasta qué punto se puede aplicar este instrumento en áreas donde se dispone con más dificultad de datos cuantitativos susceptibles de medición»[257]. Junto con otros autores, recordaba que «el análisis cuantitativo no es un objetivo, sino un medio de conocimiento». Despues de unas cuantas décadas de laborioso esfuerzo, es fácil concluir ahora con Pablo Martín Aceña, a su vez, que su forma más sofisticada hasta hace poco –la *Nueva Historia Económica*– ha ganado la batalla[258], y tampoco es costoso reconocer, con Fogel y con North (cuando les fue entregado el Premio Nobel, en 1993), que el trabajo de los cliómetras ha contribuido de hecho a la elaboración y perfeccionamiento de la propia *teoría* económica[259].

Ningún otro factor, seguramente, ha ocasionado debates más ásperos, en el contexto de los cambios historiográficos de las últimas décadas, que la *matematización* y su servicio a la teoría (y no sólo el cuantitativismo y su vinculación a la teoría de Marx). Porque la *cuantificación* –hay que insistir en ello– significaba entonces una revolución en la historiografía. Pues se

consideraba no un simple dispositivo para manejar un número limitado de cuestiones, sino una forma de *análisis de lo social a lo largo del tiempo* novedosa, y alternativa, una nueva manera de pensarlo, más exacta y mejor. Para una parte relevante de los historiadores que no cuantificaron nunca, esa ambición quedaría limitada (incumplida, al fin) por lo incompleto del procedimiento en cuanto a su capacidad de *recubrir* la realidad *entera,* pero el resto les argumentó en contra, satisfecho.

De ahí surgirá la advertencia de que «el solo dominio de estas técnicas no dará lugar a una historia de calidad, del mismo modo que el dominio de la métrica no produce una gran poesía»[260]. O también la apreciación de François Bédarida respecto a que esos cambios, ya a mediados de los años sesenta, lejos de verse como aciertos permanentes, llevaban «tanto a situaciones sin solución y a desviaciones como a caminos fructíferos»[261]. A medio plazo, esos recelos darán lugar a algo más profundo, menos circunstancial, pues de ahí se derivaría finalmente la defensa formal de las estrategias *cualitativas* (lo mismo que sucede también en la sociología, que se rearma en aquel mismo punto, casi a la par, con un renovado afán de preeminencia y sustitución de unas estrategias por otras).

En cualquier caso, se admitía comúnmente que rechazar la información estadística no era, en sí misma, una manera *mejor* de hacer historia, y que quien no cuantificara *algo* de sus objetos, quien no llevara a su investigación una rejilla previa para encajar *variables* y *datos cuantificables* tendría, al menos, tanto riesgo de conseguir una visión parcial, insuficiente, como aquel otro investigador que sólo procediera con la cliometría. Por lo tanto, no sólo la polémica ha acompañado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a la cuantificación. Ésta ha dado prestigio y legitimidad a muchas variantes de la historia social, entre ellas la *prosopografía*[262] y el análisis de los fenómenos de masas. Y hasta ha hecho posibles, sencillamente, disciplinas enteras de joven trayectoria, como es el caso –una vez más– de la «demografía histórica».

Por otra parte, hay que reconocer que tiene razón Giovanni Levi cuando, en la discusión sobre el cuantitativismo, echa de menos argumentos procedentes de las aportaciones *no cuantitativas* de la matemática, lamentando el hecho de «que se hayan pasado por alto problemas como los relacionados con los gráficos de redes relacionales, las decisiones en situaciones de incertidumbre, el cálculo de probabilidades y los juegos y las estrategias»[263]. No son éstas, con todo, el tipo de objeciones más comunes. Así, en el otro extremo de la posible crítica, Paul Veyne afirmaba que el único progreso del que era susceptible el conocimiento histórico residía en el *incremento de la casuística* a la que tiene acceso el historiador[264]. Una idea propia del historicismo.

Otros consideraban, sin embargo, que el problema de la fragmentación (la cantidad inmensa de los estudios, artículos y monografías, y su variedad) seguía acosando al historiador, sin haber disminuido un ápice la necesaria búsqueda de seguridades. La variedad y cantidad de estudios eran más un estorbo que verdadero motivo de alegría: «La escisión entre una acumulación cada día mayor, y virtualmente inmanejable de investigación a pequeña escala, y la pretensión de la historia –una pretensión de la que depende su deseo de ser tomada en serio– de ser un todo único, es claramente manifiesta y probablemente crecerá», escribía el propio Barraclough en 1978. «Éste y el problema central de la objetividad son los dos escollos principales del dilema al que se enfrenta el historiador de hoy»[265]. Mutua ignorancia entre unos y otros expertos, muchas veces; y ofuscación y distorsión de los argumentos empleados, en resumen; ambas serían por tanto las notas dominantes de la discusión general sobre la medición y la historia «científica»266[266].

* * * * *

La evolución posterior de la ciencia económica se ha hecho compleja y diversificada. Y con ella ha cambiado sustancialmente también la historia económica practicada en las dos últimas décadas. Conviene, por lo tanto, tener en cuenta la pluralidad de recursos metodológicos (basados en teorías económicas diferenciadas, o producto del cruce entre disciplinas) que han ido dando pie, en las décadas de 1980 y 1990, a escuelas diferentes y a otras líneas, nuevas y alternativas, de investigación. Hay una que obedece a una larga tradición, la de la *antropología económica* que representaba Karl Polanyi. Su concepción cultural de los hechos económicos había permitido a alguno de sus seguidores, el italiano Edoardo Grendi principalmente, librarse del rígido corsé de estructuralismo que obstruía las vías del marxismo económico[267]. Un enfoque de tal tipo permite igualmente, y quizá con más éxito que la mayoría de los demás enfoques, librarse del estrangulamiento y de la asfixia que, sobre la peculiaridad *simbólica* de los objetos, ejerce el cuantitativismo, un modo de abordar el mundo exterior que es eminentemente ajeno a propiedades y caracteres de *significación*[268].

Los supuestos ideados por Polanyi han recibido, subsiguientemente, la atención crítica de la denominada *historia económica institucional*[269]. Y desde ellos se reemprende la actitud combativa contra la *Nueva Historia Económica*[270], con la ayuda creciente de la *sociología económica,* su estrategia central del *«network analysis»* y el concepto de *«embeddedness»,* asimismo, que puso en circulación M. Granovetter[271]. Las instituciones son de este modo, como escribe D. C. North, «las restricciones concebidas por los seres humanos que estructuran las relaciones humanas. Están formadas por restricciones formales (por ejemplo, reglas, leyes, constituciones), restricciones informales (por ejemplo, normas de

conducta, convenciones, códigos de conducta autoimpuestos) y las características de los instrumentos con que se aplican. Definen conjuntamente la estructura de incentivos de las sociedades y, concretamente, de las economías»[272]. La corriente que se autodefine, así, como *«nueva-nueva historia económica»*[273], se ha volcado de nuevo hacia la historia de la *propiedad* (la historia del derecho), en un intento contextualizador de explicarse, en cada caso y en cada situación, cuáles son exactamente «las reglas del juego» que «determinan el funcionamiento» de cada tipo de «sistema económico».

Apoyándose en las evoluciones contemporáneas de la historia jurídica, «la teoría de los derechos de propiedad» se había incorporado ya a la *historia* económica (y a la *teoría*) a finales de los años setenta, utilizándose para explorar cuestiones tan diversas como los orígenes de la agricultura en el VIII milenio antes de Cristo[274], o para explicar los orígenes de la revolución industrial en el siglo XVIII[275]. Del conjunto de esas investigaciones se demuestra, según escribe North, que «una ventaja importante del enfoque de los derechos de propiedad es que se presta a la investigación empírica y a las proposiciones comprobables. Los derechos de propiedad quedan especificados mediante el sistema legal de una sociedad, de manera que el estudio del derecho privado y escrito, el examen de las cláusulas contractuales concretas y la exploración de los costos de aplicación de los contratos, todo ello ofrece la oportunidad de practicar la investigación empírica y las proposiciones refutables»[276].

En general, la incorporación del contexto histórico y normativo-cultural, en un sentido amplio, forma hoy parte de las *instrucciones de uso* más comunes en esta subdisciplina: «No hay nada que sea intolerablemente anacrónico» en las reconstrucciones de historia económica, como escribe Carlo M. Cipolla, si el historiador elabora un modelo que «tenga en cuenta las condiciones particulares y las circunstancias histórico-institucionales-culturales de la época analizada»[277].

Muchas temáticas se han revisado hasta hoy mismo, aplicando rejillas metodológicas como las expuestas hasta aquí, y a partir de un esfuerzo de investigación que reviste enorme importancia. Para la España contemporánea, por ejemplo, es notable la acumulación reciente de estudios, y también su contraste depurado en lo que se refiere a la evolución de la economía, especialmente bajo Franco[278]. Pero al mismo tiempo que una masa empírica abundante, se han ido delineando subespecializaciones, algunas de las cuales merecen mención. Una de las más fructíferas, si no la que más, es la *historia de la empresa* («business history») que ha empezado a conformarse ya como subdisciplina en nuestro país[279], y que en sus planteamientos de método más recientes aparece formulada como una *historia cultural* de los negocios, dándole a la dimensión empresarial –con planteamientos del tipo «*micro*»– oportunidades diversas de entronque *social,* e incluso *antropológico* y *filosófico,* a la manera en que lo hace Giulio Sapelli, por citar un caso ejemplar, en su propuesta de estudio de las instituciones económicas[280]. Incluso, últimamente, llegaría a presentarse este conjunto de discusiones y aplicaciones empíricas como una pieza básica en el debate en curso sobre «modernidad» y «posmodernidad»[281].

En cualquier circunstancia, nadie puede negar que esa fragmentación y esa complejidad que constituyen hoy dos notas distintivas de la historiografía en general, y que también se muestran en la historia económica, han tenido que ver de manera directa con el esfuerzo ímprobo por ofrecer explicaciones amplias, veraces y completas, lo más cerca *posible* de la verdad. La historia hecha con técnicas y métodos cuantitativos luchó en su día contra las formas *blandas* de historiografía, las que proporcionaban conocimientos que se creían banales y vulgares. A su vez, sus practicantes recibieron frecuentes reproches por creer que era exclusivamente en sus datos donde residiría el interés general. Incluso desde dentro de la Nueva Historia Económica llegó a temerse, en algún momento, que sus cultivadores no iban a ser capaces de mantener la continuidad entre unos estudios y otros. Pues a veces salían resultados tan variados (en lugar de *homogéneos,* como era la idea previa) que no podían realmente llegarse a comparar.

Con todo, pudiera suceder que la disparidad de cifras obtenidas (y de comportamientos) respecto a la fertilidad, modelos de familia o natalidad, reflejasen por cierto más la *realidad* que otros patrones rígidos que todo lo cubrían y que, en principio, eran de validez universal. Pero, quizá inevitablemente, ese retorno de la pluralidad y la variedad de lo humano ha ido a reafirmar (primero lentamente y después a velocidad vertiginosa) los antiguos principios básicos del historicismo: es decir, *complejidad, singularidad* y *variedad* de la experiencia humana. Justo aquello que se quería evitar.

Buscando, en fin, *simplicidad* y *coherencia,* mas poniendo atención a problemas históricos que, bajo otros métodos u otras inspiraciones teórico-prácticas, los historiadores anteriores no se habían parado siquiera a plantear, lo cierto es, sin embargo, que, con las aportaciones de la historia económica y el cuantitativismo se habría contribuido sustancialmente, al cabo de unos treinta o cuarenta años de ejercicio profesional, a dar prestancia y credibilidad al oficio de historiador. Pero también, como contrapartida, quizá se haya rasgado más todavía el tejido de la disciplina, y se haya incrementado su inestabilidad.

El marxismo y la historiografía

Algunas de las particularidades y logros del marxismo en historiografía los hemos abordado ya en páginas anteriores, al estudiar la *historia social* y la *historia económica,* siquiera fuese de modo tangencial. El *materialismo histórico* es además, muy posiblemente, el enfoque historiográfico general más extendido en España durante las dos décadas que resultaron decisivas para la formación de la historiografía actual (las de 1970 y 1980)[282], y es también la corriente no estrictamente empírica sobre la que más se ha escrito en el contemporaneísmo español, entre otros autores por Bartolomé Clavero, Josep Fontana, Santos Juliá,

Juan S. Pérez Garzón y Julián Casanova, cuyas aportaciones figuran en el apéndice bibliográfico al final[283]. Debido a todo ello no insistiré aquí ahora demasiado en las formas diversas que puede adoptar en historiografía esa influencia *básica* (que por lo general se aplica *combinada* con otras, aun inconscientes, como el funcionalismo o el estructuralismo), y me centraré sólo en las propiedades o problemas –teóricos o prácticos– que enlazan con mi objetivo principal, el de seguir el hilo de las preocupaciones de método que influyen en la constitución de la historia como disciplina científica, dando cabida sólo a las más significativas.

Nadie puede negarle al materialismo histórico (a no ser por razones estrictamente ideológicas) su importante presencia en la renovación de la historiografía posterior a 1945. En un esfuerzo por responder a las exigencias prácticas de las organizaciones comunistas y socialistas fuera de los países del socialismo real y bajo la guerra fría, se sitúan su expansión no estrictamente académica y su divulgación como un modo específico de hacer *historia social* –el que con más exactitud llamamos *historia socialista*–. No es extraño por eso que los combates de tipo sindical fueran un día objeto preferente de este tipo de análisis, que se centró en los líderes, y que después se rindiera ya abierto, como todo el conjunto de la historiografía, a la influencia de las ciencias sociales[284].

Pero también en la intención de presentar batalla al *idealismo historicista* (lucha emprendida ya antes de la guerra, y que sólo triunfa cuando ésta ya pasó) reside buena parte del incentivo profesional que animó a muchos historiadores a emprender un día un camino distinto al que marcaba el historicismo, sumando así a la *práctica* política de izquierdas la innovación *teórica,* en forma y contenido. A mediados de los años cincuenta comenzó asimismo la reacción –interna al propio ámbito del comunismo– contra el estalinismo, y la mayoría de los historiadores marxistas abandonaron la militancia comunista en los países democráticos (no así en las dictaduras). Muchas veces, no obstante, mantendrían el marxismo como *procedimiento*. [En lugares como la España de la posguerra, por razones obvias, la influencia académica del marxismo será mucho más tardía, e iría encabalgada en la doble dimensión de la lucha política contra la dictadura de Franco y la construcción de una historiografía actualizada, enroscándose ambos elementos en el combate genérico por la *historia social*[285].]

Hay quien opina, pues, que «la importancia del marxismo reside, primero y sobre todo, en el hecho de que presentó una alternativa convincente al historicismo, en su acepción idealista y relativista, en un momento en que este último, obsesionado por sus propios problemas internos, estaba perdiendo su antiguo vigor»[286]. Y ello puede ser válido, con discretos matices, seguramente para todos los casos, salvo para el francés, donde la influencia del historicismo ya

se había erosionado antes de la Segunda Guerra Mundial. [De la doble influencia de *Annales* y *marxismo* iba a nutrirse a su vez, en buena parte, el crecimiento de la historiografía española renovada que arranca de los años setenta.] Frente a otras propuestas coetáneas para la disciplina –la variante filosófica de Benedetto Croce y su «historia de la libertad», o la que sugería el especulativo sistema que Arnold Toynbee tardó bastantes años (1934-1961) en pergeñar–, el marxismo tenía una enorme virtud: su transparente y contundente *racionalidad*, la versatilidad con la que hacía posible el encaje *sistemático* de las diversas piezas del mundo *real*.

Es, en efecto, el materialismo histórico una forma filosófica espectacularmente provechosa de enfrentarse a la *complejidad* de los hechos humanos para hacerlos *homogéneos* e *inteligibles,* y sin lugar a dudas apareció en nuestra profesión como un mecanismo útil y deseable para reducir el fárrago de informaciones a que había dado pie el historicismo, como se sabe una filosofía que estima *inevitable* la complejidad. Y que, para más *inri*, parecía ir a reproducir esa complejidad hasta el infinito... El marxismo entrega en cambio al historiador un recetario útil para someter los hechos a una ordenación *clara*, satisfactoriamente *racional* y, sobre todo, *estable*.

La influencia expansiva que el materialismo histórico comenzó a ejercer en el pensamiento y la práctica de los historiadores europeos después de la revolución de 1917 en Rusia (en América hubo de esperar al éxodo intelectual de los años treinta), se manifiesta de distintas formas. Primero consiguió que una mayoría de la profesión dejara de atender a los *hechos* concretos, considerados en particular, para orientarse hacia el estudio de los *procesos* a *largo* o *medio plazo,* procesos que serían, ante todo, de naturaleza *económico-social*. En segundo lugar, el marxismo iba a hacer que los historiadores dejaran de lado masivamente la historia *cultural* (considerándola propia del historicismo en todas sus variantes) y se orientaran con prioridad al estudio de las *condiciones materiales de vida,* de la *tecnología* y de sus *fundamentos socioeconómicos,* de las *relaciones de producción* también, muy en especial[287].

Después de un tiempo y bajo influencias como Walter Benjamin y la *Escuela de Frankfurt,* con el rescate de los textos del italiano Antonio Gramsci[288], florecerían en el ámbito anglosajón unos estudios socioculturales *(Cultural Studies)* que algunos consideran del todo heterodoxos y otros, en cambio, estiman ser una variante del marxismo constitutiva e integral, pero que en todo caso son ensayos que alcanzan importancia e interés muy notables[289].

Una tercera dirección en las transformaciones de la historiografía a lo largo del último medio siglo debe al marxismo el interés creciente por las *masas* y por la valoración colectiva de su peso específico en procesos de *alteración* y *conflicto,*

sobre todo en el desarrollo de las *revoluciones,* concepto éste privilegiado en la teoría marxista. Junto a él, prosperarían en la práctica de los historiadores los términos de *clase* (en el marxismo, un concepto *alternativo* a las acepciones de la sociología) y, en el seno de aquel otro, *burguesía,* que acaparó una parte decisiva de la producción textual[290], a su vez ligado inseparablemente al de *transición* (transición de un *modo de producción* a otro). En el caso de la «clase burguesa», el más estudiado, importará ante todo la transición del *feudalismo* al *capitalismo*[291].

El carácter protagonista y versátil de la burguesía como clase quedaba ya avanzado en el *Manifiesto comunista,* donde aparecía escrito que «la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las *relaciones de producción,* y con ello, todas las *relaciones sociales*». Allí mismo se dice, más aún, que el periodo de la historia de la humanidad que tal clase significa y representa está dotado de características *dinámicas* extraordinarias (las cuales normalmente se asocian en las teorías sociológicas, a su vez, a la *modernidad*), pues «una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores». No obstante, no existe unanimidad absoluta entre los marxistas respecto a los significados y limitaciones del concepto de *burguesía,* y las discusiones teóricas acerca de ello serán siempre abundantes, tanto si se entablan dentro como fuera del propio marxismo[292].

Las aplicaciones más comunes del término (junto con los demás del vocabulario marxista) pasarían directamente a nutrir otras inspiraciones historiográficas, empapándolas, y siguen todavía inscritas en buena parte de las interpretaciones de lo histórico que son de uso común. «Nuestra cultura intelectual –escribía Thompson en 1965– está sensibilizada, de cien modos distintos, hacia los conceptos marxistas. Algunas de las actitudes más temibles de la reacción oficial se han construido apresuradamente en polémicas con el marxismo»[293]. En 1984 el antropólogo social Ernest Gellner expresaba lo mismo, también con gran claridad: «Independientemente de que la gente crea o no de verdad en el esquema marxista, no ha aparecido ni en el Este ni en el Oeste ningún otro modelo bien articulado que le haga la competencia, y como la gente parece tener necesidad de reflexionar tomando como punto de partida un marco conceptual del tipo que sea, incluso (o quizá sobre todo) los que no aceptan la teoría marxista de la historia suelen apoyarse en sus ideas cuando desean expresar lo que en realidad creen»[294].

Ya solo con esto, y aunque no hubiera habido más, podría concluirse que la importancia de aquella aportación superó a la de una mera moda. Pero hay algo

más sin duda, porque, apoyándose sobre bases filosóficas que en principio no aceptaban *nada* del historicismo, surgiría a su vez del marxismo una reflexión nueva sobre la *teoría de la historia* que pretendía erigirse en la más firme, la menos insegura *reinterpretación* del pasado. Y esa reinterpretación, lejos de obedecer tan solo a la curiosidad intelectual de un grupo escogido o una elite (como ocurría con la visión historicista de la historia), tendría una importante proyección social y estaría llamada a convertirse en instrumento del *cambio,* en algo así como una matriz de la transformación universal.

Una vez asumido que «todos los seres humanos –como escribía Hobsbawm en 1972– somos conscientes de la existencia del pasado (definido como el periodo que precede a los acontecimientos que han quedado directamente registrados en la memoria de cualquier individuo) como resultado de compartir la vida con personas que nos superan en edad», se entendía que trabajar sobre ese telón de fondo ayudaría a transformar las conciencias. Con todo, leyendo en su totalidad el texto de Eric Hobsbawm (en el contexto de la lucha librada contra el exceso de estructuralismo que había marcado la década anterior), es fácil registrar también el lastre historicista tan frecuente –aunque no enojoso– en nuestra profesión: «Ser miembro de cualquier comunidad humana significa adoptar una posición respecto al propio pasado, aunque éste sea de rechazo. El pasado es, por tanto, una dimensión permanente de la conciencia humana, un componente obligado de las instituciones, valores y demás elementos constitutivos de la sociedad humana. A los historiadores se les plantea el problema de cómo analizar la naturaleza de este «sentido del pasado» en la sociedad, y cómo describir sus cambios y transformaciones»[295]. En cuanto a la práctica que habría de desplegar, el historiador se movería, pues, «entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad»[296], equilibrando ambas.

Pero antes de llegarse a ese reencuentro –deliberado o no–, durante unas tres décadas al menos después de la guerra, se habían desarrollado unas cuantas direcciones de impostación marxista en marcos nacionales bien diversos, no sólo en la historiografía soviética y en las de los países de la Europa central[297]. Cuanto más se expandía la *nueva* perspectiva materialista histórica, que se presentaba como un *entorno general* de interpretación (sin renunciar empero a la acumulación de datos novedosos), más se mostraba la necesidad de proceder a aplicar ese marco a situaciones históricas *diversas,* merced a perspectivas *comparadas,* y no solo con procedimientos *cualitativos*, aunque sin renunciar a ellos, claro está[298]. Con todo, la elección algorítmica fue la más propiciada, y la que más parecía responder a las demandas generales en cuanto a nuevas tendencias.

A mediados de los años sesenta, la salida más utilizada ante la urgencia del reto *cientifista* en la historiografía fue el uso de las técnicas *cuantitativas* –ya lo dijimos–, combinadas o no con el marxismo. En uno u otro caso, no hay que pensar que dichas *técnicas* (y su marco preciso, los métodos de cuantificación) sirvieran solamente para tratar procesos *económicos* (movimientos de producción, cambios demográficos, series de precios y salarios, intercambios comerciales, etc.), si bien fueron esos procesos los que reclamarían la atención prioritaria de los historiadores.

A renglón seguido, determinados campos de la historia *cultural* (en especial la *producción* de impresos, libros y periódicos, los *índices* de lectura y alfabetización, la *composición* de las bibliotecas y la *circulación* de textos, y todavía alguna que otra cuestión susceptible de *cómputo,* no referida a la *alta cultura*) irían reclamando el interés de los historiadores, logrando buenos frutos y gran aceptación en todo caso sus resultados. Su tratamiento se afirma en corrientes no todas ellas ajenas al marxismo, sino también en perspectivas mixtas, que con mucha frecuencia partirían de aquél.

Alguna apreciación introductoria merece dedicarse a la relación entre *marxismo* y *estructuralismo*, que afecta de manera importante a la historiografía. Raphael Samuel apuntó, con buen juicio, que el estructuralismo, hablando en términos generales (y sobre todo tal como se desarrolló en Francia, y después en Inglaterra durante la década de 1960), «constituye una respuesta principalmente izquierdista al derrumbamiento o a la puesta en duda de las ideas evolucionistas y humanistas del progreso». Y que, al igual que las escuelas del marxismo de la Alemania occidental *(Sozialgeschichte)* y los Estados Unidos –filosóficamente muy distintas–, al estructuralismo lo caracterizan «cierto tono de pesimismo cultural, su gran atención a las estructuras de dominación y la insistencia en presentar a las personas como víctimas y prisioneras del proceso social en vez de, al menos en potencia, como agentes libres del cambio»[299].

Es cierto, igualmente, que la variedad de campos de aplicación del estructuralismo es muy grande, pues como poderosa corriente intelectual que fue (influyente en extremo en las derivas que le siguieron, ya que el llamado confusamente *postestructuralismo* es, ante todo, una explosión de respuestas diversas a las propias preguntas hechas por aquél sin conseguir desprenderse de ellas), ha afectado prácticamente a todos los contextos del pensamiento, ya sean la lingüística, la crítica literaria, la antropología, el cine o el arte en general.

Importante es también indicar, como hace el propio Samuel, que «los marxistas que más han sentido la influencia de las variantes del enfoque estructuralista (por ejemplo, Louis Althusser en Francia) toman sus categorías y su compromiso político del marxismo, pero sus conceptos unificadores, su visión metafórica están

tomados en cambio en préstamo –o mejor dicho [vienen] transportados– desde el *psicoanálisis,* de la *lingüística estructural* y de las teorías *antievolucionistas* de la ciencia». En particular, «la deuda con Freud y su influencia son evidentes y reconocidas: cabe argüir que la preocupación por los elementos escondidos en el orden social, el hincapié en el carácter irreal e ilusorio de las representaciones ideológicas y la índole opaca de las formaciones sociales proporcionan la visión social fundamental sobre la que se edifica el estructuralismo, y es evidente que procede del concepto freudiano del *inconsciente*». E, igualmente, resalta Samuel que «es posible ver un concepto psicoanalítico del lenguaje –una insistencia en el diálogo reprimido que tiene lugar debajo del discurso superficial– en la importancia central que se da a la lectura "sintomática" de textos, esto es, el leer los textos a *contrapelo de su locuacidad superficial* para encontrar huecos, silencios y ausencias culpables».

La recepción en la historiografía británica de un planteamiento de este tipo, curiosamente afectó más al debate exterior interdisciplinar (así la polémica de Thompson contra Althusser, por ejemplo, argumentada desde el empirismo inglés, y la importante refracción del *althusserianismo* por los marxistas y estructuralistas británicos) que al debate propiamente interno –el debate en torno a cuál debía ser el enfoque marxista utilizado en historiografía–. Ello constituye un importante punto de inflexión de las corrientes históricas del siglo XX, y va a dar lugar a una serie de evoluciones de diversa incidencia que enseguida relataremos.

* * * * *

El *neomarxismo* historiográfico que se inicia en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial es una sólida corriente que todavía hoy recoge perspectivas y cuestiones del mayor interés para la historiografía. En sus inicios, viene representado por autores como Maurice Dobb, Rodney Hilton, Victor Kiernan, John Saville o Christopher Hill, junto con otros nombres que citaré en abundancia a partir de aquí, algunos de los cuales –como Hobsbawm– ya estaban en el proyecto de trabajo original, un tipo de estrategia cuya relación con la política de izquierdas británica es tan inequívoca como sistemática y constante.

El grupo se repartió los campos y temas a estudiar, nada más conformarse como tal, y en su seno se emprendieron polémicas de gran intensidad. Unas fueron internas; otras, las sostuvieron sus componentes con historiografías no británicas (en especial con los *Annales*, con los que pronto entraron en contacto, como muestra la obra de George Rudé). En cualquier caso, fueron articulándose al oponer dos maneras de hacer: una más *estructuralista*, que marcaba el interés de algunos por la anteposición de la *teoría*; la otra más bien *empírica*, progresivamente abierta a las teorías sociológicas de la *acción*[300].

De todos sus esfuerzos, son muy posiblemente los de Eric J. Hobsbawm y los de Edward P. Thompson los que más proyección exterior conseguirían a medio plazo, con más impacto externo en otras historiografías y la autoría más original. A mediados de los años sesenta, dos libros elaborados en Inglaterra estaban llamados a convertirse en clásicos a escala internacional, como obras de referencia inexcusable aunque notable diversidad: *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), de E. P. Thompson, y *El mundo que hemos perdido* (1965), de Peter Laslett. El uno será clave para la historia social y el otro para la demografía histórica; aquél viene escrito por un autor de izquierdas, prolífico e inquieto, y el otro, por un eminente y prestigiado conservador. De una manera u otra, ambos suscitan la reconsideración –desde la historia– sobre la idea de *progreso* y de *cambio* en las *condiciones materiales* de vida, así como sobre los *márgenes de resistencia* de la gente y su *capacidad de reacción*. Mas nos proponen dos tipos de reflexión radicalmente opuestos.

En 1979 Carlo Cipolla advertía, sin citar directamente a Laslett pero aludiendo a él, acerca de los peligros de albergar en la ciencia nostalgias sin objeto: «En un momento como el actual en que la humanidad se siente enormemente afligida por los problemas derivados de la industrialización, hay quien parece querer soñar nostálgicamente con «el mundo que hemos perdido», sin darse cuenta de que volver a ese mundo significaría para la mayoría precipitarse a condiciones de vida casi inhumanas»[301].

La tradición historiográfica británica sostiene una corriente, muy viva ya en el siglo XIX, de inspiración liberal-radical (y por momentos demócrata) conocida como «historia popular» *(people's history)*. Hay quien la reconoce como el trasfondo y la tradición intelectual en la que se sitúan los autores del proyecto marxista que comenzaron afiliándose al Partido Comunista británico tras la Segunda Guerra Mundial y que, de este modo, inician la tradición histórico-social que hoy conocemos como *neomarxista*. El grupo se constituyó –lo rememora Hobsbawm años después– como un seminario de trabajo planificado para discutir específicamente un texto, un manual marxista del año 1938 sobre historia inglesa que había escrito A. L. Morton[302]. Pero se mantendría unido hasta el periodo 1956-1957, en que la mayoría de sus componentes optaron por abandonar el partido. En 1957 también murió Dona Torr, intelectual y activista adscrita al grupo de historiadores comunistas desde muy temprano –aunque no «fundadora» del mismo–, cuya emotividad y honda militancia política (en la tradición de la historia socialista *interna* que arranca del XIX), así como su oposición a los excesos economicistas del marxismo, habrían influido fuertemente en la progresiva elaboración de la idea de *historia desde abajo* que,

aunque no lo recubra del todo –incorporando a la totalidad de sus componentes y prácticas–, acabará imponiéndose en el grupo años después[303].

A raíz de formarse el círculo, Maurice Dobb publicó el primero de los libros de la nueva tendencia: unos *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946) que serían siempre de ineludible referencia[304]. Sin plantearse una ruptura con el trasfondo empírico de la profesión, que era tan fuerte en Inglaterra, aunque separándose del evolucionismo subyacente a casi todo el discurso científico-social, estos profesores de Cambridge y de Oxford que se autodefinieron «marxistas» concebirán su adscripción al materialismo histórico, ante todo, como una lucha a favor de la *razón* y en contra de la *irracionalidad* que soportan los fascismos. Con sus actitudes antiempiristas, voluntariosamente «científicas», alcanzaron a construir un discurso histórico de originalidad y trascendencia[305].

Dio muestra inmediata de la originalidad la revista de historia *Past and Present,* fundada en 1952 por iniciativa de algunos miembros del grupo, si bien no reducida a sus contribuciones. [En su primera época llevaba el subtítulo de «Revista de historia científica», y en el manifiesto fundacional que encabezó el primero de sus números se hacía referencia a los *Annales*. En 1978 Hobsbawm, que tomó parte en la creación de *Past and Present*, recordaría cómo la relación entre la izquierda marxista y los *Annales* había sido, «por razones que quizá valga la pena investigar, mucho más amistosa y cooperativa»[306].]

Ralph Miliband y Perry Anderson son, desde muy al principio, sus referentes teóricos esenciales, preocupados ambos por el papel y las formas del Estado[307]. A ellos dos se deberá el aliento *antiestructuralista* («antialthusseriano») que mantuvo constante la vigencia del empirismo en Gran Bretaña también entre los marxistas, de imprevisible compatibilidad en épocas en que el continente, por el contrario, parecía invadido por el *materialismo marxista estructural*[308].

En cualquier caso, los debates suscitados por unos y por otros tendrían siempre una carga teórica importante, desde el análisis de las *transiciones* (del feudalismo al capitalismo en especial, con Dobb, Sweezy o el japonés Takahashi) hasta la discusión, de fondo, sobre *historia* y *teoría*[309]. [Aunque hay marxistas, como el francés Pierre Vilar, que prefieren utilizar el término de «generales» cuando se refiere a ese tipo de cuestiones, para «no decir teóricas, pues en ciencias humanas», reconoce Vilar, «este adjetivo es siempre pretencioso»[310].] Los numerosos críticos antimarxistas, entre tanto, achacaban a la labor de Moscú el sustento, material e ideológico, de aquellas discusiones que ni entendían ni querían compartir. En 1956, por ejemplo, Hugh Trevor-Roper escribía prepotente: «Refutada por todos los análisis intelectuales, la interpretación marxista de la historia se ve sostenida y justificada irracionalmente por el poderío soviético y nada más»[311].

Otras corrientes del marxismo, como ya avanzamos, han procurado reforzar la vía generalizadora de la *«comparación»*. En competencia con la *sociología histórica,* o incluso precediendo al éxito de ésta, la «escuela de Leipzig» por ejemplo, en la antigua Alemania oriental y con autores como Manfred Kossok, dejó prueba de su esfuerzo, entre otros lugares, en los *Leipziger Beiträge zur Revolutionsforschung,* una revista dedicada a los estudios comparados sobre la revolución[312].

La propia sociología por su parte, aun incluso enfrentada a la conceptualización y las interpretaciones del marxismo, vino a favorecer su expansión –aunque parezca paradójico–, en la medida en que contribuyó a romper la coraza de la historia política convencional, introduciendo terminología y conceptos útiles, categorías analíticas adecuadas a los nuevos objetos de la *historia social:* la *familia,* los grupos o *comunidades,* la *cultura popular* y sus muchos aspectos derivados[313]. También la proliferación de los esfuerzos comparados, en este ámbito, deberá mucho a la iniciativa sociológica, iniciativa de la que los marxistas no quisieron del todo estar ausentes, aunque fuese de modo periférico y concurrente. Y, por último, el arrastre hasta el tiempo *presente* del ámbito de la historia (el dejar de cortar los análisis y exposiciones temáticas en la fecha de 1914, como todavía era frecuente hacer cuando sociología y marxismo intervinieron a la par para crearle espacio a la *historia del mundo actual*), también se debe a aquella presión doble, sociológico-marxista.

Considerada en su conjunto, la intervención del marxismo en historiografía tiene un objeto claro: el análisis de *lo social,* entendiendo por ello lo más cercano al *todo,* a la «totalidad» y a la presencia «colectiva», mas sin querer fotografiarla desde el aire, sino acercándose lo más posible a esa realidad, dispuesto el historiador a cambiarla. No obstante, el concepto de *«social»* quedará definido a veces de modo vago, y otras (más abundantes) se centrará directamente sobre la noción central de *«relaciones sociales de producción»*[314], o más frecuentemente todavía, en el de *«lucha de clases»*. En el primero de los casos, se agruparán los datos simplemente en las categorías formalizadas y se hará un uso discrecional de ciertas inspiraciones *antropo-sociológicas* o *socio-politológicas*[315].

Enfocado con frecuencia sobre la *cultura* obrera, y con una especial atención a los efectos sociales del capitalismo industrial, suele ese tipo de discurso en Inglaterra poseer una base empírica muy sólida, de origen historicista y positivista, heredada de una previa y bien cultivada *historia social.* El interés por el *campesinado*, sin embargo, no será patente en el análisis histórico hasta mediados de los años sesenta[316], a pesar de la temprana atención prestada por Hobsbawm por ejemplo –en estudios como los contenidos en sus *Rebeldes*

primitivos (1959)– hacia movimientos y conflictos que, hasta aquel mismo punto, se entendían carentes de *«conciencia de clase»*. De ahí nacería un conjunto de interpretaciones sobre la conflictividad campesina y las relaciones de producción en el medio rural que, en general, recibe el nombre de «*marxismo agrario*»[317]. Introducía como concepto analítico el *bandolerismo,* y asumía también la caracterización del proceso sociopolítico del *anarquismo* en el campo, así como el abordaje de los *populismos*[318].

En la década de 1980, en cambio, la relación entre la cultura como proceso de reproducción social y sus aspectos económicos *(producción* y *consumo),* retuvo el interés mayoritario de los historiadores, sin que eso supusiera abandonar del todo el tema «clásico» de la cultura obrera[319]. En cierto modo, y desde la renuncia a prescindir de mecanismos de *explicación causal* para escribir la historia, estas últimas aproximaciones entran en discusión con las explicaciones debidas a la historia económica, especialmente las que obedecen a la *cliometría,* opuestos casi en todo[320].

La mayoría de los estudios partieron implícitamente del axioma que centra el *Manifiesto Comunista*: «La historia de toda la sociedad ha sido la historia de la lucha de clases». Habida cuenta de la gran cantidad de producción historiográfica, especialmente en Inglaterra, que se centraba en el proletariado urbano, no parecía difícil cultivar el diálogo *contrademostrativo* con aquella narración historiográfica tradicional, tan rica y tan cuidada, para pasar a iluminarla o desmontarla con la nueva inspiración que aportaba el marxismo[321].

De esta manera, considerada pronto por su modo de enfoque una historia *from below*[322] –un modo de «mirar» contrario al usual, que contempla las cosas *from above,* «desde arriba»–, el hecho de considerar *lo social* en esa perspectiva caballera no entrañó tanto, dice Santos Juliá, «la creación de una problemática para captar la totalidad» –como ocurría en cambio en la escuela francesa de los *Annales*–, «sino el punto de mira para *entender* un proceso desde abajo». Se trata de un enfoque por lo general muy pesimista en cuanto a los efectos en las condiciones de vida del capitalismo industrial, con un acercamiento cuidadoso en la formulación de un marco conceptual propio para el análisis de la *cultura* obrera y de los colectivos sociales cuya *experiencia* había permanecido opaca en la historiografía[323].

Por todo ello es también –aun sin quererlo expresamente, pero sin evitarlo o negarlo– una historia *política,* además de *económica* y *social,* con muy fuertes reflejos de una *ética* propia, de talante «humanista». Así se manifiesta por ejemplo cuando combina su tono demócrata y solidario con las *clases bajas* con una metodología *cualitativa* introducida por las *fuentes orales* (los llamados

talleres de historia «History Workshops»). Será en ellos, especialmente, donde quienes practiquen la historiografía –no necesariamente historiadores profesionales o académicos, trabajadores los más de las veces– exhiban más potente la vertiente *ética* y moral de su estrategia intelectual, políticamente *radical*[324].

Los «talleres de historia» y su revista *(History Workshop Journal)* fueron abriéndose a los nuevos problemas de la historiografía y, en la medida en que su producción fue «menos orientada» (como escribía Samuel en 1994) se convertía, realmente, en más *política:* «La verdad simple con la que empezaba el Taller de Historia, y con la que ha permanecido en todas sus metamorfosis, es la convicción de que la historia es, o debería ser, una empresa colectiva, en la que el investigador y el archivero, el conservador y el maestro, el entusiasta autodidacta y el historiador local, las sociedades de historia familiar y los arqueólogos industriales, todos deberían verse igualmente comprometidos. También se ha mantenido por la idea de ensanchar la vocación del historiador por capturar las percepciones del pasado, argumentando que el novelista y el contador de historias, el director de cine y el caricaturista son, como mínimo, tan dignos de atención crítica como el erudito profesional [...]. En una época en la que estamos siendo bombardeados por imágenes del pasado por todas partes, cuando las cuestiones del yo y la subjetividad, de la nacionalidad y la identidad claman por su inclusión en la agenda erudita, los historiadores no pueden conformarse con una problemática de su propia creación –y mucho menos aquellos que, como socialistas, se supone que creen que el conocimiento es indivisible, y la comprensión una criatura de su tiempo–»[325].

* * * * *

Independientemente del esfuerzo por delimitar qué y cuánto del pensamiento del propio Marx existía realmente en lo que se denominaba *«marxismo vulgar»* (el practicado tanto en círculos obreros como intelectuales desde el siglo XIX, reforzado después por las vulgatas leninistas y estalinistas), sí que puede decirse que, prácticamente todos los miembros del grupo neomarxista inglés a que nos referimos *(Historians'Group of the Communist Party)*[326], comparten la opinión de E. J. Hobsbawm en cuanto a que «el principal valor de Marx para los historiadores de hoy [ya a finales de los años setenta] reside en sus afirmaciones sobre la historia, y no en sus afirmaciones sobre la sociedad en general». De ahí la obsesión permanente en darle vueltas a la distinción marxiana entre *infraestructura* (o base) y *superestructura,* y de ahí los pesados debates en torno a ambas categorías y sus significados[327], aunque la mayoría no considerasen preciso, para dar por válido el modelo, «aceptar la jerarquía de niveles o el modelo de interacción del propio Marx». En cualquier caso, se reconoce que una

cierta «jerarquía de niveles es necesaria para explicar por qué la historia tiene una dirección»[328].

Pero lo que más importa, no obstante, es subrayar que «la influencia de Marx en los historiadores, y no sólo en los historiadores marxistas, se basa tanto en su *teoría* general (la concepción materialista de la historia, con sus esbozos e insinuaciones relacionados con la forma general de la evolución histórica de la humanidad del comunalismo primitivo al capitalismo), como en sus observaciones *concretas* sobre determinados aspectos, periodos y problemas del pasado»[329]. Si esto resultó útil para la mayoría, a los neomarxistas –digámoslo con toda claridad– les preocupaba además la falta de *teoría* precisa, especialmente en aquellos estudios que no eran cuantitativistas estrictamente hablando[330]. «Los historiadores necesitan explicaciones además de análisis», vuelve a decirnos Hobsbawm: «Lo que nos gustaría saber es por qué la situación "A" fue seguida de la situación "B" y de ninguna otra. Como historiadores sabemos que hubo siempre un solo y único resultado, aunque no es imposible considerar otros resultados posibles, en especial cuando sorprende que no los haya. ¿Por qué, por ejemplo, el capitalismo industrial no se formó en China en lugar de en Europa? Incluso cuando el resultado no es sorprendente, en modo alguno es perder el tiempo considerar otros resultados hipotéticos, pero para los historiadores el interrogante principal es por qué se construyeron ferrocarriles y no de qué manera se hubiese podido prescindir de ellos en el siglo XIX»[331]. Un claro envite, pues, a la cliometría.

En otro orden de cosas, pero igualmente central respecto a una pregunta tópica de carácter general (la acción y la estructura), y en referencia al tratamiento historiográfico francés de las *mentalidades,* Hobsbawm vuelve a apostar por las intervenciones *generalizadoras*[332] o, si se prefiere, *estructurales:* «Lo que me gustaría hacer, y pienso que deberíamos hacer, es ver la mentalidad como un problema no de empatía histórica o de arqueología, o si quieren, de psicología social, sino de descubrimiento de la cohesión lógica interna de sistemas de pensamiento y comportamiento que encajan en la manera en que la gente vive en sociedad, en su clase en particular y en su particular situación de la lucha de clases, contra los de arriba o, si quieren, los de abajo. Me gustaría devolverles a los hombres del pasado, y en especial a los pobres del pasado, el don de la teoría»[333].

Harvey J. Kaye, uno de los mejores conocedores del grupo, sostiene no obstante que, además de una tradición historiográfica, los componentes del grupo encarnan una tradición *teórica* uniforme[334]. Julián Casanova recuerda, sin embargo, y por mi parte me inclino a darle la razón, que la distinción convencional que suele hacerse, dentro del grupo, entre historiadores

socioculturales (como Christopher Hill, Raymond Williams, el norteamericano Eugene Genovese y el propio Thompson) frente a los *estructuralistas* (Perry Anderson, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm) no carece en modo alguno de sentido. Puesto que, ciertamente, «no es difícil apreciar en ella la esencia de una vieja controversia en las ciencias sociales y en la historia en torno a la primacía de la acción humana o de las estructuras»[335].

Si bien se mira, el propio Hobsbawm haría manifiesta esa tensión cuando, dirigiéndose a los historiadores de su entorno que hacían *historia desde abajo,* llamaba la atención sobre los «riesgos» de ésta como sistema de exploración, y advertía de las «limitaciones» de los métodos utilizados en la *historia oral:* «En historia –escribía en 1985– es enorme la tentación de limitarse a descubrir lo que hasta ahora no se sabía y disfrutar de lo que encontremos. Y como una parte tan grande de la vida, e incluso más del pensamiento, de la gente corriente se desconoce por completo, esta tentación es todavía mayor en la historia desde abajo, tanto más cuanto que muchos de nosotros nos identificamos con los desconocidos hombres y mujeres –las aún más desconocidas mujeres– corrientes del pasado. No es mi deseo desaconsejar que se haga esto. Pero la curiosidad, el sentimiento y las satisfacciones del estudio de las cosas antiguas no son suficientes. Lo mejor de tal historia constituye una lectura maravillosa, pero eso no es todo. Lo que queremos es saber *por qué,* además de *qué*»[336]. La *tentación* y la *exigencia* de teoría –el sentimiento acaso de su *insuficiencia* también– están, pues, siempre ahí, en quienes siguen echándola de menos de modo tan agudo.

En cualquier caso, coincido con Luis Castells cuando señala que «posiblemente, la vitalidad de este grupo de historiadores, la ausencia de un maestro indiscutido, la aversión a construir estructuras de poder historiográficas, impidan constreñir su rica producción dentro de las precisas fronteras de lo que implica una escuela». Y que, por contra, su calidad de «corriente, y corriente diversa», la hace más atractiva y hasta operativa. Hay en efecto, en lo que sigue siendo más útil de ella, «coincidencia en su apuesta metodológica, a la par que en su estilo», valores resumidos en su «inclinación por lo empírico y porque las investigaciones dispongan de un consistente soporte documental, en tanto que las explicitaciones teóricas o la construcción de modelos son vistas con aversión». En resumidas cuentas, «teoría, sí, pero inmersa en el texto, diluida a lo largo del relato, huyendo de formulaciones conceptuales previas que puedan encorsetar la riqueza de los hechos que se analicen»[337]. Teoría en un sentido *débil,* pues.

En particular, el esfuerzo de Hobsbawm sería concebible como una «historia integrada, en la que la sociedad pueda ser entendida como un conjunto interrelacionado, haciéndose de este modo inteligible el movimiento histórico en

su complejidad a través de una narración límpida». Una lucha, por tanto, contra las descomposiciones fragmentarias, caleidoscópicas, de la realidad. Y, por lo tanto, una negación implícita de la tentación historicista.

Desde la propia «historia desde abajo», Raphael Samuel había aludido a su vez, en 1981, a las contradicciones inherentes a la combinación entre *marxismo* y *estructuralismo* (eran críticas dirigidas sobre todo a sus defensores de la segunda generación, los que partían de Althusser): «El estructuralismo marxista británico, que ha crecido rápidamente en años recientes, es en muchos sentidos un fenómeno contradictorio. Por un lado, al tratar el marxismo como "inacabado" –esto es, al considerarlo un método continuo y cumulativo de comprender el mundo, en lugar de un conjunto incondicional de dogmas–, no hay duda de que ha liberado una enorme cantidad de energía teórica en la izquierda, y ha ayudado a incrementar la difusión de los textos básicos del marxismo y la disposición a usarlos, de manera muy explícita, en la labor intelectual de hoy en día. Por otro lado, ha creado un clima de ansiedad en torno al concepto mismo de la teoría y ha surtido el efecto, aunque fuese involuntario, de sugerir que era el coto cerrado de una esotérica secta de iniciados». En efecto, y aun hoy queda sobre el tapete de la historiografía, rechazar la *teoría* es, para muchos, rechazar el marxismo.

De manera que, a su entender, «por muy fructíferas que sean las cuestiones, el discurso en sí es aprisionador. Gran parte de la labor reciente que se ha llevado a cabo bajo la influencia del estructuralismo aparece desfigurada por una prosa amanerada, el empleo de la referencia como talismán y el recurso defensivo a un número limitado de textos manoseados y en su mayor parte recientes, franceses casi todos ellos. Al igual que otras modas académicas (y es indudable que hay cierto elemento de moda en la propagación del estructuralismo en las márgenes radicales de las universidades y politécnicos británicos), hay en él mucha afectación, y en la medida en que tenga un propósito político discernible, éste consiste en tener a raya a un mundo incómodo. El ataque justificado contra la teoría empírica del conocimiento (es decir, la idea de que la mente es una página en blanco en la que se imprimen los hechos) cae sin darse cuenta en un altivo rechazo de la labor empírica misma»[338].

En la corriente principal neomarxista (la que se presta a sostener la virtud de lo *empírico* en historiografía, y que en efecto es mayoritaria), Thompson insiste en cultivar la *conceptualización* original, algo que le hace especialmente atractivo para quienes, en otras latitudes (como en la propia España), quisieron abandonar la *vieja* historia del movimiento obrero de tipo hagiográfico o sindical, para pasar a hacer una *historia social* acomodada a las corrientes y enfoques del momento[339]. [No obstante, esta *otra* historia aparecería en nuestro país retrasada una década al menos, y en principio iba a ser reacia al encuentro con los

influjos de la sociología, y más aún de la antropología[340], lo mismo que antes se había resistido a la economía[341].]

Del combate con el *estructuralismo*, Thompson había aprendido dos cosas: la primera, que *el lenguaje estructura el pensamiento* (y no la «realidad») y la segunda, que la historia *no contiene en sí misma sus propios métodos* de explicación, ni nutre su propia lógica de investigación. De manera que la causalidad no la generan los datos, precisamente, sino la *comprensión conceptual* que los gobierna.

De esta manera, al definir la *clase* Thompson adopta una perspectiva *constructivista* y *relacional*, menos rígida que la de la sociología estructural: «Los sociólogos que han detenido la maquinaria del tiempo y, con gran derroche de aspavientos conceptuales, han bajado a mirar la sala de máquinas, nos dicen que en ninguna parte ni en modo alguno han logrado detectar y clasificar una clase. Sólo pueden hallar una multitud de gentes con diferentes ocupaciones, ingresos, situación jerárquica y todo lo demás. Sin duda tienen razón, puesto que una clase no es tal o cual parte de la máquina, sino *el modo como esa máquina funciona* una vez que se la ha puesto en marcha. No se trata de este o aquel interés, sino de la *fricción* de intereses, del movimiento como tal, del calor y el ruido atronador. La clase es una conformación social y cultural –que a menudo encuentra una expresión institucional– que no puede ser definida de modo abstracto tomada aisladamente, sino tan sólo a partir de sus relaciones con otras clases». Añade, además, que, en último término, «la definición sólo es posible en el medio *tiempo,* esto es, como acción y reacción, cambio y conflicto. Cuando hablamos de *una* clase, estamos pensando en un conjunto de gente difusamente delimitado que participa del mismo cúmulo de intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores; que tiene una *predisposición a actuar* como clase, a definirse a sí misma en sus acciones y en su conciencia, en relación a otros grupos de gente, de un modo clasista. Pues la clase en sí misma no es una cosa, es un *acontecer*»[342].

Por el carácter *constructivista* de su enfoque, insiste Thompson en que «la formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza extraña –la «revolución industrial»– que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una "nueva estirpe de seres". Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la revolución industrial fueron impuestas no sobre una materia prima, sino sobre un inglés libre por nacimiento tal como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado»[343].

Del mismo modo, la *protesta* social no partiría por fuerza del hecho objetivo de la explotación y sus corolarios (pobreza y represión), sino que surgiría directa de la *interiorización* del sentimiento, de la *conciencia* de esa explotación. La *«economía moral de los pobres»,* o «de la multitud» (quizá el más famoso de los conceptos que acuñó Thompson), ordenaría a su vez la práctica política, conectada con esa misma conciencia y formada de un *conjunto de ideas y creencias* (categorías morales, más propiamente dichas) acerca del bien y el mal (acerca de lo que es lícito y lo que es bueno, *colectivamente,* y aquello otro que en cambio no lo es). Ideas y creencias que poseería el grupo en calidad de patrimonio propio, como una especie de distintivo *sociocultural*[344].

De todo esto, podemos preguntarnos, ¿qué es lo realmente nuevo…? «Los historiadores marxistas británicos –recuerda Kaye– no fueron los primeros en escribir lo que Raphael Samuel llamó *"historia popular"*», ni tampoco los únicos en tratar de «desarrollar la historia desde abajo». Pero sí, desde luego, los que más influencia han conseguido con sus estudios en esa dirección[345]. La propia «historia popular» que practicó una generación de historiadores más joven, en los *History Workshops* del Ruskin College, arrancará de ahí: «Crecimos a la sombra de superiores respetables»[346] –recuerda Samuel, a su frente–, «en un momento en el que la revolución cultural de los años sesenta parecía que se lo iba a llevar todo por delante [y] en las universidades se desafiaban las fronteras de las disciplinas»[347].

Cabría la tentación de suponer, entonces, que aquellos marxistas británicos que protagonizaron esta renovación historiográfica reaccionaron contra la desaparición del margen de *libertad* en el discurso histórico y contra la fría seriación del cuantitativismo, si bien en ocasiones ellos mismos usaron esos métodos. Y cabe deducir que, por esa misma ruta, se tropezaron una vez más con la política, al querer conocer más de cerca a los protagonistas anónimos de sus estudios. Con las fuentes cuantitativas, «incluso los hombres más oscuros e incapaces de expresión –comenta Sewell– empezamos a advertir [que] entraban en contacto con el aparato del Estado en algún momento de sus vidas: cuando los contaba el encargado del censo, cuando nacían, se casaban y morían, cuando pagaban los impuestos, y cuando entraban en conflicto con la ley. Agrupando y analizando los documentos de esos encuentros, podíamos reconstruir las experiencias sociales de grupos completos de la población que habían escapado hasta entonces a la red del historiador»[348].

Seguramente la reacción de Thompson, veinte años antes que Sewell, había sido más drástica, menos contemporizadora en cuanto a las virtudes de los números y a su capacidad de trasladar al historiador situaciones *políticas:* «Es perfectamente posible –escribe en 1963– que los promedios estadísticos y las

experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per capita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes, y a la vez ser menos feliz y menos libre»[349]. Un texto como éste, por descontado, apunta contra el avance del cuantitativismo y refleja, a su vez, *otro* concepto de la política que el de Sewell.

Por otra parte, la relación de los marxistas *estructuralistas* con la *teoría económica* no es nada ambigua: «Aunque sigo siendo escéptico –decía Hobsbawm en 1970, en un famoso texto sobre historia social escrito para la revista *Daedalus*– ante la mayor parte de la teoría económica como marco del análisis de las sociedades (y, por ende, de las pretensiones de la *nueva historia económica*), me inclino a pensar que el posible valor de la ciencia económica para el historiador de la sociedad es grande. No puede por menos de ocuparse de lo que es un elemento esencialmente dinámico en la historia, a saber: el proceso –y, hablando globalmente y en una larga escala de tiempo, el progreso– de producción social»[350]. Diez años después de ello, en 1980, abogaba en cambio por acelerar una *historización* de la disciplina económica que sin duda ya estaba produciéndose: «Los economistas necesitan reintegrar la historia, y esto no puede hacerse por el sencillo procedimiento de transformarla en econometría retrospectiva. Los economistas necesitan esta reintegración más que los historiadores, porque la economía es una ciencia social aplicada»[351].

También a principios de los años ochenta, Eric Hobsbawm afirmaba la *pluralidad* de la historia marxista del momento, pluralidad basada en la *ramificación de tradiciones internas* y en el hecho de que se había desacralizado la lectura de los textos marxianos, de que la exégesis había dejado paso a la *innovación,* y que la rígida aplicación de los esquemas, había retrocedido ante la fuerza heurística de unos *métodos* que tanto se les había reprochado que se habrían ido acomodando a la *teoría:* «Tratamos de hacer lo que el propio Marx todavía no hizo»[352]. Es decir, hacer frente a todo tipo de circunstancias y situaciones.

Con el paso del tiempo, y con el incremento de la preocupación de los historiadores por delimitar el concepto de *cultura popular* (bajo influencia de la «escuela francesa de las mentalidades» y la microhistoria), el marxismo británico, sin abandonar su central preocupación por la «clase»[353], estableció un rápido diálogo (no siempre fácil ni fluido, aunque sí fértil) con la *antropología cultural*[354], así como con algunas tendencias *cualitativistas* de la sociología, especialmente con las que delimitan, en paralelo, la *historia de la familia*[355] y la *demografía histórica,* por no citar más que de paso los sucesivos flancos de

contacto con la *sociología histórica,* un subgénero cultivado realmente más en América que en Europa, por entonces[356]. En este ámbito, y en estos terrenos, se sitúa todavía hoy una parte importante de la producción.

* * * * *

A finales de la década de 1970 se había difundido ya una importante cantidad de estudios sobre *la cultura* y las *condiciones sociales* que rodean y permiten su producción, interpretadas a la luz de ese marxismo lleno de inspiraciones foráneas que se interesó por la cultura de la clase *obrera,* mas no sólo por ella. Porque también aborda el estudio de los *símbolos* y los procedimientos *mediáticos de comunicación* relacionados con las *clases,* con el *conflicto* de clase y la *movilidad* social, así como de los *lenguajes:* de clase, agrupación, asociación u oficio[357].

Sus apoyos teóricos recientes, venidos del campo de la *crítica literaria* o filosófica[358], se insertan en el cuerpo de doctrina general del marxismo, con independencia de que su base sea de tipo estructuralista o no. Se trata de una tendencia, *socioculturalista,* que no afecta sólo a la historiografía británica, sino que es igualmente patente en los estudios históricos germano-occidentales[359] y, desde luego, en los norteamericanos[360]. En aquéllos, la orientación hacia el estudio de *valores simbólicos* y atribución de *significados* por los actores sociales, en función del *contexto,* ofrece una vertiente orientada hacia la historia *política,* que representa por ejemplo Charlotte Tacke al estudiar, comparativamente, los monumentos *nacionales* en Francia y Alemania durante el siglo XIX, deteniéndose en la rentabilización que de su simbología hicieron los grupos sociales que erigieron dichos monumentos[361].

No es ésta, sin embargo, la única orientación posible dentro de las inspiraciones del marxismo. El caso del norteamericano Marshall Berman y su bella lectura de la experiencia de la «modernidad» en Goethe, Marx, Baudelaire y Pushkin[362], permite entender fácilmente cómo la combinación de *fuentes* diversas, de elementos *teóricos distintos* y de aproximaciones *intuitivas* de historia intelectual conforman un modo, variable, de hacer *historia cultural* que tiene en los filósofos marxistas y en el debate abierto sobre «modernidad» y «racionalidad» un fuerte respaldo: «Ser modernos –escribe Marshall Berman– es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las

profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aun cuando todo se desvanezca».

El fragmento de Marx en el que inspira el título de esta obra principal *(All that is solid melts into air)* se refiere, en concreto, a un proceso de *transición:* «Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas»[363]. Inclinado hacia el lado *humanista* del marxismo, Berman –el autor de estas líneas– llegaría a escribir, a finales de la década de 1990, que «estudiar vidas humanas es una de las grandes cosas para las que sirve el marxismo»[364].

Pero quizá el autor más influyente en este campo, el más citado aún, siga siendo todavía Raymond Williams, cuyo empeño en autoidentificarse como marxista es muy tardío, aunque siempre hubiera prestado al marxismo gran atención. De Williams conviene tener presente su importante trabajo de depuración conceptual (y adaptación al marco teórico de lo que él mismo llamaría su *«materialismo cultural»*), en especial en lo que hace a cuatro términos decisivos: *cultura, lenguaje, literatura* e *ideología*[365]. Cuatro conceptos que sin ser en principio marxistas, o no siéndolo en exclusiva, él pretende integrar «dentro de los desarrollos más generales» del materialismo histórico, interesado en «comprender las diferentes formas del pensamiento marxista más en su interacción con otras formas de pensamiento que como una historia, sea hagiográfica o ajena»[366].

Importa también, en ese marco, su reelaboración de los conceptos (en este caso sí, específicos del marxismo) de *«base»* y *«superestructura»,* los cuales Williams presenta como indisolubles, en tanto que propone, para intervenir sobre ambos, utilizar el de *determinación*[367]. Igualmente, desmitifica el uso lukacsiano de *«reflejo»,* que quedará impugnado y sustituido por el de *«mediación»* (a su vez importado de la Escuela de Frankfurt).

* * * * *

Procede ahora hacer una rápida referencia al concepto de *invención de la tradición* y al papel, en esa *construcción* histórica, de los historiadores (tanto como, a la inversa, su tarea de *desmitificación*). «La historia, entendida como ideología y fuente de inspiración –escribe Hobsbawm–, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna venda cubre más los ojos que ésta. Es tarea de los historiadores tratar de arrancar dichas vendas o,

por lo menos, levantarlas un poco alguna que otra vez»[368]. Al otro lado de esta perspectiva, nos tropezamos con el papel activo de los historiadores en darle cuerpo a la idea de nación.

Enfoques de esta índole han dado pie, en la última década, a un interés creciente por la(s) historiografía(s) *nacional*(es) y la *idea de nación*. Una parte importante de los historiadores que en la actualidad practican el marxismo han venido a ocuparse, antes o después, de esta cuestión. Otros, que no lo son o han dejado de serlo, han elegido, en el ancho universo de *símbolos* y *mitos* que forman la nación, los mimbres de lo que llaman igualmente su *historia cultural*[369]. Y asimismo, cierta crítica sociológica al propio Marx como Giddens le reprocha su oscurecimiento de la idea de «nación»[370]. [De muchas de estas cosas volveremos a hablar en el capítulo que versa sobre «lo cultural».]

Ciertamente, la versión estructuralista del marxismo británico –de la que Hobsbawm es el exponente más elegante y, quizá por eso, el que mejor resiste ante los cambios críticos de la reciente historiografía– ha sido la peor parada en los años recientes[371]. Chris Wickham, una generación posterior, atribuye su declive frente a la sociología histórica a una deficiente instrumentación del combinado estructuralismo / marxismo. Los marxistas británicos, en su mayoría, habrían estado más preocupados –nos dice Wickham– por la facilidad y la comodidad de su trabajo que por el obligado esfuerzo *explicativo:* el marco doble de aquellas dos teorías (marxismo y estructuralismo) habría enseñado así cómo *no había que hacer* historia, pero no *positivamente* cómo realizarla[372].

Harvey J. Kaye, que minimiza la presencia del estructuralismo en el marxismo británico y subraya los rasgos *comunes* del grupo en lugar de marcar sus diferencias, trata de mostrar cómo, «en oposición a la formulación estructuralista de que el ser social determina la conciencia social, donde el nivel económico o base es sólo determinante en última instancia», y frente a la contraformulación de que «el nivel económico o base es considerado el punto de partida, es decir, asunto de primera instancia», los historiadores marxistas británicos tratarían de «dilucidar la omnipresente presión del ser social sobre la conciencia social». Pero no lo procuran «por medio de una simple identidad o reflexión», sino que utilizan el concepto de *experiencia*[373].

Y a través de la *experiencia,* según escribe el propio Thompson en *Miseria de la teoría*, «la estructura se transmuta en proceso y el tema vuelve a entrar en la historia». Intentos como el de Gareth Stedman Jones o Patrick Joyce[374], por último, han desplazado el eje de los análisis, desmontando el andamio de lo que, en su concepto, sería ya una «vieja nueva historia del trabajo» *(old new history labor)*[375]. En la *novísima* («new-new») que ellos proponen a su vez primaría lo *simbólico* como factor de *creación* de lo social, y de este modo su objeto serían los

significados. Pero hasta llegar a ese punto en que la *hermenéutica* es la encargada de enfrentarse otra vez a los hechos históricos tras invadir el territorio acotado antes por el marxismo, la *historia social* –con el materialismo histórico como capítulo más importante– había hecho ya un largo trayecto, un recorrido que la llevó a emigrar desde la «economía» a la «cultura».

Lo resume muy bien Miguel Ángel Cabrera: «La historia social fue objeto [...] de una intensa reformulación que la hizo evolucionar muy rápidamente desde el punto de vista teórico. A medida que se iban acumulando las anomalías (es decir, las discrepancias entre el comportamiento real de los individuos y la conducta que la teoría prescribía como natural) y que crecían las dudas con respecto a una explicación puramente social, algunos historiadores comenzaron a reformular el paradigma original en un sentido cada vez más culturalista o subjetivista. La cultura adquiere, entonces, una creciente autonomía relativa, dejando de ser considerada meramente como un reflejo mental de lo material, como un epifenómeno o derivación funcional de la esfera socioeconómica, para convertirse en una instancia coproductora de las relaciones sociales y recreadora permanente de las condiciones estructurales. El resultado fue el surgimiento de la denominada historia *sociocultural* o *nueva historia cultural,* cuyo postulado teórico básico es que los sujetos no son meros receptores pasivos de los significados contenidos en la estructura social, sino que participan de manera activa en su desvelamiento, y que, por tanto, la relación entre estructura y acción no es de determinación unívoca, sino de interacción dialéctica o mediación simbólica»[376]. En cualquier caso, la *clase* no es ya su principal objeto de investigación, ni su protagonista indiscutida.

Reconociendo la realidad como *objetiva* y, por lo tanto, concediendo un origen *social* a los significados, se afirma sin embargo que éstos no se hacen explícitos por sí mismos de manera *automática* o *espontánea,* sino a través de la *experiencia de los sujetos,* de la *percepción de los esquemas culturales* que aquéllos llevan a cabo. Para Thompson, en efecto, no existe la clase sin *conciencia de clase,* de manera que más allá de las «condiciones objetivas» en las que se produce su existencia, la *identidad colectiva* sería producto de «un acto de discernimiento mediante el cual sus miembros adquieren conciencia de los intereses que su posición social entraña y comienzan a actuar en consecuencia». Por lo tanto, «la relación entre estructura y acción genera siempre un espacio de indeterminación y de contingencia que permite la intervención creadora de los individuos»[377].

Esa intervención es la que cabe analizar a través del concepto thompsoniano de *experiencia* (o también los de *práctica* y *representación* en el historiador francés Roger Chartier). La ampliación de escala, para ello, es obligada. No extraña la

influencia de los enfoques *micro,* muy grande y poderosa, sobre ese amplio capítulo de la historiografía denominada *historia local*[378], que en sus supuestos suele incluir objetivos y métodos de carácter *sociocultural* junto a un interés progresivo por el análisis del lenguaje, los textos y los símbolos.

Ligada, pues, a la cuestión general de la «escala» y el «objeto» en historiografía, se comprende que alguna de las obras de Thompson fuera adoptada como referencia por los *microhistoriadores* italianos al inicio de su colección de textos, representativos de la nueva corriente «microhistoria» (el número 2 de la «Collana Microstorie», de Einaudi, es la versión italiana de *The Making of the English Working Class*). Y, desde luego, se comprende también su éxito como manera suave de escapar, sin transición traumática y de manera muy gratificante, a los efectos negativos de la moda anterior, la del imperio de la cuantificación y la estructura[379]. La importante ofensiva de la historia social tradicional inglesa, tratando de contrademostrar, por ejemplo, la interpretación del *ludismo* como «construcción cultural» que ofrece Thompson, fue rechazada con perspicacia por quien, como John Rule, recuerda que la interpretación thompsoniana «parece estar de acuerdo con la tradición popular y provenir de una poderosa *penetración* histórica en la *situación* de los luditas». Subraya además que el ejercicio de la *imaginación* histórica «no debe confundirse deliberadamente con la creación de una *fantasía*»[380].

Así, trayendo hasta el marxismo elementos indiscutibles de la tradición «comprensiva», y a pesar de su posición académica un tanto marginal, Edward P. Thompson llegaría a ser «el historiador del siglo XX más citado en el mundo», según puede leerse en el *Arts and Humanities Citations Index*[381]. Posiblemente, el no haberse dejado ahogar en el mundo del estructuralismo –«un mundo que simplemente deja la cuestión de la *modernidad,* junto con todas las demás cuestiones acerca del ser y de la historia, fuera del mapa»–[382], le favoreció a medio plazo. Sea como fuere, junto con Raymond Williams, todavía es hoy Thompson probablemente el autor de esta corriente más empleado[383].

No puede dejar de mencionarse la indudable relación, en su origen, de esta historia *sociocultural* a la inglesa y aquella otra, esta vez alemana, *historia de la vida cotidiana* (la *Alltagsgeschichte*), en donde la subjetividad y la *experiencia* ocupan un lugar central[384]. Esa historia de la *vivencia compartida* de los fenómenos políticos y sociales que se ocupa de la relación entre los seres humanos y el entorno, debe ser abordada, en un principio, en una perspectiva transdisciplinar[385], sin obviar «las implicaciones» derivadas de eso que Gerald Strauss llamó «la readmisión de la parcialidad en el trabajo del historiador»[386].

En lo que algunos han llamado «marxismo cultural» o también «culturalismo», se da un alejamiento de la abstracción y el estructuralismo teórico (que, recordemos, representaba Dobb especialmente) y se camina decididamente hacia el empirismo y la *experiencia vivida*[387]. La reflexión de Marshall Berman sobre la modernidad se autojustifica como un ejercicio de *presente* y de reconstrucción del *pasado*, con un fuerte componente *generacional* autorreflexivo, dependiente del modo de *percibir* el autor la huella de la década de los setenta cuando ésta concluía: «Nuestro pasado, cualquiera que haya sido, es un pasado en proceso de desintegración; anhelamos aprehenderlo, pero es escurridizo y carece de base; volvemos la mirada en busca de algo sólido en que apoyarnos, sólo para encontrarnos abrazando fantasmas. El modernismo de los años setenta fue un modernismo con fantasmas»[388]. Como el propio Berman creía, *ser* modernos –en la bisagra del comienzo de los ochenta del siglo XX– parecía consistir en «experimentar la vida personal y social como una vorágine, encontrarte y encontrar a tu mundo en perpetua desintegración y renovación, conflictos y angustia, ambigüedad y contradicción: formar parte de un universo en que todo lo sólido se desvanece en el aire». Y ser *modernista* era, en consecuencia, «sentirse cómodo en la vorágine, hacer tuyos sus ritmos, moverte dentro de sus corrientes en busca de las formas de realidad, belleza, libertad, justicia, permitidas por su curso impetuoso y peligroso»[389].

Es ésta una manera de proceder dada a la comparación interna de discursos y modos de utilización de los lenguajes, tendente a reconstruir la *verdad* fragmentaria del sujeto individual en *sociedad,* sin ignorar su vertiente ideológica: «La historia popular –escribe a su vez Raphael Samuel a propósito de una de sus variedades– representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de aumentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y de ofrecer nuevos mapas de conocimiento». Y, en este orden de cosas, «sea cual sea su tema concreto, toma forma en el crisol de la política y a la vez penetra en ella, por todos los lados, la influencia de la ideología»[390].

* * * * *

No puede extrañarnos hoy que el optimismo historiográfico de finales de los setenta incluyera al marxismo en lugar principal de sus balances, dándole espacio junto a las otras formas de la historia social. Ésta es la apreciación de Barraclough: «La conciencia de que ha llegado el momento de un nuevo acercamiento a los problemas y materiales históricos va más allá de las diferencias ideológicas y ambientales. Las técnicas y métodos nuevos son un reto para los historiadores de cualquier continente y medio político. No es únicamente que las respuestas de los historiadores sean, en la actualidad, diferentes a las de sus predecesores; [sino que] plantean también diferentes interrogantes. El radio

de acción de la historia, tal como ellos lo vieron, ha variado, y ya no pueden quedar satisfechos con las formulaciones de hace treinta o cincuenta años»[391].

A mediados de los años setenta igualmente, Georg G. Iggers había publicado una importante introducción a las corrientes historiográficas a lo largo del XX, en su magnífica obra *New Directions in European Historiography*, aparecida en un momento en el que, como él mismo recuerda veinte años más tarde, existía «una gran fe en las posibilidades de la historia como una disciplina altamente técnica, fundada en las ciencias sociales, empíricas y analíticas». Allí mostraba cómo «seguidores de *Annales,* cliometristas y marxistas se movían en la misma dirección, pese a sus concepciones políticas y sociales divergentes» todos «orgullosos de sí mismos por haber superado los estrechos confines del paradigma historicista, con su focalización de la narrativa en los grandes acontecimientos, hombres e ideas que había dominado la profesión histórica desde Ranke». No obstante, «su creencia en la ciencia, el progreso y la modernidad había sido debilitada –casi en la misma medida y sin que resulte más que aparente paradoja– desde el decenio de 1960, cuando los problemas del crecimiento se hicieron cada vez más evidentes y fueron cuestionados los presupuestos racionales sobre los que se había apoyado la sociedad occidental desde la Ilustración».

En cuanto a la deriva propia del marxismo, opinaba ahí el propio Iggers que su historia, como teoría científica de la sociedad, «está caracterizada desde sus inicios por la contradicción entre la pretensión del materialismo histórico y dialéctico de ser una ciencia rigurosa en el sentido de las ciencias naturales, y la perspectiva sociocrítica que rechaza este afán de objetividad como una forma de positivismo». Y que, frente a la opinión de otros, era el propio Marx quien «por un lado impulsaba la posibilidad de una dedicación científica a la historia», y por otro «la limitaba por su esquema histórico-filosófico, el cual predeterminaba en gran medida los resultados de la investigación empírica»[392].

Muchos de los más variados productos historiográficos realizados en los Estados Unidos han incorporado elementos tomados de la historiografía marxista, incluso a lo largo de la década de los ochenta (o quizá principalmente en ésta), mezclándolos con otros. Comportan una tendencia al *eclecticismo* muy acusada, que sin embargo no excluye la preocupación teórica ni el esfuerzo visible por lograr interpretaciones que exijan previas síntesis, procedimientos eficaces de disminuir el ancho margen de desacuerdo empírico. William H. Sewell, por ejemplo, da una muestra de ello cuando, al abordar su estudio del *lenguaje del movimiento obrero* antes de la revolución de 1848, escribe: «He intentado basar mi argumentación en la mejor investigación existente, reciente y no tan reciente, pero mi objetivo no es resumir y valorar esa investigación. Es, más bien, utilizarla

–frecuentemente de forma muy distinta a la intención del autor– para formular una nueva interpretación de un amplio campo de investigación histórica, sugerir relaciones hasta ahora no advertidas, y situar los hallazgos concretos en una trama más amplia, al menos diferente». En cuanto a la *perspectiva teórica* («que en buena parte he tenido que construir por mí mismo», dice), partirá Sewell de materiales tomados de «la nueva historia social, la historia intelectual, la antropología cultural y algunas nuevas corrientes del marxismo»[393]. La *lengua del trabajo,* para Sewell, no consiste así sólo «en las locuciones de los trabajadores [...] o en el discurso teórico sobre el trabajo, sino en toda la gama de organizaciones institucionales, gestos rituales, prácticas de trabajo, métodos de lucha, costumbres y acciones».

Importa desde luego en esta perspectiva, más que ninguna otra, la cuestión del *lenguaje,* tanto si es éste explícito como si aparece oculto o silenciado, como sucede de hecho en la *cotidianeidad*. Como escribe el alemán Lutz Niethammer, «la mayor parte de lo cotidiano en la vida diaria se constituye a partir de un gran número de realizaciones subconscientes, en la costumbre de percepciones y acciones rutinarias, y apenas manifiestamente variables, cuya imagen específica se integró en la socialización y sólo es visible desde dentro de su especificidad cuando su práctica ya no se da por supuesta»[394]. La *experiencia*, a su vez, quedará definida como la «elaboración de percepciones anteriores» junto a la «preestructuración de percepciones futuras».

Revalorizando el concepto de experiencia, sacándolo del *ghetto* filosófico en que yacía, orientándolo hacia la interdisciplinariedad, la historia de *la cotidianeidad* «a la alemana» (la *Alltagsgeschichte*) dice en sus textos básicos, de modo explícito y apenas sorprendente, no querer separarse tampoco de la *estructura*. Así, la experiencia de los individuos, bajo condiciones de cambios sociales de gran envergadura para la vida individual, «no sólo viene marcada por disposiciones tempranamente adquiridas, sino que se forma, en un proceso de constante conflicto, con desafíos y normas sociales». Escapar a las aporías derivadas del hundimiento estructuralista y, en su lugar, acoger la reaparición del sujeto *individual* –un asunto de extrema importancia no sólo para la historiografía, sino para las ciencias sociales en general–, ha producido intentos muy interesantes, como veremos, en todos los campos científicos y en todas las inspiraciones que los fecundan.

Lo pretende en el campo de la sociología Anthony Giddens[395], que sin ser marxista tiene en cuenta elementos del marxismo en su teoría de la *«estructuración»* (integradora de «acción» y «estructura»)[396], o lo busca Jon Elster, promotor de una versión analítica del marxismo que incorpora elementos de *individualismo metodológico*[397]. De Giddens, George Ritzer aplaude por su

parte el que «la constitución de los agentes y las estructuras no sean independientes una de otras», y el que «las propiedades de los sistemas sociales sean consideradas como medios y productos de las prácticas de los actores». De Elster, a su vez, el que «intente separar hecho y valor, y estudiar los hechos desapasionadamente a través de un análisis teórico, conceptual y empírico»[398].

Los procesos de *cambio social,* releídos a la luz de planteamientos como éstos u otros diversos que podríamos mencionar también (Boudon, Habermas, Archer, Elias, Luhmann o Collins, por ejemplo), siguen siendo el objeto de atención primordial en relecturas del marxismo inscritas ya en la lógica de la globalización y la creciente homogeneización cultural[399]. Entre éstas, el geógrafo social David Harvey ha propuesto recientemente una reconsideración del *cuerpo* en función de un análisis *espacial* fundamentado en Marx[400]. Incluso, por volver un momento a Marshall Berman para cerrar este punto, aprovechando la reflexión circular sobre la obra de Marx y su vehemente adscripción, podemos encontrar un intento de unir *biografía* y *experiencia* con el código fundamental del materialismo histórico[401]. De algunas de estas cosas volveremos a hablar en los siguientes apartados.

Historia y sociología. La sociología histórica

«La sociología no es sólo un vocabulario, un conjunto de útiles herramientas conceptuales neutrales», ha escrito Peter Burke, sino que «es una disciplina, y los que la practican están en desacuerdo sobre qué hacer y cómo hacerlo». De hecho, «es difícil encontrar una objeción a cualquier orientación sociológica que no haya hecho ya algún sociólogo»[402]. El conflicto entre enfoques es, por lo tanto, parte sustantiva de su constitución.

La diferencia entre aquéllos alimenta, en efecto, el propio discurso sociológico. Lo cual no puede resultarnos extraño porque, entre otras cosas, como bien nos recuerdan Giddens y Turner, la ciencia social se ocupa también del «*status* de las ciencias sociales, especialmente en relación a la lógica de las ciencias naturales; de la naturaleza de las leyes y generalizaciones que pueden establecerse; de la interpretación de la acción humana y el modo de distinguirla de los objetos y acontecimientos naturales» así como del carácter o forma de las instituciones humanas[403], nada menos que todo eso. Sobre asuntos tan diversos y extensos, es bien lógico que no exista consenso.

Por otra parte, como indicamos más arriba, la sociología trató desde su nacimiento de separarse de la historia, a la que pretendía superar en afán *sistemático* y en capacidad *explicativa*. Se deslindaron los respectivos campos a lo largo del siglo XIX y, ya fuese argumentándolo explícitamente o no, ambas disciplinas se dieron la espalda. Salvo que ciertos sociólogos como Weber[404] o

Simmel[405] miraran a la historia para transformar, a partir de ella, el discurso científico social (y de paso para reprochar a los historiadores la falta de interés *general* de sus escritos, cuando no directamente su trivialidad), lo cierto es que una relación fructífera entre los dos saberes, sociología e historia, no existiría durante mucho tiempo. No obstante, poco a poco la sociología, junto al estudio de los hechos sociales *contemporáneos* que eran su objetivo principal (en Comte, en Durkheim o en cualquier otro «clásico»), iría abordando objetos que pueden considerarse *históricos* (en el sentido de *pasados*), si bien lo haría mediante enfoques teóricos *distintos* y competitivos entre sí, siendo una disciplina *multiparadigmática* como es. Esta falta de acuerdo no convenció del todo a los historiadores, que por lo general siguieron considerando la obra de los sociólogos demasiado teórica y confusa.

En cierto modo, la tensión existente entre *historia* y *teoría* que subyace al arranque institucional de la sociología, lejos de diluirse, se decantó a través de la compartimentación disciplinar, que situó a la historia en un plano inferior, por supuestamente *ateórica*. Pero después se invertirían los términos, al pasar los sociólogos a ocuparse de historia poco a poco, como fue sucediendo a partir de los años sesenta del siglo XX. Entre tanto, simplemente dirían a los historiadores qué *(otra)* historia *(mejor)* podrían hacer, si es que atendían a los consejos y las enseñanzas de la ciencia social.

Las dos últimas décadas del siglo XX, ya lo dijimos, vienen marcadas por una *historización* de las ciencias sociales en toda su extensión, una inversión de la anterior tendencia que ha ido cambiando progresivamente los marcadores y los límites disciplinares, y ha variado el peso respectivo de los enfoques teóricos en el interior mismo de la sociología, llevando al primer plano aquellas corrientes que se ocupan de la *acción humana,* y no de la estructura o las instituciones[406]. Pero antes de que esa tendencia prosperara, iba a imponerse un reparto territorial al que contribuyó, aunque parezca en cierto modo paradójico, el éxito alcanzado por la *historia social*. Salvando determinadas particularidades, los sociólogos se ocuparían de lo *estático* en los hechos sociales, en tanto que los historiadores tendrían a su vez en cuenta el *cambio* y el factor *temporal*. Quedaban, sin embargo, abiertas vías de confluencia y pasarelas, vasos comunicantes que impedían que triunfara del todo aquella distinción que alcanzó, sin embargo, estatuto epistemológico.

Uno de estos esfuerzos había llevado a los sociólogos a estudiar el *conflicto* y, en su estela, el *cambio* social[407], dando por resultado una primera aproximación no solo en la temática sino también, incluso, en el estilo: «Se solía decir –escribió T. B. Bottomore a principios de los años sesenta– que el historiador describe hechos singulares, y que el sociólogo produce generalizaciones. Esto no es cierto.

En la obra de cualquier historiador serio abundan las generalizaciones; en cambio muchos sociólogos se han dedicado exclusivamente a la descripción y al análisis de hechos singulares o de series de hechos. Quizá podría decirse que la diferencia consiste en que el historiador acostumbra a partir del examen de una serie particular de hechos, mientras que el sociólogo parte, normalmente, de una generalización y se propone comprobarla mediante el examen de un cierto número de series similares de hechos. Es decir, la diferencia radica en la *intención*»[408].

En función de las perspectivas teóricas dominantes, no obstante, seguiría constituyendo un referente obligado por el estructuralismo (y motivo de discrepancia, obviamente) la cuestión de la *escala* del objeto de estudio; algo que, en relación con el *tiempo,* no es otra cosa que la *duración:* «A mi parecer –escribía Norbert Elias en 1984–, muchos historiadores han omitido tomar en cuenta los procesos sociales largos porque, en parte, era insuficiente su reflexión sistemática sobre los problemas con los que, tanto en el pasado como en el presente, se enfrentan los grupos humanos»[409].

Sea como fuere, ciertos sociólogos tratarían de saltar la barrera que venía a separarlos de la historia, y al ir consolidándose las escuelas sociológicas en todos los países, de una u otra manera, aparecen en ellas vertientes no proclives al funcional-estructuralismo que podemos considerar de *sociología histórica,* por más que el producto intelectual resultante todavía no tuviera tal nombre[410]. En buena medida, los esfuerzos por construir una sociología *comparada* (la que nos lleva a la sociología histórica) son en la práctica, casi todos ellos, ensayos de *historización* del análisis social, que a la vez conforman una particular estrategia *sistematizadora* de la disciplina. Entrañan desarrollos de *conceptualización* aplicada a la resolución de problemas concretos, en detrimento de aquellas otras corrientes y enfoques sociológicos, tan extendidos en el conjunto de la disciplina, que llevan a hipostasiar las *técnicas* sin más.

Este tipo de intentos contribuiría a mejorar la calidad global de la ciencia social, se supone, y a incrementar su potencial de aplicación: «La confusión terminológica [en sociología] –escribió Andreski en 1964– no es sino un aspecto de la falta general de comprensión». De modo que «un sociólogo obsesionado por armazones, jergas y técnicas» se parecería «a un carpintero tan obsesionado por mantener limpias sus herramientas que no le queda tiempo para cortar la madera»[411]. La sociología histórica, como proyecto epistemológico, supone por lo tanto el intentar la racionalización y estabilización científica de la disciplina.

Simultáneamente, en el aparato crítico de cierta historiografía había ido comenzando a verse citada la obra de aquellos sociólogos que más influyentes eran en sus propios contextos académicos. Naturalmente, serían Durkheim,

Simiand o Gurevich los nombres invocados en Francia (sólo una década, o década y media después, aparecen Halbwachs, discípulo de Durkheim, o el alemán Norbert Elias). En Alemania reapareció Max Weber (más tarde Simmel) y prácticamente todos ellos a la vez en los Estados Unidos, donde el propio *funcional-estructuralismo* de Talcott Parsons era ya un cóctel de enfoques sociológicos, o combinado teórico de maestros diversos de la sociología incluyendo a Karl Marx[412]. A partir de ahí, también otras corrientes y enfoques sociológicos lo inscriben sin rechazo en su discusión.

En su importante texto *La construcción social de la realidad* (1966), al hacer arrancar la denominada *«sociología del conocimiento»* de la obra de Marx, Peter Berger y Thomas Luckmann sostienen que «no es arriesgado afirmar que mucho de la *gran lucha contra Marx*» que habían protagonizado Weber, Durkheim o Pareto, en su día, «fue en realidad una lucha con una interpretación errónea de Marx debida a ciertos marxistas posteriores»[413]. Ciertamente, algunos de los textos marxianos fundamentales, como los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844,* no fueron descubiertos hasta la tardía fecha de 1932, y a raíz de ello variarán los parámetros sobre los que recrea la lectura del resto de su obra escrita; pero no todo estriba en un tipo de exégesis o su contrario. La «sociología del conocimiento» heredaría de Marx su más definitoria proposición básica: la idea de que la *conciencia* del *individuo* está *determinada* por su *ser social.*

En las décadas de 1950 y 1960 la incorporación de los hallazgos y aportaciones de las ciencias sociales en su conjunto (y de la sociología, muy en particular) por los historiadores, se orientó decisivamente hacia los *métodos* (y no tanto hacia la *conceptualización,* a la que sirven sin embargo dichos métodos, y a la que obedecen a su vez las *técnicas* propias). Más claro y más exacto: a los historiadores, con frecuencia, nos importarían más las *técnicas* que los *conceptos* de las ciencias sociales, muchas veces difíciles de ahormar. [Sin que eso quiera decir que no se atienda a veces a las *categorías* del pensamiento sociológico, o que se prescinda por completo de la «teorización». En el comienzo, empero, el impacto teórico y sus reglas influyeron prácticamente sólo en el seno de la *historia social* alemana.]

En cualquier caso, el interés creciente por los métodos arrumba temporalmente la fuerza del historicismo y frena sus envites, su pugna por imponer su creencia abrumadora –tan persistente– en el carácter *relativo* y *contingente* de todo lo que se refiere al sujeto humano, en lo *irreductible* de sus avatares y *experiencias*.

A mediados de los años sesenta, en el punto más alto de la confianza *científica* en el terreno de la historiografía (es decir, la atribución de exactitud, sistematicidad y cientificidad al discurso historiográfico), se estableció sin duda un flujo relevante entre la historia y la sociología, como una especie de corriente

de doble dirección[414]. Nacía así propiamente, a modo de subdisciplina, la *sociología histórica,* en tanto que se reorganizaba sobre un cierto equilibrio la relación entre sociología e historia. Resultaba que, como nos recuerda Stuart Hughes, muchos historiadores iban aceptando «los conceptos y las categorías de la ciencia social como hipótesis, con varios grados de alcance y poder explicativo», aunque esas hipótesis no fuesen ciertamente ni «exhaustivas» ni «exclusivas». Porque los historiadores aspiraban a que la historia fuera no sólo un *arte* sino también una *ciencia* (una ciencia *social*), aunque tampoco parecían dispuestos, la mayoría, a renunciar a aquél.

Lo hicieron, finalmente, con la condición de que no fuera la *teoría social* la que gobernara su discurso, sino que se acomodara a la exigencia impuesta por los hechos *empíricos* que no podía ignorar. Como tampoco la prosa clásica de la historiografía, el *relato,* debiera abandonarse, al decir de Hughes, aun a sabiendas de que no existía una diferencia *racional* entre la historia y las ciencias sociales (entre *ciencia* e *historia,* en fin). Con las ciencias sociales, con sus teorías y sus procedimientos específicos, se mejoraba la capacidad *explicativa* del discurso histórico, erradicando «los pronunciamientos no verificables»[415]. La recuperación de los «clásicos» de la sociología, y la concesión del estatuto de «sociólogo» a Karl Marx, incorporándolo al panteón, contribuirían a estimular el debate entre la ciencia social y el marxismo que, tan extensa y significativamente, caracterizaría a las décadas de 1960 y 1970[416], y que a su vez contribuyó a la identificación de la historia como «ciencia social».

De otro lado, en ese mismo tiempo, la sociología afinaba sus métodos y mejoraba sus estrategias de investigación. No se aplicaba sólo, sin embargo, a propagar y expandir el cuantitativismo, aunque esta perspectiva y sus técnicas resultarían ser de importancia esencial y lograrían tal éxito social –un reconocimiento público tan significativo–, que no puede extrañar en modo alguno que los historiadores (también ellos) quisieran tomar parte activa en la difusión general de los métodos y técnicas cuantitativos.

En especial quienes pensaron que existía un gran vacío entre la «realidad histórica» y los métodos *propios* de la historiografía (ya se sabe, *historicismo* más *positivismo*) probarían fortuna mediante el uso de la proyección cuantificadora, aspirando a llenar un vacío «teórico» que, de momento, pareció colmarse con aquella avalancha de informaciones de alcance general[417]. Sus autores entraron de este modo, casi insensiblemente, en el campo de una sociología que no siempre tenía en cuenta *«lo político»* (o que, más bien, evitaba incluirlo), pero en aquel momento esa carencia no se lamentó.

* * * * *

El de *político* es un concepto versátil que atiende tanto a las distribuciones del poder en el seno de una sociedad dada como a las instituciones, públicas o privadas, que regulan en ella las pautas de comportamiento, un concepto que también se refiere a los procesos que aquéllas desencadenan o a los que deben hacer frente. Lo mismo que había sucedido en los procesos de construcción del Estado liberal-nacional, sobre todo en el siglo XIX, el poder del Estado se sirvió extensamente de los historiadores al acabar la Segunda Guerra Mundial[418], de manera que lo que entonces se llamó, indistintamente, sociología *comparada* o sociología *histórica* vendría a servir a similar propósito de adaptación funcional a las requisitorias del poder, adecuándose a la naturaleza de la sociedad emergente.

El objetivo era, en ese caso, el de proporcionar a los poderes públicos información solvente sobre los comportamientos *previsibles* y las conductas *supuestas* de la población (conflictos, revueltas o revoluciones) en un tiempo marcado por el enfrentamiento de los bloques[419]. Entre otros asuntos, se discutió con entusiasmo (y no es esto casual, pues se acomoda a la lógica de la guerra fría) el caso paradigmático de los *intelectuales,* un capítulo de especulación sociocultural y política importante, que se había abierto ya en el periodo de entreguerras, y que tras la consolidación del comunismo en un mundo bipolar se investía de nuevas implicaciones como parte sustantiva de la confrontación ideológica[420]. En otro orden de cosas –aunque sin excluirse la confluencia de planos–, se trató de afinar el instrumental cuantitativo a través de la incorporación de métodos y técnicas proporcionados por la nueva tecnología informática y la ciencia de la *computación*[421].

Pero hay también otro motivo que influye en la conformación disciplinar de la *sociología histórica* y que está relacionado, como recuerda Tilly, con el auge coincidente del esfuerzo teórico, en general. Se trata del intento de llenar el vacío *político* al que antes aludimos; aquello que uno de los marxistas más atentos a las instituciones o estructuras políticas, el inglés Perry Anderson, había retado a sus colegas a intentar, a principios de los años setenta. Escribió entonces que «uno de los axiomas fundamentales del materialismo histórico», el de que «la secular lucha entre clases queda en última instancia resuelta en el nivel *político,* y no en el económico o en el cultural», debería ser revisado cuidadosamente, porque es «la construcción y destrucción de los Estados lo que sella los cambios fundamentales en las relaciones de producción, siempre que las clases subsistan»[422].

En el ambiente intelectual de la época estaba, pues, y en un lugar nada secundario, el tratar de rellenar este vacío. Quienes se aplicarían a la tarea *histórico-sociológica* y *comparativista* de análisis político, iniciando el camino desde la sociología (Reinhard Bendix[423], S. N. Eisenstadt[424] o Barrington

Moore), sabían por lo tanto que acotaban un territorio nuevo, una especie de «nicho de mercado» científico-social, a la par que un objeto «político». Y que, frente a la mayoría de los profesionales, lo mismo *empíricos* que *macroteóricos,* sabían que iban a ser por el momento *rarae aves,* elementos aislados en el flujo de la corriente principal. [De esta manera los describió más tarde Theda Skocpol[425], discípula de Moore y autora de un emblemático texto, *Los Estados y las revoluciones sociales* (1979), que marca un antes y un después en la sociología histórica de gran impacto en la reflexión de los historiadores sociales[426].]

Presentando su trabajo como una variedad de *historia comparada* –pero hecha por sociólogos, con las ventajas de la conceptualización y la teoría–[427], libros como *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia,* de Barrington Moore (sobre «los principales trastornos históricos desde el mundo preindustrial al moderno»)[428] y de Eric Wolf (sobre las guerras campesinas del siglo XX[429], con los casos de México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba), venían a ser distinguidos por la crítica sociopolítica como sugerentes para la evolución interna de la historiografía, en dirección a conformar una *historia social* de un alto grado de *implicación* en el *presente*. [Ya en el periodo de entreguerras había escrito Norbert Elias que «la observación de los sucesos actuales ilustra[ba] la comprensión de los pasados y la profundización en lo sucedido aclara[ba] lo que esta[ba] sucediendo». Y aun confundiendo ciertos significados de los procesos –el nazismo sin duda–, merece aún la pena destacar la intencionalidad *comprensiva,* arraigada en el presente, que guiaba su análisis *sociogenético,* como él lo llamó[430].]

La característica metodológica más acusada de la *sociología histórica,* según el propio Wolf, residía en plantear problemas centrales de la historia haciéndolo «no en términos de categorías abstractas» sino de manera *empírica*, «a partir de experiencias históricas concretas que perviven en el presente». La misma idea, expresada a la inversa, se halla igualmente en Barrington Moore, jr: «Las categorías fundamentadas pueden trascender empíricamente los casos particulares»; si bien había que dejar claro que «el análisis comparativo no representa ningún sustitutivo para la investigación detallada de casos específicos»[431]. Se trata, por lo tanto, de un espacio para *lo particular* que no se agota en sí mismo.

No obstante, el que los estudios de estos autores fueran realizados partiendo de monografías de historiadores, pero sin acudir directamente a los archivos e incorporar fuentes originales, les granjeó una acogida no siempre benévola. Su poco detallista elaboración del discurso sociohistórico no parecía ser una contribución imprescindible para el avance de la disciplina de la historia. Pero

hubo sin embargo algunos historiadores que estimarían los nuevos textos por su capacidad de sugerencia e *imaginación* y fueron creciendo los reclamos de una mayor colaboración entre ambas partes[432]. Reclamos que, con todo, no bastaron para evitar por completo los resquemores y anular la tensión: así, pese al cordial *placet* que otorgaba el marxista Eric Hobsbawm al fresco general sobre las sociedades campesinas de Eric Wolf, le reprochó al sociólogo que se ocupara más de estudiar las *relaciones* que las *causas,* las pautas *comparables* entre casos, que los hondos *principios* de significación[433]. [Era esto a principios de la década de 1980.]

Este tipo de intercambios queda inscrito en la corriente, que ya antes existía, de intensa atracción de algunos historiadores hacia la sociología (preferentemente la *cualitativa*) y, en su caso, hacia ciertas derivas de la antropología, bajo un deslumbre primero de fundamentación *estructural* y luego de naturaleza *interpretativa*.

El horizonte general al que se tendió primero era el de una historia en la que se iba pasando de lo *individual* a lo *típico,* del hecho *independiente* privilegiado por el historicismo (o, a lo sumo, la cadena de hechos), a la *armadura estructural* –la trama subyacente a los *procesos* sociales–, una estructura en cuyo seno operarían los acontecimientos y los individuos. Muchos historiadores creían ya, a esas mismas alturas, que el armazón que se andaba buscando (la *estructura*) era en concreto «un sistema de acciones organizado que exhibe un grado apreciable de continuidad temporal»[434].

El cambio sustantivo iba a venir, no obstante, a mediados de los años setenta, con el incremento en la propia sociología del interés por la investigación de tipo *significativo, representativo* y *simbólico* (valores todos ellos también privilegiados en la antropología interpretativa). Se manifiesta este interés a través de incrustación concretas de un autor como Weber en el centro de las corrientes dominantes[435], una tendencia que había comenzado ya en la década anterior y que, en algunos casos, se haría compatible con elementos de Durkheim, T. Parsons o Marx (a veces, los cuatro vuelven a establecer nuevas combinaciones entre sí, en proporción diversa)[436]. Comparativistas y cualitativistas dan forma así a una constelación teórica mixtilínea, formada de piezas del discurso de los padres fundadores de la sociología y aportaciones varias de las corrientes en circulación, algo que hasta entonces ni siquiera se había tratado de forjar[437]. Habrá interés creciente por autores hasta ahí despreciados u olvidados, por último, como George Herbert Mead, Georg Simmel o Alfred Schutz[438], si bien la influencia de estos últimos (los precursores del *interaccionismo*) en la *sociología histórica* propiamente dicha, que es el objeto que aquí nos interesa, apenas se dejaría todavía sentir.

* * * * *

Metodológicamente indeterminada, como corresponde a su eclecticismo teórico de fondo, la *sociología histórica* ha ido desplegando desde su aparición bajo tal etiqueta un abanico amplio de elecciones temáticas[439]. De 1964 es la obra de Reinhard Bendix *Estado nacional y ciudadanía,* y también el estudio sobre *La Vendée* de Charles Tilly. De 1966 los *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia,* del ya citado Barrington Moore; de 1979 aquella obra de extraordinario éxito, de Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales*... Pero sólo en 1984 saldrá a la luz una especie de «programa de investigación» (entendido a la manera de Lakatos), y lo presenta Tilly en su brevísimo libro *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes.*

En el término de esas dos décadas puede seguirse toda una evolución de estudios concretos y *microtendencias* que será especialmente rica en Norteamérica, pero que una vez que hubo saltado a Europa (y los preparativos del bicentenario de la Revolución francesa ofrecieron para ello una buena ocasión), revitalizará fugazmente la alternativa. El corolario derivado de ese acercamiento de intereses vendría a reforzar, al menos por un tiempo, la relación entre sociólogos e historiadores[440], y en ocasiones contribuirá a la discusión central –cada día más extendida– sobre las relaciones entre *estructura* y *acción*[441].

Algún historiador, como el inglés Peter Burke en 1980, abogaría incluso por una identificación total de las dos disciplinas, sociología e historia, a las cuales consideró indistintas. Una propuesta a favor de la cual no argumentaba Burke directamente, sino a través de la comparación entre sus respectivas funciones y estructura: «La sociología puede definirse como el estudio de la sociedad humana, poniendo el acento en las generalizaciones sobre su estructura». La historia, por su parte, «puede definirse como el estudio de las sociedades humanas, destacando las diferencias que hay entre ellas y los cambios que se han producido en cada una a lo largo del tiempo». Por tanto, «los dos enfoques son claramente complementarios. El cambio está estructurado, y las estructuras cambian. Sólo comparando una sociedad determinada con otras podemos descubrir en qué aspectos esa sociedad es única». Los «errores» de haber establecido una separación disciplinar que dura más de un siglo podrían ser subsanados –creía Burke–, con tal de «llamar la atención sobre el hecho de que [antes] había que pagar un precio [de alejamiento] que ya no es necesario seguir pagando». A su entender, siempre sincrético y conciliador, «lo que a algunos nos gustaría ver, lo que estamos empezando a ver, es una historia social, o sociología histórica –la distinción debería ser irrelevante– que se interesara tanto por la comprensión desde dentro como por la explicación desde fuera; por lo general y por lo particular; y que combinara el agudo sentido para la estructura del

sociólogo con el igualmente agudo sentido para el cambio del historiador»[442]. *«Historia social»* pues, y *«sociología histórica»,* eran o podían ser la misma cosa.

Reparar en los temas centrales de eso que algunos consideran más bien una corriente intelectual –una *tendencia* de análisis social– que un determinado y concreto enfoque de sociología, nos ayudará en cambio seguramente a comprender cuánta ha sido la ambición del intento, y cuál puede ser su particular interés para la historiografía. Abordan los sociólogos históricos asuntos tan diversos como la inmigración[443] y la industrialización[444], las revoluciones sociales[445] y la guerra[446], el nacionalismo[447] y la formación histórica de los Estados nacionales[448], la economía mundial[449] y el colonialismo[450], el papel desempeñado por los intelectuales[451], el conflicto generacional[452], y muchos otros subtemas derivados de aquéllos o conectados, con sus prolongaciones. A veces, la comparación se establece sólo entre dos ejemplos, pero es más frecuente incrementar el número de casos examinados[453].

Como era inevitable, ni los enfoques ni los resultados obtenidos son homogéneos. Si tomáramos, por ejemplo, una definición posible de *«revolución»,* tal como es tratada en la sociología histórica –nos lo muestra Rod Aya–, tendríamos que «conviene distinguir tres significados de *revolución*». A saber: «(I) definida en términos de *intención* como un intento de realizar un rápido, radical y violento cambio de Estado o de sociedad; (II) en términos de *resultado*, como un rápido, radical y violento cambio de Estado o de sociedad con independencia de si ésa fue la intención inicial, y (III) en términos de *situación,* como una batalla campal por el poder del Estado, sin perjuicio de la intención inicial o de su resultado». Desde el punto de vista metodológico, Aya advierte también que «conviene leer estas definiciones de atrás adelante –no de izquierda a derecha, sino de derecha a izquierda–. No se trata de preguntar *qué* es una revolución –y responder que un intento, un cambio o una batalla– sino de preguntar *cómo* llamar a semejante intento, cambio o batalla, –y responder que es una revolución–»[454]. Como puede seguirse, las estrategias resultan diferentes y las posibilidades de interpretación son, desde luego, varias.

Las dos constantes básicas del método empleado (*comparación* e indagación *causal*) se ubican en un marco más *amplio*, aunque a veces incierto, generalmente *mixtilíneo* o *sincrético,* impostadas en un conjunto de suposiciones que se va desplegando en *gradación.* Existen, pues, «desde aquellos que usan las comparaciones para iluminar descripciones particularistas –como recuerda Theda Skocpol al desgranar las estrategias todas–, hasta aquellos otros que las usan para explorar o establecer generalizaciones causales»[455].

En cualquier caso, a pesar de la variedad, es uniforme y claro el rechazo de todo género de *individualismo metodológico,* la negación explícita de ciertas

implicaciones de las teorías de la *elección racional* y, naturalmente, el prescindir de la *hermenéutica*[456]. Los procedimientos de *generalización,* tanto para sociólogos como para historiadores, tendrían sus ventajas, en palabras de Barrington Moore: «plantearse preguntas muy útiles, y en algún caso nuevas», contrarrestar «las explicaciones históricas comúnmente aceptadas», y por último, llevar «a generalizaciones históricas nuevas».

Sus resultados, a juicio del atento observador que era sin duda Geoffrey Barraclough –unos diez años después de los primeros éxitos reconocidos en este campo– eran satisfactorios, y no parecían poner en peligro (se insiste mucho en ello) la persistencia de una investigación *concreta,* la comúnmente practicada dentro del género historiográfico, preocupados como seguían los historiadores por el detalle, en su proyección más convencional: «El análisis comparativo, por supuesto, no sustituye una investigación detallada de los casos específicos, y tanto el libro de Wolf como el de Moore están construidos, igual que el de Dunn, sobre material secundario de artículos especializados y monografías. Pero también es cierto que la investigación detallada de los casos específicos no es sustituto tampoco del análisis comparativo; que ninguna acumulación, por ejemplo, de estudios especiales sobre la vida del campesino chino en determinados pueblos o zonas puede proporcionar por sí misma las perspectivas más amplias que se esperan de la historia». Las respectivas tareas, el reparto de métodos, seguía pues en el aire.

La defensa del análisis *científico* (que es propia del momento y le imprime su tono) está en la base de un juicio tan favorable a los análisis comparados como el de Barraclough, opinión que sólo compartirían entonces, sin embargo, los historiadores más innovadores[457]. La profesión, en su conjunto, parecía seguir defendiendo su viejo patrimonio de contingencia e irreductibilidad. Pero hasta los más abiertos creían, sin embargo, que convenía marcarle a la comparación ámbitos o casillas. Así se ratifica cuando, a propósito de la especificidad del denominado Tercer Mundo, asegura el propio Barraclough que los estudios detallados «son indispensables en la medida en que permiten desmenuzar el concepto abstracto de "campesinado" en categorías más reducidas, indican las diferencias regionales, ayudan a distinguir entre campesinos ricos, pobres y medios, entre aquellos que poseen y alquilan su tierra y los jornaleros a sueldo». Con todo, estimaba el autor «esencial que el terreno que cubren se pueda *proyectar* aun cuando se necesite *corregir,* y que los hechos que revelan se comparen con las situaciones descubiertas por estudios similares de la vida campesina en otras áreas; por ejemplo en Irán, la India o el Brasil»[458].

En los últimos años, los ensayos sociocientíficos comparados ligados al resurgir de los nacionalismos[459] y al creciente papel desempeñado por los factores

étnicos y raciales[460], así como aquellos otros que abordan la reconsideración de los movimientos sociales[461], el papel del Estado y las instituciones en esos movimientos[462] y los vinculan a aquellos dos primeros factores además[463], han atraído la mayor atención de los sociólogos «históricos» y también la de sociólogos y politólogos en general[464]. Para Tzvetan Todorov, a propósito, el cientifismo solamente había podido prosperar «porque habría venido a llenar el vacío que dejó la salida de la religión en su carácter de guía del comportamiento»[465].

Es evidente que la proyección práctica, la dimensión ligada al *presente,* sigue informando la elección de los temas, y en cierto modo inspira su resolución. Así, por ejemplo, en febrero de 1991 Charles Tilly firmaba el prólogo a su edición española de *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990,* advirtiendo al futuro lector de que el caso español *no* era excepcional, sino que se adecuaba bien a la características del modelo explicativo propuesto, aunque no se hubiera incluido en la rejilla de método y entre los casos a estudiar. A su través, no obstante, podrían ser aclarados otros elementos además (elementos que en caso contrario podrían aparecer como características *particulares* de América Latina, sin serlo en realidad). Importante por tanto la advertencia, por vaga que parezca.

Pero además creía Tilly que podía estar asistiéndose, a principios de los noventa, «a los últimos días del Estado grande, relativamente unitario y centralizado»[466]. Esta afirmación era la resultante (provisional, sin duda) del carácter *prospectivo,* obligatorio, que todo juicio tiene en sociología histórica: «El sistema de estados modelado por los europeos no ha existido siempre. Y no pervivirá por siempre». De manera que, «hasta que otras formas desplacen al Estado nacional», ni la destrucción del estado que ejemplifica Líbano ni el refuerzo autoritario de Corea «pueden convenir». En definitiva, «realmente, la única respuesta sería desviar el inmenso poder del Estado nacional, apartándolo de la guerra hacia la creación de justicia, seguridad personal y democracia». Pero no existe, al parecer, receta destinada a lograr este fin: «Mi análisis no muestra cómo ha de lograrse semejante tarea ciclópea», él mismo reconoce. «Pero sí ha demostrado que la tarea es urgente.»

Por su parte, Norbert Elias había concluido, dos décadas atrás, su manual de *Sociología fundamental* preguntándose «hasta qué punto es posible someter las tensiones y conflictos no regulados e incontrolados entre los diferentes grupos humanos al control y a la regulación consciente por los hombres». Y, al contrario, «hasta qué punto es inevitable que estos conflictos y estas tensiones desemboquen en confrontaciones violentas, ya sea en el plano de las relaciones intraestatales en forma de revoluciones, o bien en el plano interestatal en forma de guerras»[467].

El esfuerzo de análisis emprendido desde la sociología histórica no parece, con todo, a estas alturas convencer fácilmente, a pesar de su alcance, a cuantos historiadores consideran la historia un arma para la *acción*. Para quienes, como Guy Hermet, se confiesan reacios a las grandes «metáforas organicistas» y a otros recursos retóricos comunes en la sociología histórica, enfrentarse a declaraciones tan rotundas como las susodichas exigía una valoración política y moral. Y ésta no podría, a su juicio, favorecer a los sociólogos: «la manzana de la discordia» consistía en que «el método histórico globalizador se opone al de la filosofía *normativa*», y en tanto que la segunda proporcionaría al ser humano normas para la acción, el método empleado por los sociólogos históricos tendería por el contrario a concebir la política de una manera *estática,* como una relación de fuerzas *permanente* y una especie de recomenzar sin fin, lo cual llevaría no sólo al pesimismo político sino, final e indefectiblemente, a inclinar a los actores sociales a la inacción[468]. Y los historiadores no podían permitirlo.

¿Pero quizá los sociólogos sí?, podríamos preguntarnos. Tomado de un texto de Barrington Moore, ya de finales de los años ochenta, es este fragmento: «Con el paso del tiempo comprobé que los sociólogos *no habían descubierto ninguna ley* ni ninguna constante que exigiera la misma aceptación que exigen las ciencias naturales. Sospechando que pudiera haber algún error en el esquema tradicional, me encaminé con cierto alivio hacia la investigación de tipo *político*, sugerida por el ambiente intelectual de Chicago. Este tipo de investigación exige exactamente el mismo grado de *objetividad,* imparcialidad y precisión que cualquier otra empresa intelectual en el análisis de los datos y en el razonamiento. Pero como se supone que de los análisis *causales* (que son los que más me interesan) van a salir *conceptos políticos* o incluso *morales,* este trabajo me resulta particularmente más atractivo. Hay investigadores muy buenos que detestan todo lo que huela a *pragmatismo,* política o moralidad. Los que no estamos de acuerdo con esta actitud, no debemos desdeñar ese tipo de intelectualidad. Más bien debemos buscar la luz que pueda contener, que a menudo es mucha»[469].

Desde la historiografía social (y en especial, desde el presupuesto cientifista del marxismo), algunos historiadores –como entre nosotros Julián Casanova– han discutido, directa o indirectamente, esos extremos morales y políticos, pero también las cuestiones de método, incluido el encaje entre la conceptualización utilizada por los sociólogos históricos y su aplicación empírica[470].

* * * * *

En cierto modo, prácticamente todos los campos de la sociología –o ejes sociológicos por excelencia– como son el *conflicto* (y los tipos de conflicto)[471] o la *modernización* (ligada al doble polo de las «ciudades» y la «movilización política»), así como los tópicos de la *sociología política* y la politología (la

democratización, sobre todo) han sido incorporados, más tarde o más temprano, al amplio repertorio de la sociología histórica. Esta amplitud ayudará a entender una parte de su rápido auge[472].

Su alcance recubría, en realidad, todo aquello de interés para la ciencia social y la política en los sistemas democráticos y en los procesos históricos de que devienen, no olvidándose los sistemas socio-políticos que forman parte intrínseca de las «desviaciones de la modernización»[473]. Éstas se entenderían como el despliegue erróneo de procesos de *racionalización* y *democratización*. En este orden de cosas, Tilly propone llamar «democracia» a un sistema político sólo si posee estos cuatro elementos: una ciudadanía *amplia,* una ciudadanía *igual,* la consulta *obligatoria* a los ciudadanos sobre las políticas y el personal del Estado, y la *protección* de los ciudadanos contra acciones arbitrarias de los agentes del Estado[474].

En confluencia con la historiografía neomarxista la *protesta* (o *acción colectiva*) también vendría a erigirse, bajo la forma de su aproximación sociológica, en un tema mayor: «Convertida en una creciente industria académica desde los años sesenta, la investigación sobre la protesta (pasada y presente) llena en estos momentos –escribía John B. Rule en 1988– una vasta literatura monográfica cuyo problema no es la escasez de hechos, sino el exceso de ellos»[475]. Siguiendo a Philip Abrams, ésta es la muestra de cómo la *sociología histórica* atiende extensamente a «la relación entre *acción humana,* personal o colectiva, y *organización* o estructura social, [entendida] como algo que *se construye* de forma continuada en el tiempo»[476]. No en vano en el muy útil manual de Abrams[477] se contienen informaciones amplias sobre *todas* las teorías sociológicas importantes y sobre sus desarrollos prácticos, desde la durkheimiana a la teoría de las generaciones de Karl Mannheim.

La vocación de superar la gran dicotomía de la teoría sociológica (la divisoria entre *acción* y *estructura*) se hace siempre presente en los estudios de sociología comparada, de manera que sus dos notas principales, el rescate del factor temporal y la consideración intencional, se muestran inseparables. Autores como Sztompka, Lloyd, Bryant y otros tantos habrían más tarde de apostar, en el campo de la ciencia social, por la *historización*[478] como un modo posible de afrontar la aporía: «Modos de explicación genéticos o históricos», escribía J. M. Bryant en 1994, «son, en consecuencia, indispensables para el análisis sociológico, dado que la temporalidad –no como una métrica homogénea, sino como una percepción cultural definida– proporciona uno de los marcos esenciales del significado para la acción social»[479].

Pero no son posiblemente aquella amplitud de objeto y ese inicio de la deriva *historicista* los factores que otorgan especial fortuna a la sociología histórica

durante aquel par de décadas. Sino que acaso influirá también su apertura a la divulgación, en momentos de cambio de tendencia. Una de las primeras razones de su gran difusión, en unos casos por aceptarse sin discusión sus planteamientos, y en otros por lanzar los propios historiadores el guante del debate científico, tiene que ver con su papel como herramienta útil, en historiografía, contra el dominio del estructuralismo[480].

Ir más allá de las descripciones empíricas para forzar la tensión *conceptualizadora* del discurso sin hacerlo inflexible pudo ser una de sus virtudes principales[481]. Pero también habría que ponderar su insistencia en reforzar el *Estado* como objeto de estudio[482], y el ocuparse, en relación con la estructura burocrática, de analizar en profundidad y extensión la *coerción* y la *violencia* políticas[483], temáticas de interés indudable para el historiador, para los que no existían hasta entonces estrategias oportunas. Rod Aya, Ted Gurr, Sidney Tarrow, P. Birnbaum y el propio Tilly son algunos de los autores más citados en esta perspectiva, oscilando su propia discusión entre el concepto de *violencia colectiva* y desarrollos varios del de *acción colectiva,* este último ya favorito de Mancur Olson en los años sesenta[484].

Como resume y sintetiza Rod Aya, para poder manejar la abundancia de datos referidos a ese tipo de hechos, la sociología histórica elabora *generalizaciones* y definiciones *terminológicas,* priorizadas de este modo: «Cualquier acción que la gente emprenda para alcanzar metas comunes es *acción colectiva*. Cualquier acción colectiva que se emprenda en contra de otra gente es *confrontación*. Y cualquier acción colectiva de confrontación que se emprenda para remediar injusticias es *protesta*». Además de lo anterior, «la protesta es *violenta* cuando inflige daño físico a personas o propiedades; es *popular* cuando implica como participantes a los desfavorecidos, y es *vigilante* cuando no es sancionada por la autoridad pública, tanto si es insurgente como resistente».

De esta manera, resultaría que la sociología histórica «estudia principalmente la *protesta violenta, popular* y *vigilante*, pese a que la mayoría de la protesta popular vigilante no es violenta, y la mayor parte de la protesta popular violenta está *autorizada* (incluso orquestada) desde el gobierno o desde la oposición». Así, centrándose más en las protestas *abiertas* que en las encubiertas (murmuraciones, absentismo o sabotaje), debido sobre todo a la dificultad de detectar estas últimas en las fuentes de las que se dispone (las mismas que han usado o usan los historiadores)[485], «los sociólogos históricos han producido una rica evidencia empírica sobre las acciones de protesta y las intenciones, capacidades y oportunidades de la gente que las lleva a cabo». Esa evidencia, concluye Aya, «refuta la teoría volcánica o del *big bang* de la protesta popular

como una erupción de la ira de las masas y confirma su explicación estratégica como "la política por otros medios"»[486].

El tipo de ejercicio comparado más divulgado en la pasada década, desde mediados de los ochenta en adelante –además de los que proceden de Tilly y su escuela–, es posiblemente el del inglés Michael Mann, de la London School of Economics y defensor de un esquema de desarrollo histórico centrado en el *poder autónomo* del Estado, al que entiende compuesto de un conjunto de mallas reticulares en constante interacción[487]. Diferenciándose de otros planteamientos comparativos a propósito de los Estados en la historia (que sólo incluyen los Estados occidentales)[488], y con un enfoque teórico más actual (que sin embargo recupera a Spencer y a otros «clásicos» que parecían olvidados), Mann pretende saltar sobre el sincretismo que le había sido tan caro a la sociología histórica norteamericana, superándolo, y se atreve a elaborar un fresco sociohistórico *todavía* mayor. El cual ofrece a los científicos sociales como resolución satisfactoria a sus escollos insalvables[489].

A la vez, la recuperación para el discurso sociológico de otro autor (antes marginado y después central) como es Norbert Elias, entra igualmente en esta operación reconstructiva de las ciencias sociales que busca su perdida raíz *historicista* y se atreve a emprender el viraje teórico que exige la operación. Como sabemos, el abandonar los planteamientos estáticos y estructuralistas para saltar hacia sus opuestos radicales, siempre con el objeto de iluminar el mundo social y sin perder de vista ninguno de los polos, lleva a recuperar forzosamente elementos ligados a la *experiencia* y la *comprensión*[490].

Quienes, como el propio Elias, se apoyan en conceptos «interrelacionales» (*configuración* e *incorporación,* entre otros) tenían posiblemente mucho camino andado para instalarse en el núcleo mismísimo de la nueva apariencia de la disciplina[491]. En su obra *Die hoefische Gesellschaft* (1969) Norbert Elias escribe: «En los debates usuales sobre el papel del hombre individual en la historia, se parte a veces del supuesto de que es inconciliable e inevitable la contraposición entre quienes, en la investigación de las relaciones históricas, concentran su atención en los «fenómenos individuales», y quienes atienden a los «fenómenos sociales». Pero esa antinomia es bastante irreal y sólo puede explicarse en el contexto de dos tradiciones político-filosóficas, de las cuales una considera la "sociedad" como algo extraindividual, y la otra considera al "individuo" como algo extrasocial. Como es obvio, ambas ideas son ficticias. La *sociedad cortesana* [éste es, por cierto, el objeto de su investigación] no es un fenómeno que exista fuera de los individuos que la forman; los individuos que la constituyen, ya sean reyes, ya ayudas de cámara, no existen fuera de la sociedad,

que integran unos con otros. El concepto de "configuración" sirve para expresar esta situación»[492].

Igualmente podría desarrollarse otro, el de *incorporación,* que vendría a dar cuenta de los procesos de socialización del cuerpo y serviría para fundar estudios amplios sobre hábitos y costumbres, sobre *comportamientos*. Un concepto de tipo sociocultural, evidentemente, que permite impostar su proyecto de estudio sobre el *proceso* de la civilización[493]. [De ahí el interés despertado por este autor, posteriormente, en la historia *de las mentalidades,* como podremos ver más adelante, su inicial validez en la conformación de una pretendida *antropología histórica* que, sin embargo, no iba a cuajar.]

Por otra parte –y aunque no sea frecuente hacerlo así–, bien puede contenerse en este mismo espacio de exposiciones *sociohistóricas* el intento del francés Maurice Agulhon, emprendido esta vez desde la historiografía, de construir una historia *de la sociabilidad*. Un intento que se verá impedido, sin embargo, por obstáculos fuertes hasta mediados de los años setenta, debido al alejamiento de los historiadores de la ciencia social, y viceversa: «Si todo el pasado es histórico –escribió Agulhon–, todos los métodos de abordaje y todas las disciplinas pueden hacerse históricas desde el momento en que se las aplique al pasado. La historia política puede incluir una "politología" histórica, la historia de las relaciones internacionales una "polemología" histórica, la historia de la vida material una etnología histórica, y así seguidamente. Para nuestro objeto, en consecuencia, [procede utilizar] la sociología histórica, y antes incluso la propia sociología»[494].

Proponiendo, por tanto, aplicar a la historia de Francia la misma «interacción» entre «la realidad social, productora de materiales de estudio» y la *teorización* sociológica que ya había existido en Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, Agulhon nos habla de «una dialéctica de préstamos recíprocos» en la que el sociólogo proporcionaría al historiador «nociones sociológicas que iluminan su investigación y le permiten proporcionar materiales». Tras de lo cual, con la integración de esos mismos materiales por el sociólogo, en el marco de su propia reflexión, se hallaría en condiciones de producir conceptos, y devolverlos –desde ahí– a la historia. En cualquier caso, Agulhon acompaña el proyecto de una llamada a la prudencia a los historiadores, que deberían ser cautelosos a la hora de tomar préstamos de la sociología. Y, sobre todo, lanza un rotundo aviso contra el *anacronismo*. Por muy cercanos que a la sociología pudieran, pues, sentirse historiadores como el que así se expresa, lo cierto es que hasta entonces sólo un número escaso de los sociólogos habían por su parte elegido algún historiador como guía o «modelo». [Por lo menos en Francia, si es que eludimos el recordar a Aron, debido a que en su caso la influencia es contraria, la del historicismo.]

Alguna excepción puede hallarse, con todo. A la sombra de Fernand Braudel crece el sociólogo norteamericano Inmanuel Wallerstein, creador de un concepto ambicioso y holístico que se hizo popular en los años setenta, el de *sistema mundial,* y un exponente de las diversas formas de abordar la relación entre historia y sociología que se han ido desplegando[495]. En una indisimulada perspectiva «macro» de doble inspiración, marxista y estructural, Wallerstein considera que el Estado moderno responde a las *necesidades* de la *expansión* capitalista. Sus críticos se mostraron unánimes ante lo que considerarían presunción excesiva: el modo de presentar los hechos, la ambición del conjunto abarcado por el análisis y su extensísima cronología, en fin, hacían imposible –protestaron– la verificación de las hipótesis[496].

* * * * *

Mas si decíamos antes que no siempre se acogió bien a la sociología histórica desde la historia (y ni siquiera desde la así llamada historia social), peor fue la suerte que experimentó ese tipo de estudios desde el propio escenario de la sociología, donde algunos enfoques seguían siendo prepotentes. Hubo quien apenas reprimió su disgusto por aquella intromisión en la disciplina de este ejercicio mixto. Kiser y Hetcher[497], por ejemplo, no acabarían de ver claro cuál era en realidad el estatuto de la sociología histórica, en tanto que Goldthorpe[498], desde su modo de hacer funcionalista, la encontraría demasiado *imprecisa* y de ambición desmesurada, ayuna de teoría a pesar de afrontar los objetos desde un enfoque «macro». Finalmente la veía colocada a la sombra de teorías sociales que estaban ya en desuso, acaso esclerotizadas[499]. [Frente a objeciones como éstas, hay que reconocer que el aprecio o rechazo de los historiadores era, seguramente, una cuestión menor.]

¿Se trataba de una «vieja disputa de familia», como se dijo invocando las diferencias «discursivas» o «textuales» existentes desde antiguo entre historia y sociología, entre ellas la cuestión temporal?[500] ¿Habría que intentar refundar otra vez el total…? Hay sin embargo –el propio Michael Hetcher– quienes abogan por no desandar el camino ya hecho, proponiendo de nuevo una mezcla de elementos de tipo estructural y otros procedentes del enfoque de la «elección racional», una vez que estas dos (y no otras cualesquiera) son las teorías que más han incidido en la propia deriva de la sociología histórica[501].

En la medida en que se ha ido diluyendo, en la última década, la tensión entre *historia* y *ciencia social*[502] ha ido perdiendo peso e interés, a su vez, la discusión de aquella otra alternativa: *historia social* o *sociología histórica*. Es difícil encontrar, alineados a un lado u otro, a quienes sostengan todavía que ambos saberes se confunden e identifican plenamente y que, como quiso Braudel siguiendo en su pretensión dominante a Durkheim, pero invirtiendo el peso

relativo, la sociología haya de integrarse en la historia para hacerla refulgir aún más.

Una de las opiniones más frecuentes, basada en discusiones metodológicas en torno a los avances de la *interpretación,* tiene que ver con la disminución de expectativas en cuanto a la capacidad *explicativa* de la sociología histórica: «A pesar de la contraofensiva de Theda Skocpol», escribía Bertrand Badie a principios de los años noventa, «ha quedado prácticamente demostrado que la sociología histórica no puede ya pretender ser *causal* y debe fundar de otro modo, y más modestamente, su ambición explicativa». Y añadía: «Heurística al menos, interpretativa y extensa a lo sumo, la sociología histórica analiza sociológicamente las historias: compararlas equivale entonces a mostrar su pluralidad, su modo de distinción e indicar, precisamente, *por qué no son reductibles a las mismas variables explicativas*». En cualquier caso, a pesar de las debilidades detectadas, entendía Badie que eran «muy ricas las potencialidades comparativas» de los enfoques existentes en sociología histórica[503].

Otros autores, como Philip McMichael –siguiendo a Sztompka–, entienden sin embargo que «la certeza y la legitimidad del método comparado» han ido perdiendo peso progresivamente en el mundo actual, con una tendencia a la «planetización» por una parte y por otra «a la desintegración y al pluralismo». La *situación cognoscitiva,* en palabras de Piotr Sztompka, quedaría invertida respecto a la que predominó en el siglo XIX y una parte del XX, de la afanosa búsqueda de elementos comunes puesto que se pasaría en cambio a «la preservación de los enclaves», a prestarle atención prioritaria a cuanto es (o parece ser) único, irreductible y *particular*[504].

También en este punto la puesta en juego y la elucubración ha ido abocando al campo de la lingüística y la semiótica, como sucede en otros terrenos. Es pues el territorio de los *lenguajes* en el que se ha intentado resolver el conflicto (falso conflicto, se vendría a decir) entre *análisis* y *narración,* el uno considerado propio de la sociología, la otra de la historia: «¿Qué supone *narrar*?», se pregunta R. Ramos. «¿Qué supone *explicar*? ¿Qué *relaciones* se anudan entre ambas estrategias discursivas? Estos interrogantes sólo empezarán a ser despejados cuando de la problemática unilateralmente epistemológica del conocimiento se pase a construir una más amplia y ecuménica, en la que se considere que los textos en los que el saber se materializa han de ser *construidos;* una vez construidos, han de ser *interpretados;* y, al ser interpretados, actúan sobre un mundo del que dicen *dar cuenta*, pero al que también *conforman*. La aislada torre de marfil de la epistemología tiene, pues, que reconstruirse en forma de una ciudad compleja en la que coexista su reina destronada, la Epistemología, con otros ciudadanos de carácter más civil: la Poética, la Hermenéutica y la Retórica.

Sólo a partir de este diálogo llegaremos a aclararnos sobre cómo argumentamos y en razón de qué criterios distinguimos la ciencia de otros saberes más mundanos. El crispado pero, al fin y al cabo, fructífero debate de la sociología y la historia necesita este marco de referencia»[505].

Más elementalmente, pero quizá con mayor eficacia práctica, una recomendación como la que hace G. Hermet, a favor de recuperar «lo que solía llamarse historia de las ideas», con tal de proporcionar exactitud y una más firme atribución de significados a los textos que emplea la sociología histórica, tiene todo interés. Porque, si es cierto que no es del todo imposible «que un lector de nuestra época aprehenda un significado en el contexto de otra época o compare textos cronológicamente bastante simultáneos, pero distantes en el espacio», entonces se impondría atender a los cambios de *sensibilidades* a lo largo del tiempo y escapar de las trampas de lo escrito. Ambas deberían ser tareas del sociólogo histórico, lo mismo que lo son ya indiscutiblemente del historiador[506].

A poner sobre el tapete estas cuestiones, y a tratar de ofrecerles algunas soluciones, se dedican las trayectorias historiográficas recientes, diversas todas ellas entre sí, pero sin duda alguna con puntos de contacto y vías de confluencia. Soluciones y trayectorias cuyo desglose pormenorizado constituirán ya ahora, a partir de aquí, el resto de los desarrollos y propuestas que se contengan en este libro.

Historia de las mentalidades

Durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX imperó en Francia una aproximación *macroestructural* en historiografía, siguiendo las pautas socioeconómicas de los maestros Labrousse y Braudel, que fue desplegada a partir de las disposiciones de la Sección VI de la *École Pratique des Hautes Études* y del *Institut d'Histoire Économique et Sociale* de la Sorbona. Los historiadores deberían ocuparse de las estructuras económico-sociales, de la articulación de las tendencias seculares con las coyunturas, de la reconstrucción de ciclos económicos, etc. Constituía aquél un amplio plan, un proyecto para el estudio del desarrollo *económico* y *social,* que a veces hacía desaparecer el «tiempo» de su análisis. Fue lo que alguien llamó *historia inmóvil*[507].

Al final de ese ciclo de predominio socioeconómico en el discurso histórico, los temas (que no el modo de tratarlos) habían variado sustancialmente, y se había pasado casi sin transición, de manera insensible, al estudio de la *cultura material* y las *mentalidades*. Las ciencias sociales que hasta ahí habían servido de referente a los historiadores franceses (la geografía, la economía o la sociología), dejaban paso a toda velocidad a la antropología, un género «difuso» del que se pretendía

obtener no tanto ya un respaldo teórico y metodológico como, en verdad, una expansión fructífera del repertorio de problemas, un conjunto de «objetos» para servir a la investigación. Al revés que la *unidad de método* hasta ahí procurada, la *nueva historia* (que así, una vez más, se la llamó) «reivindicaba la fecundidad de los enfoques y los sistemas de explicación plurales, así como la virtud heurística de la ambigüedad inscrita en la noción de mentalidad»[508]. No hablaba, por lo tanto, de la exactitud que arrojaban los números, ni de cómo éstos eran garantía de cientificidad.

Después de un par de décadas de realizaciones abundantes y un éxito indudable tanto en Francia como fuera de ella, la *historia de las mentalidades* («histoire des mentalités») entró sin embargo en declive antes de terminar la década de 1980. Al tratar de definirla en el libro colectivo *Faire de l'histoire,* en 1974, el medievalista Jacques Le Goff señalaba que, a su modo de ver, siendo un término *nuevo* (que, por cierto, había utilizado el novelista Proust), y representando un frente historiográfico pionero, constituía esa corriente una aproximación que mostraba indicios de ir, enseguida, a «pasarse de moda»[509]. Una década más tarde, casi inopinadamente, lo cierto es que la tendencia había provocado debates y discusiones altamente rentables, y que había desatado filias y fobias como ninguna otra corriente historiográfica. Ahora, de repente, parecía hallarse en crisis y desconcertada.

Cabía la duda de «si la expresión [*mentalité*] recubría una realidad científica», o si era suficientemente operativa su débil coherencia conceptual. Pero para cuando se tomó conciencia de esto, identificada como *Nouvelle Histoire* (ya con mayúsculas), no valía inscribir sus esfuerzos o valorar sus aportaciones y debilidades en el marco de ningún tipo de historia «en construcción» recién aparecida –ni mucho menos, articulada o sistemática–, sino que el conjunto de piezas que la componían había explotado por acumulación de objetos y de formas tras su expansión de dos décadas o más. A los más preocupados por el estatuto epistemológico de la historia eso les hizo hablar de «crisis». Y al menos una parte sustantiva de la escuela francesa, a raíz de ese punto, trató de resolver la situación acudiendo a una nueva *legitimación* de aquella «*historia* nueva» mediante una relectura, más apropiada, de los padres fundadores. El recurso a los cánones les otorga, aun provisionalmente, un nuevo entronque con los orígenes de la escuela, operación que, al tiempo que maquillaba defectos y escondía problemas, aspiraba a reforzar la tradición historiográfica y la *continuidad*.

Por muy interesante que pudiera resultarnos desde el punto de vista histórico-historiográfico, poco resolvería ahora, sin embargo, el recorrer analíticamente las distancias que, en su momento, separaron a Marc Bloch de Lucien Febvre (y más aún a G. Lefebvre y su estudio del *miedo,* por ejemplo), cuando hacían uso del

término *mentalité* en sus estudios[510]. Más significativo es ojear los catálogos de obras y de artículos que muestran a las claras que, en esta *nueva historia,* todo sirve de *fuente,* todo es aprovechable «desde los grandes textos clásicos revisitados, a los testamentos que nos abren los gestos de la muerte, desde las imágenes piadosas al registro civil antiguo que revela los secretos de las parejas, desde los procesos hasta los manuales de confesión», como resume bien Delumeau. Y que *todo,* asimismo, se convierte en *objeto* de investigación para el historiador, o puede convertirse.

Objetos que vienen a ser tratados –conviene recordarlo– alternando el preexistente *cuantitativismo,* tan caro a la escuela francesa hasta mediados de los años setenta, con el análisis de textos (literarios, jurídicos, sociocientíficos), de modo general. Desfilan por ahí los *sentimientos*[511] (el miedo y la culpa que estudia Delumeau) y las *emociones* (la risa)[512], aparecen las *representaciones,* los *saberes* y las *creencias* (el purgatorio, que historiará Le Goff), y toman cuerpo los sistemas de *relaciones* y de *valores* sociales (el amor, con Flandrin, o el matrimonio, la violencia y el honor). Pero también se considerarán las *edades* de la vida (la «invención» de la infancia, un capítulo donde Philippe Ariès es el autor más popular), o la articulación de lo *biológico* y lo *social* (las actitudes ante la *vida* o, más aún, ante la *muerte,* pero también la experiencia del *cuerpo*)[513].

A la altura de 1986, André Burguière reconocía que «podría prolongarse indefinidamente esta lista, que no deja de alargarse cada año»[514]. Para entonces se había completado ya en efecto, sobre todo en la historiografía francesa, esa gran transformación que, tomando en préstamo un concepto (abandonado a esas alturas por la moderna psicología: Blondel y Wallon lo habían usado en los años veinte, y un tanto trasnochado en etnología, donde en la década de 1910 lo utilizara Lévy-Bruhl para hablar de *mentalidades primitivas* e *inferiores*), lo había incorporado al territorio del historiador. Se partía del supuesto de que «cada mentalidad representa un esfuerzo gigantesco, a menudo obra de numerosas generaciones, para armonizar nuestras ideas y nuestros conocimientos entre ellos mismos»[515].

Las tendencias de esta línea de trabajo en la década de 1980 –a veces en coincidencia con otras influencias psicologizantes o sociologizantes– han ido conformando (y no sólo en Francia) una llamada *nueva historia cultural* que, en su fundamento e inspiración, debe mucho a la propia *historia de las mentalidades,* especialmente a las realizaciones que se hallan bajo la influencia de Foucault y su obsesión pesimista por la peor «jaula de hierro» (por las prisiones, por los hospitales o los asilos: lo que E. Goffman llamó «instituciones totales», con la absoluta negación de cualquier margen de libertad)[516]. Algunos de sus mecanismos e influencias podrán reconocerse también en el énfasis puesto

en los textos, la retórica y el lenguaje que exhiben ciertos esfuerzos de historia *cultural* que veremos en el capítulo correspondiente[517]. [En los Estados Unidos una parte de esa producción se halla ligada a la revista *Representations* y ciertos autores, como John Boswell por ejemplo, que han hecho un magno esfuerzo por contribuir, sobre fuentes escritas, a la historia de las relaciones conyugales, la reproducción y la vida íntima de la familia en las sociedades cristianas, así como a la historia de la homosexualidad[518].]

Pero es más importante de momento subrayar que en el *flujo* constante entre unos y otros referentes, en la labilidad de objetos y de métodos, se halla quizá la misma esencia de la historia de las mentalidades. La cual desde el principio sólo muestra, como único elemento común entre sus múltiples variantes, un rechazo tenaz de lo *socioeconómico,* sin apenas otro nexo evidente de unión. Lo político, cuando aparece explícito, cobra lógicamente otra dimensión que su acepción convencional.

Aquél sería acaso su mayor atractivo –como dice Le Goff–, la imprecisión: «*le je ne sais quoi* de l'histoire». Pero si el término de *mentalidad* recubre entero, como sugiere el medievalista, el «más allá de la historia» (refiriéndose con esta expresión a todo lo que no sea estricta base material), y si es cierto que a rescatarlo y a sacarlo a la luz se dedican los historiadores que estuvieron dispuestos a «ir más lejos» (de *esa base* material), también hay que decir que siguieron exactamente las mismas rutas que venían marcadas por el esfuerzo historiográfico anterior. Los *Annales* habían estudiado, efectivamente, idénticos temas (la vida y la muerte, sus procesos complejos sometidos al cómputo y la medición), vistos desde el balcón de la *demografía*. Nada tiene de extraño que, en un principio, la *historia de las mentalidades* volviera a sacar partido, a partir de la década de los sesenta, a los mismos objetos que hasta entonces habían cabido en la *demografía histórica,* y que además los renovara relanzando el debate académico con el medio exterior (en especial con la escuela británica, pero también con ciertas líneas de exploración histórica estadounidenses, que se avendrían a poner su granito especial de tendencias de la psicología, y sobre todo del psicoanálisis, al conjunto)[519].

«Lo sepan o no, las ciencias sociales tienen necesidad de la historia», escribía Jean-Louis Flandrin a principios de los años setenta, al reseñar una obra importante del inglés Peter Laslett, *The World we have lost* en su segunda edición. A aquellas alturas, la colaboración mayor de *las mentalidades,* como perspectiva sectorial de la historia, se producía con la demografía. En realidad, solo con ella se relacionaba, al decir de Flandrin, quien reconocía cuánto le era debido por la historia a este marco feliz de relación: «Digámoslo», el avance se ha dado «gracias a los demógrafos», que han sabido «tomar contacto con los

documentos antiguos». No sólo se había ensanchado la experiencia de historiadores y demógrafos, a su entender, sino que incluso el estatuto epistemológico de la historia parecía transformado. El inglés Laslett y su *Cambridge Group* lo habían comprendido así y, «en lugar de encerrarse en la estrecha problemática de los demógrafos, procurarían «evadirse de ella y transportar sus rigurosos métodos al campo más vasto de una sociología histórica»[520]. Ése era entonces, a juicio de Flandrin, el camino a seguir.

* * * * *

Como puede observarse, el giro de aproximación se había producido, pero la preocupación seguía siendo la misma: conseguir optimizar el procedimiento *generalizador* de la indagación, bien fuese en la historia o en cualquier otra disciplina social. En el esplendor reconocido a la historiografía de los años setenta habían tomado parte, y decisiva, el auge de los métodos cuantitativos y la confianza de los historiadores en el carácter *científico* de la historia. Poniendo su mirada en la sociología, la antropología o la psicología social, y sometiendo el producto resultante a la rejilla de la cuantificación (a veces con sofisticados procedimientos de análisis numérico y medición, con técnicas de correlación y regresión a la manera de la *historia económica*), apoyándose en la versatilidad de los conceptos de *«estructura»* y *«coyuntura»,* los historiadores de las mentalidades comenzarían trabajando igual, prácticamente, que los socioecónomicos, aunque –eso sí– *variando las preguntas* que harían a las fuentes (las cuales, por su parte, seguían siendo las mismas). Más tarde reforzarían la nueva orientación *cualitativa* y *antropológica* que, imperceptiblemente, en los años ochenta se fue imponiendo, casi de modo unánime y en toda su extensión.

Pero hasta llegarse ahí pasaría un cierto tiempo. Cercana pues a la antropología[521], a la psicología[522] y a la sociología[523], de donde tomaría sus «tópicos» u objetos de estudio *sin jerarquización* (sin una selección previa de un orden o taxonomía), tratando empecinadamente de alejar el fantasma de la *psicohistoria y del psicoanálisis* –además de la «tentación de los mitos históricos introducidos por la etnografía estructuralista», como dirá Vovelle–, la *historia de las mentalidades* se vería abocada en un primer momento al cuantitativismo, como una forma «natural» de seguir insertándose en la *historia serial.* Pero de ahí derivaría de modo igualmente fácil al cualitativismo.

Evidentemente, aquellos datos psicológicos o de conducta que se repetían en las fuentes –y que aparecían *constantes* para todo un grupo– podían, en principio, ser manejados de la misma manera que las magnitudes de carácter económico y social. Lo que no iba a hacerse sin embargo (y puede que ni siquiera se planteara nunca) era tratar de «resolver el problema mente-cuerpo» con una idea unívoca y

suficientemente clara «del uso que tienen los términos mentales en el lenguaje ordinario». Mucho menos todavía se abordaría la discusión «sobre el uso que tienen los términos correspondientes en el lenguaje de las teorías científicas»[524]. Ésa sería sin duda una limitación, pero una limitación notada *a posteriori.*

Al poner al descubierto una gran cantidad de datos a propósito de la *nupcialidad,* la *natalidad* o la *mortalidad,* no sólo se hicieron manifiestos diferentes modos de comportarse demográficamente las poblaciones antiguas, sino también cómo reaccionaban éstas ante las *condiciones en que se desarrollaba su vida,* cuáles eran sus emociones, cuáles sus sentimientos, y cuál una parte al menos (la colectiva o social) de su actividad mental. *Demografía* y *psicología histórica* podrían constituir así, a pesar de las dificultades inherentes, una cadena científico-social sin interrupción. Para Philippe Ariès, la segunda de esas maneras de utilizar los datos, la *psicologizante* (más intuitiva y nada cuantificadora, considerada en sí misma como una *antropología* sustantiva), podría explicar incluso la *realidad* original: «Las variaciones de la natalidad, de la longevidad, del reparto de densidades [demográficas], de los movimientos de población, tal como se han sucedido en el tiempo, nos aparecen como manifestaciones enumerables de los cambios más profundos y más secretos de la *mentalidad* humana, de la idea que el hombre se hace de sí mismo. Las estadísticas demográficas arrojan luz sobre la manera de vivir de los hombres, la concepción que tienen de ellos mismos, de su propio cuerpo, de su existencia familiar: *su actitud ante la vida*»[525].

Lo más frecuente sería, sin embargo, que los trabajos históricos fueran abordados en Francia dentro de un marco metodológico de impostación *estructural.* A través de las estadísticas se estudian las «estructuras» psíquicas, los contextos mentales que determinan *socialmente* los comportamientos *individuales* (cómo se emplea el *tiempo*, cómo se vive la *fiesta*[526], cómo se organiza el *recuerdo* o cómo se perpetúan los *rituales* colectivos). De este modo, los historiadores hablarían de *estructura mental* y de *visión colectiva del mundo* para «designar los rasgos coherentes y rigurosos de una totalidad psíquica que se impone a los contemporáneos sin que ellos lo sepan». Porque las *mentalidades* –dice Michel Vovelle– «remiten de manera privilegiada al recuerdo, a la memoria, a las formas de resistencia», en una palabra: «a la *fuerza de inercia de las estructuras mentales*». Ahí, «en estos recuerdos que resisten, [está] el tesoro de una identidad preservada, las estructuras intangibles y enraizadas, la expresión más auténtica de los temperamentos colectivos, en suma: lo más precioso»[527].

Obedeciendo a las exigencias del método estructural, esos comportamientos se analizarían obligatoriamente de manera *relacional.* Ningún factor puede ser

aislado como una variable independiente que pueda definir todas las demás. No en vano advirtió Le Goff, de nuevo en *Faire de l'histoire* (1974), que la historia *de las mentalidades,* aun presentando afinidades con la psicología social, «se acerca a la etnología» y «debe desdoblarse en una sociología». Para ello halla su salvación en «el método estructuralista», pero no en la fórmula psicologizante que aquel *«historien du dimanche»* –según él mismo se autodefinió–, que por mucho tiempo fue Philippe Ariès, andaba todavía proponiendo.

Sin embargo, observadores marxistas como el inglés Eric Hosbsbawm vendrían a negar la utilidad de andar buscando aleatoriamente estructuras *profundas* en la historia, y en especial, denunciaba «la búsqueda de la *conscience*» con un criterio, en verdad tan débil, de lo *relacional.* Así de directa y claramente iba a expresarlo: «Considero que el descubrimiento tardío de Freud en Francia, unos cuarenta años después que el resto del mundo [...], fue negativo, en la medida en que dirige la atención hacia el inconsciente o las estructuras profundas, y la distrae de la cohesión, no diré que "consciente" pero, en cualquier caso, lógica». Y además, insistía, «me parece que el problema de las mentalidades no es sencillamente el de descubrir que la gente es *diferente* y de qué manera lo es, y hacer que los lectores sientan la diferencia, [sino] encontrar una relación lógica entre varias formas de comportamiento, de pensamiento y de sentimiento, verlas como formas que *concuerdan* unas con otras»[528].

Desde un punto de vista formal, hay quien siéndole ajeno al procedimiento instrumental, considera que la *historia de las mentalidades* no corresponde realmente a un proyecto de escuela; si bien no sería esto, en un principio, una debilidad o merma de valor metodológico; ni siquiera parece motivo suficiente para rechazar su cohesión. Jean Bouvier, por su parte, opina que se trata más bien de un *«état d'esprit»* compartido, un conjunto de comportamientos ligados a amistades y connivencias profesionales, que en ciertos momentos llegaría a adoptar un aire de *fratría* decisivo[529]. Posiblemente hay razones para explicar la aparición de ese «estado de ánimo», poco coyunturales. En un país en que el *marxismo,* sin dejar de haber sido objeto de importante atención filosófica y politológica, no ha dado sin embargo lugar a una escuela *propia* de historiografía (aunque existan sin duda importantes historiadores marxistas), y en donde el *psicoanálisis* apenas ha dejado huella en el discurso histórico (al contrario de lo que sucede en los Estados Unidos), puede tener razón François Furet cuando opina que aquella corriente historiográfica, la de las *mentalidades,* opera como una especie de sucedáneo combinado (una receta «a la francesa») de marxismo y psicoanálisis. El uno le prestaría su aspiración holística, su afán generalizador y conceptualizante, por definición; el otro, le llevaría a ocuparse de las pulsiones y los sentimientos, del inconsciente y las formas del *yo*[530].

Esa doble influencia resultaría, no obstante, desde el punto de vista del método histórico, contradictoria, pues siendo el marxismo eminentemente *explicativo,* el otro marco teórico, el psicoanalítico y freudiano, exigiría en cambio la puesta en juego de la *comprensión:* «Para que sea concebible una historia psicoanalítica –escribe Besançon–, es preciso que la relación del historiador psicoanalista con el texto sea comparable a la establecida con el discurso de su paciente, al menos en lo que se refiere a la curiosidad y el deseo de comprender, puesto que no se trata de curar»[531]. He ahí, por cierto, puesto el dedo, desde la psicohistoria, en otra limitación.

* * * * *

Con una fundamentación *antropofilosófica* no siempre idéntica, aunque perfectamente compatible entre sí, el asunto de las *constantes* en la acción y en la condición humanas –la cuestión de las variables sociales *fijas* a la acción de los individuos, más allá de las culturas y a lo largo del tiempo– se había convertido, mientras duró el estructuralismo, en el centro fundamental de indagación. Bajo aquél, y con la aspiración de estar haciendo una *historia total,* quedarían subsumidas –prácticamente ocultas– las señas aparentes de todo género de particularidad[532].

Es así como el asunto de las *actitudes colectivas ante la muerte,* con más seguridad que ningún otro (y gracias a la riqueza de la documentación testamentaria y protocolar), se convierte en la práctica en un atractivo objeto de indagación histórica. Y así es también como la *historia de las mujeres* encontrará un espacio historiográfico que, antes de aquel entonces, era de hecho inexistente en Francia, y que recibiría finalmente un tratamiento excepcional merced a aquel vector que consigue establecer, en el centro mismísimo de los comportamientos y emociones, la *autopercepción del cuerpo femenino* y sus *transformaciones* a lo largo del ciclo vital.

Será también de esta manera como la Francia *campesina* –la importante presencia sociocultural de la Francia rural– deje expandir su «aroma» por la historiografía, logrando aquellos textos referidos a ella, contra todo pronóstico, un éxito imponente de lectores y adhesiones de público, originándose un fenómeno masivo de difusión mediática totalmente desconocido hasta aquel mismo punto[533].

Muy ligada desde su nacimiento a la *demografía histórica* y a sus métodos propios, la *historia de las mentalidades* se consagró en la práctica, quizá inconscientemente, a ampliar los hallazgos de aquella otra, mixta o mestiza, a su vez producto de la *historización* de la propia disciplina de la demografía. En sus límites cronológicos, en sus datos empíricos, en sus metodologías (cuantitativas primero, después ya no, o no exclusivamente), se van concretando las *nuevas preguntas* que los historiadores imaginan a partir de las fuentes.

La *demografía histórica* francesa debe mucho a la concepción «total» de lo histórico que tienen los *Annales,* y que desde luego incluye los comportamientos y maneras de relacionarse los grupos sociales entre sí. Pero esa inclusión remite necesariamente a campos disciplinares diferentes y, dentro de ellos, a sus varios enfoques. Aquello que pretendía convertirse en *etnohistoria* o *antropología histórica* –cercana a lo que hoy preferimos llamar *historia de la vida cotidiana*– no llegó nunca, sin embargo, a conseguir un estatuto propio. Coqueteando a veces con el psicoanális[534] (aunque sin conformar del todo una *psicohistoria*)[535], la mayoría de los historiadores que habían abandonado la historia serial de fundamentación socioeconómica irían acudiendo, bien sucesiva o complementariamente, a la antropología, a la filología, a la iconografía, a la literatura o a la musicología.

Pero también comenzarían a lanzar una nueva mirada *(política)* a la documentación judicial y policial, a partir de cierto momento cribada casi siempre a través del cedazo de Foucault, muy aplaudido entre historiadores como J. P. Peter, J. Gélis o G. Charuty. Jacques Revel nos alerta, sin embargo, acerca de las diferencias epistemológicas que hay entre Lucien Febvre y Michel Foucault.

Allí donde el primero de ellos esperaba trazar, algún día, la «historia de las formas de percepción», el segundo plantea que «los regímenes de visibilidad no conducen hacia una historia de la sensibilidad, sino que reenvían a una articulación original, datada, entre lo que se ve y lo que se enuncia», y que por lo tanto nos reconducen hasta el nacimiento de una especie de «lenguaje de las cosas»[536]. Un cambio de horizontes que, sin embargo, no sería tomado como obstáculo sino, una vez más, como enriquecimiento.

¿Dónde quedaba, pues, el estudio del *cambio* en este tipo de historia? Era un hecho probado que los padres fundadores de la escuela francesa no habían descartado el estudio del cambio: «La mentalidad de los hombres más cultos de finales del siglo XVI o de principios del XVII –escribió Lucien Febvre– tiene que haber cambiado, y radicalmente, respecto a la mentalidad de los hombres más cultos de nuestro tiempo. Entre ellos y nosotros *tienen que haberse sucedido* revoluciones»[537]. Para Michel Vovelle, que combina el marxismo con el análisis de los procesos mentales, la historia de las mentalidades podría dar cabida a un mayor *movimiento* en la historia, en general, haciendo hueco en ella para los mecanismos del «cambio» y de la «acción». A ello se llegaría a través del concepto de *imaginario colectivo,* el cual –frente a los propios del estructuralismo– estaría dotado de movilidad, de gran capacidad de creación e innovación. Ver cómo se *desplazan,* transformándose, los imaginarios colectivos, sería así el proyecto más adecuado para el historiador. En el caso concreto de Vovelle, serían precisamente las actitudes ante la *muerte,* la *descristianización* y la *mentalidad revolucionaria* los objetos de estudio prioritariamente merecedores de atención.

Los cambios trascendentes e irreversibles (las *revoluciones*) quedarán definidas no ya como *acontecimientos* en sí mismos, sino como «ondas de innovaciones» que se propagan de un punto a otro, multiplicándose en espacios –no necesariamente contiguos– que se someten a *comparación*. Desde esta perspectiva, la *historia de las mentalidades* se ofrece en competencia a la *sociología histórica,* de la cual toma algunos elementos, y a la cual proporciona a su vez un material empírico fundamental. Sobre la *revolución francesa* han ido convergiendo, como era de esperar, muchos de los experimentos más interesantes de este abordaje, que ha reconducido a sus autores, subsidiariamente, hasta la preocupación por la «textualidad», la cual viene introducida desde el debate con la historiografía estadounidense de la *historia cultural*. Por ejemplo, la norteamericana Lynn Hunt examinó la «poética» de la revolución[538] mientras Furet daba su seguro viraje hacia el análisis del discurso político[539]. Y la «gran matanza de los gatos» que interpretó abiertamente Robert Darnton se ha

convertido en un *acontecimiento* historiográfico principal de esta constelación[540].

Recordaré no obstante, antes de seguir, que a veces es difícil diferenciar la etiqueta de *«mentalidad»* de la marca global de los *«Annales»,* y sobre todo lo es a partir del momento en que sus miembros se identifican sólo como partícipes de una *«Nouvelle Histoire»* esponjosa y expandida, sin más definición. En cualquier caso, su práctica encaja cronológicamente con la que algunos comentaristas llaman «segunda generación de *los Annales*»[541]. A partir de ahí, historiadores como Roger Chartier identificarán la *«historia de las mentalidades»* con la *«historia cultural»,* siempre que ésta se defina a su vez «contra la tradición de la historia de las ideas», y siempre que privilegie como objeto «los valores, las formas, los signos compartidos, y no la creación intelectual individual». Dicho de otra manera, valdrá la identificación entre ambas etiquetas (historia de las mentalidades e historia cultural) siempre que un determinado estudio de esta índole, dice Chartier, «considere el contenido impersonal y automático de los pensamientos comunes y no las producciones voluntarias y singulares», y siempre que «deje a un lado la intelectualidad pura a favor de las categorías psicológicas fundamentales que estructuran percepciones, sensibilidades y comportamientos»[542].

Pero este tipo de apreciaciones contextualizadoras corresponden ya a un posterior periodo (finales de la década de 1980 y principios de los noventa), en el que iba a tratarse de reajustar el orden de prioridades de la historiografía en Francia, eligiendo poner en primer plano la cuestión de las *identidades* y los *lazos sociales,* y reforzando con ello las perspectivas *interrelacional* y *representacional.* Tal cosa se hacía también, como el resto de las operaciones previas de definición de la escuela, desde la revista *Annales:* «A una historia de las mentalidades entendida de manera demasiado estricta –escribió Bernard Lepetit en un decisivo editorial–, se trataba de recordarle que los hombres no solamente *están* en el mundo, sino que están *entre ellos*, y que no se puede considerar que vivan en un universo de representaciones indiferente a las situaciones en las que aquéllas se ven activadas»[543].

* * * * *

Abordada desde fuera, la historia de las mentalidades es, en principio, *una forma particularizada* (con fuertes influencias de la psicología y la antropología) de «historia social». Por lo tanto, es un tipo de discurso historiográfico que no trata de hacer de la política (al menos entendida de modo convencional) su objeto de atención. Y que, al presentarse como alternativa a los modos y usos de la propia historia política, aspira a convertirse en una manera *hegemónica* de hacer historia, posiblemente la mejor y principal. Aspirarían ya a conseguirlo Marc

Bloch y Lucien Febvre: de modo que *Los reyes taumaturgos* es, a este objeto, la obra emblemática del primero; y, a su vez, el segundo estudió a *Rabelais* y su *representativa* forma de entender la ausencia de creencias religiosas, un hecho sorprendente en un mundo hondamente sacralizado.

Es cierto, por lo tanto, que los «padres fundadores» de *Annales* no entendían la *historia de las mentalidades* como un capítulo de la historiografía o como una especie de historia *sectorial,* sino como una forma de revolucionar el campo entero de la disciplina histórica, de proceder a la *crítica de la razón*. Lo cual suponía convertir a esta historia de los comportamientos y el espíritu en *«el nudo de cualquier explicación histórica»* valedera[544]. Quienes les sucedieron, sin embargo, con sus prácticas historiográficas socioeconómicas y sus declaraciones posteriores –bien sea eclécticas o claramente a favor de la base material–, contribuyeron poco a mantener la idea original, y la sustituyeron, sin decirlo, por otro tipo de marco historiográfico, el cual iba a perdurar durante un par de décadas.

En los años en que el medievalista Georges Duby recordaba la primitiva propuesta de Bloch, la década de 1970, hay otro texto (que en principio parece contradictorio, y cuya incidencia práctica fue sin duda mayor) que proponía compartir el análisis de *realidades psíquicas* con las *económicas:* «Para comprender la organización de las sociedades humanas –decía Duby– y para discernir las fuerzas que las hacen evolucionar, es necesario prestar una atención similar [que a los fenómenos socioeconómicos y materiales] a los fenómenos *mentales*». Porque su «intervención tiene, sin duda alguna, un carácter tan *determinante*» como aquéllos. «Pues los hombres no regulan su conducta en *función* de su situación real –añade el medievalista Duby–, sino de la *imagen* que de ésta tienen, imagen que jamás es un fiel *reflejo* de la *realidad*». La conducta, por tanto, vendría orientada por un sistema de valores dado, y sería el «fruto de una cultura determinada»[545].

Como concepto estructural y antropológico, es el *imaginario colectivo* el que reúne todas sus posibilidades de expresión. El *«imaginario»,* como resume Lucian Boia, está «omnipresente», lo engloba todo y se resiste a cualquier clasificación convencional: «El imaginario de una sociedad es global y coherente; sus pulsiones se manifiestan en todos los compartimentos de la vida histórica». O, de otra manera: «El mismo tema vuelve a encontrarse por todas partes» y, por lo tanto, «¿cómo limitar, por ejemplo, lo sagrado a la esfera exclusiva de la religión?»[546].

No existe una definición, sencilla y unívoca, del procedimiento metodológico utilizado en historia de las mentalidades que pueda ser aceptada por todos, sin plantearle objeciones. La tendencia primera, viéndola desde fuera del ámbito

cerrado en el que se gestó –por ejemplo, desde el mundo académico americano, que tan buena acogida le brindó–, llegó a considerarla una *historia intelectual de los no-intelectuales*. Pero otras definiciones, más comprensivas, hacen quizá mayor justicia a lo que realmente ha ofrecido esta corriente (llamada muchas veces «escuela francesa» metonímicamente, en el mundo anglosajón) durante más de cuarenta años de desarrollo y más que optimista elaboración[547].

Refiriéndose especialmente a sus productos más divulgados desde que alcanzó éxito, a principios de la década de 1960, Robert Mandrou la definía en la *Encyclopaedia Universalis*[548] como una forma de interpretar *las visiones del mundo,* que tendría por objeto «la reconstrucción de los comportamientos, de las expresiones y de los silencios que traducen las concepciones del mundo y las sensibilidades colectivas; representaciones e imágenes, mitos y valores reconocidos por los grupos o por la sociedad global, y que constituyen los contenidos de las psicologías colectivas». Ante todo, por tanto, se subraya la tensión antropológica que subyace al intento, pero también su carácter *colectivo* o grupal. Lo cual convierte a «las mentalidades» en una forma de historia social: «La mentalidad de un individuo, incluso aunque se trate de un gran hombre –insistía Jacques Le Goff–, consiste exactamente en *eso que tiene en común* con otros hombres de su tiempo»[549].

No puede, sin embargo, asimilársela sin más al subgénero de «historia cultural» *more extenso*, ni siquiera a las formas más generalizadas de *historia sociocultural* (una etiqueta bajo la que cabe albergar muchos productos). Sí es patente, en cambio, su aportación a una *historia de la cultura* de base eminentemente antropológica. Lo que deberá quedar, obligatoriamente, fuera de la amalgama que «las mentalidades» representan es aquella otra fórmula –más rígida e inflexible– de *historia de las ideas,* si bien no necesariamente el resto de las formas de *historia intelectual* atentas al papel del «contexto» sociocultural[550].

Su campo de aplicación se aproxima también a la *historia de la vida cotidiana:* «El nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y lo automático, el de lo que escapa a los sujetos individuales de la historia, en cuanto revelador del contenido impersonal de su pensamiento». Unas veces referida al análisis y consideración de ciertos elementos psicológicos del comportamiento colectivo, y otras centrada sobre las condiciones materiales de la existencia de los grupos o comunidades, sería pues finalmente, esta *historia de las mentalidades,* «la historia de los comportamientos a través de los cuales se define el hombre en su totalidad». [La generalización que subyace a ese intento sincrético responde aún al diseño holístico de los *Annales* en su época de mayor esplendor.]

En este punto es de obligada mención la influencia del sociólogo alemán Norbert Elias[551], tardía pero potente, y que incide directamente en la

elaboración temática y en la ampliación del repertorio existente. «Descubierto» en Francia a principios de los años setenta, Elias había publicado en 1936 un libro extraordinario que sin embargo pasó casi desapercibido, *Über den Prozess der Zivilisation*[552]. El objeto del mismo eran las «formas de comportamiento que se consideran típicas del hombre civilizado occidental», formas que habrían ido cambiando visiblemente con el tiempo. Elias repasa en él «la estructura de los temores producidos por la vergüenza y el pudor», temores que a su juicio tendrían un papel decisivo en el denominado *proceso de civilización*. Considerándose a sí mismo desbrozador de un campo de estudio nuevo en la sociología posweberiana, optaría en aquel prolijo escrito por la inicial recuperación de materiales (datos empíricos), posponiendo para más adelante la construcción de una *teoría general de la civilización,* nunca finalizada.

Presentándose como *la otra cara* del psicoanálisis, N. Elias sostiene que «la racionalización de los contenidos de la propia conciencia, así como los cambios estructurales de las funciones del yo y del super-yo, resultarán difícilmente comprensibles para la reflexión posterior en tanto [...] la investigación se limite a los contenidos de la conciencia y a las formas del yo y del super-yo, con ignorancia del cambio correspondiente de las estructuras afectivas e impulsivas. Solamente se alcanza una comprensión verdadera de la historia de las ideas y de los pensamientos», dice, «cuando, además del cambio de las relaciones interhumanas, se estudia la estructura del comportamiento, el entramado de la estructura espiritual en su conjunto»[553]. No obstante, una propuesta de tal magnitud permaneció inactiva, no recogida por la discusión sociológica hasta que, casi treinta años más tarde la retomaron los historiadores de las mentalidades. Y de ahí pasaría también, dando un rodeo, a la *nueva* sociología, la que retorna a Weber y a Georg Simmel tras rechazar a Parsons, y de la que algo hubimos de mencionar más arriba, al hablar de la sociología histórica.

En cierto modo, el camino que lleva al éxito logrado por Elias entre los componentes de la escuela francesa había sido desbrozado ya por Ariès y Foucault, por más que el alemán hiciera el recorrido décadas antes, en solitario, sin que ellos lo supieran. Los conceptos de *sociogénesis* y *psicogénesis* que acuña Norbert Elias vienen a refrescar un antiguo problema filosófico de las ciencias sociales (y morales también, por descontado), el de la constricción social y el margen de libertad que posee el individuo. Ofrecen una fórmula para pasar del estructuralismo a los problemas propios de las *mentalidades* y abordar el conflicto entre lo general y lo particular, fórmula que parece satisfactoria a principios de los años setenta: «Creo que una de las claves de la recepción del pensamiento de Elias –opina la modernista Arlette Farge– reside en que aportaba

una *modelización* susceptible de ser integrada en el conjunto de las disciplinas, en un periodo en el que las modelizaciones aparecían bajo sospecha»[554].

La modelización de Elias no está cerrada además, en efecto, sino que permaneciendo abierta y flexible, sensible a los cambios y al tiempo, de modo que resultaría idónea para iniciar la sustitución operativa del entramado de las estructuras, resquebrajadas ya. Ciertamente, sus conceptos son de tipo sociológico *(configuración, interdependencia, modelo relacional),* pero sus objetos son siempre históricos[555]. Así lo muestran los temas de la *corte*[556] o el deporte del *fútbol*[557], en los cuales rastrea Elias *cuándo* y *cómo* se produce la reglamentación de la vida social, cómo tiene lugar la *interiorización* de las reglas sociales por los componentes de un grupo (la *civilización*)[558] no siendo que éstos compartan siempre el mismo *habitus*[559] (como diría Bourdieu, o *economía psíquica,* como él prefiere denominarla). [Recordemos, a este propósito, que Pierre Bourdieu definía el *habitus* «como un sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes– que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento, y que él contribuye a producir».]

Elias, en este punto (utilizando fuentes literarias o de historia intelectual como son Gracián, La Rochefoucauld, La Bruyère y Saint-Simon), resulta ser para los historiadores menos rígido que Bourdieu[560], pero sin hacerse partidario de las teorías de *la acción:* «No fue simplemente la voluntad de los cortesanos la que vinculó a éstos y los mantuvo unidos en la corte –escribe–, ni la que tras los padres y las madres reuniría a los hijos y a las hijas. Tampoco fue la ocurrencia genial de un individuo concreto, digamos un rey [...], [sino que la *corte*] fue expresión de una constelación social completamente determinada, de hombres recíprocamente enlazados que, de ninguna manera, un individuo cualquiera o un solo grupo de individuos había proyectado, querido o enlazado»[561].

En cuanto al interés del sociólogo Elias por el juego del fútbol, obedecía al mismo proyecto, nos informa: tratar de superar la oposición entre *sociedad* e *individuo*[562]. Las teorías sociológicas –advierte– parten regularmente de esa dicotomía, como si los «fenómenos sociales» fueran de hecho algo externo a los individuos, algo *irreal.* Como modelo a pequeña escala, el fútbol habría de permitirle al científico social demostrar que las *configuraciones* de los individuos no son ni más ni menos reales que los propios individuos que las forman[563].

Con todo, y a pesar de la opinión de Arlette Farge acerca de la versatilidad del modo teórico de proceder de Elias y su adecuación al *momento* historiográfico, son mayoría quienes opinan que, con todo, de su obra interesaba más a los

historiadores la parte correspondiente a la aportación empírica que la teoría misma, la cual aparecía expurgada incluso en las primeras ediciones en francés de alguno de sus libros. De hecho, avalado por Furet y Le Roy Ladurie, *La civilisation des mœurs* (1973) enlazaba con el concepto de Foucault de *revolución mental*: el paso a un nuevo régimen de racionalidad –a otra episteme–, que instalaría un espíritu de disciplina y organización tanto en el cuerpo social como en el individuo.

También Ariès había hablado de ese proceso «constructivo» y «represivo» inseparable a la vida social, del mecanismo que *transforma* la sociedad desde su interior mediante la incorporación de normas de comportamiento que obstaculizan las pulsiones, en beneficio de conductas estratégicas y de anticipación. La *pacificación* y el refuerzo de la *cohesión* de las relaciones sociales, en cualquier caso, no descansarían simplemente en la eficacia intelectual de las nuevas reglas impuestas por el *proceso de civilización,* sino sobre la angustia –reprimida en los individuos– que, desde el Renacimiento, llevaría anejo el sentimiento de *pudor;* un sentimiento «nuevo», según Elias, que se vería impostado desde aquella época (pero no antes) en el centro mismísimo de las relaciones *gestuales,* en el modo de presentarse el individuo ante *los otros*[564]. En convergencia con otras preocupaciones recientes de la antropología en torno al cuerpo (un problema *teórico* que no siempre habría existido como tal)[565], ésa del descubrimiento del pudor parece ser su más difundida (y también discutida) aportación.

* * * * *

La ambición totalizadora de la corriente –a la vez «coleccionista» de temas y de datos–, junto a la ambigüedad de los procedimientos empleados, permitiría reagrupar seguramente a los autores *de las mentalidades* (ya fuese en diacronía o en sincronía) bajo otras etiquetas, introducirlos como intercambiables en otros parámetros de clasificación. Algunos de ellos (o algunas de sus obras, podría decirse mejor) encajarían en una *«historia de la cultura centrada en las elites»,* si no sencillamente en la «historia social» *tout court,* en una variante poco atenta al conflicto y más bien estática, o incluso en una *historia social del arte* que pudiera hacer de las imágenes su centro de atención y su cantera de fuentes a explotar[566].

Pocas veces, en cambio, se pondrá en juego la fuente literaria, debido a la persistencia del antagonismo entre testimonio *individual* (con su autoría diferenciada) e imagen *colectiva* (de autoría plural), antagonismo poco a poco diluido[567]. La mayoría de los estudios, con todo, entran dentro del marco de una amplia *«historia de la cultura popular»* de la que absorben para *las mentalidades,* casi vampirizándolos, temas como el *carnaval* o las *fiestas*

religiosas. Ya avanzados los años ochenta del siglo XX, una parte de las realizaciones emparenta con la «microhistoria», según las pautas de la revista *Quaderni Storici*. En plena década de los ochenta también, conecta con los nuevos estudios sobre las *emociones*, con cierta base fisiológica o psicológica[568] y, hasta donde le es lícito, se acerca incluso a una (renovada) *historia intelectual,* como puso de relieve R. Chartier[569].

El libro y la lectura como objeto de tratamiento historiográfico, a través de instrumentos conceptuales como son los de *práctica* y *representación* del propio Chartier, muestra la evolución de aquellos planteamientos y sus resortes fijos. Indica este autor que «las obras, incluso las más grandes –o sobre todo ellas– no tienen un sentido estable, universal, estático», sino que están investidas de significaciones *plurales* y *móviles* que se construyen en el encuentro entre una *proposición* y una *recepción,* de manera que *«dependiendo de los públicos, cambian los significados»*. Y que, a pesar de que los creadores, los poderes y los «clérigos», aspiran siempre, en toda sociedad letrada, a fijar el sentido y a enunciar la interpretación *correcta* que debería asumir una lectura (o una *mirada*), siempre sucede que «la recepción inventa, desplaza, distorsiona».

De esta manera, «producidas en un orden específico que posee sus reglas, sus convenciones y sus jerarquías, las obras *escapan* de ellas y toman densidad peregrinando, a veces en la *larga duración,* a través del mundo social». A la inversa, toda creación lleva en su forma también las huellas de las *reglas* que la informan, las huellas de su *dependencia* original frente al ejercicio del poder[570].

A la altura de 1979, decía Philippe Ariès que esta fórmula historiográfica que nos ocupa –un campo de *intereses* y *sensibilidad* heterogéneos, más que un enfoque historiográfico propiamente dicho–, había pasado de ser «una historia de las culturas o del pensamiento ilustrado (sic) al dominio más secreto de las actitudes colectivas, que se expresan en actos, en gestos o simplemente en sueños, reflejos inconscientes de representaciones arraigadas». Pero *«¿qué es el inconsciente colectivo?»,* se preguntaba a su vez el propio Ariès en su contribución al diccionario temático *Nouvelle Histoire,* para venir a responder: «Sin duda resultaría mejor decir el *no-consciente* colectivo. Colectivo: común a toda una sociedad en cierto momento. No-consciente: mal o nada percibido en absoluto por los contemporáneos, porque de suyo forma parte de los datos inmutables de la naturaleza, ideas recibidas o ideas en el aire, lugares comunes, códigos de conveniencia y de moral, conformismos o prohibiciones, expresiones admitidas, impuestas o excluidas de sentimientos y fantasmas».

Profundamente *regionalizada* de hecho, compartimentada geográficamente y reducida a una escala local, la cual no se propone trascender, ni puede, la historia

de las *mentalidades* sacrifica (al menos hasta un tiempo muy reciente, del que se hablará después) tanto la escala *nacional,* que dejará como reducto propio de la historia «tradicional» y política, como la escala *micro*, tan conveniente al trato cuidadoso de lo *particular*. En ambos casos, en virtud del mismo fundamento, resulta descartado lo *excepcional*. Una vez alejado el historiador del *acontecimiento*, primaría la búsqueda de lo *común* y *familiar,* de lo *cotidiano* y *permanente,* pero también –como sucede en la antropología y el psicoanálisis– se privilegiaría lo *oculto* y lo *no expresado*, los *silencios*…

Importa destacar, a este respecto, el trasfondo estructural: «De los estructuralistas aprendimos a prestar atención a lo que no se dice, a las preguntas y respuestas alternativas, al a menudo preterido y, sin embargo, posible y significativo silencio», escribe Alessandro Duranti desde la antropología lingüística. «Cuando pensamos sobre lo que se dice en oposición a lo que no se dice, establecemos un fondo contra el que evaluamos lo hecho»[571].

Sin embargo, en las nociones de *inconsciente colectivo* e *imaginario colectivo* manejadas por los historiadores de las mentalidades –como observa Vovelle al comentar la obra de su colega Ariès–, no aparece contenido, como había derecho a esperar, el sistema psicológico de Jung [nadie habla, por supuesto, de Lacan], ni siquiera escondido en lo más hondo. Pretendiendo que la noción utilizada sea «mucho más empírica», no se argumenta sin embargo cómo es que «la aventura mental colectiva» haya de obedecer a «sus ritmos y causalidades propias». De ahí propondrá Vovelle una redefinición de la *historia de las mentalidades,* a tal punto que fuese capaz de reintroducir la *ideología* en su análisis. Hacer la historia de aquéllas sería, entonces, el «estudio de las mediaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y el modo en el que la cuentan, e incluso en que la viven». En cualquier caso, ello haría de la *historia de las mentalidades* la punta misma de la *historia social.*

La plasticidad metodológica de este proceder es por lo tanto –puede pensarse que de manera necesaria– casi «infinita»[572], puesto que lo mismo se aplica a estudiar la oposición entre consciente e inconsciente que, más convencionalmente, atiende al escalonamiento de la actividad psíquica e intelectual en distintos niveles de cultura. Pocas veces se hacen cargo los autores –ni siquiera de modo heterodoxo– de la teoría freudiana, pero tampoco suelen reparar en lo que Gilbert Ryle había llamado, al hablar del espejismo del coeficiente de probabilidad, el «error de las categorías» (es decir, la tentación de constituir mentalidades colectivas a partir del *individuo-cociente*)[573]. Eso sí, se acercan cada vez con mayor interés al estudio de todo tipo de mecanismos o de procedimientos (ya sean subjetivos u objetivos) relacionados con la *producción*

de la cultura (no tanto todavía, en la fase inicial del giro emprendido, con su consumo)[574].

En relación con la producción cultural, hay que decir aún que, estando todavía en la fase de auge estructuralista, había hecho su aparición una *historia de la cultura material* que pronto se integró en la *historia de la vida cotidiana* (denominada preferentemente de *«la vida privada»* en Francia)[575], y que fue muy exitosa en su captura de un público lector no especializado. Con una buena conexión con la producción anglosajona, se añadió al apartado de los enfoques etno-antropológicos sobre *cultura popular,* y lo desbordó. Las tres modalidades genéricas hasta aquí presentadas, es ocioso decirlo, resultan entre sí mucho más enredadas e implicadas, no obstante, de lo que sus propios promotores quisieran aceptar. Y se han ido mezclando, con el correr del tiempo, también con algún otro tipo de influencias foráneas –nuevas o viejas–, ya sean de orden literario o estético[576].

Parte de esos contactos historiográficos, que han ido derivando en enfoques mezclados a partir de la crítica inicial, tiene que ver con las diversas discusiones puestas en pie por los temas y objetos propios de las *mentalidades*. En razón de la elección *cliométrica* que se impuso a partir de los años sesenta –descartando aquellas otras modalidades *cualitativas* que ya habían sido ensayadas por Febvre o por Bloch–, las críticas más severas a la «diferencia» pretendida por la *historia de las mentalidades* procedían, en principio, de la periferia del contexto académico francés, y no en cambio de los historiadores de fundamentación *socioeconómica,* partidarios de aquello que Stone llamó equívocamente el «modelo ecológico». Más que nada, no obstante, se ve el rechazo de historiadores como Elton, que ostentan con orgullo la denominación de «tradicionales». De esta manera, *Menarche or Monarchy?* –la pregunta tópica de los historiadores *tradicionalistas* al preguntarse qué historia era mejor, o cuál más relevante–, no era un juego de letras ingenioso y de dudoso gusto, sino una (no disfrazada forma masculina) de articular la discusión metodológica, e incluso, aún más que esto, una forma simplificadora de plantear la inestable cuestión del estatuto de la historia[577].

Como era previsible, ocuparía un primer plano en aquella crítica el rechazo a la vocación cliométrica: «Acepto la posibilidad –había escrito Elton– de que la historia científica pueda definir una *matriz*, un complejo de convenciones dentro del cual el pensamiento individual operase de manera más satisfactoria de lo que puede hacerse por impresiones no cuantificadas, pero yo expresaré dos importantes reservas». Eran tales los presuntos errores contenidos en las abstracciones estadísticas, primero –«pues identifican al pensamiento a partir de

productos no expresamente propuestos para describir ideas»–, y segundo, la imposibilidad de acceder a la mente individual.

De manera que «la abstracción y la cuantificación conduc[irían] a exagerar las propiedades comunes en las ideas derivadas de los productos, sesgo que atribuye más peso del que merecen a cosas tales como la convención establecida y el simbolismo muerto, a la vez que pasan por alto las diferencias, a menudo mucho más interesantes e importantes. Las ideas y las ideologías pueden tolerar el ser borradas bastante menos que las actividades económicas: hacerles esto es distorsionar la realidad. El tratamiento cliométrico de esta zona de la experiencia humana crea estereotipos en lugar de individuos verdaderos»[578]. Este tipo de críticas no se entendió, por muchos, carente de razón.

Más concreta es la réplica «interna» al método empleado que hace, por ejemplo, Alain Boureau[579], desde una perspectiva mixtilínea. Dejando entrar al *acontecimiento,* halla dos tipos de limitaciones en la *historia de las mentalidades,* en su conjunto: la de hacer pasar la abstracción individual por una forma «compartida» de la individualidad, que sería transferida desde las elites a las masas, y a la inversa, la de proceder sin mayor cautela, con más frecuencia aún. La manera de relacionar el todo con las partes fallaría, en cualquier caso, «a la hora de describir y analizar una *mentalidad general,* colectiva, entendida como asunción existencial de la historicidad, y sin salir de un planteamiento nominal». Más apropiado encontraría Boureau el tratamiento de lo *excepcional-normal,* a la manera de Edoardo Grendi, un proceder que reaparecerán al recoger las estrategias de la *microhistoria*[580].

François Furet, desengañado del procedimiento serial del que había sido antes ardiente defensor –y más cercano cada vez a una «historia de las ideas» tradicional, con fuerte predominio de las ideas políticas–, atacaría a las *mentalidades* en nombre de una idea de la historia hasta ahí desplazada en los *Annales,* la que hace del *individuo* el centro del *relato,* una historia por la que él volvía a apostar. Le imputaba a su antigua fratría la trivialización de las investigaciones, determinadas por la *moda* y sujetas a su vaivén, y denunciaba su sumisión casi absoluta ante las elecciones y gustos propios de sus «disciplinas-guía», la etnología y la psicología social. Lo cual suponía, a su juicio, la ausencia de una verdadera «novedad» metodológica, bien al contrario de lo que se pretendía, y por tanto también una influencia *accidental.*

De hecho, pensaba que novedad y cambio epistemológico se habían confundido con un simple ensanchamiento del *terreno* de la historia, conseguido sencillamente por acumulación de objetos y de temas[581]. En realidad, uno de los autores más versátiles y aplaudidos, Georges Duby (quien recorrió en su obra diversas formas de hacer historia sin renunciar al proyecto global de los *Annales*),

había colocado en el mismo plano de igualdad el análisis de las estructuras materiales de las sociedades y la actividad mental[582]. Eso mismo es, en realidad, lo que habían venido sosteniendo los nombres más significativos de los *Annales,* al menos desde que desapareció Braudel.

* * * * *

La transferencia del concepto *mentalidad* a la historiografía (volvamos ahora brevemente sobre su origen) databa de los años en que circulaba como novedad por las ciencias sociales, es decir, los años veinte y treinta, cuando Febvre y Bloch confeccionaron en torno a él algunas de sus obras. Su apropiación daría por resultado un modo de historia *vitalista* y *psicologista,* centrado en la *creencia* y la *opinión,* más tarde cancelado en beneficio de la historia socioeconómica que, como es bien sabido, pretendía la *reobjetivación* y la «des-idealización historicista» del discurso histórico.

Fue en esta operación de desplazamiento o relegación de la *subjetividad* y de la *temporalidad* donde, posiblemente, radicó la confusión que entraña el término y que mezcla sus usos en historiografía. Porque, antes de que llegara un nuevo giro a favor de la *objetividad cientificista* (de los años cincuenta a los setenta), la opción *historicista* seguía alojada en el ánimo de Bloch y Febvre, e incluso (cosa que sorprendentemente ignoran muchos de sus exégetas) aparece recogida claramente en la famosa *Apologie pour l'histoire* (1949) de Marc Bloch. De manera que, según esta guía de historiadores, la opción de una historia de las mentalidades correspondería a la convicción de que *«siendo los hechos sociales en su naturaleza más profunda hechos psicológicos»,* éstos serían por fuerza el fundamento más deseable de la historia, el más veraz. El objeto de la historiografía sería, así, el de indagar en las «*conciencias*» de los seres humanos, pues sólo ellas *«constituyen la realidad misma»*[583].

¿Qué ocurriría, entonces, cuando Bloch estudiara la sociedad feudal? En *La société féodale* puede verse, en efecto, que la *feudalidad* es caracterizada como «un ambiente social», y el mercantilismo como «un estado de ánimo». En cuanto a las clases sociales, éstas no tendrían existencia en sí mismas, ya que «siendo las instituciones humanas realidades de orden psicológico, una clase no existe –dice Bloch– más que a través de la idea que nos hacemos de ella»[584]. Por su parte, Lucien Febvre no dejó tampoco lugar a dudas en sus *Combats pour l'histoire* (1953), donde escribió que la psicología se encontraba en la base de todo trabajo historiográfico válido, y que el problema no era teórico, sino eminentemente *práctico:* «No se trata de saber si cualquier tipo de historia –política, social, económica o intelectual– de los grupos humanos debe ordenarse en función de una psicología primaria intemperante, en torno a una historia del pensamiento, de los sentimientos y de las voluntades abordada en sus transformaciones

cronológicas», sino que la llamada universal se volcaba «a la búsqueda urgente del trabajo positivo cuyas condiciones acabamos de crear». Se trataría, por tanto, «de integrar una psicología histórica individual (que hay que crear) en la potente corriente de una historia que se encamina, como todo, hacia el destino desconocido de la Humanidad»[585].

Tales supuestos limitan el esfuerzo consciente de los primeros autores de *Annales* por desligarse del *realismo* y el *objetivismo,* tan caros ambos a los historiadores de todo tiempo y condición, desde mediados del siglo XIX hasta hoy mismo. Aunque conviene recordar que es el Bloch más maduro el que se pronuncia en los términos que hemos recogido más arriba, no aún el de la primera época, que permanecía en cambio más cercano al positivismo historiográfico: «El verdadero realismo en historia –había escrito él mismo en 1938– está en saber que la realidad humana es múltiple»[586]. Rechazó, eso sí, el «empirismo disfrazado de sentido común», también en su *Apologie*. La historia *objetivista,* firme y segura, y vista desde arriba *(«aux faux ails d'archange»)* [587], compartida por «idealistas» (entre los que sitúa a Humboldt y Ranke) y por «materialistas» y «positivistas», quedaría así descartada por Bloch, que presenta en ese punto una importante discrepancia epistemológica con el historicismo objetivista. De ahí, y no de otro lugar, surge la *historia-hipótesis,* la «historia conjetura», que es pues, precisamente, una «ciencia de observación», sujeta a verificación empírica.

Pero, en principio, sería el enfoque psicologista y antropologizante (no del todo apreciado, o muy minoritario mientras predominó en la historiografía la satisfacción economicista), el que aparecía ya en el Marc Bloch de *Los reyes taumaturgos*[588], tanto como en la obra entera de Lucien Febvre. En los primeros textos de este autor, se sugería ya la oportunidad de considerar, para cada lugar y tiempo, la existencia de una especie de *«estructuras de pensamiento»* (que él no llama así), las cuales serían siempre dependientes «de las evoluciones socioeconómicas que organizan tanto las construcciones intelectuales como las producciones artísticas, las prácticas colectivas como los pensamientos filosóficos»[589].

El concepto de *outillage mental* que Lucien Febvre pone en circulación para hacer normativa esa estructuración del pensamiento y la conducta *generales* que propone, es definido por acumulación de contenidos. Cabían en él las palabras, los símbolos, los conceptos y las ideas propios de una *civilización* determinada: *materiaux d'idées* es el término exacto, en la propia expresión del autor. Si se mira de cerca, no hay nada original o atípico, atendiendo al contexto y las corrientes intelectuales de aquella época en que el término *outillage mental* entró en circulación. Es evidente que está emparentado con aquellos otros, no menos

conocidos, de *habitus* y de *habit-forming force,* según los utilizaba contemporáneamente también el influyente historiador del arte Erwin Panofsky[590].

Consciente de la dificultad que entrañaba la operación historiográfica que él mismo ponía en marcha («reconstruir la vida afectiva de una época dada», reconoció, «es una tarea extraordinariamente seductora y a la vez espantosamente difícil»), Febvre, que también escribió alguna biografía *individual,* eludió plantearse siquiera la pregunta de si, a partir de determinadas experiencias individuales, era legítimo al historiador hacer extrapolaciones a un conjunto social más amplio, reconstruyendo de esta manera un *clima* general, un *ambiente colectivo*. Tampoco el sustrato sociológico de esa formulación aparecía claro y definido, ni resultaba depurado y exacto el método a emplear. Sino que, muy al contrario, los perfiles difuminados, extremamente lábiles de la propuesta no sólo permitían emprender diversos ejercicios de interpretación, sino que volverían a hacer depender, forzosamente, la calidad de los resultados obtenidos de la capacidad concreta de resolución del historiador.

En el resurgir del concepto de lo *«mental»* por otros historiadores, dos décadas o tres después, se juega voluntariamente con la imprecisión del uso del vocablo, lo que, lejos de perjudicarles, «asegura su éxito a través de indefinidas posibilidades de adaptación»[591]. Por otro lado, muchos de los usos prácticos que del término *mentalité* han sido hechos en historiografía, apenas se separan realmente del modo vago (incluso vaporoso) en el que Marcel Proust, como término «de moda» a finales de siglo, lo refería a comportamientos, sistemas de actitudes colectivos, *formes d'esprit* que evocaban aquello que, en alemán, y no menos intrasladable, es la *Weltanschauung*.

Para diferenciarse de los modos de hacer historia existentes –las *corrientes* historiográficas en boga–, se marca distancia frente a la «historia de las ideas» que, según los países, a veces se llamaba también «historia cultural». Tratándose de resaltar el carácter *social* de toda actividad humana en el pasado, la historia que los *Annales* pretendían (eminentemente *contextual*) trataría de colocar aquellas mismas ideas, las obras y los comportamientos de los hombres (no aún de las mujeres, pero pronto también de éstas) en el seno de las condiciones materiales de su producción. Sin que la doctrina conllevara una disminución del peso de la *cultura* en el conjunto o un condicionamiento determinante de aquélla por *lo social,* al menos en teoría, lo cierto es que, de una manera u otra, lo «cultural», estrictamente hablando, pareció desdibujarse en general.

Defendiéndose de los primeros ataques que se le dirigieron, la *historia de las mentalidades* se apresuró a negar su identificación con una «trivial psicología histórica». Era el tiempo de su esplendor *estructural*, cuando usaba

procedimientos cuantitativos y seriales que después fueron experimentando sucesivos virajes cualitativistas y antropologizantes. El estructuralismo se veía reforzado, en aquel tiempo, incluso por las técnicas de orden cualitivo que se empleaban ocasionalmente[592] y, en su deriva hacia una historia «de las sensibilidades colectivas» iría englobando –casi sin darse cuenta– la consideración de las *pasiones* y los *sentimientos,* e iría incorporándose registros *intelectuales, conductas* objetivas y *representaciones* de esas mismas conductas.

Para alguno de los representantes de este *estilo,* como Roger Chartier, sería decisiva la nueva relación entre *conciencia* y *pensamiento,* una relación que vuelve a traer al primer plano la obra del sociólogo Durkheim «poniendo el acento sobre los esquemas o los contenidos de pensamiento que, incluso si son enunciados bajo la forma de lo individual, son de hecho los condicionamientos inconscientes e interiorizados que hacen que un grupo o una sociedad compartan, sin que tengan necesidad de hacerlos explícitos, un sistema de representaciones y un sistema de valores»[593]. Lo que diferencia a las «mentalidades» de los «grupos sociales», en este planteamiento, y las hace categorías apropiadas para el historiador, es la distinta utilización de los «útiles» o «herramientas» intelectuales y culturales *disponibles* en un contexto histórico. Así, en tanto que los individuos «más cultos», había venido a decir Febvre ya en su día, ponen en juego prácticamente la totalidad de las *palabras* y *conceptos* existentes en un vocabulario dado, los más desfavorecidos no utilizarían en cambio, de ese conjunto entero, sino una pequeña parte, dejando así «desaprovechada» su capacidad de pensar y actuar.

Pero ni Febvre ni Bloch habían sabido dar las claves concretas de cómo se operaba en realidad, desde el proceso histórico, eso que ellos creían que era una *selección*. No habían indagado en la naturaleza concreta de aquellos mecanismos gracias a los cuales las *categorías* fundamentales del pensamiento pasarían a ser, en un determinado grupo de actores sociales y en un tiempo preciso, esquemas «interiorizados» (e inconscientes), capaces de darle forma determinada a un modo de operar; o dicho de otra manera: capaces de «estructurar» la totalidad del pensamiento *práctico* de los individuos que conforman un grupo dado, y de informar en consecuencia las acciones *diarias* que les corresponden[594].

A pesar de esta limitación teórica, apenas superada después con la ayuda de la teoría antropológica[595] (de la que la corriente tomó, uno tras otro, los objetos de investigación elegidos) no iba a serles costoso a los historiadores de *las mentalidades* participar en el desfile triunfal de los *Annales*[596]. La orientación seguida visaba a la reconstrucción de los «sistemas» de creencias, valores y representaciones propios de una época y de un grupo social determinados. Lo *particular* quedaba excluido, por principio. El objeto de la historia de las

mentalidades había pasado a ser, de este modo, exactamente el *contrario* del de la «historia intelectual» clásica[597], practicada usualmente en los medios académicos anglosajones. A la *idea,* construcción consciente de un espíritu individualizado, se opone necesariamente la *mentalidad,* siempre colectiva y siempre involuntaria: «La relación entre la conciencia y el pensamiento se plantea, por tanto –es de nuevo Chartier quien escribe–, de una manera nueva, cercana a la de los sociólogos de la tradición durkheimiana, poniendo el acento sobre los esquemas o los contenidos de pensamiento que, incluso si son enunciados bajo la forma de lo individual, son de hecho los condicionamientos inconscientes e interiorizados que hacen que un grupo o una sociedad comparta, sin que tenga necesidad de hacerlos explícitos, un sistema de representaciones y un sistema de valores»[598].

Años después, la historia de las mentalidades gustará de presentarse, también en sus versiones anglosajonas, como una *nueva historia intelectual,* como ya avanzamos más arriba[599]. Y en ella desarrollará el concepto de «representación», que entendido como *representación colectiva,* estaba ya sin embargo en Durkheim y en Marcel Mauss, aunque sin demasiada elaboración[600]. Igualmente, se acercará a la historia del derecho (el español Bartolomé Clavero y el portugués Antonio Manuel Hespanha son algunos de sus referentes), en «respuesta a una cierta historia «culturalista» de impronta americana que, por ejemplo, en la opinión de Simona Cerutti, «ha disuelto el estatuto de los comportamientos sociales en el idioma general y generalizante del universo cultural en el que se hallan inscritos». [Pero el resultado de esta última vuelta de tuerca quizá estaría mejor situarlo en el apartado destinado al tratamiento más reciente de la historia *cultural*[601].]

* * * * *

Al proyectar sobre los más notorios de sus cultivadores la luz de las corrientes post-estructuralistas, se detecta mejor el perfil de aquel tiempo en que, al decir de Labrousse, la «historia de las mentalidades» era, en lo más profundo de su ser, una *historia de las resistencias,* una estrategia a la que Braudel llamó metafóricamente, en su refuerzo de la misma idea, la *historia de las prisiones de larga duración*. De innegable sabor estructural ambas definiciones, dieron lugar a un cúmulo de estudios dedicados a radiografiar hasta qué punto las *estructuras* mentales eran las responsables, mediatas o inmediatas, de la ausencia de cambios y del triunfo, al fin, del concepto de *larga duración*. En las antípodas de ese planteamiento, algún historiador de la corriente ha llegado a afrontar, en la década última, el desafío planteado por el *linguistic turn*[602], pero los resultados más apreciados a esta hora son los que, representados ejemplarmente por la canadiense Natalie Z. Davis, se introducen con éxito en el juego entre las

creencias y sus efectos prácticos, entre la *realidad* y la *ficción*[603]. Al fin y al cabo, como recuerda Zygmunt Bauman, «las creencias no necesitan ser coherentes para ser creíbles»[604].

La discusión que hay hoy en curso a propósito de la textualidad no ha sido, sin embargo, eludida por los historiadores franceses ocupados de lo cultural. Sosteniendo que resulta ilegítima la reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que gobiernan los discursos, hay quien aboga –como ha hecho Chartier– por una diferenciación que respete las lógicas respectivas (entre sí diferentes) del *discurso* y la *práctica* que sostiene y da cuerpo a ese mismo discurso. Gustaría por eso de reiterar Chartier la definición de «historia» que, en 1975, dio Michel de Certeau[605]. La historia, vienen pues ambos a decir, es una práctica *científica,* productora de conocimientos, sin duda dependiente de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las imposiciones de los lazos sociales y de la institución científica en la que se encuadra, así como de las reglas fijas propias de su escritura. Pero no solamente un conjunto de textos *literarios*.

Dicho de otra manera: la historia es un discurso que elabora *construcciones*, *composiciones* y *figuras* que son las de la *escritura narrativa* (y por lo tanto las de la *ficción*), pero también es un discurso que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados tendente a alcanzar un estatuto de *verdad;* luego se trata de un discurso *científico*[606]. Por otra parte, también será visible la réplica a los partidarios de la *vuelta de la política*, especialmente en lo que concierne a su filosofía del *sujeto libre*. Frente a éstos, objeta Chartier que los individuos se hallan siempre ligados por *relaciones de dependencia* recíprocas, ya sean éstas visibles o no. Relaciones que modelan y estructuran la personalidad, y que definen, en sus sucesivas apariencias y modalidades, tanto las formas de la *afectividad* como las de la *racionalidad*.

Acercándonos a los textos más interesantes de los últimos diez o quince años, podemos observar que el rasgo fundamental que los conecta entre sí lo constituyen las metodologías que, como en la microhistoria, resultan ser –en bloque, de manera más o menos sistemática y ordenada– piezas diversas de una perspectiva *relacional*, que antes venía directamente influenciada por Foucault, y ahora ya mucho menos[607]. De las *estructuras* se pasó a las *redes*, desde los *sistemas de posición* a las *situaciones vividas,* desde el estudio de las *normas colectivas* a las *estrategias individuales* de supervivencia y de inserción. Y ahí se ha constituido, prácticamente toda, la nueva historiografía.

Como puede observarse acercándose más a aquellos mismos textos, no es cierto por completo que la historia de las *mentalidades* se encaminara a principios de la década de 1990 hacia una disolución de la base sociocientífica que había

caracterizado a la escuela francesa de historiografía, aquella que le había servido de cemento para aunar los esfuerzos de variado signo. Ni tampoco que se haya eludido el problema de las *relaciones de poder,* bien sea a través de las *resistencias* ofrecidas ante *identidades* impuestas, o bien intentando imaginar una posible historia de las *relaciones de fuerza simbólicas*.

Lo que sí es cierto, y no puede eludirse, es que se ha producido una transformación (no del todo consciente para el colectivo profesional mientras se producía, pero sí asumida al final por el conjunto del gremio) de los influjos de carácter teórico (o directamente filosófico) que fundamentan esa relación, influjos que son recientemente, en más de una ocasión, *fenomenológicos*. Tampoco puede obviarse que esa transformación continúa avanzando, en tanto que muchos, si no la inmensa mayoría de los historiadores parecen desear permanecer insertos en una sola, y misma, *tradición* escolar. Ninguna de las dos características es inexplicable, seguramente, si bien ninguna de las dos era de obligado cumplimiento.

Historia y antropología

Para finalizar los recorridos disciplinares de esta segunda parte, abordamos ahora la más difícil seguramente de las relaciones entabladas, la que acerca la historia a la antropología. Y para ello comenzaré recordando, una vez más, que el crédito otorgado por ciertos historiadores a las ciencias sociales, y la influencia que de ellas se ha derivado en la historiografía, explican también la irrupción en nuestro oficio de aquellas *técnicas* y aquella inspiración *metodológica* basada en la «entrevista» y en la «encuesta» que, en antropología sobre todo (pero también en la sociología *cualitativa*) se conocían, ya por lo menos desde la década de 1940 con el rótulo afortunado y breve de *historia oral*[608].

En este tipo de exploración social y antropológica, el relato analítico se construía sobre *fuentes orales* (el «testimonio» de los entrevistados) y la temática venía a confluir con el estudio de un objeto genérico de estrategia tan mixtilínea como privilegiada, la *cultura popular*. Ambos términos, el de *cultura* y el de *popular,* en su discusión amplia por los investigadores, han dado frutos muy abundantes y han sido objeto de una elaboración teórica importante y de un esfuerzo conjunto interdisciplinar[609]. [Del uso historiográfico de las fuentes orales hablaré más abajo, en el capítulo IV, y a él me remito para la ampliación de este asunto que aquí sólo menciono.]

Pero la relación entre antropología e historia, como es evidente, no se reduce al éxito creciente de la historia oral, o mejor aún, a la consecución del *rango* de fuente acreditada para la *fuente oral,* situándose ésta en igualdad de condiciones con la fuente escrita, al habérsele concedido por fin un estatuto «intersubjetivo» y

«científico» que la ingresa de lleno en la *historia reciente*. La relación entre antropología e historia atiende, por el contrario, a un repertorio amplio de puntos de contacto, tanto circunstanciales como de método y objeto, un repertorio que ha ido ensanchándose sucesivamente en oleadas, hasta venir a convertirse, desde hace un par de décadas, en la influencia más potente y general ejercida sobre el discurso histórico (para muchos, la más atractiva).

La *historia de las mentalidades,* que repasamos en el apartado anterior, es un ejemplo claro de esta mutua penetración entre la disciplina de la historia y la antropología, por más que aquélla hubiera de orientarse, en sus comienzos, no a la antropología sino hacia la psicología social. La influencia de la antropología, sin embargo, se reforzó bajo el imperio del estructuralismo, y se ha hecho aún más intensa y extendida en los últimos tiempos, entrando entonces en nuestra disciplina nuevos conceptos procedentes de otros enfoques (los de la antropología *interpretativa* muy en particular). Han nacido, por esta circunstancia, corrientes nuevas o modos de hacer historia, que toman generalmente la etiqueta de «sociocultural» y que, como hemos de ver, han venido a ocupar el espacio que antes llenaba en nuestra disciplina la tensión sociológica o sociologizante.

De la *ciencia social* se había traído a la historia, incorporado con firmeza, un modo operativo que alcanzó su apogeo en las décadas de 1960 y 1970, y que consistía en una forma de entender la tarea del historiador (abierta hacia los bordes o límites permeables de la disciplina) que no se interrumpió después, al producirse el giro *cultural* o *antropológico,* aunque cambió obviamente de signo, y sustituyó por otro su horizonte final. En aquellas dos décadas se consolidó la reorientación de la historia que había empezado a principios del siglo XX, dándose el viraje decisivo (al que hemos aludido tantas veces) desde el estudio de lo *particular* y lo *concreto* hasta lo *general* y *sistemático,* de los hechos aislados y esporádicos a las *estructuras* o al *contexto,* del *relato narrativo* al discurso *analítico*... Desde el punto de vista de la forma, se pasó en la historiografía, es evidente, al predominio de otros estilos de redacción que, potenciando la conceptualización y la abstracción, desestimaban las formas acostumbradas hasta entonces por la narrativa propia del género.

Todos los recursos para continuar con esa transformación activa de la historiografía que la ciencia social había empezado (salvo el rechazo del relato, que ni la etnografía ni el folclore compartían, atentos como estaban al *texto* y su valor) venía a proporcionarlos realmente la *antropología,* que se mostró bastante adaptable a las pretensiones del historiador, más cómoda y flexible que la sociología: «Si la historia se convierte alguna vez en algo más que una actividad semirracional –había escrito Philip Bagby en 1958–, tendrá que depender

fuertemente de la antropología, en lo que se refiere a métodos y conceptos»[610]. Vistas las cosas desde el día de hoy, P. Bagby parecía hallarse en lo cierto.

En algunos contextos, la relación atravesó momentos de esplendor, como es el caso de la escuela francesa. Hasta tal punto que, para hacer justicia a los frutos conseguidos en el estudio de la *cultura* (que es el *objeto* extenso de la antropología)[611], especialmente de la cultura *material,* y cuando aún se hallaba en pleno apogeo la antropología (o *etnología*) estructural, como en Francia preferiría llamársela, alguien propuso cambiar el nombre de «historia» –debido al tipo de historia que de hecho estaban realizando los *Annales*– por el de *antropología histórica*[612] o, mejor aún, *etnohistoria*. Era un cambio que respondía a la mutación de episteme que buena parte de los historiadores de los *Annales* creyeron haber contribuido a imponer mediante el tratamiento del «tiempo histórico», y que pretendía incorporar la expansión de la nueva temática que introducían los practicantes de las *mentalidades,* un territorio extenso en el que se englobaban todo tipo de objetos y de temas de orden cultural, tanto *espirituales* (o de *comportamiento*) como *materiales*. Coincidía esta inclinación con el hecho, como escriben Gluckman y Eggan, de que «el análisis de las costumbres sigue siendo una de las aportaciones más características de todas las ramas de la antropología a las ciencias humanas»[613].

Por lo general, y como había sucedido con la sociología, tal tipo de acercamientos no lograba del todo eliminar el recelo mutuo entre antropólogos e historiadores. Es aún frecuente que los antropólogos se quejen de que las *narraciones* o *relatos* generales de los historiadores estén llenas de imprecisiones. Así, la terminología *relacional* aplicada a la historia de la familia (claro está que por historiadores) no suele satisfacerles, o el concepto de *parentesco* tal como se aplica desde un presente impregnado de *individualismo* (del que apenas se mostraría consciente el historiador), también puede llegar a sorprenderles, y con mucha razón, posiblemente[614]. En cualquier caso, como subraya críticamente Charles M. Radding, «lo que los historiadores han [hemos] adoptado con entusiasmo son las metodologías», creyendo acaso, equivocadamente, «que pueden ser utilizadas independientemente de cualquier posición teórica sobre algo». Ciertamente, «las metodologías implican juicios sobre el nexo que une los hechos entre sí», juicios que derivan a su vez «de una precisa concepción de cómo funcionan las sociedades y cómo piensa la gente»[615].

Otra imputación irónica puede ser la que ya hacía Paul Rabinow en 1986, producto de la idea de que «vivimos un curioso tiempo en el que los conceptos parecen arrastrar las posaderas por las fronteras de las diferentes disciplinas». De ahí el retraso en el contacto, muy posiblemente: cuando los historiadores

descubrimos a Geertz –dice Rabinow–, es justo cuando Geertz pasa de moda en el propio contexto de la antropología. Pero esto no sería sólo nuestro propio defecto, puesto que, cuando los antropológos se tropiezan con la *deconstrucción* que emana de la crítica literaria, precisamente, iniciaba ésta su propia terapia[616]. Y así podría seguirse, seguramente, buscando paralelos.

Con todo, críticas tan severas como las que hace Radding al influjo imponente de las ciencias sociales (y en especial al impacto de la antropología) en la reciente historia[617], no son frecuentes, a no ser que busquemos argumentos en aquellos autores que, como Stone, después de haber instrumentalizado sus recursos, acabarían reivindicando la historiografía tradicional: «Sé bien –concluye Radding– que, exhortando a los historiadores a ser más conscientes de las implicaciones teóricas de su trabajo, voy contra las tendencias de la categoría. Si los historiadores hubieran querido examinar la sociedad humana a nivel abstracto, probablemente habrían elegido otra disciplina. Lo hago, pues, porque no veo otra alternativa. La elección no es entre hechos y teoría, sino entre teoría consciente e inconsciente, entre teoría aplicada bien o mal, o –por decirlo de otra forma– entre escribir la historia mejor o contentarse con una menos buena». Por descontado, es ésa la cuestión, y no otra cualquiera.

* * * * *

El nacimiento de un concepto científico de «cultura», con su disciplina positiva específica (la antropología), había venido a equivaler a la demolición de la concepción ilustrada de la naturaleza humana, una concepción que era sin duda simple, pero que había resultado operativa. La nueva construcción no ofrecía, empero, nada tan claro ni contundente a cambio. De hecho, lo que la irrupción de la antropología suponía era la retirada brusca de aquella idea ilustrada para sustituirla, precipitadamente, por otra más compleja, pero menos definida y más confusa. Nos lo recuerda Geertz: «El intento de clarificarla, de reconstruir una interpretación inteligible de lo que el hombre es, acompañó desde entonces todo pensamiento científico sobre la cultura. Habiendo buscado la complejidad, y habiéndola encontrado en una escala mucho mayor de lo que jamás se habían imaginado, los antropólogos se vieron empeñados en un tortuoso esfuerzo para ordenarla. Y el fin de este proceso no está todavía a la vista»[618].

Daremos unas pautas, solamente, en torno a lo que la antropología como disciplina científica puede ofrecer. Hablando en términos generales, puede decirse que muchos «antropólogos rechazan el etnocentrismo y propugnan el principio [cognitivo] del *relativismo cultural,* según el cual las costumbres, los valores y las creencias deben ser entendidas de acuerdo con patrones culturales propios». Las versiones más radicalizadas e *historicistas* de este planteamiento sostienen, todavía, «que no hay cultura que sea mejor que otra, puesto que cada

una de ellas es el resultado de tradiciones históricas que han sido aceptadas por la gente que vive dentro de ellas como su propio modo de vida»[619]. Destaca aún, en este orden de cosas, el impacto del pensamiento de Franz Boas, para quien los sistemas de valores de las distintas culturas son iguales, y las costumbres de un grupo u otro han de ser juzgadas de acuerdo a esos mismos valores, y no con arreglo a las pautas propias del antropólogo[620].

La antropología que de ahí parte distingue entre *cultura material* (productos materiales y artefactos, tecnología) y *cultura mental* (o espiritual), constituida a su vez de creencias sociales, de valores y de normas. Estos ayudan a explicar el origen de aquéllos. A su vez, los valores y normas aparecen impregnados de ciertas cualidades afectivas (entre ellas la *amistad*)[621] que informan la conducta, y que también son objeto de exploración por parte de la antropología cultural, mediante sus métodos más sofisticados u otros más extendidos y convencionales: la *comparación* y la *generalización*. Sería seguramente el *funcionalismo* (Malinowski con enfoque más suave; más rígido y estructuralista en cambio Radcliffe-Brown) el sistema científico que integrara mejor el conjunto de piezas puestas sobre el tablero. Así, asegurar la *cohesión* y la *estabilidad* de una estructura dada sería la principal función de las instituciones sociales –según dice este enfoque–, y el objeto de la antropología consistiría a su vez en averiguar los *mecanismos* por los que se lleva adelante esa función. No hay, prácticamente, un solo antropólogo que no coincida con esta aseveración de Clifford Geertz: «Si no estuviera dirigida por estructuras culturales –por sistemas organizados de símbolos significativos–, la conducta del hombre sería virtualmente ingobernable, sería un puro caos de actos sin finalidad y de estallidos de emociones, de suerte que su experiencia sería virtualmente amorfa. La cultura, la totalidad acumulada en esos esquemas o estructuras, no es sólo un ornamento de la existencia humana, sino que es una condición esencial de ella».

El estructuralismo, por su parte, había adoptado pronto la diferencia entre *lengua* y *habla* que estableció en su día Ferdinand de Saussure para la lingüística (1916), entendiendo el lenguaje como un sistema *fijo,* una *estructura* de reglas gramaticales y sintácticas recurrentes, que sin embargo, los hablantes aplicarían de distinta manera en un repertorio variado de manifestaciones culturales, el *habla*. La cuestión es, entonces, establecer cuáles son esas *reglas* a partir de los datos *empíricos*. La *estructura* nos proporcionaría, en cualquier caso, «los medios de integrar aquellos factores irracionales surgidos del azar y de la historia»[622].

La *sincronía* se antepondrá al estudio de la *diacronía,* dejando para la historia, como quería Lévi-Strauss, el estudio de «las expresiones conscientes de la vida social», en tanto que la antropología se dedicaría en cambio a «examinar sus

fundamentos inconscientes»[623]. Si hubiera que definir la antropología dentro de este esquema, la noción más ajustada sería la de «totalidad». Más allá de los objetos particulares (el parentesco o la relación con el medio ambiente), son las *totalidades significantes* las que focalizan la atención del antropólogo de inspiración estructural: la *cultura* (como un todo), la *sociedad,* el *ritual* o la *institución*. Ya a principios de los años cincuenta Marcel Mauss creó un término, el «hecho social total», para designar el reflejo y la expresión de la lógica interna de una sociedad[624].

La importancia del enfoque *sistémico* no puede ser minimizada tampoco, dado el carácter de su trascendencia posterior (y aunque hoy se vea en sensible retroceso). Un *sistema* sería «un conjunto de objetos, así como las relaciones entre estos objetos y sus atributos»[625]. Centrarse en las relaciones entre las variables, más que en los fenómenos mismos, y delimitar en su caso *subsistemas,* pasaría a ser el objeto del investigador de la cultura, en especial el que se ocupe de la cultura popular. «El concepto de subsistema –escribe Dolors Juliano– nos permite aproximarnos a nuestro objeto de estudio (según las necesidades de la investigación) como a un microcosmos, y observar las interrelaciones que se dan en su seno, o como una parte de un sistema mayor, y analizar los intercambios que se producen con el sistema de mayores dimensiones que lo engloba. Esta estrategia evita reificar cada subcultura como unidad autónoma, y permite tratar los casos de solapamiento entre diversas culturas populares y la distribución de las variables que no coinciden entre sí, integrando «áreas» bien definidas»[626].

Una corriente arraigada en los Estados Unidos, la *etnociencia, etnosemántica, antropología cognitiva* o *nueva etnografía* (que todos estos nombres viene a recibir), considera la cultura como un *sistema* de cogniciones compartidas, un sistema de conocimientos y creencias. Atribuyendo la primacía al intelecto antes que a los factores biológicos y ambientales, consideran sus practicantes las emociones, la acciones y el entorno como elementos materiales organizados por aquél. Para Stephen Tyler, por ejemplo, «el objeto de estudio no son los fenómenos materiales como tales, sino el *modo* como éstos se organizan en la cabeza de las personas». Así, las culturas no serían ya «fenómenos materiales, sino organizaciones» de estos mismos fenómenos[627]. Y, de una manera muy cercana al lingüista Noam Chomsky (y a su gramática transformacional), el antropólogo Charles Frake entiende, a su vez, que por debajo de la diversidad de las culturas, «existe un conjunto de reglas para la construcción e interpretación socialmente adecuadas de los distintos mensajes»[628].

Los seres humanos nos comunicamos, ciertamente, mediante *signos* y *símbolos* que, o bien son movimientos o palabras, o bien entidades diversas (banderas u otro tipo de señales) que son estudiadas por la *semántica* y la *semiótica*. A través

de esos signos, y especialmente mediante el lenguaje (hablado y escrito) transmitimos *valores* y *creencias,* incluso entre pueblos lejanos y generaciones separadas. Los símbolos contienen a su vez creencias, ideas y significados que salen a la luz a través de los signos, y que contienen o constituyen «fuentes de información externa (extrapersonal) que los humanos usan para organizar su experiencia y sus relaciones sociales» (Rossi y O'Higgins), formando un combinado de «modelos *de* realidad (representaciones e interpretaciones de la realidad) y modelos *para* la realidad, que ofrecen información y guía para organizarla» (Geertz).

Junto a *símbolos cognitivos,* lo que Geertz denomina a su vez «concepciones generales» (y recordemos que la *antropología psicológica,* por cierto, estudia cómo nos comportamos y cómo empezamos a aprender), estarían los *símbolos expresivos* (acciones y rituales). Los símbolos forman, por tanto, el núcleo mismo de la cultura, pues mediante ellos expresamos nuestros pensamientos e ideales y de ellos nos servimos para integrar nuestras acciones y emociones. «La simbolización» sería «la esencia del pensamiento humano»[629], y así lo asumen por su parte los historiadores, al menos muchos de entre nosotros.

Por su parte, en una casi total identificación de *lo simbólico* con *lo cultural,* Gilbert Durand nos advierte de que «una extrema confusión ha imperado siempre en el empleo de términos relativos al imaginario», y supone que ello tiene que ver con «la extrema devaluación que ha sufrido la imaginación, la «fantasía» en el pensamiento de Occidente y de la Antigüedad clásica». Para Norbert Elias, a su vez, «la capacidad de producir conocimiento de la fantasía es un don humano tan fundamental y distintivo como la capacidad de producir pensamiento y conocimiento congruentes con la realidad o, dicho de otro modo, racionales. El que no consigamos hallar en nuestros modelos teóricos de la humanidad un lugar para las fantasías es uno de los factores responsables de que no consigamos vincular teorías de la cultura, y por tanto también de la religión, con teorías de otros aspectos de los seres humanos y sus diversas manifestaciones»[630]. Sea como fuere, lo cierto es que muchos autores, independientemente de su orientación y circunstancias, tienden a intercambiar sin gran cautela términos como «imagen», «signo», «alegoría», «símbolo», «emblema», «parábola», «mito», «figura», «icono» o «ídolo»[631].

Los límites del reparto disciplinar entre los tres saberes que nos importan en este momento (sociología, antropología e historia) volverán a quedar borrosos cada vez que abordemos un sistema o enfoque en especial. Si los antropólogos habían atendido al estudio de sociedades de estructura *sencilla,* ágrafas y basadas en contactos de tipo personal, y si los sociólogos se habían reservado a su vez las *complejas,* el relativismo (que tiene mucho que ver con la proyección historicista)

conduce a estimar que *todas* las sociedades quedarían inscritas en uno u otro campo, casi sin distinción, y que *también,* de paso, serían dominio indistinto del historiador. La ampliación de los contactos entre las disciplinas se hará, de esta manera, por múltiples caminos.

Pero en el territorio ampliado de la historia faltó por introducir, durante mucho tiempo, una cautela de método sin la cual los antropólogos no habían dado un solo paso hasta allí. Me refiero al *alejamiento* y la *distancia* del «observador» como atributos exigidos por esa especie de juego de espejos en el que se resuelve la antropología[632]. Mas el historiador, normalmente tan apegado al pretendido carácter *objetivo* de las fuentes que emplea (o empleaba) de preferencia, las escritas, no iba a tener en cuenta en un principio aquel distanciamiento reflexivo, al que, muy al contrario, los antropólogos no habían podido nunca renunciar[633]. La conciencia de esta necesidad, cuando llegó a colarse en la historiografía, produjo efectos que aún se hallan en curso, y que algunos observadores califican, con razón o sin ella, como rayanos en la posmodernidad.

Sucede además que, de modo paulatino, las ciencias sociales han ido difuminando sus fronteras, y con ellas lo haría la historia también. Una «enorme mezcla de géneros», como señaló en su momento Clifford Geertz[634], ha venido a combinarse con el abandono de un colectivo amplio de investigadores del ideal *cientificista,* tal como se definió bajo el dominio del neopositivismo. Se trataría ya menos de buscar esas «cosas que vinculan planetas y péndulos» –como Geertz escribió, poéticamente–, y más en cambio de reconstruir las «que conectan crisantemos y espadas» (las que buscan iluminar *significados,* por apelar de nuevo a la hermosa metáfora de Ruth Benedict)[635]. Ello reflejaría la cristalización de ese *giro cultural* que Geertz estima como una «refiguración del pensamiento social», en una orientación abiertamente *comprensiva* y *simbólica*.

Un *sociólogo histórico* como S. N. Eisenstadt escribió lo siguiente: «La capacidad de cambio y transformación [de una sociedad] no es accidental ni exterior al campo de la cultura, sino inherente al entrelazamiento básico de la cultura y la estructura social como elementos gemelos de la construcción del orden social. Precisamente porque los componentes simbólicos son inherentes a la construcción y al mantenimiento del orden social, llevan también en sí el germen de la transformación social»[636]. Y dos *sociohistoriadores de la ciencia,* Bruno Latour y Steve Woolgar, suscriben esto otro: «Utilizamos “cultura” para referirnos al conjunto de argumentos y creencias a los que se apela constantemente en la vida diaria y que es objeto de todas las pasiones, temores y respeto»[637]. ¿Cómo identificar por tanto, sin otro referente, las razones concretas, del uno y de los otros, para situarse en el centro de lo que Geertz llamó «géneros confusos» *(blurred genres)*?

Un puente interesante entre la historia antropológica y su adecuación a corrientes distintas de la antropología (aquella *interpretativa* que inaugurara el propio Geertz, muy en especial) lo constituye la obra de algún historiador norteamericano como Robert Darnton, ya citado al hablar de la *historia de las mentalidades*[638]. Como es usual en las ciencias sociales, resulta difícil a veces distinguir a simple vista cuál sea el género preciso de algunos de los textos producidos y cuál la adscripción profesional de sus autores[639]. Pero lo que me importa destacar ahora es, sin embargo, que la selección de un acontecimiento *único* (como hace Darnton respecto a su emblemática «matanza de los gatos» parisina) no puede revestir *el mismo tipo de significado* que los acontecimientos *repetidos* que marcan estructuras, a la manera en que los entiende Clifford Geertz.

Reconociendo, pues, la fuerte deuda contraída por los *microhistoriadores* con la antropología cultural anglosajona (Geertz desde luego, pero no sólo), es importante señalar el debate que se halla establecido entre ambas perspectivas, su valor para atender a la consideración de *lo simbólico*. La antropología cultural consideraría como un *texto significante* el conjunto de las acciones, comportamientos, ritos y creencias que forman el tejido social, y pone en manos de las ciencias sociales el descifrar su sentido, su *significado*. La microhistoria aceptará estas pautas, pero se revolverá contra la falta de autonomía de los actores sociales, así como contra la saturación interpretativa de los esquemas analíticos[640].

* * * * *

Llegados a este punto, y antes de proseguir, es preciso recordar que la antropología ha ido reconociendo poco a poco, pero con una intensidad y un dramatismo excepcionales, que su estatuto como disciplina *no* es *explicativo* sino más bien *comprensivo,* y a partir de ahí ha querido reivindicar –a veces con indisimulado orgullo– su condición *hermenéutica* o *interpretativa*. Vinculada estrechamente a la *semiótica,* de la que aprenderá a «pensar en relación con» *el otro* (con *lo otro* también), el antropólogo de las últimas décadas habría ido sufriendo así un perpetuo desplazamiento de posición.

De manera que, «será la voz de la antropología posmoderna de finales de la década de 1980 la que cuestione la autoridad del etnógrafo para representar y hablar *por* «el otro», en un mundo donde la distinción entre «primitivos» y «civilizados» ha dejado de tener sentido». No es, sin embargo, ésta una postura aislada –el capricho o el gusto de unos pocos–, sino un despliegue cierto, en abanico, del colectivo de la profesión; la manifestación de un proceso de naturaleza epistemológica en el que la antropología «converge con la crítica

cultural, literaria y cinematográfica en un mismo movimiento» de puesta en cuestión de «la *representación como espejo de la realidad*».

Dicha *representación* no sería ya, en tales circunstancias –como se ha recordado alguna vez a propósito del cine–, «un medio transparente para la aprehensión del objeto, sino que *deriva su significado de la práctica social*», a la vez que «contribuye a definir y configurar aquello que quiere describir». En paralelo, «dentro de las teorías sobre comunicación y del campo de la semiótica, se produce un cambio del centro de interés hacia el estudio del proceso de comunicación. Frente al énfasis en la relación entre productor *(emisor),* proceso *(mensaje)* y producto *(texto),* se pasa al análisis de la *recepción,* es decir, al examen de la *relación* entre lector y texto»[641]. Son cuestiones, todas ellas, que en parte se han tratado en el apartado sobre semiótica y lingüística, pero que igualmente podrían contemplarse en el contexto de una perspectiva comparada[642] de la actual historia cultural. [Sobre las limitaciones del método *científico,* en su acepción *«explicativa»* en antropología, hay una amplísima producción crítica y bibliográfica, solamente una pequeña parte de la cual recogemos aquí[643].]

En general, se ha producido una muy amplia *etnologización* de la investigación en ciencias sociales desde la década de 1980 en adelante, de manera que nadie opera a estas alturas estableciendo una división tajante entre el *observador*, lo *observado* y el *campo* de la observación, como querían las reglas del positivismo. Prácticamente nadie se plantea ya proceder a la observación sin pensar a la vez en el observador y sin otorgarle un lugar especial, sin atender a su *perspectiva* específica, y tener en cuenta el carácter reflejo del discurso del investigador: «Si los contenidos subjetivos del fenómeno humano forman parte de la realidad estudiada, y por ello constituyen el objeto mismo de la investigación, en la perspectiva cualitativa el investigador no pone su subjetividad entre paréntesis, sino que por el contrario la integra de manera controlada en la investigación. En este marco se redefine la objetividad como *resultado de* la intersubjetividad –así como de una subjetividad *consciente* de sí mismo–, del mismo modo que la comunicabilidad, la intersubjetividad y la reflexividad se convierten también en criterios de validación del trabajo sociológico»[644]. Lo mismo ocurre, es claro, en la antropología.

En el extremo de esa preocupación reflexiva, la propiamente llamada corriente *posmoderna* ha ido transformando la antropología en una empresa de *crítica* cultural y de lectura *intertextual* extraordinariamente sofisticada, fértil en su tarea de construcción y deconstrucción de *textos* y de *imágenes,* una tarea que a veces se lleva con ayuda del psicoanálisis. Pero antes de que llegara el giro *interpretativo* a la antropología (no aún el propiamente *posmoderno*[645], pues

no debemos hacer superponibles, sin más, «hermenéutica» y «posmodernidad»), la antropología se había desplegado en una serie de enfoques teóricos diferentes, las más de las veces en decidida competencia interna. Enuncio, siquiera brevemente, esos enfoques: el «difusionista», el «evolucionista», el «funcionalista», el «estructuralista», el «materialista dialéctico», el «culturalista» o el «ecológico». Los dos primeros son claramente *diacrónicos,* pero el resto son *sincrónicos* o permiten un tratamiento *relacional*[646]. Entre estos últimos se hallaría inscrita la *teoría de sistemas,* aquel mecanismo de indagación *explicativo* –pero también *relacional*– que, como vimos, aplicó ya a la antropología Clifford Geertz en su primera época, en 1966, y que todavía cuenta con impostaciones derivadas[647].

No es tampoco por tanto la antropología –lo mismo que ocurría con la sociología– disciplina que albergue un solo *paradigma,* ni lo fue nunca, aunque la sensibilidad por esa circunstancia, o el lamento en su caso, pueda ser hoy mayor. La historia del pensamiento antropológico es particularmente conflictiva y polémica, y toda obra de cierta envergadura, si bien se mira, dedica espacio a refutar los enfoques que se muestran distintos a aquel que viene a sostener su autor, tanto si se consideran superados, como si no[648]. Nada extraño resulta, por otra parte, si nos atenemos a la definición de *cultura* que había proporcionado Tylor en 1871, tan extensa y difusa como para dar contenido a prácticamente todos los aspectos de la actividad humana. *«Cultura»* era, recordémoslo, «el complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad»[649].

Por otra parte, aunque al parecer todavía se enseñe hoy la antropología en ciertas universidades como si se tratara de una disciplina unitaria, ya en los años treinta del siglo XX comenzaron a desglosársele *subdisciplinas* (a veces articulaciones especializadas de la empiria que, bajo enfoques teóricos distintos, habían ido acumulándose aquí y allá, produciendo monografías relevantes, estudios e investigaciones de interés para las ciencias limítrofes). Subdisciplinas que han venido evolucionando de modo interesante, hasta hoy mismo. De esa variedad grande, y de su constante entrecruzamiento de inspiraciones teóricas, es responsable el continuo recurso de los antropólogos a otras ciencias y a sus técnicas propias (prácticamente lo mismo que ha hecho también la historia), desde la psicología a la lingüística, pasando por la sociología y la economía. Pocas veces, no obstante, enlaza su quehacer con la *antropología filosófica,* aquella que, inscrita en la incertidumbre, al decir de Max Scheler, contempla cómo «el hombre se ha hecho plena, íntegramente "problemático"», de manera que «ya *no* sabe lo

que es, pero *sabe* que no lo sabe»[650]. Su propia incertidumbre actual, como disciplina que es de inestable *status,* vendría a converger con tal supuesto.

Del cruce de perspectivas disciplinares han surgido especializaciones (en realidad, disciplinas mixtas) como la *antropología económica,* la *antropología psicológica* o la *antropología lingüística,* de la mayor importancia todas ellas para la renovación interna de los debates, tanto como para los cambios de escala que se suceden en la investigación. La rama especializada de la antropología que se conoce como *antropología lingüística* resultó con el tiempo del mayor interés, a medida que iba imponiéndose el estudio de la *comunicación* y el *lenguaje* como estrategia generalizada en las ciencias sociales, desde donde pasó a la historiografía.

En particular, la antropología lingüística o *etnolingüística* ha sufrido una notable transformación en las últimas décadas, si bien su versión más sugerente remite al trabajo de aquellos investigadores que «están interesados en el estudio del lenguaje como recurso cultural y en el habla como práctica cultural». Son ellos los que «han hecho de la etnografía un elemento esencial de sus análisis, y encuentran inspiración intelectual en una serie de fuentes filosóficas en las ciencias sociales y en las humanidades». Como característica esencial para el contacto con la nueva historiografía social (la *historia de la vida cotidiana*), resaltaremos que «todos ellos tienen en común el hecho de que consideran las prácticas comunicativas como algo constitutivo de la cultura de la vida cotidiana, y ven el lenguaje como una herramienta poderosa, y no como un espejo de realidades sociales que suceden en otra parte»[651].

Todo esto significa entender que «el lenguaje es más que una herramienta reflexiva con la que intentamos encontrar el sentido a nuestros pensamientos y acciones», y que «a través del uso del lenguaje penetramos en un espacio interaccional que ha sido en parte construido a nuestra manera, un mundo en el que algunas distinciones parecen importar más que otras, un mundo en el que cada opción que elegimos es parcialmente contingente con lo que ocurrió antes, y contribuye a la definición de lo que ocurrirá después».

* * * * *

El rasgo más sobresaliente de la antropología en los años ochenta es su carácter escindido, plural. Producto de la influencia múltiple de teorías y enfoques muy distintos, la disciplina puede considerarse con razón fragmentada, una especie de «consorcio de intereses diversos», como dice Eric Wolf[652]. Admite extensamente (cosa que la sociología en su conjunto, al menos a mi juicio, no ha admitido aún) que *el punto de vista del investigador* es parte inseparable, un elemento intrínseco de la investigación y del *relato*. Pero al contrario que los

historicistas, que creen que esa misma implicación es la que proporciona un conocimiento *real* de las cosas, los antropológos han vivido de manera dramática y escéptica aquel descubrimiento de la *naturaleza textual del conocimiento* (salvo unas cuantas excepciones acaso, llenas de ingenio y de buen humor), entrando en una onda depresiva[653]. No hay, concluyendo, ya una sola antropología, y no parece tampoco que pudiera existir a corto plazo[654]. La incidencia de una situación tal sobre la historia no puede, suponemos, seguir pasando desapercibida.

Merece la pena señalarse, en este orden de cosas, el interés creciente que reviste la denominada *antropología feminista*[655]. Trayendo a las mujeres a primer plano (y rescatándolas de los espacios de subordinación que habían ocupado en el discurso anterior de la antropología), este enfoque plantea «sus cuestiones teóricas en términos de cómo la economía, el parentesco y los ritos invisten la experiencia y se estructuran a través del género». Pero podría ser quizá mejor enfoque el preguntarse, como hace Henrietta L. Moore, «de qué manera se experimenta y estructura el género a través de la cultura»[656].

En paralelo, se ha promovido una relectura crítica de los «clásicos» de la antropología, inspirada en la filosofía y en la crítica literaria francesa, también denominada *posmoderna* (Roland Barthes, Jean-François Lyotard, Jacques Derrida). «Reconociendo la *pluralidad de voces* en la etnología (entre ellas las de los antropólogos de los países no occidentales), poniendo en duda la objetividad de cualquier discurso a propósito del *"Otro"*», los investigadores que siguen estos estrechos cauces «proponen ante todo una deconstrucción de los modos clásicos de representación en la disciplina, puesto que esta última es implícitamente, y desde siempre, una crítica cultural de la sociedad a la que pertenece el propio antropólogo». La antropología debe así desvelar «las implicaciones históricas y políticas de su proyecto. Y se convierte entonces en un proyecto experimental»[657].

En esa fase de experimentación, como escriben George Marcus y Michael Fischer, la orientación teórico-metodológica sería predominantemente el *eclecticismo,* «un manejo de las ideas libre de paradigmas autoritarios», con la inclusión de las «visiones críticas y reflexivas del tema» y, un asunto no menos decisivo, con «la apertura a diversas influencias que abarquen todo lo que parezca ser eficaz en la práctica, y la tolerancia de la incertidumbre en cuanto a la dirección que sigue la disciplina y al carácter inacabado de algunos de sus proyectos»[658]. Porque, como detecta James Clifford, «es más fácil registrar la pérdida de los órdenes tradicionales de diferencia que percibir la aparición de otros nuevos». Con todo, su objetivo será «abrir el espacio para *futuros* culturales, para el reconocimiento de *lo que surge*»[659], un horizonte en el que

se recuperan voces como la del ruso Mijail Bajtin[660], a quien se debe la idea del cuestionamiento de la *autoría* (en este caso, la *autoridad etnográfica*) que hoy tanto se prodiga[661].

Por último, diremos que dos de los conceptos más importantes en la llamada antropología *posmoderna* (pero no necesariamente en la «interpretativa» o «hermenéutica», de la que la posmoderna es una derivación posterior)[662] son los de *reflexividad* y, en un segundo plano –pero con mucho eco–, *orientalismo*[663]. En cuanto al segundo, empleado y divulgado por Edward Said, designa y representa la retórica que ejemplifica la dominación occidental y, al mismo tiempo –dice–, la refuerza[664]. El primero es quizá un concepto más complejo, y no es patrimonio ya de la antropología en exclusiva: «La reflexividad –escriben al respecto los sociólogos de la ciencia Latour y Woolgar– es una manera de recordar al lector que *todos* los textos son historias. Eso se aplica tanto a los hechos de nuestros científicos como a las ficciones "mediante las cuales" exponemos su trabajo. La historia como cualidad de los textos denota la esencial incertidumbre de su interpretación: el lector nunca puede "saber con seguridad". Ya mencionamos el valor de la etnografía cuando subraya esa incertidumbre. Ahora vemos que la reflexividad es el etnógrafo del texto».

De esta manera, para ir concluyendo, tendríamos un círculo que liga los extremos: «El valor y el *status* de cualquier texto (construcción, hecho, afirmación, historia, explicación) depende de algo más que de sus cualidades supuestamente *inherentes*», en tanto que el «grado de exactitud (o de carácter ficticio) de una explicación depende de lo que le sucede después a la historia, no de la propia historia [...]. No existe nada autocontradictorio ni contraproducente en reconocer que todas las afirmaciones tienen ese destino común. [...] Cada texto, laboratorio, autor y disciplina luchan por establecer un mundo en que su propia explicación sea más plausible, gracias al creciente número de personas que están conformes con él. Dicho de otro modo, las interpretaciones no solo *in*forman, sino que *con*firman».

El antropólogo *consciente* se arriesga de este modo a que no sea creída su interpretación por los demás, porque su narración no sea lo suficientemente *persuasiva*. Y por eso irá haciendo patentes y explícitas, a medida que crece esa conciencia del carácter *retórico* de su quehacer, las trampas que contiene la metodología que está empleando, trampas destinadas a salvar la distancia que media entre la información recogida y la presentación de resultados. Pero, al poner en juego su análisis de las estrategias textuales, de las maneras de escribir y de leer, o de *traducir* (en todos los sentidos posibles del término), y más allá de la propia crítica literaria, aparece también una sociología del *poder*. Pues «se descubre cómo el antropólogo impone al *otro* su presencia y sus preguntas, cómo

comprende e *interpreta* (es decir, cómo manipula) las respuestas». Todo ello, en principio, manteniendo el obtener resultados «científicos». Insistiendo, de esta manera, en el papel de la complicidad del lector –o en su caso, el diálogo discrepante–, influidos por Derrida, Deleuze y Foucault, los últimos antropólogos han aceptado con gusto esta extrema *historización* de su tarea, el carácter *relativo* de los principios teóricos que la gobiernan.

Podríamos, llegados a este punto, dar marcha atrás, como hacen con frecuencia los propios antropólogos, y recordar que Malinowski, en 1922, hacía un diagnóstico lleno de lucidez: «En etnografía, a menudo hay una distancia enorme entre el material en bruto de la información, tal como se presenta al estudioso a través de sus propias observaciones, o de afirmaciones de los nativos, o del caleidoscopio de la vida tribal, y la presentación definitiva y autorizada de los resultados»[665]. La ciencia de la etnografía no podrá entenderse ya prescindiendo del tratamiento hermenéutico, como asegura Geertz[666], pero tampoco escapará a los debates políticos y epistemológicos generales que versan «sobre la escritura y la representación de la alteridad», como advierte Clifford, una vez que «el trabajo de campo etnográfico sigue siendo un método inusualmente sensitivo», porque «la observación participante obliga a sus practicantes a experimentar, en un nivel tanto intelectual como corporal, las vicisitudes de la traducción. Requiere de un arduo aprendizaje del lenguaje, y a menudo un desarreglo de las expectativas personales y culturales»[667].

El mismo James Clifford, por otra parte, advierte del riesgo de ciertas prácticas comunes entre los antropólogos, como la que consiste en identificar *experiencia* e *intuición,* curiosamente a la manera del historicismo diltheyano: «Es difícil decir mucho acerca de la experiencia», sin embargo. «Como la «intuición», es algo que uno posee o no, y su invocación a menudo huele a mistificación. Si bien ambas están recíprocamente relacionadas, no son idénticas. Tiene sentido mantenerlas aparte, aunque no sea más que porque muchas veces se recurre a la experiencia para otorgar validez a la autoridad etnográfica». [Merece la pena señalarse que la advertencia crítica de Clifford no se dirige al método de Dilthey, sino al modo en que creen los antropólogos «sentirse en casa» y, por lo tanto, sentirse autorizados para imponer su interpretación[668].]

Poniendo en evidencia las estratagemas de producción de los «enunciados» y los «discursos» de la antropología, dicen sus críticos, los antropólogos *posmodernos* terminan por confundir el mundo real con el universo textual. Únicamente el mundo de los textos sería *real,* porque es el único que puede dar noticia del encuentro, la escucha o el diálogo. Hay quien entiende entonces que, sin dejar que este género de esfuerzos ocupe todo el espacio de la disciplina, sería importante «recapturar» ese tipo de discurso e introducirlo en el núcleo de la

renovada historia política y cultural, porque ello nos ayudaría a entender mejor los conflictos presentes del tejido social669[669]. Hacer la historia de ese movimiento de rescate de la textualidad, por otra parte, no deja de ser un apasionante ejercicio de *historia intelectual* en sí mismo[670], aun si no se comparte plenamente el optimismo de un autor como Bruce Knauft cuando, en un libro sugerente sobre los giros actuales y sus antecedentes (1996), trataba de responder a la pregunta de si verdaderamente había progresado la antropología cultural «en los años recientes», o si estaba en cambio autodestruyéndose: «¿Se ha rejuvenecido la etnografía o se ha arruinado?», inquiere. Su propia apuesta era, bien decidida y clara, por seguir la expansión[671].

* * * * *

A principios de los años ochenta, Geertz consideraba que, de todas las novedades exhibidas, «tal vez la última sea la más importante». Se refería a «la introducción en las ciencias sociales de concepciones de filósofos como Heidegger, Wittgenstein, Gadamer o Ricoeur, de críticos como Burke, Frye, Jameson o Fish, y de subversivos camaleónicos como Foucault, Habermas, Barthes o Kuhn». Tal carga filosófica hacía «altamente improbable», a su modo de ver, «cualquier posibilidad de retorno a una concepción meramente tecnológica de dichas ciencias»[672]. Entre todos, cruzando sus propuestas, influirían decisivamente en el conjunto de enfoques que se ha dado en llamar, a falta de un mejor nombre, *posmodernidad* (a saber: la antropología *reflexiva,* la antropología *crítica,* la antropología *semántica,* la antropología *semiótica* y el *post-estructuralismo*)[673]. No eran éstas, no obstante, las únicas tendencias nuevas. Para Marilyn Strathern, reivindicadora de un autor mucho tiempo olvidado, como sir James G. Frazer, «es saludable pensar en Frazer, porque es saludable pensar en lo que el modernismo encuentra tan desagradable en él: arrancar las cosas de su contexto». Apuesta por lo tanto por la relectura «positiva» de ciertos *clásicos,* hasta ahí tenidos por «ilegibles»: Frazer no el único, pero sí el principal[674].

Y es que «el sentimiento posmoderno consiste en jugar deliberadamente con el contexto. Se dice que borra los límites, que destruye el marco dicotomizador, que yuxtapone voces, de modo que el producto múltiple, la monografía de autoría conjunta, deviene concebible. Queda al lector encontrar su camino entre las diferentes posiciones y contextos de los hablantes. Meros puntos de vista, esos contextos en sí mismos han dejado de proporcionar el marco de referencia organizante para la narrativa etnográfica. Se contempla una nueva relación entre el escritor, el lector y el tema. Descodificar lo exótico (hacer que tenga sentido) ya no sirve, en tanto y cuanto el posmodernismo exige que el lector interactúe con lo exótico en sí mismo»[675]. No en vano, como recuerda Clifford[676], «el método

más querido por el etnógrafo es aquel que se lleva a cabo en una pequeña habitación llena de libros...». Exactamente igual que hace el historiador.

[1] R. N. BELLAH (1965), «Durkheim and history», en R. A. Nisbet (ed.), *Émile Durkheim*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, pp. 153-176; C. R. RHODES (1978), «Émile Durkheim and the historical thought of Marc Bloch», *Theory and Society* 5, pp. 45-73.

[2] Una buena introducción en español, J. CASANOVA (1991), *La historia social y los historiadores, ¿cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica. También C. LLOYD (1986), *Explanation in Social History*, Oxford, Blackwell, y (1993), *The Structures of History,* Oxford, Blackwell.

[3] J. Casanova, *La historia social...,* cit., p. 8.

[4] Entre la muy abundante bibliografía existente, C. FINK (1989), *Marc Bloch. A Life in History,* Cambridge, y U. RAULFF (1995), *Ein Historiker in 20. Jahrhundert. Marc Bloch,* Frankfurt/Main, S. Fischer Verlag; P. BURKE (ed.) (1973), *A New Kind of History. From the Writings of Lucien Febvre,* Londres, Routledge & Kegan Paul.

[5] CH. O. CARBONELL y G. LIVET (eds.) (1983), *Au berceau des «Annales». Le milieu strasbourgeois,* Toulouse; J. E. CRAIG (1984), *Scholarship and Nation Building. The Universities of Strasbourg and Alsatian Society, 1870-1939,* Chicago.

[6] L. ALLEGRA y A. TORRE (1977), *La nascita della storia sociale in Francia,* Turín; N. BIRNBAUM (1978), «The Annales School and Social Theory», *Review* 1, 3/4, pp. 225-235, P. BURKE (1993), *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989,* Barcelona, Gedisa; VV.AA. (1981), *Au berceau des Annales*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Études Politiques; J. REVEL (1979), «Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales», *Annales. ESC*, pp. 11-12.

[7] S. SAMMLER (1993), «"Histoire nouvelle" und deutsche Geschichtswissenschaft. Der Einfluss deutscher Historiker auf die Herausbildung der Geschichtskonzeption von Marc Bloch», en G. Diesener (comp.), *Karl Lamprecht weiterdenken. Universal und Kulturgeschichte heute,* Leipzig, pp. 258-271.

[8] *La Nouvelle Histoire* (1978), sous la direction de Jacques Le Goff, Roger Chartier et Jacques Revel, París, Retz. [Hay traducción en Bilbao, Mensajero.]

[9] H. BERR (1953 [1911]), *La synthèse en histoire*, París, Albin Michel; (1935), *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, París, Alcan.

[10] El editor, Max Leclerc, inició algún tiempo atrás unos *Annales de Géographie* que habían despertado gran interés. Él mismo sugirió a Bloch, en paralelo, el título de *Annales économiques et sociales* para la nueva revista. También se correspondería ésta así con la alemana *Vierteljarhrschrift für Sozial–und Wirtschaftsgeschichte,* una publicación que Bloch y Febvre admiraron mucho.

[11] M. BLOCH (1988 [1924]), *Los reyes taumaturgos,* México, FCE, es pionero en «historia de las mentalidades». [La traducción en castellano de *La sociedad feudal* está editada en Madrid, Akal, 1987.] A propósito de la posterior «elección económica» de Bloch, véase P. TOUBERT (1988), prefacio a la reedición de *Les caractéres originaux de l'histoire rurale francaise,* París. [No está tan clara esta elección, por contra, en su inacabada *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien,* París, 1941. Trad. en castellano: *Introducción a la Historia,* México, FCE, 1976.]

[12] F. BRAUDEL (1968 [1958]), *La historia y las ciencias sociales,* Madrid, Alianza Editorial, p. 75.

[13] Acerca de los efectos de la respectiva determinación o indeterminación de objeto, C. CHARLE (1993), «Micro-histoire sociale et macro-histoire sociale. Quelques réflexions sur les effets des changements des méthodes depuis quinze ans en histoire sociale», en C. Charle (dir.), *Histoire sociale, histoire globale?,* París, MSH, pp. 45-57.

[14] Refiriéndose a la idea del oficio de historiador en Bloch, escribe CH. MORAZÉ: «Le métier d'historien n'est pas celui d'un juge qui se réfère à des lois pour trancher des faits; plûtot celui d'un expérimentateur prudent ayant à conceptualiser les résultats en s'interdisant de conclure avant d'avoir éliminé les artefacts». («Présence de Marc Bloch», en H. Atsma y A. Burguière (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui…,* cit. *supra,* pp. 19-20.)

[15] L. RAPHAEL (1992), «The Present as Challenge for the Historian. The Contemporary World in the *Annales. ESC,* 1929-1949», *Storia della Storiografia* 21, pp. 25-44. El texto más citado es, naturalmente, el de F. BRAUDEL, «Historia y ciencias sociales: la larga duración», en *La historia y las ciencias sociales,* cit., pp. 60-106.

[16] Dos textos recientes e importantes, a este respecto, en J. J. CARRERAS (2001), «El tiempo son las huellas. El tiempo de los historiadores», y J. ARÓSTEGUI, (2001), «El presente total o la experiencia como historia. (El presente de la historia)», ambos en L. Ribot, J. Valdeón y R. Villares (coords.), *Año mil, año dos mil. Dos milenios en la Historia de España,* Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, pp. 117-128 y 129-153, respectivamente.

[17] R. ROMANO (1995), *Braudel e noi. Riflessioni sulla cultura storica del nostro tempo,* Roma, Donzelli editore.

[18] J. LEDUC (1999), *Les historiens et le temps. Conceptions, problèmatiques, écritures,* París, Seuil.

[19] La falta de teoría constitutiva, entendida como una carencia de la escuela de los *Annales,* en J. FONTANA (1982), *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica. Visiones menos duras, pero al fin coincidentes, en P. RICOEUR (1978), *The Contribution of French Historiography to the Theory of History,* Oxford, Oxford University Press, y T. STOIANOVICH (1976), *French Historical Method: the Annales Paradigm,* Ithaca, Cornell University Press.

[20] La innovación metodológica como estrategia académica de desplazamiento o de inserción, en H. COUTEAU-BÉGARIE (1983), *Le Phénomene Nouvelle Histoire,* París, Economica, y F. DOSSE (1988), *La historia en migajas. De 'Annales' a la 'Nueva Historia',* Valencia, Alfons el Magnànim. Véanse también G. G. IGGERS (1975), *New Directions in European Historiography,* Wesleyand University Press, y G. BOURDÉ y H. MARTIN (1992), *Las escuelas históricas,* Madrid, Akal.

[21] F. Braudel, «Historia y ciencias sociales…», cit., p. 60. [También en F. BRAUDEL (2002), *Las ambiciones de la historia,* ed. de R. de Ayala y P. Braudel.]

[22] F. BRAUDEL *et al.* (1989), *Una lección de historia de Fernand Braudel*, México, FCE (Jornadas del Centro de Encuentros de Chateauvallon, 18-20 octubre 1985); J. H. HEXTER (1972), «F. Braudel and the "Monde braudelien"», *Journal of Modern History* 44, pp. 480-539.

[23] Citado en J. A. RAFTIS (1962), «Marc Bloch comparative method and the rural history of medieval England», *Medieval Studies* 24, p. 349.

[24] F. REDLICH (1958), «Toward Comparative Historiography. Background and Problems», *Kyklos. The International Review for Social Sciences* XI, pp. 362-389.

[25] Véase su propio texto (1928), «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», en M. BLOCH, *Mélanges historiques* (1963), París, vol. 1, pp. 16-40, y W. H. SEWELL, jr. (1967), «Marc Bloch and the Logic of Comparative History», *History and Theory* VI/2, pp. 208-218. Sobre algunos aspectos, F. IRSIGLER (1990), «Zu den gemeinsam Wurzeln von "histoire régional comparative" und "vergleichender Landesgeschichte" in Frankreich und Deutschland», en *Marc Bloch aujourd'hui…,* cit., pp. 73-85.

[26] C. FINK (1990), «Marc Bloch: l'historien et la Résistence», en *Marc Bloch aujourd'hui…,* cit. *supra*, p. 53.

[27] P. BONNASSIE (1990), «Marc Bloch, historien de la servitude. Réflexions sur le concept de "classe servile"», en *Marc Bloch aujourd'hui…,* cit. *supra,* pp. 363-387.

[28] A. BURGUIÈRE (1989), «Der Begriff der "Mentalitäten" bei Marc Bloch und Lucien Fevbre: zwei Auffasungen, zwei Wege», en U. Raulff (ed.), *Mentalitäten-Geschichte*, 2 vols., II, Berlín, pp. 33-49, y P. BURKE, «Stärken und Schwächen der Mentalitätengeschichte», *ibid.,* pp. 127-145.

[29] Viene apuntando en Cuba, por ejemplo, desde hace una década –tardío ya–, un interés por la «escuela francesa» que recupera el que existía en los años sesenta (por la demografía histórica sobre todo), y que después se eclipsó. Una muestra, en E. TORRES-CUEVAS (1996), «Introducción» a *La historia y el oficio de historiador,* La Habana, pp. VII-XXVIII.

[30] Véase, por ejemplo, E. A. WRIGLEY (1992 [1987]), *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional,* Barcelona, Crítica.

[31] América Latina no escapa a este aserto. México y Brasil (donde enseñó Braudel) son ejemplos claros, pero en la década de 1990 tampoco es ajena Cuba. En los tres casos, en las apreciaciones positivas sobre *Annales*, se incluye un intento de conciliación con los marxismos y, aunque menos, con ciertas corrientes de la sociología (radical o todavía incluso funcionalista-estructural). Así C. A. AGUIRRE DE ROJAS (1999), *Itinerarios de la historiografía del siglo XX,* La Habana, Ciencias Sociales.

[32] M. DE CERTEAU (1990), «Perspectives pour une histoire», en VV.AA., *L'histoire en France…,* cit., p. 17.

[33] M. MASTROGREGORI (1987), *Il genio dello storico. Le considerazioni sulla Storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francesa,* Nápoles.

[34] Por ejemplo, R. CHARTIER (1990), *Les origines culturelles de la révolution francaise,* París, Seuil, donde la pregunta es «si los libros *hacen* revoluciones o pueden hacerlas», abordada desde la perspectiva de la reproducción cultural.

[35] M. FOUCAULT (1994 [1982]), *Hermenéutica del sujeto,* ed. de F. Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta.

[36] Referencias en G. Himmelfarb, y Fogel y Elton, cits. *supra*. También L. STONE (1979), «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present* 85, pp. 3-24 y, en respuesta, E. J. HOBSBAWM (1980), «The Revival of the Narrative: Some Contents», *Past and Present* 86, pp. 3-8. Ambos textos fueron fragmentariamente traducidos por la revista *Debats*. Véase también I. OLÁBARRI (1993), «La Nueva Historia, una estructura de larga duración», en J. Andrés Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia,* Madrid, Actas, pp. 29-82.

[37] Ilustra esos aspectos, y los internos a la disciplina en los Estados Unidos, O. HANDLIN (1982 [1979]), *La verdad en la historia*, México, FCE.

[38] J. LE GOFF y P. NORA (dirs.) (1974), *Faire de l'histoire,* París, Gallimard, 3 vols.

[39] J. KOCKA (2002 [1998]), «La historia del trabajo, ¿para qué y cómo?», en *Historia social y conciencia histórica,* Madrid, Marcial Pons, pp. 139-151.

[40] Entre otras lecturas posibles, J. ROEMER (1989 [1986]), *El marxismo, una perspectiva analítica,* México, FCE; R. MILIBAND (1990 [1987]), «Análisis de clases», en A. Giddens, J. Turner *et al.*, *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 418-444, y J. CARABAÑA y A. DE FRANCISCO (comps.) (1993), *Teorías contemporáneas de las clases sociales,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, y en éste, en especial, E. O. WRIGHT, «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases», pp. 17-126.

[41] J. ROEMER (1984 [1982]), «Nuevas direcciones en la teoría marxiana de la explotación y de las clases sociales», *Mientras Tanto* 20/21.

[42] Precisiones recientes en J. KOCKA (2002 [1995]), «Las «clases medias» en Europa», en *Historia social y conciencia...,* cit., pp. 109-137.

[43] G. A. COHEN (1986), *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa,* Madrid, Siglo XXI; J. ELSTER (1991), *Una introducción a Karl Marx,* Madrid, Siglo XXI. Para el debate en la historiografía española de la época, J. S. PÉREZ GARZÓN (1980), «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en J. L. García Delgado (ed.), *Historiografía española contemporánea,* Madrid, Siglo XXI.

[44] P. ANDERSON (1979), *Consideraciones sobre el marxismo occidental,* Madrid, Siglo XXI.

[45] H. J. KAYE (1989), *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza; R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ (1983), *Hacia una historia socialista,* Barcelona, Ediciones del Serbal; J. CLARKE, C. CRITCHER y R. JOHNSON (eds.) (1979), *Working Class Culture: Studies in History and Theory,* Londres, Hutchinson.

[46] E. P. THOMPSON (1989), «Folclore, antropología e historia social», *Historia Social* 3, pp. 81-102.

[47] A. GIDDENS (1987), *Social Theory and Modern Sociology,* Stanford, Stanford University Press.

[48] E. P. THOMPSON (1981), *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica.

[49] M. A. CAÍNZOS (1989), «Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo», *Zona Abierta* 50, pp. 1-69.

[50] E. P. THOMPSON (1989 [1963]), *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 2 vols.

[51] Para España, J. ÁLVAREZ JUNCO y M. PÉREZ LEDESMA (1982), «Historia del movimiento obrero: ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente* 12 (marzo-abril), pp. 19-41. En general, G. HAUPT (1986), *El historiador y el movimiento social,* Madrid, Siglo XXI.

[52] V. BURRIS (1989 [1987]), «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases», en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas...*, cit., pp. 127-156; N. WILEY (ed.) (1987), *The Marx-Weber debate*, Londres, Sage.

[53] E. KEHR (1965), *Der Primat der Innenpolitik. Gesammelte Aufsätze zur preussischdeutschen Sozialgeschichte im 19. und 20. Jahrhundert*, ed. H. U. Wehler, Berlín, Walter de Gruyter; J. J. CARRERAS (ed.) (1992), *El Estado alemán (1870-1992)*, *Ayer* 5, y allí, E. KEHR [1929], «El sistema social de la reacción en Prusia bajo el ministerio Puttkamer», pp. 71-94. La cita de Schulin, en J. J. Carreras, «Introducción» a *El Estado alemán*, cit., p. 13.

[54] Véase la presentación de J. MILLÁN («El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea») a la obra de J. Kocka (2002), *Historia social y conciencia histórica,* Madrid, Marcial Pons, pp. 11-40.

[55] J. KOCKA (1989), *Historia Social. Concepto-Desarrollo-Problemas,* Barcelona, Alfa; G. G. IGGERS (21983), *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present,* Middletown, Conneticut y (1985), *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945,* Berg, Leamington Spa. También la «Introducción» de J. J. Carreras a *El Estado alemán,* cit., pp. 11-25.

[56] J. KOCKA (2002), «La comparación histórica», en *Historia social...,* cit., p. 64. [Originalmente en *Enciclopedia delle scienze sociali,* Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1998, vol. 8, pp. 389-396.]

[57] J. KOCKA (2002 [1986]), «La historia social, entre la historia de las estructuras y la historia de las experiencias», en *Historia social...,* cit., pp. 65-86.

[58] Un panorama amplio en W. SCHIEDER y V. SELLIN (eds.) (1986), *Sozialgeschichte in Deutschland. Entwicklungen und Perspektiven im internationalen Zusammenhang,* Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht.

[59] Así, por ejemplo, se interpreta en G. J. RENIER (1950), *History. Its Purpose and Method,* Londres, Allen & Unwin.

[60] S. JULIÁ (1989), *Historia social/Sociología histórica,* Madrid, Siglo XXI.

[61] Cit. en R. W. FOGEL y G. R. ELTON (1989), *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la historia*, México, FCE, pp. 20-21.

[62] L. STONE (1986 [1981]), «La historia y las ciencias sociales en el siglo XX», en *El pasado y el presente,* México, FCE, pp. 15-60; TH. SKOCPOL (1984), «Sociology's Historical Imagination», en *Vision and Method in Historical Sociology,* Cambridge, Cambridge University Press.

[63] J. H. ROBINSON (1912), *The New History: Essays Illustrating the Modern Outlook*, Nueva York, Macmillan; R. HOSFSTADTER (1968), *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, Alfred Knopf; O. HANDLIN (1982), *La verdad en la historia*, México, FCE. Sobre Turner, J. VARELA ORTEGA (1994), «Un siglo después de Turner conquistados por el Oeste», *Revista de Occidente* 152, pp. 93-128.

[64] J. H. Robinson, *The New History,* cit., p. 1.

[65] D. CANNADINE (1992), *G. M. Trevelyan: A Life in History,* Londres, Harper Collins.

[66] G. M. TREVELYAN (1944), *English Social History,* Londres.

[67] Prefiero la definición de CH. S. PEIRCE: «La deducción prueba que algo tiene que ser; la inducción muestra que algo es actualmente operativo; la abducción sugiere que algo puede ser», (1998), *El hombre y su signo. El pragmatismo de Peirce,* Barcelona, Gedisa, p. 36. Para el planteamiento analítico, P. J. DIETL (1968), «Deduction and Historical Explanation», *History and Theory* 7, pp. 167-188.

[68] A. BURGUIÈRE (1986), voz «Annales» en el *Diccionario de ciencias históricas,* Madrid, Akal, pp. 34-39.

[69] L. FEBVRE (1970), *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, p. 39.

[70] L. FEBVRE (1948), «Introducción» a Ch. Morazé, *Trois Essais sur Histoire et Culture*, p. VIII.

[71] M. BLOCH (1949), *Apologie pour l'histoire,* p. 26: «Toute recherche historique suppose, dès ses premiers pas, que l'enquête ait déjà une direction. Au commencement est l'ésprit. Jamais, dans aucune science, l'observation passive n'a rien donné de fecond». [Hay traducción en México, FCE.]

[72] J. ARÓSTEGUI (1992), «Por una nueva historiografía. Un manifiesto cientifista», *Idearium* 1, pp. 23-74.

[73] B. CROCE (1916), *Teoria e storia della storiografia,* Bari, p. 4. También (1938), *La storia come pensiero e come azione,* y (1949), *Filosofia e storiografia,* Bari.

[74] Los títulos exactos de la revista son como sigue: 1929-1938: *Annales d'histoire économique et sociale;* 1939-1940 y 1945: *Annales d'histoire sociale;* 1941-1944: *Mélanges d'histoire sociale;* desde 1946: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*.

[75] VV.AA. (1987), *La sensibilité dans l'Histoire*, Brionne, Gérard Monfort.

[76] F. HARTOG (1995), «Temps et histoire», *Annales HSS* 6 (noviembre/diciembre), pp. 1219-1236.

[77] A. MOMIGLIANO (1966), *Studies in Historiography*, y C. GINZBURG y C. PONI (1991), «El nombre y el cómo: intercambio deseigual y mercado historiográfico», *Historia Social* 10, pp. 63-70.

[78] Por ejemplo, en H. BÖHME (1966), *Deutschland zur Grossmacht. Studien zum Verhältnis von Wirtschaft und Staat während der Reichsgründungzeit,* Colonia-Berlín, Keipenheuer & Witsch. Para su

influencia en general, véase H. U. WEHLER (1966), *Moderne deutsche Sozialgeschichte,* Colonia, Kiepenheuer & Witsch.

[79] M. M. POSTAN (1971), *Fact and Relevance. Essays on Historical Method,* Cambridge, Cambridge University Press.

[80] T. H. ASTON y C. H. E. PHILPIN (eds.) (1988), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial,* Barcelona, Crítica.

[81] WRIGLEY, EVERSLEY y LASLETT (eds.) (1966), *An Introduction to English Historical Demography,* Londres, Weidenfeld & Nicolson; P. LASLETT (1965), «L'histoire de la population et de la structure sociale», *Revue internationale des sciences sociales* XVII/4, pp. 629-639.

[82] M. DRAKE (1974), *Historical Demography: Problems and Projects,* Milton Keynes; E. A. WRIGLEY y R. S. SCHOFIELD (1981), *The Population History of England, 1541-1571. A Reconstruction,* Londres.

[83] M. ANDERSON (1979), «The relevance of family history», en C. Harris (ed.), *The Sociology of the Family: New Directions for Britain,* Keele, pp. 49-73; A. MOLINIÉ BERTRAND y P. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *A través del tiempo. Diccionario de fuentes para la historia de la familia,* Murcia, Universidad de Murcia.

[84] Véanse J. M. MUÑOZ y LLORET (1997), *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel.lectual,* Barcelona, Edicions 62; M. MARÍN (2001), «Historiadores locales e historiadores universitarios. La historiografía española en su contexto internacional, 1948-1965», en C. Forcadell e I. Peiró (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre la historia de la historiografía,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 97-149, y L. DOMÍNGUEZ y X. R. SANTANA (1995), «Renovación de la historiografía española: Antonio Eiras Roel y la recepción del movimiento Annales en Galicia», en C. Barros (ed.), *Historia a Debate*, cit., I, pp. 319-342. Sobre la historia social en España anterior a ese influjo, J. URÍA (1997), «La historia social y el contemporaneísmo español. Las deudas del pasado», en E. Sarasa y E. Serrano (coords.), *La Historia en el horizonte del año 2000* (*Revista de Historia Jerónimo Zurita* 71/1995), pp. 95-141.

[85] P. ARIÈS (1954), *Le Temps de l'Histoire,* Mónaco, Du Rocher.

[86] E. LE ROY LADOURIE (1974), «L'histoire inmobile», *Annales*. Del mismo (1967), *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion.

[87] *L'Histoire Sociale. Sources et Méthodes* (1967), Colloque de la E. N. S. de Saint-Cloud, 15-16 de mayo de 1965, París, PUF.

[88] J. WALCH (1990), *Historiographie structurale,* París, Masson, p. 259.

[89] C. TARDITS (1990), «L'invitation au comparatisme. Marc Bloch et les anthropologues», en VV.AA., *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, París, Éditions de l'Ehess, pp. 135-146; R. SWIERENGA (1974), «Computers and Comparative History», *Journal of Interdisciplinary History*, 5, pp. 267-286; R. T. HOLL y J. E. TURNER (1970), *The Methodology of Comparative Research*, Nueva York.

[90] L. ALTHUSSER y E. BALIBAR (1972), *Para leer* El Capital, México, Siglo XXI, p. 272.

[91] Una revisión general en D. S. REHER (2000), «La investigación en demografía histórica: pasado, presente y futuro», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* XVIII/II, pp. 15-78. Véase allí mismo, también, J. M. PÉREZ GARCÍA, «¿Es necesario privilegiar todavía la reconstrucción de familias en España? Una respuesta a David S. Reher», pp. 105-122.

[92] P. VILAR (1978), *Introducción al vocabulario y al análisis histórico,* Barcelona, Crítica. Véase además K. E. BORN (1973), «Der Strukturbegriff in der Geschichtswissenschaft», en H. V. EINEM *et al.*, *Der Strukturbegriff in den Geisteswissenschaften,* Mainz, pp. 17-30; G. SCHMÖLDERS (1955), *Konjunkturen und Krisen,* Reinbeck; A. SCHIMDT (1971), *Geschichte und Struktur. Fragen einer marxistischen Historik,* Munich.

[93] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 410, recogiendo críticas surgidas desde dentro del propio marco metodológico.

[94] D. CUCHE (1999 [1996]), *La noción de cultura en las ciencias sociales,* Buenos Aires, Nueva Visión.

[95] Dos editoriales de *Annales* que dan cuenta de él: «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?» (*Annales ESC*, 1988, pp. 291-293) y «Tentons l'experience» (1989, pp. 1317-1323). También B. LEPETIT y J. REVEL (1992), «L'expérimentation contre l'arbitraire», *Annales ESC*, pp. 261-265; B. LEPETIT (1995), «Histoire des pratiques, pratiques de l'histoire» y «Le présent de l'histoire», en *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale,* sous la direction de B. Lepetit, París, Albin Michel, pp. 9-22 y 273-298, respectivamente.

[96] J. Walch, *Historiographie...,* cit., pp. 13-14.

[97] Entre otros, M. ANDERSON (1988), *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914),* Madrid, Siglo XXI; R. WALL, J. ROBIN y P. LASLETT (eds.) (1983), *Family Forms in Historic Europe,* Cambridge, Cambridge University Press; J. GOODY (1983), *The Development of the Family and the Marriage in Europe,* Cambridge, y J. CASEY (1990), *Historia de la familia,* Madrid, Espasa-Calpe. Para Italia, P. DI NICOLA (1993), *Sulle trace di Proteo. Concetti e metodi della ricerca sociale sulla famiglia,* Roma, La Nuova Italia Scientifica.

[98] P. LASLETT (1987 [1965]), *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo,* Madrid, Alianza Editorial, documenta hasta mediados del siglo XX cuatro siglos de ilegitimidad en Inglaterra. Véase también P. LASLETT y R. WALL (eds.) (1972), *Household and Family in Past Time. Comparative Studies,* Cambridge. En la perspectiva de la «historia de la sociedad» germana, véase W. CONZE (1976), *Sozialgeschichte der Familie,* Stuttgart.

[99] VV.AA. (1997), *Historia de la familia. Una nueva perspectiva sobre la sociedad europea,* Murcia, 4 vols.: I (A. RODRÍGUEZ, ed.), *Familia y mentalidades*, II (F. CHACÓN y L. FERRER, eds.), *Familia, casa y trabajo,* III (J. CASEY, ed.), *Familia, parentesco y linaje*, y IV (M. V. LÓPEZ CORDÓN y M. CARBONELL, eds.), *Historia de la mujer e historia del matrimonio*. También J. GOODY (1986), *La evolución de la familia y el matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder.

[100] Un clásico, L. FEBVRE (1971), *Amour sacré, amour profane. Autour de l'Heptaméron*, París, Gallimard. También J.-L. FLANDRIN (1984 [1981]), *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Juan Gránica; (1976), *Familles: parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, París, Hachette y (1975), *Les amours paysans (XVI-XIX siècles*), París, Gallimard; G. BRUCKER (1991), *Giovanni y Lusanna. Amor y matrimonio en el Renacimiento*, Nerea, Hondarribia; J. GAUDEMET (1993), *El matrimonio en Occidente*, Madrid, Taurus; M. DE GIORGIO y C. KLAPISCH-ZUBER (eds.) (1996), *Storia del matrimonio*, Roma, Laterza; I. MORANT y M. BOLUFER (1998), *Amor, matrimonio y familia*, Madrid, Síntesis. Aproximaciones diversas en PH. ARIÈS, A. BÉJIN, M. FOUCAULT *et al.* (1987), *Sexualidades occidentales*, Barcelona, Paidós.

[101] G. DUBY (1978), *Medieval Marriage*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press y (1981), *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre*, París, Hachette; L. ACCATI (1995), *El matrimonio de Raffaele Albanese*, Madrid, Cátedra.

[102] J. NOOANAN (1966), *Contraception. A History of its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, Cambridge Mass.

[103] S. VEGETTI FINZI (1995), *Storia delle passioni*, Roma, Laterza; J. D. VINCENT (1986), *Biologie des passions*, París, Du Seuil.

[104] PH. ARIÈS (1973), *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien Régime*, París, Seuil.

[105] PH. ARIÈS y G. DUBY (1989), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 8 vols.

[106] G. y M. VOVELLE (1970), *Vision de la mort et de l'au-dela en Provence d'apres les autels des ames du purgatoire, XVe-XXe siècles*, París, A. Colin; PH. ARIÈS (1975), *Essais sur l'histoire de la mort en Occident*, París, Seuil y (1977), *L'Homme devant la mort*, París; M. VOVELLE (1975), *Mourir autrefois,* París, Gallimard.

[107] M. VOVELLE (1976), *Religion et révolution: la déchristianisation de l'an II,* París, Hachette; (1978) *Piété baroque et Déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle,* París, Le Seuil.

[108] M. AGULHON (1968), *Pénitents et Franc-Macons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale,* París, Fayard; (1971), *Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la révolution,* París, Societé des Études Robespierristes.

[109] Véase, por ejemplo, la serie «El hombre europeo», un proyecto de colaboración internacional, que editó en castellano Alianza Editorial en 13 vols. [Sólo dos de ellos se rotulan, genéricamente, *La mujer del Renacimiento* y *La mujer barroca*].

[110] L. VALENSI y N. WACHTEL (1978), «L'historien errant», *L'Arc* 65, p. 5.

[111] PH. ARIÈS (1987), «El matrimonio indisoluble», en Ph. Ariès *et al.*, *Sexualidades...* cit., p. 189.

[112] E. LE ROY LADURIE (1975), *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard; P. J. HÉLIAS (1975), *Cheval d'orgueil*, París [trad. al inglés: *The Horse of Price: Life in a Breton village,* New Haven, Yale University Press, 1978].

[113] J. M. GOULEMOT (1981), «Avant-propos» a Valentin Jamerey-Duval, *Mémoires. Enfance et éducation d'un paysan au XVIIIe siècle*, París, Le Sycomore, p. 11.

[114] J. L. Flandrin, *La moral sexual en Occidente*, cit., p. 10.

[115] J. DELUMEAU (1992 [1990]), *La confesión y el perdón. Las dificultades de la confesión, siglos XIII al XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, p. 11.

[116] P. CHAUNU (1970), «L'histoire sérielle. Bilan et perspectives», *Revue historique* CCXLIII, p. 302.

[117] Una actualización, en D. S. REHER y R. S. SCHOFIELD (1993), *Old and New Methods in Historical Demography,* Oxford, Oxford University Press.

[118] L. HENRY (1965), *Manuel de demographie historique,* Ginebra, Droz; (1956), *Anciennes familles genevoises. Étude démographique*, París, PUF; (1975), «La population de la France de 1740 à 1860», *Population* 30, y M. FLEURY y L. HENRY (1956), *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population. Manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París.

[119] E. A. WRIGLEY (1992 [1966]), «La limitación de nacimientos en la Inglaterra preindustrial», en *Gentes, ciudades y riqueza...*, cit., pp. 331-368.

[120] E. A. WRIGLEY, R. S. DAVIES *et al.* (1997), *English Population History from Family Reconstitution 1580-1837*, Cambridge, Cambridge University Press.

[121] A. J. COALE y S. C. WATKINS (eds.) (1986), *The Decline of Fertility in Europe,* Princeton, Princeton University Press. [Reviews: Ch. TILLY *et al.* (1986), *Population and Development Review* 12/2, pp. 323-340].

[122] P. P. VIAZZO (ed.) (1996), *New Perspectives on the Decline of Infant and Child Mortality,* Florencia, Unicef.

[123] Para el caso español, V. PÉREZ MOREDA y D. S. REHER (eds.) (1988), *Demografía histórica en España,* Madrid, El Arquero.

[124] Por ejemplo, P. LASLETT (1988), «Family, Kinship, and Collectivity as Systems of Support in Pre-Industrial Europe: A Consideration of the "Nuclear-Hardship" Hyphotesis», *Continuity and Change* 3, pp.

153-175; CH. WETHERELL, A. PLAKANS y B. WELLMAN (1994), «Social Networks, Kinship, and Community in Eastern Europe», *Journal of Interdisciplinary History* 24, pp. 639-663.

[125] De K. POMIAN, véanse (1963), *Sens et usage du terme structure dans les sciences humaines et sociales,* y (1965), *Entretiens sur les notions de genèse et de structure,* París-La Haya, Mouton.

[126] MARZEWSKI (1968), «Quantitative history», *Journal of Contemporary History,* pp. 190-191.

[127] Por ejemplo, E. LE ROY LADURIE (1989), «L'histoire sociale, dans la mesure où elle se rattache à l'histoire des mentalités, tend à devenir impressioniste, à utiliser des méthodes traditionnelles fondées sur le classement banal des fiches, la monographie d'un regard, etc., ce que j'ai fait pour *Montaillou, Le Carnaval de Romans* ou ce qu'Ariès a fait pour l'enfance ou la mort... Flandrin lui-même a combiné avec beaucoup de talent les deux approches pour l'histoire de la famille et de la vie sexuelle.» (*«Quelques orientations de la Nouvelle Histoire»,* en G. Gadoffre (dir.), *Certitudes et incertitudes de l'histoire. Trois colloques sur l'Histoire de l'Institut collégial européen,* París, PUF, p. 154.)

[128] H. BERR (1935), *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique,* París, Felix Alcan.

[129] P. VILAR (1997), *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, Crítica; B. VINCENT (2002), «Le séminaire parisien de Pierre Vilar», en B. Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 217-222.

[130] F. BRAUDEL (1949), *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París. [Hay traducción en México, FCE.]

[131] Véase el artículo de M. VOVELLE, «L'histoire et la longue durée», en *La Nouvelle Histoire*, cit., pp. 316-343.

[132] Entre otros, M. BURAWOY y Th. SKOCPOL (eds.) (1982), *Marxist Inquiries. Studies of Labor, Class, and States,* Chicago, The University of Chicago Press.

[133] G. SARTORI y L. MORLINO (eds.) (1994 [1991]), *La comparación en las ciencias sociales,* Madrid.

[134] H. ATSMA y A. BURGUIÈRE (comps.) (1990), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et Sciences sociales* [Colloque 16-18 de junio de 1986], París, EHESS. Entre sus artículos, véanse sobre todo: C. TARDITS, «L'invitation au comparatisme. Marc Bloch et les anthropologues» (pp. 135-146); M. AYMARD, «Histoire et comparaison» (pp. 271-278); J. GOODY, «Marc Bloch and Social Anthropology» (pp. 317-324) y R. GREW, «On the Current State of Comparative Studies» (pp. 323-334).

[135] J. KOCKA (2002), *Historia social y conciencia histórica*, cit.; (21986), *Sozialgeschichte*, Gotinga, y (1982), «Klassen oder Kultur? Durchbrüche und Sackgassen in der Arbeitergeschichte», *Merkur* 36, pp. 955-965; E. J. HOBSBAWM (1991 [1971]), «De la historia social...», cit. *supra*.

[136] N. LUHMANN entiende que la sociedad es un sistema autorreferente y autopoético que se compone de comunicaciones (1990 [1984]), *Sociedad y sistema. La ambición de la teoría,* Barcelona, Paidós.

[137] J. VAN HORN MELTON (1994), «From Folk History to Structural History: Otto Brunner (1898-1982) and the Radical-conservative Roots of German Social History», en H. Lehmann y J. Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s,* Washington, German Historical Institute/Cambridge University Press. Véase también O. BRUNNER, W. CONZE y R. KOSELLECK (eds.) (1972-1997), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland,* Stuttgart, Klett-Cotta.

[138] F. M. Powicke, *Modern Historians...,* cit., p. 560.

[139] J. Kocka (1989 [1986]), *Historia social...,* cit., p. 5. La comparación a la que se refiere, hecha por K. G. FABER (1977), en *History and Theory* 16, pp. 51 ss.

[140] R. KOSELLECK (1972), «Begriffgeschichte und Sozialgeschichte», en *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp, [pp. 105-126 de la traducción española: *Futuro perfecto*, Barcelona, Paidós].

[141] R. RÜRUP (ed.) (1977), *Historische Sozialwissenschaft. Beiträge zur Einführung in die Forschungspraxis*, Gotinga. Desde 1973 en adelante, la revista *Geschichte und Gesellschaft*; muy nutrida, la serie editorial *Kritische Studien*.

[142] G. G. IGGERS (ed.) (1991), *Ein anderer historischer Blick. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Frankfurt/Main, Fischer Verlag.

[143] Berliner Geschichtswerkstatt (ed.) (1994), *Alltagskultur; Subjektivität und Geschichte. Zur Theorie und Praxis von Alltagsgeschichte*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

[144] J. Kocka, *Historia social...,* cit., pp. 101-102. El texto de R. KOSELLECK, «Darstellung, Ereignis und Struktur», en G. Schulz (1973), *Geschichte heute*, Gotinga, pp. 307-317. [*N. de la A.*: las cursivas son mías.]

[145] H. U. WEHLER (1990), «What is the "History of Society?"», *Storia della Storiografia* 18, pp. 5-19; (1991), «German History. Past, Present and Future», *Modern Germany Reconsidered,* Londres.

[146] A. LÜDTKE (ed.) (1989), *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen,* Frankfurt am Main/Nueva York (véase especialmente la «Introducción», del propio Lüdtke); H. SCHULZ (2000), «La nación tras el diluvio. Una perspectiva germano-oriental», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 22, pp. 303-324.

[147] W. SCHULZE (ed.) (1994), *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie. Eine Diskussion*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht; H. MEDICK (1998), «"Els missioners en la barca de rems?" Vies de coneixement etnològic com a repte per a la història social», en A. Colomines y V. S. Olmos (eds.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja, Afers, pp. 147-181.

[148] I. KERSHAW (21987), *The «Hitler-Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford.

[149] M. WILDT (1994), «Los talleres de historia en Alemania: un análisis al final de la posguerra alemana», *Taller d'història* 4, pp. 55-62. Para la antigua RDA, L. NIETHAMMER (1995), «¿Dónde estabas *tú* el 17 de junio? Un nicho en la memoria», *Taller d'història* 5, pp. 3-16.

[150] K. SCHLÖGEL (2000), «"Kommunalka" o el comunismo como forma de vida. Hacia una topografía histórica de la Unión Soviética»; G. T. RITTERSPORN, «Resistencia cotidiana. El folclore soviético no oficial en los años treinta», y G. THUM y J. M. FARALDO, «Las regiones occidentales polacas. Experimento social y arquitectura de las identidades», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 22, pp. 257-273, 275-302 y 325-346 respectivamente.

[151] W. J. MOMMSEN (1987), «Between Revisionism and Neo-Historicism. Recent Trends in Wert German Historiography», *Storia della Storiografia* 11, pp. 104-121 y (1988), «La storia come scienza sociale storica», en P. Rossi, *La teoria della storiografia oggi*, Milán, Mondadori, pp. 79-116.

[152] P. BORSCHEID (1983), «Plädoyer für eine Geschichte des Alltäglichen», enP. Borscheid y H. J. Teuteberg (eds.), *Ehe. Liebe. Tod. Zum Wandel der Familie, der Geschlechts–und Generationsbeziehungen in der Neuzeit*, Münster, pp. 1-14; M. BROSZAT (1982), «Plädoyer für die Alltagsgeschichte. Eine Replik auf Jürgen Kocka», en *Merkur* 36, pp. 1244-1248.

[153] J. Kocka, *Historia social...,* cit., p. 107.

[154] Por su plasticidad, reproduzco el resto de este párrafo: «Han hecho la misma elección, como M. M. Postan señala en una analogía, que hizo Newton el famoso día en que descansaba bajo el fabuloso manzano. Se podía haber formulado la pregunta obvia de por qué precisamente aquella manzana había escogido justo aquel momento para caer sobre su cabeza –que es lo que han hecho los historiadores tradicionalmente–

pero, en cambio, él se preguntó por qué las manzanas caen y así surgió la teoría de la gravedad. Si la historia no ha producido todavía un Newton o una teoría de la gravedad, parece por lo menos que ha alcanzado el estado desde donde puede dar el gran salto: desde la reunión y descripción de datos a la generalización y la formulación de proposiciones científicas, lo que otras ciencias inexactas como la botánica, la paleontología o la zoología hicieron hace mucho tiempo». [G. Barraclough, «Historia», cit., p. 557. La cita de M. Postan en (1971), *Fact and Relevance. Essays on Historical Method,* cit., p. 31.]

[155] M. AUGÉ (1994), *Pour une anthropologie des mondes contemporains,* París, Flammarion.

[156] L. Valensi y N. Wachtel, «L'historien errant», cit., p. 9.

[157] J. P. FUSI (1989), «Volver a Ranke», *Perspectiva contemporánea* 1, pp. 154-155.

[158] H. G. GADAMER (1990), *La herencia de Europa,* Barcelona, Península.

[159] Una muestra de la influencia de este estilo historiográfico en la vecina Bélgica, en E. VILQUIN (ed.) (1994), *Le Temps et la Démographie,* Lovaina, Academia/L'Harmattan (Actas del Coloquio «Chaire Quetelet 1993»). Un somero balance de cambios posteriores, en J. LE GOFF (1995), «Les retours dans l'historiographie française actuelle», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* cit., III, pp. 157-165.

[160] Por ejemplo P. BURKE (1996), *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia,* Barcelona, Gedisa.

[161] J. BESTARD (2001), «Antropología e historia: algunas consideraciones en torno a la historia de la familia en Europa», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales. Actas del IV Congreso de Historia Social de España* (Lleida, 12-15 diciembre 2000), Lleida, Editorial Milenio, pp. 85-100.

[162] B. PALMER (1994), «¿Existe, si es que alguna vez existió, la clase obrera?», en VV.AA., *A propósito del fin de la historia,* Valencia, Alfons el Magnánim, p. 167; J. FONTANA (1992), *La historia después del fin de la historia,* Barcelona, Crítica.

[163] R. NISBET (1991), *Historia de la idea de progreso,* Barcelona, Gedisa; E. BECKER (1980 [1968]), *La estructura del mal. Un ensayo sobre la unificación de la idea del hombre,* México, FCE. [La cita de Halperin: «La historia social en la encrucijada», en O. Cornblitt (comp.) (1992), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 95.]

[164] Para la identificación de tres lineamientos básicos: marxismo y cientificidad, historia total e historia social, y capacidad operativa de la historia, combinados los tres, M. TUÑÓN DE LARA (1973), *Metodología de la historia social de España,* Madrid, Siglo XXI. Véase también «El secano español», en J. Casanova, *La historia...,* cit., pp. 159-166 y C. FORCADELL (1992), «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea* 7, pp. 101-116.

[165] J. ANDRÉS GALLEGO (dir.) (1993), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia,* Madrid, Actas, y mi reseña en *Ayer* 14 (1994), pp. 181-185. Sobre todo, P. BURKE (1991), *New Perspectives in Historical Writing,* Oxford, Polity Press [Más ajustado, el título español: *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1993].

[166] J. RÜSEN (1995), «Social Change and the Development of Historiography. A Theoretical Approach», en V. Vázquez de Prada e I. Olábarri (eds.), *Understanding Social Change in the Nineties. Theoretical Approaches and Historiographical Perspectives,* Aldershot, Variorum (V Conversaciones Internacionales de Historia. Universidad de Navarra, 1993), pp. 111-126.

[167] R. ARON (1989), «De la condición histórica del sociólogo», en *Estudios sociológicos,* Madrid, Espasa-Calpe, p. 389.

[168] P. BURKE (1987), *Sociología e historia,* Madrid, Alianza Editorial, p. 35.

[169] N. Z. DAVIS (1991 [1990]), «Las formas de la historia social», *Historia Social* 10, pp. 177-182.

[170] Un comentario más exacto, en A. MEGILL (1993), «Relatando el pasado: «Descripción, explicación y narrativa en la historiografía», *Historia Social* 16, pp. 71-96.

[171] G. HIMMELFARB (1987), *The New History and the Old. Critical Essays and Reapraisals,* Cambridge Mass., The Belknap Press of the Harvard University Press, p. 4. [*N. de la A.:* las cursivas son mías.]

[172] Las recoge A. MARWICK (1970), *The Nature of History,* Londres, MacMillan. [Parte de este libro se incluye, a su vez, en A. MARWICK (2001), *The New Nature of History. Knowledge, Evidence, Language,* Houndmills, Palgrave.]

[173] Por ejemplo, F. M. Powicke, *Modern Historians…,* cit.

[174] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 558.

[175] M. WEBER (1984), «La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales», en *La acción social: ensayos metodológicos,* Barcelona, p. 140.

[176] Véase G. M. SPIEGEL (1995), «Towards a Theory of the Middle Ground: Historical Writing in the Age of Postmodernism», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* cit., I, pp. 169-176.

[177] H. GARFINKEL (1967), *Studies in Ethnomethodology,* Englewoods Cliffs, NJ, Prentice Hall. Los orígenes de la corriente se hallan en el austríaco A. SCHUTZ (1932), *Der Sinnhafte Aufbau der Sozialen Welt,* Viena.

[178] M. POLLNER (1974), «Sociological and Common-Sense Models of the Labeling Process», en R. Turner (ed.), *Ethnomethodology,* Hardmonsworth, Penguin Books, pp. 27-40.

[179] A. CAVALLI (1990), «Sul rapporto tra scienze sociali e storia comparata», en P. Rossi (ed.), *La storia comparata. Approci e prospettive,* Milán, Il Saggiatore, p. 409.

[180] S. Juliá, *Historia social…*, cit., p. 59.

[181] P. BOURDIEU (1989), *La noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, París, Les éditions de Minuit, p. 255.

[182] P. BOURDIEU (1991 [1980]), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus; F. HERAN (1987), «La seconde nature de l'habitus; tradition philosophique et sens commun dans le langage sociologique», *Revue française de Sociologie* (julio-septiembre), pp. 385-416.

[183] R. S. NEALE (ed.) (1983), *History and Class. Essentials Readings in Theory and Interpretation,* Oxford, Basil Blackwell. (Y allí, especialmente, G. STEDMAN JONES, «From Historical Sociology to Theoretical History», pp. 73-85 y J. FOSTER, «Class Struggle and Social Structure», pp. 222-247.)

[184] G. LEVI, «Sobre microhistoria», cit., p. 135.

[185] A. GIDDENS (1990), «El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura», en A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 254-289.

[186] K. JASPERS (1951 [1949]), *Origen y meta de la Historia*, Madrid, Revista de Occidente.

[187] E. P. THOMPSON (1989), «Folclore, antropología e historia social», *Historia Social* 3, pp. 81-102.

[188] I. OLÁBARRI (1993), «La Nueva Historia, una estructura de larga duración», en J. Andrés Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia,* Madrid, Actas, p. 31.

[189] G. Himmelfarb, *The New…,* cit. *supra,* p. 5.

[190] J. KOCKA (2000), «Historische Sozialwissenschaft heute», en P. Nolte *et al.* (eds.), *Perspektiven der Gesellschaftsgeschichte,* Múnich, C. H. Beck, cit. en J. Millán, «Presentación» a J. Kocka, *Historia social y conciencia…*, cit., p. 37.

[191] L. J. GRIFFIN y M. VAN DER LINDEN (1998), *New Methods for Social History*, *International Review of Social History* 43, *Supplement* 6 (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis).

[192] A. GERSCHENKRON (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective. A Book of Essays*, Cambridge Mass., Harvard University Press, pp. 5-6.

[193] E. J. HOBSBAWM (1974), «Economic and Social History Divided», *New Society,* 11 de julio de 1974, pp. 74-76.

[194] R. SWEDBERG (1987), «Economic Sociology: Past and Present», *Current Sociology,* p. 79.

[195] PH. STEINER (1997 [1995]), «Mise en perspective de la sociologie économique», en *Guerre et paix entre les sciences. Disciplinarité, inter et transdisciplinarité*, *La revue du MAUSS semestrielle* 10, pp. 83-102.

[196] W. J. MOMMSEN y J. OSTERHAMMEL (dirs.) (1987), *Max Weber and his Contemporaries,* Unwin Hyman; A. MARTINELLI (1986), *Economia e società: Marx, Weber, Schumpeter, Polanyi, Parsons e Smelser*, Milán, Edizioni Communità.

[197] R. J. HOLTON (1992), *Economy and Society,* Londres, Routledge; U. HIMMELSTRAND (ed.) (1992), *Interfaces in Economic and Social Analysis,* Londres, Routledge.

[198] M. GRANOVETTER y R. SWEDBERG (dirs.) (1992), *The Sociology of Economic Life,* Londres, Westview Press.

[199] R. SWEDBERG (1990), *Economics and Sociology. Redefining their Boundaries: Conversations with Economists and Sociologists,* Princeton, Princeton University Press; J. N. BARON y M. T. HANNAN (1994), «The Impact of Economics on Contemporary Sociology», *Journal of Economic Litterature,* pp. 1111-1146.

[200] B. WELLMAN (1988), «Structural Analysis: From Method and Metaphor to Theory and Substance», en B. Wellman y S. D. Berkowitz (eds.), *Social Structure: A Network Approach*, Nueva York; M. S. MIZRUCHO (1994), «Social Network Analysis: Recent Achievments and Current Controversies», *Acta Sociologica* 37, pp. 329-343; M. EMIRBAYER (1997), «Manifesto for a Relacional Sociology», *American Journal of Sociology* 103, pp. 281-317; CH. WETHERELL (1998), «Historical Social Network Analysis», *International Review of Social History* 43, supplement 6, pp. 125-144.

[201] A. ETZIONI y P. R. LAWRENCE (dirs.) (1991), *Socio-Economics. Towards a New Synthesis,* Sharpe.

[202] R. BOYER (1989), «Économie et histoire: vers de nouvelles aliances?», *Annales ESC,* 6, pp. 1397-1426.

[203] K. POLANYI (1989 [1944]), *La gran transformación. Crisis del liberalismo económico,* Madrid, La Piqueta. Una crítica, en D. C. NORTH (1977), «Markets and other Allocations Systems in History: the Challenge of Karl Polanyi», *Journal of European Economic History* 6/3, pp. 703-716.

[204] T. VEBLEN (1995 [1899]), *Teoría de la clase ociosa,* México, FCE.

[205] S. C. HUMPHREY (1960), «History, Economics and Anthropology: The Work of Karl Polanyi», *History and Theory* 8/2, pp. 165-212; M. HECHTER (1981), «Karl's Polanyi Social Theory: A Critique», *Politics and Society* 10/4, pp. 399-429.

[206] G. LEVI (1990), *La herencia inmaterial. Historia de un exorcista piamontés del siglo XVII,* Madrid, Nerea; y el artículo «Giovanni Levi», en M. Jalón y A. Colina (eds.), *Los tiempos del presente. Diálogos,*

Valladolid, Cuatro Ediciones, pp. 89-106.

[207] M. GRANOVETTER (1985), «Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness», *American Journal of Sociology* 91, pp. 481-510.

[208] A. W. CROSBY (1998), *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600,* Barcelona.

[209] J. RÜSSEN (1984), «Von der Aufklärung zum Historismus. Idealtypische Perspektiven eines Strukturwandels», en H. W. Blanke y J. Rüssen (eds.), *Von der Aufklärung zum Historismus,* Padeborn.

[210] G. G. IGGERS (1986), «The European Context of Eighteenth-Century German Enlightenment Historiography», en H. E. Bödeker (ed.), *Aufklärung und Geschichte,* Gotinga, pp. 225-246. Véase también J. J. CARRERAS (1993), «Teoría y narración en la historia», *Ayer* 12, pp. 17-28.

[211] *Revue Historique* 61, 1896, pp. 322-327, cit. en J. J. Carreras, «Ventura...», cit. *supra,* p. 20.

[212] M. BLAUG (1990), *Economic Theories. True or False? Essays in the History and Methodology of Economics,* Hampshire; A. SALANTI y E. SCREPANTI (1997), *Pluralism in Economics. New Perspectives in History and Methodology,* Brooksfield.

[213] G. G. IGGERS (1979), «The Transformation of Historical Studies in Historical Perspective», en G. G. Iggers y H. T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies,* Londres, pp. 5 ss.

[214] J. HABAKKUK (1971), «Economic History and Economic Theory», *Daedalus* 100, pp. 305-322; M. KAMMEN (comp.) (1980), *The Past before Us: Contemporary Historical Writing,* Ithaca, Cornell U. P.; D. S. LANDES y CH. TILLY (1971), *History as Social Science,* Englewood Cliffs, Prentice Hall; P. D. MCCLELLAND (1975), *Causal Explanation and Model Building in History, Economics and the New Economic History,* Ithaca, Cornell U. P.; D. C. NORTH (1977), «The New Economic History after Twenty Years», *American Behavioral Scientist* 21, pp. 187-200; P. TEMIN (1966), «In Pursuit of the Exact», *Times Literary Supplement* 28/7, pp. 652-653; K. W. WATCHER *et al.* (1978), *Statistical Studies of Historical Social Structure,* Nueva York, Academic Press.

[215] T. C. BARKER (1977), «The Beginnings of the Economic History Society», *Economic History Review* 30/1; G. UNWIN (1927), *Studies in Economic History,* Londres.

[216] F. FURET (1972), «Quantitative History», *Daedalus* 100, pp. 151-167; F. FURET y E. LE ROY LADURIE (1970), «L'historien et l'ordinateur: Compte-rendu provisoire d'enquete», *Rapport Collectif presenté par le CRH de l'EPHE,* Moscú, Nauka; M. LEVY-LEBOYER (1969), «La New Economic History», *Annales* 24, pp. 1035-1069.

[217] R. FLOUD (1975), *Métodos cuantitativos para historiadores,* Madrid, Alianza Editorial; D. S. LANDES *et al.* (1974), *Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa*, Madrid; W. KULA (2002), *Las medidas y los hombres*, Madrid, Siglo XXI; R. ANDREANO (comp.) (1970), *The New Economic History: Recent Papers in Methodology,* Nueva York, Wiley; W. O. AYDELOTTE (1971), *Quantification in History*, Reading Ma., Addison-Wesley; L. BENSON (1972), *Toward the Scientific Study of History*, Filadelfia, Lippincott; TH. C. COCHRAN (1964), «Economic History, Old and New», *American Historical Review* 74, pp. 1516-1572; S. L. ENGERMAN (1980), «Counterfactuals and the New Economic History», *Inquiry* 23/2; R. W. FOGEL (1965), «The Reunification of Economic History with Economic Theory», *American Economic Review* 55, pp. 92-98; «The Limits of Quantitative Methods in History», *American Historical Review* 80, pp. 329-350.

[218] Estados de la cuestión para el caso de España, en R. VILLARES (1999), «La historia agraria de la España contemporánea. Interpretación y tendencias», en J. de la Granja *et al., Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 219-243; R. ROBLEDO (2002), «Nuevas y viejas cuestiones en la historia agraria española», *Ayer* 47, pp. 261-275.

[219] A. B. CROSBY (1997), *The Measure of Reality: Quantification and Western Society, 1250-1600,* Cambridge Ma., Cambridge U. P.

[220] Una revisión del concepto, y de sus aplicaciones empíricas no sólo económicas sino también socioculturales, en J. RULE (1990 [1986]), *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Barcelona, Crítica.

[221] H. KAELBLE (1986), *Industrialisation and Social Inequality in 19th. Century Europe,* Leamington Spa/Heidelberg, Berg.

[222] R. FORSTER (1978), «Achievements of the Annals School», *The Journal of Economic History* XXXVIII/1, pp. 58-76.

[223] S. BEAVER (1975), *Demographic Transition Theory Reinterpreted*, Lexington Ma., Lexington Books; J. C. CALDWELL (1983), *Theory of Fertility Decline*, Londres, Academic Press.

[224] E. A. WRIGLEY (1992 [1985]), «El descenso de la fecundidad matrimonial en Francia en el siglo XIX: ¿modelo o excepción?», en *Gentes, ciudades y riqueza…,* cit., pp. 369-439.

[225] Una introducción básica a todos estos temas, en P. MACRY (1997), *La sociedad contemporánea. Una introducción histórica*, Barcelona, Ariel.

[226] M. LIVI BACCI (1988), *Ensayo sobre la historia demográfica europea. Población y alimentación en Europa*, Barcelona; V. PÉREZ MOREDA (1980), *Las crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX,* Madrid, Siglo XXI; R. I. ROTBERG y T. K. RABB (comps.) (1990), *El hambre en la historia,* Madrid.

[227] Una buena lectura introductoria en C. CIPOLLA (1993), *Contra un enemigo mortal e invisible,* Barcelona, Crítica. También M. y J. L. PESET (1972), *Muerte en España,* Madrid, Seminarios y Ediciones.

[228] H. H. LAMB (1982), *Climate History and the Modern World,* Londres, Methuen; E. LE ROY LADURIE (21983), *Histoire du climat depuis l'an mil,* París, Flammarion, 2 vols.

[229] J. BERNABÉU (1995), *Enfermedad y población. Introducción a los problemas y métodos de la epidemiología histórica*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència.

[230] R. COOTER (1992), *In the Name of the Child. Health and Welfare, 1880-1940*, Londres, Routledge; J. M. BORRÁS (1996), *Historia de la infancia en la España contemporánea*: *1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales; R. BALLESTER (1985-1986), «Tendencias de la historiografía pediátrica española», *Dynamis* 5-6, pp. 367-380.

[231] P. PÉREZ CANTÓ y M. ORTEGA (eds.) (2002), *Las edades de las mujeres*, Madrid, Universidad Autónoma.

[232] J. STILLWELL y P. CONDON (1991), *Migration Models: Macro and Micro Approaches,* Londres, Bellhaven Press; R. GARCÍA ABAD (2002), «Las redes migratorias entre el origen y la ría de Bilbao a finales del siglo XIX: una aproximación metodológica», *Revista de Demografía Histórica* XX/1, pp. 21-51.

[233] P. LASLETT (ed.) (1972), *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press; T. HAREVEN (1995), «Historia de la familia y la complejidad del cambio social», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica,* XIII/1, pp. 99-149.

[234] J. SILVESTRE (2000), «Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos. Un estado de la cuestión», *Historia agraria* 21, pp. 157-192.

[235] La revista *Historical Methods* se centra preferentemente en enfoques cuantitativos, de una u otra inspiración. En el caso del principal texto de metodología en castellano (C. CARDOSO y H. PÉREZ BRIGNOLI, *Los métodos de la historia,* Barcelona, Crítica, 1976) la inspiración teórica procede del marxismo.

[236] C. CARRASCO (ed.) (2001), *Tiempo, trabajos y género,* Barcelona, Universitat de Barcelona; T. K. HAREVEN (1982), *Family Time and Industrial Time. Interdisciplinary Perspectives on Modern History,* Cambridge, CUP; C. GOLDIN (1990), *Understanding the Gender Gap;* H. CUNNINGHAM y P. P. VIAZZO (eds.), *Child Labour in Historical Perspective, 1800-1985. Case Studies from Europe, Japan and Colombia,* Florencia, Istituto degli Innocenti/Unicef.

[237] E. J. HOBSBAWM (1991 [1971]). Posiciones más recientes en VV.AA. (1992), *After the End of History,* Londres, Collins y Brown, con introducción de A. Ryan. [Hay coetánea traducción en Valencia, Alfons el Magnánim, 1992.] También J. CASANOVA (1991), *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?,* Barcelona, Crítica.

[238] O. F. HAMOUDA y B. B. PRICE (1991), *Verification in Economics and History. A Sequel to «scientifization»,* Londres.

[239] C. G. HEMPEL (1966), «Explanation in Science and History», en W. F. Dray (ed.), *Philosophical Analysis and History,* Westport, pp. 95-126; P. GARDINER (1952), *The Nature of Historical Explanation*, Oxford, Greenwood Publishing Group [reed. 1985].

[240] P. CHAUNU (1970), «La histoire sérielle. Bilan et perspectives», *Revue historique* CCLIII/2, pp. 297-320.

[241] De los tres últimos autores, véase (1961), *American Economic History. The Development of a National Economy*, Homewood Illinois, Irwin.

[242] R. W. FOGEL (1966), «The New Economic History: Its findings and methods», *Economic History Review* 2.ª serie, vol. XIX, pp. 642-656; L. Engerman (1966), «The economic impact of the Civil War», *Explorations in Entrepreneurial History* 2.ª serie, vol. III, pp. 176-199.

[243] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 389.

[244] P. MCLELLAND (1975), *Causal Explanations and Model Building in History. Economics and the New Economic History*, Nueva York, Ithaca; P. A. TONINELLI (1989), «Origine e prospettive metodologiche della "*new economic history*"», en P. Rossi (ed.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Milán.

[245] P. TEMIN (comp.) (1984), *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, prólogo de G. Tortella; P. O'BRIEN (1984), «Las principales corrientes de la historia económica», *Papeles de Economía española* 20, Madrid.

[246] R. W. FOGEL (1974), *Railroads and American Economic Growth Essays in Econometrics History,* Londres; R. W. FOGEL y S. L. ENGERMAN (1981 [1974]), *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos,* Madrid, Siglo XXI.

[247] *Ibid.,* p. 5.

[248] D. N. MCCLOSKEY (1987), *Econometric History*, Londres, Mac Millan.

[249] P. JANSSENS (1981 [1978]), «Verificación empírica y verificación experimental en historia económica», en J. Topolski *et al.*, *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas*, Barcelona, Crítica, pp. 60-70.

[250] F. FURET (1974 [1971]), «Le quantitatif en histoire», en J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire*. I. *Nouveaux problèmes,* París, Gallimard, pp. 42-61.

[251] K. H. JARAUSCH (1990), «The Role of Quantitative Methods in History: Decline or Reawakening?», *Storia della Storiografia* 18, pp. 43-60.

TERCERA PARTE

IV. Trayectorias historiográficas, influjos y enfoques renovados

La historia oral

La diferencia entre el *lenguaje oral* y el *lenguaje escrito* ha sido objeto de atención por parte de psicólogos, antropólogos y lingüistas, más tarde también de comunicólogos e historiadores. Se ha escrito mucho sobre las distintas características, tanto funcionales como formales, que revisten cada uno de los dos tipos de discurso, el oral y el escrito[1], y sobre los efectos decisivos que pudiera haber tenido en sus orígenes para la mente humana, y para la cultura en consecuencia, la *invención* de la escritura[2]. Hay así quien llega a reclamar en exclusiva para el texto escrito efectos de extremada importancia, como el haber creado las condiciones históricas de posibilidad del desarrollo del *conocimiento científico* –la creación del razonamiento lógico incluso–, pero la mayoría coincide en afirmar que la invención de la escritura es decisiva al menos en la forma de almacenar la información, incitando a los individuos a la secuenciación de *memoria*s cuya consulta reiterada no sólo se hace posible a partir de ese almacenamiento, sino que se ve incitada y alimentada por el hecho mismo de que existe esa *construcción* documental sistemática que la escritura engendra[3].

La que nació con el nombre de *historia oral* (por sustitución del vacío que la ausencia de fuentes para la *escrita* había dejado en ciertas comunidades), surgió con aplicaciones muy concretas, de intencionalidad antropológica. Hoy el empleo de fuentes orales es entendido en cambio más extensamente como un instrumento *sociocientífico* de gran importancia, a caballo entre la cultura *literaria* y la elaboración *política* de un género interdisciplinar, que sirve con eficacia a la construcción de *identidades* particulares, y que además constituye un novedoso recurso histórico. Ese cambio de orientación, perspectiva y funciones tiene que ver con el hecho de que, si bien originariamente era fundamental su desarrollo como herramienta de trabajo en países africanos y oceánicos (donde no existían registros escritos o no se conservaban)[4], más tarde se extendió a todos los lugares y todo tipo de situaciones, hasta hacerse prácticamente imprescindible en cualquier género de elaboraciones sobre las sociedades y los acontecimientos del presente[5].

De interés específico ante todo para la generación y recogida de información (ya sea en audio o en vídeo) acerca de colectivos o grupos humanos sobre los que normalmente era escasa la información con que contaban antropólogos o sociólogos, la *historia oral* iría poco a poco revelando su importancia para conocer otros aspectos insuficientemente documentados en las ciencias sociales,

como es, sin duda, el caso del comportamiento familiar. En la actualidad, son muchas las perspectivas y marcos de aplicación en que, habiendo trascendido las fronteras de la antropología y la sociología cualitativa, la *historia oral* se exhibe como una tentativa deliberadamente pluridisciplinar, que gusta de convocar a practicantes de varias materias o de distintos ámbitos[6]. Y que ha logrado superar, con más o menos vacilaciones en su contra, las reticencias a que estuvo sometida hasta hace una década, especialmente en el interior mismo de la historiografía, a la que tanto tardará en llegar[7].

Dentro de nuestro campo el uso de las fuentes orales no se extendió, efectivamente, hasta la segunda mitad del siglo XX[8]. Y cuando llegó, lo hizo como una *técnica* al servicio de la *historia social,* por lo general sin más aspiraciones de independencia o de sustituir radicalmente a otro tipo de fuentes, y mucho menos de iniciar una discusión teórica. Pero del propio desarrollo de su práctica se derivaron enseguida novedades y cambios. Los más rápidos tuvieron que ver con una orientación *democratizante* del género histórico que la introducción de la fuente oral supo encarnar visiblemente y que ella misma vino a favorecer. Muchas veces su impostación concreta aparece dotada de notaciones de *historia popular,* aquella modalidad de historia social que trataba de llevar a los propios actores sociales a un primer plano del relato científico, restándole en cambio protagonismo al autor del texto historiográfico. Dicha forma de hacer constituye una aproximación y un proyecto alternativos, que se practica por ejemplo en los *History Workshops* («talleres» o laboratorios de historia, denominación elegida en lugar de la de «seminarios», más académico y convencional) que animó en el Ruskin College de Oxford el historiador Raphael Samuel.

Desde 1967 su revista, *History Workshop. A Journal of Socialist Historians,* marcó las pautas de una profunda reconsideración de las relaciones entre el sujeto y el objeto de la historiografía, así como del papel del historiador. Introducir el concepto de «experiencia» (experiencia *vivida*, si bien no al modo de la fenomenología) les resultó tarea crucial. Cobran gran importancia, de este modo, los datos autobiográficos y biográficos, los testimonios directos y, también, las cuestiones de técnicas y método a propósito de cómo recoger datos, cómo manejarlos e interpretarlos[9]. Todo ello juntamente implica, como se ha recordado con acierto desde la antropología, una andanada fuerte contra el positivismo, pero también contra el objetivismo convencional[10]. El siguiente paso consistiría, entonces, en acercarse a los estudios sobre relaciones de género, algo que no era nada imprevisible. En 1981, atentos los editores de la revista al impacto de enfoques antropológicos o sociológicos, y a partir de la consolidación en el propio centro de una corriente feminista ligada a la experiencia doble del

«68», la denominaron *History Workshop. A Journal of Socialist and Feminist Historians.*

También con la etiqueta «taller de historia», la editorial londinense Routledge and Kegan Paul mantuvo abierta una serie de monografías con similar estrategia: «Acercar los límites de la historia a la vida de la gente», mostrar *in extenso* los efectos políticos de contrastar sus propias experiencias (y los relatos acerca de esas experiencias) con lo que dicen a propósito de los acontecimientos que las limitan las fuentes de carácter oficial. Así, frente a «la relación de la policía o el ministerio del interior, debería contraponerse la relación de los huelguistas; y a las razones del sindicalista las del militante de base». En cuanto a la tarea del historiador, asumiría ésta una doble faceta: «Enriquecer la historia profesional con nuevas fuentes», propiciando su constante creación, y «proporcionar conocimiento y densidad cultural a los militantes, informarles de cuanto precede históricamente a su propia experiencia, para que sepan dónde están y qué es lo que tienen en torno». Este último esfuerzo exigiría todavía algo más: poner en manos de los militantes «los instrumentos de expresión y comunicación para hacer llegar su experiencia y su pensamiento a otros militantes y a los historiadores; hacerles capaces de escribir y elaborar su historia, y no ya sólo hacerla»[11].

Pero no todo uso de la fuente oral nació con una utilidad política tan amplia e inmediata. Hubo quien la pensó como instrumento para la actuación práctica (es decir, *política*), sin dejar de intuir su potencial filosófico y teórico. Un autor, Ronald Fraser, cuyo buen quehacer en el uso de las fuentes orales fue mostrado en un libro de impacto extraordinario en la historia oral hecha en España *(Recuérdalo tú y recuérdalo a otros),* apunta con certeza al valor «mediador» de la fuente oral: «A pesar de sus problemas», escribió a principios de la década de 1990, «las fuentes orales nos proporcionan dos ventajas considerables, en mi opinión. Como, por su naturaleza, son simultáneamente representaciones de situaciones y de reacciones a estas situaciones, o sea, de las estructuras y de la praxis, ponen en tela de juicio cualquier intento de concebir la realidad socio-histórica tanto como el resultado de estructuras “objetivas” puras o como el resultado de la acción subjetiva pura. Por eso creo que es mediante la praxis del sujeto como las fuentes orales pueden captar mejor la experiencia –en sus dos términos usuales– y la subjetividad para fines históricos»[12].

En las décadas de 1970 y 1980 (en España más bien en esta última) tuvo lugar cierta polémica a propósito del lugar que deberían ocupar las *técnicas* orales en el conjunto de la discusión epistemológica y de método. Según la mayoría de los introductores de la fuente oral en la historiografía, no habría una específica *historia oral* (a pesar de que la etiqueta circulara) separada del resto de la historia

(historia social, por excelencia), al margen suyo o en competencia con ella. Sino que habría de hablarse de usos específicos de las *fuentes orales*. Esa tensión, que acompañó a la adopción de dichas fuentes por los historiadores, se ha ido diluyendo, sin embargo, en la medida en que la propia historia social ha ido perdiendo también aquel protagonismo abarcador que la caracterizara y se han modificado en consecuencia, al mismo tiempo, los debates acerca de la naturaleza de la historia. Pero, entre tanto, la discusión habría contribuido a incrementar el carácter interdisciplinar de las estrategias de investigación histórica y sin duda ha supuesto un avance indudable en el proceso de *normalización* historiográfica del testimonio oral.

Dicho de otra manera, ahora que comúnmente se dota a la fuente oral, al igual que a imágenes o iconos de todo tipo, de validez heurística y de reconocimiento académico, creo que puede afirmarse que terminó la batalla por conseguir la legitimación instrumental que marcó el arranque de la institucionalización de los enfoques y metodologías orales, cuando era frecuente discutir el carácter *objetivo* del testimonio oral y, por lo tanto, negar rotundamente su valor *científico* y probatorio. Hoy, cuando la fuente escrita aparece desprovista de la inmunidad y el blindaje rankeanos, no se trata ya tanto de que las cuestiones en torno a las que se discute (la autorreflexividad, la subjetividad como herramienta conceptual apta, la lógica de la emisión y recepción de un texto, la mediación, etc.) afecten o puedan afectar prácticamente a todo tipo de fuentes, sino que desde distintas perspectivas se insiste vivamente en el valor cognitivo de la *subjetividad,* como poco a poco han ido consiguiendo imponer entre sus partidarios las corrientes hermenéuticas.

Alguien tan relevante en este campo como es la italiana Luisa Passerini, exploró ya un camino, en la década de 1980, pavimentado con conceptos científico-sociales cualitativos que afirman la *subjetividad* no sólo como objeto, sino también como *modo de conocimiento,* y que a la par otorgan significados diferentes al concepto de *racionalidad*[13]. Como nos recuerda Alexander von Plato, incluso «los testimonios subjetivos también son fuentes para la historia considerada globalmente en los ámbitos a pequeña escala para los que no se dispone de otras fuentes, o cuando es preciso conceder un lugar central a las fuentes subjetivas debido al carácter del objeto que se está considerando. Éste es el caso del estudio de la evolución de las relaciones en el seno de las familias y entre parientes, los roles de género y los estilos educativos, las actitudes y valores relacionados con el trabajo y las descripciones de los puestos de trabajo, pero también de la reproducción de grupos de personas de elite en las comunidades, partidos y otras instituciones, el compromiso y los rituales religiosos, la secularización, etc.»[14].

El uso de las fuentes orales, en efecto, y no ya de modo complementario o subalterno sino con carácter central o incluso único, resulta actualmente ser una opción teórico-metodológica reconocida y aceptada como una de las vías posibles de abordar la construcción historiográfica: «Porque la historia no es algo que haya sucedido hace más o menos tiempo», escriben J. M. Marinas y C. Santamaría, dos sociólogos, «sino una realidad presente que se sigue alimentando cotidianamente y que se dispersa en el tiempo, preparando lo que aún no sabemos que va a ocurrir: la historia de hoy se teje para el futuro que viene. Pero también para "construir" el pasado, nombrando, delimitando los padecimientos, comprendiendo los momentos de cambio, de pérdida, de empuje. La historia no es una disciplina en manos de los historiadores, es una materia viva, patrimonio de la humanidad, y más incidentalmente de aquellos que han protagonizado los periodos que, de una u otra forma, elegimos desde diferentes perspectivas de interés. Materia viva que crece no sólo en la memoria interior de los hombres y las mujeres, sino principalmente en las "relaciones" que sean capaces de potenciar la reconstrucción de un relato que le devuelva la vida a la historia misma, a través de la relación narrativa por excelencia: la palabra y la escucha. El investigador y el informante componen así un tándem irremplazable en la historia de la historia. Porque en esa relación, y no en los individuos aislados que la forman, es donde se responde al porqué y al para qué, donde se alumbra la verdad velada por los libros»[15].

* * * * *

De un potencial *democrático* indudable (puesto que ha sido puesta al servicio de la mayoría de las gentes, indistintamente, y no tan solo para dejar constancia de los protagonistas de excepción), y de una capacidad *didáctica* extraordinaria, por la empatía que suscita en el aprendiz –no menos, normalmente, que en el entrevistador–[16], la fuente oral resulta ser la *causa* principal, y a la vez el *producto* inmediato o efecto consecutivo, de aquella democratización de la escritura de la historia que es un signo indiscutible de nuestro tiempo, la nota dominante de un porcentaje amplio de su producción total. Característica o distintiva en cuya aceptación general –como apunta Philippe Joutard[17]– tanto ha pesado el notable incremento, de la curiosidad de los historiadores por explorar *otros* temas; su interés evidente por acercarse a realidades y procesos que no son ya los usuales y más convencionales; su deseo, en fin, de que «las *historias* de nuestros abuelos no se vayan con ellos»[18]. [Un deseo, si bien se mira, que apenas tiene nada de especial. No con otro objetivo decía escribir Gibbon sus *Memorias:* «El vivo deseo de conocer y dejar constancia de nuestros antepasados prevalece con tal frecuencia que debe de depender de la influencia de algún principio común en las mentes de los hombres»[19].]

Sucede sin embargo como recuerda Ken Plummer, que curiosamente «las historias de viejos tienden a hablar más del presente que del pasado…»[20]. La vertiente *experiencial* que buena parte de los historiadores con fuentes orales aceptan de buen grado les llevará, a partir del análisis de la elaboración del pasado que el narrador «vuelca» en ese presente, a interpretar también su percepción del futuro, sus *expectativas*. En ese orden de cosas, el rechazo que la *historia de vida,* como una de las formas de hacer historia oral, provocó en quienes la consideran el receptáculo de una triple ilusión («la ilusión del transcurso de los acontecimientos completo, la ilusión de un principio y un final definidos, y la ilusión de una imagen objetiva del pasado»), puede ser rebatido a su vez con argumentos de tipo *«etnológico»* por quienes, como Niethammer o como Franzke, utilizan aquélla fértilmente, cambiando la pregunta original: «¿Por qué –y ésta es la clave– *corregimos el pasado que nosotros mismos hemos experimentado*?» al narrar… ¿Por qué «no permitimos que los recuerdos *pongan en peligro* la imagen que tenemos de nosotros mismos…»?[21].

En origen, la panorámica inaugural de la *historia oral* en nuestra disciplina tiene que ver con los cambios de estilo y orientación teórica de la *historia social* que comenzaron a hacerse visibles hace tres décadas: «Representantes líderes de la llamada ciencia social histórica –escribe el alemán Lutz Niethammer– parecen sentirse provocados por el hecho de que la historia social cualitativa, su arsenal doméstico macrosociológico de teorías resulte cada vez más envejecido y acrítico, que su invocación de racionalismo crítico aparezca como una reducción estéril y sin consecuencias prácticas en los modos de conocimiento histórico y que, en la historia, la obstinación de los sujetos y de los mundos de experiencias cotidianas, no se demuestre mucho más apta para la sintetización que en la vida real»[22]. [Era esta manifestación una fuerte crítica a los envites que desde la *Sozialgeschichte* se hacían a la *historia de la vida cotidiana,* que él mismo practicaba como fuente oral.]

Muchas veces se ha escrito que la historia oral (el uso de sus fuentes) representa una apuesta combativa, «política» en toda la extensión de la palabra, por sacar a la luz las *«voces que permanecen al margen de la historia oficial»,* rescatando del olvido a través de la fuerza de sus propias palabras a personas excluidas en razón de su clase, su género, su raza, su actividad política o su identidad sexual. La historia oral sería, de esta manera, el medio más potente de incorporar a la *memoria viva* del presente a múltiples *testigos* (reviste gran importancia este concepto) procedentes de sectores y grupos de la sociedad cuyas acciones, en caso de faltarnos su *testimonio* (otro término importante), hubieran de quedar por siempre ocultas y en la ignorancia de la posteridad. Es una forma, pues, de responder al reto de buscar la *verdad*. La proyección *ética* de este ejercicio,

visible y generosa, aparece por lo común explícita en un tipo de relato histórico que se desea muy *práctico* y poco artificial. Su modo de expresión, emotivo y enfático, no duda en subrayar los marcos dependientes de la interpretación.

* * * * *

Philippe Joutard reagrupa las diversas funciones que las fuentes orales nos ofrecen de la forma siguiente: «En primer lugar, la entrevista oral ofrece testimonios de la historia de acontecimientos en el sentido clásico del término, ya sean políticos, económicos o culturales, aislados o formando parte de un encadenamiento. En segundo lugar, la entrevista oral aporta su contribución a la etnohistoria, o dicho de otro modo: una historia más lenta, sin hechos notables, una historia de la vida cotidiana. También pone de relieve el testimonio indirecto, no el de las personas que han vivido lo que cuentan, sino el que transmite lo que les han dicho otros, es decir, la tradición oral. En otro orden de cosas, la historia oral nos informa de la manera como funciona la memoria de un grupo»[23]. Pero también, e insistiré ahora en ello, la historia oral se plantea problemas de carácter más general o directamente epistemológico, de indudable importancia.

Su introducción en la historiografía, su «descubrimiento» –si se prefiere así–, plantea preguntas generales sobre la *constitución* y el estatuto de las fuentes que sirven a la escritura de la historia, y sobre su forzoso carácter incompleto o *parcial,* además de sobre cuál es el papel desempeñado por el *observador* en la selección y manejo de esas fuentes, sobre la *contextualización* social e histórica de un *texto,* etc. Tales preguntas, que destruyen la pretensión de impecable *objetividad* que los historiadores convencionales atribuían a sus fuentes escritas (y que siguen atribuyéndoles todavía quienes más «creen» en tal objetividad), llevan en cambio inscrita la clásica cuestión de la *subjetividad* (tanto la del propio historiador como la de los *textos* o materiales que emplea, independientemente del tipo de soporte), incorporando al centro de la crítica historiográfica inspiraciones o perspectivas hermenéuticas.

Bien es cierto que tales *dudas* no se plantean sólo desde la estrictamente denominada «historia oral», puesto que cualquiera de los enfoques teóricos que hacen imprescindible el uso de sus fuentes (es decir, la *historia de la vida cotidiana*, la *historia reciente,* los *interaccionismos* de cualquier tipo y muchos de los planteamientos de *género,* como luego se verá), sitúan a su vez esos principios en el vértice de sus mecánicas particulares de innovación y cambio. Así, por no poner más que un ejemplo ahora, merece la pena señalarse cómo la *reflexión* a propósito de la *emoción* que suscita, o puede suscitar, la entrevista, permitiría quizá superar, en el caso de las mujeres –opina Wendy Rickard–, el bloqueo de comunicación provocado por el *trauma* y el *tabú,* devolviéndolos así al ámbito público y provocando efectos terapéuticos[24].

Desde el punto de vista de la proyección, *práctica* y política, de los *testimonios* –la vertiente quizá más debatida de la historia oral–, se insiste por quienes la consideran positiva en que una expansión aún mayor de su uso podría contribuir a aumentar la complejidad participativa de la vida social, incidiría en su ampliación y profundización democráticas, ensancharía en fin el campo de la experiencia política de la ciudadanía. En resumidas cuentas, no habría forma más *democrática* de hacer historia que la historia oral, y por ello no sería en absoluto casual que la *historia de las mujeres* ocupe en su contexto, invariablemente, un lugar principal. Practicar la creación y recogida de fuentes, su difusión y archivo, puede ser en efecto una forma directa de coadyuvar, participativamente, a la acción democrática de una comunidad.

Pero la historia oral *no es sólo eso* (por más que indudablemente sea importante). No consiste tan solo en una formulación *alternativa,* ideológica y socialmente *radical,* ofrecida por grupos de historiadores e historiadoras (muy importante el peso de las mujeres en su cultivo y difusión) frente a los temas, y las preocupaciones, del repertorio clásico. Más allá de este modo de abordarla, denostado por sus enemigos e invocado en cambio con satisfacción por sus cultivadores, la historia oral supone y representa en la historiografía, desde el punto de vista de su *status,* algo bien novedoso y muy complejo, en la medida en que comporta una ruptura que atañe a la definición actual de la disciplina en su *totalidad,* introduciendo en ella problemáticas (o volviéndolas a replantear) que, en buena parte, han orientado la evolución más reciente del género. La historia oral es, por ello, desde esta perspectiva, un centro de innovación de primer orden en cuanto al *significado,* al *tono* y a la *forma* en que son presentados actualmente los tipos de discurso sociohistórico, como un conglomerado de aproximaciones y enfoques con dos únicos puntos en común: el cultivo de la *temporalidad* como herramienta imprescindible para indagar sobre la *acción* humana, y el intento de *comprender* las actuaciones de los *individuos,* sus elecciones, en el contexto de la *acción* social.

Al trasladarse a la historiografía la preocupación por conseguir el *testimonio directo* de los actores sociales (y construir partiendo de él un *relato*, de aliento explicativo o, con más frecuencia, interpretativo, con indudables conexiones con los relatos literarios además)[25], se habría dado lugar a experiencias de exploración historiográfica distintas. Pueden definirse varias modalidades, unas convergentes con planteamientos específicos de las ciencias sociales y asentadas en ellas[26], otras en cambio con cierta vocación de autonomía, reclamando un espacio más particular. Tanto sociólogos como historiadores han dejado evidencia de la profunda transformación que, en su modo de hacer, suponía adoptar este tipo de fuentes. Para los historiadores, se incrementó además el potencial de

cambio epistémico con el hecho mismísimo de creación de la fuente –en nuestro oficio, un hecho excepcional–[27].

El alemán Lutz Niethammer insiste en hacer ver que la *historia oral* no es «un determinado tipo de historia que se basta con la tradición oral», como para los antropólogos, sino «una técnica específica de investigación contemporánea», una batería metodológica que soporta estrategias diferentes de investigación y cuyo objetivo principal es percibir la *experiencia*[28]. Valorar positivamente o no, con todas sus consecuencias derivadas, la proyección de la propia experiencia del entrevistador dependerá, no obstante, de posiciones varias. Y en la adopción de una u otra de esas posiciones no intervendrán tan sólo las cuestiones de método, sino elementos tanto de estilo cognitivo o emocional como de carácter ideológico[29].

Desde la perspectiva que da la consideración privilegiada de la escala de análisis, quienes más han aclarado su posición frente al aspecto *textual* y retórico de todo producto historiográfico (incluido el oral) son los microhistoriadores, al menos los más interesados en la cuestión teórica, como es el caso de Giovanni Levi, historiador de las relaciones de parentesco[30]. «Los problemas de prueba y demostración en historia mediante el recuento de ejemplos concretos tienen, en general, una relación íntima con las técnicas de exposición», escribe Levi: «No se trata de una mera cuestión de retórica, pues el significado de la obra histórica no puede reducirse a ella, sino de un problema específico de comunicación con el lector, quien nunca es *tabula rasa* y siempre plantea, por tanto, un problema de recepción»[31].

Hace ya tiempo que Alessandro Portelli[32] recordaba a su vez que «lingüistas, teóricos y críticos literarios que trabajaron con material oral llamaron la atención sobre el hecho de que la cualidad oral de las fuentes no es una simple casualidad», que se resuelve lisa y llanamente al transcribirlas, «sino el meollo de su significado y relevancia». Él mismo, en una aplicación empírica importante[33], apuntó que el *significado de la narrativa* en historia oral se encuentra en la *dialogante* forma verbal de la entrevista, y que «el análisis de la estructura narrativa y simbólica, y la variabilidad y multiplicidad de variantes y versiones son una clave para los significados implícitos» que se contienen en el relato. Así, «la interacción mutua del investigador y el informante, lejos de ser un impedimento o una impureza, son *la identidad específica del género de la entrevista en historia oral*». Porque, en efecto, «las fuentes orales no son sólo "testimonios" de los hechos, sino también su "interpretación" expresada, tanto a través de la dimensión explícitamente estimativa del relato como implícitamente a través de los procesos creativos, controlados e incontrolados, que introducen en la reconstrucción histórica trazos de imaginación, sueño, recuerdo, arte de la

formalización verbal, pero también silencios y omisiones»[34]. Las elusiones o «nichos en la memoria», los lapsus o los chistes, se introducen también[35].

Con todo, advertencias de este tipo no siempre han sido recogidas por el grueso de los historiadores, aunque vaya creciendo la sensibilización, y aunque ya no sea del todo extraña la presencia de discusiones en torno a la intersubjetividad y la experiencia vivida, discusiones que, por lo general, se importan directamente del campo de la antropología[36]. Paul Thompson nos pone sobre aviso del giro metodológico que entraña el hecho mismo de «construir» la fuente, una vez que con ella los historiadores «pueden ponerse en el lugar del editor: pensar qué evidencia se necesita, buscarla y conseguirla». De manera que «para la mayoría de los tipos de historia existentes, probablemente el efecto crítico de esta nueva aproximación» (había escrito Thompson en 1978) «es que posibilita la evidencia desde una dirección nueva»[37]. Es, brevemente dicho, y como escribió Mercedes Vilanova, «la sensación de estar renovando las interpretaciones historiográficas…»[38].

La introducción en la historiografía de aquellas *voces, relatos* y *narrativas* eludidas por la historia «oficial» anticipa la posibilidad de que surjan *nuevas preguntas* ante el historiador, y que éste ofrezca a su vez nuevas *respuestas*. Procederían éstas, en primera instancia, de la evidente incorporación a la materia histórica de nuevos *actores sociales*, pero también de las maneras en las que se enfrentan los investigadores a la *construcción* interpretativa en que, por fuerza, se convierte la historia desde esta perspectiva, con los conceptos de *«interacción»* y de *«memoria»* articulando el nexo entre el pasado y el presente.

En espacios históricos como la España del final del franquismo y los comienzos de la transición, por poner un ejemplo cercano, aquella característica –su carácter alternativo frente a las interpretaciones dominantes– habría incrementado la fuerza combativa y el empuje con que irrumpen las fuentes orales[39]. Pero este caso nuestro sólo es reflejo de una situación general, a partir de la cual toda una serie de posibilidades, teóricas y técnicas, han sido incorporadas por estudios históricos de muy diverso tipo y alcance, cuyo número crece cada día –al ser prácticamente imprescindible su empleo en la abundante *«historia del presente»*–, siendo también creciente la variedad de sus aplicaciones.

Constituida sobre *testimonios personales* en los que es decisiva la *narratividad,* la historia oral implica (conscientemente o no) un carácter *autorreflexivo*[40], muestra antológica de la convergencia entre elementos sustantivos de la antropología, la sociología y la historia. A veces, las menos frecuentes, la historia oral se sitúa a caballo con la sociolingüística, y dentro de ella la *etnometodología*[41]. La mayor parte de los estudios que obedecen a esta

perspectiva pueden catalogarse si se prefiere, como *historia de la vida cotidiana*[42].

En cuanto a su contribución a la estrategia de democratización de la investigación histórica y la escritura sobre un sujeto social lo más amplio posible, ya a mediados de la década de 1990 –y desde la propia historia oral– hubo quien clamó contra la trivialización y el exceso de multiplicación de los objetos de estudio, contra su evidente falta de jerarquización –por no hablar de las insuficiencias metodológicas, frecuentes–[43]. (Se trata no obstante de una queja similar, si bien se mira, a la que hallamos en otros muchos *nichos de novedad,* en cualquier otra instrumentación de aquellos «préstamos» que los historiadores tomamos de las ciencias sociales. Y reproduce los mismos lamentos, ya conocidos desde el historicismo liberal, por la dispersión de resultados.) El reto principal de cara al futuro, por lo tanto –a afrontar el cual animaba el francés Joutard a fines de la década de 1990–, consistiría en ver «si es posible evitar la fragmentación de la historia oral» reforzando el diálogo «entre empeños diversos y con metodologías diferenciadas, en los que el testimonio oral tenga un estatuto radicalmente distinto». Y, sobre todo, el reto consistía en conseguir «transformar esa diversidad, próxima a la fragmentación a veces, en una oportunidad y un enriquecimiento mutuos»[44].

* * * * *

Como disciplina académica con suficiente grado de diferenciación, la *historia oral* se constituyó a fines de la década de 1960. Bajo influencias como la del antropólogo Oscar Lewis, cuya obra emblemática, *Los hijos de Sánchez,* constituye desde finales de los años cuarenta un «clásico» –o con referentes básicos como *El campesino polaco,* de Thomas y Znaniecki–, se llegó en la ciencia social al descubrimiento, como escribe el sociólogo Daniel Bertaux, de que «la recogida de historias de vida», una de las técnicas principales usadas en historia oral, significaba «no sólo una práctica empírica nueva, sino también una redefinición, paso por paso, de la *totalidad* de nuestras aproximaciones a la práctica sociológica». Por las mismas razones, se deseará enseguida incorporarla también a la historiografía, obteniendo del cruce de preguntas, y de la mezcla heurística, una nueva estrategia combinada.

Una aproximación *novedosa*, en efecto, porque «cuestiona todas las ideas recibidas: no sólo las que derivan de la tradición positivista de la sociología empírica, sino también aquellas que provienen de las corrientes filosóficas hegemónicas». Lo cual quiere decir, para Bertaux –quien escribe a principios de los años ochenta–, que se descartan ya el estructuralismo y el marxismo, tendencias que habían marcado antes la experiencia investigadora del propio autor[45], y que otros muchos seguían practicando por entonces.

Quienes emprendieron estudios de historia oral no se plegaron por completo, sin embargo, a las instrucciones concretas de la antropología o la sociología; hubo incluso quien se propuso también *innovar,* desde la propia historia. Pero no siempre cuantos han aportado una mirada más original, e indiscutiblemente *histórica,* a ese campo de influencias cruzadas que abre la historia oral, han ejercido profesionalmente como historiadores: se trata de una paradoja nada infrecuente. Así ocurre con la antes citada Passerini, que incorpora conceptos como «mentalidad» (tomándolo de Durkheim, y adelgazándolo) o «memoria colectiva» (de Halbwachs, desproveyéndolo de sus connotaciones más rígidas), y añade elementos del psicoanálisis a través de P. W. Winnicott y teoría de la *autobiografía*. Pergeñó de esta manera un enfoque original que se salía del marco acostumbrado de los estudios literarios, que son su especialidad; un modo de proceder muy atrevido para el momento (por *intersubjetivo*) en un contexto sólo incipientemente postestructural.

La italiana lo aplicó a biografías de mujeres obreras[46], un objeto frecuente en la emergente *historia de las mujeres y de las relaciones de género,* llena de innovaciones a su vez en este campo de la cultura del trabajo y de las experiencias laborales[47]. Su obra entera aparece revestida de originalidad historiográfica, combinando autobiografía e historia, psicoanálisis y literatura. Comentando su *Autorittrato di gruppo* (1988), alguien valoraría su forma de presentación como «muy adecuada para la historia oral». Aquélla no era otra, sin embargo, que la representación teatral, un procedimiento tradicional en los Estados Unidos[48] y del que hoy todavía se nutre una parte importante del procedimiento de la *simulación* histórica, acomodada a las nuevas características del *personaje* y el *acontecimiento,* desde lo «excepcional» a lo «significativo»[49].

En cuanto a su aplicación del concepto de *memoria*, ésta sería una continua *reinterpretación* de sí, de la propia historia *individual* y *colectiva:* «Formas imaginarias y elementos tomados de la experiencia de lo real colaboran en la constitución de un sistema de memoria capaz de estrategias y de adaptaciones, de variaciones según cambie el presente»[50]. *Amnesia* y *memoria* colectivas hallan, de esta manera, sus vías de impostación particular, su historia propia, constituyendo el sustrato sobre el que se libra una lucha continua, perpetuamente omnipresente por el *poder*. Una definición –también de Luisa Passerini, y que Alessandro Portelli hace suya a su vez– resume claramente, desde esta perspectiva, el objeto y el método de la estrategia: «La historia oral intenta establecer un concepto de memoria como acto narrativo y mediación simbólica, que debe ser analizado en sus diversas manifestaciones históricas y sociales. Descubrir las discontinuidades, las contradicciones, la inercia, pero también la creatividad y fidelidad de la memoria como un acto individual en contextos

sociales, puede entenderse como contribución para ampliar y humanizar el concepto de verdad histórica».

Un sociólogo cualitativo también italiano, Franco Ferrarotti, tiene en su haber la pionera exploración en profundidad de la *historia de vida,* la técnica biográfica por excelencia en historia oral[51]. Desde el punto de vista ideológico –que es también *teórico* hablando en puridad– su investigación, que dará origen a una próspera escuela en Roma (Bertelli, Acioti, Crespi entre sus discípulos) y a una revista, *La Critica Sociologica,* sostiene Ferrarotti el compromiso con los sujetos urbanos marginados y, después, con la inmigración y la multiculturalidad. Por eso precisamente contienen sus estudios una vertiente socioantropológica sobre la experiencia religiosa[52].

La relación de la historia oral con los estudios sobre mujeres *(Women's Studies)* es muy fuerte y estrecha, dándose además la circunstancia de que el éxito de las fuentes orales entre las historiadoras –y en general, entre todas cuantas mujeres conocen de primera mano la fuente oral, aunque sea someramente– constituye un dato sociológico, como lo es también la mayor facilidad de aquéllas para incorporar la subjetividad y el relato autobiográfico a la historiografía académica, e incluso la versatilidad mostrada para conectar con los aspectos lingüísticos y otras formas de expresividad, a veces situadas en confrontación con otras perspectivas académicas[53].

La sensibilidad de las historiadoras en todos estos aspectos suele ser superior a la de sus colegas varones: Gabriele Rosenthal, por ejemplo, en el curso del análisis formal y estructural de las experiencias que constituyen el objeto de sus historias de vida, ha llamado nuestra atención sobre el hecho importante de que la cultura lingüística occidental (pero *no otros* sistemas y otras lenguas) carece en realidad de un repertorio de expresiones adecuadas para designar *sensaciones corporales* como, entre otras, las causadas por el hambre de las posguerras[54]. La misma Rosenthal, en otro texto, radicaliza su percepción de la naturaleza de las *historias de vida,* fuertemente influida por Husserl: «Nuestro punto de partida –escribe en 1991– es que la narración de acontecimientos experimentados individualmente no es puramente accidental, ni puede estar simplemente causada por un humor accidental o por factores de interacción. La historia de vida no consiste en una cadena atomística de experiencias, cuyo significado se crea en el momento de su articulación, sino [que es] más bien un proceso que tiene lugar simultáneamente contra el telón de fondo de una estructura de significado biográfica. Esta textura de significado se afirma y transforma constantemente en el "flujo de la vida", está constituida por la interrelación de modelos de planificación e interpretación de la vida "normal" dados y prefabricados socialmente, junto con los acontecimientos y experiencias de más relevancia biográfica y sus sucesivas reinterpretaciones»[55].

Y, citando a W. Fischer, redondea: «Estas interpretaciones suelen encontrarse fuera del acceso consciente del biógrafo, mostrando sus efectos a espaldas de los individuos; están constituidas por su estructura biográfica general –a veces manifiesta en la narración global– moldeando el pasado, el presente y la vida futura que se anticipa». No todos, sin embargo, plantean la historia oral de modo parecido.

* * * * *

Cuatro estrategias básicas de investigación nutren la práctica de la historia oral[56]. La primera recoge a los denominados «puristas de la lengua hablada» (respetuosos del modo de expresión oral) y la segunda a los «prescriptivistas del lenguaje escrito» (partidarios de la transcripción literal, técnica para trasladar al papel la fuente sonora que no consigue captar la interacción verbal ni se lo propone)[57]. La tercera es la practicada con fundamentos «etnometodólogicos», y la cuarta sigue principios «funcionalistas», siendo fuera de los Estados Unidos la más común. En cuanto a sus consecuencias de estilo (que lo son también de fondo), la diferencia entre ellos es fundamental. Puesto que los *prescriptivistas* respetan y mantienen la tradición historiográfica escrita, abogan por formatos legibles, similares a los de cualquier otro texto propio de la disciplina de la historia. En la transcripción se expurgarán los elementos del habla, eliminando las repeticiones y titubeos para que no estorben la idea principal. La puntuación es clásica y sigue los principios de orientación de la frase. Sólo se suelen incorporar el punto y aparte –porque indica oposición– y el signo de interrogación, mas no los demás signos.

Muy distinta resulta la perspectiva *etnometodológica,* que apoya con energía el registro escrito de la entrevista, pero además busca la mayor cantidad de información posible en el entorno con el objeto de crear un *contexto* que permita interpretar los *intercambios* comunicativos. Cualquier tipo de notas sobre el lugar donde se desarrolla la entrevista, o sobre sus antecedentes, se suele incorporar[58]. Los etnometodólogos (un enfoque teórico ya antiguo en la sociología cualitativa, pero que ha emergido en las dos últimas décadas con vigor renovado, en parte debido a su influencia en la historia oral), pretenden conservar no sólo *cuanto es dicho* en el intercambio entre entrevistador y entrevistado, sino *la manera* (polifónica, heteroglósica, interaccional) en que se expresa el acto de la comunicación.

Un reto metodológico como éste es más dificultoso, porque como recuerda Kate Moore, las notas que son tomadas por el investigador a propósito del contexto «se hallan sujetas a un proceso de reconstrucción que tiene lugar en la memoria del entrevistador». Por añadidura, los símbolos que en la transcripción dan cuenta de los gestos «aún no han logrado un consenso entre los investigadores». Podría

decirse, para abreviar, que las dudas de los practicantes de la historia oral a este respecto son las mismas que las que vienen manifestando los antropólogos *interpretativos*.

La estrategia *funcionalista,* por último, coincide con los puristas del lenguaje hablado en respetar la grabación, y con los etnometodólogos en que, si se utiliza una transcripción, el documento escrito debe incluir alguna información acerca del contexto en que se ha producido el intercambio comunicativo. Con todo, sus partidarios no aceptan las categorías gramaticales ni la puntuación tradicionales, sino que se fundamentan en la prosodia para establecer sus propias unidades comunicativas y puntuación. Las frases incompletas, la retroestimulación verbal, los repasos, las repeticiones y los titubeos –se sostiene– *son,* en sí mismos, elementos comunicativos que contribuyen a transmitir los mensajes, y por tanto deben conservarse en la transcripción. No obstante, no parece que exista tampoco un sistema de representación uniformemente aceptado entre los investigadores, o desarrollado por completo[59].

En la mayoría de las diversas formas empleadas, los narradores proporcionan al historiador *relatos descriptivos* del mundo social que éste *interpreta* sobre la base de sus propias *interpretaciones,* más o menos *explicativas* en su apariencia e intención. Pero la «etnometodología» –un tipo de análisis interaccional, recordémoslo– no toma por descripciones de la realidad social los informes que los actores hacen de aquélla: «Si describo una escena de mi vida cotidiana –se informa al lector–, no es por *explicar* el mundo por lo que interesaría al etnometodólogo, sino porque, al realizarse, mi descripción *fabrica* el mundo, lo *construye*». De esta manera, «hacer visible el mundo es hacer comprensible mi acción al describirla, porque doy a entender su *sentido* al revelar los procedimientos que empleo para expresarla»[60]. Como Harold Garfinkel escribiera ya en 1952, si se da por supuesta la existencia de un orden de sucesos en las actuaciones humanas, lo que deberíamos averiguar es «cómo los hombres, aislados pero al mismo tiempo en una extraña comunión, acometen la empresa de construir, probar, mantener, alterar, legitimar, cuestionar o definir un orden *juntos*»[61].

A estas alturas, el eclipse de la historia social de fundamentación estructuralista –ya sea de inspiración marxista o no– ha abierto la puerta a la sustitución extensa de *lo general* por *lo particular* (la «vuelta del sujeto» se le ha llamado a veces, equívocamente). En su impacto sobre la historia oral, ello ha supuesto el retroceso de lo que Daniel Bertaux llamó el *modo etnosocial o etnosociológico* (habría ciertas «leyes», se suponía, que guiarían la conducta de los testimonios en su organización de los recuerdos y en la construcción de las historias o relatos de vida). Y se ha ido viendo favorecida en cambio esa otra vía que puede

denominarse, con carácter general, *modo hermenéutico* (la que se inclina por la indagación de los *significados* y por los procesos colectivos de su asignación, por el estudio de valores *simbólicos* que crean *identidad*).

Por la dificultad de establecer los propios límites interpretativos en la valoración de tales significados, y por su naturaleza limítrofe con disciplinas nuevas –todas ellas atentas a *otros* lenguajes y a otros modos de expresión que no son siempre el oral (ni tampoco el escrito), y que trascienden el campo de la lingüística para ir hasta el de la representación visual–, tales procedimientos hacen más complicado su empleo y llegan a encarecerlo enormemente. No obstante, van siendo cada día más utilizados, en tanto se descartan los que les precedieron. [De esta manera la *experiencia,* la experiencia *vivida* –con sus huellas y manifestaciones, con los objetos susceptibles de evocar el recuerdo también–, acaba llenándolo todo. Se ha convertido en un concepto estrella junto al de *identidad*.]

Una enumeración somera de los asuntos que más preocupan en la evolución reciente de la historia oral y de sus elementos *teóricos* y *conceptuales,* sus problemas de *método* o sus *innovaciones* específicas debería comenzar resaltando el triunfo –acaso temporal pero indudable– de las perspectivas *hermenéuticas*. Afectan al tratamiento de los mismos sujetos colectivos que irrumpieron con fuerza en los años setenta: las *mujeres* (y su identidad construida por el género, en relación con el *poder*), su resistencia al ejercicio de los poderes, a la violencia y presión *desde* aquél; pero también hacen referencia a la construcción de todo tipo de *identidades* colectivas (en especial las minorías, los refugiados[62] y la cuestión nacional), así como a la elaboración de la *memoria* (con su envés, el *olvido*)[63], un asunto de nuevo en estrecha relación con el *poder*. «Tomar en cuenta que la memoria es algo activo y que los recuerdos se construyen –advierte Josep Fontana– es tan importante para quienes utilizan libros de memorias como para quienes trabajan con testimonios recogidos oralmente»[64].

Por lo mismo, la consideración de *los silencios*, en especial la relación entre violencia y silencio que existe en los regímenes no democráticos o en cualquier situación cotidiana, concreta, de violación de las libertades, pasa a ser esencial[65]. Se ha constituido así un repertorio variado de temas específicos, referido a objetos que podrían considerarse «antiguos» (y no son de hecho «nuevos»), pero que reaparecen contemplados a la luz de una nueva sensibilidad. Las experiencias de guerra y represión –tanto durante aquélla como inmediatamente después– ocupan un lugar prioritario[66], producto doble de que éstas «son más fáciles de narrar que un "vivir" difuso y caótico», como recuerda Gabriele Rosenthal, y de la consideración social extensamente negativa de las guerras frente a una valoración, *in crescendo*, altamente positiva de la paz.

Pero también merece la pena señalarse la aparición de sujetos históricos de alcance meramente *individual* y no ya colectivo, algo que podría haber sorprendido al historiador que trabaja con fuentes orales tan sólo hace unos años, cuando la dominante era clarísima de orden social, pero no sin embargo al periodista, quien entre otros profesionales practica la entrevista a «personalidades» de relieve desde tiempo atrás. La nueva perspectiva supone la introducción de enfoques *micro*, con la incorporación de estrategias venidas del individualismo metodológico como forma de acercamiento al sujeto concreto y particular. Así sucede a veces; pero otras, las más abundantes, tratarán los historiadores de responder por este procedimiento al reto decisivo de interpretar la *acción* del individuo en el marco de la *estructura* social, y salvar, de este modo, la brecha abierta entre las dos posturas tradicionales tanto en ciencias sociales, como desde hace tiempo, en la propia historia: la *generalizadora* y la *particularista*.

Los microhistoriadores insisten en encontrar los *significados* que la disociación de elementos –la fragmentación de bloques, que así dejan de parecer opacos y se hacen transparentes– les permite entrever[67]. En cualquier caso, «el terreno sigue estando ampliamente abierto a la exploración de los historiadores», como recuerda G. Levi, quien sin dejar de entablar polémica con la antropología[68] –no con la historia tradicional, que elude–, opina que «el problema reside en cómo podríamos elaborar un paradigma que gire sobre el conocimiento de lo particular sin renunciar a la descripción formal y al conocimiento científico de ese mismo particular»[69]. Lo que, en cualquier caso, parece claro es que «la estructura no da explicaciones de los comportamientos y de los acontecimientos. Describe, como mucho, cómo algunas características definen una cultura: sus valores, actitudes generales y modales»[70].

La propia escuela de los *Annales* se ha dejado empapar del trasfondo filosófico postestructural que viene definiendo este conjunto de situaciones diversas, y de la *estructuras* ha pasado sin dificultad a las *redes* (un concepto procedente de la teoría relacional), desde los *sistemas de posición* se ha virado sin gran complejo hacia las *situaciones vividas,* o desde las *normas colectivas* se ha ido rápidamente hasta las *estrategias individuales*. Ese giro profundo ha variado sustancialmente muchos de los supuestos fundamentales de la escuela francesa, aunque sus componentes hayan recurrido con regular sistematicidad –ahora ya no tanto, a lo que parece– a textos tomados de los «padres fundadores», situándolos al lado de los suyos propios para avalar que están en el «origen», y así ofrecer suficiente razón de su legitimidad.

De ahí la multiplicación cuasi infinita de posibilidades existentes. Lo que ya estaba inscrito en la rejilla *histórico-social* bajo procedimientos de enfoque

colectivo y externo (historia de las mujeres, minorías e indentidades, memorias compartidas y construcción social del recuerdo y el olvido…), todo ello, ha sido trasladado de escala: el hombre o la mujer con un *nombre* concreto (aunque ese nombre sea común, sin notoriedad; mejor incluso si es así), que construyen su *vida* proyectando sobre ella *autorreflexividad* (si es que se trata de construcción *autobiográfica*); el hombre o la mujer que, día a día, *negocian* su *experiencia* con el entorno y *cuentan* a los demás esa experiencia, de modo que, al contarla, construyen su propia *identidad,* la crean y la modelan, están rehaciéndola constantemente. Cristina Borderías por ejemplo –una autora representativa, entre nosotros, de los cambios acaecidos en la escritura de la historia oral, en sus estrategias y sus lenguajes–, en relación al mundo del trabajo femenino que es su objeto de estudio, se esfuerza –como escribe Lía Cigarini– en «contraponer una historia abstracta construida sobre mujeres, a una historia concreta salida de sus experiencias y contada por ellas mismas»[71]. Consciente de la *diversidad* en las identidades que analiza (y de cómo ella misma se halla, en efecto, *interviniendo* en la investigación), busca, y encuentra, no sólo lo *que une* a los sujetos de su estudio y sus experiencias de trabajo entre sí, sino también aquello *otro que separa* a dichas mujeres, y que las *diferencia*.

Ni el éxito reciente de la *biografía* es sorprendente, desde esta perspectiva, ni mucho menos lo será el del relato de vida *autobiográgico,* que en los contextos anglosajones e incluso recientemente en Francia, ha prosperado a partir de la incitación de la antropología y otras ciencias o enfoques sociales, entre ellos el psicoanálisis y, claro está, los estudios de género[72]. [Siendo el *yo mismo* (el «self») el punto central de la reconstrucción, es fácil aceptar las diferencias en este orden de cosas marcadas por el género[73], y tampoco será sorpresa el constatar el conjunto diverso de modulaciones que considera el *propio cuerpo* (especialmente el cuerpo femenino) un escenario óptimo para las relecturas del *poder*: el cuerpo palimpsesto sobre el que *se escribe* y en el que *se inscriben* todo tipo de relaciones de poder[74].]

A darle cabida atiende un marco de referentes científico-sociales variados, además de un *vocabulario nuevo* (obediente a conceptos diversos a su vez), apenas estrenado. Pero un vocabulario que es ya parte constituyente, imprescindible y sustantiva, de la historia oral. Así se extienden términos como *negociación* o *renegociación, comunidad* y sus varios significados, cercano alguno de ellos al de *identidad,* un vocablo especialmente útil para combinar la perspectiva general con la particular. Entendiendo que cada uno de nosotros pertenecemos a diversas comunidades –edad, espacio, género, nación o profesión–, este último concepto contribuye a ordenar la realidad sociohistórica

de modo que sepa reconocer las perspectivas, los deseos y las actuaciones de los sujetos *concretos* de la investigación.

* * * * *

Respecto a su incorporación a la historiografía española, cuyo balance realizó en 1995 con buen conocimiento de la situación Cristina Borderías[75], hay que añadir que, desde entonces a la fecha, el trabajo con fuentes orales está suponiendo una importante aportación a la elaboración de la «historia de las mujeres»[76], pero también a la denominada «historia del presente». [Es notorio que las características de esta última son distintas a las de otras formas de hacer historia, y en parte deben esa especificidad a la historia oral.] Por otra parte, en una historiografía en general falta de tradiciones académicas sólidas y asentadas, como es la nuestra (y que no obstante ha crecido muchísimo en el último cuarto de siglo, abriéndose a perspectivas diversas y abrazándolas simultáneamente) [77], no parece extraño que el fuerte impacto *culturalista* y fenomenológico que incorporan las fuentes orales (es decir, la *valoración de la experiencia vivida* y la legitimación del *potencial heurístico de la subjetividad)*, no haya hecho aún más que empezar a introducirse y que, en cierto modo, halle dificultades en llegar a «comprenderse».

Han comenzado a explorarse efectivamente, aunque sólo sea en parte (y gracias al considerable nivel de la revista *Historia y Fuente Oral,* más tarde denominada *Historia, Antropología y Fuentes Orales*)[78], el papel de la subjetividad en la construcción del relato y en la investigación, los matices inscritos en las distintas técnicas del *análisis narrativo*, la cuestión de la entrevista *interactiva* y la presentación *polivocal*, o la aproximación al concepto fenomenológico de *«experiencia»* y la *percepción* subjetiva de los procesos sociales[79]. Se ha cuidado más, en consecuencia, la atención a los problemas de la *memoria* y la *representación* que los relativos a la *reflexividad* y el texto[80].

Fuera de ese ámbito, una parte importante de los trabajos realizados sigue aún inspirada por el afán de c*uantificación* y de ofrecer una aportación de resultados complementarios o correctores frente a las interpretaciones dominantes. Apenas se han interesado los investigadores sin embargo, al contrario de lo que sucedió en otros países –los Estados Unidos o la Alemania occidental– al comienzo de la institucionalización de la historia oral, por la construcción de archivos destinados al *«rescate extensivo de personajes significativos»,* empresarios, intelectuales o políticos. No es casual, por tanto, que se carezca de una institución científica especializada que trate de potenciar todos estos aspectos, y que a veces no acaben de cuajar las asociaciones profesionales que lo intentan[81].

Para ir concluyendo ya, podríamos decir con Ph. Joutard que «el gran mérito de la historia oral es sacar a la luz realidades que encontraríamos tal vez esparcidas en la inmensidad de lo escrito, pero imposibles de distinguir si uno no está sensibilizado para ello». Y, si bien pudiera ser que en ocasiones no fuese tan «radicalmente nueva» como afirmaban sus primeros practicantes, lo cierto es que «transforma lo suficiente las percepciones del historiador como para que, una vez practicada, [éste] tenga deseos de proseguir más profundamente». De manera que, «al final del camino el historiador descubre a la vez la complejidad de lo real y la fuerza de lo imaginario y reencuentra la afectividad que el mero contacto con los papeles habría podido hacerle perder». Porque «quien no ha escuchado esas voces que vienen del pasado no puede comprender la fascinación que ejerce la encuesta oral. Ese lazo carnal es en definitiva un don, al cual no se renuncia fácilmente cuando se ama la historia»[82].

Con todo, se percibe generalmente demasiado recelo ante la sociología y la antropología, más aún frente al análisis lingüístico, como si todavía fuera posible preservar la unidad (y la identidad específica) del género historiográfico tan solo por el hecho de prestarles a aquéllos menos atención. Predomina, por tanto, en nuestra historia oral (y por ello también en la *historia del presente*) un carácter mayoritario de naturaleza *sociopolítica* y una tendencia a la *objetivación* del discurso que, algo más erosionado quizá que en la década anterior, se muestra aún francamente dominante. Apenas aparece todavía el interés por las diversas maneras de *narrar* las historias que ofrecen los *testimonios,* por las formas de expresión de los entrevistados y por la propia textura de la oralidad[83]. Por esto, apenas se discute a propósito del papel que desempeña en la vida de los narradores *el hecho de narrar* y el resultado final de *lo narrado,* es decir, qué efectos acarrea la propia experiencia de la narración en sus sujetos activos, y a la inversa[84]. Estaríamos lejos de una actitud plenamente entregada a estos efectos como es, por ejemplo, la de Carole Mei McGranahan[85], cuando articula en torno a unas palabras de su entrevistada –una refugiada tibetana en Katmandú– *toda su propia interpretación* de la historia del Tíbet (nada menos que eso) entre 1934 y 1974. Las palabras pronunciadas en su testimonio, tan emotivas como generadoras de sentido en la entrevistadora, serían las siguientes: «La historia es verdad y miedo. Y algunas mentiras».

Historia intelectual e historia cultural

El arranque de una historia *cultural* entendida al modo *clásico* puede situarse verosímilmente en el siglo XVII. Desde entonces hasta hoy el concepto ha ido asumiendo formas variadas y contenidos múltiples, al hilo de las transformaciones ideológicas y los procesos de tipo material[86]. Pero tiene razón seguramente E. Gombrich cuando afirma que el «interés por la variedad de las

condiciones culturales» que existía en aquella época, sin embargo, «nunca hubiera llevado» por sí solo «a la preeminencia de la historia cultural, de no haber sido por un nuevo elemento que entró en escena a renglón seguido, «la creencia en el progreso»: la única que, de hecho, «podía unificar la historia de la humanidad»[87].

A lo largo del siglo XVIII, cuando se difundieron los términos *«cultura»* y *«civilización»* enfrentados a los de *barbarie* y *salvajismo,* la historia que pretendía iluminar aquellas circunstancias y esos procesos de mejora y avance era, en definitiva, la historia del ascenso de la humanidad «a partir de un estado casi animal hasta llegar a una sociedad cortés, al cultivo de las artes, a la adopción de valores civilizados y al libre ejercicio de la razón»[88]. El propio siglo XVIII, con su interés por el folclore y la etnografía, abriría al estudio general de la *cultura material* –y en especial a lo que se llamó *culturas populares*–, un campo extenso de indagaciones y de búsquedas, cuyo desarrollo y cuya deriva científica hizo suyos específicamente y difundió, con el paso del tiempo, la antropología[89].

Pero las acepciones del término «cultura», y en consecuencia las variedades de «historia cultural» que existen, si las abordamos en conjunto tanto en su perspectiva histórica disciplinar como en su vigencia actual, son muchas y cambiantes. Valga por el momento con una sola, producto de un acuerdo conceptual regido por la sociología: «La cultura consiste en formas de conducta explícitas e implícitas, adquiridas y transmitidas mediante símbolos, constituyendo el logro más característico de los grupos humanos incluyendo su materialización en objetos. El núcleo esencial de la cultura consiste en las ideas tradicionales (esto es, históricamente generadas y seleccionadas) y especialmente los valores a ellas vinculados. Los sistemas de cultura pueden, por una parte, ser considerados como productos de la acción, y por otra como elementos condicionantes de la acción futura»[90]. Parte de la complejidad que reviste el término «cultura», sin embargo, es resultado de su asociación con otras palabras como «estética», «gusto», «cultivo», «discriminación», «sensibilidad» y «humanidad», como ha puesto de relieve agudamente el crítico literario Giles Gunn. Pero otra parte se deriva también, como él mismo recuerda, de su conexión íntima, inseperable, con los cambios socioculturales producidos por la revolución industrial y los orígenes de la democracia[91].

Entendida como un «objeto por armar» o «historia en perspectiva», como la veía Carlos Serrano en 1996[92], podrían repetirse ahora, referidas a ella, buena parte de las cosas que hemos venido diciendo hasta aquí a propósito de la *historia social*, y en especial de la *historia de las mentalidades*, de la historia *sociocultural neomarxista* o de la denominada *historia de la sociabilidad*[93] (en relación estrecha con la historia de la *cultura popular*)[94] y, en general, en

términos extensos, podríamos remitirnos al *giro antropológico* de la historiografía[95]. Por ello no nos puede extrañar que, a mediados de la década de los noventa, al presentar un *Diccionario* de historia cultural del siglo XX, el editor francés de dicha obra no vea la manera de esconder al lector que la primera limitación (consciente) del fragmentario resultado ofrecido en el texto consistía en la falta de definición previa del objeto, un ejercicio «vano» –a su decir–, tanto por los cambios sufridos a lo largo del tiempo por el propio concepto, como por su evidente subjetivización[96] y por lo inabarcable.

Un par de décadas después de que diera comienzo la floración de *historia cultural* que hoy presenciamos, hay quien no deja de preguntarse a propósito del porqué de esta expansión, así como por alguna de sus contradicciones: «Lo que ahora me parece problemático –escribirá en 1994 el alemán Gerald Strauss– es lo siguiente: ¿cómo puedo, en mi trabajo profesional, aplaudir las formas de la gente común en los tiempos antiguos cuando, como habitante de mi propio momento y entorno histórico, siento tan poca simpatía, y prácticamente ninguna sensación de parentesco, con la cultura popular de mis contemporáneos?»[97]. [Reflexionaba así sobre una obra suya, veinte años anterior, que giraba en torno a la resistencia popular al indoctrinamiento luterano, y se asombraba, sin hipocresía, con su indisimulada complacencia ante esa forma de rebelión contra el poder.]

Le demos la respuesta que le demos a esta nada trivial interrogación, lo cierto es que el abanico desplegado –desde la benevolencia condescendiente al entusiasmo enfático o ingenuo– que puede acompañar a los enfoques *«desde abajo»* (la microhistoria incluida) proyectados sobre la cultura popular desde Bajtin acá, ha ido facilitando la multiplicación de perspectivas y ha hecho heteróclito el resultado actual. Frente a quienes creyeron, como Foucault, que la *alteridad* convertía a los grupos sociales dominados en opacos, en realidades prácticamente ininteligibles para el historiador[98], irían prosperando sin embargo otros muchos autores que ponderasen la riqueza encerrada en un filón documental inmenso, virtualmente intacto e inexplorado[99]. La historia de la cultura abarca por lo tanto, a estas alturas, objetivos amplísimos, recubriendo el espacio que antes tratara de cubrir la historia social. Y en cierto modo, ha venido a dar razón a quienes, como Francisco Ayala, calificaban ya a la cultura (en 1947, luego bajo influencia clara del historicismo) como «el sujeto viviente de la historia»[100].

Muchos de sus supuestos y notas características reaparecerán a la hora de hablar de las complejas relaciones (bien sean asumidas o, por el contrario, negadas) que sostiene la *historia cultural* con la *historia intelectual*. «Lo que toda historia cultural debe pensar hoy –escribía Roger Chartier en 1992– es la articulación paradójica entre una *diferencia* (aquella por la cual todas las

sociedades, en modalidades variables, han separado de lo cotidiano un dominio particular de la actividad humana) y unas *dependencias,* las que inscriben, de diversas maneras, la invención estética e intelectual en sus condiciones de posibilidad e inteligibilidad»[101].

Pero también converge en su ejercicio plural un «cierto ímpetu moral» seguramente, como sugiere con énfasis G. Strauss: «La excitación de recuperar vidas perdidas; el placer de avanzar más allá de estereotipos obsoletos sobre el pueblo o las masas; la útil comprensión de que la alta cultura, como cualquier otra, tiene un coste social; la promesa de acallar una dolorosa ansiedad por la comunidad; y en concreto la satisfacción de recuperar la historia de gente ordinaria de lo que Thompson ha llamado "la enorme condescendencia de la posteridad". Es difícil hacer historia [de la cultura] popular de forma seria sin sentir que, en alguna pequeña medida, estás apuntando en la causa de la justicia»[102]. De una manera u otra entraría en el juego, por lo tanto, la satisfacción del historiador por haber contribuido a poner al descubierto hasta qué punto pueden ser eficaces «las armas de los débiles»[103].

Si unimos las cuestiones y problemas enunciados hasta aquí a los que procedían de la denominada *historia de las ideas*, tendremos un ramillete amplio de formas de «historia cultural» (y casi siempre finalmente «social», pues antes o después remiten a prácticas que realizan los individuos en sociedad), cuyos objetos podrán ser estudiados en cada enfoque de modo particular, según cuál sea el modo de refracción de los influjos teóricos en los respectivos historiadores. Con la misma indefinición con la que, a veces, los sociólogos hablan de «sociedad» y los antropólogos de «cultura» para referirse al mismo objeto, vienen a comportarse hoy a su vez la mayoría de los historiadores. Podría decirse incluso, justamente, que casi toda la *historia oral* puede englobarse, si así se desea, y a pesar de sus variedades evidentes, en una *historia cultural* ambiciosa que abarca *todo tipo de formas de experiencia*; formas predominantemente colectivas y de asociación, pero también individuales, si bien socializadas a través de los procesos intersubjetivos de comunicación.

Recientemente, desde el campo de la filosofía, hay autores que opinan –como Richard Rorty– que los profundos cambios del presente han desplazado temas, y han relativizado las eternas preguntas del filósofo, trayendo a primer plano la *historia,* precisamente, *de esas mismas cuestiones;* historia de la filosofía (hecha de otro modo) que ocuparía el lugar que antes tenía la creación de sistemas, la especulación misma. Hoy «nadie está demasiado seguro de si las cuestiones discutidas por los profesores de filosofía contemporáneos forman parte "necesaria" [de ella], o meramente de nuestras "convenciones contingentes"». Tampoco estaría claro su estatuto de *importancia,* vistas esas cuestiones desde

ahora, respecto a aquellas otras que forman la trama histórica de la filosofía, el canon esencial. Ello, lógicamente, tendría consecuencias directas en la propia historia de las ideas y el pensamiento: «La percepción de que la elección del vocabulario es por lo menos tan importante como las respuestas a las preguntas planteadas con un vocabulario determinado, ha hecho que el *Geisteshistoriker* [el historiador «del espíritu» o cultural] desplazase al filósofo. O, como en el caso de Hegel, Nietzsche y Heidegger, ha hecho que el término "filosofía" se emplee como designación de cierta especie, particularmente abstracta y de juego libre, de la historia intelectual»[104].

* * * * *

Intentos de definición del campo propio de la historia *intelectual* emprendidos a finales de la década de 1970, cuando todavía era relativamente fuerte la confianza en la historia *científica* y en su inminente posibilidad, reflejan la confusión o ambigüedad existentes respecto a aquélla, cuando no un estancamiento de sus principios o un repudio claro: «Como el propósito de este análisis –escribe Barraclough en 1978– es entresacar aquellas tendencias que diferencian a la investigación histórica actual de la de ayer, e incluso de la anterior, no me ha parecido necesario explayarme sobre el gran cuerpo de trabajo que, aunque muy importante en sí mismo, no menciona la innovación del método y la conceptualización, y en algún caso las rechaza expresamente. Por ello no me he referido a la historia intelectual, a la historia de las ideas[105] que estaba en boga, en algunos países, en los años cincuenta, pero que me parece, aunque puedo estar equivocado, que [no] ha aportado elementos específicamente nuevos o estimulantes en los últimos diez o quince años». No obstante, un autor como es Carl Schorske, por ejemplo, había publicado a principios de los años sesenta una espléndida obra de historia intelectual, de metodología novedosa, que intentaba pergeñar algún tipo de «premisas unificadoras o principios de coherencia» capaces de contener «la multiplicidad» de aspectos derivados de la cultura contemporánea, aplicándolo en especial al cambio social y estético espectacular de una ciudad *emblema,* la Viena modernista[106].

La inseguridad a propósito de qué cosa sea en efecto la historia *intelectual* (hoy rectificada y depurada en muchos aspectos, pero engrosada quizá en exceso en otros)[107] se manifiesta más claramente en una apreciación como esta otra, opinión compartida por muchos historiadores sociales durante un par de décadas: «El inconveniente de la historia de las ideas» –recordemos que no se suele hacer diferenciación mayor entre *historia de las ideas* e *historia intelectual,* si es que desde la perspectiva *sociocientífica* se evalúa– «es su carácter extremadamente nebuloso. Es casi imposible trazar fronteras entre la historia de las ideas *(Ideengeschichte),* la *Kulturgeschichte* y la *Geistesgeschichte*[108] [...], y

basta mirar la bibliografía de una obra como *European Intellectual History since 1789,* de Stromberg[109] [...] para ver que todo y cualquier cosa puede estar relacionado con ella».

Era sin duda éste el precio que dicho tipo de historia tenía que pagar por seguir acusando los perniciosos efectos derivados del idealismo historicista, que era su principal fuente de inspiración teórica y de método. Recordemos por eso, aunque sea de pasada, que para el historicismo la historia (toda ella) es esencialmente *historia del pensamiento*. Un término que se entiende a su vez de manera muy lata, englobando actos de voluntad, decisiones, propósitos y deseos, sentimientos también, siempre sobre la base del individuo y a su precisa escala. El pensamiento sería *experiencia histórica* por excelencia, y el modo de aprehenderla sería la *comprensión,* debiendo adentrarse el historiador hasta el *fondo* de esa experiencia y haciéndola «revivir», reactualizándola, como quería Collingwood[110]. Cualquier otra cosa que se quisiera *historia* (ahora según Croce) no podría ser tal, sino una mera «crónica», arqueología pura...

Hay todavía pues, arrancando de aquella situación, formas de historia *cultural* que no comparten ninguno de los nuevos supuestos metodológicos, y que toman su nombre de la más clásica acepción del término «cultura» (la que se refiere a la actividad intelectual y estética de los seres humanos, siempre que sean valoradas con criterios *objetivados* de calidad, de gusto, de posesión de ideas y de *excelencia*). No son sin embargo las más abundantes, aunque sea imprescindible evocar la potente cantera de escritos que arrancaría de Burckhardt, de Huizinga y de Meinecke, y que a mediados del siglo XX siguen aún autores que, con mayor o menor fortuna, tratan de renovarla, como es el caso de H. Stuart Hughes[111]. En opinión de algún analista de la historiografía[112], la historia de la cultura a la manera *«clásica»* (en alemán *Kulturgeschichte*) se expande y crece precisamente en los momentos de mayor crisis en la institucionalización de la disciplina de la historia, crisis que afectarían tanto al plano metodológico como al propiamente epistemológico.

Una apreciación como ésta, que tal vez deba ser contextualizada dentro del uso específicamente «burckhardtiano» del término *crisis,* supone no sólo la aparición expresa de dificultades, sino también la detección (y aceptación por sus miembros más conspicuos) de *novedades*. La figura poderosa de Jacob Burckhardt nos enfrentaba, a mediados del siglo XIX, a una historia cultural que hacía del *arte* la materia prima y el modo de aproximación fundamental, y que al tiempo exigía un detallado conocimiento del objeto. Consciente partidario de la *interpretación* como procedimiento, así lo expone Burckhardt en las primeras líneas de su famosa obra *La cultura del Renacimiento en Italia*, sin más guía aparente que la propia teoría hegeliana de la historia: «Los perfiles de un periodo cultural y su

mentalidad pueden presentar una imagen diferente a cada espectador, y los mismos estudios que dieron como resultado este libro bien pudieran haber conducido a otros a unas conclusiones esencialmente diferentes.»

Respecto al invocado concepto filosófico de «espíritu de la época» *(Zeitgeist),* él mismo escribió: «Toda época cultural que se presenta como un todo completo y articulado, no sólo se expresa en la vida del Estado, en la religión, el arte y la ciencia, sino que también imparte su carácter individual a la vida social como tal». En realidad, la historia de la cultura –vuelvo a acudir a Gombrich–, «la historia de todos los aspectos de la vida tal como fue vivida en el pasado», nunca iba a poder ser emprendida sin la ayuda de un principio ordenador, «sin algún centro desde el cual poder observar el panorama». Y si bien es cierto que Heinrich Wölfflin aceptó todavía aquel mismo principio (Hegel sin remisión), Lamprecht ya no lo haría y, para el mismo objeto, siguió el camino opuesto. En lugar de buscar la esencia de una época en sus condiciones *materiales* de vida, querría hacerlo en la *mentalidad*[113].

Lamprecht traducía el *Geist* a términos psicológicos, y veía en la sociedad una «continuidad ininterrumpida de desarrollo», independientemente de las acciones de los individuos. Desde la polémica que se llamó *Methodenstreit* (o *Lamprechtstreit,* de su propio nombre) hasta la operación emprendida por *Annales,* y sin dejar de lado a Benedetto Croce, es posible rastrear en tales esfuerzos –y en sus propios contextos históricos– cambios fundamentales, crisis de confianza repetidas en cuanto a la «seguridad» que ofrecerían los postulados del método a seguir. Y, en cualquier caso, ofrecían una decidida alternativa a la *historia política*.

A finales del siglo XIX, en efecto, tanto la *hipótesis cronológica* como la *lógica* o la *naturalista* parecían andar buscando eso que hoy se llama *un nuevo paradigma*. Pero sólo los pensadores más perspicaces estaban seguramente preparados para reconocer que, en caso de encontrarlo, éste daría lugar a una transformación de la episteme[114]. En su conjunto, parecía dominar aquella *historia política* a la que se referiría Carl E. Schorske al hablar del «breve reinado de Clío como reina de las disciplinas»[115]. Frente a ella, se iniciaría el rearme de los varios modos *posibles* de afrontarse la historia cultural, un signo –dice Schorske– definitorio de aquellos periodos en que se disuelve la identificación de la historia con el progreso, cuando se difumina su perfil teleológico. Sería, en buena parte, el comienzo de la disolución de aquel «proyecto de modernidad formulado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración» (Habermas *dixit*), y que consistía en «desarrollar una ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales, y un arte autónomo acorde con su lógica interna». En buena parte también sería el comienzo del final de este otro principio: «Los filósofos de la

Ilustración querían utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización social racional de la vida social cotidiana»[116]. En la contienda interna de la disciplina, olvidado no obstante este objetivo, los recursos de la historia cultural andarían dispersos, si bien no dejarían de crecer.

* * * * *

Décadas más tarde, los debates sobre el sentido de la historiografía habrían de afectar en Norteamérica a la que estaba siendo –hasta la década de 1950– «*la forma favorecida de compromiso de la historia con la cultura*», es decir, la *historia intelectual.* Ésta (a la que convenía del todo la etiqueta «made in USA») comenzó a abrirse entonces a la incorporación de *lo social* al estudio de las ideas, y por ello, a diferencia del individualista y «espiritualista» estilo de Burckhardt, aparecía como metodológicamente *no conservadora,* quizá también ideológicamente, por su interés por el contexto político y social.

Había dado, por tanto, una acogida generosa al conjunto de las ciencias sociales y se había abierto a la historia social, cuando se vio de nuevo compelida a hacer frente a un viraje, el que llevaba lo *cultural* y lo *cotidiano* al centro del discurso historiográfico, que pasa así a convertirse en el escenario de lo *representativo* y no ya de lo claramente *excepcional.* La situación favorecía la asunción de propuestas como la que reproducirá, a finales de los años setenta, el inglés Peter Burke: «Nuestra definición es la de un sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de formas simbólicas a través de las cuales se expresa o se encarna. La cultura es, en este sentido, parte de un modo de vida, pero no es plenamente identificable con él»[117].

El éxito logrado por el concepto de «cultura popular»[118], identificándola con la *no oficial* (o cultura de grupos o clases *subordinados*), hará que, incluso quienes parten del estudio de *la otra* cultura («culture savante», «cultura colta», «alta cultura»), se nieguen a seguir manejando el concepto de *Zeitgeist,* por ejemplo Carl E. Schorske, que describe así su propio menester: «El historiador intenta localizar e interpretar temporalmente [un] elemento en un campo donde se cruzan dos líneas. Una de las líneas es vertical o diacrónica y mediante ella establece la relación de un texto o de un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etc.). La otra es horizontal o sincrónica y a través de ella el historiador calcula la relación del contenido del objeto intelectual con lo que aparece simultáneamente en otras ramas o aspectos de una cultura. El hilo diacrónico es la urdimbre y el sincrónico la trama del paño de la historia cultural. El historiador es el tejedor, pero la cualidad de su tela depende de la resistencia y el color del hilo. Debe aprender algo de hilandería en las disciplinas especializadas, cuyos estudiosos han perdido

interés en estudiar la historia como uno de sus principales modos de comprensión, pero que aún saben mejor que el historiador qué es lo que constituye en su *métier* un hilado resistente de auténtico color. El tejido casero del historiador será menos fino que el de ellos, pero si emula sus métodos en la confección, tejerá hilados lo suficientemente resistentes para el tipo de estampado que ha de producir»[119].

Una doble elección *(intelectual-cultural* o *cultural-socioantropológica)* caracteriza desde entonces a este giro estratégico de la historiografía, en el que vuelven a echar raíces las dos opciones básicas (no nueva la primera, pero sí *renovada*)[120] de esa disciplina en perpetuo balanceo que es la historia, y que se inclina –ya alternativa ya simultáneamente– entre lo *particular* y lo *general.*

Los más eclécticos, llegados a este punto, no encontrarán problema en definir precisamente así a la *historia intelectual*, uniendo los dos polos. Sería, en ese caso, la historia que se entrega a un tratamiento «*comprehensivo*» de los hechos del pasado, incorporando principios y procedimientos de «la historia de las *ideas* (el estudio del pensamiento sistemático que informa las tentativas filosóficas), la historia *intelectual* propiamente dicha (el estudio del pensamiento informal, de los climas de opinión y de los movimientos literarios), la historia *social* de las ideas (el estudio de las ideologías y de la difusión de las ideas), y la historia *cultural* (el estudio de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo visiones del mundo y *mentalidades* colectivas)»[121]. Así plantea las cosas, por ejemplo, el norteamericano Robert Darnton, quien a su vez concede un especial espacio en sus análisis al contexto material y económico, como le reprocha sin embargo el más «intelectualista» Hans-Robert Jauss[122]. En la universidad de Cambridge, por su parte, un grupo de historiadores (Quentin Skinner, Stefan Collini, Richard Tuck, John Dunn o Istvan Dunn) comenzaría a renovar la historia intelectual inglesa, sobre estos presupuestos, a partir de la década de 1980. La *sociología de los intelectuales,* por su parte, ha abocado también directamente hacia la construcción de una historiografía específica sobre los grupos y elites de poder cultural y, normalmente, privilegia su relación con la vida política[123].

Un ejemplo de gran calidad, el que nos proporciona la obra de Isaiah Berlin en la década de 1970, viene a ilustrar la evidente vocación *comprensiva* (hermenéutica) de la mayoría de estos modos de análisis, frente al predominio coetáneo de la historia de vocación *explicativa* (científica), formalmente *teórica* y *social*. Así, en «El erizo y el zorro», dispuesto Berlin a mostrar que no hay «un verdadero conocimiento que pueda adquirirse por el método de las ciencias naturales» en lo que se refiere al comportamiento humano, interpreta: «A veces Tolstoi llega cerca de decir lo que es: cuanto más conocemos, nos dice, acerca de una acción humana dada, más inevitable y determinada nos parece ser; ¿por qué?

Porque cuanto más sabemos de todas las condiciones y antecedentes del caso, más difícil nos resulta apartar de nuestra mente varias circunstancias, y conjeturar qué habría ocurrido sin ellas, y conforme seguimos removiendo en nuestra imaginación lo que sabemos que es cierto, hecho tras hecho, esto se vuelve no sólo difícil sino imposible. El significado de esto no es oscuro. Somos lo que somos, y vivimos en una situación dada que tiene las características –físicas, psicológicas, sociales– que tiene; lo que pensamos, sentimos, hacemos, está condicionado por ello, incluso nuestra capacidad de concebir alternativas posibles, sea en el presente, en el futuro o en el pasado». De la misma manera, «cuanto más completo es nuestro conocimiento de los hechos y de sus conexiones, más difícil resulta concebir alternativas; cuanto más claros y exactos los términos –o las categorías– en que concebimos y describimos el mundo, cuanto más fija nuestra estructura universal, menos "libres" parecen nuestros actos»[124]. Y es que, según el propio Berlin –que sigue a los románticos alemanes–, «el método de las ciencias naturales mata la comprensión auténtica. Clasificar, abstraer, generalizar, reducir a uniformidades, deducir, calcular y resumir en rígidas fórmulas intemporales, es confundir las apariencias con la realidad, describir la superficie y dejar las profundidades intactas, descomponer el conjunto vivo mediante un análisis artificial»[125].

* * * * *

En cuanto a la divulgación en numerosos contextos historiográficos de los significados antropológicos del termino *cultura*, ha sido seguramente Clifford Geertz uno de sus más activos promotores, al mismo tiempo que él mismo contribuía, con sus brillantes hallazgos conceptuales y agudos comentarios críticos, a construir la propia definición. Ligándola al *significado* y a los *símbolos,* combatió el reduccionismo sociológico que primaba en el estructuralismo funcionalista (atacando de paso la noción marxista de «ideología») y contribuyó de modo decisivo, abogando por la *interpretación,* a conectar el estudio de los *fenómenos* y las *prácticas* culturales con el análisis de los *textos,* una estrategia que pronto se extendió, inclinando a unos historiadores a favor y poniendo a otros decididamente en contra[126]. De paso, sirvió para atenuar las discusiones previas en torno a cuál de los distintos enfoques antropológicos (si el de Boas o el de Taylor, el de Malinowski o el del Kroeber) aclararía mejor los usos del término «cultura» en su traslado a la historiografía.

De este deslizamiento de la *historia social* hacia la antropología, abandonando (o por lo menos relegando) a la vez sociología y marxismo (una tendencia que se difundió en los años ochenta, especialmente en el ámbito anglosajón), y en conexión constante con la *historia del trabajo* en referencia a la cultura *obrera* y *campesina*[127], se ha producido una onda expansiva de florecientes *historias*

culturales [«socioculturales», más propiamente hablando] diversas entre sí. Una oleada que reclama y practica formas actualizadas de esa *nueva* historia socioantropológica que se proclama atenta, asimismo, a la comunicación y al lenguaje. Un modo extenso de hacer historia que, sin desprenderse de su obligado sujeto colectivo, trata de dar paso a la individuación de los análisis[128] y llega a presentarse, en ocasiones, como una manera de tender puentes entre las historiografías occidentales y los modos (hasta no hace mucho francamente distintos, ajenos a sus influjos filosóficos) de ciertos ámbitos de la historiografía oriental[129].

Con todo, esa historia seguiría siendo deudora de alguna base teórica y metodológica científico-social, si es que no había nacido directamente derivada de la historia francesa *de las mentalidades* (fuertemente antropologizada a su vez), cuya denominación también evolucionó hacia la de *historia sociocultural,* lo mismo que hará a su vez la historia británica *neomarxista*. Otras veces (sin que se pueda siempre distinguir del todo su filiación exacta), la historia cultural se verá inscrita en las corrientes microsociológicas que conforman la *historia de la vida cotidiana*[130]. Algunos de los autores franceses más citados son aún representativos, de este modo, de la fuerte alianza existente entre historia social e historia cultural[131], una alianza que sigue inspirando mucha de la investigación efectivamente realizada.

Escenarios de la sociabilidad *formal* e *informal* van siendo incorporados, poco a poco, a la transformación de la reflexión histórica que aúna *espacio* y *tiempo*. «El punto de vista de la sociabilidad, con todo, no es el único», escribe Jorge Uría, quien propone introducir como «perspectiva complementaria» la consideración de los lugares de la sociabilidad, «como conjuntos integrados de *signos* que obedecen a una lógica precisa y a una trabazón interna de acuerdo con una estructura retórica». Su propuesta llevaría a «analizar los lugares de la sociabilidad como un escenario que no siempre es neutro o armónico, sino que, por el contrario, puede evidenciar las representaciones del poder de los grupos sociales hegemónicos, o surgir como un territorio donde pueden convivir uno o varios grupos sociales y en donde, por consiguiente, pudiera observarse tanto una convivencia desahogada y tendencialmente armónica como los conflictos y antagonismos que son propios de cualquier dinámica social»[132].

La reformulación del análisis cultural a través de conceptos como *práctica* y *representación* –como hace Roger Chartier–, aun sin mostrar un referente filosófico explícito[133] ni avenirse a aceptar modelos sociológicos estrictos[134], conduce a pensar los objetos culturales «no como categorías invariantes, cuyas modalidades históricas sucesivas se trataría de reconstruir, sino como dispositivos o configuraciones singulares y discontinuas, cristalizadas en un

estado específico de las *prácticas* del decir y del hacer»[135]. Por eso, no aceptaría Chartier divisiones tajantes entre *culture savante* y *culture populaire* (algo que ya afirmaba el ruso Mijail Bajtin al estudiar el carnaval, la fiesta y la transgresión)[136], sino que –en una concepción relacional de la acción social– se inclina por creer que «la relación establecida entre la cultura de elites y la que no lo es, concierne tanto a las formas como a los contenidos, tanto a los códigos de expresión como a los sistemas de representaciones, es decir, al conjunto del campo reconocido a la historia intelectual». Es más, Chartier señala que «estos cruces no deben ser entendidos como relaciones de exterioridad entre dos conjuntos dados de antemano y yuxtapuestos (el uno culto y el otro popular), sino como productores de *aleaciones* culturales o intelectuales, cuyos elementos están tan sólidamente incorporados, los unos a los otros, como en las aleaciones metálicas»[137]. No otra cosa pretende también, en la mayor parte de sus ejemplos concretos, la «nueva historia» social denominada, a la italiana, *microstoria,* y de la que se hablará más adelante. A veces ligadas ambas perspectivas, en sus supuestos de método y de objeto, la *microhistoria* y la historia cultural francesa comparten sin conflictos la forma y el espacio de la *historia local*[138].

En conexión precisa con esta problemática son, quizá, los autores franceses de la historia *reciente* (de inspiración predominantemente política) los que arriesgan definiciones más amplias, más ambiguas también. Por ejemplo, Jean-François Sirinelli ofrecía la siguiente, a principios de los años noventa: «La historia cultural es aquella que se atribuye el estudio de las formas de representación del mundo en el seno de un grupo humano cuya naturaleza puede variar –nacional o regional, social o política–, y que analiza su gestación, su expresión y su transmisión. ¿Cómo representan los grupos humanos el mundo que los rodea, y cómo se lo representan a su vez? Un mundo figurado o sublimado por las artes plásticas o por la literatura, pero también un mundo codificado –por los valores, el lugar del trabajo y del ocio, la relación con los demás–, contorneado por la diversión, pensado por las grandes construcciones intelectuales, explicado por la ciencia, y parcialmente dominado por las técnicas, dotado de un sentido –por medio de las creencias y los sistemas religiosos o profanos, incluso por los mitos–; un mundo legado, en fin, por las transmisiones procedentes del *milieu,* de la educación y la instrucción»[139].

Sin embargo, últimamente esta historia *cultural* no ha querido vivir apartada de esa otra forma antigua (aunque siempre renovada) de la historiografía de sujeto concreto y particularizado que es, a su vez, la historia *intelectual* –y que a veces se acomoda a los estudios sobre *producción* de la obra cultural–[140], un territorio en el que hay que otorgarle la importancia que sin duda tiene a la práctica

académica particular de los Estados Unidos, donde una parte sustancial de los debates teóricos han girado en torno a la obra de Hayden White y su forma de incidir en el análisis histórico[141].

Especialmente cultivada en aquel país la historia intelectual (en todos sus matices, desde la historia de las ideas hasta otras formas más contextualizadoras, más *sociales* y/o *políticas*), no descuidada su práctica por el marxismo incluso, la nómina de los historiadores de lo cultural sostiene un debate permanente con los historiadores del arte o de la música, además de los de la literatura y la crítica cultural en general. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que se haya ido creando en las últimas décadas un campo de debate y yuxtaposición interdisciplinar, los *Cultural Studies*. No sólo de las derivaciones de la historia se componen éstos, obviamente, sino de un conjunto amplio de *saberes humanísticos* y sociales relacionados entre sí[142], que en general reclaman metodologías *cualitativas* para el análisis de los *significados*[143] y que se ocupan del impacto de las políticas culturales sobre la *identidad*[144]. Acierta Peter Burke por eso en afirmar que «parte de la investigación actual más atractiva en el campo de la historia cultural es aquella que se realiza sobre las fronteras: sobre las fronteras del sujeto, [y] sobre las fronteras de Europa»[145].

La historia de las mujeres y de las relaciones de género *(Women's & Gender Studies),* por último, es entendida en ciertos contextos académicos, ella misma y en su totalidad (y no siempre con la complacencia de quienes la practican, claro está), como parte integrante de unos más abarcadores y extensos *Cultural Studies,* entendidos como «vanguardia» o nicho de novedad científica –desconstruccionismo y posmodernidad son, por supuesto, en ellos términos visuales–[146], además de como campo propicio para la oposición política[147]. En cualquier caso, la indagación acerca de la *identidad* (y de la identidad de género en particular) es también, en sí misma, una cuestión de orden cultural[148].

La historia cultural ha tratado además de hacer frente al problema de la *alteridad* por transferencia directa de la antropología y el psicoanálisis. «Si el feminismo –escribe Silvia Tubert– se centró en el reconocimiento de que lo femenino forma parte de lo humano en la misma medida que lo masculino, la antropología nos permitió reconocer que los pueblos no-occidentales forman parte de la humanidad tanto como los occidentales, y el psicoanálisis demostró que muchos deseos y sentimientos que parecían ajenos al sujeto, por no ser accesibles a la consciencia, constituyen el núcleo de la subjetividad»[149]. De nuevo, por lo tanto, volvemos al sujeto.

* * * * *

Una deuda importante, en esta construcción interdisciplinar, quedó ya contraída en sus orígenes en relación al estructuralismo, pero enseguida se vinculó también con las corrientes antagónicas, de respuesta directa e inmediata, que el estructuralismo generó[150]. Actualmente, ya sea en su vertiente crítico-cultural, ya antropológica o ya sociológica, lo que predomina en todo contexto sociohistórico es su doble orientación «*relacional*» e «*interaccional*», incluso en los países que siguen practicando todavía, mayoritariamente, la versión *burckhardtiana* de la historia cultural, como sucede por ejemplo en Alemania[151].

Cabría señalar también, en este punto, aproximaciones desde la sociología (la teoría *de sistemas* de Niklas Luhmann, por ejemplo), de indudable importancia para el desarrollo de ciertos tipos de historia cultural en relación con los *cambios sociales*. Así, su estudio sobre la semántica del amor, y el lugar que ésta ocupa en el cambio en las relaciones personales, partirá de la tesis de que «la transformación del sistema social, desde un sistema estratificado en distintos estados o clases hasta convertirse en un sistema funcionalmente diferenciado, produce en el acervo ideológico de la semántica modificaciones profundas y trascendentales, mediante las cuales la sociedad posibilita la continuidad de su propia reproducción y el encadenamiento ordenado de una acción con otra». Más explícitamente: «Cuando se producen transiciones evolutivas de este género, es posible que vayan transmitiéndose por vía oral parábolas, muletillas, frases hechas del saber popular o fórmulas empíricas; pero sucede que en el transcurso de esa evolución se modifica su sentido, su carácter específico y su capacidad de recopilar experiencias y abrir nuevas perspectivas. Se produce así un desplazamiento del centro de gravedad en virtud del cual se orientan operaciones sensoriales complejas, y de ese modo el acervo ideológico, cuando es lo suficientemente rico, puede producir transformaciones que afectan profundamente a las estructuras sociales, amén de posibilitar que su realización ocurra de modo suficientemente rápido. Gracias a este estímulo las transformaciones estructurales de la sociedad pueden acontecer de manera acelerada, en ocasiones casi revolucionaria, sin que las condiciones previas precisas para el cambio tengan que ser establecidas simultáneamente, de una sola vez»[152].

Una vez más, es Gombrich sin embargo de quien parece preferible seguir sirviéndose para mostrar algunas de las guías sobre las que circula recurrentemente la historia cultural, en aquella constante tensión entre *lo general* y *lo particular* que vengo tratando de mostrar aquí: «Podemos estar interesados o bien en individuos y en la situación en que se encontraron éstos, o bien en las tradiciones transmitidas por innumerables personas anónimas. Si se necesitan

etiquetas, podemos hablar de estudios en continuidad y en contigüidad, aunque ni unos ni otros puedan mantenerse totalmente aparte de los otros. La investigación de continuidades puede conducirnos también a individuos que sobresalgan de la multitud anónima debido al impacto que causaron en las tradiciones, y el enfoque biográfico suscitará preguntas siempre renovadas acerca de convenciones culturales, sus orígenes y el tiempo de su validez».

Podría objetarse, en contra de esto, que la epistemología de los años cincuenta, y también el esfuerzo de teorización de la escuela francesa a través de Braudel, habían llamado la atención sobre el hecho de que también «lo individual, que ha jugado un papel tan importante en la producción histórica», es ciertamente una «abstracción», una construcción como lo es el propio concepto de grupo, que puede observarse únicamente a través de una serie de acciones, y constituye una unidad «más conceptual que perceptiva»[153]. En cualquier caso –sigue diciendo Gombrich–, «una contribución meritoria a la historia cultural puede trascender lo particular, sugiriendo a otros estudiosos de la cultura nuevas ideas acerca de las innumerables maneras en que los diversos aspectos de una civilización pueden actuar recíprocamente». Y, finalmente, opina que «en estas interacciones, la manera en que formas, símbolos y palabras llegan a cargarse de lo que cabría denominar significados culturales, me parece ofrecer un reto particular al historiador de la cultura»[154].

Beneficiándose por tanto, de modo extenso, de las ventajas de la transdisciplinariedad, puede decirse que hoy todo historiador de la cultura, sea cual sea el ámbito académico en el que desarrolle su trabajo, no hallará dificultad en dar crédito y acogida a las formas complejas, llamémosles *simbólicas,* de definir la historia cultural[155]. Es ello consecuencia derivada y fuente de energía, ambas cosas a un tiempo, de lo que ya aparece como un compleja *configuración intelectual* postestructuralista[156]. De manera que la situación que hemos tratado de dibujar aquí a grandes trazos supone, una vez más, la influencia fuerte de la antropología, no sólo en sus objetos sino también sus métodos, con su preocupación –casi obsesiva a veces– por la textualidad.

Menor es el impacto de la semiología, tal y como –por citar aquí a un clásico– la configuró Barthes, con trazo impresionista: «Desde la pendiente de las montañas hasta el rincón del barrio», escribió el francés en *El imperio de los signos* (su lectura refleja de un viaje al Japón), «todo aquí es hábitat, y siempre estoy en la estancia más lujosa de ese hábitat: este lujo (que además es el de los quioscos, los corredores, las casas de recreo, los cuartos de pintura, las bibliotecas privadas) proviene de que el lugar no tiene otro límite que su tapiz de sensaciones vivas, de signos brillantes (flores, ventanas, follajes, cuadros, libros); no es ya el gran muro continuo que define el espacio, es la abstracción misma de los puntos de mira (de

las “miras”) que me encuadran: el muro se destruye bajo la inscripción; el jardín es una tapicería mineral de menudos volúmenes (piedras, huellas de un rastrillo sobre la arena); el lugar público es una cadena de acontecimientos instántaneos que acceden a lo notable en un destello tan vivo, tan tenue que el signo desaparece antes de que el significado haya tenido tiempo de “aprehenderlo”. Diríase que una técnica singular permite al paisaje o al espectáculo producirse en una significatividad pura, abrupta, vacía, como una ruptura. ¿Imperio de los signos? Sí, si se entiende que estos signos están vacíos y que el ritual no tiene dios»[157]. Treinta años después de esa lectura, los motivos de Barthes los han tomado muchos, haciéndolos suyos a su vez.

El estructuralismo contribuyó, en efecto, de manera decisiva a imponer la noción de *simbólico* en las ciencias sociales, especialmente en la antropología y el psicoanálisis. Su férrea voluntad de «trascender los particularismos circunstanciales vaciándolos en el molde prefabricado y omnipotente de significaciones que los trascienden» hallaría en su uso, tanto como adjetivo (función, sistema, orden simbólico, etc.) o como sustantivo *(lo simbólico),* un vehículo de excepción. Sustituyendo extensamente a las nociones de «sagrado» y «representación», el concepto de *simbólico* se generalizaría sobre la base de la analogía postulada entre sociedad y lenguaje, articuladas ambas realidades como *cadenas de significados* mutuamente convertibles[158]. Para Lévi-Strauss, toda vez que considerara lo simbólico como situado en el origen de la sociedad, cualquier actitud y cualquier discurso resultarían ser *significantes* en referencia al orden lógico que los engloba; los gestos y palabras más pequeños se inscribirían de manera automática en una lógica totalizante y trascendente a la práctica social.

Pero la configuración que ha surgido después nos remite también a problemas muy hondos y no resueltos, a antiguos resultados de la estructura *clásica* de la disciplina de la historia, tal como fue gestándose la modificación postestructural a fines de los años setenta, especialmente en Norteamérica, para ir llegando la mutación después hasta Europa. Carl E. Schorske resume el proceso, una vez más, con ejemplar metáfora: «Clío, derrocada como reina, no sólo dejó de ser cortejada, sino que se encontró en el lecho de Procusto en su propia casa, hecha pedazos entre los historiadores que buscaban inspiración para las ciencias sociales deshistorizadas y los historiadores que miraban por unas humanidades deshistorizadas»[159].

En todo ese trayecto, ha seguido siendo frecuente en nuestro oficio la importación de préstamos, pero no siempre esa apropiación ha complacido a los colegas de las disciplinas limítrofes, especialmente en cuanto al proceder: «Lo que los historiadores han adoptado con entusiasmo son las metodologías» –ha escrito un acerbo crítico que nos observa desde la antropología, Charles

Radding–, metodologías que los historiadores «parecen creer que pueden ser utilizadas independientemente de cualquier posición teórica sobre algo». Pero resulta que éstas «no son simplemente, como parecen pensar a menudo los historiadores, modos de proceder en la recogida de datos, ni siquiera valoraciones sobre la importancia de ciertos hechos». Muy al contrario, «las metodologías implican juicios sobre el nexo que une los hechos entre sí, que derivan de una precisa concepción de cómo funcionan las sociedades y cómo piensa la gente». Según el mismo autor, se halla en la base de este uso incorrecto un error de enfoque, «una especie de inconsciente empirismo que se manifiesta en la convicción de que un investigador no posee concepciones abstractas hasta el momento en que es consciente de tenerlas».

La observación resultaría válida no solamente para las novedades en historiografía, sino también para las perspectivas más tradicionales que seguimos empleando. Si, por ejemplo, un historiador intelectual dedica su atención a «descubrir qué libros leía Petrarca, o si un *philosophe* apreciaba o no a los clásicos», no se dispone sólo a recoger los hechos, obviamente –nos recuerda Radding–, sino que «está tomando posición sobre cómo aprenden y piensan los hombres, tan precisamente como si estudiara a Piaget o a Freud»[160].

Mas no parecen ser de hecho mayoría quienes, en nuestra profesión, lamentan la imprecisión con que las metodologías de las ciencias sociales suelen ser adoptadas en su traslado a la historiografía, y apenas se deplora la despreocupación teórica que suele contener el marco contextual. Lo que no impide, huelga decirlo, que –al contrario de lo que Lawrence Stone pronosticaba en 1979– haya seguido realizándose, con mayor o menor afán, la mencionada importación de préstamos. En un artículo muy citado, Stone había descrito la situación a finales de los años setenta, y había emitido un diagnóstico que le valió aplausos: «Existen indicios de un cambio en el problema histórico central, con un énfasis sobre el hombre en medio de ciertas circunstancias, más bien que sobre las circunstancias que lo rodean; en los problemas estudiados, sustituyéndose lo económico y lo demográfico por lo cultural y lo emocional; en las fuentes primarias de influencia, recurriéndose a la antropología y a la psicología en lugar de a la sociología, la economía y la demografía; en la temática, insistiéndose sobre el individuo más que sobre el grupo; en los modelos explicativos sobre las transformaciones históricas, realzándose lo interrelacionado y lo multicausal sobre lo estratificado y lo monocausal; en la metodología, tendiéndose a los ejemplos individuales más bien que a la cuantificación del grupo; en la organización, abocándose a lo descriptivo antes que a lo analítico; y en la conceptualización de la función del historiador, destacándose lo literario sobre lo científico. Estos cambios multifacéticos en cuanto a su contenido, lo objetivo de

su método y el estilo de su discurso histórico, los cuales están dándose todos a la vez, presentan claras afinidades electivas entre sí: todos se ajustan perfectamente. No existe ningún término adecuado que los abarque, y por ello la palabra *"narrativa"* nos servirá, por el momento, como una especie de símbolo taquigráfico para todo lo que está sucediendo»[161]. Era el *retorno de la narrativa* y, a su entender, ello suponía un decisivo freno en la preocupación conceptual. Obsérvese, no obstante, que de lo que está hablando Stone es, claramente, del giro *cualitativo* que se produce por entonces en la investigación.

* * * * *

Uno de los cambios a que se refería Lawrence Stone en su contradictorio dictamen tenía que ver con el reciente éxito (por entonces) de los procedimientos cliométricos en su aplicación al estudio de objetos culturales. En especial, se trata ahí de la producción de *libros* y la práctica de la *lectura*, dos modos de aproximación de la historia serial que en Francia e Inglaterra hubieron de alcanzar, en los años setenta, éxito y relevancia, para pasar después a ser cubiertos por estrategias mixtas, y que en la producción historiográfica española, con participación intensa y pionera de los hispanistas, ha ido recibiendo en la última década una importante atención[162]. «Si conocemos lo que la gente leía», escribía Barraclough entusiasmado a finales de los años setenta, «o qué libros se editaban y en qué número, tenemos un índice –quizá imperfecto pero ciertamente valorable– del clima de opinión. Lo que es en definitiva más satisfactorio que un juicio puramente intuitivo sobre quiénes eran los escritores influyentes»[163].

Un autor como el norteamericano Robert Darnton ha contribuido igualmente, con su mediación entre los contextos académicos estadounidense y francés, a difundir la *histoire du livre,* la *Geschichte des Buchwesens* o la *history of books,* como también se la conoce[164]. A principios de los años noventa, el panorama era tan halagüeño que a algunos les parecía posible constituir un campo de estudios (el de la *historia de la lectura* y sus prácticas) relativamente autónomo, como una subespecialización prácticamente autónoma de historia cultural[165]. Para ello recomendaba el propio Darnton extremar el rigor metodológico y no simplificar tal objeto de análisis, invitando a los investigadores a «penetrar en territorio desconocido, exhumar nuevos materiales de los archivos y desarrollar nuevos métodos para sacar el mejor partido posible de esos descubrimientos»[166]. Todas las estrategias empleadas tendrían que ver, en última instancia, con la *historia social* y la *historia de la comunicación*. En una proyección comparable –aun de matices diferenciados– se había situado ya, una década antes, una parte de los autores más innovadores de la escuela francesa[167], y como casi siempre, existía un precedente notable que invocar: una obra pionera acerca del libro en el siglo XVI, de mediados de los años

cincuenta, y cuya autoría –esta vez compartida– correspondía a Lucien Febvre[168].

Desde otra perspectiva, la de la reivindicación de la *imaginación* histórica como método propio de la historiografía, Simon Schama ha ido apostando, de modo sorprendente y decidido, por la reconstrucción intuitiva de la *verdad* basándose en aquello que *sabemos* (o creemos saber) de una precisa *personalidad,* como es sabido éste uno de los principios básicos del idealismo historicista: «Es fácil imaginarse a Rembrandt», escribe en una de sus obras más recientes, «para quien la textura física de la pintura iba a ser una obsesión durante toda la vida, inhalando su arte, alimentándolo a través de los sentidos, respirando el astringente olor del vinagre cuando reaccionaba con las tiras y las "rosquillas" de plomo…»[169]. Puro sensualismo, y nueva vuelta a la imaginación.

La lectura de *imágenes,* cada día menos lejos de las tareas que asumen los historiadores no sólo como propias sino casi obligadas[170], refuerza el viraje hermenéutico, y acerca a la semiótica y a los estudios sobre *representación* a cuantos prestan atención a una fuente que dejaría ya de ser «complemento» o «ilustración» para ocupar el centro de variadas reflexiones sobre la *experiencia*: «Nuestra relación con el pasado –escribe Ivan Gaskell– no está ya definida primeramente por la historia sino, más bien, por una multiplicidad de prácticas, muchas de las cuales se fundan en lo visual y están sujetas a análisis en función de la "visualidad" y la "mirada expandida" […]. Las palabras clave son ahora "fragmento" y "ruina", ninguna de las cuales se mencionaban en el manual cultural de mediados de la década de 1970…»[171]. Treinta años después, han vuelto sin embargo a situarse en el centro de la reconstrucción.

Por último, como Giddens ha recordado alguna vez, el denominado *giro lingüístico* (entendido como el acercamiento del estudio del lenguaje a las diversas *prácticas* sociales, de empleo incrementado en la indagación científico-social) ha venido a introducir obligaciones nuevas a propósito de la naturaleza *textual*, y contiene en sí mismo nuevos planteamientos de esta expandida historia cultural que aspira a establecer nuevos repartos del juego historiográfico. Las obras de autores tan decisivos como el filósofo del lenguaje Wittgenstein, o el etnometodólogo Garfinkel, «nos han hecho conscientes de las implicaciones» que lleva el aceptar que lenguaje y acción social son hechos inseparables, que no existe una oposición entre *hechos* y *textos*[172], que para comunicar nuestros hallazgos ponemos necesariamente en juego estrategias *retóricas*[173] y ficcionales[174], y que «conocer una forma de vida», finalmente, «significa poder desplegar ciertas estrategias metodológicas en conexión con cualidades indéxicas de los contextos en que se llevan a cabo las prácticas sociales»[175].

La lingüística pues, lejos de ser considerada un saber independiente y autónomo, como creían Saussure, la escuela de Praga o el mismo Chomsky, pasaría de este modo a formar parte intrínseca del patrimonio y de las tareas obligadas del investigador sociocultural. La reflexión hermenéutica habría, por tanto, disuelto aquello que forzosamente, a partir de ese punto, aparecía como un prejuicio: la separación propia de la historiografía rankeana entre *res factae* y *res fictae*. No habría ya un presupuesto, un dato primario, sino por el contrario tendríamos un logro, una consecución mediada por asignaciones de *significado* que, a su vez, presupondrían en el intérprete formas elementales de *visión* y *representación*.

Y así, no puede extrañar que para algunos autores –como los británicos Patrick Joyce o Gareth Stedman Jones– sea el lenguaje el que conforme la realidad y atribuya sentido a las actuaciones sociales y a los artefactos que crean la *cultura,* entendida aquí como el mundo cotidiano en el que se desenvuelve la vida de los individuos[176]. Otras veces, sin embargo, son las imágenes y los rituales que se organizan en torno a ellos, con intención política, ideológica o religiosa, las que parecen a los historiadores apropiadas para acercarse a aquellas situaciones en las que, al decir de Javier Ugarte, «el discurso se expresaba antes como escenificación y gesto que como palabra». El objetivo sigue siendo el mismo: «Saber de los modos de vida y percepciones de la realidad de una época», a partir de «las experiencias de las gentes y el modo en que éstas transformaron sus comportamientos y se hicieron acción»[177].

En ese orden de cosas, las pautas que trazara el estructuralismo, las que de él se derivan y lo corrigen (denominadas por defecto postestructuralistas)[178], y las que sólo en parte se deben a ambos (como, por ejemplo, la *estética de la recepción* de H. R. Jauss)[179] constituyen una enramada espesa, que se abre en entrecruzamientos infinitos y asume formas francamente distintas de aplicación.

Distinta intención conlleva ciertamente, y tiene distinto origen, la denominada *historia de los conceptos* (*Begriffsgeschichte* en alemán)[180], cuya aplicación histórica reciente fuera de Alemania es fundamentalmente de orden político[181], y que en aquel país se presenta como un conjunto de formas renovadas de historia de las *ideas* y/o del *pensamiento político* que hacen de un término clave, de una palabra de especial trascendencia sociohistórica (el concepto de *raza* por ejemplo), su eje principal[182]. «Los conceptos no son cosas», como nos recuerda Antoine Prost, sino que «en cierto modo, son armas» que nos permiten organizar nuestro conocimiento de la realidad: «Ni externos a lo real ni anclados en ella como signos perfectamente adecuados a las cosas, mantienen con las realidades que nombran una distancia, una tensión en donde se juega la historia. Al tiempo que reflejan lo real, le dan forma nombrándolo. En esta relación cruzada de

dependencia y de confrontación es en donde radica el interés y la necesidad de la historia de los conceptos. Del mismo modo que la historia es a la vez trabajo sobre el tiempo y trabajo del tiempo, es trabajo sobre los conceptos y trabajo de los conceptos»[183].

Recordando que la *Begriffsgeschichte* alemana fue en sus orígenes, y en su mayor parte, una «filosofía de los conceptos» y no un acercamiento a un paradigma historiográfico nuevo, Peter Schöttler insiste en señalar a Reinhart Koselleck, junto con Werner Conze y Otto Brunner, como el arranque de «una parte metodológicamente autónoma de la investigación sociohistórica», cuya expresión mayor residiría en el monumental diccionario sobre conceptos históricos básicos que se editó a lo largo de las décadas de 1970 y 1980[184]. En el sentido que le otorga Koselleck, la historia de los conceptos es «una historia de las ideas instituida y transformada por cuestiones y métodos sociohistóricos, y que se concentra en el estudio de la evolución de palabras particularmente "significativas" en un largo periodo de tiempo[185].

Tanto la historia material *(Sachsgeschichte)* como la historia experiencial o experimental *(Erfahrungsgeschichte)* están contenidas en estos *Begriffe* [conceptos]. La reconstrucción de sus cambios de significado se lleva a cabo principalmente desde una perspectiva diacrónica, «pero también se toman en consideración las interconexiones sincrónicas en el sentido de la "simultaneidad de lo no simultáneo". [...] De esta manera la investigación en el campo de la *Begriffsgeschichte* no es un fin por sí misma. Por el contrario, su pretensión es redescubrir, todo lo que sea posible, la riqueza de la historia social a través de los conceptos, jugando implícitamente un papel de orientación teórica para el conjunto de la historia»[186]. Sin embargo, en su acercamiento a la historiografía intelectual británica («entre Cambridge y Heidelberg», se ha dicho)[187] suele virar hacia el estudio del lenguaje político y sus variaciones sensibles, y ésa es la fórmula que seguramente más se ha ido divulgando, en los países del entorno, hasta llegar aquí.

Se trataría no obstante, en origen, de una propuesta a la que se habría llegado sin conflictos, adaptando la antigua *historia de las ideas:* «En la medida en que la combinación de Saussure, Marx y Freud a muchos hoy les parece obsoleta, a la vez que las filosofías de la subjetividad y la libertad gobiernan una vez más el discurso, la vieja historia de las ideas, sólo superficialmente modernizada –al decir de Schöttler–, ve cómo se le abren nuevas oportunidades». En cualquier caso, a pesar de su preocupación común por el lenguaje, la denominada *historia de los conceptos* parece realmente diferente de las formas francesas de lexicometría histórica o de las de análisis del discurso que emergieron casi al mismo tiempo[188].

Sea como fuere, lo cierto es que el modelo *clásico* de historia cultural –el que se asienta en Burckhardt y en Huizinga– «no ha sido sustituido por una nueva ortodoxia», como recuerda Burke, y ello a pesar de la indudable «importancia de los enfoques inspirados por la antropología social y cultural». Tenemos, por lo tanto, que «no existe más acuerdo sobre lo que constituye la historia cultural que sobre lo que constituye la cultura»[189]. Tampoco existe acuerdo suficiente sobre cómo abordar el estudio de los *significados,* desde luego. Lo cual puede justificar que haya quien se lamente de que el campo de los *«estudios culturales»,* sometido al influjo posmoderno o nihilista (tanto da), abandone «la idea de cambiar el mundo por la de cambiar la palabra», y pese a ello se muestre «expansivo y «feliz»[190].

Pero quizá sea preferible no emitir aún un juicio y seguir muy de cerca, atentamente, la evolución de estos estudios, analizando a fondo sus posibilidades. Si aceptamos como un hecho, a partir de sus propias declaraciones, la «pérdida de ingenuidad del historiador» –como resume Frank R. Ankersmitt el proceso– [191], quizá nos acostumbremos a movernos más sueltos en un marco por el momento abierto, ecléctico y plural. George Marcus y Michael Fischer, dos antropólogos una vez más, escribían lo siguiente en 1986: «El nuestro es [...] un periodo rico en experimentación y en apuestas conceptuales. Los viejos marcos conceptuales no son rechazados –no existe nada igualmente grande que permita sustituirlos–, sino que más bien se los deja en suspenso. Las ideas que encarnan siguen constituyendo recursos conceptuales que pueden ser utilizados de manera novedosa y desprejuiciada. El más cercano de esos periodos anteriores fue el de las décadas de 1920 y 1930...»[192].

Precisamente aquellas décadas, cosa curiosa, las contemplamos hoy la mayoría de nosotros, historiadores, como un periodo de espectacular creatividad y agitación. Pero perfectamente sólido y estable.

Historia, psicología y biografía

La *biografía* disfruta en los últimos tiempos de una etapa de éxito y popularidad, un hecho indiscutible anteriormente en cuanto a los países de habla inglesa –donde existía desde antiguo una fuerte tradición–, y un factor de incremento e incidencia desigual en el resto. Con todo, casi siempre se percibe un avance en el número de títulos impresos, convertido este actual y generalizado «triunfo de la biografía» en una especie de *tendencia última,* o novedad.

La biografía de personajes políticos (una especialidad periodística anclada en las fronteras de la profesión de historiador, ocupación del *amateur* en algún caso) ha reverdecido en los últimos tiempos muy especialmente, y ha sofisticado sus recursos a medida que ha ido asentándose en la historiografía la llamada *vuelta*

de la política. [No obstante, hay que advertir que los personajes de primer orden, en el periodo de la *historia reciente,* siempre han recibido una atención extraordinaria en el plano biográfico, si bien esa atención se acomoda, por lo regular, a las líneas principales del debate historiográfico que marcan cada ocasión. Hitler, Stalin, Lenin, por ejemplo, dividen todavía a sus biógrafos en dos frentes: los «intencionalistas» y los «estructural-funcionalistas», bien enfrentados entre sí. En estos momentos, más todavía que antes, parece inclinarse la balanza claramente a favor de los primeros[193].]

La historia, si es cierto que no siempre se había planteado el valor cognitivo, ya sea narrativo o bien directamente experiencial[194], de la narración biográfica, sí que puede decirse que ha ido siendo progresivamente receptiva a la capacidad de captación de públicos diversos que el género biográfico posee, en realidad. Los historiadores hemos vuelto, en resumen, a interesarnos ampliamente por escribir biografia. Dada la aparente facilidad (siempre relativa) de acometer este tipo de empresas y cuya remuneración material es posible le merezca más la pena al historiógrafo que practicar otro subgénero cualquiera, cierto es que existe todo un capítulo en historia (*alta divulgación,* en principio) en el que la biografía no ocupa ni mucho menos un lugar menor, a la par que constituye todo un subgénero periodístico que hace de la *experiencia de la vida* (una vida «especial», por algo «interesante») su eje principal[195].

Nada, pues, respecto a la memoria de los hechos notables que no estuviera ya inscrito en la historia romana, nada que no pudiera el historicismo volver a cultivar... Pero lo cierto es que aquella consideración disminuida, el lugar marginal en que los mejores profesionales de la historia relegaron a la biografía, durante casi medio siglo a lo largo del XX (por ocuparse de *lo particular* y *contingente*), se disiparon ya hace un par de décadas. De manera que ha vuelto a situarse en primer plano ese particular tipo de *relato,* lleno de enseñanzas *morales*, que puede (o debe ser) la biografía, incluidos muchos de los países en que apenas tenía tradición su ejercicio y lectura. (Éste es sin duda el caso español.)

No obstante, ámbitos sectoriales como la *historia de la filosofía* y la *historia de la ciencia* han tenido siempre una larga tradición *biográfico-explicativa,* como si por este procedimiento procurasen, quienes la cultivaran, una especie de «humanización genética» de las grandes ideas y de los hitos del progreso científico. Aunque es bien claro que sus razones principales para el cultivo de este género «ejemplar» son de naturaleza distinta, en uno y otro caso, pues disociar al filósofo de su sistema es mucho más difícil que disociar el descubrimiento científico de su descubridor[196]. Las biografías de los hombres de ciencia, además de eludir posiblemente la indefinición causal, como un asunto incómodo

vista en un plano extenso, contienen un valor añadido de ejemplaridad *cívica*, que especialmente en los países de cultura protestante se ha potenciado al máximo, constituyendo parte de un cuidadoso orden de edificación, como lectura formadora del carácter y la personalidad, adecuada especialmente para jóvenes[197].

Más allá de esas características, la biografía fue por tradición considerada un género de arraigo *popular,* muy apreciado en general, sin embargo, por el público culto. Ciertos países de habla inglesa mantenían vigorosa la biografía *«clásica»* como una opción de análisis histórico de antigua y elitista trayectoria, un cultivo que no se abandonó ni siquiera en los momentos de mayor auge de la historia *social,* si entendemos a ésta como la búsqueda, impersonal, de las *constantes* y las *estructuras*.

Lejos queda por tanto la severa advertencia de Sigmund Freud, aquella admonición o burla escéptica que los historiadores iríamos admitiendo, en tantos casos, como regla o tabú, conscientes o inconscientes durante largo tiempo: «Quienquiera que se vuelve biógrafo –escribió Freud a Arnold Zweig, precisamente cuando éste andaba preparando la biografía de aquél– se compromete a la mentira, el ocultamiento, la hipocresía, el embellecimiento e incluso a disimular su propia falta de comprensión, pues la verdad biográfica no se puede poseer, y aunque uno la posea, no puede usarla»[198]. Quizá la más reducida preocupación por *la verdad* que hoy nos caracteriza a más de uno, tenga que ver con ese levantamiento de la pena o censura que impuso, tanto a biógrafos como a lectores, la mirada de Freud.

Sea como fuere, inscrita en una alborozada *«vuelta del relato»,* la biografía vuelve a satisfacer –así al menos parece– no sólo al lector de historia no especializado, sino también (y ésa es la novedad) al historiador profesional. Lo que alguien ha llamado «edad de la biografía» se abre, de par en par, a principios de la década de 1990[199]. Los observadores la relacionan con la *vuelta del sujeto* (sujeto individual) al discurso histórico, y la significan como una muestra del evidente fin del estructuralismo y de esa otra historia «sin rostro humano» que, después de haber asombrado a medio mundo, había empezado a hastiar. Otros, entenderían que se trataba de un modo explícito de darse a conocer la *posmodernidad*. Los más superficiales, a su vez, aplaudieron gozosos lo que la «nueva» biografía significaba en cuanto a un acercamiento a la literatura de ficción: el público lector venía a ser el mismo que el de la novela, prácticamente, o podía alternar ambas lecturas, aunque las promociones editoriales siguieran empeñadas en avalar la *autenticidad* de un tipo de lectura frente a otro, con sus avisos de diferenciación (lo «verdadero», si no «definitivo», figurará en los títulos de promoción).

La mayoría de los observadores, finalmente, no se había percatado de que el terreno para este cambio sustancial venía desde antiguo preparándose: ¿Qué habría pasado pues, para que, de repente, se propiciara la vuelta al *individuo,* a lo *concreto,* a lo *particular,* cuando parecía hallarse en pleno apogeo la orientación contraria…? A mediados de los años setenta había, sin embargo, indicios claros si nos fijamos bien: tras haber practicado con entrega la historia serial, uno de los maestros indiscutibles de *las mentalidades,* el francés Georges Duby, no había tenido empacho en declarar que la biografía era «el género sin duda más difícil», y el más ilustrativo *(le plus éclairant)*[200].

Tomemos una sola de las razones invocadas por quienes propiciaron aquel giro: «La experiencia biográfica puede ser releída», al decir del también francés Jacques Revel, «como un conjunto de tentativas, de elecciones, de tomas de posición frente a la incertidumbre…». La biografía viene a ser así, continúa Revel, «ya no pensable bajo la única especie de la necesidad –tal vida tuvo lugar y la muerte la convirtió en destino–, sino como un campo de posibilidades entre las cuales el actor histórico tuvo que elegir»[201].

Es éste un planteamiento muy similar, como puede observarse, al de la *microhistoria,* tal y como lo expone por ejemplo Giovanni Levi. Las categorías interpretativas que empleaba Levi en su obra más famosa, con las que trataría de operar, eran las siguientes: «La ambigüedad de las reglas, la necesidad de tomar decisiones conscientemente en condiciones de incertidumbre, la limitada cantidad de información que no impide, sin embargo, actuar, la tendencia psicológica a simplificar los mecanismos causales que se consideran relevantes para elegir comportamientos y, por último, la consciente utilización de las incoherencias entre sistemas de reglas y de sanciones»[202]. Con todo ello, quería el historiador averiguar no sólo el porqué de determinadas elecciones, sino también su incidencia en el medio, su adaptación a las imposiciones venidas al individuo desde fuera, los estímulos y los límites a su capacidad de crear…

Ives Clot asegura que «el acto humano no se produce en línea recta, sino por encrucijadas, y según círculos cuya mayor parte es descentrada socialmente»[203]. Cada historia individual es, de este modo, una cadena de respuestas complejas a las provocaciones de la vida social, en la cual el sujeto se habrá ido componiendo «una pluralidad de vías a considerar» y, por ende, «un sistema de valores dividido». El cual será a su vez «causa de sus vacilaciones, de sus deliberaciones internas y de las comparaciones que hace con otros». La *subjetividad* no es, pues, «una simple escena interior», sino «una actividad singular de apropiación, incluso si opera sin que el sujeto lo sepa». El sujeto se halla de ese modo, sucesivamente, ante nuevos problemas, volcado a nuevos retos que le sirven como constante prueba de resistencia. En conclusión, cada vida será

«el uso que cada uno hace de sí mismo», el resultado de «aquello que uno hizo consigo anteriormente»[204]. De cara a estos problemas, los métodos para hacerse con sus significados habrían sido elaborados, desde enfoques cualitativos de otras disciplinas –las teorías de la identidad, las de la acción y de la interacción–, bastante tiempo atrás[205].

El interés teórico por la *experiencia* y la expansión de las teorías de la *acción* tienen que ver por tanto, indudablemente, con el reverdecer del interés biográfico. Porque es preciso decirlo desde ahora: buena parte de la biografía que en la actualidad se practica (y que halla soporte también en el cine, como documental) es eminentemente *democrática*. El género, en consecuencia, acogerá en su seno tanto a las personalidades «de excepción», el objeto clásico del quehacer del biógrafo, como a todo individuo cuya *vida* (evidentemente, resulta ésta la palabra clave) se convierta, por diversas razones, en objeto y tarea del historiador. Independientemente de circunstancias o atribuciones varias, materia maleable y valiosa en sí misma *(la vida),* en el vasto laboratorio de *experiencias* de que hoy disfrutamos, los hombres y mujeres no sólo del pasado, sino de nuestros días (nuestros contemporáneos), son *todos* ellos un *sujeto histórico* posible, individualizado (con su nombre y su rostro) en esta concepción.

Enfocado sobre el análisis biográfico, resurgirá por tanto el antiguo interés por hacer del psicoanálisis una herramienta[206]. Pero también, por mediación de la *historia oral* la biografía ve su futuro asegurado al menos por un tiempo. Con independencia de los recelos de quienes, como Bourdieu, den su toque de atención al sociólogo frente a la «ilusión» creada por la *historia de vida,* la mayoría desemboca en una estrategia de exploración *subjetivista* de acercamiento a la *verdad;* una verdad que sólo afloraría, a ráfagas, a partir de la serie cuasi infinita de las *historias de vida* que podría abordar el historiador.

Cualquier vida vendría a iluminar la construcción de una inacabable *historia de la experiencia,* a hacerse parte de ella y a ofrecer pistas, iluminaciones. Siempre que no olvidáramos, con Bourdieu, que la historia de vida lleva un esfuerzo doble (el que procede del narrador y el del biografiado) por otorgar *sentido* a una existencia, y dar un *significado conveniente* a la experiencia individual[207]. Por ello, serán las mismas cautelas metodológicas que en la sociología las que el historiador –nos recomienda Franco Ferrarotti– deba aplicar a la hora de construir *biografías* según estos supuestos[208]. Y las preguntas, que deben ser planteadas previamente, incluyen abundar en el despeje previo de la cuestión fundamental: es decir, exigen acordar si aquéllas pueden ser respondidas a través de la *«historia de vida»,* que contiene un grado alto de *reflexividad* como sabemos, mejor que por cualquier otro procedimiento convencional[209].

* * * * *

Pero antes de realizar una somera introducción a las categorías posibles del género biográfico, e invitar al lector a recorrer alguna de sus peripecias hasta llegar a hoy, conviene todavía que nos hagamos alguna otra precisión general. La biografía se ha *expandido* en las ciencias sociales como un producto de la crisis del objetivismo kantiano y, en consecuencia, forma parte del terreno ganado por los enfoques teóricos y filosóficos subjetivistas, con opciones de método que son preferentemente individualistas, y a veces hasta indisimuladamente *neohistoricistas*[210]. Por ello de paso replantean, ciertamente, la cuestión de la *temporalidad*[211]. En cualquier caso, parece perfilarse también, junto a la recomposición extensa de la *identidad* colectiva, un cultivo creciente de la biografía *individual* más o menos trufada de inspiraciones nuevas –los feminismos en lugar principal–[212], de manera que permanece abierta a la expresión directa de las *emociones* del sujeto biografiado, una aproximación que sigue siendo apreciada por públicos extensos no profesionales, y que hoy se nutre además del crecimiento del interés y la sensibilidad hacia «lo privado»[213] y lo íntimo que es tan visible en la historiografía, y trascendiéndola, en el conjunto de las ciencias sociales[214].

A principios de la década de 1970 era ya perceptible ese rebrote, que andaba recibiendo críticas[215] en cuanto al valor que, para el historiador, pudiera tener el insistir o no sobre la personalidad individual. «Nadie niega –afirmó Barraclough a fines de los años setenta, invocando al sociólogo L. von Bertalanffy– que el individuo sea libre para escoger entre ciertas posibilidades de acción. También es cierto que su libertad de acción está condicionada, tanto por circunstancias externas concretas como por valores y actitudes profundamente arraigadas "no colocadas al azar", sino "interdependientes, adaptadas a un modelo y sujetas a variaciones recíprocas". De manera que correspondería a la metodología científico-social el precisar esta premisa, "demostrar que la libre elección o la libre voluntad no es meramente un factor arbitrario, una especie de *Deus ex machina* que imposibilita cualquier ordenamiento racional de la historia humana, sino que, por el contrario, aquella es susceptible al análisis racional e incluso a la formulación matemática".»[216] Certezas de este tipo, sin embargo, habían comenzado a disiparse ya unos años atrás, con los cambios profundos que rodearon a la fecha de 1968 y su importante movilización intelectual. La, así nombrada, *«vuelta del sujeto»* arraiga en ese ambiente, tanto en Europa como en Norteamérica, y en él ha de entenderse ciertamente también su fuerza emocional.

Con esto no pretendo estar diciendo que la recuperación de la biografía surja sólo de un viraje como éste. Ni quisiera minimizar tampoco la importancia de la reflexión teórica en torno a la naturaleza de otro tipo de fuentes, que tanto pesan en los más novedodos análisis actuales, como es el caso de la fotografía, por

ejemplo. Se ha dicho, con razón, que el fotógrafo no sólo *fotografía,* sino que «biografía», de manera que «la verdadera vida está en una imagen ficticia, no en el cuerpo real»[217]. Tampoco sugiero aquí, ni mucho menos, que de una situación totalmente simétrica a la que hemos experimentado recientemente hubiera nacido, un día ya lejano, la biografía como un género *propio*, distinto de *los otros,* y aislado del total.

Procedente de horizontes intelectuales diversos, la biografía había hallado su origen, si nos remontamos a la antigüedad, en la *vida ejemplar,* cuyo núcleo de intereses y de motivaciones era fuertemente político y moral. Y hoy como ayer –vuelvo a traer en mi auxilio a Barraclough–, «la historia que adorna un relato e inculca una moral sigue siendo inmensamente popular, sobre todo si esta moral es la que la mayoría de la sociedad desea escuchar». El foso se abrirá específicamente, entre historia y biografía, solo a lo largo del siglo XIX, cuando ciertos filósofos «comiencen a buscar el sentido de la historia empírica en la historia filosófica»[218], y cuando se diera por sobrante el cultivar *lo concreto* para irse en busca de *lo general*.

Cuando Kant escribió, en 1784, a propósito de la historia universal, el individuo quedó representado como un medio por el que la naturaleza ha de cumplir sus fines: la coherencia la daba el *todo,* lo completo, en tanto que lo individual se revelaba confuso e irregular[219]. Pero el positivismo le concede a este último un espacio importante, aunque desigual, en sus distintas formulaciones. Para Thomas Carlyle, entusiasmado con sus perfiles de *héroes* escogidos, la biografía sería capaz de trascender lo individual para iluminar la relación existente entre lo particular y el universo. Ésa era la razón de que lo corporal debiera quedar apartado, abandonado a un lado, para resaltar el *arquetipo*[220].

Pero más allá de estos principios filosóficos, es casi seguro que todo historiador *tradicional* o, simplemente, cualquier lector de los clásicos griegos y latinos (Tucídides quizá en primer lugar) considerará que nuestro oficio permite «saber» cosas sobre la naturaleza humana que, de otro modo, el ser humano no llegaría nunca a conocer. Ahí reside una de las pautas cognitivas, y a la vez el recurso ético y político mayor, del *historicismo,* y ésa es la clave última de toda interpretación histórica que, en última instancia, considere que su objetivo principal es conocer *nuestra naturaleza,* saber cómo *somos* (en *realidad*) los seres humanos.

El puntillista sir Lewis Namier, por ejemplo, «dividía y reducía sus datos en menudos fragmentos, para recomponerlos después con una rara capacidad de imaginación y síntesis», como ha escrito Isaiah Berlin[221]. Quería eliminar los elementos espiritualistas, metafísicos, de la historia y vivía obsesionado, como en su propio tiempo lo estuvieron también los filósofos del Círculo de Viena, con el principio de verificación. Desconfiando de la filosofía de la historia e incluso de la

historia de las ideas, estaba convencido de que para explicar los hechos sociales había que explorar en sus detalles las raíces del comportamiento individual. Y ésa era la razón por la cual «construía la historia a partir de la psicología, y no de la sociología».

Los fenómenos sociales quedaban en su hacer fragmentados en una miríada de existencias particulares, que era preciso recomponer continuamente en frescos más amplios. Según escribe Carlyle, había que «conocer bien la vida de millares de individuos, un hormiguero en su totalidad, ver cómo las columnas de hormigas se prolongan en diferentes direcciones, comprender sus articulaciones y sus correlaciones, observar una a una a las hormigas, y sin embargo nunca olvidar el hormiguero»[222].

Relacionándola con categorías sociales, sería también la misma búsqueda la que en su día emprendiera Werner Sombart en su importante obra *El burgués* (1913), donde aspiraba a «la fundamentación de los análisis psíquicos con materiales históricos», aunque tal ejercicio viniera a presentarse como un intento de rectificación de aquella atribución *intuitiva* del conocimiento histórico que tanto perjudicaba al historicismo. «Las intuiciones geniales –creía Sombart– jamás conducen a un entendimiento profundo de la esencia de las conexiones históricas, las únicas capaces de proporcionar la comprensión del "espíritu de una época"». Y a pesar de que, entre el "exceso de datos" y el "exceso de conceptos" –como escribe–, había ido orientándose una parte importante de la historiografía, atenta a no dejarse arrebatar por los excesos del psicologismo, lo cierto era que muchos historiadores, en realidad, «se han considerado normalmente psicólogos de pleno derecho»[223].

No obstante, una vez que en la historiografía se aprendieran las lecciones de la sociología y de la psicología social, parecía revestir una nimia importancia el volver sobre los componentes de la *acción individual;* parecía trivial el insistir sobre la *toma de decisiones* de los sujetos individuales y sus condicionamientos de orden psicológico, parecía impropio el indagar sobre la *personalidad*... Se admitía, eso sí, que el psicoanálisis podía ayudar a explicar el impacto que, en un individuo particular, podría causar un hecho histórico, pero ello no explicaría el hecho *en sí*. Ni el carácter de Hitler y sus presuntas patologías, ni la neurosis de Iván el Terrible o la un tanto peculiar personalidad de Dovstoievski –se decía–, nos servirían para explicar los problemas históricos que cada uno de ellos llevaba tras de sí[224]. Pero esas advertencias no podrían evitar, como se sabe, el gusto amplio del público lector por la *psicobiografía,* un subgénero en el que la teoría psicológica más empleada es, ciertamente, el psicoanálisis. Los historiadores no siempre la tomábamos en cuenta, sin embargo, o en todo caso, hacíamos de ella lectura complementaria, punto de apoyo, pero herramienta no.

A finales del siglo XX, por el contrario, reticencias y críticas como éstos se habían hecho más débiles o eran ya inexistentes. Al contrario, parecía apreciarse como *novedad* la incursión de la historiografía en el campo de la psicología individual, como si se tratara de una fuente de conocimiento por los historiadores recién descubierta. Un nuevo ciclo comenzaba así, dando pie a todo tipo de exploraciones críticas de campos y sectores en los que, desde antiguo, predominaba ya la biografía. Aquel tipo de biografías de científicos que antes mencionamos no había dejado, efectivamente, de cultivar un terreno en el que la lectura de las vidas de los *grandes hombres* servía para popularizar y difundir la cultura científica, en claro contraste los países latinos y los anglosajones entre sí. Actualmente, la reflexión crítica sobre ese tipo de literatura histórico-biográfica es también parte de la exploración *textual,* que desde hace poco muestra un especial interés por destacar los específicos recursos retóricos implícitos en aquella intencionalidad ejemplarizante del subgénero[225].

Antes de todo ello, se había ido produciendo una evidente sensibilización hacia un cruce, esporádico –reducido quizá a temas determinados–, de mezcla indeterminada entre lo *general* y lo *particular,* entre el medio social (el *contexto*) en el que tiene lugar la trayectoria biográfica, y esta misma en sí. En el fondo, se trataba de una incipiente reacción contra el exceso de *racionalidad* patente en muchos de los análisis sociohistóricos, contra el olvido de lo *irracional* y lo *inconsciente* por parte de los historiadores, tanto políticos como socioeconómicos. Barraclough lo sintetizó bien en 1979: «Ningún historiador que se dedique a temas como el imperialismo, el nacionalismo o el totalitarismo puede ignorar sus raíces psicológicas, y todo historiador, sea cual sea la sociedad y la época que esté tratando, debe tener en cuenta las tensiones psicológicas, las tensiones entre las fuerzas de la estabilidad y las fuerzas del cambio, pero especialmente la ineludible tensión que opera en todo momento entre la superestructura racional del orden social, necesaria para asegurar el funcionamiento continuado de la sociedad, y las reacciones instintivas en masa de sus miembros, que son el tejido y la sustancia de la historia»[226].

La relación entre *psicología* e *historia* que más huella ha dejado en la historiografía tiene que ver, posiblemente, con una idea fuerte y esencial que, en gran medida, sostenemos muchos historiadores todavía. Incluso quienes parten de elementos de orden psicológico en el tipo de historia que hemos denominado *sociocientífico,* consideran que la psicología humana no es una constante inalterable y universal (y por lo tanto una base *fija* para interpretar la actividad humana), sino que la conciben como un *aspecto de toda situación social,* un *dato* a someter a la explicación que proporciona su *contexto* histórico.

Había sido la *psicología individual,* como dijimos, la que atrajo primero a los historiadores, reclamando su consideración integradora, pero también haciendo proliferar sus objeciones. La *explicación psicológica* es, de este modo, uno de los recursos tópicos de la historiografía convencional, aplicable lo mismo en historia intelectual que en historia de las relaciones internacionales u otras formas. La dificultad de tender un puente entre la psicología individual y la colectiva no es tampoco un problema que haya pasado desapercibido nunca a los historiadores, aunque no puede decirse ciertamente que nuestra contribución –ni teórica ni empírica– a la resolución de problemas en este orden de cosas se haya revelado excepcional. Muchas veces resulta, como advirtió Ralf Dahrendorf, que «se tiende a convertir el psicoanálisis en una metáfora imprecisa de la sociología»[227]. Lo mismo sucedería, seguramente, con la historia. Y, sin embargo, el complejo de Edipo o la crisis de identidad de la pubertad han podido constituir el hilo conductor de más de un relato sugerente que, por lo general, poco habrá complacido, si es que no ha enfurecido, al historiador[228].

Con todo, más grave puede ser la tentación de usar en biografía conceptos psicológicos vulgares como son los de «complejo de inferioridad», «represión», «subconsciente» o «introversión» sin tener en cuenta su marco teórico original. Para un psicohistoriador sofisticado como es el francés Alain Besançon, por ejemplo, «es un ejercicio intelectual inútil y dudoso tratar de descubrir conceptos psicoanalíticos dentro del material histórico». No serviría de nada; al contrario, «se debería considerar el material desde el punto de vista psicoanalítico y entonces sacar a la luz relaciones entre hechos que parecían accidentales o a los que previamente no se les había dado la categoría de hechos»[229].

* * * * *

Hemos hablado en su momento de la importante influencia de la psicología social en la organización del campo denominado *historia de las mentalidades*, así como de su trascendencia en planteamientos propios del historicismo, si bien reformulaciones recientes de los enfoques usados resaltan las dificultades que conlleva, por ejemplo, el estudio colectivo de los sentimientos: «Historiar el humor», advierte Aaron Gurevich escribiendo sobre cómo entiende la *risa* en la Edad Media el ruso Mijail Bajtin, «supone acometer un esfuerzo de resultados un tanto inciertos», porque «aquellos que pretendan dilucidar cuestiones relativas a las mentalidades (como la historia de los sentimientos humanos: el miedo, la amistad, el amor, el humor, etcétera) deberán necesariamente destacar estas tradiciones específicas de entre una cosmovisión mucho más amplia, separarlas del complejo entramado de los comportamientos humanos y de los conjuntos de valores. Pero tan pronto como se intenta extraer algunos aspectos de la realidad

de su contexto vital, nace el peligro de que, por medio de este procedimiento, quede destruida la verdadera imagen de esa realidad»[230].

Podría traerse aquí también, de manera simétrica, el esfuerzo que hizo el sociólogo alemán Norbert Elias, a la altura de 1936, por codificar un cuerpo de doctrina más complejo en una dirección muy similar, dirección que ha sido bien aprovechada en las últimas décadas por los historiadores franceses de los *Annales*[231]. Y convendría no olvidar su estrecho parentesco con la *demografía histórica* y la *historia de la familia,* en la cual muchos de los estudios sobre la *infancia,* la *ilegitimidad,* el *matrimonio* o la *sexualidad* vienen marcados por un fuerte interés psicologicista, más claro y explícito aún si cabe en los medios anglosajones[232].

La aproximación *biográfica* no es por lo tanto (o no es ya tan solo) un asunto de historiadores tradicionales. Merece la pena señalar que este modo de análisis ha conducido también, por citar otro ejemplo de aplicación reciente, a tratar de reformular las bases de la demografía en términos de procesos estocásticos complejos, en función del empleo de datos longitudinales *individuales*. Planteado como una corrección de las deficiencias del análisis longitudinal *clásico,* el análisis demográfico de biografías se ocupa de seguir, a lo largo del tiempo, «uno o varios fenómenos demográficos en interacción, interviniendo en ellos simultáneamente un número grande de características individuales, que pueden modificarse a su vez con el tiempo»[233]. Cada trayectoria trata de insertarse en un contexto lo más amplio posible, de manera que las circunstancias particulares de cada caso puedan quedar lo más exactamente representadas en este análisis *microfundamental*[234].

Las biografías que *retornan* ahora, masivamente, muestran en toda su panoplia aquella pluralidad de horizontes que viene de sumar influjos *colectivistas* (procedentes de las ciencias sociales) y el rescate de la *singularidad*[235]. Dos influencias pues, claramente antagónicas, que originan productos historiográficos del todo diferentes, desde la *biografía política* individual[236] hasta la *prosopografía*[237] pasando por la sociología histórica[238], que también ofrece acogida a cierto tipo de biografías *plurales* como uno de sus capítulos de actividad.

De esta situación se deriva una «moda autobiográfica» bajo distintas formas, constituyendo un subgénero apelado *egohistoria* entre los propios historiadores y compuesto de memorias, diarios, entrevistas, conversaciones o epistolarios, además de aquellas otras autobiografías propiamente dichas que, como señala Ignacio Peiró, se orientan a «narrar los recuerdos de su vida, otorgar significado a sus experiencias profesionales y sentido a la realidad de una existencia centrada en el estudio del pasado»[239].

Las distintas formas de la biografía requieren todavía, todas ellas juntas y por separado, alguna más pormenorizada contextualización. La biografía *política,* por ejemplo, revela hasta qué punto, se quiera o no, la historia política (toda ella, y en *todas* sus versiones) se reconoce aún deudora de la *historia de las ideas políticas*. Aunque es cierto que, según en qué medios y en qué condiciones, se han ido incorporando a las tareas del historiador esfuerzos de orden «científico» significativos, bien sean de orden *politológico* o *sociocultural*. La biografía *intelectual,* por su parte, compartiendo algunas de estas mismas características, se hace aún más proclive a la fusión de vida y obra de un biografiado como un *continuum,* un todo inseparable en el que el eje vendría a ser lo escrito, la *producción intelectual*. Sin embargo, otras variadas percepciones delinean el género con matices de novedad indudable, y muchas de sus notas proceden de las innovaciones ya apuntadas a propósito de la *historia oral*.

Capítulo específico requeriría hablar del *psicoanálisis*[240], intensamente volcado sobre la reflexión autobiográfica desde la propia experiencia de su fundador[241]. En la teoría psicoanalítica que creó Sigmund Freud (una ciencia hermenéutica que pretende la «interpretación *causal*» de los significados de las acciones humanas y los sentimientos)[242], se aprovecha ante todo la idea de la *fragmentación* de lo real. Inclinándose por un enfoque *de detalle,* en modo alguno holístico, Freud concibe primero *lo infinitamente pequeño* como un indicio indispensable, una traza que permite desvelar el sentido general de la realidad interior y las actuaciones de los seres humanos, pero también como un punto nodal, *sobredeterminado,* en el que convergen motivaciones y pulsiones. La *explicación psicológica* obtenida a partir del psicoanálisis, con fuertes elementos interpretativos[243], amplía el vocabulario de otras corrientes de la psicología sobre las intenciones y actuaciones de los individuos, introduciendo con innegable éxito términos como «defensa», «represión», «identificación proyectiva», etcétera.

El poeta y crítico W. H. Auden fue perspicaz –como otras tantas veces– cuando escribió que «el gran paso que dio» Freud, «incluso aunque al final resultaran ser falsas todas y cada una de sus teorías», sería su decisión de «considerar los hechos psicológicos como pertenecientes no al orden natural [...] sino al orden histórico». Su triunfo fue así, aunque quizá él mismo no llegara a comprenderlo del todo, el mostrarnos que «el mundo histórico es un espacio horrible en el cual, en lugar de pequeñas fuerzas nítidamente mesurables, existen cosas confusas como motivos ambiguos, en el cual las clases siguen solapándose, en el cual lo que se cree que ha pasado es tan real como lo que ha pasado en realidad; un mundo, además, que no puede ser definido en términos técnicos, sino sólo descrito mediante analogías»[244]. Parte importante de la historicidad tiene que ver con

su consideración de lo *masculino* y lo *femenino,* no ya de partida sino al contrario, de llegada. Ningún ser humano está constituido de antemano como *sujeto psíquico* ni como *sujeto sexuado,* sino que es resultado de una *historia,* de un marco intersubjetivo que establece unos hitos: «Freud no habla, en sentido estricto, de la estructuración de hombres y mujeres, sino de la construcción de la feminidad y la masculinidad», de modo que el psicoanálisis entiende que «el sujeto sólo se constituye como tal en tanto sexuado, y esta construcción es el resultado de una historia singular e imprevisible»[245].

Elementos de esta índole han resultado ser de interés extraordinario no sólo para la lectura y *descodificación* de las autobiografías, sino también para la confección de biografías y, cómo no, para la *historia de las mujeres* (además de, en general, la historia de la sexualidad y sus comportamientos)[246]. En cualquier caso, se beneficia de estos planteamientos todo tipo de análisis biográfico particular que tenga en cuenta *sueños* y *fantasías,* así como todo género de indagación psicológica que verse sobre la *intencionalidad* de los actores[247], incluyendo lo *ignorado* o *no dicho, lo oculto* e *inconsciente*.

Para Freud y sus seguidores el ser humano está dotado de una complejidad espiritual en la que el *consciente* es solamente una parte pequeña. Desconociendo, como desconocemos, la multitud de procesos *subconscientes* que forman nuestro pensamiento consciente, incluso los deseos y los sentimientos que se originan en él, es difícil aprehenderlos de modo unitario e independiente, porque se presentan como manifestaciones inestables, como cruces de estructuras. En ellas se contienen no sólo los deseos reprimidos, los miedos y las fobias, sino también una serie de factores sociales, ideológicos y políticos, de los que tampoco somos conscientes en realidad. El *Yo* nace de ahí, del cruce de esas múltiples y complejas estructuras en perpetuo conflicto, de esos hilos tensados, discontinuos, enormemente contradictorios entre sí.

Llegando a nuestros días, hay quien podría suscribir la afirmación del inglés Peter Burke cuando opina que, en el caso hipotético de que se encuentre en marcha un cierto tipo de *consenso* nuevo para la disciplina de la historia, éste podría pasar por la *psicología colectiva*. Porque esa materia conseguiría «vincular los debates sobre la motivación consciente e inconsciente con los de las explicaciones sobre lo individual y lo colectivo»[248]. No obstante, a propósito de los resultados obtenidos (y al margen de las anticipaciones de futuro), acaso no exagera aquel que en cambio piensa que «la mayoría de los esfuerzos para casar a la psicología con la historia han acabado en divorcio, o directamente en canibalismo»[249]. Y no sólo por el difícil maridaje de la historia «científica» con el psicoanálisis, sino también por razones que tienen que ver con el estilo cognitivo de muchos de los miembros de la profesión. Con todo, también pudiera

ser que el expectante esfuerzo por no eludir la subjetividad como parte integrante de la tarea histórica le abriera al gremio de los historiadores perspectivas nuevas[250].

Lo que Georg Steiner llama «el imaginado jardín de la cultura liberal» había dado, por último, a la *autobiografía* albergue y acogida, también como una especie de género humanista ejemplar[251]. Es ahora un lugar común el convenir en que el *impulso* autobiográfico comienza como un intento de fijar el carácter fugitivo e inestable de la experiencia humana, pero también como un recurso útil para dejar constancia de *lo excepcional*[252]. Y que en esa labilidad, precisamente, lleva implícito el género la contradicción. Giovanni Levi cree, desde otra perspectiva, que es en las autobiografías donde precisamente «se escriben las cosas que los hijos nunca preguntan, de la vida familiar o de ciertos afectos. Siempre se cuenta lo que los hijos no saben de uno». Y que, al igual que esto, es en las autobiografías donde «se dice a las personas que se quiere las cosas que no se les ha dicho»[253]. Seguramente que una confidencia de este tipo, aquí casi un axioma, nos obliga a reconsiderar aún más de cerca el texto autobiográfico.

* * * * *

En tanto que Collingwood, leyendo a Vico, opinó que «la autobiografía de un hombre cuyo oficio es pensar debiera ser la historia de su pensamiento», el crítico Paul de Man la considera a su vez como una forma extrema de mutilación o desfiguramiento[254]. La experiencia del historicismo es, claro está, más cercana al primero. Concediéndole un lugar central en la propia historia de la historiografía a la autorreflexión sobre su práctica, «los intelectuales del XIX, impregnados de historicismo», como dice Ignacio Peiró, transformaron esta reflexión «en una exhibición personal, un ejercicio literario menor, en comparación con las obras que en su momento parecieron de mayor envergadura, y una fuente de salvación frente al destino». Pero no resulta de ahí un ejercicio irrelevante, pues «mientras la *objetividad* y la *verdad,* el *método,* las *leyes históricas* o el *sujeto social de la historia* pasaban a ocupar un lugar central en los debates sobre la construcción "científica" de la disciplina, los historiadores también se hicieron autobiógrafos»[255]. En 1795 –un año más tarde de su muerte–, las *Memorias* de Gibbon dejan constancia de aquella intención: «La verdad, la verdad desnuda y sin tapujos, virtud principal de la historia más seria, debe ser la única recomendación de esta narración personal»[256].

Para Philippe Lejeune, refiriéndose a los textos que arrancan de Rousseau, la autobiografía es «un relato retrospectivo en prosa», con orden cronológico, y que gira en torno a la personalidad del autor[257], si bien hay otras formas de narración que preceden a aquéllas, textos escritos que dejan testimonio, diarios y memorias, crónicas personales o relatos de viajes, que en cierto modo tratan

también de responder a la cuestión *identitaria* colectiva: es decir, se conducen en términos de historia sociocultural, hoy convertida en objeto de estudio privilegiado[258]. Hay un acuerdo básico en torno a la escritura autobiográfica y a cuál es su papel en cuanto a la construcción de la identidad, en todo tiempo y en todo lugar: «Al ordenar su propia vida y exponerla a la mirada ajena» –escribe James Amelang–, los autores de un texto de esta naturaleza «registraban con la escritura el curso de su existencia, a la vez que se dotaban de nuevas directrices». De esta manera, «consignando su nombre en la página impresa –moderna sucesora de los monumentos del pasado–, consagraban la memoria y superaban el paso del tiempo»[259].

A propósito de la autobiografía popular en la Edad Moderna (donde «el conocimiento del yo y el conocimiento del propósito podían leerse como una y la misma cosa»), advierte Amelang que de «la trillada identificación de la autobiografía con la expresión individual del individuo burckhardtiano, el yo solo en el mundo, tiende a descarriar el análisis de las primeras fases de la autoexpresión literaria. Los últimos estudios recalcan que lo que, aparentemente, fue un acto supremo de individualismo, en realidad se inscribía en múltiples contextos y juegos de relaciones: familias, casas, conventos y muchos otros colectivos». Reconoce sin embargo que, «aun así, no hay por qué desechar sus aciertos», y que «hechas todas las matizaciones, la insistencia de Burckhardt en la concreción histórica del individualismo y su consideración de la autobiografía como una de las pruebas de éste, siguen pareciendo percepciones acertadas. Pese a la abundancia de préstamos de modelos arquetípicos, pese a su repetición y afán de reciclaje, la autobiografía *no* fue (ni es) una forma de expresión literaria que mueva a decir que, si se ha leído una, se han leído todas»[260].

Pero la conciencia de la *interacción* y *construcción* de la experiencia vivida se hace transparente y explícita, especialmente en las biografías *de* mujeres que son hechas, precisamente, *por* otras mujeres: «La biografía no es una taxonomía en la que la clasificación del ejemplar deba modificarse según lo último que se descubre; es la historia de una vida por otra vida, un proceso durante el cual ambas evolucionan y cambian»[261]. Porque «si yo no soy la misma persona que hace diez años empezó a escribir –dice una autora refiriéndose a su personaje–, *¿por qué tenía ella que permanecer inalterable?*». Y es que –añade sin más preámbulo– «como les ocurre a tantas historiadoras de las mujeres, no puedo definir con precisión dónde acaba mi investigación y dónde empieza mi vida privada»[262]. Visto en perspectiva, esto es prácticamente lo mismo que decir, como hace Elaine Showalter, que «cuando las teorías se desvanecen, las biografías aún conservan su fuerza»[263].

Pudiera ser, con todo, que a través de los encadenamientos de circunstancias que marcan el retorno de la biografía –y pegada casi a ella la autobiografía–, se percibiera también otro retorno, de componente clásico, bien familiar para el historiador. Se trata del *idealismo historicista,* exactamente al modo en el que Dilthey lo sistematizó en las *«ciencias del espíritu»:* «Hay una sola sociedad» –escribe L. P. Williams–, si bien cada cual «la construye para sí mismo, o sí misma»; de modo que «cada persona entonces, al menos en parte, vive en una sociedad diferente»[264]. Al escribir así, este historiador de la ciencia que es *coetáneo* nuestro, se confiesa un epígono de Wilhelm Dilthey, quien había pensado que biografía y autobiografía habrían de ser, de modo respectivo, el principio y el fin de las ciencias humanas. Más literariamente que todos ellos, Carlyle había opinado que la historia era «la esencia de innumerables biografías». Y hélas quizá, esas innumerables biografías, de nuevo aquí.

Pero ¿qué es lo que conduce de nuevo hacia ellas? «Mi interés por la autobiografía –ha declarado recientemente, en una entrevista, el microhistoriador Giovanni Levi– proviene de hacer comparaciones entre historia y literatura. La novela del siglo XX ha intentado mostrar que el hombre no tiene coherencia, que la identidad no existe sino que se rehace cada día… La historia, al contrario, quizá porque siempre utiliza documentos que reflejan la acción y la decisión, tiende a ofrecer biografías coherentes y activas. Lo que falta en la capacidad historiográfica es precisamente lograr biografías más realistas, del mismo modo que los escritores, como Joyce o Musil, describen la formación continua de la identidad sin necesidad de forzar la coherencia. Los historiadores escriben biografías causales, al estilo de vuestra pregunta: tu padre es de este modo, luego tú te interesas por la biografía. No se puede dar una respuesta lineal. Hay toda una confluencia de factores. Yo he querido hacer, se podría decir, una biografía más realista. He criticado de este modo el retraso positivista que en este campo tienen los historiadores frente a la literatura; intentando imaginar biografías fragmentadas, desestructuradas, sin una coherencia previa. En este sentido, la biografía de mi padre era muy coherente. Quizá con mi orientación esté cuestionando en el fondo –aunque indirectamente– la ausencia de más contradicciones e indecisiones en el relato de mi padre»[265]. [Sin abandonar nunca la *experiencia,* volvemos pues a Freud.]

Un modo de aproximación *existencial* a la biografía –que no es el que más abunda, sin embargo, en la biografía política y las *vidas* de científicos– no entraña necesariamente sin embargo la refutación de la importancia del contexto social y cultural en que se desarrolla la existencia de los individuos, sino que indica que el autor o la autora del texto han organizado aquella *experiencia* en torno a una serie de ideas-fuerza, de focos o ideales políticos o intelectuales[266].

De hecho, las relaciones entre individuo y sociedad (el *yo* y los *otros,* su mirada y el *juicio,* o la valoración de los demás) constituyen ya un tema persistente en los escritos existencialistas del siglo XX: Sartre mismo escribió sobre Flaubert, Baudelaire y Genet. Pero lo cierto es que los propios científicos han hecho mucho, con sus escritos autobiográficos, por romper el cerco de *los otros*, por tratar de preservar su *yo auténtico* frente a la presión exterior, por defender en fin lo que Jaspers llamó el «potencial original»[267].

Si decidiéramos que la biografía por excelencia es la biografía «existencial», y que ésta concede a los lectores la oportunidad de reorientar sus propias vidas, resultaría quizá que el éxito creciente de la biografía tendría que ver, entonces, con esa capacidad probada de «sacarnos fuera de nosotros mismos mediante la fuerza de la extrañeza, y ayudarnos a convertirnos en seres nuevos» que Richard Rorty le reconoce[268], y que vendría a ser leída ahora a la luz de la emergente sensibilidad. Su expansión podría ser relacionada con una nueva versión socializada de la *ejemplaridad,* diversa y plural, propuesta por el relato biográfico en todas sus variedades. Independientemente de que, en lo que respecta a los relatos de vida que tienen que ver con la ciencia y el pensamiento, haya quien siga insistiendo en que no hay que despreciar su capacidad heurística, ni menos aún el potencial científicamente innovador que llevan anejo[269].

Sea como fuere, los usos de la biografía y las prácticas de lectura en torno a ella resultan hoy una cuestión candente y discutida, como fuego avivado en la reciente historia cultural. Apenas puede sostenerse con cordura que haya un peligro de trivialización con el «retorno de la biografía». Porque, si es cierto que las ciencias sociales y los influjos filosóficos que inspiran el conjunto otorgándole variedad «no han producido una sola y única figura de individuo», de manera que «el enunciado biográfico no tiende siempre, automáticamente, hacia la forma tradicional de la biografía»[270] (sino que ese conjunto se despliega en un abanico circular, y ello origina de hecho productos muy distintos en calidad), también lo es que nuestro mundo sostiene por doquier esa percepción generalizada de variedad y de fragmentación del ser. Sabina Loriga propone, a estos efectos, volver a la lectura de Musil, de Gide o Valéry, porque sus textos, sirviéndonos para reconocer la parcelación de la mirada individual, ayudarán a utilizar el yo para quebrar el exceso de coherencia que tiende a presentar el discurso histórico: «Es decir, [servirán] para interrogarse no solamente sobre lo que ha sido, sobre lo producido, sino también sobre las no certezas del pasado y las posibilidades perdidas»[271].

Historia y ciencia política. La nueva historia política

La reaparición del objeto político como un eje central en la historiografía es otra de las cuestiones más interesantes de las dos últimas décadas, y se ha producido

con simultaneidad al eclipse filosófico de la separación kantiana entre *objeto* y *sujeto,* aunque parezca esto un tanto paradójico y por más que aquél proceso, como es natural, no sólo obedezca a éste. Ha coincidido también con el acusado desgaste del materialismo histórico, un fenómeno de *historia intelectual* y de las ideas que, a su vez, no es del todo imputable a la caída del muro de Berlín y el hundimiento del socialismo real[272]. Y se ha encarnado, en fin, en lo que algunos llaman simplificadamente «el retorno del *acontecimiento*» a la escritura histórica[273].

A lo largo de los últimos veinte años, las ciencias sociales –todas juntas, y cada una de ellas por separado– se han visto sometidas a la erosión sufrida por la certeza *objetivista,* un desgaste que causa efectos particulares, y distintos, según sean las propiedades específicas de cada ramo de las ciencias. La historia se ha comportado como las otras disciplinas, mas añadiendo su propia nota de particularidad. Y así, junto a la reintroducción del *sujeto individual* y la preocupación por los enfoques *micro* –como ocurre en el resto de las ciencias sociales, donde el investigador se orienta cada día más hacia la detección de microfundamentos de los hechos colectivos[274], una preocupación que no es nueva, pero que crece en sus aplicaciones y sofisticación[275]–, se verán reforzados, en nuestro oficio, el interés por la *historicidad* y el concepto de *tiempo*[276].

Viendo las cosas desde España, resulta difícil aceptar sin reservas que la que se denominó hace unos años, con cierto énfasis, *«vuelta de la política»* contemple realmente un *retorno,* pues no se trata en modo alguno de la recuperación de un objeto científico que alguna vez se hubiera visto obligado a desaparecer de nuestra historiografía, debido a un supuesto predominio aplastante de la historia social. Sólo en Francia, si cabe, el empuje de ésta parecía irrefutable en las décadas de 1960 y 1970, cuando una porción grande de los historiadores admitió la importancia de los factores socioestructurales[277]. Como ya vimos, en ese giro quedó arrumbada la historia del Estado, desplazándose el centro de la historiografía desde lo político hacia lo socioeconómico y, en su caso, lo sociopsicológico y olvidándose en parte su valor *pedagógico,* uno de los principales efectos prácticos derivados del historicismo. Seguiría no obstante existiendo un público lector para la historia de objeto político hecha con instrumentos convencionales, y seguiría fijo, por más que los historiadores profesionales –como escribía el inquieto Vicens Vives a finales de la década de 1950– se vieran obligados a brindar algo «nuevo»[278].

Reconociendo que la mera *agrupación de hechos* bajo criterios de tipo político (una de las características del positivismo historicista que, como es bien sabido, habían sido más reprobadas por sus detractores) no conducía hacia un saber

científico, Fernand Braudel criticaría con fuerza a quienes creían posible una explicación de la historia mundial, tras la fecha de 1945, sólo con los acuerdos de Yalta y Postdam. Nada más que conseguir «*ver por debajo*», en cambio, penetrar la epidermis de la historia, mostraría la *verdad*[279], como a su vez repetía nuestro Vicens. Sólo esa introspección permitiría adivinar «los hombres, la miseria y el hambre, las epidemias y la muerte, la propiedad de la tierra, las relaciones entre un señor y un vasallo, entre un patrón y un trabajador, entre un sacerdote y un creyente» que pueblan el pasado. Nada que ver, por tanto, con la *vieja* política.

Alguien ha dicho, y puede estar en lo cierto, que acaso Bloch y Febvre no querían eliminar *lo político* del trabajo histórico, sino sólo acabar de una vez con los privilegios excesivos de la escuela positivo-historicista, con esa base «político-diplomática» impermeable a las innovaciones que hacía un uso tan restringido de la *explicación*, al contrario que las ciencias sociales[280]. Pero lo cierto es que la impronta *sociocientífica* se expandió por el conjunto de la historia francesa –y más o menos también por las demás historiografías– después de la Segunda Guerra Mundial, y que en el caso francés volvió a aflorar aún, bajo distinta forma, en la posterior renovación de la historia política, marcándola de una manera especial y exhibiendo su toque inconfundible en autores como Berstein o Julliard, como Agulhon, Bédarida o Rioux[281].

La historia contra la que combatía Febvre era, por tanto, el resultado de una concepción filosófica implícita que pretendía la constitución del saber histórico como un conjunto inarticulado de hechos discretos. Hechos cuyo «arremolinamiento» y mezcolanza[282], cuya constante falta de jerarquía, impedían al historiador buscar las conexiones, los reflejos causales entre esos mismos hechos. Lo que se denuncia por los críticos de *Annales* es, de este modo, el hecho de componer –con predominio de la intuición como instrumento básico– un modelo variable de interpretaciones que viene a ser flexible en demasía, heterogéneo tanto en sus ingredientes como en procedimientos. Un *collage* en el que acabará triunfando, finalmente, el denominador *político,* entendiendo por ello la *voluntad* de un hombre excepcional o de un grupo de actores *individuales,* siempre en posición *relevante*.

La renovación historiográfica, vistas las cosas desde este ángulo crítico, no hizo más que empezar algún tiempo atrás y posiblemente haya un amplio capítulo de sectores y ámbitos en el que, a esta hora, se halle estancada[283]. Pero el rótulo de *historia política* es lo suficientemente amplio como para que en él hayan ido teniendo cabida procedimientos de análisis distintos, cada día más complejos y sofisticados. De manera que la historia política que se ha venido realizando a lo

largo de este último cuarto del siglo es, sin duda, eco o aplicación de muchas cosas, y cosas muy diversas a la vez.

Por descontado que la historia ha desempeñado siempre un *papel político,* independientemente de que su objeto estricto lo fuese o no. El discurso histórico es, en sí mismo, terreno de enfrentamientos ideológicos, y su naturaleza vinculante alimenta de lleno, con abundantes argumentos e interpretaciones éticos y morales, al discurso político. Claude Lefort, politólogo, opina que «pensar la política en nuestro tiempo requiere una sensibilidad *histórica* que no anula, sino que al contrario hace más necesario, el abandono de la ficción hegeliano-marxista de la historia»[284]. Y ambos procesos, el de la vuelta de la sensibilidad historicista y el de la crisis del marxismo y el pensamiento holístico, están seguramente en relación.

Las diferentes concepciones del *actor en la historia*[285] inciden desde luego en la elección teórica del historiador, y quizá condicionan incluso su afección a un bloque de estudios «sectorial» en detrimento de otro. Sujeto *individual* o sujeto *colectivo* como elecciones básicas resultan decisivas a la hora de optar por escribir un tipo de historia u otro, claro está. Pero merced al intenso contacto con las ciencias sociales, algo eminentemente nuevo resultaría sin duda que también el actor *colectivo* se erigiera en objeto de la historia política. [Como lo es también que la expansión del concepto *política* haya invadido prácticamente hoy el campo entero de la individualidad.]

La manifestación concreta del primer caso –a medio camino con la historia social– es, como ya indicamos, la *prosopografía,* una herramienta «útil» –así lo cree Stone– «para abordar dos de los problemas más importantes de la historia»[286]. El primero de esos problemas «concierne a las raíces de la acción política», por lo cual la prosopografía trataría de «descubrir las intenciones de fondo que se piensa subyacen bajo la retórica política; analizar las afiliaciones sociales y económicas de las agrupaciones políticas, y mostrar la manera en que opera la maquinaria política, identificando a aquellos que accionan sus palancas». El segundo de ellos, combinando estrategias, «se refiere a la estructura y a la movilidad sociales»: en general, por tanto, se concreta en la historia *de las elites* y alguna que otra variante de *historia cultural.* De esta manera, y resumiendo mucho, «el objeto de la prosopografía es hacer inteligible la acción política, ayudar a explicar los cambios ideológicos y culturales, identificar la realidad social, y describir y analizar con precisión la estructura de la sociedad, lo mismo que el grado y la naturaleza de los movimientos que en ella se verifican». Dada esa amplitud de objetivos que confesaba Stone, nada tiene de extraño que, habiendo sido una «herramienta creada para la historia política», fuesen los historiadores sociales quienes pasaran a utilizarla más.

La reciente *historización* de las ciencias sociales a que hemos hecho mención más de una vez, es ciertamente una forma (explícita o implícita) de *politización* adaptada a las nuevas circunstancias: «El punto de vista político que subyace en este ensayo», escribe Ralf Dahrendorf en 1988, «y que se ha explicado con cierto detalle con ayuda de Max Weber, no es el de una sociedad de activistas y de permanente debate político, sino de alerta a los ciudadanos para que estén prestos a defender las instituciones de la libertad y sean sensibles a la violación de sus principios. Al mismo tiempo, algunos tienen que tomarse interés por salvaguardar, hacer que funcionen y desarrollar estas instituciones. Nada hay de malo en que aumente el número de personas que se interesan en ello. Porque la política de la libertad no es nunca un lujo»[287]. Lo mismo otro sociólogo, Ray Pahl, abriéndose al estudio de la *amistad* como un objeto que atraviesa el *tiempo*: «El tema central para quienes se interesan por la gestión, el gobierno y el conocimiento creativo de la sociedad contemporánea es saber qué es lo que está sustituyendo –si es que tal cosa está ocurriendo– a las obligaciones familiares, la responsabilidad cívica, la atención mutua y la reciprocidad generadas por el hecho de vivir atrapado en comunidades fruto del destino. Es evidente que existen, de una forma u otra, poderosos vínculos sociales, ya que parece improbable que la atomización de la sociedad de masas basada en el consumo individualizado pueda constituir por sí misma una base adecuada para el orden social. Es de la mayor importancia dilucidar si es cierto o no que estos vínculos sociales contemporáneos están cada vez más firmemente basados en los amigos y en la amistad»[288].

En realidad, a lo largo del siglo XX toda forma tradicional de historiografía quedó impregnada de las preocupaciones y de las preguntas de la *historia social,* cuando no de esa expansiva actitud *sociocientífica* que tanto hemos mencionado aquí. Pero también ha habido siempre importantes espacios «reservados» para la historia tradicional, para la proyección *rankeana,* si se quiere. En la historia alemana ocupa todavía un lugar bien central dicha proyección, como recuerda Bernecker[289]; y en general es un buen ejemplo de toda ella la mayor parte de la *historia de las relaciones internacionales* actualmente existente, distinta por supuesto de la historia diplomática tradicional pero no siempre acorde, como es visible, con las propuestas metodológicas iniciales del renovador Renouvin[290].

En el proyecto de éste, la vieja historia diplomática habría de actualizarse merced a una generosa contextualización económica, social y cultural, de manera que alcanzar la *explicación* de un tipo de acontecimientos –generalmente la toma de decisiones en política exterior– que son, por excelencia, de naturaleza *contingente* y *particular*. El propio Renouvin afirmó que la historia sólo estaba llamada a entender a propósito de *hechos singulares*, pero también de sus

encadenamientos, y que a partir de ahí debería dar cuenta de las *respuestas colectivas* ante tales hechos. A la manera durkheimiana, tales respuestas serían consideradas igualmente a su vez como *hechos,* pero diferenciados del sujeto cognoscente y externos a él. A la historia le estaría vedada en cambio la formulación de *teorías generales*, reservadas a los científicos sociales, en el caso concreto de las relaciones internacionales los politólogos. Los historiadores, en contrapartida –como *métier* específico, como oficio propio– se ocuparían sólo de los acontecimientos *decisivos* y únicos, entregados al cultivo de *lo particular*.

Con el paso del tiempo (Jean-Baptiste Duroselle encarnó, mejor que ningún otro, el relevo generacional), las posturas se hicieron más conservadoras, tanto metodológica como ideológicamente. En las declaraciones programáticas, en los sucesivos textos de propedéutica y reflexión global, se manifestaría claramente la aversión más sincera de estos «nuevos historiadores» de la diplomacia[291] hacia las *generalizaciones,* obligadas en las ciencias sociales. Como mucho –opina Duroselle– serán los historiadores ya avezados, *expertos,* los únicos «autorizados» para atreverse a generalizar, la única garantía relativa de obtener la *verdad* utilizando técnicas de la comparación y «desbordando el límite» que contienen las fuentes[292].

Únicamente dentro de una «tercera generación» de historiadores de la escuela francesa que fundó Renouvin (y que ejemplifica entre otros Jacques Thobie), dentro de este trayecto y de estas actitudes de *innovación* y *conservadurismo* al mismo tiempo –que han sido muy fructíferas, no obstante, en cuanto a producción y estudios monográficos–, se ha detectado una crítica contraria a esa disyunción entre lo que se dijo en un principio que se podría hacer y lo que, de hecho, se *hace* realmente, y que no es otra cosa que una historia fuertemente *narrativa* y *descriptiva* en donde predominan el empirismo y la espontaneidad[293]. Lo mismo que sucede usualmente en la mayor parte de la historiografía anglosajona que, desde los años sesenta en adelante, se ocupa del *presente*[294].

* * * * *

Por *historia política* se entiende todavía, en este orden de cosas, un tipo mixto de relato histórico que sigue procurando interpretar la «acción excepcional» de los hombres de estado con claves clásicas de *historia de las ideas,* que toma en ocasiones el aspecto de una historia *narrativa tradicional*[295] y en la que los sucesos políticos dominan la cronología de los hechos. Puede ser, igualmente, una visión de los procesos políticos *desde arriba* –en una variedad de historia *de las elites*–, o una versión histórica de la *sociología del poder* y los grupos que lo detentan, bajo formato de sociología histórica. Por último, puede tratarse de un recorrido *cultural* de referente político con el punto de mira centrado en el

presente, en un enfoque normalmente referido al contexto del Estado nacional. En la estela de la obra pionera de Eugen Weber, por ejemplo, hay que anotar la creciente preocupación por la *historia de la politización rural*[296], producto del afán de integrar la perspectiva histórica en las ciencias sociales, tanto en la investigación interdisciplinar[297] como en una docencia abierta sobre terrenos múltiples[298]. Pero también cabrían propuestas sugestivas como la de Enric Ucelay a propósito del papel de las *ciudades* en las ideologías del nacionalismo[299].

Las indagaciones a propósito de los contenidos y los cauces de la *cultura política*[300] están mereciendo efectivamente una reflexión especial[301]. Y aunque existen muchas dudas acerca de una *versión social* de la historia *política* que, al menos en Francia, se anduvo intentando en la década de 1980[302], lo cierto es que de esa elaboración es en parte deudora la *historia del presente,* tal y como la entienden los franceses. También la ciencia política ha sido incorporada, aun de distinta manera, a operaciones mixtilíneas (sociología incluida) sobre temas que rozan la frontera difusa entre la praxis política y la teoría social. Así los movimientos sociales, la acción colectiva, protestas o conflictos, los cambios sociopolíticos de todo tipo (y los nacionalismos en su centro)[303] reciben la refracción de enfoques y aplicaciones *politológicos* que la historiografía absorbe y reproduce, adaptándolos[304].

En los promotores de la «nueva historia política» francesa (Julliard, Rémond, Bédarida) se halla, sin duda, explícita del todo una voluntad firme de reclamar la autonomía *relativa* del hecho político, otorgándole al tiempo capacidad intensa como *factor causal*[305]. Esto último es importante, y significa que los esfuerzos por el acercamiento a las ciencias sociales –también en este campo de la historiografía– no han sido estériles. Al fin la estrella es en este terreno, como ocurre también en la sociología histórica, el tema del *Estado*[306].

Ligada así al asunto de los *nacionalismos* una vez más, y en consecuencia a la construcción (o descomposición) de los Estados nacionales[307], la historiografía moviliza la memoria *colectiva,* normalmente guiada bajo instancia política[308], y la inscribe en sus respectivas *mitologías de los orígenes,* generando constantemente actos políticos a su vez[309]. También, en este aspecto, es importante destacar la influencia analítica de los autores franceses[310], pero no sólo de ellos, como es natural: «Los historiadores», escribe Hobsbwam, «son el banco de memoria de la experiencia. En teoría el pasado –todo el pasado, desde el hecho más insignificante hasta la totalidad de lo ocurrido hasta la fecha– constituye la materia prima de la historia. Una gran parte del mismo no es competencia de los historiadores, pero otra buena parte sí lo es. Y mientras sean ellos los encargados de recopilar y dar forma a la memoria colectiva del pasado,

todos aquellos que integran la sociedad contemporánea tendrán que depositar en ellos su confianza»[311].

La visión de esta *responsabilidad* o *compromiso* nuestro, por parte de los psicólogos sociales es, en cambio, algo menos orgullosa y bastante más crítica e insegura: «Los productos de la práctica historiográfica, desde su propia concepción, incluyen una elaboración, interpretación y juicio sobre la significación de los acontecimientos estudiados (es decir, sobre el modo en que un acontecimiento provoca consecuencias sobre su propio futuro, lo que en cascada nos conduciría hasta nuestro presente), y sobre lo que la experiencia acumulada nos enseña de manera ejemplarizante para la planificación de nuestra acción presente y futura», viene a decirse. De manera que, como los relatos evidencian por sí mismos, «las mismas narraciones históricas incluyen una cierta imprecación moral sobre la acción futura que hay que realizar»[312]. Y desde luego, es cierto que los historiadores, ya sea a propósito de la cuestión nacional o de cualquier otra, apenas escondemos aquella imprecación.

* * * * *

En la reflexión de tipo social prospera la insistencia en salvar las distancias entre el sujeto *colectivo abstracto* (categorías de análisis basadas en rasgos comunes o propiedades compartidas) y el sujeto *colectivo real* –es decir histórico–, para superar tanto el problema que plantea la desigual actuación de los individuos como las diferentes elecciones de un grupo determinado en el seno de un colectivo más extenso y homogéneo. Al fin y al cabo, como recordó Kocka, la historia nos enseña sobre todo a pensar de manera «concreta»[313]. Pero lo abstracto, como ya sugerimos antes, no precisa esperar a que reparemos en que está *ahí* para influir en nuestras argumentaciones. Quizá uno de los frutos más maduros de esa circunstancia sea el concepto de «sociabilidad» que fue acuñado, en nuestra disciplina, por Maurice Agulhon[314]. Un instrumento heurístico del que ya hemos hablado anteriormente, y que en su incorporación a la historiografía española vincula la política a la historia social.

Cierto es que la recuperación de temas y de objetos en la historiografía no ha sido simultánea, de manera que –como alguien ha dicho– «lo que es nuevo para unos no es tan nuevo para otros», pero hay que reconocer que se ha ido produciendo una notable convergencia en un plazo prudencial[315]. [Las consideraciones sobre «memoria histórica» y sobre *historia del presente* que incorporamos en el lugar correspondiente del capítulo 5, nos eximen de dedicar aquí más tiempo a estos asuntos, sin caer en la reiteración.]

Por otra parte, conviene recordar que Michel Foucault descentralizó radicalmente el concepto de *poder,* al concebirlo como una trama de relaciones de

fuerza distribuidas de manera asimétrica por toda la sociedad, incluyendo el sexo, el afecto y las emociones[316]. Barthes, a su vez, entendió la *política* «como el conjunto de relaciones humanas en su estructura real y social, en su capacidad para construir el mundo»[317]. Y así podríamos traer otra serie de autores relevantes que afectan a nuestra consideración actual de «lo político».

Esta tendencia a la extensión del ámbito de la política más allá de su definición cívico-normativa y restrictiva ha tocado también, desde la filosofía de distintas vertientes, a las ciencias sociales. «El "poder" –escribe Anthony Giddens de manera más cauta– se refiere a la *capacidad transformadora* de la acción humana»[318]. Y, en ese orden de cosas, la experiencia biográfica de los distintos sistemas políticos ha llevado a realizar, a través del psicoanálisis o con un conjunto de técnicas introspectivas aplicadas sobre fuentes orales, ensayos importantes sobre la conexión experiencial entre *historia* y *memoria*[319]. En el caso de la Alemania nazi, la experiencia judía[320] había estado ocupando un lugar central en la historiografía hasta que comenzara a competir con ella, pero sin desbancarla, el análisis de la experiencia de vida cotidiana bajo el socialismo, en la Alemania oriental[321].

* * * * *

En España, una compleja trama de mutuas influencias entre la institucionalización del *contemporaneísmo* como especialización historiográfica y los hechos claves de la transformación política en dirección hacia la democracia, poco antes de la muerte de Franco y al hilo de ella, señalaron la aparición de la *historia reciente* (historia *del presente* o historia *vivida*), como uno de los rasgos evolutivos de la incipiente proyección postestructural que hizo su entrada en las ciencias humanas y sociales.

Rechazando el recurso a la «teoría» –para referirse al *marxismo* sobre todo, pero también en referencia amplia al fondo filosófico que alimenta y sostiene toda inspiración científico-social–[322], se habló más tarde de la necesidad de devolverle a la política su carácter central en la historiografía, olvidando sin duda que una parte importante de la obra publicada no había dejado nunca de obedecer al *canon* político más convencional. Así, la que se reclamaba «*vuelta* de la política» no aparecía en España en conexión con la *historización* de otras disciplinas, ni tendía puente alguno con el *neohistoricismo* (que liga estrechamente el *texto* y el *contexto*)[323], ni siquiera mostraba contactos de amplio espectro con las ciencias sociales, como sucedía en cambio con la *historia social* (a su vez reorientada en el eje político).

Bajo la etiqueta de *«nueva historia política»* aparece entonces, equívocamente, el clásico ejercicio descriptivo del pasado inmediato, *realista* y *objetivista* en

general, que une el mundo profesional del periodismo con el de la historia. Un tipo de discurso que convive con otras formas de inyectar *la política* en el discurso histórico, inclusive el marxista, y que es consciente siempre de los usos *políticos* de la «memoria histórica», que es confundida en más de una ocasión con «memoria oficial». Con todo, hay que decir que en los orígenes del cambio historiográfico en España (años setenta) había habido una clara preocupación por la ciencia política y sus aplicaciones específicas, así como por la sociología electoral.

Dos décadas después, la mayoría de las investigaciones son sensibles a las sociologías cualitativas y la politología, y aunque tímidamente, tienden a inclinarse poco a poco al plano antropológico. No se discute ya si ha de ser concedido un interés *prioritario* a la historia política, aunque tácitamente muchos la consideren la forma más segura para dar unidad a una historiografía de nuevo fragmentada y dispersa. La *biografía individual* y el género biográfico, como signo del *retorno del sujeto,* convocan desde finales de los años ochenta cierto entusiasmo[324], acompañado a veces de la sospecha de que acaso haya sido erróneo considerar a la historia una *ciencia*, preocupación que es compatible con la abundante producción[325], muy libre en sus opciones y elecciones, y por eso diversa en sus enfoques.

Buena parte de las modificaciones introducidas en la historia política reciente tienen que ver con la influencia de un puñado de autores franceses (F. Bédarida, R. Rémond, J. P. Rioux, J. F. Sirinelli, P. Nora, M. Agulhon, S. Berstein o P. Milza)[326], si bien se manifiestan sobre todo en la expansión de la fuente oral, a la que se debería en buena parte la relectura en curso, por ejemplo, del periodo franquista, con sus aniquilaciones y sus miedos. Sin perjuicio de que no todas las reflexiones sobre la *memoria* reciente incorporen de hecho este instrumento[327], de la fuente oral se deriva no sólo la incorporación de testimonios nuevos (y «diferentes a los de la historia oficial») sino también la innovación *subjetivista,* atenta a la *experiencia*, la exploración de los *significados* y las redes de atribución *simbólica* de las *acciones* de los individuos, que acaso importan más que los acontecimientos mismos.

De ahí procede en la historiografía española contemporaneista una incipiente autorreflexividad (la reflexión sobre la implicación del historiador, con sus características de identidad de género, de clase, ideología o nación, en la construcción del texto historiográfico) que empieza a percibirse, aunque tardía. Las consecuencias de ello son aún difíciles de valorar en el plano concreto del análisis político, mas ya no tanto en el terreno extenso de la historia social, donde se muestran perceptibles sus avances a pesar de la indefinición general de cuáles sean los referentes teóricos.

Coincidiendo con el interés de las comunidades autónomas por reforzar las identidades locales, hay que notar de nuevo la gran cantidad de estudios producidos recientemente en España para el ámbito de la Edad Contemporánea. Muchos de ellos –ocioso es advertirlo– se ven inscritos en el campo extensísimo de la historia social, en perspectivas de ampliación de escala, pero otros muchos van destinados a entroncar la política actual desarrollada en la esfera local con las líneas pretéritas de la organización del Estado[328]. Caso especial sin duda es Cataluña, donde además de los muy abundantes estudios sobre el nacionalismo catalán en términos estrictos, y sobre su posición relativa frente al nacionalismo español[329], ha ido creciendo una importante reconstrucción histórica del republicanismo, con una interesante dimensión cultural[330]. Podría decirse así, una vez más, que el *presente* no es más que el punto en que se cruzan, en nuestras actuaciones, todo lo que nos queda del pasado y todo lo que esperamos del futuro.

[1] D. WILLEMS (1989), «Lenguaje escrito y lenguaje oral», *Historia y Fuente Oral* 1, pp. 97-105.

[2] D. R. OLSON y N. TT ORRANCE (1995), *Cultura escrita y oralidad,* Barcelona, Gedisa.

[3] D. R. OLSON (1980), «Some Social Aspects of Meaning in Oral and Written Language», en D. R. Olson (comp.), *Social Foundations of Language and Thought: Essays in Honor of J. S. Bruner,* NuevaYork, Norton. También, J. GOODY (1985 [1977]), *La domesticación del pensamiento salvaje,* Madrid, Akal. Merece aún la pena consultar un clásico de los años treinta, como es el ruso L. S. VYGOTSKY (1978), *Mind in Society,* M. Cole *et al.* (ed.), Cambridge Ma., Harvard University Press, y (1987), *Thought and Language,* A. Kozulin (ed.), Cambridge Ma., MIT Press.

[4] G. PRINS (1993 [1991]), «Historia oral», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 144-176.

[5] J. E. ACEVES (1994), «Práctica y estilos de investigación en la historia oral contemporánea», *Historia y Fuente Oral* 12, pp. 143-150.

[6] Por ejemplo, E. TONKIN (1992), *Narrating our pasts. The social construction of oral history,* Cambridge, Cambridge University Press.

[7] Una muestra de ellas entre historiadores de lo social (y respondiendo a Hobsbawm), en R. FRAZER (1993), «Historia oral, historia social», *Historia Social* 17, pp. 131-139.

[8] Para los usos al servicio del «universo socialista que se estaba fraguando en los años veinte en la URSS», donde «la historia oral se convertía en una disciplina organizada por el partido comunista con el objeto de integrar la "memoria obrera" en el mito fundacional del Estado», véase sin embargo A. SALOMONI (1994), «Las fuentes orales del monoculturalismo soviético», *Historia y Fuente Oral* 12, pp. 151-162, cit. en 151.

[9] L. ACCATI (1994), «Storia professionale e storia militante: "History Workshop"», *Introduzione all'uso delle riviste storiche*, N. Recupero e G. Todeschini (ed.), *Quaderni del Dipartimento di Storia,* Universitá di Trieste, n. 1, pp. 109-116; R. Samuel (ed.) (1991), *History Worksho*p. *A Collectanea 1967-1991. Documents, Memoires, Critique, and Cumulative Index to History Workshop Journal,* Londres, Ruskin College.

[10] J. OKELY (1992), «Anthropology and autobiography. Participatory experience and embodied knowledge», en J. Okely y H. Callaway (eds.), *Anthropology & autobiography…,* cit. *infra*, p. 24.

[11] L. Accati, «Storia professionale…», cit., p. 112.

[12] R. FRASER (1993), «La historia oral como historia desde abajo», en P. Ruiz Torres (ed.), *La historiografía, Ayer* 12, p. 91.

[13] L. PASSERINI (1985), «People's History and Social Science History Responses to Louise A. Tilly», *International Journal of Oral History* 6/1, p. 23.

[14] A. VON PLATO (1998), «La historia oral en la historiografía», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 20, p. 7.

[15] J. M. MARINAS y C. SANTAMARÍA (eds.) (1993), *La historia oral. Métodos y experiencias,* Madrid, Debate, p. 10.

[16] T. SITTON, G. L. MEHAFFY y O. L. DAVIS, jr. (1989 [1983]), *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas),* México, FCE.

[17] PH. JOUTARD (1996), «La Historia oral: balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos», *Historia y Fuente Oral* 15, p. 163.

[18] T. SITTON *et al.*, *Historia oral…* , cit., p. 7, citando a su vez a E. WIGGINGTON (1972), *The Foxfire Book*: «Cuando [nuestros abuelos] se hayan ido, los magníficos cuentos de caza, las historias de fantasmas que privaron del sueño a miles de niños, los complejos trucos de autosuficiencia adquiridos a través de años de ensayo y error, las elocuentes y frecuentes historias de sufrimiento, participación, construcción, curación, siembra y cosecha, se habrán ido con ellos, y esto será una gran pérdida».

[19] E. GIBBON (2003), *Memorias de mi vida,* Barcelona, Alba Editorial, p. 17.

[20] K. PLUMMER (1989 [1983]), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y a la bibliografía del método humanista,* Madrid, Siglo XXI, p. 30.

[21] J. FRANZKE (1989), «El mito de la historia de vida», *Historia y Fuente Oral* 2, p. 63 y 57 respectivamente. [*N. de la A.*: la cursiva es mía.]

[22] L. NIETHAMMER (1989), «¿Para qué sirve la historia oral?», *Historia y Fuente Oral* 2, p. 13.

[23] PH. JOUTARD (1986 [1983]), *Esas voces que nos llegan del pasado,* México, FCE, p. 253.

[24] W. RICKARD (2000), «Historia oral, trauma y tabú», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 23, pp. 121-133. [Partiría del supuesto de que «la historia oral se ha convertido en una extensión casi natural de la práctica de la autoconciencia» (p. 128).]

[25] P. LEJEUNE, «Memoria, diálogo y escritura»; R. ROBIN, «Literatura y biografía», y D. BERTAUX, «Los relatos de vida en el análisis social», todos ellos en *Historia y Fuente Oral* 1 (1989), pp. 33-67, 69-85 y 87-105 respectivamente.

[26] Entre los trabajos clave, en España, C. BORDERÍAS (1993), *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica 1924-1980*, Barcelona, 1993, aplicando el concepto «screeen story», y J. UGARTE (1998), *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco,* Madrid, Biblioteca Nueva.

[27] R. KOSELLECK (1988), «Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze», en *Theorie der Geschichte. Beiträge zur Historik,* vol. 5. *Historische Methode*, C. Meier y J. Rüsen (comps.), Munich, pp. 13-61.

[28] L. Niethammer, «¿Para qué sirve…», cit., pp. 3-26.

[29] Consideraciones y cautelas importantes en M. CATANI (1990), «Algunas precisiones sobre el enfoque biográfico oral», *Historia y Fuente Oral* 3, pp. 151-164.

[30] G. LEVI (1985), *L'ereditá inmateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento,* Turín, Einaudi. [Hay traducción en Nerea, 1990.]

[31] G. LEVI (1989), «Sobre microhistoria», cit., p. 137. [Interesa relacionarlo con el relato autobiográfico de Primo Levi, *I sommersi e i salvati* (1987). Sobre éste, véase M. CATANI (1993), «"Si lo contásemos, no nos lo creerían": la lección de método de Primo Levi», *Historia y Fuente Oral* 9, pp. 137-162.]

[32] A. PORTELLI (1977), «Raíces de una paradoja: la historia oral italiana», *Historia. Antropología y Fuentes Orales* 17, p. 133.

[33] A. PORTELLI (1992), *Il testo e la voce. Oralitá, scrittura e democrazia nella letteratura americana*, Roma, Manifestolibri. [Trad. al inglés, *The Text and the Voice*, Nueva York, Columbia University Press, 1994. *N. de la A.*: las cursivas son mías.]

[34] A. PORTELLI (1993), «Violencia, imaginación y memoria en un episodio de la guerra partisana», en J. M. Trujillano (ed.), *III Jornadas "Historia y Fuentes orales". Memoria y sociedad en la España contemporánea* (Ávila, abril 1992), Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, p. 41.

[35] L. NIETHAMMER (1995), «¿Dónde estabas *tú* el 17 de junio? Un nicho en la memoria», *Taller d'història* 5, pp. 3-16. Para el chiste, véase A. M. VIGARA (2003), «Sexo, política y subversión. El chiste popular durante el franquismo», en J. URÍA (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios,* Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 263-283.

[36] R. PRUS (1996), *Symbolic Interaction and Ethnographic Research. Intersubjectivity and the Study of Human Lived Experience,* Albany, State University of New York Press.

[37] P. THOMPSON (1988 [1978]), *La voz del pasado. Historia oral,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, p. 13.

[38] M. VILANOVA y D. WILLEMS (1991), «Analfabetismo y participación política en Barcelona durante los años treinta», *Historia y Fuente Oral* 6, pp. 89-104.

[39] M. VILANOVA (1995), «El combate, en España, por una historia sin adjetivos con fuentes orales», *Historia y Fuente Oral* 14, p. 102.

[40] J. OKELY y H. CALLAWAY (1992), *Anthropology & Autobiography,* Londres/Nueva York, Routledge.

[41] A. COULON (1988), *La etnometodología,* Madrid, Cátedra; (1984), «Arguments ethnométhodologiques», en VV.AA., *Problémes d'épistémologie en Sciences sociales* III, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales.

[42] F. FERRAROTTI (1990 [1986]), *La historia y lo cotidiano,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

[43] D. VOLDMAN (1996), «Historia y fuentes orales en Francia: estado de la cuestión», *Historia y Fuente Oral* 15, pp. 171-175.

[44] PH. JOUTARD (1999), «Algunos retos que se le plantean a la historia oral del siglo XXI», *Historia, Archivo y Fuente Oral* 21, p. 355.

[45] D. BERTAUX (1993 [1983]), «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica», en J. M. Marinas y C. Santamarina (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*..., cit., p. 20.

[46] L. PASSERINI (1984), *Torino operaia e fascismo. Una storia orale,* Bari, Laterza; (1985), *Storia e soggetivitá. Le fonti orali, la memorie,* Florencia, La Nuova Italia; (1991), *Storie di donne e di femministe,* Turín, Rosenberg e Sellier. Sobre la subjetividad y su valor heurístico, véase el *International Journal of Oral History* 1, 1985.

[47] Véase por ejemplo el n.º 24 de *Sociología del Trabajo,* dedicado a «Cultura del trabajo y fuentes orales».

[48] A. Portelli, «Raíces de una paradoja», cit., p. 136. Una recopilación de los primeros textos de Passerini y de Portelli puede hallarse en D. SCHWARZSTEIN (ed.) (1991), *La historia oral,* Buenos Aires, Centro Editorial de América Latina.

[49] S. F. ROTH (1998), *Past into Present. Effective Techniques for First-Person Historical Interpretation,* Chapel Hill/Londres, University of North Carolina Press.

[50] L. PASSERINI (1989), «Storia orale: itinerari della memoria», *L'informazione bibliografica* 2, p. 300. También (1988), *Storia e soggetivitá. Le fonti orali, la memoria,* Florencia, La Nuova Italia.

[51] F. FERRAROTTI (1981), *Storia e storie di vita,* Roma/Bari, Laterza; (1981), «On the Autonomy of the Biographical Method», en D. Bertaux (ed.), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences,* Londres, Sage.

[52] F. FERRAROTTI (1981), *Vite di periferia*, Milán, Mondadori; (1986), *La storia e il quotidiano,* Bari, Laterza.

[53] R. BRAIDOTTI (1991), «Teorías de los estudios sobre la mujer: algunas experiencias contemporáneas en Europa», *Historia y Fuente Oral* 6, pp. 5-17.

[54] G. ROSENTHAL (1995), *Erlebte und erzählte Lebensgeschichte. Gestalt und Struktur biographischer Selbstbeschreibung,* Frankfurt/Nueva York. [*N. de la A.:* la cursiva del texto es mía.]

[55] G. ROSENTHAL (1991), «La estructura y la "Gestalt" de las autobiografías y sus consecuencias metodológicas», *Historia y Fuente Oral* 5, p. 107. [Los textos de W. FISCHER citados (1982), *Time and Chronic Illnes. A Study of Social Constitution of Temporality,* Berkeley, y (1986), «Soziale Konstitution von Zeit in biographischen Texten und Kontexten», en G. Heinemann (ed.), *Zeitbegriffe*, pp. 355-377.]

[56] Información sobre las discusiones acerca de la transcripción, además de un conjunto de ejemplos valiosos, en R. BAUMAN (1986), *Story, performance, and event. Contextual studies of oral narrative*, Cambridge, Cambridge University Press.

[57] Véanse los reparos de A. PORTELLI (1991), *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*, Albany, State University of New York Press. [Sobre esto mismo (1989), «Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli», *Historia y Fuente Oral* 1, pp. 5-32.]

[58] V. CAMAS (1996), «La transcripción en historia oral», *Proceedings of the IX International Oral History Conference*, Goteborg, pp. 859-871.

[59] K. MOORE (1997), «Perversión de la palabra: la función de las transcripciones en la historia oral», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 18, pp. 5-24, y (1999), «Sentido y sensibilidad: forma y contenido en las transcripciones de historia oral», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 21, pp. 163-169.

[60] A. COULON (1988), *La etnometodología,* Madrid, Cátedra, p. 49.

[61] H. GARFINKEL (1952), «The Perception of the Other: A Study in Social Order», Ph. D. Harvard, no publicada, p. 114, cit. en J. C. Heritage (1990 [1987]), «Etnometodología», en A. Giddens, J. Turner *et al.*, *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza Editorial, p. 300.

[62] L. A. CAMINO y R. M. KRULFELD (1994), *Reconstructing Lives, Recapturing Meaning. Refugee Identity, Gender, and Culture Change,* Amsterdam, Gordon and Breach Publishers.

[63] F. K. ANKERSMIT (2001), «The Sublime Dissociation of the Past: Or How to be (come) What One is No Longer», *History and Theory* 40/3 (octubre), pp. 295-323.

[64] J. FONTANA (1997), «Franco y el franquismo a través de los libros de memorias», en J. M. Trujillano y J. M. Gago (eds.), *IV Jornadas «Historia y Fuentes Orales». Historia y memoria del franquismo, 1936-1978* (Ávila, octubre 1994), Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, p. 23.

[65] J. GROSSMAN (1999), «Violencia y silencio: reescribir el futuro, silenciar la experiencia. La resistencia y la esperanza de la clase trabajadora», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 21, pp. 131-141.

[66] G. ROSENTHAL (1990), «Narración y significado biográfico de las experiencias de guerra», *Historia y Fuente Oral* 4, pp. 119-128, cit. en 119 y, en especial, G. ROSENTHAL (ed.) (1991), "*Als der Krieg kam, hatte Ich mit Hitler nichts mehr zu tun". Zur Gegenwärtigkeit der Kriegs und NS-Vergangenheit*, Opladen: Leske und Budrich.

[67] F. RAMELLA (1991), *Terra e telai*, Turín, Einaudi.

[68] G. LEVI (1985), «I pericoli del Geertzismo», *Quaderni Storici* 58, pp. 269-277.

[69] G. LEVI (1991), «Sobre microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, p. 141.

[70] G. LEVI (1990 [1985]), *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII,* Madrid, Nerea, p. 14.

[71] L. CIGARINI, «Introducción» a C. Borderías (2000), *Strategie della libertà. Storie e teorie del lavoro femminile,* Roma, Manifesto libri, p. 7.

[72] J. OKELY y H. CALLAWAY (eds.) (1992), *Anthropology and Autobiography*, Londres, Routledge.

[73] J. OKELY, «Participatory experience and embodied knowledge», en *Anthropology…* cit., p. 12.

[74] Cierta corriente del feminismo sostiene que, en cuanto al potencial de construcción autobiográfica de las mujeres –siendo *nuestra* vida producto de un *trauma*–, seríamos nosotras incapaces, al contrario que los hombres, «de dirigir nuestras autobiografías a partir del esfuerzo de un recuerdo voluntario», como ellos sin embargo sí pueden hacer. Puesto que el trauma no se recuerda (*no puede* recordarse) sino que *se vive* y *se actualiza*, la autobiografía femenina sería entonces, de modo muy distinto a la del varón, «aquello que sus recuerdos no pueden contener o aprehender *como un todo*». [E. F. XAVIER FERREIRA (1999), «Mujeres, memoria e identidad política», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 21, pp. 53-65. *N. de la A.:* las cursivas son mías.]

[75] C. BORDERÍAS (1995), «La historia oral en España a mediados de los noventa», *Historia y Fuente Oral* 13, pp. 113-129.

[76] C. BORDERÍAS, I. BERTAUX y A. PESCE (1988), «Un análisis sobre la producción de trayectorias sociales femeninas: España, Francia, Italia», *Sociología del Trabajo* 3.

[77] Una visión general en E. HERNÁNDEZ SANDOICA (1998), «La historia contemporánea en España. Tendencias recientes», *Hispania* 198, pp. 65-95.

[78] Es un órgano de expresión científica de vocación claramente trasnacional, ecléctico en principio pero abierto progresivamente a las formulaciones experienciales. Posiblemente, no demasiado representativo del común de la práctica historiográfica oral efectivamente hecha en España.

[79] C. BORDERÍAS (1998), «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal* 1, pp. 177-195.

[80] La lectura de Luisa Passerini, por ejemplo, anticipadora de una sensibilidad historiográfica que hoy, mucho más extendida, se haría en España a fines de los setenta y principios de los ochenta se halla más bien atendiendo a su objeto (la clase obrera) que a su enfoque teórico, que visaba a la subjetividad y el uso de conceptos psicológicos para la interpretación de narrativas y el estudio de los mecanismos de la memoria. [L. PASSERINI (1978), *Storia orale. Vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne,* Turín, Rosenberg e Sellier.]

[81] Vocación estatal tiene el Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense que inició M. C. García-Nieto. España es difícilmente comparable con otros lugares, Italia en especial, donde hay una muy cuidada –metodólogica y teóricamente– historia oral, junto a dificultades evidentes de institucionalización. [A. PORTELLI, «Raíces de una paradoja…», cit., pp. 111-137.]

[82] Ph. Joutard, *Esas voces…,* cit., pp. 376-377.

[83] Llamando la atención sobre su especificidad retórica y su carácter de construcción social simultáneos, véase E. TONKIN (1992), *Narrating our pasts. The social construction of oral history*, Cambridge, Cambridge University Press.

[84] El contraste, de nuevo, en textos como el de Tonkin, cit. en nota anterior. Veáse, por ejemplo, el cap. 3, «Structuring an account: the work of genre», pp. 50-65. Excepciones, en el caso español, existen sin embargo: «Ellos me dieron mucho más que información: compartieron conmigo un trozo de sus vidas», escribe J. UGARTE al principio de *La nueva Covadonga...,* cit., p. 4. De ese contacto, tampoco el historiador prescinde así en su evolución futura. Sencillamente, porque no puede hacerlo.

[85] C. M. MACGRANAHAN (2000), *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 25, pp. 47-66.

[86] Una introducción general, en R. GARCÍA CÁRCEL y M. PEÑA (1997), «Historia de la cultura: de los fines a los medios», *Iber* 12, pp. 47-54.

[87] E. H. GOMBRICH (1999 [1967]), «En busca de la historia cultural», en *Ideales e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia y el arte,* Madrid, Debate, p. 27.

[88] *Ibid*. De *comprender* sus respectivos contextos se ocupó Norbert Elias en un libro importante aparecido por vez primera en 1936, pero que no hizo impacto hasta los años setenta del siglo XX. [N. ELIAS (1989), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas,* México, FCE.]

[89] D. JULIANO (1986), *Cultura popular, Cuadernos de Antropología* 6, Barcelona, Anthropos; D. CUCHE (1999 [1996]), *La noción de cultura en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión.

[90] A. L. KROEBER y C. KLUCKHOHN (21963), *Culture: A critical review of concepts and definitions,* Nueva York. En torno a trescientas definiciones se reúnen, según estos autores, en la 1.ª edición de 1952. Su propia definición la tomo de J. Uría («La cultura popular...», cit. *infra,* nota 94). Veáse también P. BURKE (1995), «Varieties of cultural history», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* cit., vol. II

[91] G. GUNN (1987), *The Culture of Criticism and the Criticism of Culture,* Nueva York/Oxford, Oxford University Press, pp. 5-6.

[92] C. SERRANO (1996), «Historia cultural: un género en perspectiva», *Historia Social* 26, pp. 97-111.

[93] Para España: J. L. GUEREÑA (1999), «La sociabilidad en la España contemporánea», en I. Sánchez y R. Villena (coords.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898,* Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha; J. URÍA (2001), «Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española», *Historia Social* 41; (2001), «Los lugares de la sociabilidad. Espacios, costumbres y conflicto social», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales,* Lleida, Editorial Milenio, pp. 201-224, y «Sociabilidad informal y semiótica de los espacios. Algunas reflexiones de método»; L. P. MARTIN y A. M. BRENOT (eds.) (2000), *Les sociabilités dans le monde hispanique. Formes, lieux et répresentations,* Valenciennes; A. VALÍN (dir.) (2001), *La sociabilidad en la Historia contemporánea,* Ourense. Y, sobre todo, E. MAZA (coord.) (2002), *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos,* Valladolid, Universidad de Valladolid.

[94] M. AGULHON (1979), «Sociabilité populaire et sociabilité bourgeoise au XIXe siècle», en G. Poujol et R. Labourie (dirs.), *Les cultures populaires*, Toulouse; J. URÍA (2001), «La cultura popular y la historiografía española contemporánea: breve historia de un desencuentro», en M. Ortiz Heras *et al.* (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 323-377.

[95] La antropología como ingrediente utilizado en todas las «salsas científico-sociales» (sic), queda esbozada en M. AUGÉ (1994), *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, París, Flammarion.

[96] M. FRAGONARD (1995), «Avant-propos» al *Dictionnaire d'Histoire Culturelle* (*La culture du 20e siècle*), París, Bordas, p. 3.

[97] G. STRAUSS (1994), «El dilema de la historia popular», *Taller d'història* 4, p. 82.

[98] Sobre ello, K. JENKINS (ed.) (1997), *The Postmodern History Reader,* Londres/Nueva York, Routledge; V. TAYLOR y C. WINQUIST (eds.) (1998), *Postmodern Critical Concepts,* Londres, Routledge, 4 vols.

[99] R. W. SCRIBNER (1989), «Is a History of Popular Culture Possible?», *History of European Ideas* 10, pp. 175-191.

[100] Éste es el título del capítulo VII de su *Tratado de Sociología* (Madrid, Espasa-Calpe, pp. 483-535 de la edición de 1984): «La tradición cultural, esto es, el hecho de que cada nueva generación humana reciba de las anteriores un legado que, a su vez, transformará en alguna medida antes de transmitirlo a las generaciones siguientes, constituye, sin duda, el hecho fundamental del proceso histórico, dando lugar a que la vida humana sea propiamente tal» (p. 483).

[101] R. Chartier, *L'ordre des livres...,* cit., p. 10.

[102] G. Strauss, «El dilema...», cit., p. 88. La cita de E. P. Thompson en la p. 13 de *The Making...,* cit., 1968.

[103] J. C. SCOTT (1985), *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven.

[104] R. RORTY (1990 [1984]), «La historiografía de la filosofía: cuatro géneros», en R. Rorty, J. B. Schneewind y Q. Skinner (comps.), *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Barcelona, Paidós, p. 82.

[105] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 559 y nota 874, *ibid*. [Como bien puede verse, no establece diferencias entre una y otra.]

[106] C. E. SCHORSKE (1981 [1961]), *Viena fin-de-siècle. Política y cultura,* Barcelona, Gustavo Gili. [La «Introducción» ilustra a la perfección algunas de las premisas contextuales e historiográficas del intento.]

[107] E. HERNÁNDEZ SANDOICA (2001), «La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década», *Cercles d'història cultural* 4, pp. 57-91, para un caso concreto de «explosión» sin controles.

[108] H. J. SCHOEPS (1959), *Was ist und was will die Geistesgeschichte? Über die Theorie und Praxis der Zeitgeistsforschung,* Gotinga, Musterschmidt.

[109] N. STROMBERG (1966), *An Intellectual History of Modern Europe*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts. [La edición de 1968 lleva en cambio el título al que se refiere la cita. Hay traducción en Madrid, Debate.]

[110] W. H. DRAY (1995), *History as Re-Enactment. R. G. Collingwood's Idea of History*, Oxford, Clarendon Press.

[111] H. STUART HUGHES (1988), *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought 1890-1930,* Brighton, Herverter Press.

[112] F. TESSITORE (1990), *Storiografia e storia della cultura,* Bolonia, Il Mulino, pp. 12 ss.

[113] En *Renacimiento y barroco* (1977 [1888], Madrid, Alberto Corazón) escribe WÖLFFLIN: «Explicar un estilo puede no significar nada más que encajar su carácter expresivo en la historia general del periodo, demostrar que sus formas no dicen en su lenguaje nada que no sea dicho también por los demás órganos de la época».

[114] Esa transformación –que conlleva disolución ontológica– había sido iniciada ya por el historicismo experiencial y será completada por el existencialismo (F. Tessitore, *Storiografia…,* cit., pp. 15-16).

[115] C. E. SCHORSKE (1998), *Thinking with History. Explorations in the Passage to Modernism,* Princeton University Press, p. 226. [Hay traducción en Taurus.]

[116] J. HABERMAS (1985 [1981]), «La modernidad, un proyecto incompleto», en H. Foster *et al., La posmodernidad,* Barcelona, Kairós, p. 28.

[117] P. BURKE (1991 [1978]), *La cultura popular en la Europa moderna,* Madrid, Alianza Editorial, p. 29. Del mismo autor (1993), «La nueva historia sociocultural», *Historia Social* 17, pp. 105-114.

[118] J. STOREY (1993), *An Introductory Guide to Cultural Theory and Popular Culture,* Nueva York/Londres, Harvester Wheatsheaf, cap. 1. «What is popular culture?».

[119] C. E. Schorske, *Viena…,* cit., pp. 15-16.

[120] L. HUNT (ed.) (1989), *The New Cultural History,* Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, que inicia la colección «Studies on the History of Society and Culture»; J. R. HALL (1999), *Cultures of Inquiry. From Epistemology to Discourse in Sociohistorical Research,* Cambridge, Cambridge University Press.

[121] R. DARNTON (1980), «Intellectual and Cultural History», en M. Kammer (ed.), *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States,* Ithaca, Nueva York, Cornell University Press. También, J. HIGHAM (1954), «Intellectual History and its Neighbours», *The Journal of the History of Ideas* XV/3.

[122] H. R. JAUSS (1987), «Expérience historique et fiction», en G. Gadoffre (dir.) (1987), *Certitudes et incertitudes de l'Histoire,* París, PUF, p. 161.

[123] M. TREBISCH (1988), «Les intellectuels en France dans l'entre-deux-guerres. Tendances récentes de l'historiographie (1985-1988)», *Sources. Travaux historiques* 14, pp. 81-90; J. CASASSAS (coord.) (1999), *Els intel.lectuals i el poder a Catalunya (1808-1975),* Barcelona, Pòrtic.

[124] I. BERLIN (1980 [1978]), *Pensadores rusos*, México, FCE, pp. 161-162 y 164. Sobre este ensayo han sido muchas las reflexiones producidas. Entre otras, N. CHIAROMONTE (1970), «Tolstoy and the Paradox of History», en *The Paradox of History,* Londres, Weidenfeld and Nicolson. Del propio BERLIN (1992), *El fuste torcido de la humanidad: capítulos de historia de las ideas,* Barcelona, Península.

[125] I. Berlin, *El fuste… ,* cit., p. 120.

[126] Su obra clave es *The Interpretation of Cultures,* Nueva York, 1973 (y allí, en especial, el ensayo «Ideology as Cultural System»). Véase también D. LACAPRA (1989), «Culture and Ideology: From Geertz to Marx», en *Soundings in Critical Theory,* Ithaca, Cornell University Press, pp. 133-134.

[127] Por ejemplo, J. URÍA (1995), «Cultura popular tradicional y disciplinas de trabajo industrial: Asturias, 1880-1914», *Historia Social* 23, pp. 41-62.

[128] Una propuesta diferente, basada en la obra de R. ALTAMIRA, en J. M. Jover (1992), *La civilización española a mediados del siglo XIX,* Madrid, Espasa-Calpe.

[129] Sobre tres generaciones de mujeres en China (abuela, madre e hija), y sus experiencias de vida entendidas como este tipo de historia cultural, véase, por ejemplo, J. CHANG (1992), *Wild Swans*, Londres, Harper Collins.

[130] J. GRACIA CÁRCAMO (1995), «Microsociología e historia de lo cotidiano», en L. Castells (ed.), *La historia de la vida cotidiana* (*Ayer* 19), pp. 189-222.

[131] A. PROST (1997), «Sociale et culturelle indissociablement», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, pp. 131-146.

[132] J. Uría, «Los lugares de la sociabilidad…», cit., pp. 205-206.

[133] El concepto de *"representación",* escribe R. Chartier, «permet de penser l'articulation entre les images claires, produites pour soi ou pour les autres, et les schémes incorporés et automatiques qui réglent les conduites, qui aussi autorise á comprendre les conflits entre dominations et résistences culturelles comme autant de luttes de répresentations visant á imposer définitions, classements et partages légitimes» (R. Chartier, «Histoire…», cit. *supra,* p. 93).

[134] W. G. RUNCIMAN (1999 [1998]), por ejemplo, define así los conceptos de *práctica* y de *rol social:* los roles «están constituidos por *prácticas,* es decir: unidades de comportamiento recíproco informadas por el reconocimiento mutuo de intenciones y creencias compartidas». A su vez, «los roles son lugares que se ocupan dentro de un sistema regido por normas (cosa que toda institución es, pues si no se desintegraría), así como papeles que han de desempeñarse, y que, como en el teatro, pueden ser interpretados por diferentes actores de forma diferente» (*El animal social*, Madrid, Taurus, pp. 11 y 12 respectivamente).

[135] *Ibid.* Véase también su recopilación en castellano de diversos textos (1992), *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.

[136] M. BAJTIN (1987), *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial.

[137] R. CHARTIER (1987), «Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions», en R. Chartier (ed.), *La sénsibilité dans l'histoire*, Brionne, Gérard Monfort, p. 29. [Hay edición en castellano en *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa.]

[138] Véanse los textos contenidos en J. AGIRREAZKUENAGA *et al.*, (1993), *Storia locale e microstoria. Due visione in confronto,* Bilbao, UPV.

[139] J.-F. SIRINELLI (dir.) (1992), *Histoire des droites en France*, París, Gallimard, vol. 2. *Cultures*, p. III.

[140] D. KALIFA (ed.) (1999), *Aspects de la production culturelle au XIXe siècle: formes, rythmes, usages* (*Revue d'histoire du XIXe siècle,* 19).

[141] Una lectura crítica de la situación a principios de los años noventa, en R. JACOBY (1992), «A new Intellectual History?», *American Historical Journal,* reproducido en E. Fox-Genovese y E. Lasch-Quinn (1999), *Reconstructing History. The Emergence of a New Historical Society,* Nueva York/Londres, Routledge, pp. 94-118.

[142] B. BLUNDELL, J. SHEPHERD y J. TYLOR (eds.) (1993), *Relocating Cultural Studies. Developments in Theory and Research,* Londres/Nueva York; J. MELLING y J. BARRY (eds.) (1992), *Culture in History. Production, Compsumtion and Values in Historical Perspective,* Exeter, Short Runn Press; C. JENKS (ed.) (1993), *Cultural Reproduction,* Londres/Nueva York, Routledge.

[143] P. ALASUTARI (1995), *Researching Culture. Qualitative Method and Cultural Studies,* Londres, Sage Publications.

[144] V. AMIT-TALAI y C. KNOWLES (eds.) (1996), *Re-situating Identities. The Politics of Race, Ethnicity, and Culture,* Peterborough, Broadview Press.

[145] P. Burke, «La nueva historia…», cit., p. 113.

[146] W. STRAW (1993), «Shifting Boundaries, Lines of Descent: Cultural Studies and Institutional Realignments», en V. Blundell, J. Shepherd e I. Tylor, *Relocating Cultural Studies: Developments in Theory*

and Research, Nueva York/Londres, Routledge, pp. 86-102; L. GROSSBERG, C. NELSON y P. TEICHLER (eds.) (1992), *Cultural Studies,* Nueva York/Londres, Routledge.

[147] H. GIROUX *et al.* (1984), «The Need for Cultural Studies: Resisting Intellectuals and Oppositional Public Spheres», *Dalhousie Review* 64, pp. 472-486; N. CHOMSKY (ed.) (1997), *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, Nueva York, New Press.

[148] E. ROONEY (1990), «Discipline and Vanish: Feminism, The Resistance to Theory, and the Politics of Cultural Studies», *Differences* 2/5, pp. 14-28; M. NASH (1995), «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en P. CHALMETA *et al.*, *Cultura y culturas...,* cit., pp. 191-203.

[149] S. TUBERT (2001), *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista,* Madrid, Síntesis, pp. 144-145.

[150] A. GIDDENS (1990), «El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura», en A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 254-289.

[151] H. BLUMER (1973), «Der methodische Standort des Interaktionismus», en *Alltagswissen, Interaktion und gesellschaftliche Wirklichkeit,* vol. 1, ed. v. d. Arbeitsgruppe Bielefelder Soziologen, Hamburg, pp. 80-146; O. G. OEXLE (1996), «Geschichte als Historische Kulturwissenschaft», en W. Hardtwig y H. U. Wehler (eds.), *Kulturgeschichte Heute,* Gotinga, pp. 14-40; A. NITSCHKE (1997), «Gegen eine anthropozentrische Geschichtswissenschaft. Die Bedeutung der nichteuropäischen Kulturen für den Standort der Historiker», *Historische Zeitschrift* 265/2, pp. 281-307.

[152] N. LUHMANN (1985 [1982]), *El amor como pasión. La codificación de la intimidad,* Barcelona, Península.

[153] Cit. en G. Barraclough, «Historia», cit., p. 359.

[154] E. H. GOMBRICH (1999 [1967]), «En busca de la historia cultural», en *Ideales e ídolos,* Madrid, Debate, p. 55.

[155] C. GEERTZ (1973) la definía así: «An historically transmitted pattern of meanings embodied in symbols, a system of inherited conceptions expressed in symbolic forms by means of which men communicate, perpetuate, and develop their knowledge about the attitudes towards life» (*The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, p. 89).

[156] J. TOEWS (1987), «Intellectual History After the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreductibility of Experience», *American Historical Review* 92, pp. 879-907.

[157] R. BARTHES (1991 [1970]), *El imperio de los signos,* Madrid, Mondadori, pp. 147-148. Puede verse también J. CULLER (1987 [1983]), *Barthes*, México, FCE y, situando estos aspectos en un contexto general, J. ARÓSTEGUI (1995), «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e historia en tiempos de crisis», en P. Chalmeta *et al.*, *Cultura y culturas en la historia,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 205-234.

[158] A. BENSA (1996), «De la micro-historia vers une anthropologie critique», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'éxperience,* París, Gallimard/Le Seuil, p. 62.

[159] C. Schorske, *Thinking with History...,* cit., p. 371.

[160] CH. M. RADDING (1989), «Antropología e historia, o el traje nuevo del emperador», *Historia Social* 3, pp. 103-113, citas en pp. 106 y 111.

[161] L. STONE (1986), «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en *El pasado y el presente*, México, FCE, pp. 95-120, cit. p. 120. [Originalmente, en *Past and Present* 85, 1979.]

[162] J. F. BOTREL (1993), *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX,* Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez; (2002 [1998]), «Historia del libro/Historia de la cultura escrita», en X. Castro y J. de Juana (eds.), *XI Jornadas de Historia de Galicia. Historia da cultura en Galicia,* Ourense, pp. 215-250; (2003), «La construcción de una nueva cultura del libro y del impreso en el siglo XIX», en J. A. Martínez Martín, *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX),* Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 19-36. También, J. A. MARTÍNEZ MARTÍN (dir.) (2001), *Historia de la edición en España, 1836-1936,* Madrid, Marcial Pons.

[163] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 405.

[164] R. DARNTON (1992 [1990]), «Qu'est-ce-que l'histoire du livre?», en *Gens de lettres, gens du livre*, París, Éditions Odile Jacob, pp. 153-175. La obra clave de este autor es (1984), *The Great Cat Massacre and Other Episodes of French Cultural History,* Nueva York. [Hay traducción española en (1987), México, FCE.] Véase también D. LaCapra, «Chartier, Darnton, and the Great Symbol Massacre», en *Soundings…,* cit., pp. 67-89.

[165] R. DARNTON (1991), «Historia de la lectura», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 177-208.

[166] R. Darnton, «Qu'est-ce que l'histoire…», cit., p. 7.

[167] R. CHARTIER y D. ROCHE (1974), «Le livre. Un changement de perspective», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'histoire*, vol. 3. *Nouveaux objets,* París, Gallimard, pp. 115-136.

[168] L. FEBVRE y H. J. MARTIN (1957), *L'apparition du livre,* París, L'Évolution de l'Humanité.

[169] S. SCHAMA (2002 [1999]), *Los ojos de Rembrandt,* Barcelona, Areté, p. 242.

[170] A. MANGUEL (2002 [2000]), *Leer imágenes. Una historia privada del arte,* Madrid, Alianza Editorial.

[171] I. GASKELL (1993 [1991]), «Historia de las imágenes», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* cit., pp. 209-239, cita en 238. El manual aludido es el de R. Williams (1976), *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society,* cit. *supra*.

[172] D. LACAPRA (1996), «Historizing the Holocaust», en *Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma,* cit., p. 70.

[173] Naturalmente, el término es usado aquí no en el sentido «moderno» de *elocuencia artificial*, como opuesta a un discurso científico, serio y riguroso; sino en el vulgarizado y «posmoderno» (y que es también el «clásico», atención) de *oratoria*, como el arte de presentar y comunicar las ideas que despliega en símbolos la construcción de los significados, en un texto *abierto* que no trata de imponer *una sola* (y superior) lectura. [Véase P. M. ROSENAU (1992), *Post-Modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads, and Intrusions,* Princeton, Princeton University Press.]

[174] H. R. JAUSS (1987), «Expérience historique et fiction», en G. Gadoffre (dir.), *Certitudes et incetitudes de l'histoire,* París, PUF, pp. 117-132.

[175] A. GIDDENS (1990 [1987]), «El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura», en A. Giddens, J. Turner *et al.*, *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza Editorial, p. 260.

[176] Su entronque con otras formas de análisis de la cultura obrera, en L. CASTELLS (1996), «Eric J. Hobsbawm, ¿el último marxista de oro?», *Historia Social* 25, pp. 159-177.

[177] J. UGARTE (1999), «Un episodio de "estilización" de la política antirrepublicana: la fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona», en L. Castells (ed.), *El rumor de lo cotidiano,* Bilbao, Universidad del País Vasco, p. 160.

[178] M. BARKER y A. BEEZER (eds.) (1994 [1992]), *Introducción a los estudios culturales,* Barcelona, Bosch.

[179] H. R. JAUSS (1974), «Literary History as a Challenge to Literary Theory», en R. Cohen (ed.), *New Directions in Literary Theory,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[180] O. BRUNNER, W. CONZE y R. KOSELLECK (eds.) (1972-1997), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland,* Stuttgart, 9 vols.

[181] M. RICHTER (1995), *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction,* Nueva York/Oxford. [Desde 1998 funciona el denominado *History of Political and Social Concepts Group*, V reunión anual (Vitoria/Bilbao, verano de 2003).]

[182] Por ejemplo, I. HANNAFORD (1996), *Race. The History of an Idea in the West*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[183] A. PROST (2001 [1996]), *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, p. 151.

[184] O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, *Geschichtliche Grundbegriffe…*, cit. De R. KOSELLECK (ed.) (1978), *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Stuttgart.

[185] H. GUMBRECHT, J. LÜSEBRINK y R. REICHARDT (1983), «Histoire et langage: travaux allemands en léxicologie historique et en histoire conceptuelle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 30, pp. 184-195.

[186] P. SCHÖTTLER (1995), *Taller d'història* 6, pp. 79 y 82. Las citas de Koselleck son de la «Introducción» («Einleitung») a los *Geschichtliche Grundbegriffe…,* cit., vol. 1, p. XXI.

[187] M. VAN GELDEREN (1998), «Epilogue. Between Cambridge and Heidelberg. Concepts, Languages and Images in Intellectual History», en I. Hampsher-Monk, K. Tilmans y F. van Vree (eds.), *History of Concepts: Comparative Perspectives,* Amsterdam, Amsterdam University Press, pp. 227-238.

[188] Z. H. HARRIS (1952), «Discourse Analysis», *Language* 28, pp. 1-20. Alguna muestra en R. ROBIN (1975), «Le champ sémantique de "féodalité" dans les cahiers de doléances généraux de 1789», *Bulletin du Centre d'Analyse du Discours* 2, pp. 61-68.

[189] P. BURKE (2000 [1997]), *Formas de historia cultural,* Madrid, Alianza, pp. 11 y 15.

[190] C. REYNOSO (2000), *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica,* Barcelona, Gedisa, p. 9. La frase «from changing the world to changing the word», está tomada de A. SIVANANDAN (1990), *Communities of Resistance: Writing on Black Struggles for Socialism,* Londres, Verso, p. 49.

[191] F. R. ANKERSMIT (1994), «The origins of postmodernist historiography», *Pozna´n Studies in the Philosophy of the Sciences and the Humanities* 41, pp. 87-117, cita en p. 114. La expresión es frecuente, con todo: «The age of innocence is over -if indeed it ever existed» [S. Howell (1994), «"Reading culture": Or how anthropological texts create fieldwork expectations and shape future texts», en E. P. Archetti (ed.), *Exploring the Written. Anthropology and the Multiplicity of Writing*, Oslo, Scandinavian University Press, p. 333].

[192] G. MARCUS y M. FISCHER (2000 [1986]), *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*, Buenos Aires, Amorrortu, p. 31.

[193] T. MASON (1981), «Intention and Explanation», en G. Hirtschfeld y L. Kettenacker (eds.), *The Führer State. Myth and Reality*, Stuttgart, pp. 23-40.

[194] S. B. EK (1996), «Narraciones y realidad», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 16, pp. 75-85.

[195] Modélica, por la extraordinaria personalidad del entrevistado y la transparencia de su universo intelectual, es la entrevista «La experiencia vivida», a Francisco Ayala por Juan Cruz, en *El País dominical,*

23 de marzo de 2003, pp. 14-19). A la pregunta de si la guerra civil es «el capítulo principal de su vida» contesta Ayala: «Es que no existe un capítulo especial. La *vida es una sola*, y discurre, y *va creándose a sí misma*... La *realidad* va cambiando, y va alterándose con ella la *personalidad*» (p. 17). [*N. de la A.:* las cursivas son mías.]

[196] H. W. CARR (1929), *Leibniz,* Boston, Little Brown, p. 203.

[197] A. LA VERGATA (1995), «Introduzione: storia e storie di scienziati», *Intersezioni* XV/1 (abril), p. 19. T. SÖDERQVIST (1996), «Existential projects and existential choice in science: science biography as an edifying genre», en M. Shortland y R. Yeo (eds.), *Telling Lives in Science. Essays on Scientific Biography,* Cambridge, Cambridge University Press, pp. 45-84: «Such life stories not only provide us with opportunities to understand ourselves, intellectually as well as emotionally, but may also change and create ourselves» (p. 47).

[198] Cit. en P. GAY (1989 [1988]), *Freud. Una vida de nuestro tiempo,* Barcelona, Paidós, p. 16.

[199] G. BOWKER (1993), «The age of biography is upon us», *Times Higher Education Supplement* 8 (enero).

[200] G. DUBY y A. CASANOVA (1974), «Histoire sociale et histoire des mentalités», en *Aujourd'hui l'histoire,* París (reproducido en R. Chartier *et al.* (1987), *La sensibilité dans l'histoire,* París, Brionne, Gérard Monfort, p. 51).

[201] J. REVEL (1996), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'éxpérience,* París, Gallimard / Le Seuil, p. 35.

[202] G. Levi (1990 [1985]), *La herencia inmaterial,* cit. *infra,* p. 12.

[203] I. CLOT (1989), «La otra ilusión biográfica», *Historia y Fuente Oral* 2, pp. 35-39.

[204] *Ibid.,* p. 39.

[205] K. PLUMMER (1989), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista,* Madrid, Siglo XXI.

[206] E. WEISS (1993), «Die Bedeutung der Psychoanalyse in der biographischen Forschung», en H. Röcklein (ed.), *Biographie als Geschichte*, Tubinga, Edition Diskord, pp. 63-88. Y allí mismo A. LEVALLOIS, «Biographie, Psychohistoire und Psychoanalyse. Der Stand der Forschung in Frankreich», pp. 39-62.

[207] P. BOURDIEU (1986), «L'illusion biographique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 62/63, pp. 69-72. (Traducción española en *Historia y Fuente Oral* 2.)

[208] F. FERRAROTTI (1993), «Las biografías como instrumento analítico e interpretativo», en J. M. Marinas y C. Santamaría (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias,* Madrid, Debate, pp. 129-148.

[209] Además de las obras de Franco Ferrarotti y su escuela romana que se citan en el apartado 4 («La historia oral»), véase G. ROSENTHAL (1995), *Erlebte und erzählte Lebensgeschichte. Gestalt und Struktur biographischer Selbstbeschsreibung,* Frankfurt/NuevaYork, y M. CATANI (1990), «Algunas precisiones sobre el enfoque biográfico oral», *Historia y Fuente Oral* 3, pp. 151-164.

[210] F. FÜREDI (1992), *Mythical Past, elusive Future. History and Society in a Anxious Age,* Londres, Pluto Press (en especial, capítulo 8: «New historicism and the destruction of historical thinking», pp. 225-251).

[211] F. DOSSE (2001), «The Modes of Historicity as Experiential Traces», en S. Sogner (ed.), *Making Sense of Global History*, Oslo, Universitetsforlaget, pp. 218-246.

[212] Por ejemplo, S. ALPERN *et al.* (eds.) (1992), *The Challenge of Feminist Biography. Writing the Lives of Modern American Women,* Urbana, University of Illinois Press.

[213] G. LEVI (1989), «Les usages de la biographie», *Annales. ESC* 6, pp. 1325-1336.

[214] D. BERTAUX (1981), *Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences,* Beverly Hills, Sage.

[215] Por ejemplo, J. BARZUN (1973), *Clio and the Doctors*, Chicago; H. GATZKE (1973), «Hitler and psychohistory», *American Historical Review* LXXVIII, pp. 394-401; G. HIMMELFARB (1975), «The "New History"», *Commentary* LIX, pp. 72-78.

[216] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 360; L. VON BERTALANFFY (1962), *General Systems,* t. VII, Ann Arbor, Society for General System Research.

[217] R. DEBRAY (1994), *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente,* Barcelona, Paidós, p. 24.

[218] S. LORIGA (1996), «La biographie comme problème», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit., p. 213.

[219] Recopilación de textos en I. KANT (1941), *Filosofía de la Historia,* México, El Colegio de México.

[220] J. CABAU (1967), *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné. Essai sur la genèse de l'œuvre de 1795 à 1834,* París, PUF.

[221] I. BERLIN (1982), *Personal Impressions,* H. Hardy (ed.), Londres, The Hogarth Press, p. 82.

[222] TH. CARLYLE (1968), «The Biography of Ordinary Men», en *Skycrapers and Other Essays,* Nueva York, MacMillan, pp. 46-47, cit. por S. Loriga, «La biographie…», cit., p. 225.

[223] G. Barraclough, «Historia», cit., p. 374.

[224] A. BESANÇON (1964), «Histoire et psychanalyse», *Annales* XIX/2, pp. 237-249.

[225] M. SHORTLAND y R. YEO (eds.) (1996), *Telling Lives in Science. Essays on Scientific Biography,* Cambridge, Cambridge University Press.

[226] G. Barraclough, «Historia», cit., pp. 379 y 561 respectivamente.

[227] R. DAHRENDORF (1968), *Society and Democracy in Germany,* Londres, Weidenfeld, p. 375.

[228] «Psychohistory» [1977], cap. 57 de *Interests and Obsesions. Historical Essays,* de R. SKIDELSKY, Londres, MacMillan, pp. 410-421.

[229] A. BESANÇON (1968), «Psychoanalysis: auxiliary science or historical method?», *Journal of Contemporary History* III/2, p. 152.

[230] A. GUREVICH (1999 [1997]), «Bakhtin y el carnaval medieval», en J. Bremmer y H. Roodenburg (coords.), *Una historia cultural del humor,* Madrid, Sequitur, pp. 54-61.

[231] N. ELIAS (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas,* México, FCE. [La edición en alemán, en 2 vols., no se logró hasta 1977 y 1979, respectivamente.]

[232] Véanse, por ejemplo, en TH. K. RABB y R. I. ROTBERG (eds.) (1971), *The Family in History. Interdisciplinary Essays,* Nueva York, Harper & Row, los siguientes artículos: E. SHORTER, «Illegitimacy, Sexual Revolution, and Social Change in Modern Europe» (pp. 48-84), J. DEMOS, «Developmental Perspectives on the History of Childhood» (pp. 127-139), K. KENISTON, «Psychological Development and Historical Change» (pp. 141-157), E. VAN DE WALLE, «Recents Approaches to Past Childhoods» (pp. 171-177), y T. K. HAREVEN, «The History of the Family as an Interdisciplinary Field» (pp. 211-226).

[233] E. LELIÉVRE, C. BONVALET y X. BRY (1997), «Analyse biographique des groupes. Les avancées d'une recherche en cours», *Population* 4, pp. 803-830.

[234] D. COURGEAU y E. LELIÉVRE (1996), «Changement de paradigme en démographie», *Population* 3, pp. 645-654.

[235] N. GAGNON (1980), «Données autobiographiques et praxis culturelle», *Cahiers Internationaux de Sociologie* LXIX, pp. 291-304; P. THOMPSON (1980), «Des récits de vie á l'analyse du changement social», *ibid*., pp. 249-268.

[236] R. HANDOURTZEL (1985), «Sur les trajectoires individuelles dans la vie politique», en *Problémes et méthodes de la biographie, Sources* 4-5, pp. 88-92; C. ARNAUD (1989), «Le retour de la biographie: d'un tabou á l'autre», *Le Débat* 54, pp. 40-47.

[237] L. STONE (1986), «Prosopografía», en *El pasado y el presente,* México, FCE, pp. 61-94.

[238] P. LASLETT (1991), «Biography as Historical Sociology», *Theory and Society* 20, pp. 501-538.

[239] I. PEIRÓ (2001), «La contemplación de Narciso. La "vocación autobiográfica" de los historiadores», en C. Frías y M. A. Ruiz (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón,* Zaragoza, p. 364.

[240] B. MAZLISH (ed.) (1963), *Psychoanalysis and History*, Londres, Prentice Hall;H. U. WEHLER (1969), «Zum Verhältnis von Geschichtswissenschaft und Psychoanalyse», *Historische Zeitschrift* CCVIII, pp. 529-554; B. B. WOLMAN (ed.) (1971), *The Psychoanalytic Interpretation of History,* Nueva York; H. U. WEHLER (comp.) (1974), *Geschichte und Psychoanalyse,* Colonia; H. U. WEHLER (1974), *Geschichte und Psychoanalyse,* Frankfurt am Main; D. LACAPRA (1989), «History and Psychoanalysis», en *Soundings in Critical Theory,* Ithaca & Londres, Cornell University Press (sobre una intemporal *sincronía* y una cambiante *diacronía* opuestas; sólo esta última afectaría a la historia).

[241] A. DE MIJOLLA (1998), «Freud, Biography, His Autobiography and His Biographers», *Psychoanalysis and History* 1, pp. 4-27. Entre las biografías de Freud, además de la de P. Gay (1988), cit. *supra,* véase J. SCHWARTZ (1999), *Cassandra's Daughter: A History of Psychoanalysis in Europe and America,* Hardmonsworth, The Penguin Press.

[242] M. GILL y P. HOLZMAN (1976), *Psychology versus Metapsychology*, Nueva York, Indiana University Press; P. RICOEUR (1970), *Freud and Philosophy*, New Haven, Yale University Press, y (1981), *Hermeneutics and the Human Sciences*, Nueva York, Cambridge University Press.

[243] «The framework for thinking about psychoanalysis should not be causality versus interpretations of meaning in psychic reality, but causality via interpretation of meaning in psychic reality. Causality versus interpretation is a false dichotomy.» [A. BROOK (2003), «Explanation in the Hermeneutic Science», http://www.carleton.ca/~abrook/HERM-SCI.htm, p. 7.]

[244] «Introducción» a W. H. AUDEN (2003 [2000]), *Trabajos de amor dispersos*, Barcelona, Crítica, cit. p. XV [reproduciendo texto de la reseña de Auden a E. Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, vol. 1. «The Greatness of Freud», en *Listener* 8/10/1953, p. 539].

[245] S. TUBERT (2001), *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista,* Madrid, Síntesis, p. 124. Para la siguiente cita, p. 129.

[246] M. A. BARALE y D. M. HALPERIN (eds.), (1993), *The Lesbian and Gay Studies Reader,* Nueva York/Londres, Routledge.

[247] D. DENNETT (1987), «Intentionality», en R. Gregory (ed.), *The Oxford Companion of the Mind,* Oxford, Oxford University Press; J. SEARLE (1983). *Intentionality*, Cambridge, Cambridge University Press.

[248] P. BURKE (1991), «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, p. 34.

[249] K. Keniston, «Psychological…», cit., p. 141.

[250] R. KENNEDY (2002), *Psychoanalysis, History and Subjectivity. Now of the Past,* Nueva York/Londres, Routledge.

[251] G. STEINER (1988 [1971]), *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura,* Barcelona, Gedisa.

V. Cinco tendencias recientes en historiografía

Historia de las mujeres y de las relaciones de género

«Uno de los aspectos más sobresalientes de nuestra cultura posmoderna», ha escrito Craig Owens, «es la presencia de una insistente voz feminista (y uso aquí premeditadamente los términos *presencia* y *voz*)». Aunque es también posible considerar, según el propio Owens, que las teorías del posmodernismo no siempre han albergado el eco de esa voz feminista o la han reprimido incluso, a pesar de lo cual se ha impuesto[1], como rasgo marcado de la evolución de las ciencias humanas y sociales –en la década de 1980–, la introducción del *género* como categoría de análisis[2]. Introducción que debe mucho, a su vez, a la exitosa «segunda ola» del feminismo que arranca de la década de 1970[3].

La *historia de las mujeres,* como una forma (plural y heterogénea) de rescatar un sujeto social (el femenino, entendido como colectivo), nació así no hace tanto. Hasta ahí era un objeto *subalterno*, *oculto* y *eludido,* a pesar del constante peso demográfico de las mujeres a lo largo de la historia y del indiscutible papel desempeñado por la mujer en *todo* tipo de sociedades[4]. Basándose en la idea –históricamente reciente– de que existe *igualdad* entre hombres y mujeres, e inspirada directamente en las filosofías y enfoques feministas del siglo XIX[5], ilustradas o demoliberales, la historia de las mujeres como *objeto* y *sujeto* del discurso histórico revela la incidencia de los profundos cambios que la modernidad desencadena en la vida social, en el derecho, la economía y la política de las sociedades industriales.

La aparición del manojo de enfoques historiográficos recientes que forma la *historia de las mujeres* y/o *de las relaciones de género* ha provocado cambios muy importantes en la historiografía en general, dando paso a percepciones distintas de la naturaleza de *lo cultural,* así como de la *relación* de los actores sociales con el *poder*. En todo caso, el *género* ha contribuido sustancialmente a reforzar las modificaciones que han ido apareciendo al hilo del desarrollo de otros enfoques nuevos, los cuales no han podido permanecer al margen de las cuestiones que introducía esa nueva categoría en las ciencias sociales, consideradas en toda su extensión[6].

En principio, la *historia de las mujeres* como corriente específica –y controvertida– dentro de la historia general, no inicia su profesionalización hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Eso no significa, sin embargo, que no puedan hallarse antecedentes literarios, biográficos o filosóficos precursores de esa trayectoria historiográfica «moderna», y desde luego, no implica que no podamos recabar testimonios y fuentes para dar *visibilidad* a las mujeres del

pasado, testimonios que pueden remontarse (como los *Women's* y los *Cultural Studies* van poniendo tenazmente de relieve) a la época bajomedieval[7], por más que sean especialmente visibles, esas *huellas,* desde el Renacimiento en adelante[8].

Tampoco puede negarse con rotundidad un cierto tipo precursor de «historia de las mujeres» –como apunta Mary Sponberg siguiendo a Gerda Lerner–[9], si rastreamos bien la antigüedad. Pero podemos convenir, con todo, que «las mujeres que llegaban a escribir historia [las pocas veces que esto sucedía], raramente eran consideradas como historiadores en sentido propio, y con más frecuencia eran caracterizadas como biógrafas, novelistas históricas, satíricas políticas, genealogistas, autoras de libros de viajes, folcloristas o anticuarias»[10]. Y ello por la razón de que muy pocas veces se embarcaron en la escritura de la historia *política,* una actividad que la tradición historiográfica disciplinar –especialmente a partir del siglo XIX–, considera *esencialmente* masculina, obediente al peculiar modo de relación que mantienen los hombres con los espacios y los poderes públicos. *Mujer* y *espacio público* parecían, por tanto, términos en contradicción[11], al menos hasta que la «modernización» permita a las mujeres ir accediendo a aquel «mundo exterior»[12].

Y esa falta de presencia pública, lógicamente, tendría sus repercusiones en la historiografía actual hasta tiempos recientes. Con sensibilidad *postestructuralista,* escribía al respecto en 1986 una importante autora norteamericana, Joan Scott: «Puesto que según las apariencias, la guerra, la diplomacia y la alta política no han tenido que ver explícitamente con estas relaciones», las de *género,* esta categoría [el propio género] «continúa siendo irrelevante para el pensamiento de historiadores interesados en temas de política y poder»[13].

Como recuperación de la escritura propia *«de mujeres»* o *«para mujeres»* comenzaría a poner las cosas en su sitio el discurso feminista de los años setenta, y hay que decir que sólo una parte de la literatura hasta ahí existente, muy concreta y bien identificable desde fuera, podría insertarse verdaderamente dentro del campo convencional de lo que generalmente entendemos por discurso historiográfico[14]. Su producción afecta más al siglo XIX que a la época anterior, y más a los primeros años del siglo XX que a los inmediatamente precedentes[15], y fue recuperada más tarde como sustrato de la investigación sobre *mujeres ilustres* que se realizó, y sigue realizándose, alimentada por el rebrote de la *biografía*. Joan Kelly calificó este tipo de escritura como «compensatoria». Por su atractivo y carácter ejemplarizante, lo cierto es que es difícil que no ejerza en nosotras una real «fascinación»[16].

El resto de aquella producción, bien sea *ensayo* o *memorias*, se inscribe en el extendido gusto femenino por la *novela* romántica (alguien ha dicho del *amor romántico* que es un complot urgido por los hombres, que las mujeres no hemos sabido esquivar). Se trata en general de *relatos* concebidos en relación estrecha con la *experiencia de lo inmediato;* una experiencia leída a la manera de los «diversos conjuntos de influencias» liberal-ilustradas que arrancan de finales del siglo XVIII. De esas ideas parten transformaciones como la creación del *hogar* –como concepto–, el cambio de *relaciones* entre padres e hijos que trae la contemporaneidad y la *invención* de la maternidad[17]. Nada puede extrañarnos, a partir de este punto, que una parte decisiva de la historia de las mujeres se halle directamente conectada con la *historia de la familia*[18] y, en términos más amplios, venga a nutrir en parte la *historia de la vida cotidiana*[19].

La dominación masculina, lejos de disminuir, vendría reproducida en los últimos siglos por un nuevo discurso de la *domesticidad,* producto de los cambios socioculturales acaecidos en las sociedades occidentales. Se iría siendo consciente, aunque muy lentamente, de que las mujeres no tendrían cabida en el discurso histórico si no era precisamente éste mismo el que cambiaba, como modo de análisis, en su totalidad. *Reescribir* la historia hecha por hombres –y en definitiva para hombres– sería poco a poco una demanda de tipo radical cuyo alcance se generalizará progresivamente. El solo hecho de que *algunas* mujeres *comenzaran* a irrumpir en escena, dejaba a la historiografía, por sí mismo, emplazada para una revisión[20].

Pero quedaba todavía mucho camino por andar hasta que se pudiera llegar a escribir, como hace Gerda Lerner a mediados de los años ochenta, que «la historia de las mujeres es indispensable y básica para lograr la emancipación de la mujer». La relación entre *historia de las mujeres* y *feminismo* es muy estrecha pues, pero tardía, y se fue reforzando solamente a partir de la década de 1970. El argumento práctico que Lerner usaba para defender su axioma nacía «de la observación de los fuertes cambios de conciencia que experimentan las estudiantes de historia de las mujeres». Pues, en efecto, ese aprendizaje «transforma sus vidas. Incluso un breve contacto con las experiencias de las mujeres del pasado, como un cursillo de dos semanas o un seminario, ejerce un profundo efecto psicológico entre las participantes»[21]. Y bien puede afirmarse que es así.

Desde el momento en que se entendió que, para que lograra efectividad la incorporación a la historiografía de un sujeto colectivo como *la mujer* debía acompañarle una renovación metodológica y teórica, se inventarían vías para sustituir en ella –o al menos disminuir– la posición central del varón[22]. Así fue como comenzó a explorarse, de hecho, el papel *social* y el mundo del *trabajo* de

las mujeres, hasta llegar a la *esfera privada* y los *sentimientos,* pasando por su *producción intelectual* y *artística:* «Cuando se evidenció lo inadecuado de las metodologías basadas en la convicción ideológica y política de que las mujeres se sentían más unificadas por el hecho de ser hembras que divididas por la raza, la clase o la historia, muchas estudiosas feministas pasaron a tomar como modelos teóricos el estructuralismo, el psicoanálisis y la semiología», como recuerda W. Chadwick. Y a partir de esos enfoques se puso de relieve que, «dado que la naturaleza "real" del macho y de la hembra no puede determinarse, hemos de contentarnos con *representaciones* de uno u otro sexo». A su vez, abierta esa perspectiva, y «dado que se ha demostrado que la categoría "mujer" es una ficción, los esfuerzos feministas se han dirigido de modo creciente a desmantelar esa ficción, y a analizar las maneras en que esas imágenes producen *significados* que circulan constantemente en la formación social»[23]. He ahí contenida toda una trayectoria disciplinar de evolución teórica[24], que enseguida pasaré a desplegar.

* * * * *

Las teorías feministas han evolucionado fuertemente a partir de la década de los setenta hasta hoy, virando desde los primeros planteamientos *marxistas* y *socialistas,* que a veces resultaban dominantes[25], hasta otros que implican la reconsideración del concepto de *clase* ligado a los de *raza* e *identidad*. En esa evolución teórica ha incidido de manera directa el desarrollo empírico de la *historia de las mujeres* que ha ido haciendo su curso y, en general, el conjunto de esfuerzos de orden plural contenido en los *Women's Studies*. Éstos tratan de mostrar, aprovechando la fuerza persuasiva de la evidencia histórica, no sólo los generales mecanismos de la subordinación de las mujeres (el *patriarcado* y sus formas precisas), sino también la contribución positiva de aquéllos a la *reproducción* de la cultura[26]. Lia Cigarini ha escrito hace poco que su propia experiencia, «así como las investigaciones que han tenido en cuenta las declaraciones de las propias interesadas, dejan ver que las mujeres [mujeres trabajadoras] lo ponen todo en juego». Es decir, que «rechazan la separación entre vida y trabajo, entre tiempo de vida y tiempo de trabajo, depositanto una gran afectividad también en el trabajo y en las elecciones que comporta»[27].

La radicalización de los estudios que introduce el *género* nos remite a su vez al problema del *poder* (poder *social*, poder *familiar,* poder *sexual*)[28], así como a la formación psicológica del *sujeto-mujer* como una «operación social del poder» (al cual vendría a fortificar, además)[29] y al *desigual reparto* de poder entre los sexos. En este espacio amplio se inscribe la profundización metodológica en indagar sobre la *autonomía personal* de las mujeres[30], sin descuidar aquel otro frente (la mujer en el *cambio político* y *social*), cuyo análisis venía inspirado

directamente por el feminismo. La reflexión teórica sobre el concepto de *política*, y su contraste con las realidades empíricas que aporta la casuística de la historia, habrían de llevar a revisar qué es lo que las mujeres entienden, realmente, por «política» en determinadas coyunturas y procesos históricos: «Reconocemos que las mujeres publicistas y peticionarias del pasado habían abierto realmente el camino», escribió en 1990 Natalie Zemon Davis refiriéndose a Mary Wollstonecraft y su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), «pero las otras formas de política femenina tenían todavía una larga vida por delante, y pueden haber contribuido más de lo que ella pensaba a la comprensión femenina de la verdadera naturaleza del poder»[31].

Levantando capas sucesivas de *cultura,* la investigación sociohistórica de inspiración feminista, desde los años setenta en adelante, ha ido reivindicando así la historia escrita y *construida* a su vez por las mujeres, restituyendo a éstas su papel en la producción cultural, destacando su *creatividad* y no entendiendo ésta como necesariamente ligada a una supuesta *esencia femenina*. Las categorías *«arte»* y *«artista»* que han servido a la disciplina de la historia del arte para estructurar su saber, a partir de la modificación analítica introducida por los conceptos de *género* y *patriarcado* han vuelto a ser leídos, reformando de paso los de *estilo, datación, atribución* o *autenticidad:* «El feminismo en las artes brotó en los movimientos de mujeres contemporáneos; sus primeras investigaciones estaban estrechamente ligadas a la metodología sociológica y política», como escribe W. Chadwick, pero de ahí se ha saltado a un esfuerzo teórico crucial.

A partir de ahí, «los primeros análisis feministas centraron una nueva atención en la obra de notables mujeres artistas y en la inigualable tradición de elaboración, por parte de las mujeres, de productos domésticos y utilitarios. Asimismo revelaron la manera en que las mujeres y sus producciones han sido presentadas en relación negativa con la creatividad y la alta cultura. Demostraron que las oposiciones binarias del pensamiento occidental: hombre/mujer, naturaleza/cultura, análisis/intuición, se han ido aplicando una por una en la historia del arte, y se han utilizado para reforzar la diferencia sexual como base de evaluaciones estéticas. Las cualidades asociadas a la "femineidad", como "decorativo", "precioso", "sentimental", "aficionado", etc., han ofrecido una serie de características negativas que sirvieron de rasero para medir el arte "elevado"»[32].

Era éste uno de los recorridos más fáciles de seguir pero, en realidad, *todo* podría hacerse y *todo* se inició[33]. Desde ese arranque, «el desarrollo de la historia de las mujeres ha sido tan rápido –escribía John Rule en 1986– que pocos de nosotros, formados en los moldes tradicionales de la historia social y del

trabajo, hemos sido capaces de absorber más que de forma parcial ya sean sus hallazgos o su trascendencia»[34]. Cabría preguntarse si aún siquiera todas las mujeres –nosotras mismas, las historiadoras– hemos llegado a ser conscientes de esta trayectoria. Porque pudiera ser que no bastase, como dice Sally Alexander, con escribir acerca del trabajo realizado *por mujeres* o *con las mujeres;* que no sea suficiente a estas alturas con mencionar asuntos relativos a la *familia* o a la *casa,* o que nos contentemos con lamentar la *ausencia* o la *invisibilidad* de la mujer en los espacios públicos y en las formas de la vida política. Y en cambio convendría preguntarse, con Bourdieu por ejemplo, cuáles son realmente «los mecanismos *históricos* responsables de la *deshistorización* y de la *eternización relativas* de las estructuras de la división sexual y de los principios de división correspondientes»[35].

A juicio del sociólogo francés, ello permitiría (*re*)hacer la historia de instituciones como la iglesia, la familia, la educación, el estado o incluso el deporte y el periodismo[36]. Es decir, abordar una tarea más amplia y más compleja (también más delicada) que la que planteó en su día la *historia de la mujer trabajadora*[37]. Decir así las cosas, se argumenta, no supondría negar la importancia de aquel capítulo de la investigación que ha sido más cubierto, en una indiscutible «ampliación de las aproximaciones tradicionales a la experiencia de la clase obrera»[38], y de tantos otros campos de historia social y cultural, que entre todos reúnen cantidades notables de estudios sectoriales[39].

Siendo la combinación entre *estructura* y *acción* una de las características propias de las propuestas analíticas de Bourdieu (en diferente proporción, según cuál sea la época de su pensamiento que releamos), ésta sería una muestra más bien cargada de peso estructural, lo cual iba a valerle muchas críticas entre las feministas de proyección *relacional,* más partidarias de potenciar la *elección*: «La investigación histórica no puede limitarse a describir las transformaciones en el transcurso del tiempo de la condición de las mujeres, ni siquiera la relación entre los sexos en las diferentes épocas», puede leerse en *La dominación masculina,* sino que «tiene que dedicarse a establecer, en cada periodo, el estado del sistema de los agentes y de las instituciones, Familia, Iglesia, Estado, Escuela, etc., que con pesos y medios diferentes en los distintos momentos, han contribuido a *aislar más o menos completamente de la historia* las relaciones de dominación masculina. El auténtico objeto de una historia de las relaciones entre los sexos es, por tanto, la historia de las combinaciones sucesivas (diferentes en la Edad Media y en el siglo XVIII, bajo Pétain al comienzo de los años cuarenta y bajo De Gaulle después de 1945) de mecanismos estructurales (como los que aseguran la reproducción de la división sexual del trabajo) y de estrategias que, a través de las instituciones y de los agentes singulares, han perpetuado, en el transcurso de una

larguísima historia, y a veces a costa de cambios reales o aparentes, la estructura de las relaciones de dominación entre los sexos».

¿Cómo aceptar entonces, sin quejas ni rechazos, lo que la *historia* «oficial» –el resto de la historia que, obviamente, no tiene en cuenta el género– pretende ofrecernos con pretensiones de interés *general* y de globalidad…? ¿Cómo reproducir, sin más, su periodización?[40] «Descentrada» y «parcial» son calificativos muy frecuentes, desde esta posición que afecta a la historia *escrita* por los hombres y también, por supuesto, por las historiadoras que siguen insistiendo en mantener los pilares de esa *engañosa* situación. El saber historiográfico reclamaría pues, desde sus fundamentos y hasta el punto más alto de la disciplina, una total reorganización. Una *reescritura* completa que implica, sin renuncios, una reflexión profunda sobre el *sujeto histórico* consciente[41] y sobre la relación fundante entre *estructura* y *acción*[42].

En los años ochenta y noventa, y conectado con la extensa recuperación de la *política* en las ciencias sociales, un tema principal de estudio ha sido el de la relación entre el *género* y el *Estado*[43], intentando esbozarse una perspectiva interdisciplinar además de sincrética (es decir, no aceptando una dicotomía establecida entre *acción* y *estructura*)[44]. En particular, se ha procurado seguir la relación entre el género y la *naturaleza de la ciudadanía*, siendo especialmente cultivada esta faceta en Europa occidental –y no tanto quizá en los Estados Unidos–[45], y materializándose ciertos esfuerzos a partir de propuestas como la de Chantal Mouffe a favor de una democracia radical, que clama por una igualdad completa entre hombres y mujeres[46].

De una manera u otra, las visiones benévolas respecto a la influencia positiva del Estado (de cierto tipo de *Estado* socioliberal) en la emancipación de las mujeres están pasando ya[47]. Y aunque no hay un acuerdo general, ni mucho menos, a propósito de la naturaleza del Estado, lo cierto es que éste tiende a enfocarse, en los *Women's Studies,* como una colección de instituciones y relaciones de poder *en conflicto,* no como una entidad homogénea. De esta manera, el Estado reflejaría en parte, y en parte crearía él mismo, la *desigualdad* de los géneros, legitimándola y siendo esas mismas relaciones uno de los hilos del poder del Estado. Por lo tanto, he ahí un campo de batalla donde librar la lucha, un *espacio* indudable *de oportunidad*[48].

Por su parte, discutido desde el feminismo *no blanco* y/o *tercermundista,* el pensamiento radical feminista que hacía del *esencialismo* su puntal (*todas* las mujeres sufrirían *la misma experiencia* de opresión), tendrá que defenderse frente a los argumentos que sostienen que la raza, la etnicidad e incluso la nacionalidad, tanto como la clase, permeabilizan de manera diferenciada las experiencias femeninas, *individualizándolas* y haciéndolas irreductibles al

concepto único de género, siendo como son en realidad heterogéneas[49]. La pregunta es entonces: ante la variedad, ¿qué tipo de teorías construir?

El *posmodernismo literario* rechaza cualquier visión *objetiva*, que sea de universal aplicación u omnicomprensiva del mundo, negándose a admitir que pueda definirse algo, sea lo que fuere, como *neutral*[50]. Entre sus muchas variedades, importa destacar –por su valor directo para abordar cualquier intento de historia social– la que insiste en que el objeto primordial de estudio, en nuestra disciplina, debe ser el *discurso,* el *espacio de significados* que crea el lenguaje[51]. No se tratará entonces, a este respecto, de estudiar las experiencias *hechas* y terminadas de hombres y mujeres, sino de hacerse cargo, en definitiva, de cómo las categorías discursivas *hombre* y *mujer* son un producto cultural dotado de *intenciones* y *poderes,* indagando cómo se reproducen y cambian con el tiempo, cómo sirven para ocultar la diferencia en su *uso* –tanto uso vulgar como también científico– y, en cualquier caso, cómo gobiernan los respectivos comportamientos emocionales y la sexualidad[52].

* * * * *

En la antigüedad, en Atenas y Roma, la mujer quedaba excluida de la educación general, si bien su propia esfera le permitía desarrollos autónomos, partícipe como era de una cultura segregada, pero no inexistente. Era ésta, es cierto, una cultura *subordinada* y aparte, *diferente*. Este patrón *dual,* de separación de ámbitos, que el cristianismo reforzó y que reproduce el islam, es el que constituye el ideal de los *«estudios clásicos»* que forjan el patrón educativo de Occidente. Sólo el varón aparecía inscrito en la historia (y por tanto en el *tiempo*); la mujer permanecía al margen, como una realidad *atemporal*.

Indagar sobre las mujeres en ese marco extenso de sociedades de larga duración remite necesariamente al terreno de la esfera *privada,* que queda dibujada sobre un espeso fondo de *ahistoricidad,* una escena de difícil percepción por la mirada masculina, incluso aunque esa *mirada* atraviese la lente de la *cientificidad:* «En todo caso, cuando la historia interviene –ha escrito Isabel Morant– piensa los fenómenos de la privacidad como si estuvieran sometidos a una lenta dinámica social, cuyo origen y motor permanecen invisibles a los ojos del científico que los observa; a quien, por otra parte [...], le resulta difícil comprender que el poder y la coacción no desaparecen con la Ilustración, sino que se mantienen a pesar de sus conquistas»[53]. Con las Luces no desaparecen, en efecto, muchas de las instituciones que ejercen coerción sobre las mujeres, si es que no se configuran otras nuevas y acaso más terribles (el pensamiento científico *positivista* y *biologicista,* muy en particular).

Desde el análisis social e ideológico, suele incidirse además en el papel negativo de la Iglesia católica, «habitada por el profundo antifeminismo de un clero dispuesto a condenar todas las faltas femeninas a la decencia, especialmente en materia de indumentaria». La Iglesia –tal como la ve el propio Pierre Bourdieu– aparece como la «notoria reproductora de una visión pesimista de las mujeres y de la feminidad, enteramente dominada por los valores patriarcales, especialmente por el dogma de la inferioridad natural de las mujeres». Actúa de manera indirecta «sobre la estructura histórica del inconsciente, a través especialmente del simbolismo de los textos sagrados, de la liturgia, e incluso del espacio y del tiempo religioso (señalado por la correspondencia entre la estructura del año litúrgico y del año agrario). En determinadas épocas, ha podido apoyarse en un sistema de oposiciones éticas correspondiente a un modelo cosmológico para justificar la jerarquía en el seno de la familia, monarquía de derecho divino basada en la autoridad del padre, y para imponer una visión del mundo y del lugar que en él corresponde a la mujer a través de una auténtica "propaganda iconográfica"»[54]. La cultura de *clase media* occidental, que arranca de un patrón así configurado, reforzaría el modelo segregado (*«dos sexos»* culturalmente opuestos), que al tiempo *construye* y *socializa* la *diferencia* estricta de la *feminidad*.

Madres y esposas –juntas ambas cosas–, «las mujeres fueron reconocidas como diferentes por los hombres, como incognoscibles, habitantes de un dominio ajeno». Cómo no reparar en que «la idea de que cada sexo es un misterio para el otro es vieja y ha sido representada de diversas maneras en diferentes culturas», ciertamente. Pero lo nuevo en la mentalidad mesocrática es seguramente aquella asociación entre *maternidad* y *feminidad* como dos cualidades inseparables de la personalidad de la mujer, en relación estrecha con su sexualidad, con la naturaleza de las emociones y el terreno acotado a su especial *dominio* o *poder*[55]. Ahí, en la esfera de una emotividad sexualizada radicaría su específica fuerza *política,* en ese ancho sentido que da al concepto de poder, por ejemplo, Michel Foucault. Un texto de 1839 nos lo hace, a sus propios ojos, transparente: «El imperio de la mujer es un imperio de ternura, sus instrumentos de mando son las caricias, sus amenazas son las lágrimas»[56].

Pero las mujeres no siempre han aceptado de buen grado esa separación de esferas, o al menos han querido hacerle frente en la medida de sus posibilidades: alguna de estas posibilidades ha tenido que ver con la escritura. Hablando de su madre, el microhistoriador Giovanni Levi recuerda un hecho que quizá pudiera tomarse en el sentido *microhistórico* de lo «*excepcional normal*». Merece la pena reproducirlo aquí: «En su autobiografía, mi padre no habla de nadie de la familia, por lo que mi madre reaccionó escribiendo una *contra-autobiografía* explicando

cómo fueron realmente las cosas, y cómo mientras él se «divertía» siendo partisano, ella tenía que cuidar de tres niños y soportar los registros y venganzas de los nazis y los fascistas; esto es, los fusilamientos y quemas de casas en el pueblo donde vivíamos…»[57]. Escribir vendría a ser, de esta manera, una reacción contra la opacidad de aquel «imperio de ternura» que le vendría dado a todas y cada una de las mujeres, una manera de neutralizarlo.

No obstante, hasta hace bien poco podía prevalecer extensamente la opinión de Marguerite Yourcenar, cuando habla a través de su *Adriano:* «Ya es bastante difícil poner alguna verdad en una boca de hombre [...] y, si una mujer habla por sí misma, el primer reproche que se le hará es que ha dejado de ser una mujer»[58]. Pero no menos cierto es que, a estas alturas, y gracias a los muchos estudios sobre mujeres realizados hasta aquí, «no hay prácticamente un dominio en el que la mujer no haya expresado su deseo de hablar», como a su vez recuerda Danielle Régnier-Bohler[59].

Muy avanzado ya el siglo XIX, cuando comienza la *feminización* de la enseñanza y da sus primeros pasos la *democratización* de la vida social, se ve favorecida la expansión de ciertos textos a favor de la *igualdad* –ensayos previos o composiciones nuevas del momento, vindicaciones de las propias mujeres o, al modo de Stuart Mill, alegato ejemplar–. Poco a poco, la literatura *sobre* mujeres cobrará el especial significado de ser representante de un avance indudable del sentimiento de *individualidad,* con la negación de la separación de *esferas,* pero también con aquella sustitución del *amour passion* por el amor *romántico* que evocamos antes. Indagación sobre el *ego* y *negación* de la realidad existente, a la vez, ese proceso de cambio cultural entraña siempre una contribución activa a la remodelación de las condiciones sociales de la vida personal, un sostenido esfuerzo por la eliminación de trabas y por la conquista de la *libertad* individual[60].

Lógicamente, aquellos países donde la inserción de las mujeres en la enseñanza superior fue menos dificultosa hubieron de aceptar antes (mas nunca sin conflicto) la incorporación de estudios específicos sobre mujeres en los planes de estudio o listado de materias docentes en la universidad. Son los espacios en que se convirtieron en un notable éxito estos *Women's Studies*[61] de que venimos hablando, y que delimitan nuestra más estricta contemporaneidad. La alemana Helene Stöcker, a principios del siglo XX, al tiempo que luchaba por la igualdad de la mujer ante el estudio y ante la condición sexual, formulaba una pregunta clara: ¿cómo unir lo inconciliable?, es decir: «Ser, al mismo tiempo, un ser humano libre, una personalidad particular, y una mujer que ama». El problema de los problemas es para todo ello, de este modo, «llegar a liberarse de la cosmovisión masculina»[62]. Ochenta años más tarde, todavía, se preguntaba la

norteamericana Gerda Lerner «¿qué tipo de historia se escribirá cuando se aleje la sombra de la dominación, y hombres y mujeres compartan por igual la tarea de hacer las definiciones? ¿Devaluaremos el pasado, depondremos categorías, suplantaremos el orden por el caos?». Y respondía ella misma: «No. Simplemente caminaremos bajo el cielo»[63].

Entre un momento y otro, sin embargo, había tenido lugar una importante acumulación de resultados de toda una batalla, política y social. Ligada estrechamente al auge y la expansión de la *historia social* (de los años sesenta en adelante), establecida dentro del marco amplio de la *historia nacional,* apoyada por la extensión creciente de las *fuentes orales* y, en fin, contribuyendo ella misma a modelar de nuevo la *historia cultural,* la historia de las mujeres conseguiría en efecto, en pocas décadas, una visibilidad y un atractivo difíciles de igualar[64]. A veces comenzó por lo cuantitativo –estadísticas, censos, cuotas de participación profesional–, lo mismo que otras formas simultáneas de «historia social», pero luego se inclinó de preferencia por formas cualitativas de explorar los hechos sociales, y se vio acompañada en esa empresa, en cuanto al giro teórico y metodológico que emprendía, por estudios de sensibilidad antroposociológica de impronta anglosajona.

Del cruce de unas perspectivas y de otras, bajo formas no unánimes, nacieron los estudios sobre el más numeroso *sujeto colectivo* de la historia oficial que imaginarse pueda, las mujeres. Algunos de esos estudios se inscribían (como sucede por ejemplo en Francia, en un principio) en la atención sistemática prestada a lo *invisible* por parte de una historiografía determinada por las categorías *marginales* de la sociedad, los excluidos por una razón u otra. (De ahí surgen, por ejemplo, debates sustanciales a propósito de la noción de *marginalidad*.) Un lugar especial hallan en el conjunto las variantes de historia de las mujeres que reconstruyen el mundo del *trabajo femenino*[65] y su *formación intelectual*[66]. Joan Scott, Michelle Perrot, Louise Tilly, Luisa Passerini, y en España, Rosa Capel y Mary Nash, pusieron piedras fundacionales de lo que pronto se convertiría en una vasta construcción internacional.

En Francia, incorporada a la tarea de una reconstrucción global del tejido demográfico, así como de las costumbres y hechos comunes o *cotidianos* de una parte de la población (pero en general reacia a la adopción del concepto de *género*[67]), la historia de las mujeres puede inscribirse indudablemente en el ancho campo de los *Annales,* especialmente en su acogedor capítulo de *historia de las mentalidades*[68]. Pero posiblemente tenga razón N. Zemon Davis cuando se queja de que aquella publicística sobre mujeres no halló en la jerarquía de la escuela un lugar de honor[69]. La *«historia de la vida privada»* emprendida por

Ariès algo antes, con la colaboración de Michelle Perrot, marca la pauta y resume el conjunto[70].

Hay con todo allí mismo, para la edad contemporánea en especial, líneas de componente *sociolaboral* (como parte importante de la historiografía sobre movimientos y conflictos sociales) de trayectoria específica, y el hecho de que en ella apenas se use la perspectiva relacional de género no significa, ni mucho menos, que no se aborde la cuestión del *poder*[71]. De todas sus vertientes, predomina a esta hora la que se acerca a la *experiencia vivida*[72], tanto si las mujeres son notorias como si no, pero haciéndolas por lo general *significantes* de un conjunto más amplio[73]. (Aspecto este que enlazará a su vez el discurso histórico propiamente dicho con todo tipo de memorias y textos autobiográficos[74].)

Desde el ámbito de los *estudios literarios,* la mayoría de los primeros frutos versó sobre estereotipos femeninos tal y como aparecen en obras de varones, y en su caso también en la novela de mujeres, aunque esta exploración solía venir después de aquella otra que reconstruye la *imagen* de la mujer en una literatura que hacen los hombres. En la crítica feminista que estos estudios presuponen está implícita la idea (un supuesto *realista*) de que se trata de *falsas imágenes* de *personas reales;* un enmascaramiento que la lectora o el lector despejarán fácilmente con ayuda del crítico, hasta llegar a *conocer* la *verdad* mejor incluso que quien dio vida a los personajes de ficción, el autor. Este tipo de análisis ha ido desplazándose suavemente desde la *crítica literaria* a la historiografía, hasta abrir cauces prácticamente en todos los contextos académicos en que han ido imponiéndose los *Women's Studies*[75].

Sin tener mucho en común desde el punto de vista teórico y metodológico, la *historia de las mujeres* y la *historia de las relaciones de género* (ambas versando lógicamente sobre el mismo objeto, pero *no idénticas*)[76] tienden con frecuencia a presentarse, sin embargo, como *naturalmente* solapadas, intercambiables entre sí[77]. A pesar de no ser clarificadora esta identificación –sino más bien al contrario–, ello ha contribuido seguramente a institucionalizar la investigación sobre mujeres, ya sea de modo relativamente independiente o ya en el contexto amplio de la *historia social*[78]. Porque «de nada serviría», escribían Zemon Davis y A. Farge a principios de la última década del siglo XX, «construir una historia de las mujeres que sólo se ocupara de sus acciones y de sus formas de vida, sin tomar en cuenta el modo en que los discursos han influido en su forma de ser, y a la inversa. Tomar en serio a la mujer equivale a restituir su actividad en el campo de relaciones que se instituyen entre ella y el hombre; convertir la relación de los sexos en una producción social cuya historia el historiador puede y debe hacer»[79].

Al acabar la década de 1990 parecía fragmentado, en cualquier caso, el marco primitivo de consenso, y las *nuevas direcciones* de estudios sobre mujeres eran de contenido plural, lo mismo que sucede en otros campos de la historiografía. Añadían un plus de radicalidad en ocasiones: «El proyecto de historia de las mujeres», como recuerda Scott, «comporta una ambigüedad perturbadora, pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma»[80]. Colateralmente, cabe decir que es también un espacio añadido para la *experimentación* con *técnicas novísimas* de la historia social[81] y, sobre todo, constituye un vehículo de reflexión teórica sobre usos y significados de la historiografía (en especial de la denominada *historia sociocultural*, sin descuidar tampoco los aspectos políticos en toda su extensión, especialmente los que recogen actos represivos y hechos violentos)[82].

Aunque quizá sea ocioso recordarlo, no todas las versiones de historia *de la mujer* y *de las mujeres* son feministas (hay ciertamente quien opina que, sin embargo, deberían serlo)[83], como no lo es tampoco todo el pensamiento sobre la mujer; pero en conjunto los resultados deben mucho a las estrategias ideadas por el feminismo occidental[84]. La politización expresa del discurso feminista, su giro radical, podría sin embargo haberlo hipotecado a las mismas categorías históricas que intenta superar[85] sin por ello dejar, como lamenta Toril Moi, de exhibir un déficit *teórico:* «La mayor paradoja de la crítica feminista angloamericana consiste en que, a pesar de su compromiso político profundo y explícito, *en último término* no es lo suficientemente política; no en el sentido de que no consiga *profundizar* en el espectro político, sino en el sentido de que su análisis de la política sexual sigue empeñado en *despolitizar* los paradigmas teóricos».

En la década de 1970 la historia de las mujeres había emprendido ya una agenda temática y metodológica bien amplia que, con distintos grados y posibilidades de expandirse, estaba consiguiendo plena realización. Temas privilegiados eran por entonces la *reproducción* y la experiencia de la *maternidad*[86], el hecho del *trabajo* y la *vida familiar,* a veces en visiones que se critican por demasiado complacientes, pero que en otros casos entrañan opciones «clásicas» de *crítica social* (un terreno en el que se privilegia la *prostitución* por influencia de la escuela francesa)[87]. Prácticamente vendría a abordarse todo menos la *política,* si entendemos el término de modo restrictivo[88].

La forma clásica en la que se inscribía una buena parte de la *historia de las mujeres* (la historia *social*) se compromete a dejar «fuera la política», recordémoslo, en tanto que la propia *historia política,* con reiterada obstinación, mantenía invisible al conjunto social que abarca a las mujeres, prácticamente con total independencia de cuál fuese su clase, raza o condición. Era un

procedimiento doble, aun inconscientemente, para perpetuar la idea convencional de las «esferas separadas» *(sexo* o *política, familia* o *nación, mujeres* u *hombres)* en la escritura de la historia, lejos de cualquier tipo de perspectiva *relacional* que superara tales dicotomías. Poco a poco, irían calando enfoques de este otro tipo, de manera que no es ya infrecuente leer, como ocurre en Bourdieu, que la *virilidad* es también «un concepto eminentemente *relacional*, construido ante los restantes hombres y para ellos, y en contra de la feminidad, en una especie de *miedo* de lo femenino…»[89].

Desde una perspectiva sociológica que viene siendo rescatada en parte, el alemán Georg Simmel escribió en 1911 que, en la mujer, «lo general vive mucho más que en el varón bajo la forma de lo personal-individual», de manera que en «la mujer típica y acabada, muchos rasgos por completo genéricos, y en realidad impersonales, aparecen como totalmente personales, generados de una manera tan interna como si brotaran por primera vez del núcleo único de la personalidad y apareciesen así en el mundo»[90]. Calificando «el sino» *mediador* de las mujeres –la conciencia agudizada del *otro*– como *«triste»* (mas no «trágico»), Simmel cree «el caso de las mujeres *muy singular*». Pues «ese proyectarse más allá de sí misma, ese abandono de la profunda concentración de la vida en sí para insertarse en una serie en permanente extensión, para servirla y servir a sus otros elementos, no obedece en ellas exclusivamente a una violentación exterior». Ello la trae al centro de esta perspectiva relacional: «Sin duda no está inscrita en el sentido metafísico de la vida de las mujeres, pero sí que responde al hecho de que, en definitiva, forman parte de un mundo en el que hay *"otro"* con el que es inevitable mantener una relación que rompe la pura quietud del centro último». Y la convertiría en su clave, pues, «el dualismo que genera la típica tragedia de la feminidad no procede de la condición profunda de su propia esencia, como en el caso del varón, sino más bien de que la esencia de la mujer debe vivir inmersa en el mundo de la naturaleza y en el de la historia»[91].

La intención del sociólogo alemán, a principios del siglo XX, era clara y explícita: «Sólo si se atribuye a la existencia femenina como tal», dirá Simmel, «una base fundamentalmente *distinta,* una corriente vital orientada de forma fundamentalmente diferente a la masculina, de tal modo que éstas serían dos totalidades vitales, cada una de ellas construida según una fórmula totalmente autónoma, *sólo entonces puede retroceder aquella ingenua confusión de los valores masculinos con los valores en general*». Una confusión que vendría dada por las *relaciones históricas de poder,* que se expresan en el ambivalente concepto de «*lo objetivo*»: «Lo objetivo aparece como la idea puramente neutral, equidistante de las unilateralidades masculino-femeninas; pero sin embargo «lo objetivo» es también *la forma particular de la realización que corresponde a la*

forma de ser específicamente masculina. Lo primero, una idea de suprahistórico y suprapsicológico carácter abstracto; lo segundo, una *figura histórica,* dimanante de la masculinidad diferencial»[92]. Algunos de estos supuestos filosóficos subyacen a esta hora en una parte de los tratamientos feministas a propósito de la subjetividad.

* * * * *

En general, durante la segunda mitad de los años setenta y desde entonces hasta hoy, los modos de aproximación *relacional* y *constructivista* han ido ganando espacio en las ciencias sociales, desde donde llegaron a la historiografía clamando contra el *ghetto* al que los estudios convencionales seguían reduciendo a las mujeres. El concepto de *género*, incorporado entre otras autoras (y algún que otro autor) por Joan Scott, eludía las categorías abstractas –es decir, «hombres» y «mujeres»– para hablar de *sujetos construidos* social y culturalmente, *hechos* a través del juego de poderes que dan forma concreta a esas mismas categorías, *hombre* y *mujer*. Su desigual reparto se refleja en las fuentes: «Hablar, leer, escribir, publicar: toda la cuestión de las relaciones entre los sexos en la creación y en la cultura subyace a las fuentes mismas», escriben Perrot y Duby[93].

La *historia de las relaciones de género* resulta ser por tanto la aplicación historiográfica[94] de un planteamiento que es alternativo en sociología y antropología, un conjunto de enfoques que empezaron a triunfar después de 1968 especialmente en los Estados Unidos, para irse extendiendo al mundo desde ahí[95]. Se ocupa de la *construcción cultural* de «roles» y *status* tomando como base el sexo, pero eludiendo la tentación biologicista[96]. En la formulación de Scott, «el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las *diferencias* que distinguen los sexos», y por eso es «una forma primaria de *relaciones significantes de poder*», una forma ambiciosa de reintroducir *lo político* en el análisis sociocientífico[97]. Su rechazo por muchos investigadores no se debería sólo a elementos de tipo epistemológico, sino que intervendrán factores de orden político e ideológico en primer plano. La estrategia *de género* es una forma «de conceptualizar la política» más que un repertorio de aplicaciones empíricas de esa misma conceptualización.

Joan Scott argumenta que «los cambios en la organización de las relaciones sociales corresponden siempre a cambios en las representaciones del poder», pero que la dirección del cambio no se produce «necesariamente en un solo sentido», lo cual da indicio de la complejidad del planteamiento, que obliga a despejar incógnitas de tipo general[98]. La importancia del *deconstruccionismo* de Derrida y otros autores posmodernos[99] en el modo de hacerse cargo de esa *complejidad* no se oculta en los textos de las autoras norteamericanas más arriesgadas[100]. Veremos, por lo tanto, algo a propósito de sus planteamientos.

Para Jacques Derrida el lenguaje está estructurado como un interminable «aplazamiento del significado», de manera que cualquier búsqueda de un significado *único* y *esencial* ha de considerarse metafísica. No habría ningún significado *final,* o trascendental, al que pueda llegarse de modo estable y absoluto, nada que tenga *sentido en sí mismo,* pues nada puede escapar a la continua *interacción* entre el eterno *aplazamiento* y la *diferencia lingüística*[101].

Scott utiliza el concepto derridadiano de *suplemento*[102] para redefinir, a su vez, los términos de *diferencia sexual* (o mejor, diferencia *entre* los sexos) y de *género*. El concepto de «diferencia», según Derrida, es teóricamente engañoso, en el sentido de que denota una *ausencia*, una laguna, pero no una presencia *significativa*. Las diferencias siempre nos llevan –nos *desplazan*– a otro sitio, nos envuelven en una malla inacabable de *aplazamiento* del significado. La diferencia, pues, no es un concepto (pero el *«suplemento»,* que se sitúa en sus huecos, sí lo es). Con instrumentos de ese tipo, el (o la) analista se introducirá en el seno de cualquier *historización* efectiva de las condiciones de la diferencia sexual. Una diferencia que, establecida en torno a la oposición *binaria* elemental y estricta, quedaría descompuesta –alterada y «visible»– en su esqueleto *cultural,* al serle aplicada la fragmentación del *supplementum*. En los supuestos de Julia Kristeva, por otra parte, se analizan las estrategias lingüísticas *específicas* en situaciones también específicas, atendiendo a la mayor *extensión contextual* posible para mostrar cómo uno o más sistemas de signos se trasponen a otros (lo que se conoce como *intertextualidad,* en expresión de la propia Kristeva)[103].

Inserta en la avalancha de procedimientos *postestructuralistas,* la historia de las relaciones de género (o de la diferencia sexual, según sea el concepto preferido) tiene, evidentemente, la ambición explícita de plantearse un cambio fundamental en los patrones del conocimiento. Rescatando del historicismo el principal supuesto, la *hermenéutica*, tendríamos así la afirmación frecuente de que «comprender es interpretar», y de que toda comprensión «depende de, y se expresa mediante contextos o juegos lingüísticos preexistentes. Derrida, por ejemplo, afirma que todo texto contiene antinomias insolubles, de modo que no puede haber *una* lectura correcta, sino que es posible realizar lecturas diversas y hasta contradictorias. Para escapar a la homogeneidad del discurso dominante es necesario yuxtaponerle modos alternativos que rechacen las pretensiones de verdad y de omniscencia de los discursos que nos controlan. Estos discursos desconstructivos alternativos deben atender necesariamente a las variedades particulares de la experiencia y del valor; no pueden ofrecer *un* punto de vista, *un* sujeto universal, *un* modo de liberación, desarrollo o felicidad ni *una* verdad

auténtica»[104]. Se trata, en la práctica, de un refuerzo añadido a la fragmentación.

Incluso sin que sea necesaria una influencia *filosófica* fuerte, la importante presencia de la antropología ya es suficiente como para que estén de acuerdo, quienes emplean el *género* como categoría, con perspectivas *relativistas* y *antiobjetivistas*[105]. Convienen, pues, en que toda «teoría del cuerpo humano es una parte de la visión del mundo», o mejor incluso, que forma parte de una *fantasía*[106]. Tanto en el seno de la *histoire des mentalités* francesa como en el de la *microstoria* italiana, la *historia de las mujeres* ha ido evolucionando así, a partir de supuestos de este tipo, desde una historia *del cuerpo* femenino y de las funciones *naturales* y/o *sociales* que desempeña la mujer (maternidad, alumbramiento o prostitución, en paralelo a una historia *del trabajo femenino,* a su vez insertada en la historia social), hasta el terreno extenso de la *representación simbólica* y el *análisis del discurso* de las mujeres, y/o el de los hombres *sobre* las propias mujeres[107].

Por otra parte, la conciencia *autorreflexiva* del historiador (una característica propia de la historiografía de nuestro tiempo) no llega a eludir siempre (¡y cómo habría de hacerlo!) la *situación* dramática a la que se abre el género: «Soy actualmente profesor de historia de Roma en el Collège de France», decía Paul Veyne en 1994 a la entrevistadora que le interrogó. Pero, prosigue, «¿y si *yo* hubiera sido mujer?...». «Tiemblo sólo de pensarlo. Con la deformidad congénita que tengo en el rostro, con la incomodidad que me produce todo tipo de asociación regular, y con mi falta de docilidad hacia ciertas prohibiciones, cualquier aspiración a hacer una carrera normal me habría sido impedida; la ambición *no cumplida* y la frustración me hubieran conducido a un extremo o a otro: al suicidio o a la pauperización.»[108]

El análisis del discurso entraña justamente una forma básica de politización, consciente y deliberada, del análisis feminista. «El feminismo es teoría del discurso», ha escrito G. Colaizzi, para quien «hacer feminismo es sinónimo de «hacer teoría del discurso, porque es una toma de consciencia del carácter discursivo, es decir, histórico-político, de lo que llamamos realidad, de su carácter de construcción y producto». Precisamente por ello constituye «un intento consciente de participar en el juego político y en el debate espistemológico para determinar una transformación en las estructuras sociales y culturales de la sociedad»[109]. Como subraya la antropóloga Marilyn Strathern, «en la forma en que las feministas hablan de su propia investigación se superponen argumentaciones, se invita a nuevas voces. No hay pues textos centrales, ni técnicas definitivas; la empresa, deliberadamente transdisciplinaria, juega con el contexto. Se sostienen perspectivas provenientes de diversas disciplinas para que

se iluminen mutuamente; los escritores, a la vez conscientes de los diferentes contextos de esas disciplinas y rehusándose a tomar cualquier contexto único como marco organizante, yuxtaponen intuiciones históricas, literarias o antropológicas». Y añade: «Si esto es reconociblemente posmoderno, entonces el estudio feminista es afín al espíritu posmoderno en antropología, con su juego consciente con el contexto»[110].

No puede suscribirse hoy, por lo tanto, con la misma seguridad que ayer, que existiera una estricta carencia de dimensión política en los estudios sobre mujeres si nuestra perspectiva es filosófica y antropológica, o simplemente, si aceptamos que el género es *el medio por el que el sexo y la sexualidad se convierten en política*[111]. Tampoco, ciertamente, si abordamos el asunto desde ciertos enfoques ligados a la historia del arte y la cultura: «Una vertiente de la crítica feminista sobre el modernismo europeo –nos recuerda Susan Kirkpatrick– ha señalado que, desde la perspectiva del lenguaje o la representación simbólica, la marginalidad de la posición femenina en las estructuras sociales y simbólicas se convierte en una ventaja a la hora de producir arte modernista revolucionario»[112]. O incluso si repasamos las propias experiencias de experimentación *en torno a* la política, propuestas por las propias mujeres que *hacen* arte a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, con la teorización que ello suele implicar[113]. En otro orden de cosas, hay quien insiste –como Rita Felski– en que «la participación de la mujer en lo moderno no deja inalterada ni la categoría de feminidad ni la de modernidad»[114].

A mediados de los años ochenta, e incluso aún a principios de los noventa, flotaba sin embargo en los *Women's Studies* la sensación de que debía prestársele una específica atención a la dimensión política de los estudios que estaban en curso[115], atención descuidada salvo en lo referido a la relación histórica entre *feminismo* y *sufragismo* (no obstante, ésta aparecía tratada en ocasiones «como si la política fuese solamente el elemento de promoción social de un sexo»)[116]. Esa demanda llevó, con más o menos prisa, a una reconsideración de estos aspectos[117].

No habrá a pesar de todo, en ningún caso, una síntesis final de resultados que pueda hoy exhibirse. Nadie debe esperar una acomodación organizada de las conclusiones obtenidas con las metodogías de género, junto a las que pudieran proceder de un planteamiento historiográfico más convencional. (Y eso es, precisamente, lo que no siempre se ha entendido bien, a la hora de importar este procedimiento teórico cuya instrumentación dista mucho de estar normalizada.) Porque el método *no* consiste en la reconstrucción de un *todo* sin aristas. Sino, muy al contrario, en llegar a la exasperación de esas aristas y la abierta exhibición de las piezas quebradas. Concluyendo, diremos que, el planteamiento teórico de

relaciones de género obliga, desde su vocación de radicalidad, a una estrategia de investigación metodológicamente *relacional* y políticamente *alternativa*[118]. Y no admite posiblemente otras. En términos compartidos por las *nuevas tendencias* (muchas de ellas ligadas al uso de la fuente oral[119] y afectadas por el *giro lingüístico*[120]), ese doble carácter supone desde el principio de su puesta en escena, «la redefinición y ampliación de nociones tradicionales del significado histórico, de modo que abarque la experiencia personal y *subjetiva,* lo mismo que las actividades públicas y políticas»[121].

La *subjetividad* se ha convertido en foco de aproximación cada vez más buscado en efecto, a lo largo de la década de los ochenta, dentro del campo de los *Women's Studies,* en correspondencia con aquella tendencia emergente (cuando no plenamente asentada) en las ciencias humanas y sociales que concede a los actores sociales *voz* y *autoconciencia* respecto a su propia *identidad*[122]. La cuestión del sujeto y de la identidad ocupa casi por completo, de esta manera, al feminismo del último decenio. Así lo muestran autoras como D. Haraway, R. Braidotti, T. de Lauretis, J. Butler o C. Battersby, entre otras[123]. Pero, por supuesto, sabemos que no era éste un asunto del todo nuevo en la historia de la historiografía del sujeto individual y las identidades subjetivas[124].

Como el psicoanálisis, y con frecuencia basándose en él, los estudios feministas han tratado de poner de relieve la incidencia de la *diferencia entre los sexos* en la construcción de la *subjetividad*[125]. La manera por la que se experimenta y *recuerda,* condicionada por el género (la *memoria* y sus registros diferentes en la mujer y el hombre, que incluso inciden en formas gramaticales diversas de expresión)[126], ha devenido así, casi insensiblemente, campo privilegiado de aquella *historia oral* que, poco a poco, introdujo el enfoque subjetivo[127].

Es en esa perspectiva en donde la *autobiografía* de mujeres ha sido vista a una luz especial, siendo muy apreciada en los ambientes intelectuales anglosajones, pero no sólo en ellos[128]. Lo mismo puede decirse de la *fuente oral*, y especialmente de los relatos que llamamos *historias de vida,* susceptibles de desmontar ideas o prejuicios hasta un cierto momento dominantes en el análisis social[129]. Por ejemplo, las experiencias de emigración recogidas oralmente por C. Borderías «cuestionan la visión lineal de las mujeres como víctimas de una triple opresión –clase/sexo/emigración–. Las referencias a las constricciones sociales que han enmarcado sus vidas, y en concreto sus itinerarios migratorios emergen más bien como otras tantas oportunidades de construir nuevas situaciones. Desde esta forma de rememorar sus experiencias y de dar sentido a las mismas, las mujeres cuestionan las interpretaciones que las colocan como sujetos débiles y pasivos»[130]. Un paso decisivo, por lo tanto, en el camino de la complejidad.

Concebida como un modo de fijar la inestabilidad de la *experiencia en curso de vivirse,* la autobiografía –viene a decirse– no es, a pesar de las apariencias, un acto *individual* y *subjetivo* pleno, un elemento de la más absoluta *privacidad* o intimidad. Sino que, al contrario, se considera un acto deliberadamente *interrelacional*, que implica la presencia obligada de un lector *imaginario*. Esa presencia ausente es, ante todo, un importante factor de interiorización del mundo exterior en la conciencia particular de quien escribe[131].

Por otra parte, la *experiencia* de ser mujer (la experiencia de poseer un «género» *propio*, distinto y subordinado al varón) resultaría ser, en lo más íntimo, una fuente de *conocimiento de lo concreto* y *particular*, un tipo de experiencia del mundo ligado estrechamente –como subrayan autoras como Nancy Chodorow[132]– a la vivencia de la *corporeidad*. Esa experiencia, como se ha recordado más arriba, incide plenamente en el lenguaje *expreso* y en toda forma de atribución de significados[133], en directa correspondencia –se sostiene– con las especificidades cognitivas de la subjetividad[134].

Avanzando un paso más, en el cruce entre *feminismo*, *psicoanálisis* y *posmodernismo*[135], se sitúa la «consciencia de las distorsiones y represiones que la construcción de las identidades sexuales produce en las teorías feministas mismas». Además, las filosofías posmodernas «proporcionan un punto de vista crítico sobre sus presupuestos epistemológicos», al reconocer que «los discursos feministas no están exentos de la pretensión universalizadora del conocimiento». Se reconoce, pues, que «todo punto de vista será necesariamente *parcial* y reflejará el arraigo del discurso –por feminista que sea– en los modelos y tradiciones preexistentes. No existe ninguna fuerza *fuera* de nuestras relaciones sociales y de nuestra posición en la cultura –como la historia, la razón, el progreso, la ciencia, alguna esencia trascendental– que pueda rescatarnos de esa parcialidad. Quizá la *realidad* pueda tener una única estructura y significación sólo desde la perspectiva falsamente universalizadora de algún grupo dominante; tal vez sólo en la medida en que una persona o grupo pueda imponerse a la totalidad, percibirá la realidad gobernada por un conjunto fijo y definitivo de reglas, constituida por un grupo privilegiado de relaciones sociales y simbólicas o narrada por una única historia»[136].

Conviene repetir, a este respecto, que para las perspectivas *post-estructuralistas* (a veces denominadas indistintamente posmodernas) que se desarrollan a partir de la obra de Althusser, Foucault, Derrida, Lacan o Kristeva, con elementos diversos de marxismo y psicoanálisis[137], la realidad viene a ser siempre algo *heterogéneo* y *diferenciado,* no uniforme. Y «cuando una historia se presenta de forma unificada o totalizada es porque ha suprimido todo aquello que podría atentar contra su apariencia de unidad o plenitud», como ha escrito Silvia

Tubert[138]. «Pero, del mismo modo que lo reprimido en lo inconsciente, lo suprimido en la historia no pierde su poder de generar efectos. Recuperar lo reprimido permite que salgan a la luz las divisiones y contradicciones. El desconstruccionismo desea empujar el texto hasta los límites de su propia fuerza explicativa, puesto que entiende que *no hay un significado fuera del texto* sino que aquél se genera en su seno y obtiene su fuerza de las estrategias textuales y no de una supuesta capacidad para representar exactamente algún aspecto de la realidad externa.»

El humanismo modernista presuponía en cambio, en sus diversos tipos de discurso, una «esencia del individuo» que sería única, fija y coherente, y que le haría *ser lo que es*. Qué cosa sea esa esencia tiene que ver con el objeto mismo y la manera de su aproximación a él. O bien la razón universal del liberalismo político, o la naturaleza humana auténtica alienada por el capitalismo del marxismo, o –en este caso– la esencia de la feminidad, en el feminismo radical[139]. Las posturas antiesencialistas de las últimas décadas, sin embargo, «postulan una *subjetividad precaria, contradictoria y en proceso, que constantemente se reconstituye en el discurso, en tanto pensamos y hablamos*. El individuo siempre es la sede de formas problemáticas de subjetividad: como sujeto de una variedad de discursos conflictivos, el ser humano se encuentra a merced de sus contradicciones, lo que le supone un gran coste emocional»[140].

Al lado, por lo tanto, de aquel otro tipo de reflexión de pretensión holística, surgiría la pregunta –internamente crítica– sobre la *supuesta identidad común de las mujeres* más allá de la clase, la raza, la etnia o la sexualidad. La unidad, se había dicho desde una perspectiva antropológica, viene dada por los *significados* que dependen del *género:* «El lugar de la mujer en la vida social humana –escribe Michele Z. Rosaldo– no es producto, en sentido directo, de las cosas que hace, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta»[141]. Pero, entonces, ¿dónde estaría la igualdad *radical* de experiencias y acciones, no sólo en sociedades y culturas distintas, sino precisamente *dentro* de sociedades que son jerarquizadas, visiblemente, por la *desigualdad*?

Llegados a este punto, una cosa es preciso volver a recordar. Que, como se ha hecho notar repetidamente hasta aquí por su propio carácter como elemento heurístico, la noción de *género* no es sinónimo del concepto *mujer,* sino un instrumento para hacerse cargo de la *asignación cultural de roles basada en el sexo*. Como corresponde a su estructura bipolar, los estudios sobre *hombres* y *masculinidad* han venido después, de modo coherente con la metodología propuesta. Hay ya una larga lista de textos que citar[142].

* * * * *

Las aproximaciones antropológicas *al género* son, ante todo, una reconsideración de los análisis disponibles, una lectura *nueva* sobre la obra *escrita*. Realmente, la mayoría de los «clásicos» de la antropología, empezando por Malinowski, se habían *olvidado* de las mujeres al dar cuenta de las sociedades representadas, salvo excepciones como la de Claude Meillassoux que propuso analizar las sociedades conforme a un modelo de *comunidad doméstica*[143], basado en la explotación y la circulación de las mujeres. Junto al género, desde este ángulo que se ha dado en llamar *posmoderno,* se han convertido en objeto apreciado, especialmente en los Estados Unidos, al menos tres temáticas de tipo general, cruzadas entre sí: el *orientalismo,* la *reflexividad* y la *globalización*. Importa destacar el segundo de esos tópicos, la reflexividad, porque ha formado la parte principal de la tendencia subjetivista desde la década de los setenta[144], como hemos ido viendo, y porque sus lazos son muy fuertes con la antropología feminista y los estudios de género, cuya distinción interna, según Henrietta Moore, reside en que la primera trata «el estudio del género como un principio de la vida humana social», en tanto que la antropología de género se ocupa del «estudio de la identidad de género y de su construcción cultural»[145].

Otros matices y otras distinciones pueden establecerse, todavía. Pero de ahí proceden, atentos especialmente a las representaciones *visuales* del género tanto como al *lenguaje* que las sostiene y reproduce, estudios variados que, en sus mejores ejemplos, combinan en torno al eje central (el género) elementos de clase, de raza y/o de identidad, étnica o nacional[146]. Y periódicamente se ofrecen relecturas o enfoques renovados del mundo del trabajo femenino[147], de una manera tan espectacular que puede llegar a convertirse, este tipo de estudios, en central para la investigación histórica: «El estudio del género –escriben L. Frader y S. Rose– ha cambiado nuestra forma de analizar la historia de la clase trabajadora y ha vuelto a plantear el estudio de temas» que pasaban por clásicos en la historiografía laboral[148].

El perdedor relativo, por el momento, es el análisis del contexto *económico,* aunque no siempre. Sea como fuere, un lugar ampliamente aceptado en historia social es ya, de hecho, la *socialización del género,* la conciencia extendida de aquel proceso por el que una sociedad dada inculca a los niños y a las niñas *sus propios* y distintos patrones de conducta. A caballo con la historia de las mentalidades y la antropología, este modo difuso de enfocar los problemas permite una aproximación alternativa a posibles *maneras de entender el mundo,* proporcionando un componente de historia *sociocultural* en el que intervienen desde la religión hasta el poder político, pasando por la familia y la escuela, además de una más o menos compleja red asociacional[149]. La propuesta de análisis la resume, escueta y justamente, Gerda Lerner: «No sólo hemos de

observar cómo la desigualdad entre hombres y mujeres estaba elaborada en el lenguaje, el pensamiento y la filosofía de la civilización occidental, sino la manera en que el mismo género se convirtió en una metáfora que definía las relaciones de poder de tal forma que las mistificó y acabó por ocultarlas»[150]. Con herramientas nuevas, se han ido desvelando sin embargo.

Todo, prácticamente todo, queda inscrito en los marcos del género menos la causación biológica (como en cambio sí defiende, incluso en sus versiones más elegantes y sofisticadas, la *sociobiología*)[151]. Queda no obstante –o no ha hecho más que empezar– establecer la relación entre procesos de «socialización del género» y aquellos otros diversos factores que vienen a difundir patrones culturales de comportamiento. (Algo al respecto ha sido iniciado en el campo novísimo de la «ciencia de las emociones» o *emocionología*.)[152] Pero cualquier análisis resultaría distorsionado, o al menos se vería incompleto, si negáramos la preeminencia que las ciencias naturales han alcanzado a lo largo del siglo XX en la vida intelectual occidental.

Según ha ido calando la desconfianza en el progreso, se ha ido haciendo posible un tipo mixtilíneo de análisis que sitúa el deterioro ambiental, tanto como el poder creciente de la tecnología, en el centro de sus preocupaciones. Cualquiera de estos enfoques no son ajenos al papel de las mujeres en la historia, a su permanente subordinación en el plano quebrado de la intervención del ser humano sobre el entorno y su alarmante peligrosidad.

Todavía, y para concluir, haremos una mención elemental de los estudios que conectan *ciencia* y *mujer* o, más frecuentemente, *construcción científica de la identidad* femenina, con sus implicaciones sociales e ideológicas, así como *feminismo* y *ciencia*[153]. Utilizando el *género* como una lente para reconocer las atribuciones diferentes que las instituciones, las prácticas culturales, los patrones literarios o la producción científica y la medicina[154], entre otros «artefactos» *socioculturales,* imprimen a los individuos según sea el rol implícito en su sexo, la crítica feminista se introdujo, ya en la década de 1970, en el importante territorio de la *historia de la ciencia*[155]. Y en ella, obviamente, vino a destacar el papel, tan decisivo como engañoso, de la biología y la práctica médica[156]. *Las ciencias naturales,* de este modo y manera, no serían ajenas a la reproducción de la omnipresente ideología de género, sino que –todo lo contrario– habrían contribuido y aún seguirían haciéndolo en la actualidad a esa reproducción[157], casi siempre inconsciente pero muy eficaz.

Los estudios de género, desde esta perspectiva de desenmascaramiento primero, y de reconceptualización después, del discurso científico[158], contribuyen de manera importante a replantear el problema filosófico originario del *conocimiento*[159], y dan nueva fuerza a la reconsideración de las relaciones

establecidas entre el *sujeto cognoscente* y el objeto *del conocimiento científico*[160]. Helen Longino, por ejemplo, opina que la *objetividad* es una propiedad a la que la ciencia, como estructura colectiva, puede aspirar, pero no así el científico individual. Su propuesta es, en consecuencia, estudiar la ciencia no en sus contenidos sino en sus *prácticas*; como un *proceso*, y no como un producto[161].

Lo mismo que sucede, aun abstrayendo el género, en otras corrientes científico-sociales actuales, también aquí lo que se halla en el centro del estudio propuesto (lo que está en juego) es el individuo, el retorno de los supuestos filosóficos que inspiran las nociones de *subjetividad* e *individualidad*[162]. Pero aquí se procura, predominantemente, no caer en la trampa de reclamar identidades individuales *únicas e integradas,* sin zonas fragmentarias o contrapuestas –una de las ideas clásicas dominantes en el humanismo, claro es que machista, occidental–[163]. La perspectiva postestructural tiene, no obstante, sus inconvenientes, puesto que, al rechazar toda posibilidad de definir a la mujer en cuanto tal, y desconstruir los diferentes conceptos referidos a ella, introduce un «punto de vista nominalista, en tanto entiende que la categoría "mujer" no es más que una ficción que debe ser desmantelada». En este sentido, «parece ofrecer la promesa de una mayor libertad para las mujeres, el "libre juego" de una pluralidad de diferencias despojado de cualquier forma de identidad de género predeterminada», y ello puede entenderse como un tanto a favor. Mas, sin embargo, «esta posición crea serios problemas al feminismo, en tanto no es posible poner en marcha un movimiento político sólo con consignas negativas», y además, «si bien la negatividad es desconstructiva, se aplica también a nuestras propias respuestas y, al hacerlo, impide elaborar una concepción positiva que sea inmune a la desconstrucción»[164]. En términos como éstos queda, pues, planteada la situación[165].

Historia ecológica o ambiental

«¿Es la historia ecológica una nueva especialidad historiográfica con entidad propia e independencia?» –se pregunta Martínez Alier al presentar al lector español un repertorio amplio de temas, que hasta no hace mucho eran, sin duda, poco familiares[166]–. ¿O se trata, por el contrario, «sólo de dar una tonalidad verde de moda a la historia económico-social habitual»? Habría todavía una tercera opción –que a él mismo le complace–, la de «ampliar y modificar la historia económico-social, combinando dentro de una misma narrativa o explicación histórica los aspectos ecológicos con los económicos y sociales». Ésta es, posiblemente, la vía que en la historiografía española más se ha querido afianzar.

La *ecología* como ciencia nació a mediados del siglo XIX, cercana a la biología. Después se iría ligando a la etología, la geografía o la demografía, pero también a la agricultura y la ganadería. Un camino interdisciplinar, de evidente proyección práctica y aplicada, cuyo recorrido no resultaría fácil. Como recuerda Horacio Capel, «antes era preciso luchar contra la concepción bíblica de la naturaleza y crear lo que podríamos denominar una nueva *episteme*. La lucha contra el relato bíblico y la creación de nuevos marcos conceptuales fue laboriosa y duró casi dos siglos. Los datos empíricos no pudieron ser debidamente interpretados hasta que existió ese nuevo marco conceptual, ya que sólo se percibe lo que se puede interpretar desde marcos teóricos adecuados»[167]. Sólo en las décadas de 1960 y 1970, realmente, varió la sensibilidad occidental en el sentido de pensar en términos de sustentabilidad del desarrollo, poniendo en cuestión entonces algunos de los principios más agresivos del crecimiento económico sin cortapisas que caracteriza, y sigue inspirando, a los procesos de industrialización.

Hoy, la *ecología biológica* incorpora el análisis de los efectos de la acción humana sobre la biosfera, en tanto que «la historia de dicha acción –que es el mismo proceso de humanización de la tierra– forma parte de la historia de la ecología». Más específicamente aún, la ecología biológica se ocupa «de la historia de la conservación de la naturaleza y la degradación», proceso el primero de ellos en el que, a partir del siglo XIX, tendrá un papel determinante el flamante Estado[168]. «La historia del medio ambiente –escribía a su vez el modernista Bernard Vincent a mediados de los años setenta– es un asunto que viene de lejos. Para convencerse de ello, basta con abrir cualquier crónica o cualquier historia local algo antigua. Entre los hechos más frecuentemente señalados se hallará todo lo que puede tener influencia nefasta sobre la cosecha siguiente: incidentes climáticos, hambres, guerras... En suma, todo lo que a mayor o menor escala amenaza el medio ambiente»[169]. Lo cierto es, sin embargo, que dicha sensibilidad historiográfica –como la propiamente científica y ecológica, de base naturalista, que debía sustentarla– no caló en España realmente hasta hace muy poco.

A principios del siglo XXI, la aproximación historiográfica que analiza y contiene esos elementos ha vuelto a proponerse como fundamental, y en algunos lugares –como es el caso de América Latina– aglutina una parte esencial de las propuestas nuevas, no ignorantes tampoco del *giro textual*[170]. La historia *ecológica* (o «ambiental») tiene mucho que ver, en su definición estricta, con el aumento de la sensibilidad pesimista frente a los riesgos de la civilización actual[171], aunque hunde sus raíces de los experimentos anteriores que acercaron la historia a otras ciencias sociales como la geografía y la economía, y también, desde luego, la sociología.

De todo ello se derivaría la aparición de un concepto nuevo, el de *medio ambiente* («environment», «Umwelt») a caballo entre la ciencia experimental y las humanidades[172]. Dentro de los *enfoques económicos* que lo informan, vienen siendo especialmente activos los que se denominan «escuela de Economía ambiental» y «escuela de los Recursos naturales». Este último responde al hecho novedoso de que «por primera vez en la historia de nuestra cultura, el agua de los ríos y de los lagos, el bosque y la floresta se convierten en los protagonistas de los acontecimientos, en el centro de la investigación». Se ha conseguido así «un desplazamiento de la observación historiográfica» que, naturalmente, no puede permanecer «exento de consecuencias en el plano conceptual y cultural». De manera que «todo aquello que las ciencias económicas y en buena parte también la historia económica habían considerado como bien y mercancía, como un dato existente indiscutido, gratuitamente concedido por la Naturaleza generosa y benigna, se vuelve a revisar con una atención que corrige profundamente la actitud de abstracción con la que se ha considerado hasta hoy»[173].

La denominada *antropología ecológica*[174], por su parte, ha desarrollado por ejemplo el concepto de *contenido energético de las actividades productivas* o ha ido tomando préstamos de la ecología biológica, como es el estudio de las interrelaciones entre los organismos vivientes y sus entornos, físico y biótico. En la variante denominada *ecología humana,* la cultura es a su vez considerada «como un sistema de adaptación que capacita a los humanos para adecuarse a su entorno, prestándose especial atención a aspectos tan aparentemente no materiales de la cultura como los ciclos rituales, a los que se concede un importante papel en la adaptación cultural»[175].

El *marxismo,* en fin, tampoco ha sido ajeno a esta conformación plural y variada, siempre deliberadamente radical. Un conservador estadounidense, Oscar Handlin, se permitía ironizar a propósito de aquel colega que en la fecha de 1977 consideraba la ecología como un modo de insuflar a la historia aliento *político* y «función social»[176]. El marxista Marshall Berman, por su parte, nos recuerda en cambio que «uno de los temas centrales del modernismo de los años setenta fue la idea ecológica del reciclaje: encontrar nuevos significados y posibilidades de las viejas cosas y formas de vida»[177]. En relación con esto, es frecuente encontrar alusiones a las dificultades (políticas, sociales y económicas, cuando no directamente *institucionales*) que, muchas veces, deben soportar quienes se arriesgan a acercarse a la *ecohistoria,* especialmente en países en los que la tremenda pobreza reinante hace más grave aún, y más insuperable, la corrupción.

Pero ¿qué tienen en común, en realidad, planteamientos diversos de la vida material como los anteriores, en su traslado a la historiografía? Prácticamente todos los historiadores «medioambientales» comienzan por expresar su toma de

postura *activa* y militante ante la cuestión básica de los recursos del planeta, independientemente de cuál pueda ser su posición teórica y de las variadas decisiones, respecto a métodos y respecto a objetos de investigación, que hayan llegado a adoptar. En cierto modo, el único punto que suelen ostentar en común entre sí los autores es, por lo general, una conciencia clara del dualismo pesimista filosófico centrado en el binomio *hombre/naturaleza*; un pesimismo que con el propio esfuerzo de la investigación –y merced a su influencia práctica, es decir, *política*– se trata esforzadamente de trascender y *superar*.

A partir de ahí, y recogiendo propuestas de la *historia del clima* y el análisis del *tiempo*, con la historia *agraria* y el estudio del *paisaje* (la *arqueología agraria* y la *geografía histórica*) y, finalmente, aspectos varios de los efectos socioeconómicos y culturales de la *industrialización,* la que se conoce como «Environmental History» se ha trasladado desde Estados Unidos hacia Europa[178], donde prácticamente en todos los países ha ido reuniendo un grupo –si no siempre muy amplio, sí por lo general activo– de participación[179].

Los bosques y la deforestación, las diferentes coberturas del suelo (y los usos que de ellas hacen las poblaciones que lo habitan), la pesca y sus recursos limitados, se han convertido en esta perspectiva en un objeto de búsqueda historiográfica que es, a un tiempo, *físico* y *social*[180]. Y enlaza desde ahí con los estudios (ya sean precedentes o coetáneos, ya vengan de la influencia de los *Annales* o no) sobre la enfermedad y las hambrunas, las pestes y las aguas, la tecnología y sus usos diversos, pero también por ejemplo la reproducción. La geografía, así como la historia de la medicina y de las ciencias, además de la filosofía de la naturaleza y ciertos tipos y enfoques de la antropología (y por supuesto, de la ciencia económica en general), constituyen sus referentes esenciales[181]. Joachim Radkau, debido a este carácter mixto y a esta diversidad, insiste en que «no tendría sentido querer concebir la historia del medio ambiente como una unidad *temática*»[182].

Derivada a su vez de la historia social, la *historia antropométrica,* como expone John Komlos, parte de recoger datos poblacionales sobre la estatura: «Cabe pensar que la estatura media que se alcanza a una determinada edad o la estatura media adulta que alcanza la población es un indicador histórico de la experiencia nutritiva de los individuos que componen esa población. Este tipo de razonamiento se basa en investigaciones médicas, que han demostrado sin lugar a dudas que la ingesta nutritiva acumulada de una población influye poderosamente en su estatura media y que el entorno epidemiológico también desempeña un papel importante. Por lo tanto, la estatura física puede utilizarse como un indicador de cómo se desarrolla el organismo humano en su entorno socioeconómico. Concretamente, la situación nutritiva –y por lo tanto la

estatura– está relacionada con el consumo de alimentos y, por ende, con la renta familiar real y los salarios y los precios, y por lo tanto con el nivel de vida concebido en términos generales. Por consiguiente, podemos utilizar la estatura como un indicador aproximado de estas variables económicas»[183]. Como recuerda Martínez Carrión, «aunque la estatura es un indicador relativamente nuevo en la historiografía, tiene casi dos siglos de historia académica y científica desde que Villermé y Quetelet llamaron su atención»[184]. Utilizados en efecto por antropólogos y pediatras, por historiadores de la economía y también historiadores de la sociedad, el peso y la estatura emplean tiempo como indicador de la calidad de vida y el bienestar biológico[185]. Incorporados sus recursos a esta otra nueva perspectiva de la que estamos hablando, hoy forma también parte de la *historia ambiental*.

* * * * *

La sensibilidad ecológica actual conecta extensamente con la reformulación que se halla en curso acerca de las tareas del historiador[186], un asunto que planteado *al modo clásico* (bien sea según la fórmula marxista o la liberal, ya trufado de las instrucciones presentistas de los *Annales* o liberado de ellas) parece insuficiente: «Los historiadores tenemos que ser capaces –se ha escrito no hace mucho– de formular una historia aplicada al futuro que tenga en cuenta y reconozca los problemas del presente. Construida para las necesidades de la sociedad actual y capaz de atender y contribuir a conjurar los problemas de la sociedad futura». Algunos de éstos son quizá viejos, «por mucho que tengan nuevas formas de manifestarse, como el hambre (en cuanto forma extrema de desigualdad) y la guerra (como forma de solución de conflictos)». Otros en cambio son relativamente nuevos, y «pueden preverse en relación con los riesgos que caracterizan el presente». Entre estos últimos se destacan dos: «la necesidad de arrostrar históricamente los conflictos derivados de la mundialización cultural y la crisis ecológica, radicalmente nueva en su manifestación planetaria»[187].

Relacional y transfronteriza, esa otra *nueva* historia en curso ha venido de paso a refrescar la historia de los *movimientos campesinos* y la protesta política y social en el campo, un capítulo al que han dado nuevo impulso, entre nosotros, autores como J. Martínez Alier, F. Cobo, M. González de Molina, E. Sevilla Guzmán y J. A. González Alcantud[188], y en general ha contribuido activamente a reordenar el campo teórico y empírico de la *historia agraria*[189], abriéndose al esfuerzo por construir una especialidad denominada *agroecología histórica*[190]. Concebida con una mecánica de *articulación relacional* entre hallazgos procedentes de las ciencias sociales y las ciencias naturales, y siempre con la historia en el centro a modo de vertebrador, la *historia ecológica* se ocupa tanto de «la dinámica evolutiva de los ecosistemas, y su influencia sobre el

desarrollo de las sociedades», como de «las distintas modalidades de organización productiva de las sociedades, en la medida en que han traído consigo un trato específico de la Naturaleza». En un tercer lugar, esa subdisciplina se interesa también por «las ideas y percepciones que orientaron las relaciones humanas» con aquélla[191].

Hay sin embargo riesgos, a los que parece enfrentarse la historia ecológica en la actualidad. González de Molina y Martínez Alier encuentran los siguientes: ante todo, «el riesgo de considerarla [exclusivamente] como una *historia de los recursos naturales,* tratando de analizar principalmente los condicionamientos ambientales a la actividad humana y cómo el hombre ha ido respondiendo tecnológicamente a la escasez de los recursos naturales». Otro es el riesgo de «confundir la historia de los seres humanos con una historia natural, ya sea por la creencia en la determinación físico-biológica de las sociedades, ya por la consideración del hombre como un animal más»; y el tercero, por último, consiste en «entender la historia ecológica únicamente en términos de flujos de energía».

Entre los temas nuevos que introduce en el repertorio historiográfico, no hay duda de que algunos como el del *agua*[192], o el de la *contaminación atmosférica,* resultan de interés primordial: «La historia ecológico-social conoce numerosos episodios de luchas populares contra el dióxido de azufre producido por instalaciones industriales, como por ejemplo fundaciones de cobre, desde Río Tinto en Andalucía hasta la Oroya en Perú, y en Alemania hay una nueva historiografía sobre la *lluvia ácida* desde el siglo pasado, que recoge la polémica sobre las normas de emisión de azufre por metro cúbico de aire y la polémica sobre las dimensiones de las chimeneas. En la nueva historia ecológica, los humos de la industria no se ven como símbolos de progreso, sino como señales claras de diversas contaminaciones que las chimeneas disimulan y esparcen más lejos»[193]. A su vez, como recoge Piero Bevilacqua, «la historia de las contaminaciones provocadas sobre los elementos naturales esenciales (aire, agua, tierra), tiende progresivamente a abarcar aspectos de la realidad *urbana* (el trabajo, la higiene pública, la pavimentación de las calles, etc.), de modo que amplía una vez más el cuadro de los temas propios de la historia social»[194], que a partir de ese enfoque vendrán a ser entendidos, desde el punto de vista material, como *historia del lugar*, inscritos en un marco concreto, no demasiado amplio. Luego, aparentemente, historia *local* y, quizá, *microhistoria*.

A muchos de los cultivadores actuales de la historia *ambiental* –entendida como «un cambio radical de enfoque»–, posiblemente más que incorporarse una nueva etiqueta o formar parte de un nicho de novedad, les preocupe a estas alturas «encontrar –como dice A. Sabio– nuevas herramientas para comprender la interacción entre naturaleza, economía y cultura, y para reorientar desde un

punto de vista ambiental algunas interpretaciones hasta hoy sólidamente asentadas»[195]. Lejos de convertirse en una nueva parcela entonces, más que una nueva especialización que sumar al resto de las categorías subalternas en que en su día se vio obligada a fragmentarse la imponente *historia social*, están convencidos de que «la historia ecológica no debería existir más que como un proyecto distinto y nuevo de comprender la historia, cuyo sentido y razón de ser desapareciera cuando los motivos de su surgimiento hubieran sido asumidos por la comunidad de los historiadores»[196].

Microhistoria e historia local

Biología y física en las ciencias naturales, lo mismo que sociología y economía en las sociales, hace décadas que albergan disputas de enfoque y de metodología que enfrentan lo *micro* con lo *macro*[197]. Dos perspectivas, en principio alternantes, para llevar a cabo la investigación, cuyas ventajas e inconvenientes se oponen y contrastan de continuo: el uso de *estadísticas* contra el de *encuestas monográficas;* el estudio de *agregados* o bien, por el contrario, el de *individuos;* el análisis de *estructuras* o el de *situaciones*... A veces, los debates han dado lugar a fórmulas de combinación entre ambos procedimientos: «Todo lo que es importante es macro-económico; lo que es fundamental es micro-económico», dijo el economista Serge-Christophe Kolm.

Nada puede extrañarnos por tanto que la historiografía, influida por alguno de esos debates básicos, y siempre pendiente de la exacta localización de su objeto preciso (entre *lo general* y *lo particular*), haya acusado esa misma tensión[198]. Se haría visible una vez que la hubo hecho explícita la antropología, y cuando en sociología se afirmó a su vez la tendencia *cualitativa* que, preferentemente, se inclinaría por el uso de los enfoques micro[199]. No se trata en principio sin embargo, como a veces se piensa, de aplicar a unos asuntos la pequeña escala *(macrohistoria)* y a otros, en cambio, escalas ampliadas al máximo *(microhistoria),* de manera que la nación o la comunidad debieran enfocarse de distinto modo que los individuos y los grupos. Sino que, como Maurizio Gribaudi insiste en resaltar[200], ambos procedimientos implican y contienen «justificaciones empíricas y retóricas diferentes». Me empeñaré ahora en hacerlas notar.

En tanto que la aproximación *macroanalítica,* fundada en un modelo implícito de jerarquías causales, se entrega a «reconstruir las lógicas que ligan a los actores individuales a los diferentes fenómenos macro-estructurales que previamente han sido individualizados», la aproximación *microanalítica*, por el contrario, *«integra el concepto de causalidad en los mecanismos interactivos»,* dejando a un lado realmente el problema de la escala, desprendiéndose de él, y esgrimiendo ante todo una distinta *retórica demostrativa.*

En resumidas cuentas, la primera de las dos estrategias es *deductiva,* y «especifica sus pruebas a partir de un modelo global»; la segunda, en cambio, es predominantemente *inductiva,* de manera que *«individualiza los mecanismos y los generaliza a través de las fuentes»*. Si en la aproximación macro, como dice Gribaudi, «los datos empíricos introducidos en el modelo tienen una función que es esencialmente de ilustración, a través de una serie de operaciones retóricas y/o estadísticas de tipologización», en la aproximación micro la retórica es de tipo *generativo,* de modo que «los datos empíricos constituyen el material bruto que debe permitirnos individualizar mecanismos y funcionamientos sociales que trascienden el objeto y las categorías historiográficas que lo informan».

Desde esta perspectiva, el enfoque micro no sólo aparece como «más elegante en su argumentación retórica, sino también mejor fundado lógicamente». El macro subordina la empiria a la estructura rígida de los modelos construidos *a priori,* «con categorías normativas situadas en el mismo plano que los fenómenos estudiados y [que vienen] constituidas simultáneamente como elementos de *observación* y de *explicación*». En la proyección micro, sin embargo, «la utilización de los datos empíricos parece justificada en la medida en que permiten explicitar no sólo las categorías y las representaciones sociales, sino también sus utilizaciones contextuales, los diferentes grados de adhesión que van hallando a lo largo del tiempo».

Es asimismo su diferente concepción del *tiempo* la que trasciende más inmediatamente a la confección del texto, de manera que «postulando que no existe distancia entre categoría y fenómeno, entre forma y contenido, los procesos históricos son concebidos por los enfoques "macro" en términos de leyes inmanentes al plano de la evolución formal», siendo que en los «micro» predomina, en cambio, la historicidad. Independientemente de su grado de refinamiento, aquéllos son «sustancialmente deterministas y evolucionistas», en tanto que estos otros –al subrayar la ruptura existente entre forma y contenido– «insisten al contrario sobre la dimensión de la *incertidumbre,* de la *posibilidad*». En resumen, en éstos «la continuidad histórica solo sería legible *a posteriori,* pero nunca revelaría sus leyes», no podría. Antes bien, «ocultaría sus contingencias sucesivas tras la pantalla de los modelos proyectados».

Gribaudi no esconde su preferencia por los enfoques "micro", a los que concede mayor solidez: «Si consideramos la dimensión puramente retórica de las demostraciones, [la aproximación macro] me parece a la vez menos elegante y menos justificada. La función de ilustración que tienen los datos empíricos (tanto cuantitativos como cualitativos) no se halla asegurada, en aquel supuesto, más que merced a una reducción drástica de su complejidad, mediante la traducción de sus contenidos nominativos y contextuales a los de las categorías puestas en

juego. La prueba empírica es, en este caso, más que débil». En cambio, y a su juicio, «la retórica del segundo enfoque autoriza la prueba empírica», porque «lejos de rechazar la diversidad de los comportamientos observados, asume su variación y dispersión, elaborando sus categorías a partir de estas últimas».

De esta manera, sería sobre todo «al nivel de la construcción lógica» donde se hiciera «posible y necesario jerarquizar los enfoques», descartando la nueva elección casual o arbitraria. La propuesta de elección de Gribaudi se argumenta así: «Constituyendo sus pruebas y generalizándolas a partir de un modelo, el enfoque macro-sociológico reifica de hecho las categorías que constituyen su objeto. El concepto de norma, los tipos a través de los cuales diferencia y clasifica el material empírico son, al mismo tiempo, producto y justificación de estas mismas categorías. Se sigue de ahí un corto circuito lógico que hace prisionero al historiador de las representaciones, que gravitan no solamente sobre el objeto, sino también sobre los instrumentos metodológicos utilizados». En cambio, más adecuadamente a nuestro oficio, el enfoque micro *constituye sus categorías a lo largo del curso del análisis:* «Éstas se fundamentan a partir de la propia variabilidad de los datos empíricos, y la asumen plenamente», alejándose críticamente «de las categorías que informan el objeto sin dejar de dar cuenta de los valores y de los contenidos que éstas recubren en momentos y en contextos diferentes».

Un giro perceptible a éste, en el modo de abordar la relación entre tiempo y espacio los historiadores, en paralelo a cambios en la reciente sociología histórica[201], fue propiciado a fines de la década de 1970 por ciertos autores italianos, en dirección al rescate de la *medida humana*. A su esfuerzo se le llamó comúnmente *microhistoria*, aunque puede incluirse también en ese esfuerzo la historia de la denominada *vida cotidana*[202] que a veces se solapa con aquélla[203], entendiendo por tal una aproximación sociohistórica interesada sólo en las capas populares y en su expresividad cultural específica, su cohesión interna y sus redes, así como en sus episodios y formas de conflictividad[204]. Vista en su conjunto, pasa a ser *microhistoria*[205], igualmente, el puñado de enfoques que, partiendo de la importancia del *nombre* (y tras de él, del *signo*), incorpora influencias filosóficas que van, o pueden ir, desde Charles S. Peirce a Roland Barthes[206], y que reconstruye el tejido de la *historicidad* y la *experiencia,* en tanto que rescata a los sujetos *concretos*, individualizados, del proceso histórico, buscando perseguir sus movimientos en el juego social.

Dio así cabida esta formulación, en la trayectoria historiográfica italiana, a la realización de un tipo de *«historia social de la cultura»* que exhibe decidida su impostación postestructural y que para ello muestra una clara voluntad *relacional,* un tipo de estrategias que hasta aquel momento no había tenido

posibilidad real de asentarse institucionalmente en Italia. *Il formaggio e i vermi* (1976), de Carlo Ginzburg, constituye un texto central de esta corriente[207], seguramente aún el libro más popular[208].

Pero la corriente misma que llamamos microhistoria dista mucho de ser uniforme y tiene a gala en cambio exhibir la variedad y libertad con que sus componentes practican el oficio. Quienes han intentado establecer los rasgos de una presunta «escuela» de microhistoriadores tuvieron que resignarse, a falta de otros elementos, a resaltar su denominador común: la ampliación de escala. Enmarcable *El queso y los gusanos* en el capítulo de la *biografía* (en este caso el relato de vida de un hombre del pueblo, un molinero), tanto como en el de la *historia de las ideas* y *de la lectura* (cómo circulan las ideas en la práctica, y cuáles pueden ser las formas socioculturales de recepción de lo leído), además de en una posible *historia social del poder de la Iglesia,* aquella hermosa obra ofrecida por Carlo Ginzburg a mediados de los años setenta chocaba claramente con las pautas que dominaban en la historiografía de su época. A pesar de ello, o quizá por eso mismo, iba a ser un texto muy difundido y comentado, que arrastraría la edición de otros ensayos –propios o ajenos– de parecida técnica e intención similar.

Con independencia del éxito de público al que contribuyó un lanzamiento editorial afortunado –que patentó el plural, *Microstorie,* para una colección de monografías en la editorial Einaudi–, había quien consideraba «microhistoria»[209] al conjunto disperso de *pequeños* estudios *regionales,* de monografías sobre ámbitos reducidos y *locales* que, aplicando todavía pautas metodológicas *sociocientíficas* de aspiración holística (o, pretendidamente, de *historia total*) tendrían por objeto asuntos amplios, de abiertas coordenadas, aunque ceñidos a un espacio *abarcable*.

El marco reducido en que el estudio podría llevarse a cabo vendría así a *confirmar la validez de la hipótesis* global: «No se puede negar –aceptaba a regañadientes Barraclough a finales de los años setenta– que hay un estadio en el cual la «microhistoria» *(sic),* ejercida consciente e inteligentemente, tiene más que aportar que las grandes generalizaciones construidas sobre bases débiles». Pero aún así corrige: «Incluso los defensores más convencidos de la aproximación "microhistórica", son conscientes de que no nos basta con ella, y que sin una estructura «macrohistórica», los fenómenos "microhistóricos" no pueden encajar en un universo de discusión significativo»[210]. Sólo para servir a un horizonte amplio, por lo tanto, le sería lícito al historiador establecer una *limitación espacial*. Su principal virtud, por el contrario, residiría en «el desafío implícito que es capaz de lanzar a simplificaciones demasiado simplistas»[211]. En cuanto a tal virtud existe, desde luego, casi un completo acuerdo.

Edoardo Grendi, uno de los primeros microhistoriadores que se presentaría a sí mismo como tal, ratificaba a mediados de los años noventa la «*comunidad de estilo*» existente entre todos cuantos practicaban (o habían practicado) microhistoria en su propio país, Italia. Entendían la práctica de la historia tales autores –decía Grendi– con una fuerte exigencia teórica, «preocupada esencialmente de resultados analíticos», y opuesta, por lo tanto, «a una concepción retórica de la profesión como la que existía entonces en Italia, un país durante mucho tiempo sometido al reinado de ideologías ligadas a la esencia del idealismo y a un dualismo político fuertemente arraigado, que mostraba evidente inclinación por la historia-síntesis»[212]. Es con ésta, en principio, con la que los autodenominados «microhistoriadores» tratarían de romper.

Lo que propone Grendi al presentarse como «*microstorico*» e incorporarse la *microstoria* como proyecto de ampliación de escala, es algo muy distinto al horizonte unificador que trataba, hasta entonces, de *explicar* las evoluciones seculares de las sociedades humanas, incluidas las del presente. Pero sus puntos de contacto con otros historiadores que, a su vez, pretenden trascender ese mismo marco –añade el propio Grendi– apenas permiten considerar que forman entre sí una escuela.

Abocados a aceptar la pluralidad de temas y de estilos existente, queriendo escapar de la «lógica esencialista» imperante en la historiografía y de sus categorías estereotipadas (el Estado, el mercado, la estratificación social, la familia)[213], los historiadores italianos que se inclinan por el análisis de *las relaciones interpersonales como el verdadero objeto del análisis historiográfico,* se verán inclinados, comprensiblemente, a una elección de referentes foráneos, bien tomados de la escuela francesa[214] (de la que sin embargo se emanciparán pronto), o bien de la historia *sociocultural* inglesa al modo de E. P. Thompson, cuyo concepto de *experiencia* matizan a su vez. Pero también recurren (y progresivamente ensancharán sus pistas) a las mecánicas de aplicación de la *sociología relacional* norteamericana.

Los microhistoriadores italianos (Ginzburg, Poni, Ramella o Levi) sienten predilección, como también la mayor parte de la «tercera generación» de *Annales*, por la extensa gama de posibilidades ofrecida por la antropología social y cultural. De ella toman sus tópicos, sus *loci clasici,* que vienen a su vez a iluminar con distintos enfoques teóricos, como el psicoanálisis y ciertas derivaciones de la lingüística.

Lo mismo que hace el antropólogo, el microhistoriador escoge grupos pequeños de seres humanos, no demasiado estructurados, e incluso se permite la licencia (si es que las fuentes le consienten hacerlo) de *mirar* hacia un solo individuo, uno en particular. «Ampliar hacia abajo la noción histórica de individuo», como propuso

Ginzburg, no llevaría a adoptar estrategias del individualismo metodológico, y a resignarse en ellas, sino a mostrar de una forma rotunda una preocupación *indistinta,* absoluta, por marginados y por excluidos, por los oscurecidos habitantes de un pasado vastísimo que trabajosamente habría que explorar. Lograr hallarlos y reconstruir sus pasos, devolver a la luz su *existencia,* hacerles de nuevo *hablar,* sería la tarea de los historiadores en la propuesta neohistoricista de Carlo Ginzburg[215].

Historia *desde abajo,* por lo tanto, e historia que reconstruye *lo vivido*. Un tipo de discurso experiencial que sitúa en su centro un «punto de vista societal» –que reconoce el primado de las *relaciones interpersonales*–, para algunos el único modo útil de abordar el estudio de la *historia local*[216] mediante un vaciado extenso de las fuentes disponibles, un trabajo sistemático en distintas direcciones a partir de ingentes cantidades de información y la compulsa de datos en apariencia ajenos o colaterales al asunto buscado... Todo un ensanchamiento del concepto de *historia cultural,* en unos casos, y siempre una reformulación profunda de la *historia social,* aunque la «linea divisoria entre ambas siguiera siendo huidiza e imprecisa»[217].

Prácticamente siempre, como es fácil de ver, los temas elegidos remiten a *elecciones racionales* de los individuos en un contexto caracterizado por la *incertidumbre* y por aquellas *coacciones* que dependen especialmente de la desigual distribución de sus capacidades y de las *posibilidades individuales de acceso a la información*. De ahí nace el interés por fuentes muy diversas, acaso despreciadas por los historiadores anteriormente; de ahí el esfuerzo por una renovación constante del repertorio de dichas fuentes y por concederles un trato cuidadoso, una sofisticada manipulación[218]. Con una escala de medición flexible (individuo, familia, grupo), que no viene predeterminada ni es excluyente[219], escogida en principio por ser la «única dirección experimental posible que podía tomarse» en los años setenta (según aclara Levi) frente al dominio de la interpretación macrocontextual (y a pesar del ascendente marxista que los primeros microhistoriadores exhibían)[220], los *microstorici* –creando cierto escándalo– invirtieron de golpe su horizonte epistémico. Volvieron de la explicación a la *comprensión,* abandonando el reciente interés por aquélla, y le dieron la vuelta al horizonte filosófico del discurso historiográfico, previo contacto con las preocupaciones científico-sociales que venían inspirando en esa década otras renovaciones teóricas emergentes. Pero ante todo, en primera instancia, insistieron en el carácter decidida y voluntariamente *experimental* que tenía su propuesta, por lo que apostaron por incorporar a la *narración* misma las insuficiencias *conscientes* de la investigación, los resultados *incompletos* o parciales, y hasta los *obstáculos* hallados en el curso de su trabajo[221].

Acierta Marc Abélès cuando, refiriéndose principalmente a Francia, apunta que el debate existente a propósito de la escala desde, al menos, la década de 1980 «es el fruto de una doble insatisfacción». A saber: «Por una parte, refleja voluntad de rigor en aquellos a los que los discursos de la antropología estructural y la "nueva historia" dejaban insatisfechos respecto a sus fundamentos conceptuales», y de otra «expresa propensión a liberarse del corsé estructuralista para desarrollar una práctica más literal y más literaria, a la vez, de la historia y de la etnología». Añade Abélès que implica un foro de contrastes, mas no una solución, puesto que «por muy enfrentadas que se encuentren, la orientación racionalista y universalista y la orientación interpretativa y relativista tienen sintomáticamente dificultades para pensar los procesos sociales y culturales, siendo las dos conscientes de las implicaciones epistemológicas» de la práctica científica de la historiografía, cualquiera que ésta sea. Podría ser, concluye, que a comienzos de los años noventa se hubiera entrado ya en una etapa de reflexión crítica que pudiera abocar, superando el conflicto, a una «tercera vía»[222]. La microhistoria irrumpe, en este cruce, como una alternativa de consenso.

* * * * *

Creo que pasó ya el tiempo en que, como escribía Nuria Sales a finales de los años ochenta, el término de *historia local* se refería todavía más a la personalidad del autor, a sus modos y prácticas, que al marco geográfico de una obra determinada: «*Historia local* implicava que el seu autor fos un *erudit local* més o menys autodidacte i que –de preferència– no s'hagués mogut gaire del seu poble o vila»[223]. En aquellas mismas fechas, Pedro Ruiz Torres dudaba aún de la posibilidad de extraer conclusiones de *interés* general de buena parte de la historia local que se había realizado o estaba realizándose en España por aquellos momentos. Lo cual no quería decir, como subraya, que deseara hacer de aquélla «el campo de comprobación de las hipótesis generales». No se trataría, pues, de «confirmar con ejemplos las afirmaciones de tipo general»[224], pero sí seguramente de partir de ellas.

La obsesión por la comprensión del *entorno inmediato* precede y a la vez acompaña a los procesos de mundialización. Una necesidad práctica viene a imponer así la creciente preocupación por entender el proceso histórico viéndolo desde una escala ampliada: «Pel que fa a [la dimensió] de l'ensenyament –escribía J. Fontana a mediados de los años ochenta–, sembla clar que explicar la història parlant només dels grans corrents universals, sense cap terme de referència més proper, serveix de poc per entendre allò que ens volta»[225]. Ésa es la misma razón que aduce Julián Casanova para explicar, por su parte, el auge de «la historia local y la investigación microhistórica» en general[226]. Pero también, como consideró C. Violante que sucedía en Italia, entraban seguramente

en ese auge elementos coyunturales de tipo *político,* tanto a pequeña como a gran escala: desde los procesos de democratización municipal y de mejora de las administraciones locales hasta las nuevas formas de representación política nacional-estatal[227].

Estos aspectos, de obvio carácter contextual, acompañarían en su propio desarrollo la lógica concreta de la investigación científica, la cual consiste –según Bourdieu– en «un engranaje de dificultades mayores o menores que condenan a preguntarse a cada momento acerca de lo que se hace, y que permiten saber cada vez mejor lo que se busca, proporcionando esbozos de respuesta que traen consigo nuevas preguntas, más fundamentales y más explícitas»[228]. En los años en que la historia local se expande y desarrolla, el relajamiento del imperativo holístico estaría directamente relacionado con la aparición de una nueva sensibilidad para atender al estudio de la «experiencia vivida». Experiencia que vendría a ser analizada, al contrario de lo que había sucedido en la época anterior, como *irrepetible* y *única, aunque* no *irreductible* sin embargo (pues sería, en cualquier caso, un hecho susceptible de generalización y de comparación)[229]. Y experiencia, además, que haría del *cuerpo* humano y del *individuo* un lugar central en los modos corrientes de interpretación.

David Harvey señala que el de «la *globalización* es el más general de todos los discursos que tenemos a nuestra disposición, mientras que el del *cuerpo* es seguramente el más «micro» desde el punto de vista de la comprensión del funcionamiento de la sociedad», y sin embargo –operando como «operan en extremos opuestos del espectro en la escala que podríamos utilizar para comprender la vida política y económica»–, se da la circunstancia de que «se han hecho muy pocos intentos realmente sistemáticos por integrar la "conversación sobre el cuerpo" con la "conversación sobre la globalización"»[230]. Y ambos seguramente afectan a este asunto de «lo local» que aquí estamos considerando.

Giddens ha escrito, por su parte, que «en condiciones de modernidad tardía, vivimos "en el mundo" en un sentido distinto a como se hacía en épocas anteriores de la historia». Todos seguimos llevando una vida local, y las exigencias que impone nuestra condición biológica hacen que «todo individuo se halle en cualquier momento contextualmente situado en el tiempo y en el espacio», forzosamente. Sin embargo, «las transformaciones del lugar y la intervención de la distancia en las actividades locales, junto con la importancia fundamental de la *experiencia* mediada, cambian radicalmente lo que es, en realidad, *"el mundo"*. Esto es así tanto en el plano del "mundo fenoménico" del individuo como en el universo general de actividad social en cuyo seno se realiza la vida social colectiva», de manera que, lo queramos o no, «aunque todos

llevamos una vida local, los mundos fenoménicos son en su mayoría verdaderamente mundiales»[231].

La *experiencia vivida* quedaría así enmarcada en un encuadre cuyas virtualidades específicas aparecerían, como es forzoso, dadas por un contexto limitado de posibilidad[232]. Y a su vez, ella misma contiene el futuro posible: «La experiencia –había escrito Jaspers– no es simplemente una concatenación de experiencias ni el recuerdo de lo que no se ha olvidado todavía, sino que, por el contrario, lo que precede determina lo que viene después; el porvenir está ligado a lo que ha sido realizado, apropiado o decidido en el pasado. A su vez, lo que viene después confirma lo que le ha precedido, en la medida en que el pasado se trazó pensando en un porvenir que tampoco le permite llevar cualquier tipo de vida. No hay existencia en la cual la conciencia del pasado que él mismo es, no impulse al hombre a tomar en el presente decisiones determinadas por el futuro»[233]. Son, por lo tanto, elementos de esta índole los que conforman una parte importante de la nueva historiografía.

En cuanto al marco extenso en el que tales planteamientos se acomodan, tal elección comporta necesariamente la preferencia por lo «cualitativo», teórica y metodológicamente hablando, y apenas es preciso insistir en ello. Sin que se dé del todo un abandono paralelo de la medición y de la cantidad en la historiografía «micro», es evidente que estas cualidades han quedado sensiblemente disminuidas o incluso del todo relegadas en beneficio de búsqueda de la *profundidad* psicológica (Freud y el psicoanálisis) y a favor de los *significados,* cuando no resultan desaparecidas o ausentes del ejercicio colectivo sobre el «recuerdo» y la «memoria» que se practica[234].

Maurizio Gribaudi enfoca estas cuestiones desde la búsqueda del *cambio en las configuraciones históricas* (cómo, en cada momento, éstas evolucionan «abriendo o cerrando futuros posibles»)[235]. En última instancia, «la cuestión que separa o distingue» la historia local del resto de la historia, nos advierte Kevin Schurer, «no tiene nada que ver con el lugar, no tiene nada que ver con la geografía y no tiene nada que ver con el tema que se estudia. Si hay que hacer una distinción entre las dos, el elemento más significativo es el *marco conceptual* dentro del que se hace el estudio. Es en esta línea, por tanto, en la que hay que profundizar e investigar»[236].

Muchos elementos convergen, pues, en esta serie de caracterizaciones analíticas o notas distintivas a propósito de *lo local* que le otorgan, casi obligadamente, un horizonte ambiguo. Nos arriesgamos así a adoptar la definición de la *historia local* de Fulvio de Giorgi, mucho menos imprecisa que otras, si bien puede no coincidir con la idea que algunos puedan tener respecto al particular: «Una historia se define como *local* no en referencia a un espacio objetivo y delimitado»,

escribe de Giorgi, sino «por una relación de significatividad histórica, y tal relación puede ser de dos tipos: o la polaridad dialéctica *local/general* o la articulación dimensional inferior en un modelo heurístico de "n-" dimensiones». Dicho de otra manera, «una historia se define como local o en relación a una historia general (usual, pero no solamente, nacional) o bien en referencia a las diferencias de tamaño individualizadas por los modelos de las ciencias sociales que son utilizados en la investigación y la interpretación históricas»[237].

El reto de la historiografía, y en general de las ciencias sociales, consistirá entonces en combinar esa *vida local*, desde la que percibimos los procesos, con el *marco global,* pero también el desafío tendrá que ver con esa otra oposición entre lo *general* y lo *particular* que afecta a nuestro objeto, produciéndonos tantas complicaciones y exigiendo a la vez tanto esfuerzo por lograr reducirla[238]. En Alemania lo pone de relieve, mejor que otra cualquiera, la perspectiva de la *Alltagsgeschichte*[239].

En todo caso, es de justicia reconocer que la absorbente preocupación por el *tiempo* que desde siempre exhibe la historiografía, ha relegado a un segundo plano la cuestión del *espacio,* no abandonando éste de manera absoluta, pero sí desplazándolo. Recientemente hay quienes tratan de salvarla mediante el uso de *modelos* complejos de análisis espacial, tomados de la sociología o la geografía[240]. Modelos que combinan, o pueden combinarse, con alguna que otra aproximación cuantitativa de óptica microanalítica[241].

En cualquier caso, la dialéctica entre *estructura* y *acción* marcará el tono de la microhistoria, las más de las veces, en su convergencia con la historia local. Desechando el interés general de la antropología por lo estático, por lo que permanece, interesa por el contrario al microhistoriador, en palabras de Levi, el estudio focalizado de «los cambios que se producen mediante estrategias y elecciones mínimas e infinitesimales, que actúan en los intersticios de sistemas normativos contradictorios»[242].

Dichos sistemas se hallan en perpetuo conflicto, siempre en movimiento y en relación, y en su interior se zambullen los historiadores para indagar el *sentido* de la actuación humana: «He tratado de describir la inestabilidad de las preferencias individuales, de los órdenes institucionales, de las jerarquías y de los valores sociales», escribe Levi al concluir el prefacio a su importante libro sobre un exorcista piamontés del siglo XVII, añadiendo: «En resumen, [he tratado de describir] el proceso político que engendra el cambio, pero también las direcciones imprevisibles que éste toma, [como] fruto del encuentro entre dos protagonistas activos». *Imprevisible* es, pues, un término importante en este enfoque, como lo es también *inestabilidad*[243].

Resumiendo retrospectivamente, para darle coherencia, la trayectoria del grupo heterogéneo de trayectorias historiográficas que reciben la etiqueta original de *microhistoria,* Edoardo Grendi ha escrito que «el microanálisis ha representado una especie de "vía italiana" hacia una historia social más elaborada (y mejor fundada teóricamente)» que la que había en Italia, en un contexto particularmente «clausurado a las ciencias sociales y dominado por una ortodoxia historiográfica que jerarquizaba de modo rígido la importancia de los objetos»[244]. Poner fin, o al menos intentarlo, a los resignados diagnósticos sobre el «retraso» de la historiografía italiana en comparación con una u otra de las corrientes europeas, le confiere un valor añadido a la estrategia de la microhistoria: las opciones «quedaban definidas libremente a partir de elecciones analíticas específicas», permitiendo a sus cultivadores prescindir de los impedimentos de «escuela». Y esta «liberalización respecto a los rituales académicos e ideológicos» convencionales otorgaría, sin duda, a la experiencia *microstorica,* en su conjunto, «su significación particular».

Al contrario de lo que se expresaba en el texto introductorio al cambio historiográfico en marcha –una especie de *manifiesto* fundacional de Carlo Ginzburg y Carlo Poni en 1979–, las realizaciones prácticas de la microhistoria no iban a tener demasiado que ver, finalmente, con las formulaciones doctrinales de la escuela de los *Annales*, aunque recuperasen casi en bloque sus atractivos ámbitos temáticos y sus declaraciones favoritas[245]. Por el contrario, serán progresivamente las influencias del *interaccionismo* o la *etnometodología,* dos corrientes sociológicas norteamericanas, las que hagan ostensiblemente su irrupción, buscando los microhistoriadores mostrar el modo por el que los individuos, a través de las dependencias que los ligan y de los conflictos que los enfrentan, *producen* el mundo social a la vez que le confieren, haciéndolo habitable y *construyéndolo,* un *sentido* determinado, una significación.

De esta manera, su noción de *causalidad* (que no desaparece) contiene sin embargo un horizonte permanentemente abierto: «Si un proceso toma una deriva no previsible –escribe M. Gribaudi–, ello quiere decir que los factores que han favorecido el que se concretara un resultado más que otro son contextuales: permanecen vinculados a la especificidad de elección y a las dinámicas que se actualizan en un momento y un lugar particulares». La atención del historiador al *contexto,* a sus variables y especificidades, es, pues, fundamental. Y una vez que «se sitúa la causalidad en el contexto y en el seno de los mecanismos interactivos, se convierte en esencial el dar cuenta de la configuración de los elementos concretos que están presentes, y el hecho de explicarlos en sus formas específicas»[246].

Es precisamente pensando en este aspecto, el de la *explicación causal,* a la que no quiere renunciar en general la microhistoria, por lo que Paul-André Rosental la califica provocativamente de *neorracionalismo:* «A través de la promoción de un sujeto pensante y actuante según modalidades de base que son universales y racionales, se puede definir al proyecto microhistórico como el que reconstruye todas las cadenas de causalidad que, a partir de las elecciones de los individuos, producen las formas sociales que es posible observar». Lejos de obedecer a elecciones triviales, la escala no sería ya «un instrumento con el que se pudiera jugar de manera casi indiferenciada». Habría sistemáticamente que privilegiar un plano particular, el *microscópico*, porque en última instancia es a él al que deben ser referidos todos los fenómenos, sin excepción alguna, y es a su nivel al que operan los procesos causales eficientes[247]. Insistiendo en la fuerte exigencia de índole teórica que acompaña al microhistoriador, Grendi a su vez sostiene, a mediados de los años noventa –cuando la experiencia microhistórica atravesaba no obstante un *impasse*–, que la práctica del microanálisis seguía siendo a esa hora uno de los enfoques «más vivos y fecundos» desde el punto de vista analítico: «La elección esencial de una escala de observación está fundamentada en la convicción central de que ofrece la posibilidad de enriquecer las significaciones de los procesos históricos a través de una renovación radical de las categorías interpretativas y de su verificación experimental»[248].

Procurando por tanto «una descripción más realista del comportamiento humano», algunos historiadores habían optado por idear una combinación (no muy precisa, pero sí eficiente) entre *teorías de la acción, teorías del conflicto* y, sobre todo, elementos procedentes del *interaccionismo simbólico* y de la teoría *luckmanniana* de la «construcción social de la realidad»[249]. Se recurre de esta manera a un modelo de la conducta humana «basado en la acción y el conflicto, y que reconoce su –relativa– libertad más allá, aunque no al margen, de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos». No todo son relaciones de poder, como Foucault creyera, pero todo son, eso sí, *relaciones interpersonales*.

Para Ervin Goffman, por ejemplo, el ser humano pertenece a *situaciones* y no ya tanto a *grupos sociales,* poniendo en duda de paso la pertinencia del concepto de «rol social». La microhistoria procurará explorar entonces *el proceso,* asunto no resuelto del todo tampoco en aquellas perspectivas sociológicas citadas más arriba, por el cual individuos que tienen historias y estrategias distintas pueden formar, no obstante, un grupo social y compartir lealtades. El mundo, en fin, tiene un *sentido* (o varios, en competencia y lucha)[250], y los actores sociales son quienes los definen[251]. En cualquier caso, la microhistoria siempre concede a los individuos la capacidad de crear «espacios pequeños e intersticiales de

libertad», lo cual permite a los historiadores «reconstruir la libertad individual sin renunciar a describir reglas generales»[252].

«Cuadros en movimiento», como los define gráficamente Bernard Lepetit, ninguno de los textos de la microhistoria italiana «yuxtapone cortes temporales espaciados con regularidad para trazar el inventario de sus similitudes y sus diferencias, y de ahí deducir los procesos en curso». Igualmente, ninguno de ellos está construido como si se tratara de una crónica, pues «ni la exhaustividad de información ni el carácter lineal de la narración» se encuentran, claramente, entre sus ambiciones. No hay por tanto en ellos «encadenamiento de episodios», sino una sucesión de «puntos de vista analíticos y modalidades sucesivas de observación (elección de rejillas interpretativas "locales", selección de fuentes, métodos de tratamiento) que guían su desarrollo.» En definitiva, «explícitamente organizados según protocolos razonados de estudio, responden a la definición de lo que podría ser una historia experimental»[253]. El objeto común de esta tendencia seguiría siendo «identificar los sistemas de contextos en los que se inscriben los juegos sociales», según el propio Bernard Lepetit.

Pero ya no se trataría de *individualizar* comportamientos *típicos* para ilustrar con ellos *normas* o modelos, como era el deseo de la macrohistoria, sino de descubrir los mecanismos que permiten dar cuenta de la *variación* existente, de la diferencia *real* de los comportamientos. De esta manera, como hace ver Gribaudi, «puesto que los comportamientos son engendrados a partir de evaluaciones y constricciones diferentes para cada contexto», variarán esos comportamientos indefinidamente, «tanto en su forma como en su contenido». Es así como la *variación* constituye la *norma* de una serie cualquiera de dichos comportamientos: «El *continuum,* el espacio cubierto por la variación de formas, y no la *categoría,* con sus referencias modales, se convierte en el instrumento metodológico que permite describir y clasificar las observaciones».

Por otra parte, insistiendo en la distinta naturaleza ontológica entre formas y contenidos que defiende la microhistoria, pone también Gribaudi de relieve que «la óptica microanalítica individualiza los fenómenos más allá del nivel formal de los fenómenos», y que «tanto la significación de los comportamientos como de las representaciones se halla en las intenciones de los actores, aprehendidas en sus contextos». Los mismos documentos, las mismas fuentes cambian de sentido, mostrando –como había escrito Levi– que «su utilización inmediata, literal» (la práctica común de la historiografía convencional) los mixtifica, en la medida en que interrumpe arbitrariamente la cadena informativa en la que han sido producidos[254].

El deslizamiento del interés del historiador desde los problemas de la *producción* y el *intercambio* hacia aquellos otros del *lenguaje* y la *representación* es, sin duda alguna, una de las características decisivas de la experiencia historiográfica de las dos últimas décadas, vista en su conjunto. Y prestando atención a los aspectos lingüísticos conviene recordar, como hace Bensa, que «las distinciones entre los niveles "micro" y "macro" no son las que opondrían el *caso* particular a la generalidad, el ejemplo a la *teoría*, sino las que se pueden establecer si se presta atención a los *modos de comunicación* elegidos por nuestros interlocutores. Estos últimos se expresan en registros diferentes, y es abusivo considerar que el alcance de sus propósitos sea siempre, tanto si así lo quieren como si no, de la mayor generalidad»[255].

Para averiguar aquellas relaciones y significados a los que venimos refiriéndonos deben servirse los historiadores de los *indicios* que dejan ver las fuentes, sostiene a su vez Ginzburg[256], de modo parecido a como el médico establece un diagnóstico de manera inductiva, o como el crítico de arte (Morelli es el ejemplo) suele operar, pero también como el detective Sherlock Holmes se comporta[257]. Escépticos más bien respecto a la vigencia del realismo

ontológico, suelen dar por sentado los microhistoriadores italianos, tanto unos como otros, que eso que llamamos «realidad» es en sí mismo incognoscible, mas no por ello dejaría de existir (con lo cual no se reconocen a sí mismos, como a veces se ha dicho equivocadamente, ni nihilistas ni posmodernos).

La «realidad» deja infinitas *huellas,* argumentan, y corresponde al microhistoriador seguir el *rastro* de las cosas y de las actuaciones pasadas esbozando, con aquél y con éstas, *interpretaciones*. Las cuales deben encontrarse lo más ceñidas posible a la *veracidad*. Cualquier «experimento» que acerque a la *verdad* a los historiadores debe ser, por lo tanto, bienvenido.

Sucede sin embargo que el problema de la interpretación constituye uno de los ejes sobre los que vuelve, una y otra vez, a girar una parte importante del pensamiento contemporáneo. La *hermenéutica* (de Nietzsche y Schopenhauer a Ricoeur y Gadamer, pasando por Heidegger) y la *semiología* (desde Peirce y Saussure hasta semióticas de corte más moderno) han tratado de responder a la pregunta, densa, de *qué es interpretar* y en qué consiste el *signo*, qué es ciertamente aquello a lo que éste nos remite.

Apoyándose en la *abducción*, como propone Ginzburg, se obtendrían resultados que llevan a elegir, de entre un conjunto limitado de posibilidades o *círculo hermenéutico,* aquella que resulta ser la más plausible, la más verosímil[258]. Ahí halla por lo tanto su peculiar contexto el concepto, que utiliza el también microanalista Edoardo Grendi, de documento «excepcional normal»[259], un oxímoron empleado para referirse al testimonio o pista que viene a ser especialmente «revelador» porque, a pesar de su carácter único, se refiere a un estado de «normalidad», a una realidad tan frecuente y pautada que permanece habitualmente *muda* ante el «lector» o ante el «espectador».

Tales supuestos interpretativos reordenan el objeto central de la historiografía desplazándolo, cambiándolo de lugar. Lo importante será, a partir de ahí, conseguir detectar la *racionalidad,* las varias *estrategias combinadas* por las que, en el día a día y sin descanso, los seres humanos se gobiernan a sí mismos y se hacen con los demás, construyendo *su* mundo. No se trata ya tanto de conocer las reglas que les vendrían *impuestas,* de saber cómo se producen y se reproducen esos códigos y quién se beneficia, finalmente, de ese ejercicio de dominación. Sino de cuáles son sus *usos* en *la práctica,* cuáles las decisiones permitidas por los *recursos propios de cada uno de los individuos:* de acuerdo con su poder social, su capacidad económica, su acceso a la información y a los recursos, en función de sus apoyos u obstáculos concretos y, aún, de toda otra serie de elementos a su vez derivada de aquéllos. Se trata de indagar cómo, al fin y al cabo, cualquier individuo administra esa racionalidad, *construyendo* su vida y, con ella, el mundo que la enmarca y la contiene.

Algunas veces, como sucede en Ginzburg, es claro el componente historicista (aunque apenas se le reconozca, por lectores y exégetas, como tal), reencontrado a través de la antropología, pero también seguramente devenido del reposado abrazo del autor con la literatura y la crítica literaria, nacido de la conciencia de inspiración retórica que forma parte de su propia experiencia biográfica familiar (algo que en América reforzó Ginzburg académicamente). «Las ideas de Menocchio», escriben Serna y Pons, «como también las de cualquiera de nosotros, no serían deudoras exclusiva ni principalmente de la época en que vivimos, aunque nadie escape a ella, sino que son un registro que evoca muertos de épocas pasadas, experiencias pretéritas y respuestas antiguas»[260]. En consecuencia –y aunque aquí se destaque como muestra de una *«historia etnografiada»* que introduce el tema del *observador*–, podría decirse que «si en el otro, o en nosotros mismos, resuenan las voces de la alteridad, de lo extraño, de lo milenario, nuestro contexto no es simplemente el de los convecinos, sino también el de un pasado que compartimos con otros a los que jamás conoceremos».

De un modo u otro, el historiador, que se interroga sobre *extraños* que, a la vez, indaga sobre *sí mismo,* será capaz de articular preguntas y obtener interpelaciones, reconstruir *contextos* y asignar *significados* a olvidos y silencios (no sólo a las palabras) para, con todo ello, construir una trama o tejido del relato y dar sentido a la interpretación. Todas esas propuestas estaban ya, y no vale negarlo, en el historicismo.

Amigo de las metáforas como es, Ginzburg se encuentra a sí mismo –y se describe– como un escalador que sube la pared de la montaña, afianzándose en unos pocos clavos[261]. Le ayuda la *intuición,* que le permite formular *conjeturas* insuficientes, sin embargo, para cumplir las exigentes reglas de la *prueba científica,* cosa que Serna y Pons denuncian a su vez: «Ginzburg sabe que su método no consiente un proceso de verificación completa, sino que admite un margen amplio –un "rigor elástico"– en donde interviene el olfato, el golpe de vista, la sospecha fundada». De esta manera, «enfrentando a fuentes heterogéneas que contienen informaciones sobre casos extraordinarios en las que predomina la incertidumbre, el paradigma indiciario no puede ser sino intuitivo, elástico, es decir, hace depender buena parte del discurso histórico de la capacidad individual y de la propiedad que el historiador tenga para revelar ese pasado. El problema, en este caso, reside en extrapolar las dificultades derivadas de un determinado tipo de documentación a la disciplina histórica en su conjunto. Si partimos de que las evidencias están impregnadas de esa incertidumbre, admitiremos, asimismo –como hace Ginzburg en sus propios libros– que caben las soluciones o las afirmaciones puramente conjeturales, es

decir, sin ninguna base empírica que las respalde»[262]. No siempre, sin embargo, la microhistoria se comporta así.

Otras veces se inclinará la balanza decididamente hacia la búsqueda de los *significados*[263]. Giovanni Levi, al preguntársele por las razones que inspiran la colocación inicial de la palabra *«inmaterial»* en el título de su obra más conocida, *L'hereditá immateriale*[264], responde que esa elección «viene a subrayar la relevancia de lo simbólico», pero también a «destacar las formas de socialización», una vez que halla el autor que lo económico no es necesariamente lo principal en su relato, y mucho menos lo determinante.

Y si «el hombre aparece ante todo definido por sus relaciones» en ese texto de Levi, resultará de ahí que, en consecuencia «los vínculos personales son interpretados como el valor socioeconómico más importante, incluso como una *riqueza inmaterial* mayor que el dinero». En esa perspectiva antimaterialista tampoco el psicoanálisis deja de estar presente, y de hecho forma parte sustantiva de la muy evidente opción sociocientífica *relacional.* «La imitación de su padre por parte del exorcista piamontés, mi personaje», declara el propio Levi, «representa la imposibilidad de escapar de una imagen dada». Pero, además, «las personas son diferentes según la morfología de sus relaciones y también de su calidad y su contenido: si alguien conserva muchos vínculos es muy distinto de quien tiene un número muy restringido; el que un obrero sea hijo de un obrero es diferente a que sea hijo de un campesino», y ello se debería en principio a su pertenencia, casi obligada, a distintas redes de relaciones[265].

A pesar de ser distintas, como es fácil de ver, las propuestas de Levi y de Ginzburg, tampoco Levi esconde que «el problema del modo de escribir historia no es un problema formal de tipo externo, sino una parte sustancial de la historiografía en cuanto ciencia argumentativa»[266]. No es casual, en este orden de cosas, que Ginzburg muestre las influencias de Bajtin, de Propp o de Gombrich. Y que, a pesar de todo, se empeñe en conciliarlas con Bloch y Freud.

Por lo general, quienes practican la microhistoria reconocen la fuerza persuasiva del relato originado en testigos presenciales, y no eluden tampoco mostrar los aspectos personales, autobiográficos, de su elección (exhibiendo incluso el carácter autorreflexivo de su tarea), «Con la microhistoria quise huir de la enfermedad gremial de los historiadores, de su retórica, que trata a los hombres como marionetas», espeta Levi antes de dejar paso a su confesión: «Quizá se encuentre ahí otra marca paterna, aunque creo que donde el influjo ha sido mayor es en mis posiciones políticas. Mi padre interpretaba todo a través de su sentido moral y político; y quizá mi interés por la microhistoria se haya despertado al captar aptitudes políticas de personas que no entendía en la vida real. Sobre todo me refiero a mi experiencia con obreros cuya actitud no entendía, y para cuya

comprensión no me servían los modelos marxistas. En ese sentido, soy más "anarquista", y la microhistoria me enseñó a buscar interpretaciones más cercanas a la realidad de las personas»[267]. Porque «toda acción social –escribió el mismo autor en otra parte– se considera resultado de una transacción constante del individuo, de la manipulación, la elección y la decisión frente a la realidad normativa que, aunque sea omnipresente, permite no obstante muchas posibilidades de interpretación y libertades personales»[268].

La cuestión fundamental que se plantea al historiador es, por lo tanto, la de «definir los límites –por más estrechos que puedan ser– de la libertad garantizada al individuo por los intersticios y contradicciones existentes en los sistemas normativos que lo rigen». El microhistoriador, según el propio Levi, aspira a ofrecer al lector «una indagación de hasta dónde llega la naturaleza de la voluntad libre en la estructura general de la sociedad humana». En esa posición, naturalmente, no se interesa *sólo* (o incluso no se interesa *tanto*) «por la interpretación de las opiniones» como «por las ambigüedades del mundo simbólico, la pluralidad de interpretaciones posibles del mismo y la lucha entablada por los recursos, tanto simbólicos como materiales». El análisis se lleva a cabo, porque así se decidió en su día (mas no porque no puedan, ciertamente, invertirse de nuevo las escalas o estrategias de investigación), desde el interior de pequeños universos espacio-temporales, y se realiza, privilegiadamente, a través de una serie de búsquedas *conscientes* que se aplican tanto al terreno demográfico (comportamientos familiares) como microeconómico (ahorro, inversiones, innovaciones) o microsocial (relaciones de vecindad, sociabilidad, etc.).

Son obviamente objetos *nuevos* de investigación, que por supuesto no eran nuevos, antes, ni para la sociología cualitativa[269] ni para la antropología: «No es la exaltación de lo individual sino la recuperación de la complejidad. Eso es la microhistoria»[270]. Es decir, a su través la historia se presenta como una ciencia del *contexto*, como a su vez escribiría Thompson al recordar que los significados sólo llegan a serlo, sólo *se convierten* en tales, cuando se ven inscritos en el conjunto de *otros* significados.

* * * * *

En un entorno historiográfico que, hasta la aparición de esta corriente, había estado fuertemente dominado por enfoques *generalizadores,* de aspiración sintética y escala reducida (el de la *historia de la sociedad* alemana es, muy posiblemente, el más estructurado de todos ellos), la consideración científica de los *microfundamentos de la acción humana* se nos presenta, es obvio, como una alternativa contundente.

Atractiva resulta como formulación complementaria para la *macrohistoria* o *historia general,* de interés especial por su capacidad heurística y no como un registro en el que ir acumulando evidencias para la confirmación de los supuestos básicos de aquélla, sino como un enfoque *revelador:* «La microhistoria –al decir de la canadiense Natalie Zemon Davis–, sin ser característica de un periodo, puede constituir su clave. Debe mantener un intercambio con la macrohistoria, pero no ser una simple concreción o versión suya. El caso aislado sometido a estudio no es, desde luego, el grano de arena en el que se resume el mundo, sino un bloque de poder local que recibe la influencia o las señales de otros bloques –a los cuales, a su vez, envía las suyas– y de otros centros de poder institucionalizados»[271].

En cualquier caso, optar por *lo local* y *lo particularizado* no significa, debe quedar bien claro, eludir *lo real:* «Todos los estudios sobre la sociedad y su comportamiento», escriben Isabel Moll y Pere Salas, «muestran una ineludible tensión entre claridad y comprensión, cosas deseables aunque sólo se pueda conseguir una en detrimento de la otra. Se generaliza porque la complejidad de la realidad pasada es abrumadora, y se particulariza para evitar perder contacto con esta realidad. No tener en cuenta los estudios locales tiene el peligro de hacer una abstracción excesiva, porque el que se califica de local no es más que un sistema de comprobaciones sistemáticas, de preguntas generales dirigidas a problemas concretos»[272]. Al menos eso, si no en la práctica total de la historiografía, sí parece a esta hora de aceptación indiscutida por una mayoría de ese total.

Por su parte, el francés Alban Bensa pone el acento en que la microhistoria nos proporciona *«acceso a la presencia pasada del tiempo»* completando el enfoque antropológico que le es tan próximo y haciéndolo más cierto, más real (por histórico), en tanto que la antropología, un paso más atrás, «se instala en un eterno presente». Si la microhistoria «reconstruye», en torno a determinados personajes, lo que fue su espacio social y, a través de ello, da cuenta de las incertidumbres de sus elecciones en razón de la coyuntura del momento, «las condiciones del presente, tal y como fue vivido, se nos hacen accesibles gracias a una división de la historia en secuencias que corresponden a los modelos prácticos de uso del tiempo por las gentes» de un momento cualquiera.

Tal tipo de *presente histórico* «no tiene nada de instantánea fotográfica, puesto que se descompone en realidades sociales articuladas en el tiempo», de manera que «son restablecidas las situaciones en el seno de las cuales los individuos han podido reorganizar su experiencia y hacer valer su estrategia propia, a pesar de la rigidez de las estructuras sociales». En definitiva, «tal análisis del pasado hace estallar las coherencias y los efectos de homogeneidad con los que una mirada más alejada se contentaría, en cambio, quizá: el pasado viene a ser un *presente de*

otro tiempo, es decir, un *sistema de contextos* que no dejan de referirse unos a otros, y a cuyo través los individuos tejen cada uno su propia tela»[273].

Ahondando ahora en las razones de un éxito tan cierto recordaremos, de nuevo junto a Levi, que la microhistoria se propone ante todo reintroducir el sujeto individual en la *historia social.* Lo ha hecho, posiblemente, con mayor claridad y más sentido de la oportunidad que ningún otro enfoque historiográfico nuevo, además de con una libertad de creación excepcional que permite diferenciar estilos y modos historiográficos muy definidos, *obras de cada autor* casi a simple vista. Y además, de una manera que cuando trata los factores económicos, lleva a este plano una voluntad clara de *antropologización* y un deseo tal de inyectar *historia* en las ideas acerca de la economía de mercado, que facilita la puesta en cuestión de sus orgullosos principios y discute su presunta inevitabilidad, lo cual sin duda nos ha agradado a muchos de nosotros. La influencia (aun tardía) de un autor como el húngaro Karl Polanyi, un autor clave en la antropología económica, está en el centro mismo de esa operación[274].

Más cierto es, sin embargo, que es desde el ángulo interdisciplinar desde el que conviene analizar las influencias. Otro antropólogo –esta vez *social,* e influido por la teoría de juegos y la genética evolucionista–, el noruego Fredrik Barth, converge con la aspiración principal de la microhistoria[275] cuando estudia la toma de decisión de los actores sociales.

La *elección* realizada por los individuos, vendría a decir Barth, no depende sólo de sus recursos y de los obstáculos que se le opongan, sino también de su capacidad de anticipación (en estado de *incertidumbre*) de las acciones o de las reacciones paralelas de los demás actores. Los comportamientos individuales no estarían, pues, mecánicamente determinados, sino que reflejarían el uso que cada uno hace de los márgenes de maniobra de que dispone en una situación dada, de su *universo de posibilidades.* «Pero una aproximación de este tipo» –se apresura un agudo comentarista como Rosental a advertir– no descansa, sin embargo, sobre la utopía del poder omnímodo del individuo «libre y demiúrgico», sino que se trataría de un enfoque dialéctico, que «a la vez indica el rechazo de todo determinismo y la idea de un margen de maniobra preciso y controlado, puesto que las posibilidades abiertas al actor existen siempre en un número finito, lo cual las vuelve accesibles al investigador». Un repertorio, pues, de posibilidades.

Sucede sin embargo que, en la práctica, «no solamente el espacio posible de maniobra es generalmente muy restringido, sino que no necesariamente aparece dotado de eficacia», de manera que los individuos «pueden no percibirlo, o bien evaluarlo incorrectamente o, sencillamente, no utilizarlo». Por último, y en referencia a su horizonte teórico esencial, recordemos que «la incertidumbre a nivel interindividual no impide la aparición de regularidades a nivel agregado, y

es precisamente una de las primeras vocaciones de la teoría de los juegos la de determinar "soluciones" óptimas a situaciones inciertas»[276]. Levi es, otra vez, de todos los microhistoriadores, quien mayor atención dedicara a un planteamiento de este tenor.

La escuela francesa de los *Annales* reclamó también para sí una cierta vocación microhistórica, llegado cierto momento de su evolución en los años ochenta y noventa. Alguno de sus miembros ha reconocido en alguna ocasión, a lo largo de la pasada década, hallarse en un «tournant» crucial, en la conciencia de que se había producido un giro profundo en sus convicciones y una atonía, a veces, que sería producto de un «ablandamiento» en sus proyectos de totalización[277]. En tanto que restaba importancia a los productos historiográficos de la escuela italiana, Jacques Revel ha afirmado a mediados de los años noventa que «el movimiento de la microhistoria ha sido particularmente sensible en Francia», aunque pueda encontrarse por doquier, a su juicio, en la historiografía internacional. Sus rasgos son comunes, al decir de Revel: «Una notable generosidad intelectual sustentada por una sensibilidad difusa, un marco de referencias teóricas bastante laxo, y una práctica a menudo salvaje del préstamo conceptual»[278].

Tanto la microhistoria como esa «nueva generación» de *Annales* a la que acabo de referirme, aun con matices y con diferencias, se presentan en suma como una forma más de recuperar, para el conocimiento historiográfico, el *acontecimiento,* el suceso histórico concreto y «real» y situarlo en su tiempo corto, entendido esta vez en su dimensión *cotidiana* y *experiencial*. De hecho, como subraya Alban Bensa, «los estudios microhistóricos nos proporcionan una conciencia aguda del tiempo corto, el que los seres humanos ponen en juego efectivamente en su vida. A su vez, también el tiempo largo resulta iluminado por el hecho de que numerosas formas que integran los actores en su propio presente se encuentran también en otras épocas e incluso en otros lugares»[279].

Por su parte, siguiendo de nuevo a Barth recuerda Rosental –como punto central del microanálisis– que los individuos «disponen de recursos heterogéneos, y se muestran inclinados a reaccionar de modo diferente frente al riesgo y a la incertidumbre. La mayor parte son susceptibles de rechazar la nueva transacción propuesta, pero si la aceptan unos cuantos pioneros, y si de ella obtienen un beneficio que parece satisfacerlos a ellos mismos y a otros actores sociales, hay muchas oportunidades de que su decisión se generalice, e incluso sea institucionalizada». Esto lleva a la redefinición de los valores, según un mecanismo que Fredrik Barth califica de *feed-back:* «Si los valores son datos estables que gravitan sobre los actores, éstos siguen siendo, pues, aptos en todo momento a involucrarse en procesos que conduzcan a su definición»[280]. La

dimensión microscópica sería, de esta manera, nada más y nada menos que la fuente del cambio social.

Una explosión tan rápida de su rotundo éxito como estrategia historiográfica no habría podido darse con todo, posiblemente, de no ser en el marco de un contexto –amplísimo y creciente– de una *cultura de los sentimientos* y de una revalorización extraordinaria del *intimismo* y la curiosidad por la naturaleza, o incluso de un deseo acuciante de resolver los problemas de la propia *identidad*. Y, en este sentido, Levi contextualiza y reorienta de modo extraordinario la función práctica del discurso de la microhistoria, justamente al comienzo de este tercer milenio en que nos toca vivir: si en los años ochenta, al nacer la tendencia, «el problema histórico no consistía [ya] en explicar la huelga de unos obreros, sino en analizar por qué sólo la hacía la mitad de ellos siendo todos obreros», dos décadas después –en un contexto de signo político e ideológico francamente diverso–, el problema residiría en entender los *significados* de procesos extensos bien distintos, de alcance *general,* inscritos en un mundo que se ve fragmentado y que es progresivamente mixtificador de los valores[281]. La microhistoria, pues, hallaría en su permanente reorientación experimental su forma particular de servir al presente, de implicarse en las formas y tareas cambiantes del entorno social.

Historia de la vida cotidiana

La expansión implosiva de la *historia social* (desde *lo material* a *lo simbólico,* desde lo constitutivo a lo diferencial), y el interés creciente de los historiadores por dos asuntos de diversa índole (la *memoria* y, tentativamente, el *cambio de escala*), bien sea independientemente vistos o combinados, intervienen de modo activo en el arranque del éxito reciente de cuantas metodologías y narrativas se consagran al estudio de la *vida cotidiana*.

Más allá de sus diferencias, suponen estrategias que se distancian claramente de los planteamientos preexistentes en la historiografía (especialmente en la historiografía vulgarmente considerada *historicista*) para el tratamiento de todo aquello que *no es* excepcional. Planteamientos, éstos otros, que arraigan, más o menos directamente, en la sociología cualitativa de vocación «micro»[282]. Y que, en sus comienzos, vinieron sobre todo referidos a aspectos prácticos de la *cultura material*[283] y a sus mecanismos de *reproducción,* si bien más tarde han ido concentrándose en el estudio múltiple de la *experiencia vivida*.

Por eso sus enfoques teóricos y filosóficos aparecen muchas veces –aunque no siempre– relacionados con la fenomenología. En cualquier caso, la *historia de la vida cotidiana* no se refiere (o no debe referirse ya) a los aspectos *anecdóticos* o meramente *descriptivos* de la vida diaria, una acepción del término que circuló

por las historiografías positivistas europeas en la primera mitad del siglo XX y que incluía también lógicamente hablar de *la mujer,* reducida hasta ahí en la historia al ámbito de *lo privado* –como en la vida misma– y excluida de la esfera política, la que entendía primordial el discurso histórico.

No hace aún mucho tiempo que, como reconoce Norbert Elias, podía utilizarse el concepto de «vida cotidiana» de una manera totalmente despreocupada, cómoda y sencilla a la vez, descriptiva y *costumbrista* si se quiere. En nuestro tiempo el término se ha cargado, por contra, de un fuerte peso teórico, erigiéndose en una especie de piedra de toque en la competencia interna de las escuelas sociológicas contemporáneas, todas ellas cualitativistas, aunque no idénticas entre sí. Y ello a pesar de (o precisamente debido a) su carácter impreciso y ambiguo como concepto o herramienta[284]. Para algunos observadores la etiqueta de *vida cotidiana* ha podido servir como instrumento de «desideologización» de la historiografía de izquierdas que era propia de los años setenta (lo cual podría suponer a su vez, como dice Ucelay, una antagónica «reideologización» hacia la derecha, ya sea implícita o explícita)[285].

Precisa subrayarse todavía que las diversas formas de acercarse a *lo cotidiano* que son hoy desplegadas por el historiador optan, en su conjunto, por enmarcarse en un contexto de carácter *relacional* y, predominantemente, *constructivista*. Luis Castells, impulsor de esta nueva tendencia en nuestro país, presentaba en 1999 de esta manera un conjunto diverso de estudios, la mayoría de ellos vinculada a los supuestos de la microhistoria: «El estudio de lo cotidiano hace diáfano lo que en ocasiones queda borroso y nos proporciona una imagen más cercana y visible de la historia de las gentes. Del mismo modo, la consideración de aspectos parciales o locales es una forma de arrojar luz sobre las complejas redes y relaciones sobre las que se vertebra la sociedad»[286]. No obstante, la colección de textos sobre el estado de la *historia de la vida cotidiana* en países como Inglaterra, Italia y Alemania, que él mismo recopiló unos años atrás, nos muestran diferencias bien sensibles y planteamientos divergentes en la instrumentación[287].

Todas las variantes «nacionales» muestran, con todo, ciertos puntos en común. El principal de ellos gira sobre el asunto de la acción social. Franco Crespi nos presenta lo que puede ser, en principio, una buena orientación *genética* sobre esta situación, compartida por muchos opinantes. La proliferación del interés por lo cotidiano en las ciencias sociales, a su modo de ver, habría hallado un espacio propicio en la crisis de «los grandes sistemas ideológicos totalizantes». Ésta habría permitido al historiador el descubrimiento de dimensiones que hasta ahí habían estado al margen de la investigación, y que «muy pronto se han revelado

como privilegiados espías de los íntimos mecanismos que presiden las relaciones sociales».

Hay algo de resignado retorno a la «intimidad», de vuelta a una existencia «de tipo atenuado» en muchas de las representaciones historiográficas que, desde Francia, por ejemplo, han preferido aplicarle a estos enfoques *nuevos,* diferenciadamente, el rótulo de *«historia de la vida privada»*. Para el historiador oral Crespi –en una lectura de la situación deliberadamente fenomenológica y existencial–, aquella «exaltación del calor de las cosas simples de la vida, del carácter tranquilo de la vida cotidiana con respecto a las tensiones y los riesgos de los momentos *excepcionales*», se debería a «un miedo profundo y difuso al riesgo que encierra la aceptación misma del presente y su reconocimiento como *único lugar verdadero de la existencia,* es decir, como el lugar donde aparece, *sin posibilidad de engaño,* el carácter esencialmente *contradictorio* de la *diversidad existencial,* su naturaleza *insostenible*». En última instancia «su ausencia de soluciones»[288].

No obstante, otras aproximaciones francesas al concepto de *vida cotidiana* escaparían a aquella prevención. Maurice Agulhon, quien lo aplicó temprano, asimila la *historia de la sociabilidad* (al menos tal y como él mismo la comprende y practica) a *una forma de historia de la vida cotidiana,* entendiéndola como un modo posible de abordarla. Y explica así, a su vez, el éxito de aquel otro término de «sociabilidad», que popularizó su estudio sobre *Penitentes y francmasones de la antigua Provenza,* ya a mediados de los años setenta: «Es probable que si [...] el simple término de sociabilidad ha sido fácilmente recibido y reproducido en la literatura histórica reciente, ello sea debido a que (y en la medida en que) nuestra historiografía universitaria recuperaba la vida cotidiana, el folclore y la fiesta, la cultura popular y la revuelta. La sociabilidad, en algunos autores, tiende incluso a convertirse en la palabra cómoda para acoger, en un gran *fourre-tout,* las formas elementales de la vida colectiva, diversas pero omnipresentes. Se trata de una palabra nueva, en suma, para designar las realidades clásicas que en otro tiempo se etiquetaban como «vida cotidiana», «civilización» o «historia de las costumbres»[289]. [Todo un intento de rescatar, actualizándolas, preocupaciones historiográficas del pasado, se encierra pues, igualmente, ahí.]

No siempre quienes usan el concepto de *vida cotidiana,* es bien cierto, hacen explícito a qué cosa se están refiriendo exactamente con él, ni siempre existe total precisión en la vertebración o ajuste instrumental del término. Mucho menos se abordan sus respaldos filosóficos cuando de hecho se está aplicando[290], ni da cuenta el historiador de las nociones de fenomenología que, por lo general con cierta ligereza, emplea. Pero éstas se hallan casi con toda seguridad presentes, y se evidencian fácilmente a poco que se rastreen. En cierto modo es lo que viene a

proponer Jacques Revel cuando, apoyándose en el esfuerzo de Bernard Lepetit por conocer a fondo la *Alltagsgeschichte* alemana, sugiere renombrarla como *«historia de la experiencia cotidiana»*[291].

Esa versión de historia *de la vida cotidiana,* la alemana, es muy posiblemente la de mayor interés y personalidad. Al menos es la que más polémicas ha originado y mantenido y la que ha tenido que soportar el contraataque desde la historiografía estructural (como hemos mencionado en la segunda parte de este libro y otra vez hemos reintroducido al hablar de la *historia oral*). Merece sin embargo la pena que todavía le concedamos algo más de atención, siquiera sea en cuanto a los problemas ideológicos y de método, asociados con la *Alltagsgeschichte*[292], que detectan el historiador Jürgen Kocka y su escuela de historia social.

El riesgo principal reside, al decir de éstos, en el carácter *fragmentario* y aleatorio de su producción, una muestra del «peligro» *historicista* que contiene en sí mismo el tipo de *escala* empleada: «De los historiadores de la cotidianeidad –escribía Kocka en 1986– cabe esperar poco. Con su inclinación a las menudencias, su desconfianza frente a las estructuras y los procesos, y no pocas veces también frente a la historia y la sociología profesionales, con su mayoritaria predilección por una reproducción de experiencias, simpatizante y conceptualmente pobre, a ser posible a través de recuerdos transmitidos, seguirá descubriendo y alumbrando nichos. Esto es, sin duda, importante, pero con frecuencia también enojoso, improductivo y prolijo. Por ello, es de suponer que abandone el análisis de la relación entre las experiencias y las estructuras en manos de otros, o que siga reseñando negativamente esta relación y desfigurando así los nichos, convertidos en refugios de la subjetividad obstinada y de la inadecuación esquiva, tomando distancia frente a los procesos de modernización supuestamente hostiles a la vida (o, tal vez, incluso oponiéndose a ellos)»[293]. Ante una descalificación tan rotunda, las respuestas y contra-argumentaciones de los historiadores de la vida cotidiana que son más combativos –como Niethammer– insisten siempre, sin embargo, en que su objetivo reside tan sólo en la *reconstrucción* de la *verdad*[294].

Más fundamento puede albergarse en las críticas de quienes denuncian la mercantilización, la proliferación del «consumo» de *conmemoraciones* y efemérides ligadas a «memorias» particularizadas, todas las cuales exigen alimento mediático hasta llegarse, paradójicamente, a su trivialización: «Entre las múltiples memorias en circulación –escribe M. de Moraes–, sólo quienes pueden referirse al individuo, de modo casi particular, han pasado a ser objeto de acometidas, de celebraciones. La memoria invade lo cotidiano, pero la mayoría de las veces sólo como un producto más para satisfacer, parcialmente, una demanda de identidad»[295]. La cuestión general de la *memoria*, que volveré a tratar

técnicamente en el capítulo final, ha provocado en muchos casos la formación de «comisiones de la verdad» (siempre versando sobre asuntos polémicos y conflictivos, ligados a periodos o regímenes de represión excepcional) y cuyas implicaciones de tipo judicial, en ocasiones, siguen aún abiertas. Pero es bien difícil, realmente, saber dónde está el límite entre la función *social* y moral (colectiva) de las evocaciones despertadas por medio de estas actuaciones, y cuál sea la necesidad *personal* de los individuos –ética– de recibir reparación. No obstante, la trivialización a que hace alusión la autora del texto recogido tiene que ver con la mercantilización (¿acaso inevitable?) del *hecho* mismo de la *reconstrucción* de la memoria de un grupo determinado o colectivo. Los autores y autoras que se ocupan de ello siguen siendo prisioneros, en buena parte, de ese conjunto de elementos contradictorios que forma parte, querámoslo o no, de la *producción cultural* masiva e intrascendente de nuestro tiempo. Y que, por eso mismo, no deja de constituir un asunto *político*[296].

* * * * *

Alfred Schutz, un austríaco exiliado a los Estados Unidos en 1938, influido por Weber y discípulo de L. von Mises y de Husserl, sentó las bases de una corriente sociológica, visiblemente antiestructuralista y refractaria a Parsons, que desde la publicación de su obra principal *(The Phenomenology of the Social World)* en la tardía fecha de 1967, está en el fondo legitimador de la mayor parte de las aproximaciones sociocientíficas que con más justeza y exactitud llevan, actualmente, la etiqueta de *historia de la vida cotidiana*.

La discusión de los supuestos que Schutz planteaba, en un clima intelectual francamente propicio para una benévola acogida –el que había abonado previamente la obra del filósofo interaccionista George Herbert Mead, partidario de enfoques psicológicos–, aseguró su éxito al otro lado del Atlántico y, comprensiblemente, reforzó el carácter alternativo de los principios de *comprensión* e interpretación *relacional* de la *vida social* que lo inspiraban («mundo social» lo llamó Schutz también), basados en la *experiencia social* del individuo. Principios que, en tanto que permanecían congelados en Europa, serían desarrollados después en Norteamérica a través de corrientes y enfoques hoy muy populares, como el *interaccionismo simbólico* y la *etnometodología*[297].

Husserl dejó escrito que la experiencia no es algo que se les «dé» a los individuos simplemente, sino que es algo «intencional», que implica a los actores sociales activamente, mediante la atención prestada a los *objetos* de que ellos se rodean (que a su vez son los que otorgan a aquella misma experiencia sus cualidades, y que siempre son «apercibidos» en virtud de la experiencia *pasada*).

De ésta nace a su vez una atribución de *significados* que surgiría espontánea, de tener razón Husserl, a partir de la percepción sensitiva.

Llevando todo esto al terreno de la vida social, Schutz entiende que «la conciencia humana presupone la realidad de otra gente», y que «las experiencias del individuo están mediatizadas por los modos de sentir y pensar que se transmiten a través de sus relaciones sociales». De manera que, como comenta a propósito T. Campbell, «lo que [en Husserl] parece ser una teoría altamente individualista [e idealista] que intenta postular que los hombres infieren la existencia de otros basándose en la experiencia que tienen de ellos mismos, está de hecho elaborada [por Schutz] para evitar tener que recurrir a la empatía especulativa y explicar cómo llegamos a comprender la vida de otras personas». Concluye Campbell que esta virtualidad empírica hace que «la teoría tenga bastante interés»[298], a pesar de que le reconoce inconcreción y un evidente carácter parcial o incompleto, debido obviamente a su vocación *micro*.

En esta perspectiva, sólo podríamos llegar a conocer el significado de nuestras acciones cuando, en efecto, las consideramos de nuevo a través de la *reflexión,* mas no mientras estamos sumergidos en ellas. La capacidad de análisis la otorga el conocimiento *heredado,* que nos llega como una colección de *simbolizaciones* («configuraciones significativas») conectadas entre sí, que hacen posible reconocer las situaciones bien sean de un tipo u otro, y clasificarlas. Hay pues un repertorio, y no una madeja informe de posibilidades de experimentar *lo cotidiano,* viene Schutz a decir, de modo que el individuo *construye* el mundo en el que vive («hace» ese mismo mundo) utilizando las configuraciones que, día a día, le transmite su grupo social. La *conciencia* de la vida cotidiana es, pues, una conciencia *social* (o mejor, *socialmente derivada*) que se expresa ante todo a través del *lenguaje*.

En el núcleo de la teoría misma, en consecuencia, se halla el *lenguaje*, a donde habían también conducido antes fenomenólogos y etnometodólogos. Y naturalmente se hicieron eco de ello algunos historiadores, aunque sea vagamente. Todo tipo de sociología *fenomenológica*, los *interaccionismos* muy en particular (y sobre todo aquel al que Herbert Blumer dio en llamar «*simbólico*») [299], así como todo tipo de reflexión psico-social basada en el análisis del *lenguaje* y la comunicación, proporcionan elementos aprovechables para esta perspectiva[300]. La etnometodología, más en concreto, estudia los métodos que los miembros de un grupo adoptan para dar *sentido* a su mundo social[301], y ya sabemos que en las ciencias sociales su adopción se presenta en un principio –casi sin discusión– como una reacción alternativa (en el sentido fuerte, es decir, *teórico*) a cualquier otra opción, aunque con el paso del tiempo hayan ido

apareciendo posiciones sincréticas, no impuestas todavía sin embargo –como corrientes de entidad teórica propia–, o no lo suficientemente.

Erving Goffman, Harold Garfinkel y otros sociólogos *de lo cotidiano,* con diferentes fórmulas de aplicación, habían ya abordado el desenvolvimiento de estas ideas y estos principios, que recuperan intensamente la consideración de la *intersubjetividad*[302]. Sin embargo, su incidencia directa sobre la *historia de la vida cotidiana* que se practica generalmente en Europa es reducida. En parte, seguramente por causa de una serie de implicaciones valorativas que un crítico acerbo como el antropólogo Clifford Geertz no vaciló en radicalizar: «La imagen de la sociedad que surge de los trabajos de Goffman –escribe Geertz en *Conocimiento local*–, y de la multitud de investigadores que de un modo u otro le imitan o dependen de él, es la de una continua oleada de tácticas, trucos, artificios, "faroles", disfraces, conspiraciones y grandes fraudes, en la que los individuos y las coaliciones de éstos se esfuerzan –a veces con habilidad, aunque más a menudo de forma cómica– en participar en enigmáticos juegos cuya estructura es clara, pero cuya finalidad no lo es tanto. La visión de Goffman es radicalmente antirromántica, amarga y desoladora, y se conjuga bastante mal con las devociones humanistas tradicionales. Pero no por ello es menos poderosa. A pesar de su resignada ética al estilo del dicho "tómalo tal como llegue", ni siquiera es tan inhumana como parece»[303]. De un modo u otro, resignada o amarga, lo cierto es que esa *visión antirromántica* se ha avenido bastante bien con valoraciones de la ética y el comportamiento que, desde la sociedad estadounidense a las demás, no han dejado de expandirse desde hace décadas.

Pero no sólo a aquellos principios puede imputárseles el amplio juego que el impacto de la llamada *sociedad de la información* ejerce en nuestras vidas y, por consiguiente, en todo género de reflexión teórica. Jürgen Habermas, por ejemplo, de bien distinto horizonte ideológico e influido, a su vez, por Weber, Marx y Schutz, considera que el *mundo de la vida* y de la *acción comunicativa* son complementarios. Es más, que la segunda se desarrolla en el seno del primero, como una especie de trasfondo que da forma y contexto a los procesos «por los que se alcanza la comprensión» a través de la acción comunicativa: «El mundo de la vida es el lugar trascendental donde se encuentran el hablante y el oyente, donde de modo recíproco reclaman que sus suposiciones encajan en el mundo [...], y donde pueden criticar o confirmar la validez de las pretensiones, poner en orden sus discrepancias y llegar a acuerdos»[304].

La *subjetividad,* y la manera en que los actores sociales *experimentan* su cotidiana existencia, la forma peculiar en que desempeñan sus *roles,* constituyen así –más allá de matices– el objeto principal de la investigación que tiene interés en la vida cotidiana[305]. Los historiadores solemos añadirle a esos ingredientes,

por lo general, un *plus* de naturaleza política, forzada o no. Un plus que es, además, la manera más inmediata de *recobrar* los tiempos propios de los actores diversos y distintos, de identificar la *temporalidad* en que se desarrollan sus acciones más *visibles*. La variedad de historia que llamamos *reciente* o *«del presente»* –y que presentaremos en el epígrafe siguiente– tiene que ver con ello. Y el desarrollo concreto de esta combinación de enfoques sociales *«desde abajo»* con una reconsideración extensa de *lo político,* en la Alemania de las dos últimas décadas, es muy posiblemente el esfuerzo historiográfico que, como hemos dicho en varias ocasiones, ha presenciado un mayor despliegue de esfuerzo teórico y que reviste hoy en día mayor originalidad[306].

* * * * *

«En la vida cotidiana –escribe el psicólogo social Alan Radley– muchos objetos están unidos inseparablemente a la memoria». Ellos nos facilitan establecer los *vínculos* con el pasado y forjan la *identidad*[307]. Este último, la *identidad,* es –como ya hemos mencionado en varias ocasiones– otro término clave en las nuevas corrientes de la historiografía, especialmente de cuantas se sirven a esta hora de las aportaciones de la sociología cualitativa y la antropología, convirtiendo los *loci clasici* de estas disciplinas en el centro de aproximaciones renovadas que, por diversos y encontrados conductos, tratan de redefinir un objeto *político-cultural*[308]. La mayoría de los historiadores pensamos, en efecto, que hay objetos creados especialmente para ayudarnos a *recordar* (e incluso contribuimos, nosotros mismos, a *crearlos*), pero la forma en que nos relacionamos con ellos no es meramente individual o *particular,* sino que este proceso tiene una eminente naturaleza *sociocultural,* que es dependiente, en buena parte, de las propias relaciones que el sujeto mantiene con su comunidad. Ahí radica también la construcción, casi siempre *plural* forzosamente, de la identidad.

Algunas de las apreciaciones de Bourdieu vienen bien a propósito. Por ejemplo, refiriéndose al sentido estético en general como *«sentido de la distinción»,* dice el sociólogo francés lo siguiente: «Como toda especie de gusto, [la distinción] une y separa; al ser producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tienen de más esencial, ya que el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican». Aún más: «Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una *diferencia inevitable*. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos; en materia

de gustos, más que en cualquier otra materia, *toda determinación es negación;* y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, *«disgustos»,* hechos horrorosos o que producen una intolerancia visceral («es como para vomitar») para los otros gustos, los gustos de *los otros*. De gustos y colores no se discute: no porque todos los gustos estén en la naturaleza, sino porque *cada gusto se siente fundado por la naturaleza* –y casi lo está, al ser *«habitus»*–, lo que equivale a arrojar a los otros en el escándalo de *lo antinatural*. La intolerancia estética tiene violencias terribles. La aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases: ahí está la homogamia para testificarlo. Y lo más intolerable para los que se creen poseedores del gusto legítimo es, por encima de todo, la sacrílega reunión de aquellos gustos que el buen gusto ordena separar. Lo que quiere decir que los juegos de artistas y estetas y sus luchas por el monopolio de la legitimidad artística son menos inocentes de lo que parecen; *no existe ninguna lucha relacionada con el arte que no tenga también por apuesta la imposición de un arte de vivir,* es decir, la transmutación de una manera arbitraria de vivir en la manera legítima de *existir* que arroja a la arbitrariedad cualquier otra manera de vivir»[309].

Junto con el sociólogo G. Balandier, Michael Maffesoli «considera lo cotidiano –en contraposición a las formas *oficiales* que adopta cualquier momento social institucionalizado–, como el lugar mismo en que se muestra con toda su profundidad y autonomía el juego de la sociabilidad, con sus ambivalencias y sus contradicciones»[310]. Con todo, convertido este concepto «blando» de *sociabilidad* en «una especie de fetiche empleado con profusión excesiva», como señala Jorge Uría, la extensión de su uso se ha acompañado de un desdibujamiento frecuente[311].

La *proyección de presente* que, en definitiva, la *historia de la vida cotidiana* contiene bien visible, resulta máxima en la propuesta existencial de Franco Crespi. El autor –achacando el «envilecimiento del presente» a la tradición teleológica y a la interpretación lineal del tiempo histórico que son propias de la cultura occidental (la redención final o la superación de las contradicciones), y a su perversa confianza en la *espera* como actitud fundamental–, llega por contra a proponernos la *expectación* como alternativa, tanto en el plano conceptual como emocional.

Las razones que aduce Crespi para ofrecer al individuo del presente *expectación,* en lugar de *espera,* las formula con claridad: dentro de la lógica de la espera, *lo cotidiano* no podría representarse si no como «el resultado transitorio de una falla vinculada a una etapa del proceso evolutivo, sea natural o histórico», o bien «como el producto contingente de una escisión perversa debida a efectos de alienación». Por el contrario, la lógica de la expectación asumiría con fortuna la

actitud inversa, pues «se concentra en el presente y considera lo cotidiano como el único lugar real de la existencia, y como situación caracterizada por la relación entre las formas *determinadas* de las condiciones materiales y socioculturales asociadas al momento concreto, y la dimensión *indeterminada* propia de toda experiencia vital».

De esta manera, gozosamente, «la expectación prescinde tanto del pasado como del futuro y no trata de explicar el presente en función de las fabulaciones del mito ni de las proyecciones del porvenir». Porque, si bien es cierto que «en el presente hay siempre un inevitable entramado de memoria y de espera, aquél no deja de ser –en su actualidad– un enigma, en tanto en cuanto nunca puede ser enteramente comprendido». Y si «la lógica de la *espera* ha despojado de toda nobleza a lo cotidiano», convirtiéndolo en «un momento de tránsito entre un pasado más o menos idealizado y un futuro lleno de promesas», la actitud de la *expectación,* en cambio, «restituye a lo cotidiano toda su singularidad y su imprescindibilidad». De modo que, así, *«lo cotidiano se manifiesta como lo opuesto a la rutina repetitiva; es más, como el único lugar real donde puede aparecer lo inesperado»*.

De ahí el «riesgo» que entrañaría *siempre* el presente. En la práctica, «la expectación no razona en términos de una solución final de las contradicciones, sino que trata de *administrar* estas mismas contradicciones mediante "soluciones", parciales y temporales, de tipo pragmático y no totalizante. La auténtica expectación, que se ha liberado de la espera, es decir, de la nostalgia del pasado y el restablecimiento de la unidad originaria, y al mismo tiempo de la esperanza falsamente utópica, se ciñe a lo cotidiano, y *acepta vivir sin reservas sus angustias y sus alegrías, sus dolores y sus placeres*». Porque, en conclusión, «la expectación *no vive de posesión y de certeza, sino que permanece día a día abierta a los acontecimientos,* sin intentar codificarlos de inmediato con las categorías que le son conocidas». Lo cual entrañaría, finalmente, que «la adhesión a lo cotidiano» habría de revelarse como una imponente, perturbadora, *«capacidad de exponerse a la indeterminación de lo eventual, de afrontar, en última instancia, el riesgo absoluto de la muerte»*[312].

Historia del presente o historia vivida

Íntimamente relacionada con *«el retorno de la política»* en sus realizaciones prácticas, aunque no necesariamente anclada en sus fundamentos teóricos, ni reducida a la reciente rehabilitación de *«lo político»* en la historiografía, la *historia del presente* constituye a esta hora un ámbito de desarrollo empírico en indudable expansión.

Vacilante en su rótulo, ha recibido tentativamente también los nombres de *historia reciente* e *historia del mundo actual*, entre otros varios. Bajo cualquiera de estas etiquetas, se hizo visible ya en las historiografías occidentales a fines de la década de 1970 y principios de los ochenta, pero el concepto mismo y sus implicaciones cognitivas son sin duda anteriores. Como anterior es también (y en este caso, mucho) la relación entre *historia y memoria* que, renovada o no, la fundamenta.

Porque esa relación entre *lo vivido* y *lo recordado, lo observado* y *lo narrado a la posteridad* por quien «lo ve» u «oyó» (y a su vez *lo cuenta* a aquel otro que «lo escribe» o lo transmite, siendo así *conservado* en la «memoria»), esa íntima conexión que la historia del presente despliega a veces como si se tratase de una «novedad», forma desde Herodoto parte constituyente del género historiográfico en su totalidad, y es de continuo una de sus funciones principales. Al menos desde Aristóteles, enhebra *reminiscencia* con *memoria,* para elevarla a categoría fundamental del alma humana[313], lo cual quiere decir, si bien se mira, que ya en ese contexto se hablaba abiertamente de lo que hoy llamaríamos *usos políticos e ideológicos* del discurso histórico. Pero esa característica de la escritura histórica, llámemosle *clásica,* no impide que dicha relación constituya asimismo en la actualidad un objeto de reelaboración epistemológica, un núcleo duro explorado de nuevo.

La *historia del presente* o historia *«vivida»,* como cada día se acostumbra más a denominarla, se sirve en abundancia de las *fuentes orales,* y a veces se aproxima, indistinguiblemente, a perspectivas de la llamada *historia de la vida cotidiana,* sobre las que ya he hablado. Señalaré, no obstante, algún intento previo de abordar el problema y daré cuenta de alguna de las notas que marcan hoy su problemática redefinición. Va por delante el hecho de que la historia reciente ha asumido a esta hora, sin gran conflicto, la tradición ya secular de relacionar sus conceptos centrales con las ciencias sociales (con alguna ciencia «fuerte» también quizá), para hacer frente al despliegue empírico que suele ordenarse, cada día más visible, en torno al concepto de *memoria:* «El poder de la mente –recuerda el físico J. T. Fraser– no está sólo en su capacidad de memoria, sino en su habilidad para reconocer y crear correlaciones entre fragmentos» de la misma[314].

Denominada en Francia *Histoire du Temps Présent*[315], *Zeitgeschichte* en Alemania[316] y en los países anglosajones *Current History* (usualmente carente ésta de las implicaciones socioculturales que poseen las otras dos), este enfoque trata de arrancarle al pasado *inmediato* las claves del *presente*. No hay, con todo, una metodología común que la defina como subgénero, aunque sí existen variantes de interés, algunas de ellas no obstante poco innovadoras. En Londres,

por ejemplo, la revista *Contemporary British History* estudia, desde 1986, el periodo subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial con planteamientos metodológicos que buscan generalmente enlazar con la historia realista y objetivista clásica[317]. En el otro extremo de la panoplia metodológica, atenta a abordar el discurso histórico desde una perspectiva *subjetivista* y *experiencial,* se sitúa en cambio en Alemania, por poner un ejemplo, la revista *BIOS: Zeitschrift für Biographieforschung und Oral History* (Revista de Investigación Biográfica e Historia Oral)*,* que viene publicándose desde 1991[318].

Por lo que respecta a España, la publicación periódica *Historia y Fuente Oral,* denominada actualmente *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* ha ido incorporando activamente nuevas perspectivas y tendencias internacionales, con alto grado de interdisciplinariedad en sus contenidos y con una orientación creciente hacia la valoración primordial de la «experiencia» como objeto central. El panorama de esta nueva construcción historiográfica es, de forma evidente, amplio y muy complejo, por demás heterogéneo. Como también lo es, a veces, el conjunto de estudios que, en contextos diversos, se acogen de buen grado a la categoría de *historia del presente* o a cuantas perspectivas, ya sea en historia política o sociocultural, reclaman *novedad.*

Su mejor introductor entre nosotros es Julio Aróstegui[319], que recientemente ha propuesto llamarla *historia coetánea*. Pero, prácticamente, todos los historiadores del franquismo y de la transición han ido haciéndose eco de sus principios teóricos más comunes y sus notas de método imprescindibles[320]. Los modelos de experimentación se tomarán de Francia principalmente, habiendo conseguido aquella historiografía una casi universal exportación de esos modelos, en la actualidad[321]. Cabría preguntarse, sin embargo, si aquella traslación resiste airosa la prueba de su aplicación a realidades políticas distintas forzosamente de aquellas para las que el modelo francés de *historia del presente* ha sido concebido. No hay por qué sorprenderse, por lo tanto, de la (a veces) heterodoxa aplicación del aparato conceptual francés que pueda detectarse en nuestra propia publicística histórica, pero sí creo lícito interrogarse acerca de su conveniente modificación, en aras de lograr mejores resultados o más exactitud[322].

Un recorrido detallado propio de *historia de la historiografía* nos permitiría, a nuestra vez, establecer la cadena de aplicaciones *prácticas* que va enlazando con las manifestaciones más recientes de esa serie de esfuerzos destinados a formalizar vínculos entre *historia* y *memoria,* aquellos lazos anudados en Grecia antes de Cristo, y que unieron indisolublemente el *mythos* con el *logos*[323]. En ese recorrido potencial no debería causarnos extrañeza que más de un cultivador contemporáneo de la *historia intelectual,* en su defensa del papel tradicional de la

historia y las humanidades –su papel formativo frente a pretendidas perturbaciones «científico-sociales» demoledoras del canon clásico–, incluya la reivindicación del cultivo de la *memoria* como algo prioritario y esencial, irrenunciable[324]. Tampoco debería sorprendernos el que, entre tanto, otros nos hagan reparar a su vez en que es el propio término de *memoria* el que corre el peligro de convertirse en invención, en «mito»[325].

En el marco del *historicismo liberal* la historia, en su conjunto, estaría obligada de antiguo a satisfacer funciones que evoca entre nosotros Juan Pablo Fusi: preservar la *memoria colectiva* y entender –y *afirmar,* añade el propio Fusi– la naturaleza plural de la realidad[326]. Queda así validada la eterna prescripción acerca de la *función moral* de la historia y de la consecuente tarea del historiador[327]. [Mas cabría añadir, glosando a Balandier, que también es «plural» la memoria colectiva misma –como se empeña en destacar la nebulosa historiografía actual–, salvo que, como a veces ocurre en la práctica creando confusión, se identifique «memoria colectiva», sencillamente, con «memoria oficial».]

Un historiador de vocación teórica como es Philippe Ariès escribió a propósito de estas cuestiones, ya a fines de la década de 1940, de manera distinta. Entendía Ariès que la *historia del presente* –que entonces se presentaba a sus propios ojos como renovación– apenas se distinguía del uso estricto del concepto de *«contemporaneidad»,* pero veía que aquélla reintroducía de distinta manera el problema del *tiempo,* subrayando la doble dependencia del *presente* que afronta el historiador al cultivarla: «Como las otras historias», decía Ariès, «la historia contemporánea no puede ser sino comparada», pero si bien «el historiador del pasado debía referirse a su presente», el historiador del presente debe en cambio «abandonar su [propio] presente para entrar en relación con un pasado de referencia». Y añadía, finalmente: «El historiador del pasado debía tener de su presente una conciencia ingenua de contemporáneo. El historiador del presente debe tomar de su presente un conocimiento arqueológico de historiador. Si no, la estructura que quiere definir le resulta demasiado natural como para que pueda percibirla claramente. El historiador del presente, y no el del pasado, debe salir de su tiempo no para dejar de ser hombre de un tiempo determinado, sino para serlo de otro tiempo». Lejos de conformar, este párrafo largo, un juego de palabras ingenioso, se ilumina *in extenso* en el marco de la breve, y envidiablemente concreta, definición de «historia» que Ariès proporciona: «La historia nace –escribe– de las relaciones que el historiador percibe entre dos estructuras diferentes en el tiempo o en el espacio»[328].

Desde entonces acá la *historia del presente*, como una forma propia, y específica, de «*pensar lo histórico*» (es decir, de generar un pensamiento que

parte del presente para entender aquello que *ya no es*, *pero que sigue actuando* hasta ahora mismo), ha ido cobrando por los diversos países fuerza y personalidad. Y ha sido objeto de influencias procedentes de las ciencias sociales, algunas de cuyas perspectivas académicas más fructíferas trataré de hacer ver.

Hay sin embargo algo, que sí es relativamente nuevo en aquella relación abismal que constituye su núcleo mismo (la *historia*/la *memoria*), visto este objeto desde la perspectiva general. Consiste en la incorporación de un tercer elemento a aquel binomio básico, de manera que la relación es ahora, indiscutiblemente, triangular: *historia*, *memoria* e *identidad*. Se incorpora por tanto aquel último concepto, antropofilosófico, abordado por la sociología cualitativa después. Podría ser, con todo, que ese tercer concepto –*identidad*– se hubiera hecho *explícito* referido al plano social o colectivo en un tiempo reciente, en tanto que antes sólo se hallaba *implícito,* al venir referido a lo particular o individual. Lo importante es, en fin, que la nueva configuración conecta los tres espacios de modo indisoluble.

Es importante no perder nunca de vista, a partir de ahora, que el historiador de la memoria tiene que vérselas, indefectible y simultáneamente, con *lo individual* y *lo social,* a la vez que no puede prescindir de una *doble consideración del tiempo,* diacrónica y sincrónica. Todo ello implica reordenar constantemente las nociones diversas referidas a *lo cultural, lo biológico, lo actual* y *lo histórico*. Porque todas ellas confluyen, a su vez, en la noción de *identidad*. Se refiere esta última tanto a la sensación particular de un «yo» permanente («yo mismo» o «persona»: el *self,* en inglés) que *perdura* a través del tiempo y de los cambios, que se interpretan de preferencia «accidentales», como al *sentimiento de pertenencia* o *adscripción* a un grupo determinado. Para Paul Ricoeur, por ejemplo, la identidad sería un proceso de *autointerpretación* mediado por estructuras sistémicas y *narrativas*. Y, como todo proceso interpretativo, implica una dimensión moral, de imputación de *responsabilidad*[329]. Evitar las posturas marcadamente *presentistas* y *funcionalistas* (las que todo lo reducen a «invención»), tanto como las simplificadoramente *esencialistas* (las que hablan de la existencia intemporal, *invariable*, de los valores que la componen) suele ser una advertencia frecuente en las ciencias sociales, sin que eso signifique sin embargo un total cumplimiento del precepto por parte de sus propios practicantes.

La *identidad* social aparece, por tanto, como una construcción (histórica y cambiante) derivada de la *memoria* colectiva, construcción que la *historiografía* alimenta y sostiene, y que contribuye a proyectar. Por eso las versiones que «anulan» la memoria, las que «no sólo crean un mundo de ficción» sino que sirven para aniquilarla, para «arrancar de la historia un inmenso acontecimiento»

(el holocausto obviamente el primero, en el conocido texto de P. Vidal-Naquet), no son explicaciones ni interpretaciones *alternativas* (luego opinables) de los procesos –como algunos sostienen– sino, sencilla y simplemente, una *mentira*[330].

Sucede, sin embargo, que la *memoria* –el instrumento capaz de llevar hasta el fondo, en toda su dimensión individual, el potencial de comprensión humano– no ha sido, salvo excepciones como las de Bergson o Halbwachs, un asunto que despertara demasiado interés en las orientaciones filosóficas europeas más importantes del siglo XX, hasta llegarse quizá a Paul Ricoeur. No obstante, los historiadores del continente hemos vuelto otra vez sobre este asunto antiguo hacia mediados de los años ochenta, y lo hemos hecho con renovada energía y no oculta pasión. Era por entonces, precisamente, cuando el asunto de la memoria, en paralelo al redescubrimiento de la fenomenología y al auge del desconstructivismo, volvía a ser objeto de atención, sobre todo en los Estados Unidos[331]. [De las relaciones entre unos y otros enfoques diremos, brevemente, que no siempre cruza la historia, en sus aplicaciones, esa frontera doble entre filosofía e historia intelectual que facilitaría sin duda una relación *directa*[332], sino que tiende más bien a refugiarse en los préstamos de las ciencias sociales, como más abajo volveré todavía a recordar.]

La noción de *memoria colectiva* que la mayoría de los historiadores aplicamos sigue siendo tomada, en principio, del sociólogo durkheimiano francés Maurice Halbwachs, que escribiría sus textos entre mediados de la década de 1920 y fines de los cincuenta[333]. Su uso conduce directamente a lograr una reinserción analítica del *acontecimiento,* que vuelve así a ser considerado crucial en la experiencia historiográfica, puesto que alimenta la reflexión del grupo sobre el *tiempo*.

Siendo este enfoque el que más interés ha despertado en nuestra propia historiografía, enumeraremos a continuación sus principales notas distintivas. Son éstas, a saber: el interés renovado por la *cronología,* la predilección por los periodos de *ruptura* (significados a su vez por eventos de índole *política*), un cierto acercamiento a la *comparación,* el uso de las *fuentes orales* y, en fin, un evidente afán por mostrar que el trabajo de los historiadores consiste, normalmente, en hacer *historia* y no, en cambio, práctica periodística[334]. Sin embargo, para muchos observadores, conscientes de la débil frontera que separa uno y otro de ambos oficios, sigue apareciendo extremamente opaca y frágil la fundamentación teórica.

Pero en las ciencias sociales se han manejado, ciertamente, otras perspectivas sobre la memoria, la mayoría de ellas nacidas en el mismo periodo que las de Halbwachs (el primer tercio del siglo XX), pero ignoradas por los historiadores

hasta hace bien poco. El psicólogo ruso Lev Vigotski, por ejemplo, había presentado en los años treinta una teoría de la *mente* humana que incorpora también la *dimensión social* de la memoria[335], mas la ignorancia general de esta perspectiva –no incluida hasta muy recientemente en las corrientes psicológicas– permitía a muchos seguir creyendo que la memoria era un *proceso psicológico libre,* aislado, y no un *hecho social*. Desde hace unas décadas, en cambio, la *psicología cultural* ha reemprendido aquella dirección, poniéndola en relación con las más empleadas en la sociología, una dirección que a su vez se halla abierta sin reservas a las tendencias de tipo *relacional*[336]. [Apenas incide aún, sin embargo, en la práctica este otro tipo de formulaciones más complejas, al menos en Europa, en la mayoría de los estudios historiográficos que llegan a nuestras manos.]

Pero quizá alguna ráfaga de la *nueva* filosofía (el pragmatismo de Rorty, por ejemplo, tan aplaudido) contribuya en un futuro cercano –o esté contribuyendo ya, aunque sea difusa o indirectamente–, a facilitar esa percepción hoy extendida. A propósito de la relación entre *historia de la filosofía* e historia *intelectual* (por cuya conexión aboga la tendencia *neohistoricista*), puede quizá convenirse con Rorty en lo siguiente: «Sin alguna forma de selección, el historiador está reducido a repetir los textos que constituyen el pasado relevante. Pero, ¿por qué hacer eso? Nos dirigimos al historiador porque no entendemos el ejemplar del texto que ya tenemos. Darnos un segundo ejemplar no nos será de ayuda. Comprender el texto es precisamente relacionarlo provechosamente con otra cosa. La única cuestión es la de cuál ha de ser esa otra cosa»[337]. Ésta sería, pues, la tarea del historiador: descubrir, con el mayor grado de certeza posible, cuál sea *esa otra cosa,* y establecer, entre unas y otras, la pertinente *relación*. Nadie duda, no obstante, de que en el centro de todo esto se halla, o puede hallarse, el asunto de la *transmisión*.

La proyección historiográfica mejor resuelta, por el momento, es la que se refiere al estudio emergente de las *«políticas de la memoria»,* con sus dos vertientes «clásicas» (la *memoria oficial* o *pública* de una parte, y de otra, la *memoria social,* es decir, «cómo la sociedad interpreta y se apropia de su pasado»). Este último concepto suele ponerse en relación a su vez con el de *«comunidades imaginadas»,* aquel que, para referirse a los nacionalismos, con tanto éxito aplicó hace más de una década Benedict Anderson[338].

* * * * *

En opinión de los autores franceses de la *historia reciente*, que hacen notar así su filiación directa de la historia política, el interés reciente por la *historia de la memoria* procede del declive de la idea de que existe una sola, firme y precisa, *identidad* nacional. Desde esa posición, el esfuerzo de autores como Pierre Nora y

cuantos, bajo su dirección, se reúnen en la obra colectiva *Les lieux de la mémoire* –un texto decisivo en orden a establecer los hitos constitutivos de la *«memoria patria»*–, podría interpretarse como un intento de *renacionalización* de la *memoria política* oficial, en su propio país. El propio Nora afirmará después que lo que el colectivo de autores reunido en aquella magna empresa pretende ofrecer allí es una contribución a la «Historia de Francia», y por eso él mismo dudaría del carácter «exportable», sin más, de su particular reconstrucción histórica[339].

Influida colateralmente por la escuela de los *Annales* –sin reivindicaciones de su influjo, pero también sin enfrentamientos con ella–, la *Histoire du Temps présent* se propone explícitamente superar lo que consideraba deficiencias de la hegemónica historia social francesa (los prepotentes *Annales*), rescatando al menos una parte de cuanto ésta se había dejado en el camino. Y ello, independientemente de que tal carencia obedeciera a supuestas limitaciones teóricas y metodológicas, o como opina Rioux, a las contaminaciones deterministas del marxismo, al fin y al cabo «un signo de los tiempos»[340]. Pretendiendo la *(re)legitimación* de la política como objeto científico de la historiografía, buscando su *«reinserción en la ecumene del historiador»*[341], los historiadores reunidos en el parisino Institut d'Histoire du Temps Présent (dependiente a su vez del Conseil National de la Recherche Scientifique) han ido definiendo el *tiempo presente,* en las recientes décadas pasadas, como un campo científico «singular» en el conjunto entero de la historia, merecedor de una cierta autonomía[342].

La escuela francesa de historia *reciente,* con sus influyentes escritos y sus poderosas iniciativas editoriales, ha logrado convertir el nombre evocador de *Mnemosine* en una experiencia historiográfica nítida, destinada a durar y prosperar, pero poco dotada de fundamentos teóricos. La labilidad de su conceptualización es, para muchos críticos, decepcionante, aunque la vaguedad de sus aproximaciones no desmerezca su potencial empático, ni estorbe un ápice su capacidad de sugerencia: «Tanto en fenómenos estructurales», escribe Nora, «la memoria obrera, la memoria comunista, la memoria de las mujeres, como en fenómenos coyunturales –la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Argelia–, la noción renovada de *memoria colectiva* ha permitido a los historiadores (en especial en Francia) volver a pensar las relaciones entre el pasado y el presente. Como complemento a las investigaciones a propósito de la opinión y las representaciones, la historia de la memoria colectiva permite definir un nuevo territorio para la historia del tiempo presente».

De esta manera, «memoria colectiva» sería el recuerdo o conjunto de recuerdos –bien conscientes o no– de una *experiencia vivida* y/o *mitificada* por una colectividad que se encuentra *viva,* y de cuya *identidad* forma parte integrante el

sentimiento del pasado. Caben en ella, así, tanto el *recuerdo* de acontecimientos directamente vividos o transmitidos por la tradición escrita, práctica u oral, como la memoria *activa,* alimentada a su vez por las instituciones, los ritos y la historiografía. Tanto la memoria *latente*, que a veces vuelve a ser reconquistada por la práctica política (las minorías étnicas entrarían aquí), como también las memorias *oficiales,* voluntarias y orquestadas a través de toda una escenografía del *imaginario* propio, y en las que toman parte naciones y familias, iglesias y partidos. Todas ellas formarían esa «memoria colectiva» fluyente. Incluso las *memorias sin memoria,* pues «su gama es infinita».

La influencia contextual de la *«historia de las mentalidades»* sigue siendo visible en dicho planteamiento, al menos en sus líneas generales, vistas hasta aquí. De manera que la toma de decisiones, la *acción* de los actores sociales en general, no van a ser sólo interpretadas a la luz de una racionalidad cualquiera, sino teniendo en cuenta muchas veces lo *no racional,* viéndose obligado entonces el historiador a inscribirse en la delimitación fronteriza –tan delicada– que existe entre *lo consciente* y *lo inconsciente*[343]. Operan, pues, los historiadores del presente sobre el velo que custodia lo que está *oculto* o *no expresado,* lo que subyace a la voluntad manifiesta de grupos e individuos, lo que se calla o no se dice, tratando (si se puede) de averiguar por qué.

La historia *del tiempo presente* vendría así a reparar una vieja herida, cumpliendo el historiador con su tarea básica según las reglas del historicismo: salir al paso de aquel «debilitamiento» de la conciencia nacional (encarnada en la República francesa, laica e igualitaria) cuya evidencia, entre otros signos, vendría dada por la proliferación de *«contramemorias»*. Entre éstas se halla la *feminista,* desde luego, pero ya antes estaba la memoria *de clase* (especialmente la clase *obrera*) o las memorias *étnicas,* de creciente importancia en la investigación.

Variedad pues, y fragmentación, incrementadas en relación al peso y al relieve adquirido por las *fuentes orales* (que tienden a multiplicar relatos y experiencias, diferenciándolos y personalizándolos), pero también en conexión directa con la capacidad versátil de los medios de comunicación actuales para hacer accesibles a un público diverso productos de consumo muy diferentes, con su innegable *autoridad* para «vender» y hacer prevalecer etiquetas o eslóganes que remiten a rasgos –más o menos difusos, reales o inventados– de una determinada *identidad*.

Manteniendo una notable ambigüedad en su formulación, la *historia del tiempo presente* francesa se define a sí misma como un intento de «*representar la historia de las gentes vivas*» en toda su complejidad. Historia *escrita* por sus protagonistas (o *rodada* en primer plano, como en el cine), bajo la ayuda experta del historiador («testigo» y, acaso, también «juez»). Es éste el que interroga y

responde, el que asigna los papeles a los actores y los redistribuye. Tal proceder merece, según creo, una consideración contextual que expongo de inmediato.

Las connotaciones presentistas y constructivistas de tal planteamiento parecen obvias. La propia *historia reciente*, como discurso práctico, contribuye a la tarea política, a su praxis, de modo activo; y ni lo niega ni desea esconderlo. En confluencia o en competencia con aquellos mismos medios de comunicación y/o con las políticas concretas de los gobiernos y las instituciones, la *circulación* de textos que se ocupan de analizar el presente constituye la contribución de los historiadores del *tiempo presente* a una configuración sociopolítica, inscribiéndose voluntariamente en la relación entre *aparatos de poder* y *actores sociales* que, consciente o inconsciente, caracteriza a toda *situación* determinada, y viniendo a reforzarla.

Porque al sellar y estabilizar con sus discursos una cierta visualización social del *pasado*, están mirando siempre hacia el *futuro*. Al parecer, Einstein le dijo a Carnap una vez que la experiencia del *ahora* «significa algo especial para el hombre, algo esencialmente diferente del pasado y del futuro, pero que esta importante diferencia no tiene, ni puede tener, un sitio en física», porque «existe algo esencial acerca del *Ahora* que escapa al dominio de la ciencia»[344]. Sin embargo Einstein, al parecer, ¡no dijo nada de la historia…!

No existe sin embargo una vía tan sólo por la que esa articulación entre historia y memoria que nos ocupa ahora pueda llevarse a cabo, ni hay una única propuesta teórica y metodológica para su estudio. Memorias *múltiples* van respondiendo sucesivamente a estímulos *diversos,* que proceden de *distintos* entornos y que obedecen a intereses a veces *contrapuestos,* todos ellos a su vez *legitimados* por el entorno *democrático* en que se producen.

Como la mezcla de *historicismo* y *existencialismo fenomenológico* que dominó a principios del siglo XX ya intentó conseguir en su día (aunque sin invocarse, ahora, este iluminador precedente), se proponen los historiadores del presente hacer una historia *viva*, en la que la *experiencia vivida* de los propios sujetos históricos se expanda por el campo a explorar y lo recorra y lo llene entero, *invadiéndolo* y apropiándoselo, haciéndolo *comprensible*.

Retorna así de hecho, más o menos explícita, aquella identificación entre el científico social y su objeto –la *conexión empática* e *intuitiva*– que, durante décadas, la historia explicativa y cientifista se empeñó en erradicar[345]. En consecuencia, se considera asentado que los historiadores construimos *interpretaciones* de los procesos (más o menos *explicativas* y causales) y que fabricamos *conjeturas* dotadas de *verosimilitud,* en las que somos *nosotros mismos* quienes elegimos los hilos que forman el tejido.

Y que lo hacemos en virtud de *nuestra propia experiencia* y nuestras expectativas de *futuro*[346]. La mayoría de los historiadores, independientemente de la escuela o la tendencia, lo pensamos así. «Toda predicción sobre el mundo real se apoya en gran medida en alguna clase de inferencias sobre el futuro a partir de lo que ha sucedido en el pasado, es decir, a partir de la historia», escribía Eric J. Hobsbawm en 1981. «Por tanto, el historiador debería tener algo pertinente que decir sobre el tema. A la inversa, la historia no puede escaparse del futuro, aunque sólo sea porque no hay una línea que separe a los dos. Lo que acabo de decir pertenece al pasado. Lo que estoy a punto de decir pertenece al futuro. En alguna parte entre los dos hay un punto que es teórico pero que se mueve constantemente al que, si ustedes quieren, pueden llamar presente [...]. No podemos pedirle al pasado respuestas *directas* a ninguna pregunta que no se le haya hecho ya, aunque podemos usar nuestro ingenio de historiadores para ver de inferir respuestas indirectas de lo que ha dejado detrás de él. A la inversa [...], podemos hacerle al presente cualquier pregunta que le sea posible responder, si bien cuando llegue la respuesta y se tome nota de ella, en rigor ya pertenecerá al pasado, aunque sea un pasado reciente. No obstante, el pasado, el presente y el futuro forman un continuo»[347].

Lejos quedan aquellos otros tiempos en que, al referirse al pasado inmediato, los autores de un manual de uso frecuente que en 1939 encabezara P. Renouvin[348], consideraban que aún quedaba trabajo por hacer a favor de la dichosa *objetividad* en historiografía, siendo que el «trabajo de [la] crítica histórica» apenas se había esbozado y que «las interpretaciones [se hallan] frecuentemente dominadas por las pasiones partidistas y nacionales»[349]. Había, pues, que evitar la *implicación* del historiador de su obra *científica,* sacar su personalidad de la tarea.

Ahora, en cambio, la posición de los historiadores *del presente* es contraria a mantener esa percepción negativa de la presencia directa del investigador en el objeto de su estudio, a juzgarla un obstáculo para el conocimiento. De manera que la historia del presente ya no considera la *subjetivización* ideológica (o la proyección política incluso) un inconveniente *insuperable* para el avance de la investigación, siempre que se respeten –claro está– las reglas de la deontología y no se llegue hasta la propaganda o el panfleto.

Más claramente dicho: se es consciente de las limitaciones hermenéuticas de nuestro oficio y, lo que es más importante todavía, en los casos determinantes –los más brillantes también– se expone en el relato, de modo explícito, que se está sirviendo a un proyecto político e ideológico concreto (el Estado-nación) que en el caso francés, específicamente, aboga por el racionalismo y la centralización, el laicismo y la igualdad. De una forma u otra, por lo tanto, con matices diferentes

de método y más o menos preocupación teórica, ha sido prioritario vincular tal subgénero de la investigación histórica (la *historia reciente*) al nervio político estatal-nacional, a su defensa y reafirmación en un periodo histórico difícil, dificultad que se prolonga hasta *hoy*.

* * * * *

Incipiente aún, entre nosotros, la reflexión sobre la naturaleza fenomenológica y existencial de esa historia *vivida* (vuelvo a remitir a J. Aróstegui para seguir el paso de su formulación), se perciben varias vías de institucionalización de esta nueva perspectiva historiográfica, algunas ya logradas y otras en curso. No todas ellas aportan novedad, ni todas exhiben la misma idoneidad teórico-metodológica, ya que a veces, bajo cualquiera de las atractivas denominaciones que cobijan a la historia *reciente,* parece no encontrarse más que historia política convencional. Se echa de menos, en especial, la conciencia del *giro textual* derivada del hecho de rastrear la naturaleza del *presente* a través de la doble *experiencia,* o mejor, de la experiencia *entrelazada* o *interrelacionada* del «testimonio» (o fuente oral) y el discurso del propio historiador. [Pero si variamos de etiqueta, y en vez de «historia del presente» elegimos la de «historia social hecha a partir de fuentes orales», sí hallaremos en cambio ejemplos de esta otra percepción. Cristina Borderías, muy especialmente, mostrará estos aspectos del relato biográfico y los problemas de la creación de identidad.]

Vuelvo a insistir en que, en sus fundamentos filosóficos más extendidos (en parte bajo la influencia de Ricoeur)[350], el análisis del *presente* representa un acercamiento al objeto histórico en el que la *subjetividad* no resulta *a priori* condenada o maldita, sino con más frecuencia lo contrario. En ese proceder imbuido de «tentación hermenéutica», la *implicación cognitiva* y *emotiva* del historiador no será nunca satanizada como si se tratara de un serio obstáculo para el conocimiento, una pantalla oscura que esconde la *verdad*. Sino que se considera a esa experiencia *interactiva* un factor positivo, que interviene activamente en la generación de conocimiento, un modo bien legítimo para llegar a él[351]. Algunos le han llamado el *nuevo paradigma,* aunque no sea tal hablando en paridad. Con todo, salvo en Alemania y los Estados Unidos, son pocos los practicantes de la historia reciente que, a estas alturas, apliquen los recursos hermenéuticos con radicalidad y soltura. Y ahí es donde conviene recordar, con David Thelen –y hacerlo acaso de modo permanente–, que «en un estudio sobre la memoria, lo importante no es hasta qué punto un recuerdo encaja exactamente con un fragmento de la realidad pasada, sino por qué los actores históricos construyen sus recuerdos de una cierta forma, en un momento dado»[352].

En cuanto al asunto de las *fuentes* disponibles para abordar el estudio del *tiempo reciente,* es cierto que la sobreabundancia de posibilidades marca y sostiene tensa la tarea del historiador. Seleccionar las fuentes reduciendo al máximo su aleatoriedad –más necesario aún acaso en ésta que en otras perspectivas– refuerza, sin embargo, el carácter *interpretativo* de la argumentación. Una extrema cautela debería guiar la elaboración historiográfica de la experiencia –*generacional, social* o *de grupo*– en que se cruzan lo *psicológico* y lo *político-social*. Hoy por hoy, sin embargo, buena parte de la historia reciente efectivamente realizada (y sobre todo la de influencia francesa) se mueve en el contexto de la cultura política, y dentro de él, remite casi siempre a la idea de *nación*[353] y a la construcción de la(s) *memoria*(*s*) nacionales. Conviene por lo tanto que dediquemos a la noción de *«memoria»,* tan vaga y tan compleja –y tan ambigua en sus usos históricos–, toda nuestra atención.

Merecería un primer término la relación establecida entre el concepto de *memoria* y el holocausto judío. Relación que constituye por sí sola un capítulo largo, intenso y conflictivo, de este interés historiográfico creciente sobre la memoria, un *tópico* crucial que, al margen de su inevitable repercusión política, ideológica y cultural, es muestra privilegiada del potencial y la variedad metodológicos cuya refracción inevitable se produce en los Estados Unidos[354]. Gabrielle Spiegel, explorando la consideración del *tiempo* en dos momentos diferentes del pensamiento histórico judío (la Edad Media y el que sigue al holocausto), tratará de combatir la frecuente tendencia de la historiografía a «sumergir la historia en la memoria», confundiéndolas[355].

La relevancia de la cuestión judía en este punto es de primer orden, y no ha dejado de ser abordada, sin solución de continuidad, en la importante literatura referida a las políticas de *construcción de la memoria* judías[356]. Hacer mención aquí del «asunto Goldhagen» y la polémica suscitada sobre el *silencio* y el *olvido,* multiplicando su interpretación el número de cómplices ante el horror nazi[357], parece aquí obligado. La propuesta de Daniel Goldhagen, que reafirma la excesiva *«otredad»* de la sociedad alemana *(«sin un otro no existe un yo»),* la cual permitió que el nazismo creciera sobre un sustrato antiguo, de honda tradición antisemita y xenófoba, comporta adoptar la mirada del antropólogo, aquél «que desembarca en una costa desconocida» e invita al historiador «a idear unas explicaciones que no concuerden con sus propias nociones de sentido común»[358].

La *fusión* de conceptos como aquéllos (y la *tensión* que implican) lleva también a otras consecuencias. Podría repararse, como hace el novelista húngaro Imre Kertész, en la trivialización y progresiva rutinización del holocausto que parece desprenderse de tantos y tan «sentimentalizados» rituales, esa especie de «*kitsch*

de Auschwitz» –como él mismo le llama– que se halla en danza por doquier: «¿A quién pertenece Auschwitz?», se pregunta Kertész, persuadido de que sólo quienes han vivido efectivamente *aquello* (y han sobrevivido) pueden *hablarlo,* irrepresentable la *singularidad* de su experiencia...[359]. La banalización contemporánea del fenómeno *memoria/historia*, la apropiación mediática por parte de quienes no han vivido el horror es una forma superior de traición. Porque, si «el conocimiento del holocausto es posesión exclusiva de las víctimas», como acuerda el argentino Alberto Manguel, «la lección más terrible del holocausto es que no hay lección [...]. El mal no tiene compensaciones que ofrecer, ni siquiera a la experiencia»[360].

El crítico cultural Dominick LaCapra afirma que los modos de *representación* del holocausto, la *Shoah* tal y como está siendo tratada por la historiografía, proporcionan una ocasión excepcional para plantear la interacción que existe entre historia y teoría, de cara a superar la polarización binaria abierta, desde los griegos, entre lo que él llama «historicismo» y lo «estructural», es decir, entre la historia, convencionalmente identificada con *diacronía* y la teoría, o *sincronía*. «Canonizado» el holocausto en un pasado reciente, como afirma LaCapra, funcionaría como un punto de ruptura entre «lo moderno» y «lo posmoderno», de manera que a su través podría indagarse a propósito de cuestiones tan cercanas al individuo de nuestros días como la fijación a lo *sublime,* o la –frecuentemente obsesiva– preocupación con tópicos como la *pérdida,* la *aporía,* la *desposesión* o el *significado diferido*[361].

En términos más pragmáticos, incluso coloquiales, lo cierto es que la cuestión de la memoria (memoria *colectiva*) se ha convertido en las últimas décadas en una inmensa caja de resonancias emocionales e ideológicas, difundidas a lo largo de todo el mundo y casi, prácticamente, aplicables a toda situación. La reiterada y enfática, insistente presencia del silogismo de Orwell *(«Quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado»)* lo llena todo, logrando movilizar a conjuntos enteros de la población. Nadie puede decir que la preocupación por la *memoria* le sea del todo ajena, nadie niega tampoco que, en su fondo, se halla la cuestión del *poder*...

No obstante, la relación entre el poder de la memoria y el control político sobre ese mismo poder, aun siendo asunto que se menciona constantemente –la admonición perpetua a propósito de que éste es uno de los más altos riesgos de nuestro oficio–, sólo últimamente se ha abordado en la historiografía, en ese análisis de las *políticas de la memoria* que más arriba mencioné como un capítulo importante de la actual investigación[362]. Con intención polémica, se ha dicho que la memoria no es «lo contrario del olvido», y además que «el olvido no existe», por lo que convendría quizá dedicar a este último mayor atención teórica,

como ha propuesto Ankersmit[363]. Pudiera ser también que el propio *olvido* haya encontrado una forma reciente de irrupción, paradójica, en esa *«saturación»* de la memoria que percibía hace poco, un tanto sorprendida, la historiadora francesa Régine Robin[364].

La «verdad» del pasado –y esto puede ser aplicable a sociedades con cierto grado de libertad, pero es inservible para las totalitarias– es, al menos potencialmente, *cuestionable*: «No se encuentra claramente depositada en ningún informe ni archivo social objetivo, ni tampoco resulta infinitamente maleable al servicio del presente. La *verdad* del pasado no se obtiene como un *«hecho»,* ni tampoco exactamente como una *«invención»,* sino como un logro epistemológico creado mediante la *dialéctica* y la *discusión* entre posturas contrarias»[365]. Y para que las *experiencias comunes* lleguen a formar parte de una memoria *social* de forma duradera (algo más amplio y compartido que una memoria *colectiva*) debe encontrarse un cierto grado de *consenso*. El cual supone, a su vez, la existencia de formas de compartir los acontecimientos que se vean acogidas por los actores sociales con agrado. Es decir, que sean y/o se muestren capaces de *cautivar*[366].

Para algunas corrientes de la *antropología,* como también de la sociología cualitativa[367], éstas no son problemáticas nuevas. En el funcionalismo, por ejemplo, constituye un axioma la idea de que la construcción de la *memoria colectiva* gobierna todas las sociedades humanas, sin distinción. *Realidad* social, y no pura metáfora, la memoria es transmitida y sostenida con el papel *activo* del grupo al que remite, en esta perspectiva socioantropológica cuya versión más estructuralista supone que incluso la memoria más íntima, la más recóndita, se halla conectada con el *pasado social,* con los *símbolos,* con el *paisaje* y la cultura que la *lengua* transmite. Así, lo que se recuerda *–la construcción que hacemos del pasado para explicar el presente–* es indudablemente fruto de *conflictos,* que son sociales, ideológicos y políticos a la vez[368], y que se libran a propósito de qué cosa sea, precisamente, lo que hay que recordar. De modo que, en una sociedad dada, coexisten en equilibrio *distintas memorias* que, a menudo, se oponen y se contradicen entre sí.

El *olvido* complementa, de esta manera, lo que se recuerda[369]. «No hay monumento ni obra conmemorativa que no lleve tácitamente la inscripción: "Recuerda y reflexiona"», pero «la ausencia tambien puede ser un monumento», idea u ocurrencia impresa en negativo que se hizo muy común en el siglo XVII, como nos recuerda Manguel. Incluso «la desolación, como sabían los romanos cuando destruyeron Cartago, también se conmemora»[370].

* * * * *

Es evidente que no todos los rastros del pasado se recuperan, como se entiende en la perspectiva funcional que ha dominado las ciencias sociales. Sólo se recuerda aquello que *sirve para algo en el curso de las acciones presentes,* viene a decirse. El *olvido* puede entonces ser, por tanto, social y políticamente, tan importante como el recuerdo, en una especie de «no activación de los rastros de pasado existentes». El antropólogo Evans-Pritchard, en los años treinta, había tomado ya el olvido como parte integrante de la organización social de una tribu del Sudán, los nuer, de modo que estableció a partir de él un modelo operativo general que luego se ha continuado aplicando en la antropología[371].

La *cultura* misma sería un *registro externo* de memoria y una *selección de olvidos*. Los artefactos de la cultura, del medio *sociocultural* en que se insertan los individuos y los grupos sociales, se revelan potentes para transformar incluso la memoria natural. Porque la política, y la ideología que la sostiene, son capaces de «decidir qué aspectos del presente han de ser memorables para el futuro». A su vez Mary Douglas, asimismo desde la antropología –y a partir de la idea *fuerte* del sociólogo Robert Merton de que también la ciencia cuenta con el olvido como una parte intrínseca de su organización–, articuló los efectos de la presión ejercida por la vida institucional sobre el recuerdo, reconstruyendo su juego sinuoso con el olvido y desvelando las normas que gobiernan la *construcción social* de ambos procesos, un asunto sobre el que también pensaría, si bien de otra manera, Michel Foucault[372].

Desde la *sociopsicología* se nos recuerda a su vez (como hacen Pennebaker y Crow) que «el impacto a largo plazo de los sucesos ayuda en sí mismo a determinar las memorias. Por ejemplo, los estudios sobre memorias individuales demuestran que la gente tiende a no recordar sucesos u objetos comunes que no han tenido impacto personal o importancia adaptativa [...]. Una guerra puede dar la impresión de estar cambiando en aquel entonces el curso de la historia. Sin embargo, si una vez terminada la guerra no se siguen de ella efectos personales y/o institucionales evidentes, existirán pocas memorias colectivas»[373].

El *psicólogo* Alan Radley, en este mismo plano, destaca el valor de las *cosas,* de los objetos o artefactos, en la rememoración. Y puesto que ciertamente son objetos buena parte de los elementos que intervienen en la conformación de las memorias *colectiva* y *oficial* –pero también lo son las *huellas* que manejamos los historiadores–, conviene retener alguna de sus apreciaciones: «El recuerdo –dice Radley– es algo que se da en un mundo de cosas, así como de palabras, y los artefactos desempeñan un papel fundamental en los recuerdos de las culturas e individuos». Sucede, ciertamente, que «sobreviven en formas que sus creadores o propietarios no determinaron, y se convierten en pruebas a partir de las cuales se pueden reconstruir otras interpretaciones del pasado», de manera que aquella

propiedad de las cosas «compartida hasta cierto punto por los textos escritos, ha dotado a ciertos artefactos de un lugar especial como símbolos del pasado».

A su vez, «las culturas difieren en cuanto al grado en que se emplean los artefactos en este sentido, y en las sociedades modernas, con sus desigualdades en cuanto a la propiedad y el control del consumo, las clases y los grupos se diferencian en cuanto a su relación con las cosas como potencial para recordar tiempos pasados». En una afirmación como la de Radley se halla implícita «la idea de que los objetos pueden ser transformados con respecto a su función, tanto personal como culturalmente. Un artefacto que ayer era funcional puede convertirse mañana en un recuerdo o una pieza de museo, aunque ese desplazamiento lo conduzca hoy a un limbo en el que su utilidad sobreviva, salvo que se redescubra o señale como de utilidad especial»[374].

Muchas de las apreciaciones anteriores no eran inéditas en las ciencias sociales, hay que insistir en ello. El vínculo que liga la *memoria colectiva* a las *relaciones de poder* existentes en una sociedad dada lo había subrayado ya, por ejemplo, Halbwachs en 1925, quien había advertido además del necesario *sesgo conflictivo* que asume la construcción de la memoria (siendo que no hay, sin duda, una sola sociedad en la que no sea discutida la operación de tales consecuencias que lleva a cabo el grupo dominante). Habrá, por tanto, *diversas memorias* colectivas, unas más fuertes que otras, lógicamente, y por lo general *competirán* entre sí.

En cuanto a la mecánica de *construcción* de esas memorias, podemos convenir que no es desde luego «fácil que palabras, ideas o seres no familiares se conviertan en usuales, próximos y factuales. Para darles un aspecto *familiar* hay que poner en marcha los dos mecanismos de un proceso de pensamiento basado en la memoria. El primer mecanismo busca «anclar» ideas extrañas, reducirlas a categorías e imágenes ordinarias, asentarlas en un contexto familiar. El segundo mecanismo busca «objetificarlas», es decir, convertir algo abstracto en algo casi *concreto*, transferir algo que está en la mente a algo que casi existe en el mundo físico. Ambos mecanismos buscan hacer familiar lo que no es familiar, y las representaciones son un resultado de su funcionamiento»[375]. Los mecanismos usuales de la cultura *popular,* especialmente en las sociedades modernas, sirven de cauce a esta operación. Preguntarnos acerca de *qué es lo que alimenta periódicamente a las memorias colectivas,* qué es lo que las hace *duraderas* y fértiles, tiene que ver también con una exploración a fondo de aquellos mecanismos, y seguramente exige la reformulación periódica, constante, de una pregunta que es obviamente filosófica: «¿Qué *significa* recordar?»[376].

Pero desde fuera del gremio de los historiadores –la psicología o la politología– ha venido a reprochársenos que los usos que damos al concepto «*memoria colectiva*» no carecen de problemas teóricos ni de dificultades de aplicación. Hay

quien lamenta los escasos avances conceptuales que nutren esa publicística de éxito indiscutible[377]. Inaceptable el uso colectivo o grupal (social) para la mayor parte de las corrientes clásicas de la psicología (la *memoria* sólo sería un recurso de la psique individual)[378], la batería amplia, casi indiferenciada, de denominaciones y conceptos que los historiadores empleamos (*memoria,* memoria *colectiva* –o *social*–, memoria *dominante,* memoria *latente* y memoria *oficial*) se ha aplicado[379], de hecho, sin despejar las ambigüedades de su uso en el propio Halbwachs, cuando la sociología estaba ciertamente mucho menos evolucionada que ahora. [Por añadidura, los historiadores utilizamos normalmente a Halbwachs sin diferenciar las sucesivas épocas de su pensamiento, que sin embargo tiene importantes variantes internas de matiz, como advierte G. Namer[380].]

Desde la *ciencia política,* en cambio, quizá haya sido mejor cuidada la instrumentación. Intercambiando técnicas de historia oral («conversaciones no dirigidas» e «historias de vida» principalmente) con el análisis de *reacciones* o «remembranzas», evocaciones y rememoraciones ante la presentación de ciertas *imágenes* fotográficas, la politóloga Marie-Claire Lavabre pondría de relieve, para el caso de militantes del partido comunista francés, la existencia de una memoria *en estratos*, en la que la *memoria histórica* no sería más que uno de los componentes interactuantes con una *memoria común* y una *memoria difusa*. En cuanto al fondo teórico general de la cuestión, la misma Lavabre apunta que, «en el momento en que se invierte la perspectiva, haciendo del presente la fuente del pasado, se puede hablar desde luego de una voluntad de organizar la memoria, incluso de una memoria oficial, pero nada permite afirmar, *a priori,* que exista una memoria colectiva, compartida»[381].

Sin emplear los medios de verificación que son propios de la *sociología* –se nos ha criticado a los historiadores también–, ¿puede hablarse en efecto, rigurosamente, de que sea posible una «memoria» de tipo colectivo, que además unas veces aparecerá indistintamente considerada como «social» y otras como más reducida, *identitaria*...? ¿No corremos el riesgo de dejar englobadas, bajo ese rótulo amplio, experiencias de tipo muy diverso, realidades de naturaleza muy distinta –y no sólo ya psíquica, sino también política–, sin preguntarnos nunca a qué distintas formas de relación entre lo *individual* y lo *colectivo* se refieren...? Lavabre se inquieta, a este respecto, por saber si separa, «con todas garantías», el historiador lo «individual» de lo «colectivo» cuando analiza el cine, por ejemplo, y a propósito de las conmemoraciones, en las que se entremezclan «lo explícito» y «lo implícito», inquiere igualmente si, en historiografía, «se utilizan estos términos como equivalentes de las nociones psicológicas de “consciente” e

"inconsciente"». Son preguntas, acaso, a las que los historiadores no siempre hemos estado listos para responder, o incluso ni siquiera nos hemos planteado.

* * * * *

En cuanto al ámbito cronológico de aplicación de esta historia *vivida* o *del presente*, vendría a ser en principio el periodo posterior a 1945 (para España, en cambio, se propone casi sin vacilar la fecha de 1939). Es dudoso, con todo, que una ajustada aplicación de la *teoría* sociocientífica que hay en su base permita establecer límites fijos a este tipo de historia, u obligue a establecer una cronología al modo de la historia convencional. Aun así, al emplear aquella marca o etiqueta, los propios historiadores no siempre se refieren en verdad al *pasado reciente,* tal y como quedaría definido y abarcado por las metodologías originales[382] que afrontan el asunto: «El historiador del *tiempo presente* –escribe Peschanski– no puede atrincherarse en un periodo establecido de una vez por todas. No solamente porque, como los demás, evoluciona en sus métodos y en su manera de construir un objeto histórico, sino porque, además, se ve obligado a integrar continuamente nuevas secuencias cronológicas, lo que no se produce sin tensiones ni sin dificultades»[383].

No está definido de antemano, por tanto, el horizonte temporal que permita acotar la propuesta, y es ésta variable según autores. Para F. Bédarida, uno de sus principales impulsores, la secuencia abarcada en un estudio deberá remontarse, hacia arriba, hasta los límites de duración de una *vida* humana, en la medida en que dichos límites queden establecidos por *testigos* vivos. Hacia abajo, el límite permanecerá abierto por el tiempo que *corre*, fluyente y fluctuante. Ambos limitadores temporales, y no sólo uno de ellos, son obviamente móviles, e impiden la fijación. Para J. Aróstegui, en cambio, la historia *coetánea* acabaría siendo el resultado de la *propia* experiencia colectiva de una *generación,* hecha por ella misma teniendo en cuenta también, en la reconstrucción, retazos de la experiencia de las otras dos generaciones (anterior y posterior) que la flanquean. En cualquier caso, trascendiendo el concepto más común de *cronología,* son las *experiencias* de los *acontecimientos*, convertidas en *hechos,* las que se erigen en objeto de la investigación[384].

Los contemporaneístas que se quieren historiadores *del presente* tampoco buscan, o no deben buscar, un retorno a la historia política que se ajuste al estilo de Ranke, ni al de cualquiera de los cultivadores «clásicos» del género. Enfrentándose a los historiadores de la autodenominada *nueva historia social* (las mentalidades), encuentran que el «acontecimiento» –al que la práctica y la retórica *anti-événementielle* de los *Annales* condenaron al ostracismo– es sin embargo un vehículo de *representación* de procesos, ya sean sociopolíticos o socioculturales, como una especie de recipiente de *significados*. Y que estos

significados se evidencian descodificables *(interpretables)* con los métodos de lectura que, provenientes de las ciencias sociales, de la semiótica y de la lingüística, el historiador debe estar en condiciones de utilizar[385].

El acontecimiento es, de este modo, «rescatado» de aquella especie de mazmorra donde lo había confinado la historia socio-estructural, y vuelve así a instalarse en un lugar central del discurso historiográfico, en su punto de partida, o de ruptura, si se prefiere. El acontecimiento se reintegra al discurso, para ser valorado en virtud de su incidencia en la *transformación de la experiencia* de los individuos, en la construcción de su *identidad*. [Si esto es así para la psique individual, lo mismo puede decirse en cuanto a la experiencia *colectiva*, a la que se transfiere la idea significativamente.][386]

No en vano las tendencias históricas francesas siguen mostrando aún una viva preocupación sociologizante, y son extremamente resistentes a la individuación del sujeto a historiar. Serán así, de modo prioritario, los distintos colectivos o grupos sociales el objeto privilegiado de esta *reinserción del acontecimiento* que la *«Histoire du présent»* nos proporciona, situándose en lugar preeminente de su repertorio de objetos las naciones y entes colectivos de dimensión nacional-estatal[387], e interesando muy especialmente a quienes la cultivan las políticas de conmemoración[388].

Las *prácticas sociales de la conmemoración,* tan frecuente objeto hoy de controversia, encarnan una tensión continua entre aspectos inmutables del pasado conservados en el presente y esa otra idea del pasado que, al contrario, lo considera transformable, manejable. «Las conmemoraciones –advierten Middleton y Edwards– enmudecen las interpretaciones contradictorias del pasado. El recuerdo silencioso de aquellos que murieron en una batalla silencia también las críticas a los cursos de acción que desembocaron en semejante pérdida»[389]. Por otra parte, aceptamos que las commemoraciones, como los monumentos, pueden cambiar de significado según el contexto, mutando y transformando su carácter de *acumulación* episódica de valores y mostrando, de este modo, su condición de «interpretables»[390].

Parece que una generación tiende a interrogarse por su pasado en un periodo de veinte o treinta años a partir de *experiencias* que fueron *significativas,* que la marcaron mucho, si es que tienen razón J. W. Pennebaker y D. M. Crow. Y que entonces tienden a levantar monumentos, a celebrar conmemoraciones, a escribir libros o filmar películas, transcurrido un cuarto de siglo de que participaran en aquéllas[391]. ¿Qué es lo que explicaría, de ser cierta esa hipótesis, un ciclo de tal tipo, una periodicidad de esa naturaleza a la hora de mirar hacia atrás…? Tres maneras o hipótesis complementarias ofrecían respuesta: una, la «del periodo crítico»; otra, la «del recurso generacional», y la tercera, la de la «distancia

psicológica». Cada una de ellas obedece, a su vez, a uno de estos tres elementos: «El primero tiene que ver con la idea de que hay un periodo crítico en la vida de la gente en el que es más probable que los acontecimientos nacionales afecten más a su *identidad* personal [entre los 12 y los 25 años]. El segundo, que se solapa con el primero, tiene que ver con un argumento *generacional;* específicamente, los monumentos se construyen y las películas se hacen cuando uno tiene el *poder* que le permite crearlas. La tercera explicación se refiere al papel del *tiempo,* que elimina gradualmente el dolor de recordar sucesos negativos» y reduce su carácter traumático. Los historiadores, por nuestra parte, tenderíamos con frecuencia a combinar los tres.

¿Es cierto que, como afirman por ejemplo Schuman y Scott, las personas encuentran *especialmente relevantes* aquellos acontecimientos que tuvieron lugar a finales de su adolescencia o en los primeros años de su juventud?[392]. De ahí se derivarían memorias sociales y/o colectivas *más profundas,* que sin embargo afectarían a una sola cohorte de edad. Correspondería a los psicólogos, es claro, el depurar el porqué colectivo de aquella circunstancia, que tendría que ver con la formación individual del carácter –un tiempo psicológicamente muy lábil, de extremada variabilidad psicológica y emocional–, y a los historiadores seguramente, en cambio, nos incumbiría seguir y reconstruir el *modo en que actúa, en el presente y desde el presente,* la recuperación ritualizada de aquella percepción.

Para lo que suele ser el objeto común y extenso de la *historia reciente* (*acontecimientos* producidos aproximadamente hace 20 ó 30 años, y raramente más recientes), no cabe duda de que alguna de estas consideraciones que acabo de resumir podrían tomarse en cuenta. Y, desde luego, son importantes para la reflexión sobre la *cultura política del presente* y la forma en que ésta asume el pasado. Nina Jhruschova ha escrito que «pocos pueblos aparte de los alemanes están dispuestos a ser honestos» con su reconciliación con el pasado, su *Vergangenheitsbewältigung*. De hecho, parece cierto que «la mayoría de los demás hacen hincapié en lo loable, suprimen lo desagradable y embellecen el resto, o si no, fingen que el pasado no existe en absoluto»[393].

No parece, por último, que hayamos avanzado grandemente, como colectivo profesional, en la aplicación de uno de los enfoques sobre la memoria, el *experiencial,* que siendo idóneo a tal objeto de análisis en un principio, permitiría abordar cierto tipo de objetos que dependen, sin duda, de *la visión del mundo* que tengan los individuos o los grupos. La memoria, vista desde este ángulo –el de las experiencias *afectivas*–, supondría que de su vivacidad y su fuerza emotiva sacan los individuos elementos precisos para la *construcción identitaria,* para la forja de una determinada particularidad colectiva. Algunas de las formas de los

nacionalismos, y en especial de las prácticas *actuales,* corrientes, de muchos nacionalistas, se beneficiarían posiblemente de ahondar en este tipo de exploración (que no es ciertamente inédita, pero sí se refleja insuficiente).

Porque –como subrayan Rosa, Bellelli y Bakhurst– «las memorias colectivas no son sólo representaciones, son también actitudes prácticas, cognitivas y afectivas que prolongan de manera irreflexiva las experiencias pasadas en el presente, como *memoria-hábito*. Estos hábitos, estas prácticas sociales que vinculan el pasado y el presente, son costumbres operativas, cognitivas y relacionales que constituyen el tejido de la *continuidad* de cada grupo social, entrelazado con un universo de significados, de valores y de narraciones que la dotan de cierto *automatismo,* de una cierta inercia. Esta inercia es una de las cosas que debe tratar de explicar la reflexión sociológica sobre la memoria»[394]. Y, por extensión, seguramente debería ocuparse más aun de ella la reflexión historiográfica también.

A veces, si bien no demasiadas, se ha destacado el valor de la *memoria* para el análisis de la *ideología*. Las relaciones entre ideología y memoria, como observa Michael Billig, no se darán con todo en *una sola* dirección *causal*, de manera que la ideología choque con la psicología individual: «La ideología será una forma de memoria social en la medida en que constituya lo que se recuerda colectivamente y también lo que se olvida, o qué aspectos de la historia de la sociedad siguen siendo conmemorados o cuáles son relegados a los archivos del olvido. De esta forma, la memoria será a la vez una parte de las ideologías y un proceso mediante el cual éstas, y por tanto las relaciones de poder en la sociedad, se reproducen»[395]. En cuanto a la relación entre la *ideología* y la retórica, M. Billig advierte igualmente de su carácter fluido, no fijo: «La gente utiliza la ideología para pensar y discutir sobre el mundo social y, por su parte, la ideología determina a su vez la naturaleza de tales argumentos y la forma retórica que adquieren. Esto sugiere que ciertos elementos retóricos constituidos ideológicamente estarán involucrados en el proceso de memorización colectiva»[396].

Y todo ello obliga además, cómo no, a tener constantemente en cuenta elementos del *lenguaje* y el *habla*. Porque, siendo que «la creación y el mantenimiento de una memoria colectiva o histórica es un proceso social y psicológico dinámico», esto implica, entre otras cosas, «el *continuo hablar y pensar acerca del suceso* por parte de los miembros afectados de la sociedad o la cultura. Este proceso de interacción es crítico para la organización y asimilación del *suceso* en la forma de una *narración colectiva*»[397]. A este respecto, conviene retener que «cuando la gente no quiere o no puede hablar abiertamente acerca de un suceso importante, continúa *pensando* e incluso *soñando* sobre él.

[...] Entonces, irónicamente, *intentar activamente no pensar* en el suceso *puede contribuir a la memoria colectiva* en formas que pueden ser igual o más poderosas que los sucesos que se discuten abiertamente».

Los historiadores vivimos en gran medida dependientes de esta relación compleja y oscilante *(político-cultural* y *socio-emocional)* entre memoria y olvido, aunque no lo sepamos o huyamos de saberlo. Y, desde la irrupción de la modernidad hasta ahora mismo, también somos rehenes de esa capacidad de intervenir en dicha relación que tienen los medios de comunicación de masas. Porque es cierto que «en nuestras sociedades contemporáneas existe una enorme polifonía de voces, con múltiples identidades entrecruzadas, con formas de discurso contradictorias, con mercados simbólicos que se solapan...», y con distintas formas de valorar los mismos productos simbólicos en fin[398]. En ese sentido, lo que a veces más se teme (el enorme poder manipulador de los *media*) podría ser, también, antídoto contra el *mito* engañoso.

Ello es seguramente así porque la historia misma (más indudablemente que las ciencias sociales) contribuye a la *construcción* y *difusión* de *una memoria* dada, como venimos reiterando hasta aquí. Siempre lo ha hecho, aun inconscientemente. En periodos pretéritos –hoy quizá no tanto–, la conciencia de esa contribución ha sido clara, militante y explícita en los historiadores. Creciente de nuevo sin duda alguna en nuestros días, es esa misma conciencia de intervención *activa* la que ha convertido en aplaudido tópico de la discusión metodológica, a lo largo de las dos últimas décadas, las reflexiones de un estudioso de la literatura histórica provocador como es Hayden White[399]. La convicción de que existe una *interacción* entre pasado, presente y futuro en las *representaciones* que creamos los historiadores es sin embargo, y, por lo general, una de las constantes más arraigadas en nuestra profesión, como una especie de puntal *historicista* que sólo debilitó o interrumpió, cuando lo hizo, la tentación «cientifista», que creía posible erradicar de nuestro oficio los valores.

Psicólogos sociales como Middleton y Edwards inciden en destacar la tarea periódica de *reactivación de la memoria* que, desde los propios medios de comunicación se ejerce con frecuencia, observando con todo que «como buena parte de las memorias que tenemos, no son sólo rastros del pasado, sino también memorias de activaciones anteriores de esos rastros del pasado –es decir, recuerdos de anteriores actos del recuerdo– que contribuyen a mantener viva una parte de la memoria anterior, cuando una determinada memoria no se activa durante cierto tiempo, resulta cada vez más difícil activarla, quedando más y más en el pasado. En definitiva, va cayendo en el olvido, con lo que una parte de nuestro pasado nos resulta cada vez más remota y ajena». Si es cierto que esta advertencia parte de la psicología *individual,* son los mismos autores los que sin vacilar la extienden a toda clase de agentes del recuerdo *colectivos*. Habría que preguntarse, en este caso, qué parte corresponde a la historiografía en todo ese proceso si, como algunos sostienen, también hay una base *generacional* determinante para el conocimiento histórico[400].

* * * * *

«Un acontecimiento vivido –escribió Walter Benjamin– puede considerarse como terminado o como mucho encerrado en la esfera de la experiencia vivida, mientras que el acontecimiento recordado no tiene ninguna limitación, puesto que es en sí mismo la llave de todo cuanto aconteció antes y después del mismo.»[401] La memoria, en tal caso, a través de los procesos de *recuerdo* que son el resultado de la *activación de huellas de experiencias pasadas al servicio del presente,* nos hace accesible ese pasado, una vez modificado y despachado, y ya para su uso.

Eso que conocemos como *cultura* (y que se constituye a través de lo que llamamos *reproducción cultural*) no es otra cosa, acaso, que el conjunto de mecanismos por el que los seres humanos, a través del tiempo, «han ido desarrollando procedimientos para ampliar la capacidad de mantener registros del pasado, más allá de la capacidad de registrar huellas en la propia memoria biológica corporal». Las circunstancias del presente, en cualquier caso, influirán en la selección de aquello que pase a recordarse y quede contenido en un determinado marco sociocultural.

Si concretamos algunos de los mecanismos a través de los que se efectúa esa selección («sistemas de notación, poemas, historias, rituales o monumentos, como formas de mantener la memoria, de hacer accesibles experiencias que caen mucho más allá del limitado espacio del tiempo de vida de cada individuo»), caeremos en la cuenta de que es justo a estudiar esos mecanismos –y a crearlos, también– a lo que nos entregamos, en general, los cultivadores de las *humanidades* o ciencias *del espíritu*.

No todas las interpretaciones ofrecidas a partir de aquellos registros tienen, es evidente, el mismo éxito; no todos los esfuerzos encierran la misma posibilidad de construir *memorias colectivas*. De ahí también «la ironía de comparar un análisis histórico en el que las versiones del pasado son variables, controvertidas» con los *tópicos sobre la memoria* que andan, aquí o allá, en circulación. Es decir, «con el consenso popular que se representa el pasado como espejo intemporal en el que mirar, cuando se buscan reflejos exactos de los hechos históricos»[402].

«Nuestro *presente*» –los autores de esta formulación que transcribo proceden de la psicología social– «es lo que el *pasado* nos ha legado para construir el *futuro* con los recursos que el propio pasado nos legó. En este sentido, *el pasado nos resulta relevante en tanto que susceptible de hacérsenos presente ahora*. De este modo, aunque nuestro mundo está restringido a experiencias presentes, algunas de las experiencias actuales que el entorno nos produce son susceptibles de actuar como *significantes* de acontecimientos del pasado. Nuestro sistema nervioso está construido también de una manera tal que registra huellas de los acontecimientos experimentados y puede hacerlas accesibles cuando son precisas. Sin embargo, estas huellas del pasado no son registros fidedignos de lo efectivamente acaecido, sino *las trazas que los eventos han dejado en la materia* (viva o inerte) para ser *interpretadas* y utilizadas más adelante»[403].

De todas esas huellas, las que quedan en el mundo físico (y no son exclusivamente internas, propias del individuo) carecen de *significado,* a no ser que resulten accesibles y sean interpretadas por sujetos *reales,* de carne y hueso; permanecen mudas y sin sentido a menos que se conviertan en *«experiencias memorables»*. En su aplaudida obra *The Past is a Foreign Country* (1985), David

Lowenthal indaga sobre cómo ciertos elementos del pasado «se mantienen en calidad de *puentes* básicos entre el *entonces* y el *ahora*. Confirman o niegan lo que pensamos de él, simbolizan o memorializan los lazos comunales en el tiempo y aportan metáforas arqueológicas que iluminan el proceso de la historia y la memoria»[404].

Por otra parte, conviene recordar que el concepto de *memoria* ha ido largo tiempo unido al de *tradición*, dando lugar a aquello que en la teoría social se llama «comunidad de recuerdos»[405]. Y que aquél, el de *tradición*, tiene que ver profundamente a la vez con la transformación de la *percepción colectiva del tiempo* en la «modernidad» y en la diferenciación *cultural* que la misma «modernidad» introduce entre *lo privado* y *lo público* en la sociedad occidental[406]. Otras culturas, como la judía, han discutido estos aspectos, de manera muy seria, desde antiguo: la saturación de ideas en torno al tiempo que aquélla despliega es, ciertamente, excepcional[407].

Un acto de recuerdo es, también, un acto de pensamiento y de comunicación, en el que «un individuo concreto no es solo un *actor* que recita una narración recibida, sino que es también un *autor* que no se limita a evocar, sino que *construye* un producto a partir de los elementos de que dispone; un producto que aúna tres vertientes: *logos* (o realidad factual de los eventos evocados), *ludus* (o forma adoptada por la narración y la explicación) y *mythos* (o valores proyectados por los eventos considerados como memorables para el grupo). De este modo, la memoria (y la historia) colectiva está(n) sujeta(s) a una continua construcción *compartida* entre los miembros del grupo, que *han de negociar continuamente* cuáles son los hechos *memorables,* su *significación* y su *futuro*»[408].

En conclusión, para la mayoría de quienes se ocupan de la memoria como objeto de estudio, el corolario práctico tiene una doble faz. A saber: que el presente *exige* memoria con tal de *existir,* y aun solo por eso, y que ambos *(presente* y *memoria)* están conformados tanto por el *pasado* –que lo influye y acaso lo determina– como por la *capacidad de descubrir huellas* históricas en los procesos actuales. Si la «actualidad» se basa en *conocer,* el «presente» consistirá a su vez en *reconocer* (reconocer *aquello que es preciso* saber).

Una reformulación de la relación entre historia y presente como ésta, si bien se mira, contiene un cierto carácter de *retención* que engloba la referencia al pasado *(retrospectiva)* y la *atención* al futuro *(prospectiva),* y que lo hace sin solución de continuidad. Porque parece claro que «la memoria no estaría ya formada únicamente por los rastros que el pasado dejó, sino también por aquellos aspectos de su presente que los contemporáneos de un evento decidieron que era conveniente registrar. La mediación de estos artefactos culturales, por otra parte, transforma los mismos procesos psicológicos de registro y recuperación de

experiencias, que ahora ya no son sólo susceptibles de ser utilizados de una forma voluntaria, sino que toman una nueva estructura por los nuevos componentes (culturales, artificiales) que intervienen en ellos»[409].

Rescatada de la antropología, por su parte, la noción de *fiesta* se ha incorporado a esta historia del tiempo presente, lo mismo que lo había hecho ya antes, en términos amplios, a muchas de las versiones existentes de la historia social. La fiesta significa un *tiempo* de observancias periódicas de ritos esenciales de la vida colectiva, una actualización de esa memoria compartida que toda comunidad debe reproducir y cultivar, porque son parte intrínseca de su *identidad* propia (y, de hecho, tienden a asegurarla como tal)[410]. Los historiadores, con todo, hemos buscado más la especificidad «política» de alteraciones populares vividas por sus protagonistas con carácter festivo[411], y las hemos ido sumando a *los otros* rastros externos de memoria: monumentos, documentos y elementos diversos que, a menudo, quedan inscritos en el paisaje mismo, en el escenario en que desarrolla su existencia una comunidad.

Percibiendo los recursos conmemorativos como procesos de *construcción* más que, confusamente, de *invención*, la acción de los sujetos podría ser acaso mejor seguida, mejor perfilada, pero también se percibiría más afinado el sustrato material de la composición mítica: «Igual que la Iglesia supervisa la revelación de Cristo para asegurarse de que sigue siendo lo que fue –escribe Barry Schwartz–, el Estado, mediante sus iniciativas de conmemoración, intenta que la apreciación de sus grandes hombres sea independiente de las experiencias de las diferentes generaciones. No sólo los Estados, sino también las organizaciones locales, regionales y privadas mantienen sus definiciones de la grandeza restringiendo la percepción. Cuando queremos crear "un buen símbolo que nos ayude a pensar y sentir", no empezamos desde cero. Más bien partimos de una "personalidad real que satisfaga más o menos estas necesidades", y la mejoramos omitiendo lo innecesario y añadiendo "lo que haga falta para redondear el ideal". La "personalidad real" de partida limita el nivel de lo que puede hacer la memoria colectiva»[412]. Y, a la vez, con ese «redondeo» podremos contextualizar mejor la proyección mercantilista que el consumo social de la *memoria* ha ido adquiriendo en los últimos tiempos, y que ha denunciado John Gillis, por ejemplo[413].

En una perspectiva similar, otros autores subrayan que los acontecimientos seleccionados para formar parte de una memoria colectiva deben siempre poseer, o haber poseido, alguna *relevancia factual que los convierta en disponibles para su reformulación*. Y asimismo convienen en que el límite mayor a la arbitrariedad de las reconstrucciones del pasado está en la pluralidad de memorias existentes: «En la medida en que una sociedad está compuesta por grupos distintos, dotados de intereses y actitudes diferentes, la definición del pasado que cada uno de estos

grupos realiza tiene que contar con las de los demás. En esto, la voluntad de cada uno encuentra un límite. Inclusive la misma historiografia –aun consciente de sus propios problemas metodológicos y del carácter irreversiblemente interpretativo de cada reconstrucción– puede servir como un *límite* o un *contrapeso* a la *arbitrariedad* de la memoria, en la medida en la que expresa una "voluntad de conocimiento" que está controlada por las prácticas discursivas de una comunidad científica»[414].

Ni siquiera en el ámbito más íntimo, a escala de *la vida cotidiana,* es posible reducir el efecto de lo que pasa a ser un «sistema integrado de recuerdos», por el hecho mismo de obedecer a prácticas sociales, a mecánicos de naturaleza colectiva. «Por ejemplo –escriben Middleton y Edwards–, cuando la gente evoca sus recuerdos sobre fotografías familiares o recuerda, en bodas o funerales, experiencias compartidas de felicidad o trauma, lo que se recuerda o conmemora es más que la suma de las perspectivas individuales de los participantes: se convierte en la base de futuras reminiscencias. Mediante el proceso de evocar distintas experiencias compartidas, la gente *reinterpreta* y descubre rasgos del pasado que devienen contexto y contenido de lo que recordarán y conmemorarán juntos en ocasiones futuras»[415].

Hace ya mucho tiempo que un psicólogo, Barlett, escribió que la tendencia humana más general e importante es *«el esfuerzo hacia el significado»*. El significado sería pues tan importante en la vida psíquica, que sin él no sería posible tan siquiera percibir. La relación entre el *acto* de percibir y el *objeto* percibido vendría siempre acompañada de *sentimientos*, y esos sentimientos no serían nunca un subproducto de la experiencia, sino que desempeñarían un papel cognitivo fundamental.

Con independencia de su margen de error (son *reacciones* a una situación, y es posible confundir dos situaciones que despierten el mismo sentimiento), son ellos –los sentimientos– los que acabarían *construyendo los significados que atribuimos a las cosas*. Los *símbolos* que duran –diría el propio Barlett– son aquellos que vienen investidos de afectos o sentimientos, y cuando un nuevo símbolo reemplaza a otro viejo, los viejos sentimientos se adhieren al nuevo símbolo: «Los sentimientos son factores estabilizadores que ayudan a la conservación. Es más, resulta marcadamente fácil establecerlos mediante la educación, y pronto están firmemente arraigados»[416].

Del mismo modo, las *communities of memory* («comunidades de recuerdos») que hoy tienden a formarse, lejos de ser meras celebraciones del pasado, implicarían contextos de *significado* que orientarían a un grupo dado hacia el futuro. Pero, en ese punto, conviene establecer quizá algún tipo de corte, ligado especialmente a las experiencias *de clase*, y recordar por ejemplo –esta vez de

nuevo con Bourdieu– que «para comprender las disposiciones que, según el grado de politización, pueden expresarse en unas posturas políticas "progresistas" o "conservadoras", sería necesario analizar la *inseguridad* profunda que engendra la experiencia de *toda una vida vivida* bajo la amenaza del accidente, de la enfermedad, del desempleo y de la carrera negativa que conduce al subproletariado, y el correlativo apego a las ventajas adquiridas y a las estrategias individuales o colectivas responsables de su adquisición, que no tiene nada en común con el apego al orden establecido»[417].

Las memorias no son, por otra parte, *fijas* e inamovibles. Los trazos de memoria que actúan en el cerebro, escribió el psicólogo Frederick Barlett ya en las décadas de 1920 y 1930, se transforman cada vez que se activan para producir una experiencia concreta, en el curso de una acción en marcha. Esa transformación ayuda a conseguir un sentimiento de *continuidad* que es, a su vez, el que da su *coherencia* a las identidades, el que enlaza indisolublemente el pasado y el futuro, el que elabora los *significados*[418].

Las memorias *autobiográficas*[419] son, en este sentido, la expresión más extrema de esta transformación constante que, como efecto deseado y placentero –tranquilizador–, produce la coherencia significativa. Y en algunos contextos académicos en que existe una gran valoración del análisis del *yo*, los medios anglosajones en especial, las autobiografías desempeñan, como ya vimos, un papel público nada despreciable[420]. Pero sería un error hacer equiparable, ni siquiera en este terreno, el concepto de *identidad* y el de autobiografía. La identidad es –ya lo dijimos antes– la manera por la que el sujeto individual *se relaciona armoniosamente* con el grupo, tanto emocional como social e ideológicamente[421].

Aquellos *significados* a los que se refiere Barlett, por otra parte, no se construyen fuera del lenguaje (de *los lenguajes* puede decirse aún mejor, en plural)[422]. Volviendo entonces a la capacidad política e ideológica de los *media* –y de cara a la valoración de su creciente impacto–, es frecuente que actúen como poderosas «sedes de la creación de la memoria social y como cuerpo de materiales asequibles» a la vez, para el análisis de esa memoria misma[423].

El discurso que procede de esos potentes aparatos limita y condiciona aquello que puede ser pensado y dicho, escrito y recordado; distingue lo *posible* de aquello otro que, por el contrario, *no* puede ser[424]. Pero también es cierto que en la organización *retórica* del recuerdo y del olvido no solo toman parte los *mass media,* como es obvio –y ya hemos señalado–, sino también la *educación* y la *familia*. Y de ahí las permanentes diatribas sobre los contenidos de una materia escolar como la nuestra (que no es ya, en modo alguno, unitaria desde el punto de vista epistemológico, como conviene recordar), a pesar de lo cual sigue

denominándose *Historia*. De ahí también una parte importante de las dudas y vacilaciones de los responsables de archivos y otros centros de documentación, a propósito no sólo de qué se debe conservar efectivamente, sino también del tipo de consultas a realizar y de las autorizaciones pertinentes.

Los hechos se diseminan más cada vez, y es para todos más difícil construir las leyendas. No obstante, la mayor cantidad de información disponible (y su pluralidad) no parece garantía suficiente contra la imposición de los prejuicios o las rejillas de la ideología. Son los pivotes de la cultura política los que nos llevan a saber por qué.

A este respecto, Pierre Bourdieu escribió –y con ello cerramos– que «las probabilidades de que la "elección" política no sea sino una respuesta *políticamente ciega del ethos* de clase, aumentan a medida que se va hacia las edades más altas, hacia las unidades de residencia más pequeñas, o a medida que se desciende en la jerarquía de los niveles de instrucción o de posiciones sociales, y son claramente más fuertes en las mujeres que en los hombres. Aunque esté menos marcada en los obreros, más "politizados", que en los agricultores y pequeños patronos, la contaminación de la política por la moral no perdona a los miembros de las clases populares: en efecto, en aquellos que debido a su sexo –las mujeres–, su edad –los viejos–, su residencia –los habitantes en el medio rural– y, correlativamente, su medio de trabajo –los trabajadores de las pequeñas empresas– están más expuestos a la amenaza de la decadencia social, de la caída o la recaída en el subproletariado», «nada viene a contrarrestar la inclinación al pesimismo, incluso al resentimiento, que lleva al rechazo generalizado de la "política" y de los "políticos", cualesquiera que sean, y con ello al abstencionismo o al conservadurismo»[425].

Los historiadores del futuro (que lo son del *presente,* si es que es acertado al menos en parte lo expuesto hasta aquí), podrán quizá ofrecer para aquélla, como para otras cuestiones de las muchas abiertas, enfoques orientados a buscar solución.

Madrid, agosto 2003

[1] C. OWENS (1985 [1983]), «El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo», en H. Foster, J. Habermas, J. Baudrillard *et al.*, *La posmodernidad,* Barcelona, Kairós, p. 100. También G. FINN (1993), «Why are there no great women postmodernists?», en V. Blundell, J. Shepherd e I. Tylor (eds.), *Relocating Cultural Studies. Developments in Theory and Research,* Nueva York, Routledge, pp. 123-154.

[2] E. SHOWALTER (ed.), (1990), *Speaking of Gender,* Londres, Routledge, p. 1. También, entre otras muchas, I. BLOM (2001), «Gender as an Analytical Tool in Global History», en S. Sogner (ed.), *Making Sense of Global History,* Oslo, Universitetsforlaget, pp. 71-86.

[3] Una breve pero sugerente introducción a la diversidad del feminismo, en J. STOREY (1993), *An Introductory Guide to Cultural Theory and Popular Culture,* Nueva York/Londres, Harvester Wheatsheaf

[cap. 6: «Feminism», pp. 125-153].

[4] F. THÉBAUD (1998), *Écrire l'histoire des femmes,* Fontenay-aux-Roses, Ens Éditions.

[5] J. ZINSSER (1992), *A Glass Half Empty: The Impact of Feminism on History,* Boston, Twayne; K. OFFEN (1988), «Defining Feminism: A Comparative Historical Perspective», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 14/1 (versión española en *Historia Social* 10); N. F. COTT (1987), *The Grounding of Modern Feminism*, New Haven, Yale University Press.

[6] L. HUNT (1989), «Introduction: History, Culture, and Text», en L. Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, p. 118.

[7] N. Z. DAVIS (1980), «Gender and Genre: Women as Historical Writers, 1400-1820», en P. LABALME (ed.), *Beyond Their Sex: Learned Women of the European Past*, Nueva York, Nueva York University Press.

[8] C. JORDAN (1990), *Renaissance feminism: literary texts and political models*, Ithaca, Cornell University Press.

[9] G. LERNER (1979), *The Majority finds Its Past: Placing Women in History,* Nueva York; (1993), *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to Eighteen-Seventy,* Nueva York, Oxford University Press, pp. 249-273, y (1990 [1986]), *La creación del patriarcado,* Barcelona, Crítica.

[10] M. SPONBERG (2002), *Writing Women's History since the Renaissance,* Houndmills, Palgrave, p. X.

[11] J. RENDALL (2000), «Women and the Public Sphere», en L. Davidoff *et al., Gender & History,* cit., pp. 57-70.

[12] A modo de ejemplo ilustrativo, F. OZBAY (2000), «Gendered Space: A New Look at Turkish Modernisation», en L. DAVIDOFF *et al., Gender & History,* cit., pp. 137-150.

[13] J. SCOTT (1990 [1986]), «El género, una categoría útil para el análisis histórico», en J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea,* Valencia, Alfons el Magnànim, pp. 23-56.

[14] A. FARGE (1991 [1986]), «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía», *Historia Social* 9, pp. 79-101.

[15] B. G. SMITH (1984), «The Contribution of Women to Modern Historiography in Great Britain, France, and the United States, 1750-1940», *American Historical Review* 89, pp. 709-732, y, sobre todo, J. ALBERTI (2002), *Gender and the Historian,* Harlow/Londres, Longman/Pearson Education.

[16] C. KLAPISCH-ZAUBER (2000 [1990]), «Introducción» al vol. 2 *(Edad Media)* de DUBY y PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres*, p. 22.

[17] A. GIDDENS (1995 [1992]), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, p. 47, citando a A. DALLY (1982), *Inventing Motherhood,* Londres, Burnett, y E. BADINTER (1992 [1981]), *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal (ss. XVIII a XX)*, Barcelona, Paidós.

[18] L. A. TILLY (1990), «Women's History and Family History: Fruitfull collaboration or missed connection?», *Journal of Family History* 12; L. A. TILLY y J. SCOTT (1978), *Women Work and Family,* Nueva York.

[19] R. SARTI (2003), *Vida en familia,* Barcelona, Crítica.

[20] J. R. HALL (1999), *Cultures of Inquiry. From Epistemology to Discourse in Sociohistorical Research,* Cambridge, Cambridge University Press.

[21] G. LERNER, *La creación del patriarcado,* cit., p. 19.

[22] D. RILEY (1988), *Am I that Name? Feminism and the Category of «women»,* Minneapolis, University of Minnesota.

[23] W. CHADWICK (1992 [1990]), *Mujer, arte y sociedad*, Barcelona, Destino, p. 10.

[24] S. HARDING (1986), «The Instability of the Analytical Categories of Feminist Theory», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 11/4, pp. 645-664.

[25] L. SARGENT (ed.) (1981), *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Boston, South End Press.

[26] M. Z. ROSALDO y L. LAMPHERE (1974), «Introduction» a M. ROSALDO *et al.* (eds.), *Woman, Culture and Society,* Stanford Ca., Stanford University Press; M. NASH (1995), «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en P. Chalmeta *et al., Cultura y culturas en la Historia,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 191-203.

[27] L. CIGARINI (2000), «Introduzione» a C. Borderías, *Strategie della libertà,* Roma, Manifesto Libri, p. 10.

[28] L. ABRAMS y E. HARVEY (eds.) (1997), *Gender Relations in German History. Power, Agency, and Experience from the Sixteenth to the Twentieth Century,* Durham NC, Duke University Press.

[29] J. BUTLER (1997), *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection,* Stanford University Press.

[30] J. N. ZITA (1997), *Body Talk. Philosophical Reflections on Sex and Gender,* Nueva York, Columbia University Press.

[31] N. ZEMON DAVIS (2000 [1990]), «Mujeres y política», en G. Duby y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres...,* cit., vol. 3, p. 243.

[32] W. Chadwick, *Mujer...,* cit., pp. 8-9.

[33] J. ALLEN (1986), «Evidence and Silence: Feminism and the Limits of History», en C. Pateman y E. Gross (eds.), *Feminist Challenges: Social and Political Theory,* Sidney, Allen & Unwin, p. 187.

[34] J. RULE (1990 [1986]), *Clase obrera e industrialización...,* cit., p. 567.

[35] P. BOURDIEU (2000 [1998]), *La dominación masculina,* Barcelona, Anagrama, p. 8.

[36] Sólo un par de títulos, en este ancho marco: W. A. CHRISTIAN, jr. (1997), *Visionnaires: The Spanish Republic and the Reign of Christ,* Berkeley, University of California Press; F. MUEL-DREYFUS (1996), *Vichy et l'Èternel féminin,* París, Du Seuil.

[37] En definitiva, para Bourdieu se trata de hacer «una "historia de las mujeres" que intente demostrar, aunque sea a pesar suyo, una gran parte de las *constantes* y las *permanencias*», y que estaría obligada, para ser consecuente, a albergar «*la historia de los agentes y de las instituciones que concurren permanentemente a asegurar esas permanencias*. [...] No puede limitarse, por ejemplo, a registrar la exclusión de las mujeres de tal o cual profesión, de tal o cual escalafón, de tal o cual disciplina; también debe certificar y explicar la reproducción y las jerarquías (profesionales, disciplinarias, etc.) y las disposiciones jerárquicas que favorecen y que llevan a las mujeres a contribuir en su exclusión de los lugares de los que, en cualquier caso, ellas están excluidas» (P. Bourdieu, *La dominación masculina,* cit., p. 105 y pp. 105-106 para la siguiente cita [*N. de la A.:* las cursivas aparecen en el original.]).

[38] S. ALEXANDER (1984), «Women, Class and Sexual Differences in the 1830s and 1840s: Some Reflections on the Writing of a Feminist History», *History Workshop Journal* 17, pp. 125-149.

[39] C. BORDERÍAS y C. CARRASCO (1994), «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», en C. Carrasco, C. Borderías y C. Alemany, *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales,* Barcelona, Icaria. Véase también, entre otros, C. SARASÚA y L. GÁLVEZ (eds.) (2003), *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo,* Alicante, Universidad de Alicante.

[40] J. SCOTT (1988), *Gender and the Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press.

[41] Lo plantea ya así en la historiografía española, con la utilización de relatos autobiográficos a principios de los noventa, C. BORDERÍAS (1993), *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica 1924-1980,* Barcelona, Icaria. Como reflexión general, M. NASH (2002), «Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos», en M. C. Romeo e I. Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia,* Valencia, PUV, pp. 85-100.

[42] M. WHITFORD y K. LENNON (eds.) (1994), *Knowing the Difference: Feminist Perspectives in Episthemology,* Londres/Nueva York, Routledge.

[43] C. A. MACKINNON (1982), «Feminism, Marxism, Method, and the State: an Agenda for Theory», *Signs* 3, pp. 515-544.

[44] V. RANDALL y G. WAYLEN (eds.) (1998), *Gender, Politics and the State,* Londres/Nueva York, Routledge.

[45] U. VOGEL (1991), *The Frontiers of Citizenship,* Londres/Nueva York, Routledge; G. BOCK y S. JAMES (1992), *Beyond Equality and Difference*: *Citizenship, Feminist Politics, and Female Subjectivity,* Londres/Nueva York, Routledge; S. WALBY (1994), «Is citizenship gendered?», *Sociology* 28/2, pp. 379-395.

[46] C. MOUFFE (1993), «Feminism, citizenship and radical politics», en C. Mouffe, *Return of the Political,* Londres, Verso.

[47] E. WILSON (1977), *Women and the Welfare State,* Londres, Tavistock.

[48] G. BOCK y P. THANE (eds.) (1991), *Maternidad y políticas de género. La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia. Sobre el caso español, en ese mismo libro, M. NASH, «Pronatalismo y maternidad en la España franquista», pp. 279-307.

[49] C. MORAGA y G. ANZALDÚA (eds.) (21983), *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color,* NuevaYork, Kitchen Table; S. M. JAMES y A. P. A. BUSIA (1993), *Theorizing Black Feminisms: The Visionary Pragmatism of Black Women*, Londres/Nueva York, Routledge; A. K. KING (1997), *Critical Race Feminism. A Reader*, Nueva York, NuevaYork University Press.

[50] L. J. NICHOLSON (ed.) (1990), *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge.

[51] E. KITTAY (1987), *Metaphor: Its Cognitive Force and Lingüistic Structure*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press.

[52] E. F. KELLER (1992), *Secrets of Death: Essays on Language, Gender, and Science,* Nueva York, Routledge.

[53] I. MORANT (2002), *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista,* Madrid, Cátedra, p. 14.

[54] P. Bourdieu, *La dominación masculina,* cit., pp. 107-108, a partir de J. MAÎTRE (1997), *Mystique et féminité. Essai de psychanalyse sociohistorique,* París, Èditions du Cerf, y S. F. MATTHEWS-GRIECO (1991), *Ange ou diablesse. La répresentation de la femme au XVIe siècle*, París, Flammarion.

[55] L. ACCATI, V. MAHER y G. POMATA (eds.) (1980), *Parto e maternitá. Momenti della biografia femminile, Quaderni Storici* 44.

[56] F. M. CANCIAN (1987), *Love in America,* Cambridge, Cambridge University Press, p. 21, cit. en A. Giddens, *La transformación…*, cit., p. 48.

[57] G. Levi, entrevistado en M. JALÓN y F. COLINA (2000), *Los tiempos del presente. Diálogos,* Valladolid, Cuatro Ediciones, p. 93.

[58] La cita procede de los «cuadernos de notas» de sus *Memorias de Adriano,* y es reproducida por G. DUBY y M. PERROT (1992 [1991]), «Escribir la historia de las mujeres», en G. Duby y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente,* Madrid, Taurus, vol. 1, p. 27.

[59] D. RÉGNIER-BOHLER (2000 [1990]), «Voces literarias, voces místicas», en *ibid.,* vol. 2, p. 481.

[60] J. A. RADWAY (1984), *Reading the Romance,* Chapel Hill, University of North Carolina Press; J. RAYMOND (1986): *A passion for Friends,* Londres, Women's Press.

[61] R. M. CAPEL (1997), «Introducción» al núm. 19 de *Cuadernos de Historia Moderna. Sobre la mujer en el Antiguo Régimen: de la cocina a los tribunales,* pp. 9-18.

[62] H. STÖCKER (1906), *Die Liebe und die Frauen*, p. 14, cit. en S. Tubert (2001), *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista,* Madrid, Síntesis, p. 25.

[63] G. Lerner, *La creación del patriarcado,* cit., p. 31.

[64] K. OFFEN, R. R. PIERSON y J. RENDALL (eds.) (1991), *Writing Women's History: International Perspectives,* Bloomington, Indiana University Press.

[65] S. NAROTZKY (1989), «Apunts metodològics per a l'estudi del treball de la dona en la història», en VV.AA., *L'espai viscut. Col.loqui Internacional d'Història Local,* Valencia, Diputaciò de València, pp. 59-277; C. BORDERÍAS (1996), «Identidad femenina y recomposición del trabajo», en A. Rodríguez (ed.), *El futuro del trabajo. Reorganizar y repartir desde la perspectiva de las mujeres,* Bilbao, Centro de Documentación y Estudios de la Mujer.

[66] R. M. CAPEL (1986), *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930),* Madrid, Ministerio de Cultura / Instituto de la Mujer; M. NASH (1983), *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936,* Barcelona, Anthropos; M. ARBAIZA (1996), *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a fines del antiguo régimen,* Bilbao, Universidad del País Vasco; G. NIELFA (1996), «Trabajo y construcción de género en la España contemporánea», en M. D. Ramos y M. T. Vera (eds.), *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente,* Málaga, Diputación Provincial.

[67] M. RIOT-SARCEY (2000), «The Difficulties of Gender in France: Reflections on a Concept», en L. Davidoff *et al., Gender…,* cit., pp. 71-80.

[68] A. FARGE (1984), «Pratique et effets de l'histoire des femmes», en M. Perrot (dir.), *Une histoire des femmes est-elle possible?,* París, Rivages, pp. 18-35.

[69] N. ZEMON DAVIS (1992), «Women and the World of the Annales», *History Workshop Journal* 33, pp. 119-137.

[70] G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente,* cit., 5 vols.

[71] A. FARGE (1991 [1986]), «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía», *Historia Social* 9, pp. 79-101.

[72] L. PASSERINI (1989), «Women's Personal Narratives: Myths, Experiences, and Emotions», en The Personal Narrative Group (ed.), *Interpreting Women's Lives. Feminist Theory and Personal Narratives* (1990), «Mythobiography in Oral History», en R. Samuel y P. Thompson (eds.), *The Myths We Live By,* Londres, Routledge.

[73] Por su relevante inserción en este contexto, puede citarse aquí N. ZEMON DAVIS (1999 [1995]), *Mujeres en los márgenes. Tres vidas del siglo XVII,* Madrid, Cátedra.

[74] De especial trascendencia por el género de *experiencia* que articula el relato personal, S. KOFMAN (2003 [1994]), *Calle Ordener, calle Labat,* Valladolid, Cuatro Ediciones.

[75] Entre otros muchos ejemplos posibles, L. CHARNON-DEUTSCH y J. LABANY (eds.) (1995), *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Oxford, Clarendon Press.

[76] «El sexo es una realidad biológica de hombres y mujeres. El género es la definición cultural de la conducta que se considera apropiada a los sexos en una sociedad y en un momento determinados.» (G. Lerner, *La creación del patriarcado,* cit., p. 27.)

[77] C. SEGURA (1998), «En torno a la mesa redonda "La historia de las mujeres, ¿es historia social?"», en S. Castillo y J. M. Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, UPV/EHU; A. AGUADO (2000), «Las relaciones de género y la nueva historia social. Identidad social y prácticas culturales», en VV.AA., *El siglo XX: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, pp. 159-164; S. TAVERA (2001), «Historia de las mujeres y de las relaciones de género: ¿una historia social alternativa?», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales*, Lleida, Editorial Milenio, pp. 185-200.

[78] J. SCOTT (1991), «Historia de las mujeres», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 59-88; G. DUBY y M. PERROT (eds.) (1993), *Femmes et histoire*, París, Plon; M. ZANCARINI-FOURNEL (1999), «Historia de las mujeres: juego de niveles y construcción social de los discursos», en J. Paniagua *et al.* (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, pp. 69-84.

[79] N. ZEMON DAVIS y A. FARGE (2000 [1990]), «Introducción» al vol. 3 de la *Historia de las mujeres en Occidente. Del Renacimiento a la Edad Moderna*, bajo la dirección de A. Farge y N. Zeman Davis, Madrid, Taurus, p. 20.

[80] J. Scott, «Historia de las mujeres», cit., p. 69.

[81] Por ejemplo, H. J. MCCAMMON, «Using Event History Analysis in Historical Research: With Illustrations from a Study of the Passage of Women's Protective Legislation», en L. J. Griffin y M. van der Linden (eds.) (1998), *New Methods for Social History*, *International Review of Social History* 43, supplement 6, pp. 33-55.

[82] Por ejemplo, A. FARGE (2000 [1990]), «La amotinada», en *Historia de las mujeres...*, cit., vol. 3, pp. 525-552; E. ALMEDA (2002), *Corregir y castigar. El ayer y hoy de las cárceles de mujeres,* Barcelona, Ediciones Bellaterra.

[83] A pesar de la dificultad de definir en una sola dirección el feminismo como modo de análisis. (Véase S. Harding, «The Instability of the Analytical Categories of Feminist Theory», cit.)

[84] Un resumen de las teorías del feminismo, en G. RITZER, *Teoría sociológica contemporánea,* Madrid, McGraw Hill, pp. 353-409 [cap. 8, por P. MADOO LENGERMAN y J. NIEBRUGGE-BRANTLEY]. También, K. OFFEN (1991 [1988]), «Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo», *Historia Social* 9, pp. 103-135.

[85] No obstante, «hablando desde posiciones marginales en las afueras de las instituciones académicas consiguen hacer explícitas las implicaciones políticas de las obras supuestamente "neutrales" u "objetivas" de sus colegas». (T. MOI (1995), *Teoría literaria feminista,* Madrid, Cátedra, p. 96.)

[86] E. BADINTER (1981), *Mother Love. Myth and Reality (Motherhood in Modern History),* Nueva York, MacMillan; N. CHODOROW (1984 [1978]), *El ejercicio de la maternidad,* Barcelona, Gedisa.

[87] J. WALKOWITZ (1983), *Prostitution and Victorian Society,* Cambridge, Cambridge University Press; A. CORBIN (1978), *Les filles de nuit. Misere sexuelle et prostitution aux XIXe-XXe siècles*, París, Aubier.

[88] N. ZEMON DAVIS (2000 [1990]), «Mujeres y política», en *Historia de las mujeres en Occidente*, cit., vol. 3, pp. 224-243.

[89] P. Bourdieu, *La dominación masculina*, cit., p. 71.

[90] G. SIMMEL (2001), «Para una filosofía de los sexos», en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Epílogo de J. Habermas, Barcelona, Península, pp. 128-129.

[91] *Ibid.,* p. 108.

[92] G. Simmel, «Sobre filosofía de la cultura», en *Sobre la aventura…*, cit., p. 380. [*N. de la A.*: la cursiva es mía.]

[93] G. Duby y M. Perrot, «Escribir la historia de las mujeres», cit., p. 26.

[94] J. SCOTT (1986), «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American Historical Review* 91, pp. 1053-1075. [Versión española en J. Amelang y M. Nash (eds.) (1990), *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea,* Valencia, Alfons el Magnànim, pp. 23-56.]

[95] D. E. SMITH (1974), «Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology», *Sociological Inquiry* 44/1.

[96] G. BOCK (1991 [1989]), «La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», *Historia Social* 9, pp. 55-77. [Contiene muy buena información bibliográfica.]

[97] L. L. LINDSEY (1990), *Gender Roles. A Sociological Perspective,* N. Jersey, Prentice Hall.

[98] G. BOWLES y R. DUELLI-KLEIN (1983), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge; C. MARCUZZO y A. ROSSI-DORIA (1987), *La Ricerca delle donne,* Turín, Rosenberg & Sellier; S. JACKSON *et al.* (1993), *Women's Studies: Essential Readings,* Nueva York, Nueva York University Press.

[99] D. ELAM (1994), *Feminism and Deconstruction,* Londres/Nueva York, Routledge; N. J. HOLLAND (ed.) (1997), *Feminist Interpretations of Jacques Derrida,* Pennsylvania State University Press.

[100] J. SCOTT (1988), *Gender and the Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press. También J. KELLY (1984), *Women, History and Theory,* Chicago, University of Chicago Press.

[101] C. NORRIS (1982), *Deconstruction. Theory and Practice,* Londres, Methuen; J. CULLER (1982), *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism*, Ithaca/Nueva York; C. JOHNSON (1993), *System and Writing in the Philosophy of Jacques Derrida,* Nueva York, Cambridge University Press.

[102] J. DERRIDA (1967), *De la grammatologie*, París, Minuit; (1967), *L'Écriture et la différence*, París, Seuil; (1972), *Positions*, París, Minuit; (1981 [1978]), *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Valencia, Pre-Textos.

[103] J. KRISTEVA (1980), *Desire in Language*: *A Semiotic Approach to Literature*, Oxford, Blackwell.

[104] S. Tubert, *Deseo y representación…*, cit., p. 51.

[105] S. B. GLUCK y D. PATAI (eds.) (1991), *Women's Words. The Feminist Practice of Oral History*, Londres, Routledge.

[106] J. HILLMAN (1972), *The Myth of Analysis,* Evanston, Northwestern University Press, p. 220. También, S. F. MATTHEWS GRIECO (2000 [1990]), «El cuerpo, apariencia y sexualidad», *Historia de las mujeres en Occidente,* cit., vol. 3, pp. 75-121.

[107] Sólo a título de ejemplo, entre muchos posibles, M. PERROT (1991 [1976]), «El elogio del ama de casa en el discurso de los obreros franceses del siglo XIX», en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género…,* cit. *supra,* pp. 241-265.

[108] P. VEYNE (1995), *Le quotidien et l'intéressant*. Entretiens avec C. Darbo-Pechanski, París, Les Belles Lettres, p. 5. [*N. de la A.:* las cursivas son mías.]

[109] G. COLAIZZI (1990), «Feminismo y teoría del discurso. Razones para un debate», en G. Colaizzi (ed.), *Feminismo y Teoría del Discurso,* Madrid, Cátedra, p. 20.

[110] M. STRATHERN (1991 [1987]), «Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología», en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna,* Barcelona, Gedisa, p. 249.

[111] T. CARVER (1998), «A political theory of gender. Perspectives on the "universal subject"», en V. Randall y G. Waylen (eds.), *Gender, Politics…,* cit. *infra,* p. 19.

[112] S. KIRKPATRICK (2003), *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, p. 14, citando a S. R. Suleiman (1990), *Subversive Intent: Gender, Politics, and the Avant-Garde*, Cambridge Mass., Harvard University Press, p. 17: «En un sistema en el que lo marginal, lo vanguardista, lo subversivo, todo lo que perturba y "deshace el todo" adquiere valor positivo, la mujer artista que pueda identificar esos conceptos con su propia práctica y metafóricamente con su propia feminidad, puede hallar en ellos una fuente de fuerza y autolegitimación».

[113] Una introducción en W. Chadwick, *Mujer, arte y sociedad,* cit., pp. 265 ss.

[114] R. FELSKI (1994), «Modernism and Modernity: Engendering Literary History», en L. Rado (ed.), *Rereading Modernism: New Directions in Feminist Criticism,* Nueva York/Londres, Garland, p. 204.

[115] J. BUTLER y J. SCOTT (eds.) (1992), *Feminists Theorize the Political,* Nueva York, Routledge. [Y allí, el artículo «Experience», de Joan Scott.]

[116] M. PERROT (1990), «Histoire des femmes, histoire des sexes», en VV.AA., *L'histoire en France,* París, La Découverte, p. 69.

[117] J. SCOTT (1987), «On Language, Gender and Working Class History», *International Labor and Working-Class History* 31, pp. 1-13.

[118] R. BRAIDOTTI (1991), «Teorías de los estudios sobre la mujer: algunas experiencias contemporáneas en Europa», *Historia y Fuente Oral* 6; N. Z. DAVIS (1975), «Women's History in Transition: The European Case», *Feminist Studies* 3.

[119] J. SANGSTER (1998), «Telling Our Stories: Feminists Debates and the Use of Oral History», en R. Perks y A. Thompson: *The Oral History Reader,* Londres, Routledge.

[120] K. CANNING (1999 [1994]), «La història feminista després del gir lingüistic. Historiar el discurs i l'experiència», *Afers* 33-34, pp. 303-341 (coordinación A. Aguado); M. POOVEY (1988), «Feminism and deconstruction», *Feminist Studies* 14/1, pp. 52-65.

[121] A. D. GORDON, M. J. BUHLE y N. SHROM DYE (1976), «The Problem's of Women's History», en B. Carroll (ed.), *Liberating Women's History,* Urbana, Illinois.

[122] C. BORDERÍAS (1997), «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal* 2, pp. 177-195.

[123] F. RESTAINO y A. CAVARERO (1999), *Le filosofie femministe,* Turín, Paravia, pp. 94 ss.

[124] J. WALKOWITZ (1989), «Patrolling the borders of feminist historiography and the new historicism», *Radical History Review* 43, pp. 23-43.

[125] A. NYE (1988), *Feminist Theory and the Philosophies of Man*, Londres/Nueva York, Routledge; R. TONG (1989), *Feminist Thought. A Comprehensive Introduction*, Londres/Nueva York; J. EVANS (1995), *Feminist Theory Today. An Introduction to Second Wave Feminism*, Londres, Sage; I. WHELELAN (1996),

Modern Feminist Thought. From the Second Wave to «Post-Feminism», Edimburgo, Edinburgh U. P; A. M. JAGGAR y J. M. YOUNG (eds.) (1998), *A Companion to Feminist Philosophy*, Oxford, Blackwell; J. SQUIRES y S. KEMP (1998), *Feminism. An Oxford Reader*, Oxford, Oxford U. P.

[126] A. PORTELLI (1998), «What makes oral history different», en R. Perks y A. Thompson, *The oral history reader*, Londres/Nueva York, Routledge.

[127] S. LEYDESDORFF, L. PASSERINI y P. THOMPSON (eds.) (1996), *Gender and Memory* (International Yearbook of Oral History and Life Stories, vol. IV), Oxford, Oxford U. P. En ese texto, véase en especial, R. ELY y A. MCCABE, «Gender Differences in Memories for Speech», pp. 17-30.

[128] S. SMITH (1987), *A Poetics of Women's Autobiography,* Bloomington, Indiana U. P. Una breve crítica de producción entre 1989 y 1993, en L. MARCUS, «Border Crossings: Recent Feminist Auto/biographical Theory», *Gender and Memory,* cit. *supra*, pp. 187-194.

[129] Societá Italiana delle Storiche (1990), *Discutendo di storia. Soggetività, ricerca, biografie*, Rosenberg & Sellier, Turín.

[130] C. BORDERÍAS (1994), «Cuatro generaciones de mujeres emigrantes: transmisión y cambio social», en J. M. Trujillano (ed.), *Jornadas «Historia y Fuentes Orales». Memoria y sociedad en la España contemporánea*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, p. 30.

[131] N. VALIS (1995), «Autobiography as Insult», en L. Charnon-Deutsch y J. Labanyi (eds.), *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Oxford, Clarendon Press, pp. 27-52.

[132] N. CHODOROW (1978), *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press [hay traducción en Gedisa, Barcelona]; (1989), *Feminism and Psychoanalytic Theory*, New Haven, Yale University Press.

[133] K. CANNING (1999), «The Body as Method? Reflections on the Place of the Body in Gender History», en L. Davidoff *et al., Gender and History. Retrospect and Prospect*, Oxford, Blackwell, pp. 81-95.

[134] K. LENNON y M. WHITFORD (1994), *Knowing the Difference. Feminist Perspectives in Epistemology*, Londres/Nueva York, Routledge.

[135] A. GARRY y M. PEARSALL (1996), *Women, Knowledge, and Reality. Explorations in Feminist Philosophy*, Londres/Nueva York, Routledge.

[136] S. Tubert, *Deseo y representación...,* cit., pp. 43-44.

[137] M. BARNARD (1993), «Economy and Strategy: The possibility of feminism», en C. Jenks (ed.), *Cultural Reproduction,* Londres/Nueva York, Routledge, pp. 17-35.

[138] S. Tubert, *Deseo y representación...,* cit., p. 51.

[139] A. FOREMAN (1977), *Feminity as Alienation. Women and Family in Marxism and Psychoanalysis,* Londres, Pluto Press; J. SQUIRES y S. KEMP (1998), *Feminisms. An Oxford Reader*, Oxford, Oxford U. P.

[140] S. Tubert, *Deseo y representación...*, cit., pp. 57-58. [*N. de la A.*: la cursiva es mía.]

[141] M. Z. ROSALDO (1980), «The Uses and Abuses of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding», *Signs* 5, p. 400.

[142] Por ejemplo, H. BROD, (ed.) (1987), *The Making of Masculinities: The New Men's Studies,* Winchester, Ma., Allen & Unwin; H. BROD y M. KAUFMANN (1994), *Theorizing Masculinites,* Newbury Park, Ca., Sage; A. MCLAREN (1997), *The Trials of Masculinity. Policing Sexual Boundaries, 1870-1930,* Chicago, The University of Chicago Press.

[143] C. MEILLASSOUX (1975), *Mujeres, graneros y capitales,* Madrid, Siglo XXI.

[144] J. OKELY (1975), «The Self and Scientism», *Journal of the Anthropological Society of Oxford,* reproducido en (1996), *Own or Other Culture,* Londres, Routledge.

[145] H. L. MOORE (1988), *Feminism and Anthropology,* Cambridge, Polity Press, p. 188. También, de la misma autora (1994), *A Passion for Difference: Essays in Anthropology and Gender,* Cambridge, Polity Press y el capítulo 7 («Gender, ethnography, and critical query») de B. M. KNAUFT (1996), *Genealogies for the Present in Cultural Anthropology,* Nueva York/Londres, Routledge, pp. 219-247.

[146] Un ejemplo, llevado a la literatura española del siglo XIX, en A. BLANCO (1995), «Gender and National Identity: The Novel in Nineteenth-Century Spanish Literary History», *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain,* ed. L. Charnon-Deutsch y J. Labanyi, Oxford, Clarendon Press, pp. 120-136.

[147] C. BORDERÍAS y C. ALEMANY (1994), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales,* Barcelona, Icaria; C. BORDERÍAS (2000), *Strategie della libertà,* cit.; M. NASH (1999), «El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación», en J. Paniagua *et al.* (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo,* Valencia, Instituto de Historia Social, pp. 47-68.

[148] L. L. FRADER y S. O. ROSE (1996), *Gender and Class in Modern Europe*, Cornell University Press.

[149] B. SMITH (1981), *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoises of Northern France in the Nineteenth Century,* Princeton NJ, Princeton University Presslark; L. CLARK (1984), *Schooling the Daughters of Marianne: Textbooks and the Socialization of Girls in Modern French Primary Schools,* Albany, State University Press; K. DROTNER (1988), *English Childrens and Their Magazines, 1751-1945,* New Haven, Yale University Press; M. C. CARNES y C. GRIFFEN (eds.) (1990), *Meanings for Manhood: Construction of Masculinity in Victorian America,* Chicago, University of Chicago Press.

[150] G. Lerner, *La creación del patriarcado,* cit., pp. 308-309.

[151] R. BLEIER (1984), *Science and Gender: A Critique of Biology and Its Theories on Women,* Nueva York, Pergamon Press; E. O. WILSON (1980 [1975]), *Sociobiología*, Barcelona, Omega.

[152] P. N. STEARNS (1993), «Girls, Boys and Emotions: Redefinition and Historical Change», *Journal of American History* 80, pp. 36-74.

[153] E. F. KELLER y H. E. LONGINO (eds.) (1996), *Feminism and Science*, Oxford / Nueva York, Oxford University Press; N. ARESTI (2002), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas*, Bilbao, Universidad del País Vasco, y (1998), «Pensamiento científico y género en el primer tercio del siglo XX», *Vasconia* 25, pp. 53-72.

[154] E. BERRIOT-SALVADORE (2000 [1990]), «El discurso de la medicina y de la ciencia», en *Historia de las mujeres en Occidente,* cit., vol. 3, pp. 385-431.

[155] I. LÖWY (2000), «Gender and Science», en L. Davidoff, K. McClelland y E. Varikas, *Gender & History. Retrospect and Prospect*, Oxford, Blackwell, pp. 96-109. Como marco general, J. GOLINSKI (1998), *Making Natural Knowledge. Constructivism and the History of Science,* Cambridge.

[156] E. MARTIN (1991), «The Egg and the Sperm: How Science has Constructed a Romance Based on Stereotypical Male-Female Roles», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 16/3.

[157] C. RUSSETT (1989), *Sexual Science: The Victorian Construction of Womanhood*, Cambridge Ma., Harvard University Press; E. F. KELLER (1995), *Refiguring Life: Metaphors of Twentieth-Century Biology*, Nueva York, Columbia University Press.

[158] H. E. LONGINO (1990), *Science as Social Knowledge*, Princeton, Princeton U. P.; L. HANKINSON NELSON (1991), *Who Knows: From Quine to a Feminist Empiricism*, Philadelphia, Pa., Temple University Press.

[159] A. MEGILL (ed.), (1994), *Rethinking Objectivity*, Durham NC, Duke University Press.

[160] L. ALCOFF y E. POTTER (eds.) (1993), *Feminist Epistemologies*, Nueva York, Routledge; K. LENNON y M. WHITFORD (eds.) (1994), *Knowing the Difference: Feminist Perspectives in Epistemology*, Londres/Nueva York, Routledge.

[161] H. LONGINO (1987), «Can there be a Feminist Science?», *Hypatia* 2/3, pp. 51-64.

[162] T. C. HELLER *et al.* (eds.) (1986), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Ca., Stanford U. P.

[163] T. MOI (21995), *Teoría literaria feminista,* Madrid, Cátedra, p. 21.

[164] S. Tubert, *Deseo y representación…,* cit., pp. 121-122.

[165] S. LEYDESDORFF (2000), «Gender and the Categories of Experienced History», en L. Davidoff, K. McClelland y E. Varikas, *Gender and History,* cit., pp. 400-414.

[166] J. MARTÍNEZ ALIER (1993), «Temas de historia económico-ecológica», *Ayer* 11 [monográfico *Historia y ecología,* M. González de Molina y J. Martínez Alier (eds.), pp. 19-48].

[167] H. CAPEL (2003), «La protohistoria de la ecología», *Eidon* 13, cits. en pp. 44 y 47.

[168] S. CASADO (1997), *Los primeros pasos de la ecología en España,* Madrid, Ministerio de Agricultura/Residencia de Estudiantes.

[169] B. VINCENT (1979), «L'histoire, les calamités et l'environnement», *L'Arc* 65, p. 62.

[170] Un buen balance actualizado en M. D. GONZÁLEZ-RIPOLL (2003), «Fragmentación y complejidad en algunos de los resultados y tendencias recientes de la investigación en historia de América», *Revista de las Américas. Historia y presente* 1, pp. 181-201.

[171] M. GONZÁLEZ DE MOLINA (1998), «La crisis de la modernidad historiográfica y el surgimiento de la historia ecológica», en *Culturas y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea,* Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 27-61.

[172] J. VON UEXKULL (2001), «The new concept of Umwelt: A link between science and humanities», *Semiotica. Journal of the International Association for Semiotic Studies* 134, pp. 111-134.

[173] P. BEVILACQUA (1993), «Las políticas ambientales: ¿qué pasado? Algunas reflexiones», en *Historia y ecología,* cit., p. 156.

[174] D. L. HARDESTY (1979), *Antropología ecológica,* Barcelona, Ediciones Bellaterra.

[175] I. ROSSI y E. O'HIGGINS (1981 [1980]), *Teorías de la cultura y métodos antropológicos,* Barcelona, Anagrama, pp. 117-118.

[176] O. HANDLIN (1982 [1979]), *La verdad en la historia,* México, FCE, pp. 9-10, recogiendo el texto de H. BAUSUM (1977), «Social Function of History», *AHA Newsletter* XV, p. 7. Entendía éste que la ecología, que estudia «la forma de las cosas tanto en su iniciación como en un cercano final», ofrecía «una alternativa novedosa y atractiva a los restos de las historias tradicionales».

[177] M. Berman, *Todo lo sólido…,* cit., p. 355.

[178] K. BAILES (ed.) (1985), *Environmental History,* Lanhamm, University Press of America; D. HUGHES (1986), «Storici e storia ambientale. L'American Society for Environmental History», *Quaderni Storici* 62, pp. 505-512; VV.AA. (1988), *First International Workshop on European Environmental History,* Bad-Homburg, febrero-marzo.

[179] Véanse las revistas *Environmental History Review* (EE.UU.) y *Environment and History* (Inglaterra).

[180] D. MORENO (1986), «Boschi, storia, archeologia», *Quaderni Storici* 62, pp. 435-444.

[181] A. CARACCIOLO (1988), *L'ambiente come storia. Sondaggi e proposte di storiografia dell'ambiente,* Bolonia, Il Mulino.

[182] J. RADKAU (1993), «¿Qué es la historia del medio ambiente?», en M. González de Molina y J. Martínez Alier (eds.), *Historia y ecología,* cit., p. 125.

[183] J. KOMLOS (1994), «¿Qué es la historia antropométrica?», *Revista de Historia Económica* 12/3, p. 781. Véase también R. W. FOGEL (1995), «Anthropometric history: notes on the first two decades of a new field of research», en R. Hauspie *et al.* (eds.), *Essays on Auxology presented to James Mourilyan Tanner,* Welwyn Garden City, Castlemead, pp. 271-284, y B. H. HARRIS (1994), «Health, height, and history: An overview of recent development in anthropometric history», *Social History of Medicine* 7/2, pp. 297-320.

[184] J. M. MARTÍNEZ CARRIÓN (2002), «Biología, historia y medio ambiente. La estatura como espejo del nivel de vida de la sociedad española», *Ayer* 46, p. 93.

[185] J. KOMLOS y J. BATEN (eds.) (1998), *The Biological Standard of Living in Comparative Perspective,* Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

[186] M. GONZÁLEZ DE MOLINA (1998), «La crisis de la modernidad historiográfica y el surgimiento de la historia ecológica», en C. Almuiña *et al., Culturas y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea,* Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 27-61.

[187] L. FERNÁNDEZ PRIETO (2000), «A cara mergullada do pasado para unha historia de futuro», *Dez.Eme. Revista de Historia e Ciencias Sociais,* 1, Santiago de Compostela, p. 29.

[188] J. MARTÍNEZ ALIER (1990), «La interpretación ecologista de la historia socioeconómica: ejemplos de la región andina», *Revista de Estudios Regionales* 26, pp. 29-48; F. COBO (1992), *Labradores, campesinos y jornaleros. Protesta social y diferenciación interna del campesino jiennense en los orígenes de la Guerra Civil (1931-1936),* Córdoba, La Posada. M. GONZÁLEZ DE MOLINA (1992), «Siete problemas en la interpretación tradicional sobre el movimiento campesino andaluz», *Historia y Fuente Oral* 8, pp. 25-54, y (1996), «Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de *Rebeldes primitivos* de Eric J. Hobsbawm», *Historia Social* 25, pp. 113-157; M. GONZÁLEZ DE MOLINA y J. A. GONZÁLEZ ALCANTUD (eds.) (1992), *La tierra. Mito, rito y realidad,* Barcelona, Anthropos; E. SEVILLA GUZMÁN y M. GONZÁLEZ DE MOLINA (1992), *Ecología, campesinado e historia,* Madrid, La Piqueta.

[189] J. MILLÁN (2000), «La revisió del passat agrari. Alguns corrents actuals de la història agraria», *Afers* XV/36.

[190] M. GONZÁLEZ DE MOLINA, G. GUZMÁN y A. ORTEGA (2002), «Sobre la sustentabilidad de la agricultura ecológica. Las enseñanzas de la historia», *Ayer* 46, pp. 145-185.

[191] M. González de Molina y J. Martínez Alier, «Introducción» a *Historia y ecología,* cit., p. 17.

[192] R. GARRABOU y J. M. NAREDO (eds.) (1999), *El agua en los sistemas agrarios. Una perspectiva histórica,* Madrid, Argentaria/Visor, pp. 15-40.

[193] J. MARTÍNEZ ALIER (1993), «Temas de historia económico-ecológica», en *Historia y ecología*, cit., p. 33.

[194] P. Bevilacqua, «Las políticas ambientales...», cit., p. 154.

[195] A. SABIO (2002), «Introducción» al dossier *Naturaleza y conflicto social. La historia contemporánea desde el medio ambiente*, *Ayer* 46, p. 14.

[196] M. González de Molina, «La crisis de la modernidad…», cit., p. 40.

[197] F. BARTH (1978), *Scale and Social Organization*, Oslo/Bergen, Universitetforslaget; (1981), *Process and Form in Social Life,* Londres, Routledge and Kegan Paul.

[198] J. SCHLUMBOHM (ed.) (1998), *Mikrogeschichte/Makrogeschichte, komplementär oder inkommensurabel?* Mit Beiträgen von Maurizio Gribaudi, Giovanni Levi und Charles Tilly, Gotinga, Wallstein Verlag.

[199] C. BROMBERGER (1987), «Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d'analyse dans l'histoire récente de l'ethnologie de la France», en I. Chiva y U. Jeggle (eds.), *Ethnologies en miroir. La France et les pays de langue allemande,* París, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 67-94.

[200] M. GRIBAUDI (1996), «Échelle, pertinence, configuration», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit., p. 114, y pp. 128-129 para la cita siguiente. [*N. de la A.:* la cursiva es mía.]

[201] L. W. ISAAC (1997), «Transforming Localities: Refections on Time, Causality, and narrative in Contemporary Historical Sociology», *Historical Methods* 30, pp. 4-12.

[202] I. MOLL (1985), «Introducció» a *La vida quotidiana dins la perspectiva històrica. III Jornades d'Estudis Històrics Locals,* Palma de Mallorca, pp. IX-XXIII.

[203] M. RIDOLFI (1995), «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», *Ayer* 19, pp. 71-100, y L. PASSERINI (1988), *Storia e soggetivitá. Le fonti orali, la memoria,* Florencia. La revista *Quaderni Storici* es donde mejor puede seguirse una parte importante de esta trayectoria.

[204] G. LEVI, L. PASSERINI y L. SCARAFFIA (1977), «Vita quotidiana in un quartiere operaio di Torino fra le due guerre: l'apporto della storia orale», *Quaderni Storici* 35, cit. en p. 433.

[205] La formulación teórica de este *propósito metodológico de innovación*, muy ceñido todavía a la inspiración francesa, puede verse en C. GINZBURG y C. PONI (1979), «Il nome e il come: scambio disuguale e mercato storiografico», *Quaderni Storici* 40. [Hay traducción en *Historia Social* (1991) núm.10, pp. 63-70.]

[206] CH. S. PEIRCE (1987), *Obra lógico-semiótica,* Madrid, Taurus; R. BARTHES (1973), *El grado cero de la escritura,* Buenos Aires, Siglo XXI.

[207] Sobre este texto, J. SERNA y A. PONS (2000), «El microhistoriador como lector», en VV.AA., *El siglo XX. Balance y perspectivas,* Valencia, Universitat de València, pp. 137-145 y (2000), *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra. De los mismos autores, véanse también (1993), «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», en P. Ruiz (ed.), *La historiografía* (*Ayer* 12), pp. 93-133, y (1999), «El historiador como autor. Éxito y fracaso de la microhistoria», *Prohistoria* 3.

[208] Un ejemplar desentrañamiento de las razones de esta popularidad, en J. SERNA y A. PONS (2000), *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Valencia, Frónesis/Universitat de València.

[209] G. Barraclough, «Historia», cit. *supra,* p. 564.

[210] Hoy no consideramos microhistoriador, como sí hace entonces Barraclough, a M. M. POSTAN (1967), *An Economic History of Western Europe, 1945-1964,* Londres/Nueva York, Methuen/Barnes and Noble. Sobre él basa su aserto.

[211] E. UCELAY DA CAL (1985), «Història regional, historia comarcal, història local», en J. Fontana *et al., Reflexions…,* cit., p. 14. A pesar del tono crítico general de este ensayo, concluía el autor que «els estudis

locals són desesperadament necessaris, i com més n'hi hagi millor. Són potser l'única via per construir una visió més racional i més completa del conjunt de l'història catalana i, mentre existeixi l'estat espanyol, de l'història de l'estat» (p. 25).

[212] E. GRENDI (1996), «Repenser la micro-historie?», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit. *infra,* p. 233.

[213] *Ibid.*, p. 234.

[214] Como un conflicto entre una *periferia* historiográfica y su *centro* la define J. AMELANG (1995), «Microhistory and its discontents: the view from Spain», en C. Barros (ed.), *Historia a debate*, Santiago de Compostela, vol. II, pp. 307-311.

[215] C. GINZBURG (1981 [1976]), *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI,* Barcelona, Mario Muchnik. Del mismo autor (1991 [1989]), *Historia nocturna,* Barcelona, Muchnik Editores. Véase también el *reader* de E. MUIR y G. RUGGIERO (eds.) (1991), *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

[216] C. PYTHIAN-ADAMS (1987), *Re-thinking English Local History*, Leicester, Leicester University Press.

[217] E. Grendi, «Repenser…», cit., p. 235.

[218] C. GINZBURG (1984), «Prove e possibilitá», *posfacio* a N. Zemon Davis, *Il ritorno di Martin Guerre,* Turín, Einaudi.

[219] G. LEVI (1981), «Un problema di scala», en *Dieci interventi di Storia Sociale,* Turín, pp. 75-81; J. REVEL (1989), «L'histoire au ras du sol», introducción a G. Levi, *Le pouvoir au village,* París, Gallimard, pp. I-XXXII.

[220] G. LEVI (1993), «Sobre microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 119-143.

[221] C. GINZBURG (1994), «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella», *Manuscrits* 12, pp. 13-42.

[222] M. ABÉLÈS (1996), «Le rationalisme à l'épreuve de l'analyse», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit., p. 103.

[223] N. SALES (1989), «Història local: ¿quin passat, quin present, quin futur?», en VV.AA., *L'espai viscut. Col.loqui Internacional d'Història local,* Valencia, Diputació de Valencia, p. 29.

[224] P. RUIZ TORRES (1989), «Microhistòria i història local», en VV.AA., *L'espai viscut*…, cit., pp. 79 y 91.

[225] J. FONTANA (1985), «La història local: noves perspectives», en J. Fontana, E. Ucelay y J. M. Fradera, *Reflexions metodològiques sobre la història local*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, p. 5.

[226] J. CASANOVA (1999), «Historia local, historia social y microhistoria», en VV.AA., *La historia local en la España contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón*, Barcelona, L'Avenç, pp. 17-28.

[227] C. VIOLANTE (1982), «Gli studi di storia locale tra cultura e politica», en C. Violante (ed.), *La storia locale. Temi, fonti e metodi della ricerca*, Bolonia, pp. 15-31.

[228] P. BOURDIEU (1984), *Homo Academicus*, París, Les Éditions de Minuit, p. 18.

[229] Desde ciertas corrientes psiquiátricas, sin embargo, se avisa fuertemente contra la generalización: «No es fácil definir la experiencia» –dice Laing–, porque «todas las experiencias son ejemplos de experiencia» aunque «la experiencia de un hecho objetivo o de una idea abstracta no es la impresión o idea», de manera que «el efecto que causa en nosotros un hecho objetivo puede no ser un hecho objetivo» (R. D. LAING (1983), *La voz de la experiencia,* Barcelona, Crítica).

[230] D. HARVEY (2003 [2000]), *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, p. 28.

[231] A. GIDDENS (1995 [1991]), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península, p. 238.

[232] A. FARGE (1992), *La atracción del archivo*, Valencia, Alfons el Magnànim.

[233] K. Jaspers, «Cómo escribir una historia…», cit., p. 33.

[234] I. OLÁBARRI (1996), «La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad,* Madrid, Editorial Complutense, pp. 145-173. Y, allí mismo, D. R. KELLEY, «El giro cultural en la investigación histórica», pp. 35-48.

[235] M. GRIBAUDI, «Des micro-mécanismes aux configurations globales: Causalité et temporalité historiques dans les formes de l'administration française aux XIXe siècle», en J. Schlumbohm (ed.), *Mikrogeschichte…,* cit., pp. 85-128.

[236] K. SCHURER (1989), «Estructura i desenvolupament de la comunitat rural», en VV.AA., *L'espai viscut…,* cit., p. 112. [*N. de la A.:* la cursiva es mía.]

[237] F. DE GIORGI (1993), «La storia locale nella storiografia italiana», en J. Agirreazkuenaga y M. Urquijo (eds.), *Storia Locale e Microstoria: due visioni in confronto,* Bilbao, Universidad del País Vasco, pp. 17-18. Arrancando de esa divisoria, M. MARÍN GELABERT (2001), «Historiadores locales e historiadores universitarios. La historiografía española en su contexto internacional», en C. Forcadell e I. Peiró (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 97-149, donde puede hallarse una buena bibliografía general sobre historia local. Véase también P. ANGUERA (1999), «Introducción a la historia local catalana», en P. Rújula e I. Peiró (coords.), *La Historia local en la España contemporánea,* Barcelona, L'Avenç, pp. 9-16.

[238] CH. TILLY, «Micro, Macro, or Megrim?», en J. Schlumbohm (ed.), *Mikrogeschichte…,* cit., pp. 35-51.

[239] J. SCHLUMBOHM, «Mikrogeschichte-Makrogeschichte: Zur Eröffnung einer Debate», en J. Schlumbohm (ed.), *Mikrogeschichte…,* cit., p. 24.

[240] G. DEANE, E. M. BECK y S. E. TOLNAY (1998), «Incorporating Space into Social Histories: How Spatial Processes Operate and How We Observe Them», *International Review of Social Sciences* 43, pp. 57-80; M. GRIBAUDI y A. BLUM (1990), «Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social», *Annales ESC* 45 (6), pp. 1365-1402.

[241] Así M. GRIBAUDI (1995), «Formes de stratification sociale et évolution temporelle. Un modèle configurationnel», en B. Lepetit (ed.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale,* París, Albin Michel, pp. 187-225.

[242] G. Levi, «Sobre microhistoria», cit., p. 138.

[243] M. Gribaudi, «Échelle, pertinence…», cit., p. 120, y también para la siguiente cita.

[244] E. Grendi, «Repenser…», cit., p. 239; 241 para la siguiente.

[245] C. GINZBURG y C. PONI (1991 [1979]), «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia Social* 10, pp. 63-70.

[246] M. Gribaudi, «Échelle, pertinence…», cit., p. 122.

[247] P. A. ROSENTAL (1996), «Fredrik Barth et la microstoria», en J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles…,* cit., p. 142.

[248] E. Grendi, «Repenser...», cit., p. 242.

[249] Véase sobre todo P. BERGER y T. LUCKMANN (1968), *La construcción social de la realidad,* Buenos Aires, Amorrortu, y G. LAKOFF y M. JOHNSON (1980), *Metáforas de la vida cotidiana,* Madrid, Cátedra.

[250] E. CASSIRER (1975), *Esencia y efecto del concepto de símbolo,* México, FCE, y N. GOODMAN (1978), *Maneras de hacer mundos,* Madrid, Visor.

[251] Metodología sociológica cualitativa en K. PLUMMER (1989), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista,* Madrid, Siglo XXI.

VI. Apéndice bibliográfico sobre historiografía española[1]

AGIRREAZKUENAGA, J. (1992), «La tradición historiográfica vasca: su desarrollo en el marco de las ciencias sociales», *Historia Contemporánea 7,* pp. 257-281.

AGUADO, A. (coord.) (1999), «Les dones i la història», *Afers* (Catarroja) 33/34.

— (2000), «Las relaciones de género y la nueva historia social. Identidad social y prácticas culturales», en *El siglo XX: balance y perspectivas,* Valencia, Cañada Blanch, pp. 159-164.

ALCOBERRO, A. (1986), «La història contemporània dels Països Catalans als darrers anys. Per un balanç historiogràfic», en VV.AA., *La història i els Joves Historiadors Catalans,* Barcelona, pp. 69-102.

ALMUIÑA, C. *et al.* (1990), «"Hispania", revista de Historia (1940-1989). Análisis y evolución de contenidos», en VV. AA., *Cincuenta años de historiografía española y americanista, Hispania* L/2, 175, pp. 393-416.

ÁLVAREZ JUNCO, J. (1985), «A vueltas con la revolución burguesa», *Zona Abierta* (Madrid) 36/37, pp. 81-106.

— (1995), «Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales», en C. Barros (ed.), *A Historia a Debate,* Santiago de Compostela, III, pp. 97-111.

AMELANG, J. (1995), «Microhistory and its discontents: the view from Spain», *Historia a Debate,* II, pp. 307-312.

ANDRÉS GALLEGO, J. (dir.) (1993), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas.

ANGUERA, P. (1991), «Sobre las limitaciones historiográficas del primer carlismo», en B. de Riquer (ed.), *La historia en el 90*, *Ayer* 2, pp. 62-77.

— (1992), «L'endocentrisme en la historiografía de Catalunya: un fals nacionalisme», *Afers* (Catarroja) 13.

ANKERSMIT, F. (1996), «La verdad en la literatura y en la historia», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural…*, pp. 49-67.

ARACIL, R. y GARCÍA BONAFÉ, M. (1978), «La història económica de l'Espanya contemporània fins a la guerra civil: principals aportacions», *Recerques* 8, pp. 207-220.

ARÓSTEGUI, J. (coord.) (1986), *La guerra civil española,* monográfico *Arbor,* CSIC.

— (1988), «Historia general e historia económica. Propuestas interdisciplinares», en J. L. García Delgado (ed.), *La II República española*, Madrid, Siglo XXI*,* pp. 261-271.

— (1989), «La historia reciente o el acceso histórico a realidades sociales actuales», en J. Rodríguez Frutos (ed.), *Enseñar historia: nuevas propuestas*, Barcelona, Laia, pp. 33-52.

— (1992), «La historiografía sobre la España de Franco. Promesas y debilidades», *Historia Contemporánea* 7, pp. 77-100.

— (1995), *La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona, Crítica [2.ª ed. revisada y ampliada, 2001].

— (1998), «Identidad, mundialización e "historización" de la experiencia», *Hispania* LVIII/198*,* pp. 97-125.

— (ed.) (1998), *Dossier «*Historia y Tiempo presente: un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneísta», *Cuadernos de Historia Contemporánea 20*, pp. 15-102 (artículos de F. Bédarida, M. Trebitsch, M. P. Díaz, M. Vilanova, J. P. Rioux, W. Bernecker y J. Aróstegui).

— (2004), *La historia vivida. Sobre la historia del presente,* Madrid, Alianza Editorial.

AUBERT, P. y DESVOIS, J. M. (1985), «Les Colloques de Pau et l'hispanisme français», *Materiaux pour l'histoire du xxéme, siècle*, París-Nanterre, pp. 19-24.

AURELL, J. (2000), «Historiografía y nacionalismo en la Cataluña contemporánea, 1830-1960», en *El siglo xx: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Cañada Blanch, pp. 7-17.

BAHAMONDE, A. (1993), «La historia urbana», *Ayer* 10, pp. 47-61.

BALCELLS, A. MARTÍ, C. y TERMES, J. (1985), «Historia nacional i historia social. Problemes de la historiografía sobre el fet nacional catalá», *L'Avenç* 87, pp. 66-77.

BALDÓ, M. (2003), «Tuñón de Lara y una generación de historiadores», en M. F. Mancebo (ed.), *Encuentros de Historia y Literatura. Max Aub y Manuel Tuñón de Lara*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 171-198.

BARCELÓ, M., RIQUER, B. DE y UCELAY, E. (1982), «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenc* 50, Barcelona, pp. 68-73.

BARCELÓ, M. *et al.* (1984), «Debat sobre la tasca de l'historiador avui», *L'Avenç* 67, pp. 70-76.

BARCIELA, C. (1991), «La historiografía sobre la economía española del siglo XX», en A. Grohman (ed.), *Due storiografie…*, pp. 229-258.

BARRIO, A. (1991), «A propósito de la historia social, del movimiento obrero y los sindicatos», en G. Rueda (ed.), *Doce estudios…*, pp. 41-68.

— (2000), «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social* 37, pp. 143-160.

BARROS, C. (ed.) (1995), *A Historia a Debate,* Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 3 vols.

BAS, E. (2002), «Nuevos retos, viejos enfoques: la necesidad de repensar las Ciencias Sociales; aportes desde la Sociología», en C. Navajas (ed.), *Actas del III Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 53-66.

BÉDARIDA, F. (1998), «Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, pp. 19-27.

BERAMENDI, J. (2001), «A vueltas con España», *Ayer* 44, pp. 265-278.

BERMEJO, J. C. (1994), *Entre historia y filosofía,* Madrid, Akal.

BERNECKER, W. L. (1990), «El bombardeo de Gernika. La polémica historiográfica», en M. Engelbert y J. García de María (eds.), *La guerra civil española, medio siglo después*, Frankfurt, Vervuert Verlag, pp. 165-186.

— (1998), «La investigación histórica del "tiempo presente" en Alemania», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, pp. 83-98.

BESTARD, J. (1980), «La historia de la familia en el contexto de las ciencias sociales», *Quaderns de l'Institut Català d'Antropología* 2, pp. 154-162.

BOCK, G. (1991), «La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», *Historia Social* 9, pp. 55-77.

BORDERÍAS, C. (1995), «La historia oral en España a mediados de los noventa», *Historia y Fuente Oral* 13, pp. 113-130.

BOTREL, J. F. (1998), «Las miradas del hispanismo francés sobre la España contemporánea (desde 1868)», *Ayer* 31, pp. 59-82.

BOTTI, A. (1991), «Guerra y revolución en España en la historiografía del postfranquismo», *Cuadernos Republicanos* 8, pp. 51-64.

BOURDÉ, G. y MARTIN, R. (1992), *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal.

BOYD, C. (1997). *Historia patria. Politics, History, and National Identity in Spain 1875-1975*, Princeton.

BUDDE, G. F. (1996), «Investigación sobre la burguesía en Alemania: tendencias, resultados y perspectivas», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 43-62.

BURDIEL, I. y ROMEO, M. C. (1996), «Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: el papel de la prosopografía histórica», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 149-156.

BURGUIÉRE, A. (1991), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, Akal.

BURKE, P. (1993), *La revolución historiográfica francesa. La «escuela de los Annales», 1929-1989*, Barcelona, Gedisa.

— (ed.) (1991), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial.

— *et al.* (1998), *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural*, Pamplona, Eunsa.

— (1998), «From Cultural History to Histories of Cultures», *Memoria y Civilización* 1, pp. 7-24.

BUSTELO, F. (1985), «La nueva cara de la historia económica de España (I)», *Revista de Historia Económica* III/3, pp. 419-439 y (II), *ibid. IV/2*, pp. 267-294.

CACHO, V. (1995), «La imagen de la España finisecular», en VV.AA., *Homenaje a Antonio de Bethencourt Massieu,* Las Palmas, pp. 361-386.

CANAL, J. (1992), «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», *Historia contemporánea* 7, pp. 183-208.

— (1993), «El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)», *Siglo XIX. Revista de historia* 3, pp. 5-25.

— (1993), «El carlisme. Notes per a una analisi de la producció historiográfica del darrer quart del segle (1967-1992)», en J. Canal (coord.), *El carlisme. Six estudis fonamentals,* Barcelona, L'Avenç, pp. 5-49.

— (1995), «La storiografia della sociabilità in Spagna», *Passato e presente* 34, pp. 151-163.

— (1997), «Maurice Agulhon: historia y compromiso republicano», *Historia Social* 29, pp. 47-72.

— (2000), «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión», en E. Maza (coord.), *Sociabilidad...,* pp. 35-55.

CAPELLÁN DE MIGUEL, G. (2000), «Orígenes y significado de la Zeitgeschichte: concepto, institucionalización y fuentes», en C. Navajas (ed.), *Actas del II Simposio de Historia Actual,* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 317-330.

— (2002), «Un pasado que no pasa: Goldhagen y la historia del tiempo presente en Alemania», en C. Navajas (ed.), *Actas del III Simposio de Historia Actual,* Logroño, pp. 343-374.

CARANDE, R. (1984 [1982]), «Viaje vocacional a los archivos de España», *Hacienda Pública Española* 87, Madrid, pp. 29-36.

CARASA, P. (1990), «La pobreza y la asistencia en la historiografía española contemporánea», *Hispania* L/3, n. 176, pp. 1475-1503.

— *et al.* (1991), *Fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, Diputación de Zamora.

— (ed.) (1994), *Elites. Prosopografía contemporánea,* Valladolid, Universidad de Valladolid.

— (1996), «Elites castellanas de la Restauración: del bloque de poder al microanálisis», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 157-196.

CARRERAS, J. J. *et al.* (1976), *Once ensayos sobre la historia,* Madrid, Rioduero/Fundación Juan March, pp. 215-247.

— (1986), «La regionalización de la historiografía: *histoire régionale, Landesgeschichte* e historia regional», en VV.AA., *Encuentros sobre Historia contemporánea de las tierras turolenses,* Teruel.

— (1990), «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias», *Studium* 2, pp. 93-105.

CASANOVA, J. (1987), «Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo», *Zona Abierta* 41/42, pp. 81-102.

— (1991), *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?,* Barcelona, Crítica.

— (1994), «Guerra civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social* 20, pp. 135-150.

— (1995), «Historia local, historia social i microhistoria», *Taller d'història* 6, Valencia, pp. 3-8.

CASTELLS, I. (1995), «La rivoluzione liberale spagnola nel ricente dibattito storiografico», *Studi Storici* 1, pp. 127-161.

CASTELLS, L. (ed.) (1995), «La historia de la vida cotidiana», *Ayer* 19.

— (1996), «Eric J. Hobsbawm, ¿el último marxista de oro?», *Historia Social* 25, pp. 159-177.

CASTILLO, S. (comp.) (1991), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas,* Madrid, Siglo XXI.

CHACÓN, F. (1991), «Nuevas tendencias de la demografía histórica en España: las investigaciones sobre historia de la familia», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* IX/2, pp. 79-98.

CHARTIER, R. (1992), «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», en *El mundo como representación,* Barcelona, Gedisa, pp. 13-44.

CHUECA, R. L. y MONTERO, J. R. (1992), «El fascismo en España: elementos para una interpretación», *Historia Contemporánea* 8, pp. 215-248.

CIRUJANO, P. *et al.* (1985), *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868,* Madrid, CSIC.

CLAVERO, B. (1995), «Tejido de sueños. La historiografía jurídica española y el problema del Estado», *Historia contemporánea* 12, pp. 25-48.

COLOMINES, A. y OLMOS, V. S. (1997), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals,* Catarroja, Afers.

COLL, S. (1991), «La nueva historia económica y su influencia en España», en G. Rueda (ed.), *Doce estudios...,* pp. 69-117.

COLL, S. y TORTELLA, G. (eds.) (1994), «Reflexiones sobre la historia empresarial: estado de la cuestión en España», en G. Núñez y L. Segreto (eds.), *Introducción a la historia de la empresa*, pp. 67-87.

COMIN, F. (1985), «Informática, estadística e historia económica en España: un balance», *Revista de Historia Económica* III / 3, pp. 393-418.

— y MARTÍN ACEÑA, P. (eds.) (1996), *La empresa en la historia de España*, Madrid, Civitas.

CUESTA, J. (1993), *Historia del presente*, Madrid, Eudema.

— (1996), «De la memoria a la historia», en A. Alted Vigil (ed.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid, UNED, pp. 57-89.

— (1998), «Memoria e historia. Un estado de la cuestión», *Ayer* 32, Madrid, pp. 203-246.

— (2002), «Tiempo y recuerdo: dimensiones temporales de la memoria política (España 1936-2000)», en C. Navajas (ed.), *Actas del III Simposio de Historia actual,* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 17-52.

DARDÉ, C. (1999), *La idea de España en la historiografía del siglo XX,* Santander, Universidad de Cantabria.

DEAS, M. (1990), «Raymond Carr: Approches to the History of Spain», en F. Lannon y P. Preston (eds.), *Elites and Power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, pp. 1-9.

DILTHEY, W. (1956), *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Madrid, Revista de Occidente (prólogo de J. Ortega y Gasset).

DOPICO, F. (1988), «Población y economía en la Galicia contemporánea. Apuntes historiográficos», en X. Castro y J. de Juana (eds.), *Historiografía gallega. IV Jornadas de Historia de Galicia*, Orense, Diputación Provincial, pp. 175-192.

DOSSE, F. (1998), *La historia en migajas. De «Annales» a la nueva historia*, Valencia, Alfons el Magnànim.

DROYSEN, J. G. (1983), *«Historica». Lecciones sobre la Enciclopedia y Metodología de la Historia*, edición y traducción de D. Negro, Barcelona, Alfa.

ESPADAS, M. (1975), «El tema del hambre y la alimentación en la historiografía española. Fuentes y problemas metodológicos (siglos XVIII-XX)», en VV.AA., *Primeras Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, vol. IV, pp. 139-151.

ESTEBAN, M. (1992), «La historiografía española contemporánea en 1991», *Ayer* 6, pp. 38-50.

FARGE, A. (1991), «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía», *Historia Social* 9, pp. 79-101.

— (1992), *La atracción del archivo*, Valencia, Alfons el Magnànim.

FEBVRE, L. (1974 [1953]), *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. (1989), «Historiografía de Aragón (De la Edad Moderna a nuestros días», *Enciclopedia Temática. Historia II*. Zaragoza, pp. 520-607.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (1998), «La controversia sobre los alemanes corrientes y el holocausto», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, pp. 281-271.

FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1993), «La historia económica, ¿un filón que se agota?», en M. Montanari *et al.*, *Problemas actuales de la Historia. III Jornadas...*,

Salamanca, pp. 69-82.

FERRER BENIMELI, J. A. (1992), «Estado actual de la historiografía masónica en España», *Spagna Contemporanea* 1.

FOGEL, R. W. y ELTON, G. R. (1989 [1983]), *¿Cuál de los caminos al pasado?,* México, FCE.

FOLGUERA, P. (1984), «La historiografía sobre la mujer en España», *Pyrenaica*, Université de Pau/Pays de l'Adour, pp. 21-39.

FONTANA, J. (1982), *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.

— (1985), «Pierre Vilar y la renovación de la ciencia histórica», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, Crítica.

— (1991), «La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas», en S. Castillo (coord.), *La historia social en España…*, pp. 325-335.

— (1992), *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica.

— (1999), *Enseñar historia con una guerra civil por medio,* Barcelona, Crítica.

—, UCELAY, E. y FRADERA, J. M. (1985), *Reflexions metodològiques sobre la història local,* Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials.

FORCADELL, C. (1992), «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea* 7, pp. 101-116.

— (1996), «De la Revolución democrática a la Restauración: el horizonte de la historia social», en A. Morales y M. Esteban (eds.), *La Historia contemporánea de España,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 103-123.

— (ed.) (1998), *Nacionalismo e Historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

— (2001), «La historia social en España. Edad Contemporánea», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales,* Lleida, Editorial Milenio, pp. 69-83.

FRADERA, J. M. (1990), «El passat com a present (la historiografia catalana de la revolució liberal a la Renaixensa», *Recerques* 23, pp. 53-71.

FRAILE, P. (1989), «La oferta de historia económica en España», *Revista de Historia Económica* VII/1, pp. 211-216.

— (1993), «La historia económica de la empresa como disciplina independiente: una perspectiva histórica», *Revista de Historia Económica* XI/1, Madrid, pp. 181-192.

FUSI, J. P. (1985), «La función de la historia», en VV.AA., *Simbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae,* Vitoria, pp. 1461-1467.

— (1988), «Por una nueva historia: volver a Ranke», *Perspectiva Contemporánea* 1, pp. 154-155.

— (1990), «Revisionismo crítico e historia nacionalista. A propósito de un artículo de Borja de Riquer», *Historia Social* 7, pp. 127-134.

— (1990), «Centre and Periphery 1900-1936: National Integration and Regional Nationalisms Reconsidered», en F. Lannon y P. Preston (eds.), *Elites and Power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, pp. 33-44.

GABRIEL, P. (1988), «Historiografía reciente sobre el anarquismo y el sindicalismo en España: 1870-1923», *Historia Social* 1, pp. 45-54.

— (1995), «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social* 22, pp. 43-55.

— y UCELAY, E. (1992), «El impacto de la historiografía contemporánea italiana en la española», *Spagna Contemporanea* 1, pp. 127-135.

GARCÍA CANALES, P. (1983), «El cincuentenario de la Segunda República en la historiografía», *Studia Storica. Historia Contemporánea* 1/4, pp. 129-167.

GARCÍA DELGADO, L. (ed.) (1980), *Historiografía española contemporánea. X coloquio de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI.

GARCÍA-SANZ, A., GARRABOU, R. y SANZ, J. (eds.) (1985), *Historia agraria de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica.

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A. y MIKELARENA, F. (1995), «Demografía histórica: siglos XIX y XX», *Historia Contemporánea* 12, pp. 309-337.

GARRIDO, A. (1990), «Historiografía sobre el caciquismo: balance y perspectivas», *Hispania* L / 3, n. 176, pp. 1349-1360.

GIDDENS, A. (1994), «Fuera del mecanicismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia», *Historia Social* 18, pp. 153-170.

GIL ANDRÉS, C. (1995), «Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura», *Historia Social* 23, pp. 121-135.

GOBERNA, J. R. (1994), «La cofradía de los historiadores. Estudio de los mecanismos institucionales de la escuela de los "Annales" durante la era Braudel», *Historia y Crítica* IV, pp. 87-120.

— (1999), *Civilización. Historia de una idea,* Santiago de Compostela, Universidad de Santiago.

GÓMEZ OCHOA, F. (1991), «La crisis final de la Restauración (1917-1923) en la historiografía española», en G. Rueda (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea,* pp. 125-144.

GONZÁLEZ BERAMENDI, J. (1992), «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea* 7, pp. 183-210.

— (1998), «La cultura política como objeto historiográfico. Algunas cuestiones de método», en VV.AA. *Culturas y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 75-94.

— (1993), «Tres lustros para investigar dous séculos: un desenvolvemento desigual», en J. G. Beramendi (coord.), *Galicia e a historiografía*, Santiago, Tórculo Edicións, pp. 243-273.

GÓNZALEZ CALLEJA, E. (1990), «La producción historiográfica del último medio siglo sobre el carlismo en el proceso de la revolución española», *Hispania* L/3, n. 176, pp. 1321-1347.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1994), «Los orígenes del andalucismo histórico: nacionalismo y regeneracionismo», *III Jornades de Debat. Origens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Centre de Lectura.

— (1996), «Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de "Rebeldes primitivos" de Eric J. Hobsbawm», *Historia Social* 25, pp. 113-158.

— (1998), «La crisis de la modernidad historiográfica y el surgimiento de la historia ecológica», en VV.AA., *Culturas y civilizaciones…*, pp. 27-61.

GRANJA, J. L. DE LA (1992), «El nacionalismo vasco: de la literatura histórica a la historiografía», *Historia Contemporánea* 7, pp. 209-236.

— (1995), «La historiografía española reciente: un balance», en C. Barros (ed.), *A Historia a Debate*, Santiago de Compostela, vol. I, pp. 299-307.

— y REIG TAPIA, A. (eds.) (1993), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

—, REIG, A. y MIRALLES, R. (eds.) (1999), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.

GROHMAN, A. (ed.) (1991), *Due storiografie economiche a confronto: Italia e Spagna dagli anni'60 agli anni'80*, Milán, EGEA.

GUEREÑA, J. L. (1991), «Hacia una historia sociocultural de las clases populares en España (1840-1920)», *Historia Social* 11, pp. 147-164.

— (coord.) (1999), «La prostitución en la España contemporánea», *Historiar* 2, pp. 10-99.

—, RUIZ BERRIO, J. y TIANA, A. (eds.) (1994), *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, MEC.

HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1987), «La sustracción del objeto. (Sobre historia de la cultura e historiadores en España, 1968-1986)», en VV.AA., *Problemáticas em História Cultural*, Oporto, pp. 143-164.

— (1994), «Sobre historiografía española: Manuel Tuñón de Lara y la pasión del método», *Hispania* LIV/1, n. 188, pp. 1145-1153.

— (1995), *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método,* Madrid, Síntesis.

— (1998), «La historia contemporánea de España. Tendencias recientes», *Hispania* LVIII/1, n. 198, pp. 65-95.

— (2002), «La historia política y el contemporaneísmo español», en *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España,* Madrid, Casa de Velázquez, pp. 147-161.

— (2003), «A propósito del retorno del historicismo. Consideraciones sobre la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Contemporánea. Extraordinario,* pp. 17-24.

HOBSBAWM, E. J. (1996), «La obra de un historiador. E. J. Hobsbawm», *Historia Social* 25.

HÖLSCHER, L. (1996), «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*)», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural...,* pp. 69-82.

IGGERS, C. G. (1998 [1985]), *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional,* Barcelona, Idea Books.

IZQUIERDO, J. y SÁNCHEZ DE LEÓN (2000), «Conocimiento, Poder e identidad en los historiadores sociales españoles», en P. Sánchez de León y J. Izquierdo (comps.), *Clásicos de historia social de España. Una selección crítica,* Valencia, Instituto de Historia Social, pp. 7-53.

JOVER, J. M. (1960), «Panorama of Current Spanish Historiography», *Cahiers d'Histoire Mondiale* VI, pp. 1023-1038.

— (1974), «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en *El siglo XIX en España: doce estudios,* Barcelona, Planeta, pp. 9-152.

— (1976), «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en VV.AA., *Once ensayos sobre la historia,* Madrid, Fundación Juan March, pp. 215-247.

— (1983), «Caracteres del nacionalismo español. 1854-1874», *Actas del simposio sobre Posibilidades y límites de una historiografía nacional* (Madrid, 8-12 marzo), Madrid, CSIC, pp. 355-374.

— (1992), «De la literatura como fuente histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLXXXIX/1, pp. 23-42.

— (1994), «Auge y decadencia de España. Trayectoria de una mitología histórica en el pensamiento español», en A. Rodríguez de las Heras *et al.* (eds.), *Sobre la realidad de España,* Madrid, Universidad Carlos III, pp. 55-82.

— (1999), *Historiadores españoles de nuestro siglo,* Madrid, Real Academia de la Historia.

JULIÁ, S. (1988), «Socialismo en los años treinta: recientes tendencias de investigación», en S. Juliá (coord.), *El socialismo en las nacionalidades y regiones,* Madrid, Ed. Pablo Iglesias, pp. 247-256.

— (1989), *Historia social/Sociología histórica,* Madrid, Siglo XXI.

— (1993), «La historia social y la historiografía española», *Ayer* 10, pp. 29-46.

— (1996), «La Historia social y la historiografía española», en A. Morales y M. Esteban (eds.), *La Historia Contemporánea de España...,* pp. 183-196.

— (1996), «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de razón práctica* 66, pp. 10-21.

JURETSCHKE, H. (1967), «Contribuciones inglesas a la historia de España moderna. La obra de Raymond Carr», *Hispania* XXVII, pp. 187-205.

KAYE, H. J. (1989), *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

KELLEY, D. R. (1996), «El giro cultural en la investigación histórica», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural...,* pp. 35-48.

KOCKA, J. (1989), *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas,* Barcelona/Caracas, Alfa.

KOMLOS, J. (1994), «¿Qué es la historia antropométrica?», *Revista de Historia Económica* XII/3, Madrid, pp. 781-786.

KOSELLECK, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós.

LASLETT, P. (1974), «Algunas consideraciones sociológicas sobre el trabajo del historiador», en VV.AA. *El método histórico. Sus posibilidades y límites,* Pamplona, EUNSA, pp. 17-31.

LÉCUYER, M. C. (2002), «Las aportaciones de los historiadores e hispanistas franceses: Balance de una década», en E. Maza (coord.), *Sociabilidad...,* pp. 9-34.

LE GOFF, J. y NORA, P. (comps.) (1978-1980), *Hacer la Historia.* I. *Nuevos problemas,* II. *Nuevos enfoques*, y III. *Nuevos objetos*, Barcelona, Laia.

—, REVEL, J. y CHARTIER, R. (eds.) (1980), *La Nueva Historia*, Bilbao, Mensajero.

LÓPEZ-CORDÓN, M. V. (1999), «Mujer e historiografía: del androcentrismo a las relaciones de género», en J. L. de la Granja, A. Reig y R. Miralles (comps.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 257-276.

LÜDTKE, A. (1991), «Sobre los conceptos de vida cotidiana, articulación de las necesidades y conciencia proletaria», *Historia Social* 10, pp. 41-61.

— (1995), «De los héroes de la resistencia a los coautores. *"Alltagsgeschichte"* en Alemania», *Ayer* 19, pp. 49-69.

MACALEVY, W. F. (1996), «W. P. Roberts: su papel en el cartismo y los sindicatos como militante y abogado. Una historiografía sociolingüística de las relaciones sociales», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 87-110.

MÁIZ, R. (1988), «Análisis histórico del galleguismo político: estado de la cuestión», en X. Castro y J. de Juana (eds.), *Historiografía gallega. IV Jornadas de Historia de Galicia,* Orense, Diputación Provincial, pp. 193-220.

MARCOS MARTÍN, A. y MARTÍNEZ SOPENA, P. (1988), «Medieval, modern and contemporary Spanish Historiography through Spanish Periodicals and Reviews», *Theoretische Geschiedenis* 15/3, pp. 279-292.

MARTÍN ACEÑA, P. (1993), «La historia económica contemporánea: raíces y perspectivas», en M. Montanari *et al., Problemas actuales de la Historia. III Jornadas de Estudios históricos*, Salamanca, pp. 189-198.

— y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (eds.) (1985), *La nueva historia económica en España*, Madrid, Tecnos.

MARTÍNEZ FIOL, D. (1993), «Conmemoracions, catalanisme i historiografía. Una combinació imperfecta», *L'Avenç* 175, pp. 42-47.

MARTÍNEZ GALLEGO, F. A. (1996), «Síntesis, globalidad e interpretación: la tetralogía contemporánea de E. J. Hobsbawm», *Historia Social* 25, pp. 91-112.

MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (1995), «Historia empresarial e historia del trabajo: del aislamiento a la colaboración», *Revista de Historia Económica* XIII/2, pp. 331-345.

MAZA, E. (coord.) (2002), *Sociabilidad en la España Contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid.

MEGILL, A. (1993), «Relatando el pasado: "Descripción", explicación y narrativa en la historiografía», *Historia Social* 16, pp. 71-96.

MEES, L. (1996), «La 'Catástrofe alemana' y sus historiadores. El fin del régimen nacional socialista 50 años después», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 465-484.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1947), «Introducción. Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política», *Historia de España* de Espasa-Calpe, Madrid, vol. I.

MESTRE, J. *et al.* (1994), *Perspectivas de la historia local en Catalunya*, Bilbao, UPV ("European Local and Regional Comparative Series", 4).

MILLÁN, J. (1996), «La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales», *Historia Contemporánea* 13/14, pp. 63-86.

MIRALLES, R. (1992), «Historiografía del movimiento obrero en el País Vasco: 1880-1936», *Historia Contemporánea* 7, pp. 101-116.

MOLL, I. (comp.) (1985), *III Jornades d'Estudis Històrics Locals. La vida quotidiana dins la perspectiva històrica,* Palma de Mallorca, Institut d'Estudis Baleàrics.

— (1989), «El mundo histórico de Peter Laslett», *Historia Social* 3, pp. 129-134.

— (1994), «Una cuestión de perspectiva: la tensión entre microhistoria general y la historia de las elites», en P. Carasa (ed.), *Elites. Prosopografía contemporánea,* Valladolid, pp. 63-71.

MONTERO, M. (1992), «La invención del pasado en la tradición historiográfica vasca», *Historia Contemporánea* 7, pp. 283-294.

MORADIELLOS, E. (1993), «Últimas corrientes en historia», *Historia Social* 16, pp. 97-113.

— (1994), *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI.

— (1996), «Contemporary Spanish History Journals: an Overwiew», *Contemporary European History* 5/2, pp. 267-271.

— (1997), «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporaneísta», *Revista de Extremadura* 24, pp. 3-38.

MORALES LEZCANO, V. (1986), «Historia de las Relaciones Internacionales. España contemporánea», *Revista de Estudios Internacionales* 7/2.

MORALES MOYA, A. (1983), «Sobre la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 4, pp. 195-226.

— (1992), «Historia y posmodernidad», *Ayer* 6, pp. 15-38.

— (1993), «Biografía y narración en la historiografía actual», en J. M. Nistal *et al.*, *Problemas actuales de la Historia. III Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, pp. 229-257.

— (1993), «Historia de la historiografía española», en M. Artola (dir.), *Enciclopedia de Historia de España* vol. 7, Madrid, Alianza Editorial, pp. 583-684.

MORALES, A. y ESTEBAN, M. (eds.) (1996), *La historia contemporánea de España*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

MUÑOZ I LLORET, J. M. (1997), *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intel.lectual*, Barcelona, Edicions 62.

NADAL I FARRERAS, J. (1977), «Els problemes de la historia local», *L'Avenç* 2, pp. 15-17.

— (1990), «Algunes claus de la història local», en J. Nadal *et al.*, *La historiografia catalana*..., pp. 5-18.

NADAL, J., RIQUER, B. DE, SIMÓN, A., SOBREQUÉS, J., TERMES, J. y UCELAY, E. (1990), *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials («Quaderns del Cercle» 6).

— y SUDRIÁ (1993), «La controversia en torno al atraso económico español en la segunda mitad del siglo XIX (1860-1913)», *Revista de Historia Industrial* 3, pp. 199-227.

NASH, M. (1991), «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», *Historia Social* 9, pp. 137-161.

— (1994), «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», *Historia Social* 20, pp. 151-172.

— (1995), «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en P. Chalmeta *et al., Cultura y culturas en la Historia,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 191-203.

NAVAJAS, C. (1990), «Historiografía militar española en el siglo XX (1940-1989)», *Hispania* L/3, n. 176, pp. 1361-1371.

NORA, P. (1998), «La aventura de *Les lieux de mémoire*», *Ayer* 32, pp. 17-34.

NÚÑEZ, G. y SEGRETO, E. (eds.) (1994), *Introducción a la historia de la empresa en España,* Madrid, Abacus.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (1993), «Historiografía sobre la cuestión nacional en la II República española: balance y perspectivas», *Cuadernos Republicanos* 15, pp. 67-97.

O'BRIEN, P. (1984), «Las principales corrientes actuales de la historia económica», *Papeles de Economía Española* 20, pp. 383-399.

OLÁBARRI, I. (1985), «La recepción en España de la "revolución historiográfica" del siglo XX», en *La historiografía en Occidente desde 1945. III Conversaciones Internacionales de Historia,* pp. 87-109.

— (1990), «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)», *Hispania* L/2, 175, pp. 417-437.

— (1989), «Estado actual de la historiografía vizcaína», *Revista Internacional de los Estudios Vascos* XXXII, pp. 485-498.

— (1995), «"New" New History: A *Longue Durée* Structure», *History and Theory. Studies in the Philosophy of History,* Middletown, 34/1, pp. 1-29. [Versión en castellano en J. A. Gallego (ed.), *New History…,* pp. 29-81.]

— (1996), «La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad», en I. Olábarri y F. J. Caspisegui (eds.), *La «nueva» historia cultural…,* pp. 144-173.

— y CASPISTEGUI, F. J. (ed.) (1996), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad,* Madrid, Editorial Complutense.

ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (ed.) (1998), *Ayer. Historia y sistema educativo* 30, Madrid, Marcial Pons.

PALACIO ATARD, V. (1970), «Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea», en *Ensayos de historia contemporánea,*

Madrid, Iter Ediciones, pp. 7-68.

PANIAGUA, J. (1992), «Una gran pregunta y varias respuestas: el anarquismo español, desde la política a la historiografía», *Historia Social* 12, pp. 31-57.

PASAMAR, G. *et al.* (1985), «40 años de *Arbor:* un análisis autocrítico»*, Arbor* CXXII, n. 479-480.

— (1988), «La formación de la historiografía profesional en los inicios del franquismo (academicismo y legitimación)», *Perspectiva contemporánea* 1, pp. 135-150.

— (1991), *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal,* Zaragoza, PUZ.

— (1992), «Corrientes, influencias y problemática en la historiografía contemporánea española», *Studium* 1*,* pp. 57-82.

— y PEIRÓ, I. (1987), *Historiografía y práctica social en España,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

— (1994), *La Escuela superior de Diplomática: los archiveros en la historiografía española contemporánea,* Madrid, Anabad.

PEIRÓ, I. (1995), *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, Fernando el Católico.

PEREIRA, J. C. y MORENO, A. (1991), «España ante el proceso de integración europea desde una perspectiva histórica: panorama historiográfico y líneas de investigación», *Studia Storica. Historia Contemporánea* IX, pp. 129-152.

PÉREZ GARZÓN, J. S. (1980), «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en J. L. García Delgado (ed.), *Historiografía española…,* pp. 91-138.

— (1999), «El debate nacional en España: ataduras y ataderos del romanticismo medievalizante», en *Ayer. Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos* 36, Madrid.

PÉREZ LEDESMA, M. (1988), «Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología», *Studia Storica. Historia Contemporánea* VI/VII, pp. 7-15.

— (1993), «"Cuando lleguen los días de la cólera". Movimientos sociales, teoría e historia», en J. M. Sánchez Nistal *et al., Problemas actuales de la historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos,* Salamanca, pp. 141-187.

— (1994), «Una dictadura "por la gracia de Dios"», *Historia Social* 20, pp. 173-193.

— (1996), «Una lealtad de otros siglos. (En torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social* 24, pp. 133-149.

PÉREZ MOREDA, V. (1975), «The Journal "Moneda y Crédito" and its Contribution to Spanish Historiography, 1942-1974», *The Journal of European Economic History* 4, pp. 753-788.

— (1996), «Veinticinco años de demografía histórica», en A. Gómez Mendoza (ed.), *Economía y sociedad en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Síntesis, pp. 277-297.

PERKS, R. (1994), «Historia oral, hablando del pasado», *Taller d'història* 4, pp. 17-36.

PESET, M. y J. L. (1977), «Vicens Vives y la historiografía del derecho en España», en J.-M. Scholz (ed.), *Vorstudien zur Rechtshistorik*, Frankfurt am Main, pp. 177-263.

PLUMMER, K. (1989), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI.

PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1984), «La historia cuantitativa en España», *Revista de Historia Económica*, II/1, pp. 169-176.

PRESTON, P. (1992), «Recientes estudios de historia del movimiento obrero español», *Sistema* 106.

QUINTANA, F. (1996), «La historia de las relaciones internacionales en España: apuntes para un balance historiográfico», en Comisión Española de las Relaciones Internacionales, *La Historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España*, Madrid, M. Educación y Ciencia, pp. 9-65.

REDERO, M. (1983), «El movimiento socialista de la II República en la historiografía de su centenario», *Studia Storica. Historia Contemporánea* 1/4, pp. 175-194.

REHER, D. S. (1996), *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza Editorial.

RIDOLFI, M. (1995), «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», *Ayer* 19, pp. 71-100.

RIQUER, B. DE (1990), «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la Historia contemporánea española», *Historia Social* 7, pp. 105-126.

— (1990), «Problemes i reptes actuals de la historiografia catalana», en J. Nadal *et al., La historiografia catalana...,* pp. 91-106.

— (1992), «Apogeo y estancamiento de la historiografía contemporánea catalana», *Historia Contemporánea* 7, pp. 117-134.

— (1994), «Aproximación al nacionalismo español contemporáneo», *Studia Storica. Historia Contemporánea* XII, pp. 11-29.

— (1994), «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social* 20, pp. 97-114.

RIVIÈRE, A. (2000), «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado: una aproximación a las síntesis históricas de las Comunidades Autónomas españolas (1975-1995)», en J. S. Pérez Garzón *et al.*, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica, pp. 161-220.

ROBLEDO, R. (2002), «Nuevas y viejas cuestiones en la historia agraria española», *Ayer* 47, pp. 261-275.

RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, L. E. (1996), «La historia: de las estructuras a lo heterogéneo», en E. González González (coord.), *Historia y universidad. Homenaje a Lorenzo Luna,* México, Universidad Nacional Autónoma, pp. 203-226.

RUEDA, G. (ed.) (1991), *Doce estudios de Historiografía contemporánea*, Santander, Universidad de Cantabria.

RUIZ MANJÓN, O. y GÓMEZ OLIVER, M. (1990), *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*, Granada, 2 vols.

RUIZ TORRES, P. (1984), «Los señoríos valencianos en la crisis del Antiguo Régimen: una revisión historiográfica», *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià* 5.

— (ed.) (1993), *La historiografía. Ayer* 12, Madrid, Marcial Pons.

— (ed.) (2000), *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Valencia, Universitat.

— y MILLÁN, J. (eds.) (1994), *Història de la burgesia: revisió i noves visions, Recerques* 29.

SAMUEL, R. (ed.) (1984), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica.

— (1994), «Veinticinco años de talleres de historia en Gran Bretaña», *Taller d'història* 4, pp. 43-48.

SANTANA, J. M. (1995), «La historia en el fin de una época o el secuestro de Clío», en C. Barros (ed.), *A Historia a Debate,* I, pp. 149-259.

SARASA, E. y SERRANO, E. (coords.) (1997), *La historia en el horizonte del año 2000, Revista de Historia Jerónimo Zurita* 71/1995, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

SALAVERT, V. L. (1995), «Institucions forals i ciència als Països Catalans: un espai d'encontre de les diferents especialitats històriques», *El Contemporani 6/7.*

SALOMON, M. P. (1994), «Poder y ética. Balance historiográfico sobre anticlericalismo», *Historia Social* 19.

SÁNCHEZ RECIO, G. (1999), «Líneas de investigación y debate historiográfico», en G. Sánchez Recio (ed.), *El primer franquismo (1936-1959). Ayer* 33, pp. 17-40.

SARASA, E. y SERRANO, E. (1997), «La historia en el horizonte del año 2000», *Jerónimo Zurita. Revista de Historia*, 71.

SCHÖTTLER, P. (1995), «Los historiadores y el análisis del discurso», *Taller d'història* 6, pp. 73-88.

SEGRETO, L. (1994), «De la historia económica a la historia de la empresa: la marcha del debate en España», en G. Núñez y L. Segreto (eds.), *Introducción a la historia de la empresa...,* pp. 17-37.

SERNA, J. y PONS, A. (2000), *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra/Frónesis.

— (2000), «El microhistoriador como lector», en *El siglo XX: balance y perspectivas,* Valencia, Cañada Blanch, pp. 137-145.

SERRA, E. (1989), «Una aproximaciò a la historiografia catalana: el nostre segle», *Revista de Catalunya* 27, pp. 43-55.

SERRANO, C. (1999), *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación,* Madrid, Taurus.

SERRANO, R. (2001), «La historiografía en torno al Sexenio 1868-1874: entre el fulgor del centenario y el despliegue sobre lo local», *Ayer* 44, pp. 11-32.

SOLÁ, P. (1980), «Nuevas corrientes en historia de la educación», *Cuadernos de Pedagogía* 65, pp. 66-69.

STONE, L. (1986), *El pasado y el presente,* México, FCE.

—, JOYCE, P. KELLY, C. SPIEGEL, G. M. (1993), «Historia y posmodernismo», *Taller d'història* 1, pp. 59-73.

STRAUSS, G. y BEIK, W. (1994), «El dilema de la historia popular», *Taller d'història* 4, pp. 81-96.

SUÁREZ CORTINA, M. (1995), «La historia contemporánea de Cantabria en la historiografía», en M. Suárez Cortina (ed.), *Historia de Cantabria. Un siglo de historiografía y bibliografía 1900-1994,* Santander, Fundación Marcelino Botín, II, pp. 129-150.

— (1997), «La Restauración (1875-1900) y el fin del imperio colonial. Un balance historiográfico», en M. Suárez Cortina (ed.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 31-108.

SUEIRO, S. (1996), «Modos y modas de la historiografía actual», en A. Alted *et al., Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* Madrid, UNED, pp. 15-26.

TAVERA, S. (2001), «Historia de las mujeres y de las relaciones de género: ¿una historia social alternativa?», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales*, Lleida, Milenio.

TEDDE DE LORCA, P. (1984), «La historia económica y los economistas», *Papeles de Economía Española* 20, pp. 363-381.

TEMIN, P. (comp.) (1984), *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza Editorial.

TERMES, J. (1990), «La historiografia de la posguerra i la represa de Jaume Vicens Vives», en J. Nadal *et al., La historiografia catalana…*, pp. 37-51.

— (1992), «Cent anys de catalanisme», *Afers* 13.

TERRADAS, I. (1985), «La historia de les estructures i la historia de la vida. Reflexions sobre les formes de relacionar la historia local i la historia general», en I. Moll (comp.), *III Jornades d'Estudis Històrics Locals. La vida quotidiana dins la perspectiva històrica*, Palma de Mallorca, pp. 3-30.

THOMPSON, E. P. (1989), «Folclore, Antropología e Historia social», *Historia Social* 3, pp. 81-102.

TORTELLA, G. (1988), «El método del historiador: reflexiones autobiográficas», en J. L. García Delgado (ed.), *La II República española. Bienio rectificador y Frente popular, 1934-1936*, Madrid, Siglo XXI, pp. 241-248.

— (1991), «Las causas del atraso económico en la historiografía: un ensayo bibliográfico sobre la España del siglo XIX, con algunas comparaciones con los casos de Italia y Portugal», en A. Grohman (ed.), *Due storiografie economiche…,* pp. 189-228.

TUÑÓN DE LARA, M. (1973), «Problemas actuales de la historiografía española», *Sistema* 1, pp. 31-50.

TUSELL, J. (1993), «La dictadura de Franco a los cien años de su muerte *(sic)*», *Ayer* 10, pp. 13-28.

UCELAY, E. (1989), «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social* 6, pp. 23-46.

— (1990), «El concepte de "vida quotidiana" i l'estudi de la guerra civil», *Acácia* 1, pp. 51-74.

— (1990), «La historiografia dels anys 60 i 70: marxisme, nacionalisme i mercat cultural català», en J. Nadal *et al.*, *La historiografia catalana...*, pp. 53-89.

— (1992), «Una visió de conjunt imposible? Reflexions sobre l'última dècada de la historiografia catalana», *L'Avenc* 163.

URÍA, J. (1997), «La historia social y el contemporaneísmo español. Las deudas del pasado», en E. Sarasa y E. Serrano (coords.), *La historia en el horizonte del año 2000, Revista de Historia Jerónimo Zurita* 71/1995, pp. 95-141.

— (1997), «Sociología e Historia. Una década de historia social en *Sociología del Trabajo*», *Sociología del Trabajo* 31, pp. 149-178.

— (2001), «Los lugares de la sociabilidad. Espacios, costumbre y conflicto social», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales*, Lleida, Milenio, pp. 201-224.

— (2003), «La taberna: un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española», *Hispania* 214, pp. 571-604.

URQUIJO, M. (1993), «El sexenio democrático, un balance historiográfico», *Anales de Historia Contemporánea* 9, pp. 33-51.

VALDALISO, J. M. (1993), «Algunas reflexiones acerca de la historia empresarial y su desarrollo en España», *Revista de Historia Económica* XI/2, pp. 417-433.

VALLS, R. (1983), *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Valencia, ICE.

VÁZQUEZ DE PRADA, V. OLÁBARRI, I. y FLORISTÁN, A. (eds.) (1985), *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, Eunsa.

VEYNE, P. (1984), *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza Editorial.

VILANOVA, M. (1995), «El combate, en España, por una historia con fuentes orales», *Historia y Fuente Oral* 14, pp. 95-116.

— (1998), «La historia presente y la historia oral. Relaciones, balance y perspectivas», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, pp. 61-70.

VILAR, P. (1982), «Historia e historiografía de la guerra civil española. Algunas reflexiones metodológicas», en P. Broué, R. Fraser y P. Vilar, *Metodología histórica de la guerra y la revolución españolas*, Barcelona, Fontamara.

— (1983 [1965]), «Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores: ¿historia cuantitativa o econometría retrospectiva?», en *Economía, Derecho, Historia. Conceptos y realidades*, Barcelona, Ariel.

VILLARES, R. (1999), «La historia agraria de la España contemporánea. Interpretación y tendencias», en J. de la Granja *et al., Tuñón de Lara y la historiografía española,* Madrid, Siglo XXI, pp. 219-243.

VV.AA. (1981), *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, UIMP, 3 vols.

— (1984), *La nueva cara de la Historia Económica en España. Papeles de Economía Española* 20.

— (1988), *Homenaje a los Profesores Jover Zamora y Palacio Atard. Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 9.

— (1989), *L'espai viscut. Col.loqui internacional d'història local*, Valencia, Diputació de València.

— (1989), «Análisis de la sociabilidad», *Estudios de Historia social* 50-51, pp. 131-305.

— (1990), *La Historiografia catalana. Balanç i perspectives,* Girona.

— (1990), *Cincuenta años de historiografía española y americanista (1940-1989),* Hispania L/1 y L/3, núms. (monográficos) 175 y 176.

— (1992), *Historiografía contemporánea reciente 7. Historia Contemporánea.*

— (1993), *«L'Histoire Sociale en débat»*, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 17-18, Pau.

— (1993), *Perspectives on English Local History*, Bilbao, UPV.

— (1993), *Storia locale e microstoria: Due visioni in confronto*, Bilbao, UPV.

— (1993), *Els espais del mercat. II Col.loqui internacional d'història local*, Valencia, Diputació de València.

— (1994), *Nuevos enfoques en la historia económica de España y América latina, Revista de Historia Económica* XII/3.

— (1994), *Història local i societat. III Col.loqui internacional d'història local,* Valencia, Diputació de València.

— (1994), *A propósito del fin de la Historia*, Valencia, Alfons el Magnànim.

— (1994), *Introduzione all'uso delle riviste storiche*, *Quaderni del Dipartimento di Storia*. 1. Universitá di Trieste. (A cura di N. Recupero e G. Tedeschini), Trieste, Edizioni LINT.

— (1994), *Historias regionales-historia nacional: La Confederación Helvética*, Bilbao, UPV.

— (1995), *Perspectivas de la història local en Catalunya*, Bilbao, UPV.

— (1995), *II Congrés Internacional d'Història Local de Catalunya. Formes i relacions del poder local a l'época contemporània*, Barcelona, L'Avenç.

— (2000), *Sociabilités, fêtes et politique dans l'Espagne contemporaine* (*XIXe et XXe siècles*). *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 29.

— (2004), *La Historia de las mujeres. Una revisión historiográfica,* M.ª Isabel del Val *et al.* (coords.), Valladolid, Universidad de Valladolid y Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres.

WHITE, H. (1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, FCE.

— (1993), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica,* México, FCE.

WILLIAMSON, J. G. (1990), «La cliometría: una visión norteamericana», *Revista de Historia Económica* VIII/1, pp. 39-50.

[1] Para una relectura de la historiografía actual, tomando como punto de partida el panorama historiográfico español reciente y la reflexión propia, o bien la ajena más extensamente divulgada entre nosotros.